

de

Clara Usón

La hija del Este



Lectulandia

Guapa, inteligente, extravertida, Ana tiene un gran futuro por delante. Es la mejor alumna de su promoción de medicina en Belgrado y el orgullo de su padre, el general Ratko Mladić, a quien ella adora. Una noche, de regreso de un viaje de fin de curso a Moscú y con tan sólo 23 años, Ana Mladić coge la pistola predilecta de su padre y toma una decisión que marcará la vida de su familia para siempre.

¿Qué sucedió en Moscú? ¿Vio Ana la otra cara de su padre, para ella un héroe, para muchos un criminal de guerra? La tragedia de Ana Mladić confiere una dimensión familiar, real y cercana al terrible drama de la guerra de los Balcanes, la última contienda europea y el trasfondo de esta absorbente novela.

La hija del Este se nutre de datos verídicos, entrelazados con rumores y conjeturas, un híbrido de realidad y ficción con una amplia galería de personajes como Slobodan Milošević y Radovan Karadžić, en el que Clara Usón combina distintas voces narrativas y conjuga la investigación rigurosa con la cultura popular para reflexionar sobre el nacionalismo extremo y la manipulación política. Con honda sabiduría, *La hija del Este* hilvana la tradición de la epopeya con la historia reciente y nos muestra que en determinadas circunstancias la decisión de no tomar partido es, quizá, la que más compromete.

Lectulandia

Clara Usón

La hija del Este

ePub r1.0

Titivillus 16.03.17

Clara Usón, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Luis Usón, mi padre, sin cuyo apoyo y aliento no habría podido
escribir esta novela.
Y para Ana María Moix, escritora, amiga y maestra, con gratitud y afecto.*

La historia nos enseña que los pueblos y sus gobernantes nunca han aprendido nada de ella.

GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL

Las fronteras siempre se han trazado con sangre.

RATKO MLADIĆ

Me intriga un vídeo colgado en *Youtube*, de un programa de la televisión bosnia, *60 minuta*. Se abre con el plano de un hombre que habla en serbio por un teléfono inalámbrico, uno de esos aparatosos motorola que se empleaban en la última década del siglo xx. Con la mano que tiene libre (la derecha), se mesa el cabello y luego gesticula, puntualizando lo que dice, aunque su interlocutor no lo pueda ver y ese énfasis se pierda. Es un individuo fornido, con la cara ancha y un cuello de buey. Ronda la cincuentena y tiene el pelo gris, las cejas pobladas y oscuras. La imagen es borrosa, mal definida, defecto agravado por la intensa luz solar que se filtra a través de una cristalera, ante la que se recorta la figura del hombre, de pie y de perfil. A continuación, la cámara enfoca a dos mujeres que lo observan desde un segundo término. Se parecen, quizá porque ambas llevan el pelo, de color castaño, cortado en una media melena formal, algo pasada de moda, pero una de ellas, la más alta, situada a la izquierda, vestida con un pulóver rojo, es joven, su acompañante no, pertenece a la misma generación que el hombre, a quien ya no se ve, aunque se le oye decir por el móvil con su voz sonora, de timbre autoritario: «Sí, prepara un texto de agradecimiento por ese importe, o sea, por los veinte mil marcos alemanes, más diez mil dólares canadienses, en el papel de carta que lleva los colores de la bandera serbia y con mi firma.» La mujer madura sonríe, hace un gesto de aprobación con la cabeza y cuchichea con su compañera. Cabe suponer que se trata de una familia, padre, madre e hija. Una leyenda sobrepuesta informa de que esta escena se desarrolla el 10 de julio de 1993. La siguiente transcurre en octubre de ese mismo año, una mañana soleada, en el porche de una casa de campo, circundada por un bosque frondoso. Acomodados en sillas de plástico en torno a una mesa de jardín, un grupo de amigos o familiares conversa de forma distendida y bromea. Aunque la imagen sigue sin ser nítida (el vídeo debe haberse rodado con una cámara doméstica), reconozco entre los presentes al hombre y a las dos mujeres de la filmación anterior. De nuevo están muy juntos; el padre y la madre (dando por descontado que lo son), sentados a una de las cabeceras de la mesa, la más alejada de la cámara; la hija (a quien le ha crecido el pelo, que la brisa le revuelve, y ya no tiene un aire tan compuesto) en una esquina, al lado de su padre, en ángulo recto. Todos van vestidos de sport, como corresponde a una jornada campestre. El padre lleva una cazadora verde, que cubre una camiseta del mismo color, y la joven un jersey amplio, de color rosa, sobre cuyo cuello asoman los picos de un polo azul marino. A la madre apenas se la distingue, la nuca de un hombre le oculta el rostro. El padre fuma y sonríe satisfecho, prodiga arrumacos a su hija, la besa en la mejilla y exige a gritos: «¡Que vean esto en Canadá!», lo que hace reír a todos. Una voz en off (tal vez la del hombre que maneja la cámara) pide: «Que se arrime Bosa también.» Se escuchan risas, protestas ininteligibles de la madre, alguien que comenta «Tres veces ayuda Dios», veladas alusiones a la supuesta fama

de mujeriego del padre, claramente el protagonista de este vídeo, quien declara: «No sé, yo sólo me fío de mí mismo y de mi caballo», y de inmediato estalla en carcajadas, complacido con su propio chiste, que su hija también celebra, divertida. Ahora la cámara enfoca sólo a la chica, que está de perfil, y cuando sonríe recuerda al padre, a quien mira con cariño (¿o es admiración?). De improviso, la joven vuelve la cabeza y ofrece su rostro alegre a la cámara.

El siguiente fotograma es el de una esquila funeraria; el nombre de la difunta está escrito en cirílico, sobre un retrato en sepia, de contornos difusos, orlado en negro. Después, la entrada de un cementerio; un coche fúnebre que se acerca; dos operarios portando un ataúd. La cámara penetra en el interior de una nave angosta, en cuyo centro destaca un túmulo, sobre el que se alza un féretro imponente, desbordado de ramos, coronas de flores y lazos blancos que lo cubren en un derroche un poco vulgar. Junto a la caja flamean unos cirios. Identifico al padre y la madre de la jovial escena anterior, ahora con semblantes graves, vestidos de riguroso luto, de pie contra una pared de piedra, a la derecha del ataúd. En la siguiente imagen, la madre se inclina sobre la cabecera del féretro para enderezar una fotografía enmarcada que descansa entre las coronas que cubren la caja y la besa con unción. A su lado, el padre, conmovido, muy serio, parece que va a imitarla pero desiste de hacerlo. La retratada es la joven que presumo su hija, aquella que hace sólo unos instantes sonreía animada. En la foto su expresión es seria; luce su habitual melena corta, un collar (¿de perlas?) y un suéter negro. Está muy guapa, *era* muy guapa, lo comprendo de repente, porque como accediendo al ruego de mi curiosidad, la cámara me regala por vez primera una visión clara de su rostro, cuyos grandes ojos oscuros miran pensativos a su derecha, más allá del marco del retrato, de las flores que lo envuelven, del cerco del ataúd y de los muros de esa nave estrecha, como si el triste episodio de su propio funeral no le interesara y anhelara escapar y salir al aire libre, a esa mañana de sol y un cielo espléndido, que invita a pasear. Me gustaría saber qué estaba cavilando cuando le tomaron la instantánea. Junto al padre y la madre diviso a un joven alto, moreno y delgado. (¿El novio de la chica? ¿El hermano?) Erguidos de nuevo contra la pared lateral, el padre, la madre (ya no cabe duda de que lo son) y el joven moreno, con ojos bajos y rostros apesadumbrados, reciben las condolencias de amigos y conocidos, que se van acercando por el exiguo pasillo delimitado por el catafalco, a la izquierda, y el muro, a la derecha, y con murmuradas palabras de consuelo saludan y besan tres veces en la cara, según la costumbre serbia, a los familiares de la joven muerta. Muchos de los deudos visten uniformes militares, todos portan ramas verdes o flores. Las últimas imágenes las protagoniza el padre. Doblado sobre el ataúd, acerca el rostro a la ventanilla que permite ver el rostro de la difunta. Aplasta la cara contra el cristal y solloza, la cabeza hundida, vencida. La madre, más entera, lo toma del brazo para apartarlo, le susurra al oído palabras que no oímos y cuando al fin el marido y padre se levanta, su mujer le acaricia en silencio la cara. El hombre se pasa repetidamente un pañuelo blanco y arrugado por el rostro,

húmedo de lágrimas, y luego restriega ese mismo pañuelo con insistencia sobre el vidrio del féretro, para borrar las huellas de su llanto, para desempañarlo (en el dedo anular de su mano izquierda destaca un grueso anillo de oro, que lleva engastada una piedra oscura). La cámara se detiene unos segundos sobre el cristal recién limpio, que enmarca el rostro de la joven: se adivinan el bulto pálido de la frente, la cuidada línea de su melena, los pliegues de una mortaja blanca.

En el vídeo, un fundido en negro separa el plano que muestra a la chica risueña de la escena de su velatorio; dura menos de un segundo esa pantalla oscura, pero encierra un enigma y, quizá, una explicación.

GALERÍA DE HÉROES: EL PRÍNCIPE LAZAR

La víspera de la batalla de Kosovo, librada contra los turcos el día 28 de junio de 1389, festividad de San Vito, el zar serbio celebra la onomástica familiar en su fortaleza de Kruševac. Todos los nobles de Lazar acuden a su *slava*. A la derecha del *knez* se sienta su suegro, el anciano Jug Bogdan. A su izquierda, Vuk Branković, su yerno, y el resto de caballeros (entre ellos, los nueve hermanos Jugovići, hijos de Jug) se acomodan en torno a la mesa según sus respectivos rangos. Al empezar el banquete, Lazar levanta una copa de oro y pregunta en voz alta:

—¿Por quién debo brindar? Si rindo homenaje a la veteranía, brindaré por Jug Bogdan; si a la eminencia, por Branković; si hago caso de mi corazón, dedicaré mi brindis a los valerosos Jugovići, hermanos de mi mujer; si celebro la belleza, me inclinaré por Ivan Kosančić y si ensalzo la altura, por el gigantesco Milan Toplica, pero si es el heroísmo y el coraje en la batalla lo que quiero destacar, entonces debo brindar por el noble capitán Miloš, por él y por nadie más. ¡Sí! ¡Beberé a la salud de Miloš Obilić! ¡Salud, primo, amigo mío y traidor! Mañana me traicionarás en la llanura de Kosovo y te unirás al ejército de Murat, el sultán turco, de modo que a tu salud, querido Miloš, apura esta copa de oro hasta las heces y guárdala en recuerdo del príncipe Lazar.

Miloš Obilić se yergue al punto con piernas ágiles, hace una reverencia y dice:

—Mucho agradezco tu brindis, ¡oh magnánimo Lazar!, y también tu espléndido regalo, pero no despiertan mi gratitud tus palabras. Nunca he sido infiel a mi zar y jamás lo seré. Juro que moriré por ti en Kosovo, por ti y por la fe de Cristo. Pero tienes la traición muy cerca, príncipe Lazar: se sienta a tu izquierda. El traidor bebe su vino rozando tu manga. ¡Es Vuk Branković! Y mañana, día de San Vito, cuando nos lancemos al ataque en el Campo de los Mirlos, comprobaremos en el sangriento Kosovo quién te es leal y quién no. Por mi honor que le retorceré el pescuezo al sultán turco, igual que a un cerdo, y pondré el pie sobre su garganta y, si Dios y la suerte lo permiten, regresaré a por Branković y lo alancearé con mi lanza, lo ensartaré como la rueca a la lana y de ese modo lo arrastraré hasta Kosovo.

La proclama de Lazar era temible: «¡Ay del varón serbio, o de sangre serbia, que comparta conmigo ese linaje y no se sume a mis fuerzas para luchar en Kosovo! Dios lo castigue con la esterilidad, le prive de la progenie que tanto anhela y nunca tenga hijos, ni hijas, que lo quieran; que bajo su mano nada florezca o crezca, ni uva de color púrpura, ni trigo saludable; que se pudra y oxide como el hierro a la intemperie hasta que su apellido quede extinguido.» Ésos eran sus términos, pero no

amedrentaron a su propia mujer, la princesa Milica. La víspera de la batalla, al término de aquel banquete (que en tantos detalles recordaba a la última cena), la zarina osó pedir a su augusto marido que eximiera de la leva a uno de sus nueve hermanos, los bravos Jugovići, para que la confortara en su solitaria espera. Y Lazar, haciendo uso de la prerrogativa de los que dictan las leyes, le concede el capricho.

—¿Qué hermano deseas que permanezca a tu lado? —le pregunta solícito.

—Boško Jugović —responde la zarina.

—Mi querida princesa —le dice su marido—, mañana al romper el alba tu hermano Boško Jugović encabezará la comitiva de caballeros lanceros y será el portaestandarte del pendón patrio, que adorna la cruz cristiana. Transmítele mi bendición y ordénale de mi parte que ceda la bandera a uno de sus compañeros. Se quedará contigo en la blanca torre del castillo.

Al amanecer, cuando se abren las puertas de la ciudad, la zarina se apostó junto a la entrada principal, por la que ya pasa el ejército serbio camino de Kosovo. El primero de todos, montado en un espléndido alazán, la lanza en un costado, en la mano izquierda el estandarte serbio, que envuelve su armadura de oro como si fuera un manto, cabalga su hermano preferido, Boško Jugović, quien hace caso omiso a su requerimiento.

—No me quedaría a tu lado, hermana mía, ni aunque Lazar me hiciera ofrenda de la fortaleza de Kruševac. ¿Qué pensarían de mí mis compañeros si lo hiciera? ¡Que soy un cobarde!

Y para atajar tan incómoda conversación, el caballero hincó las espuelas y sale al galope, camino de la guerra. La infortunada princesa repite su petición a cada uno de sus restantes hermanos, pero los ocho Jugovići son valientes caballeros serbios, dispuestos a dar la vida por su patria y por la fe de sus mayores. Cuando el rey Lazar repara en ella, sola y desconsolada, al borde del desmayo, manda desmontar a su fiel escudero, Goluban y, movido a compasión, le ordena que en sus fuertes brazos transporte a la afligida reina hasta la torre del castillo y, una vez allí, la guarde y proteja. Goluban obedece, pero tan pronto devuelve a su frágil señora al inhóspito encierro de la torre, empuña su lanza, monta en su caballo y parte hacia Kosovo. Él también es un valiente; todos, todos los caballeros serbios son valientes. ¿Todos...? Todos menos uno.

Las huestes serbias ya han arribado a Kosovo. Su campamento se extiende sobre la inmensa llanura. Es la hora del crepúsculo, las tropas se aprestan a recogerse en las tiendas; mañana al amanecer se librará la batalla. En el horizonte rojo se perfila un halcón gris, una rapaz gigantesca que vuela desde Jerusalén y porta en el pico una gentil golondrina. A pocos metros del suelo, el halcón se transforma en el profeta san Elías y la blanca golondrina resulta no ser un ave, sino una carta manuscrita de la mismísima Virgen María, dirigida al rey Lazar, quien la recibe lleno de emoción,

hincado de rodillas.

«Lazar, rey de ilustre familia —así reza la misiva—, ¿qué corona prefieres? ¿Una corona celestial o una corona terrestre? Si eliges un reino de este mundo, ensilla los caballos, asegura las cinchas, ordena a tus caballeros blandir las espadas y sorprende a los turcos al amanecer: destruirás al enemigo. Pero si escoges el reino de los cielos, erige una iglesia, no de piedra sino de seda y terciopelo, reúne a tus hombres y comparte con ellos el pan y el vino, porque todos morirán irremisiblemente y tú, Zar, morirás con ellos.»

Sobrecogido por tan tremendo dilema, Lazar medita. El poder terrenal es pasajero, mientras que un reino celestial, bajo el manto de la oscuridad, dura para siempre. Y el santo rey Lazar eligió la eternidad.

Dos cuervos negros parten desde Kosovo hacia la fortaleza de Kruševac, donde se posan sobre las almenas de la angosta torre. Uno de los cuervos grazna, pero el otro habla.

—¿Es ésta la torre del glorioso príncipe Lazar? —pregunta—. ¿Acaso está vacío este castillo?

Únicamente la zarina puede oírlos. Y así les interpela la angustiada Milica:

—¡Cuervos, en nombre del Señor yo os imploro! ¿Venís de Kosovo? ¿Habéis presenciado el combate? Decidme, ¿qué ejército ha ganado la batalla?

Los cuervos responden que no ha vencido nadie: han muerto casi todos, incluidos el rey Lazar y el gran sultán Murat; miles de cadáveres alfombran la pradera, aunque es preciso admitir que son más los caídos serbios que los turcos. En ese momento regresa al castillo el soldado Milutin. Su mano izquierda sostiene su brazo derecho, tronchado. Cabalga un semental cansado, cubierto de sudor turbio, mezclado con sangre, al igual que el jinete. La zarina, al verlo, le reprende su cobarde abandono de su señor, pero Milutin, exhausto y dolorido, le pide compasión, agua, comida, alivio para sus heridas. Sólo cuando la reina ha atendido a sus necesidades, contesta a sus preguntas.

Las noticias son tristes: han perdido la vida en el Campo de los Mirlos, además de nuestro zar, el padre de la zarina junto con sus nueve hermanos, los intrépidos Jugovići. Boško, su favorito, dio muestras de gran coraje antes de caer malherido, lanzándose sobre el turco con la ferocidad y la alegría de un halcón que hace presa de una bandada de palomas. El ilustre y tan llorado capitán Miloš Obilić se comportó como un héroe. Hizo honor a su promesa y dio muerte a Murat, el sultán turco. ¡Pero Vuk Branković...! Mejor sería no hablar de él, nunca más tener que pronunciar su nombre. Traicionó al zar en Kosovo; desertó de sus tropas con doce mil soldados, uniéndose a los turcos. Suya es la culpa de la derrota. ¡Maldita sea su estirpe!

Es domingo y brilla el sol en el Campo de los Mirlos. La doncella de Kosovo acaba de llegar. Carga a su espalda una saca con pan blanco, recién horneado, y lleva en las manos dos copas de oro, una repleta de agua, la otra de oscuro vino. Camina por la sangrienta llanura, donde fue asesinado su rey, el noble Lazar, y atiende a los guerreros serbios tendidos sobre la hierba. Les da vuelta con delicadeza y si alguno todavía alienta, le lava las heridas con el agua de su copa, sacia su sed con vino y le da de comer de su pan. Al cabo se topa con Pavle Orlović, insigne noble del rey, que yace moribundo; le han cortado la mano derecha y la pierna izquierda; su poderoso pecho ha sido hendido, dejando a la intemperie sus pulmones. La doncella limpia sus llagas, pone la copa de vino en sus labios, le incita con dulzura a comer pan. Bajo sus manos, Pavle Orlović revive y le pregunta qué desgracia la ha llevado hasta allí. La doncella le asegura que no va en busca de su padre, hermano o sobrino; ningún varón de su sangre es causa de su desvelo.

—¿Recuerdas, ¡oh bravo guerrero!, la ocasión en que Lazar impartió la comunión a todo su ejército, con el auxilio de treinta santos monjes, cerca de la preciosa ermita de Samodreža y eran tan numerosos los comulgantes que emplearon veinte días en completar el sacramento? Todos los soldados serbios comulgaron; los últimos, tres nobles militares: el audaz capitán Miloš Obilić, el apuesto Ivan Kosačić y el hercúleo guerrero Milan Toplica. Al pasar por mi lado montado en su caballo, Miloš Obilić, volviéndose hacia mí, se despojó de su capa de vivos colores y me la tendió, al tiempo que decía: «Voy a la guerra, querida doncella, a dar la vida por el rey Lazar. Te pido que aceptes esta prenda y que guardes mi nombre en tu memoria. Ruega a Dios que regrese vivo del combate. Te favoreceré: te daré en matrimonio a Milan Toplica, mi hermano de sangre juramentado, al noble Milan, mi hermano ante Dios y san Juan Bautista; serás su novia virgen y te desposará.»

»Tras él cabalgaba Ivan Kosačić; no hay guerrero más bello en todo el mundo. Su sable despedía chispas sobre las piedras del camino, cubría su cabeza con un morrión de seda entreverada de plumas y sus hombros, con una airosa capa; un anillo de oro brillaba en uno de sus dedos. Él también reparó en mí; se quitó el anillo y me lo ofreció, rogándome que recordara su nombre, pues iba a luchar en la batalla y arriesgaría la vida en defensa del zar. “Reza por mí —me dijo—, para que vuelva vivo y si eso sucede, te favoreceré: serás la novia virgen de Milan Toplica, mi hermano de sangre juramentado; yo apadrinaré vuestros esponsales.”

»Milan Toplica cerraba la comitiva. Un torque de oro adornaba su muñeca, este que ahora te muestro. “Pídele a Dios, doncella —me encareció—, que sobreviva a esta guerra; a mi regreso, me casaré contigo.” Y tras esas palabras espoleó su yegua y desapareció. He venido a pedirle que cumpla su promesa.

»¡Oh, mi querida hermana, desdichada doncella! —le dice Pavle Orlović, compadecido de ella—. ¿Ves esa pila de lanzas ensangrentadas en lo alto del calvero?

Sobre ella manó abundante la sangre de los héroes, su espeso caudal rebasaba los flancos de los caballos, fluía sobre sus sillas, hasta empapar los cinturones de seda de sus jinetes. Todos aquellos que has mencionado y a quienes buscas yacen allí. Regresa, doncella, a tu morada de blancas paredes, no manches de sangre tus faldas ni tus mangas.

Al oír tan tristes nuevas, la afligida doncella rompe a llorar; las lágrimas riegan su pálido rostro, hondos sollozos conmueven su pecho. Abandona la llanura de Kosovo y emprende el camino de vuelta a su blanca aldea, lamentándose así, clamando a gritos:

—¡Tened piedad de mí! Es tan grande mi aflicción, estoy tan maldita, que si tocara con la punta del dedo un árbol frondoso, lleno de verdes hojas, perdería su follaje y se agostarí, plagado del añublo, profanado.

—Cada día nacen trescientos niños en Moscú. En el listín telefónico figuran cien mil Ivanov y noventa mil Kuznecov, los apellidos más frecuentes de la capital rusa. Cuando el clima es propicio, la Exposición de Logros Económicos llega a recibir ciento ochenta mil visitantes. La red de transportes de Moscú desplaza a 8,5 millones de pasajeros en jornadas laborables; sumadas, las rutas de autobuses, metros y tranvías cubren una extensión de seis mil kilómetros. Es posible avistar cisnes (incluida la variedad negra australiana) en catorce lagos de Moscú, así como gansos salvajes y patos, para no hablar de gorriones y palomas, que sobrevuelan constantemente la ciudad. A los moscovitas les vuelven locos los helados: ¡consumen más de ciento setenta toneladas a diario, tanto en verano como en invierno!...

—¡Cállate ya, Zoran! Soy yo la que va a enloquecer si no cierras el pico —dijo Martina, al tiempo que se intentaba cubrir las orejas con su elegante (y breve) gorro de lana, comprado en Trieste antes del embargo, adecuado tal vez para el clima italiano, pero ineficaz para combatir los rigores del invierno en Moscú.

—Sólo intentaba ilustraros —se defendió Zoran—. Disipar vuestra ignorancia de forasteros con la abundante y valiosa información de mi guía moscovita. ¿Sabías, por ejemplo, que Moscú cuenta con ocho mil grupos de aficionados al arte y al teatro, incluyendo mil coros, dos mil orquestas y setecientas compañías de danza...?

No pudo terminar su pregunta, porque Martina se abalanzó sobre él y le arrebató de las manos la guía turística.

—Se acabó —dijo—. Voy a arrojar este maldito libro de propaganda soviética a la primera papelería que encuentre. ¿Ves alguna papelería por aquí? —le preguntó a Ana, que aguardaba en la cola junto a ella, el gorro encasquetado hasta el cuello, la nariz congelada, dando saltitos alternos sobre uno y otro pie para intentar reactivar la circulación sanguínea. Ana, la mirada perdida en la estela de un avión que partía en dos mitades el cielo púrpura, no respondió a su amiga.

—No hay una sola papelería en toda la plaza Roja, es increíble —bufó Martina, contestándose a sí misma—. ¿Qué estamos haciendo en este lugar? ¡Llevamos media hora esperando para ver a una momia! ¡Al aire libre y con este frío! ¿A quién se le ha ocurrido traernos aquí? ¿De quién ha sido la idea de visitar la tumba de Lenin?

—Creí que era iniciativa tuya, Martina —se mofó Zoran—. Hemos venido siguiéndote. Suponía que estabas interesada en examinar con tus propios ojos a la momia más famosa del universo, con permiso de Tutankamon, y en estudiar las asombrosas técnicas de embalsamamiento empleadas en su preservación. Te anticipo que el secreto radica en un elixir compuesto de glicerina y acetato de potasio, agua y cloro de quinina, que sin duda podrás aplicar a tus futuras pacientes, como inminente especialista en medicina estética, cuando acudan a ti para que las momifiques...

De nuevo tuvo que interrumpir su frase, porque Martina la emprendió con él a

golpes de guía turística, de los que el gordo Zoran fingía defenderse con un desesperado manoteo, la expresión aterrada. Eran un número de comedia, Martina y Zoran: la una esbelta y sofisticada, con un aire cosmopolita, de parisina o romana (aunque era pura especulación, Ana nunca había estado en Roma, ni en París), el otro zafio y grande como un oso, con un cultivado desaliño de melena greñuda, panza incisiva, rostro sin afeitar. Nunca fallaban, en cuanto estaban juntos surgía la chispa y sin aparente esfuerzo iniciaban la dialéctica, el juego de las bromas y las pullas, la réplica y la contrarréplica. A Ana le hacían reír. Cuando Martina se cansó de dar vueltas en torno al orondo Zoran, Petar confesó, con su grave voz de bajo:

—Yo soy el culpable de que estemos aquí, Martina. Te ofrezco mi mejilla, dame con el libro. —Y, gentil, inclinó la cabeza hacia su amiga, quien hizo ademán de golpearle en el pómulo derecho con el canto de la guía, un amago tan leve que recordó una caricia.

—Mi interés es puramente antropológico —empezó a explicar Petar, fijando en Martina sus grandes ojos oscuros, con impostada seriedad—. Quería aprovechar la ocasión de ver de cerca a un personaje histórico, un visionario, uno de esos raros individuos que con sus ideas cambian la vida de los demás...

—Sí, se la cambian radicalmente: los matan —le cortó Marko—. Vladimir Ilich Lenin hace tiempo que nos dejó para reunirse en el paraíso de los comunistas con sus camaradas Stalin, Trotsky y Marx. Lo que hay allá dentro no es más que una carcasa rellena de formol —añadió, señalando con gesto desdeñoso el monumental zigurat de granito rojo y pórvido que, flanqueado por dos guardias, se erigía frente a ellos a la luz atenuada del crepúsculo, contra el fondo del muro de color arcilla de la fortaleza del Kremlin y las torres puntiagudas del Senado y de San Nicolás, las cuales, desde su altura imponente, parecían custodiar, como los guardias, el mausoleo de Lenin, ante cuya entrada llevaban media hora tiritando. Ana y Nadica intercambiaron sonrisas maliciosas: «Ya se está poniendo celoso Marko —se decían sin palabras—, admira y quiere incondicionalmente a su amigacho Petar, pero le irrita sobremanera que éste coquettee con Martina.» En secreto (un secreto muy público, mal guardado), Martina suspiraba por Petar, el intelectual enigmático, el hombre apuesto que se parecía a Robert Redford (en moreno); Marko, por su parte, desfallecía por Martina con una pasión vieja y constante y Petar... Nadie sabía por quién se sentía atraído el pensador melancólico, era parte de su aureola de misterio.

—¿Estamos de acuerdo en que ninguno, aparte de Petar, tiene interés en los despojos del gran hombre? —preguntó Marko—. Pues vamos a un lugar caliente, necesito un trago para descongelarme, que se quede el filósofo en la cola con los demás camaradas. —Martina miró de reojo a Petar, temerosa de que hiciera caso a Marko, pero aquél volvió a regalarles a todos una de sus radiantes sonrisas de actor americano, pasó un brazo amistoso por el hombro de su amigo, le palmeó, cordial, la espalda y declaró:

—Volveré otro día a la tumba de san Vladimir, ahora me apetece una copa. O dos.

Y se fueron de la plaza Roja.

Ahí fue cuando se estropeó el viaje. Y era una lástima, porque hasta entonces lo había disfrutado mucho. A Ana no le molestaba el frío que tanto sublevaba a Martina; en Belgrado también hacía frío y las calles estaban heladas, aunque el hielo de Moscú era sucio, de un color turbio, y el hedor a gasolina barata lo impregnaba todo y se adhería a la ropa, a la piel. Le había sorprendido la abundancia de mendigos y borrachos, muchos de ellos jóvenes imberbes, vestidos de marinero; los centenares de soldados impedidos, veteranos de la guerra de Afganistán, que pedían caridad agitando una manga vacía o una muleta; la proliferación de mercadillos y de puestos callejeros en todas las esquinas, en las estaciones y salidas de metro. Vendedores georgianos, armenios o azerbaiyanos, que desplegaban sus mercancías sobre papel de periódico o cajones de madera invertidos: pantalones Levi's o zapatillas Adidas (falsificados), fruta (naranjas, peras, manzanas, ¡aguacates, mangos!), libros des encuadernados, calzoncillos y bragas de factura soviética, gorros, bufandas... Causaba mal efecto, ¿cómo permitían las autoridades rusas esa exhibición impúdica de caos y pobreza? Fue su primera reacción, hasta que recordó, con un ramalazo súbito de vergüenza o culpa, que las calles de Belgrado ofrecían un aspecto incluso peor; no olían a gasolina barata, porque no había (la gasolina, cara, escasa y —como decía Marko—, psicodélica, pues a menudo revestía extrañas tonalidades verdes, granates o lilas, se vendía en bidones de plástico en los coches de los contrabandistas) y también había mendigos en Belgrado ahora y soldados mutilados como los de Moscú. Por una extraña paradoja, la miseria compartida, lejos de entristecerla, la enorgulleció; le confirmaba que rusos y serbios eran hermanos. ¡Qué bien les habían recibido los moscovitas! Cuando se enteraban de su nacionalidad, les mostraban simpatía, su solidaridad, hacían el signo de los tres dedos con la mano, los llamaban héroes serbios, hermanos eslavos... El Kremlin, que habían visitado el primer y segundo día, sin agotarlo, la impresionó por su colorido y su magnificencia (como ya había previsto el sabio redactor de la guía turística de Zoran). Las estaciones de metro, con sus altos e inacabables vestíbulos, sus columnas de pórfido, sus suelos de mármol, parecían palacios subterráneos. Daba la impresión de que, en cualquier momento, una orquesta invisible se pondría a tocar y un grupo de aristócratas y cortesanos rusos, salidos de las novelas de Tolstói, harían su aparición y bailarían el vals, deslizándose y evolucionando grácilmente sobre ese suelo pulido por el roce de tantos viajeros. El día anterior costó arrancarla del museo Pushkin; no se quería ir, hubiera deseado pasar allí la noche. Era un regalo, un privilegio, poder ver, casi tocar, cuadros originales de Renoir, Cézanne, Monet, Gauguin o Van Gogh, por más que Petar los descalificara con una mueca desaprobadora y la sentencia: pintura comercial, de caja de galletas. Hasta el hotel Ukraina le gustaba; era un edificio formidable, de 36 pisos de altura, que, estaba convencida, nada tenía que envidiar a los célebres rascacielos neoyorquinos. ¡Disponía de más de mil habitaciones! Parecía imposible no perderse en él y, de hecho, se perdía todos los días. La comida que les

servían era bazofia, cierto, los empleados antipáticos y, como decía Martina, «poco serviciales», el piso superior al suyo estaba ocupado por matones y meretrices (lo habían descubierto por casualidad, al pulsar el botón equivocado del ascensor) y era enojoso toparse con la *dezhurnaya*, la encargada de la planta, cada vez que salían de su habitación. (Martina estaba segura de que las espiaba y entraba en su cuarto cuando ellas no estaban.) Para colmo, los alrededores del hotel estaban infestados de camiones y camioneros; había tantos que en un principio habían supuesto que se trataba de una manifestación, hasta que una recepcionista les aclaró que los camioneros no protestaban por nada; simplemente, aparcaban delante del hotel porque era un lugar seguro y no tenían que pagar a la mafia que controlaba los aparcamientos callejeros. La noche previa, en la sala de fiestas del Ukraina (por llamar de algún modo a aquel inmenso salón desangelado, adornado con colgaduras de papel y ristas de luces de colores, la mitad fundidas, que en su día debió ser sala de convenciones), Martina y ella habían sufrido el acoso inclemente de los camioneros, huéspedes del hotel; a ella la perseguía un búlgaro, a Martina un francés; no había forma humana de quitárselos de encima, así que, para vengarse y agotarlos, les hicieron bailar dos horas seguidas al son de la música de la orquestilla. Todavía hoy le regurgitaba la cabeza las melodías machaconas de *Katia*, *Katerina* y *Kalinka*, *Malinka*, como el estómago un guiso mal digerido.

Se fueron a dormir pasadas las dos de la madrugada, de ahí el escándalo y la incredulidad de Martina cuando Nadica las despertó esa mañana a las ocho, como todos los días, para que no se perdieran el desayuno (dejaban de servirlo a las nueve), recordándoles que tenían previsto visitar el monasterio Danilov y el convento de las Nuevas Doncellas, por lo que debían darse prisa.

—Eres una pionera, Nadica —le había dicho Martina con rencor desde su cama —, jamás dejarás de serlo. ¿No te relajas nunca? ¿Es que siempre tienes que hacer lo que mandan los reglamentos? Levantarse a las ocho, ir a ver un museo, un palacio, una iglesia, o dos, si da tiempo y, por la tarde, nueva tanda de museos, catedrales y fortalezas... Es hora de que asumas que el comunismo se ha acabado hasta en Rusia, nadie te va a conceder la insignia a la turista ejemplar, no vale la pena tanto esfuerzo. ¡Estoy harta de iconos, cuadros y monasterios! Vosotras haced lo que queráis, pero yo me voy de tiendas.

Y se habían ido las tres de tiendas, Nadica a desgana y rezongando. Ana hubiera preferido que su amiga se quedara en el hotel o se fuera sola a conocer los monasterios. Le dolía admitirlo, pero la compañía de Nadica en Moscú le irritaba. Quizá porque la percibía muy pendiente de ella, vigilante; hiciera lo que hiciera, no la perdía de vista, era como ir acompañada de la gorda *dezhurnaya* del hotel a todas partes. Su fidelidad era abrumadora, excesiva, prefería con mucho la compañía de la locuaz y frívola Martina, ella sí sabía divertirse. Aunque en un principio Martina y ella no congeniaron. A Ana esa chica desenvuelta y presumida le inspiró recelo. Hija de un diplomático, que había sido embajador en la época de Tito y vivía en una

mansión en Dedinje, el barrio de los ricos, Martina era la encarnación de la aristocracia comunista, miembro de una de esas familias exclusivas que conocían a todo el mundo por su nombre de pila y miraban con arrogancia a los provincianos como Ana. Si no eras belgradense de nacimiento, eras un paleta, no había término medio y eso a ella, que vivió en Macedonia hasta los diecinueve años, le repateaba. Martina había sido educada en el exclusivo colegio multilingüe de Belgrado para hijos de diplomáticos y en otros centros de élite de las diversas capitales del mundo a las que había sido destinado su padre. Se jactaba de vestir como una italiana (de Milán, matizaba) y, pese a los dos años de embargo, durante los cuales ella tampoco había podido salir de Belgrado (me siento encerrada, gemía, ¡necesito escapar!), seguía sorprendiéndolos a todos con la audacia y el chic de su atavío. Era poco estudiosa aunque espabilada; de un modo u otro (copiando de Marko, casi siempre), Martina se las apañaba para aprobar y pasar el curso. En cambio, Nadica y Ana eran las mejores alumnas del quinto curso de la Facultad de Medicina de Belgrado. En puridad, Ana era la mejor y Nadica la seguía a corta distancia, no porque se aplicara menos, sino porque, como reconocía con modestia la propia Nadica, Ana era más inteligente. Nadica era una estupenda compañera de estudios; intercambiaban y comparaban notas y apuntes, hacían trabajos juntas, compartían sesiones nocturnas de estudio en casa de una o de la otra y, lo más importante, era buena chica, de fiar. Ése era el problema, quizá. Martina no era buena chica, ni lo procuraba.

Aquella mañana habían paseado bajo un sol gélido por la avenida Tverskaya. Les llamó la atención la abundancia de letreros y anuncios de productos occidentales, en letra romana. Desde una valla callejera, un sonriente vaquero, montado en un caballo blanco, contra un fondo de montañas nevadas y nubes de algodón, anunciaba chicles Adams, «siente el frescor de la pradera americana». Las tiendas de marca se sucedían a lo largo de la acera: Panasonic, Nina Ricci, Christian Dior... Con toda naturalidad, como si fuera algo a lo que estuviera acostumbrada, Martina entró en esta última y Ana y Nadica no tuvieron más remedio que seguirla. Los precios estaban marcados en dólares: un colorete costaba treinta dólares; un maquillaje de base, cuarenta dólares; un lápiz de labios sencillo, veinticinco dólares. Ana convirtió mentalmente en marcos alemanes esas cifras y se escandalizó. ¿Cómo podían esperar que alguien desembolsara tamañas cantidades aquellas dependientas de expresión aburrida, que ahogaban bostezos detrás del mostrador y secreteaban entre ellas? El caso es que sí, había quien podía: las prostitutas y los gánsteres que las protegían. Una mujer (o una niña) que disimulaba su extrema juventud bajo una gruesa capa de maquillaje, embutida en un largo abrigo de piel, con unas gafas de sol enormes que no se quitó en ningún momento, acompañada de un energúmeno que debía de medir casi dos metros, también llevaba gafas de sol (Ray-Ban) y mascaba chicle como un maníaco, compró productos de belleza a mansalva, como si planeara abrir una tienda. Cuando llegó el momento de pagar, el gorila sacó de un bolsillo interior de su cazadora negra de cuero un fajo de billetes y los estampó sobre el tablero del mostrador, diciéndole a

la dependienta:

—No sé lo que hay, cuéntalo.

Mientras Nadica y ella asistían a ese espectáculo, Martina revoloteaba de un *stand* a otro de la tienda, preguntando, inspeccionando, oliendo perfumes, abriendo polveras, lápices de labios. Por fin se reunió con ellas y les anunció, en ruso, para que la comprendieran las dependientas:

—No encuentro el *rouge fatal* de Lancôme que estoy buscando, aquí sólo tienen productos Christian Dior. Vayamos a GUM, a ver si hay más suerte.

Cuando salieron a la calle, la ingenua Nadica le hizo notar que era lógico que en la tienda de Christian Dior no vendieran productos de la competencia. Martina suspiró hondo, le sonrió con ternura y le acarició el gorro de piel sintética.

—¡Ay, mi pionera, siempre serás una pionera! —le dijo compasiva y, guiñándole un ojo, abrió la mano derecha y le mostró un estuche de lápiz de labios de Christian Dior, que aún llevaba la etiqueta con el precio, treinta y dos dólares.

El escándalo de Nadica fue mayúsculo. Cuando llegaron a los célebres almacenes GUM, en la plaza Roja, Nadica se negó a entrar a no ser que Martina prometiera que no iba a robar nada. Como todo en Moscú, GUM era monumental. La inmensa bóveda de cristal que cubría el edificio cobijaba una miríada de tiendas de otras tantas marcas. Martina se entusiasmó.

—Esto ha mejorado muchísimo —les informó—, la última vez que estuve aquí con mis padres, hace siete años, lo único que podías comprar eran bragas gigantes.

No había aglomeraciones, los potenciales clientes iban bien vestidos y no olían a ruso, observó Martina complacida; los dependientes, si no serviciales, tampoco eran rudos. El ambiente era cálido, la luz solar, tamizada por el vidrio de la bóveda, se refractaba en los cristales de los escaparates y de las vitrinas interiores y se teñía de rosa al contacto con las decenas de globos de ese color que flotaban, lánguidos, sobre el recinto, infundiendo un bienestar perezoso, la sensación, vagamente culpable, de estar gozando gratis de todos los placeres y dulzuras del capitalismo. Daba gusto estar allí y, sin ninguna prisa, se dedicaron a curiosear, Nadica pegada a los talones de Martina, a fin de prevenir tentaciones.

Martina compró una camisa italiana para su padre, una bufanda de cachemir para su hermano y un pañuelo de Hermés para su madre. Protestó por los precios, pero pagó al contado. Para que sus amigas no la juzgaran rica, les aclaró: «Son todo encargos.» Ana dudó entre una camisa para su padre o una corbata; eligió la corbata, muy rebajada. A su madre y a su hermano ya les escogería algún recuerdo en una tienda menos exclusiva. Llevaba cuenta mental de cada rublo gastado y esa contabilidad le producía vértigo. ¡Con qué rapidez se evaporaba el dinero! Contra su naturaleza y su instinto, en ese viaje a Moscú se estaba comportando con cicatería. Le avergonzaba lo que pudieran pensar de ella sus amigos, pero en ningún caso les iba a revelar lo menguados que eran sus fondos.

Se sentaron a descansar en el café Copacabana, en el último piso, rodeadas de las

bolsas de Martina, que daban fe de que eran buenas clientas de GUM, con derecho a silla. Nadica se lamentó de que los colmados de Moscú estuvieran tan vacíos como los de Belgrado; le había prometido a su madre café auténtico y detergente para prendas delicadas, pero lo único que había conseguido era un jabón ruso, de eficacia sospechosa, y un bote de Nescafé.

—Por lo menos el papel higiénico de Moscú no rasca —la consoló Ana, llévate un rollo del hotel.

—¡Ah, no! —se sublevó su amiga—, yo no robo. —En una clara alusión al carmín escamoteado por Martina, quien puso los ojos en blanco ante esa profesión de honradez.

Nadica, picada, le recriminó que, teniendo dinero, hubiera sustraído el lápiz de labios, cuando bien podía haberlo pagado. Martina le replicó, con fastidio, que no lo había hecho por necesidad, nadie necesita un lápiz de labios, sino por la aventura, la excitación del riesgo, y porque se lo merecían esas dependientas altivas que suponían que por trabajar en la tienda de Christian Dior de Moscú ya eran poco menos que estrellas de cine.

—Así aprenderán a estar más atentas —concluyó, convencida de que les había hecho un favor.

A Nadica esa amoralidad la desconcertaba, no podía concebirla; era incompatible con los principios de la ética comunista de Tito en que había sido educada. Llevaba razón Martina, seguía siendo una pionera. Ana nunca había robado nada y de pronto eso se le reveló como una carencia. La única transgresión que se había permitido fue su romance clandestino con Nikola. Eso que, casi dos años después, le seguía remordiéndole la conciencia, a Martina no le hubiera quitado ni una hora de sueño. A su regreso la esperaban los exámenes finales y volvería a ser la estudiante esforzada que se quema las pestañas para obtener las calificaciones más altas (no podía evitarlo, era competitiva, tenía que ganar siempre, viviría como un fracaso, una derrota, ser superada por Nadica). Pero ahora Ana reivindicaba su derecho a divertirse, aunque sólo fuese durante los cinco días de ese viaje de fin de carrera. Y decidió que aquella noche saldría a dar una vuelta por Moscú con los chicos y Martina, no le importaba que fuera «peligrosísimo», como aseguraba Nadica. No se hallaba en Belgrado, no tenía que dar ejemplo, ni responder ante nadie. Una gloriosa sensación de libertad, el presentimiento, casi certeza, de que algo maravilloso estaba a punto de sucederle, se apoderó de ella y ya no la abandonó, ni siquiera cuando un camarero amanerado se acercó a su mesa para informarles de que no estaba permitido permanecer allí sin consumir, «las mesas son sólo para los clientes».

Se levantaron ofendidas, resueltas a marcharse de GUM, cuando Martina descubrió el departamento de Pieles de Rusia, a la izquierda del café.

—¡Necesito un abrigo de piel! —proclamó con vehemencia.

Nadica se puso a temblar. Anunció que ella se iba a la planta de souvenirs, en busca de una *matrioshka* para su sobrina, y las dejó, para alivio de Martina, a quien

esa pacata de Niš exasperaba. En el departamento de Piel de Rusia un abrigo de visón costaba 2.600 dólares, uno de astrakán, 3.200 dólares y una cazadora de piel de zorro, 4.500 dólares. Martina, con mano experta, palpó un impresionante abrigo negro, de una piel desconocida, valorado en 12.000 dólares.

—¡Mujer, qué haces! ¡No toques el género! —la increpó, agria, una dependienta hombruna, de mediana edad y gafas de concha.

Sin soltar la manga del abrigo cuya calidad aquilataba, Martina se volvió hacia ella y con voz educada le preguntó:

—*Prego?*

Y, a partir de ese momento, se hicieron pasar por italianas, milanesas ricas, desbordantes de dólares e impacientes por deshacerse de ellos. Ante los ojos atónitos de la empleada, se probaron todo el género.

—*Questo e bellissimo!* —se extasiaba Martina, abriendo y cerrando el abrigo que llevara puesto delante del espejo, observándose de medio lado, de frente, de perfil, alzando la cabeza como las modelos, encantada de verse y admirarse.

—*Mi piace tanto! E molto buon mercato*, no te parece? —le preguntaba y Ana, que no sabía italiano, asentía profusamente, disimulando la risa.

La dependienta no podía ocultar su nerviosismo, esa conducta no tenía precedentes, las dos italianas trataban los abrigos de pieles como si fueran alfombras, pero ¿y si compraban? Esa duda la carcomía, se notaba en su mirada torva, en el ceño fruncido con que las observaba.

—Las pieles son buenas, pero los diseños están anticuados, *tropo soviéticos* —le informó displicente Martina cuando se aburrió del juego y la dejaron gruñendo, doblada en dos, recogiendo los abrigos tirados por el suelo.

En la planta baja se reunieron con Nadica, que llevaba rato esperándolas. No había comprado ninguna muñeca porque los precios eran desorbitados. Al salir, Martina le informó muy ufana de que se había agenciado una cazadora de chinchilla que costaba 4.000 dólares.

—¿Quieres que te la enseñe? —le ofreció, haciendo ademán de hurgar en una de sus bolsas. Nadica dio un paso atrás, en el rostro una mueca de horror—. Me conmueves —le dijo Martina—, ¡eres tan inocente! Te lo crees todo.

Se juntaron con los chicos en la cola del mausoleo de Lenin, cita acordada con ellos la noche anterior y donde aquel viaje tan esperado se malogró. Tras desistir del empeño de ver la célebre momia, les costó ponerse de acuerdo en el destino ulterior. Zoran, con la autoridad que le confería haber vivido dos años en Moscú, propuso el McDonald's de la plaza Pushkin, a diez minutos de camino.

—Vale la pena verlo —les aseguró—, es inmenso.

Martina aplaudió la iniciativa con entusiasmo; quería, precisaba comerse una hamburguesa, estaba harta de *borsch*, *blinis*, *bulochki*, *pelmeni* y col, su estómago le reclamaba carne. Nadica protestó.

—Estamos en Moscú. ¿Cómo se os ocurre ir a un establecimiento

norteamericano? No es típico de aquí.

—Sucedee que lo típico de aquí es soviético y gris —le replicó Martina—, pero si encuentras una cafetería, típica o atípica, en la plaza Roja, te acompaño.

Y Nadica tuvo que claudicar. Era algo con lo que les costaba reconciliarse, la penuria de locales de restauración en la capital rusa. Belgrado era una ciudad llena de terrazas y cafeterías. Ésa debía ser una de las grandes diferencias entre el comunismo severo de Stalin y el comunismo blando de Tito: la abundancia (o escasez) de cafés y restaurantes (inversamente proporcional a la de los borrachos; en Moscú había menos bares, pero infinidad de curdas). Por solidaridad y porque empezaba a resentir la autoridad de Martina, Ana estuvo a punto de apoyar a Nadica, pero cuando Petar inquirió, en tono cortés, preñado de ironía: ¿Alguien más siente escrúpulos antiamericanos y prefiere no pisar ese antro imperialista?, Ana calló. Si buscaba provocarla, no lo conseguiría.

Zoran llevaba razón, el McDonald's de Moscú era casi tan grande como el Kremlin; pese a pertenecer a una cadena extranjera, tenía la desmesura de todo lo ruso.

—Es el mayor del mundo, tiene setecientos empleados —les instruyó Zoran, con pasión estadística—. El día de su apertura se formó una cola de varios kilómetros y sirvieron a treinta mil clientes, el récord mundial absoluto —alardeó con orgullo de propietario.

No se dejaron impresionar. Tal vez fuera más espacioso que el de Belgrado, pero había sido inaugurado dos años más tarde, como recalcó Marko. Los empleados vestían el tradicional uniforme de la cadena, con la visera y la camiseta rojas y una chapa con sus nombres prendida en el pecho. Pese a sus dimensiones, en el restaurante apenas quedaban mesas libres, era muy popular entre los moscovitas. La decoración era temática, con áreas asignadas a distintos países. Ellos tomaron posesión de la mesa *francesa*, adornada con una torre Eiffel, de plástico negro, que contemplaron con desdén; era incomprensible esa querencia de los rusos por el kitsch. Con la seguridad y la desenvoltura propia de turistas europeos, asiduos a McDonald's, pidieron Big Macs para todos, cervezas (los varones) y Coca-colas (ellas), sin necesidad de consultar el menú (evitando traslucir la emoción que les producía beber auténtica Coca-Cola de nuevo, después de dos años resignados a pobres sucedáneos como Cokta).

Ya lo habían comentado con maligna satisfacción el primer día: qué soviéticos seguían siendo los moscovitas. Sobre todo las mujeres: con sus pañuelos en la cabeza, sus abrigo informes, sus botas militares y sus inevitables bolsas de plástico colgando de las manos, parecían campesinas a punto de ir a dar de comer a las gallinas, según Martina. Ellos, los yugoslavos, se confundían con los escasos turistas franceses o italianos, vestían como occidentales, se comportaban como europeos; por modestia y pudor no lo expresaron con palabras, pero se sentían superiores; eran hermanos eslavos, sí, pero hermanos evolucionados. Zoran les comentó que, al principio, los

moscovitas se tomaban a mal que los empleados de McDonald's sonrieran tanto. Sospechaban que se burlaban de ellos. La actitud servicial del camarero les recordaba la sumisión de la época de los zares; el buen comunista no necesita congraciarse con nadie.

—A mi primo Slavko le sucedió algo curioso —les dijo—. Lo contrataron en el McDonald's de Belgrado, el sueldo era fantástico, ganaba el doble que en la Zastava pero tenía al cabrón del mánager constantemente encima. Cuando Slavko daba el cambio a un cliente y le entregaba el pedido, estaba obligado a decir: «Gracias por su visita, esperamos volver a verlo pronto por aquí.» Cada vez que lo hacía, el mánager le regañaba: «Así no, Slavko, vuélvelo a intentar. Debes mirar al cliente a los ojos y sonreírle», hasta que mi primo, harto, le soltó: «Eso es lo que hacen las putas; yo no soy ninguna zorra, sólo vendo hamburguesas.» Se quitó el gorro, se lo puso al mánager en la cabeza, le miró a los ojos, le sonrió y se fue.

—Y Nadya, anoche, ¿te miró a los ojos y te sonrió? ¿O te hizo algo más? —inquirió con sorna Marko.

Zoran se turbó, bajó la mirada, se mordió una uña y, con el tono compungido de un niño pillado en falta, les confesó a las chicas que en la segunda discoteca a la que fueron Petar, Marko y él la noche anterior (en la primera, Night Flight, les negaron la entrada por no ir vestidos de traje y corbata), trabó conversación con una chica guapísima llamada Nadya, de un rubio casi albino, tan alta como él y espectacular, una de esas hembras portentosas que ilustran los calendarios de los camioneros y pensó: ¡ya he ligado, por fin me ha llegado el turno a mí! ¡Qué cara se les va a poner a Marko y a Petar cuando me vean con ella!, y, hablando de esto y de lo otro, se le ocurrió preguntarle:

—¿Y tú, de qué trabajas?

Ante lo cual Nadya abrió mucho los ojos y contestó:

—De lo mismo que todas aquí. Cobro doscientos dólares por servicio; como eres serbio, te lo dejo en ciento sesenta dólares.

Aún no habían terminado de reírse, cuando Martina, escamada, quiso saber qué habían hecho Marko y Petar. Marko dijo que beber vodka (del botellín que llevaba en el abrigo, la de la disco era prohibitiva), espantar a las busconas que le venían a importunar y observar al personal que pululaba por el garito: gánsteres, nuevos ricos y zorras; en cuanto a Petar, «que os lo cuente él». El filósofo guardaba un silencio taciturno, inmerso en la lectura de un periódico, *The Moscow Times*, repantigado en una silla un poco apartada de la mesa, como dando a entender que él era un ser independiente y nada tenía que ver con ese grupo ruidoso de turistas eslavos. La mención de su nombre lo hizo revivir.

—Camaradas, noticias importantes: el pasado miércoles el Spartak de Moscú logró empatar al Barcelona en el último minuto, con un golazo de Karpin, y se mantiene en la Champions. El primer ministro de la Republika Srpska e ilustre poeta, Radovan Karadžić, asistió al partido en compañía del ultranacionalista ruso Vladimir

Zhiriniovsky. Karadžić, quien ayer terminó su visita a Moscú, declaró a la prensa que su pueblo no se contentará con menos de la mitad del territorio de Bosnia-Herzegovina si tiene que repartírselo con la recién creada Federación Bosnio-Croata. —Petar leía en tono monocorde, sin levantar los ojos del periódico, tan seguro estaba de la atención de sus amigos; cada vez que abría la boca, aunque fuera para decir banalidades, como ahora, los demás callaban. De pronto irguió la espalda, frunció el ceño, agravó la voz—. ¡El ejército serbo-bosnio ha vuelto a vulnerar la tregua en Sarajevo, pese a la amenaza de bombardeo aéreo de la OTAN...! Tranquilos, camaradas, no hay motivo de alarma: los jefazos de la ONU han analizado la situación y concluyen que puesto que los serbios no han atacado Sarajevo con tanques, lanzacohetes, morteros y cañones antiaéreos, sino únicamente con lanzagranadas y artillería ligera, no se ha quebrantado el espíritu del acuerdo y los serbo-bosnios pueden seguir matando civiles a discreción siempre que empleen armas ligeras. Imagino que los sarajevianos saben apreciar el matiz y que les alivia sobremanera que los maten con granadas en lugar de morteros. El impacto de una granada es incluso placentero, tengo entendido... Hay que decir que a los expertos de la ONU les ha aclarado mucho el cerebro la amenaza serbia de matar a todos los funcionarios de la ONU si seguían adelante los bombardeos aéreos. Es un argumento muy persuasivo, fina escolástica la de los militares serbios, para quitarse el sombrero.

—¿De cuándo es el periódico? —preguntó Ana, pasando por alto la bromita estúpida.

—Lleva fecha de hoy, 4 de marzo de 1994.

La noticia le preocupó, no pudo evitar pensar en su padre. Le irritaba el tonillo sarcástico de Petar, ese afán constante por demostrar que se reía de todo, que estaba por encima de las pequeñeces humanas, ¡el gran pensador, elevado a las alturas metafísicas! Pero había asuntos serios que no debían tomarse a la ligera.

—¡Ojalá termine de una vez esta jodida guerra! —suspiró Zoran, borrando con la punta de la lengua la rebaba de espuma que le blanqueaba el bigote—. No os imagináis las ganas que tengo de que nos levanten el puto embargo y volvamos a tener una vida normal. Lo primero que haré es subirme a un avión e irme bien lejos.

Martina se hizo eco de ese anhelo:

—Quiero poder viajar donde me venga en gana, como antes. ¡Quién me iba a decir que echaría de menos al mariscal Tito! Las cosas como son: con él estábamos mejor.

Marko apuntó que el final de la guerra era dudoso; ese loco de Karadžić se negaba a alcanzar ningún tipo de acuerdo con los musulmanes y los croatas, por más que lo presionara Milošević, quien también estaba harto de la guerra de Bosnia.

—Lo que tendría que hacer Sloba es impedir que sigan llegando refugiados serbo-bosnios a Belgrado, no cabe ni uno más —se quejó Martina—. Son sucios, folloneros, maleducados, no hacen más que exigir, como si les debiéramos algo. Por si no fuéramos lo suficientemente pobres por culpa de su guerra, encima tenemos que

alimentarlos. Por mí, que se vayan a la mierda todos esos serbios de Bosnia.

Ana los escuchaba atónita. Reflexionó con desazón que mientras decenas de miles de jóvenes serbo-bosnios se dejaban la vida en el frente, malcomidos, deficientemente equipados, armados únicamente de un ideal y una escopeta, sus compatriotas belgradenses, esos señoritos ingratos que se habían escondido de las patrullas de reclutamiento y no habían llegado a sufrir en carne propia la penuria y el horror de la guerra, estaban dispuestos a abandonar a sus hermanos del otro lado del Drina, a dejarlos a merced de los terroristas musulmanes y de los fascistas croatas, con tal de librarse de las pequeñas incomodidades del embargo. La decepcionaban. Sorbía en silencio la Coca-Cola a través de la pajita de plástico, reprimiendo a duras penas el impulso de decirles cuatro verdades a esos estudiantes consentidos. Como si le leyera el pensamiento (y sospechaba que sí, que era telepática), Nadica intervino en la conversación, manifestando que los refugiados le daban pena, era gente que había perdido sus casas, su trabajo, sus pueblos, todo, obligados a empezar sus vidas de nuevo, lejos de sus hogares.

—Las guerras civiles son espantosas, se matan entre sí los vecinos, ¡los hermanos! Espero que se acabe pronto y podamos volver a vivir todos juntos —concluyó, con una candidez llena de buena voluntad, pero exasperante.

—Eso es imposible —sentenció Ana, saliendo de su mutismo—, después de lo que nos han hecho, los serbios jamás podremos vivir con los musulmanes. Ellos empezaron esta guerra, nosotros no la queríamos.

—Me temo que estás mal informada, querida camarada. La guerra de Bosnia, al igual que la de Croacia, la inició nuestro glorioso ejército yugoslavo, convenientemente azuzado por Milošević, quien sueña con una Gran Serbia, limpia de ustachas y turcos, esa escoria humana, de la que él será, por descontado, presidente vitalicio, un nuevo Tito, o un nuevo rey Lazar, es más su estilo. —Petar habló despacio, sentando cátedra, con esa arrogancia y seguridad en sí mismo que exasperaba a Ana, tanto o más que insistiera en tildarla de «camarada».

—Eres tú quien está equivocado, Petar, muy, muy equivocado —replicó ella con suavidad, refrenando su indignación, escogiendo las palabras—. No soy admiradora de Slobodan Milošević y estoy de acuerdo contigo en que nuestro presidente busca siempre su propio interés y beneficio, no el de la patria serbia, pero fueron los musulmanes los agresores, ellos desencadenaron la guerra de Bosnia, proclamando la independencia de Bosnia-Herzegovina, como si fuera sólo suya y no perteneciera también a los serbios. Han expulsado a centenares de miles de serbios de sus pueblos, han quemado y arrasado sus casas para impedir su regreso, destruyen las iglesias ortodoxas, matan a los popes, violan a las mujeres... Buscan exterminarnos. ¡Quieren resucitar el Imperio otomano, imponernos el islam, obligar a las mujeres serbias a cubrirse con el velo! Bosnia no es más que la punta de lanza, la puerta desde la que proyectan invadir toda Europa. Nosotros estamos defendiendo, solos, al resto de Occidente de ese peligro. Y los países occidentales, en lugar de apoyarnos, ayudan a

esos musulmanes, que no tienen escrúpulos y son terroristas, capaces de todo. El mes pasado pusieron bombas en el mercado de Merkale de Sarajevo. Mataron a sesenta y nueve civiles e hirieron a más de doscientos. ¡A ciudadanos bosniacos, gente de su propia sangre! Pero son fanáticos sin escrúpulos y han conseguido lo que querían, convencer a los americanos y a los europeos de que fueron los serbios los autores de la masacre y que la OTAN nos amenace... Ni Agatha Christie hubiera podido imaginar un ardid tan diabólico —concluyó, repitiendo una ocurrencia de su padre.

—Sí, ya he oído eso —dijo Petar—. Hay un complot turco-alemán y americano para acabar con el pueblo celestial. Según el presidente Karadžić, ese gran bardo, los musulmanes son tan perversos que llenaron el mercado de maniqués y cadáveres sacados de la morgue, para simular la escabechina y embaucar a los occidentales. Sarajevo no es más que un gran teatro y sus ciudadanos, consumados actores que fingen estar hambrientos, heridos o mutilados; adelgazan por pura malicia y se embadurnan con pintura roja para imitar la sangre. ¡En Sarajevo hasta los niños de pecho son actores!

Y Ana explotó, como lo hacía su padre cuando se veía confrontado con la mentira y la necesidad. Los serbios no asediaban Sarajevo; eran los propios musulmanes quienes la sitiaban desde dentro, secuestrando a su pesar a muchos serbios ansiosos de escapar del yugo musulmán. Lo único que hacían las tropas serbo-bosnias apostadas en las colinas circundantes era defender su territorio de los musulmanes, mejor armados y más numerosos que ellos. Y ahora esos turcos diabólicos habían engañado a la OTAN de nuevo, como ya hicieron con la famosa matanza de la cola del pan, en la calle Vase Miskina. La retirada del armamento pesado de los alrededores de Sarajevo era el preludio de una catástrofe: los musulmanes arrasaría a los serbios y los barrerían de Bosnia.

Eso pretendía exponer, pero la elocuencia no era su fuerte: lo que en verdad logró farfullar fueron frases inconexas, proferidas a gritos, acompañadas de golpes furiosos de la mano en la mesa, porque la ira la reducía a la incoherencia y la sonrisa suficiente con que Petar recibía su andanada aún la sublevaba más, de modo que sí, gritó, gesticuló, se desbocó exponiendo sus argumentos bajo la luz aséptica del McDonald's, como una auténtica serbia, con pasión, con rabia, con convicción, porque era serbia y no se avergonzaba de ello, a diferencia de la melindrosa Martina, quien la observaba estupefacta y visiblemente incómoda. No era sólo Martina quien la miraba sorprendida: era toda la clientela del local, las cabezas de los demás comensales se habían vuelto hacia ella, estaba dando un espectáculo. El pudor la silenció. Entonces Petar se echó a reír con carcajadas teatrales y ahora fue él quien percutió la mesa tres veces con la palma de la mano, como ante un chiste tan bueno que merece aplauso.

—¿Tú has oído lo que has dicho? ¿Cómo se van a sitiar a sí mismos? Es una contradicción en los términos, dilecta camarada. ¿Recuerdas la lógica que aprendiste en la escuela? El asedio se hace desde fuera, se rodea un enclave, un pueblo, una

ciudad, pongamos Sarajevo, con cañones, baterías y nidos de ametralladora, como los del ejército de la Republika Srpska, con el fin de que nadie, ni nada, entre o salga de allí, ni comida, ni alimentos, ni, por supuesto, medicinas y, si alguien intenta escapar, se le dispara desde las colinas o desde los edificios abandonados que ocupan los francotiradores...

Ana no le permitió continuar, porque sabía lo que iba a añadir y no estaba dispuesta a escucharlo. Su padre y su tío tenían una casa en Sarajevo, en el barrio de Pofalići, y los musulmanes le habían prendido fuego, reduciéndola a escombros. Por pura casualidad ninguno de sus familiares se hallaba en la vivienda cuando ocurrió el incendio, pero la intención evidente de los bosniacos, de aquellos vecinos que habían tenido por amigos, era matar a su abuela, a su tío, a sus primos, por el mero hecho de ser ortodoxos. Acusó a Petar de traidor, de hacer el juego a los alemanes, al Vaticano y a los americanos difundiendo esas mentiras que fabricaban los medios occidentales, para dividir a los serbios y así vencerlos y aplastarlos.

Petar la observaba con expresión perpleja, el torso inclinado hacia la mesa, los dedos de la mano derecha jugueteando con la base de la torre Eiffel, la otra mano apoyada en la barbilla.

—Eres una víctima más de Slobovision —diagnosticó al fin, y le aconsejó que en el futuro se abstuviera de ver TV1 y TV2 y de leer *Polítika*, *Duga* y demás medios panfletarios, controlados por el gobierno fascista de Milošević, que difundían todo tipo de patrañas y embustes, como la sandez de que los croatas formaban collares con los dedos cortados de los niños serbios—. Nuestros medios oficiales de información se han transformado en instrumentos de propaganda y mienten y distorsionan la verdad a conciencia. Se cuidan mucho de mostrar imágenes actuales de Sarajevo. Nos dicen lo que según ellos sucede allí, pero no nos lo enseñan. ¿Por qué? Porque es mejor que no sepamos, así somos más manipulables —dictaminó Petar. Le recomendó que leyera *Borba* o *Vreme* y sintonizara R-92 y, si tenía la posibilidad (generoso, él se la brindaba), viera los reportajes sobre la guerra bosnia de la CNN y así se enteraría de cuál era la verdadera situación; quiénes eran los genocidas y quiénes las víctimas; quién mataba a quién, quién violaba a quién, quiénes asediaban poblaciones para reducir al hambre a sus habitantes.

Ana se encolerizó.

—¡*Borba* y *Vreme* son periódicos financiados por la CIA, todo el mundo lo sabe, y en cuanto a la CNN...!

Petar perdió la paciencia:

—Cuidado con lo que dices —le advirtió—, yo he colaborado con *Vreme*, no es ningún secreto, me enorgullezco de haber publicado algunas crónicas en el único periódico serio de nuestro país y te aseguro que allí no hay ningún espía de la CIA, somos todos yugoslavos o serbios, como quieras llamarnos, pero serbios que no nos dejamos seducir por el discurso nacionalista de Milošević y compañía. Según ellos, los serbios somos todos héroes, nobles, sabios, solidarios, valientes, ¡los mejores! Los

croatas, bribones, cobardes, interesados, traidores, ¡todos! Y los musulmanes, una plaga. ¿Sabes cómo llamaban a esa jerigonza patriótica los nazis? *Volksgemeinschaft*, y en su nombre se sintieron legitimados a matar a los judíos, a los gitanos y a los serbios y lo increíble es que nosotros, que hace cuarenta años fuimos sus víctimas, los imitamos. ¿Tienes idea de lo que hizo el ejército serbio en Dubrovnik o en Vukovar? Yo sí, he estado allí, lo he visto. No lloro nunca, pero en Vukovar lloré. Arrasaron la ciudad, nuestro heroico ejército serbio no dejó piedra sobre piedra, mataron a centenares de civiles y a los que no, los expulsaron, y a eso lo llaman liberación. ¡Según TV Belgrado, Vukovar y Dubrovnik han sido liberados!

Ana se puso en pie, no estaba dispuesta a tolerar ni un despropósito más. Alzó su abrigo del respaldo de la silla, recogió en silencio su gorro, sus guantes, su bolso, su bufanda y salió a la calle. Ya era de noche. Estaba nevando. No había dado ni diez pasos, cuando Zoran la alcanzó.

—¿Adónde vas? Ya sabes cómo es Petar, no hay que tomarlo en serio. No sé por qué nos hemos puesto a hablar de política, la jodida política...

La tenía cogida del brazo y le impedía seguir avanzando, la cara vuelta hacia ella. Gruesos copos de nieve descendían mansamente sobre su cabeza descubierta, se estrellaban contra su nariz carnosa, le moteaban la barba de blanco. Su expresión preocupada, casi implorante, la hizo reír. Era un buen chico, Zoran, el más mínimo síntoma de conflicto o disensión entre sus amigos lo trastornaba, no soportaba las peleas (salvo las físicas, al estilo serbio, con unas copas de más y los puños desnudos).

—¡Vas sin abrigo! —le reprochó ella—, ¡con este frío! Regresa al McDonald's, cogerás una pulmonía. Yo me voy al hotel, quiero estar sola.

De camino a la boca de metro, reflexionó que, por alguna extraña razón, los peligros domésticos nos asustan menos. También en Belgrado había matones y tiroteos y calles sin luz, por los cortes eléctricos, pero eso no le impedía transitar por la ciudad a todas horas, aventurarse por avenidas heladas, desiertas y oscuras, iluminándose con una linterna de bolsillo, y nadie se alarmaba por ello. Hacía unos pocos meses, cuando regresaba a casa de noche, tras una tarde de trabajo en la biblioteca de la facultad, un cuatro por cuatro nuevo, con las ventanas tintadas, de los que usaban los mafiosos, estacionado en la acera derecha del bulevar Oslobođenja, saltó por los aires, herido por una explosión, a menos de cincuenta metros de donde se hallaba ella. El impacto la sacudió y notó cómo se le aceleraba el corazón, la sangre alarmada golpeando sus venas, pero no permitió que el pánico se adueñara de ella. Recordó el consejo de su padre: «Ten presente que siempre hay alguien que siente más miedo que tú y dale ejemplo.» No se quedó a averiguar si había muertos, ni cuántos, no le interesaba, siguió su trayecto. Cuando se lo contó a su padre, éste se indignó. La proliferación en Belgrado de mafiosos y gánsteres de todo pelaje le sublevaba. «Esto es cosa de Arkan, o de Goran Vuković —opinó—, o quizá del hijo de nuestro presidente, Marko, ese impresentable, que tiene negocios con todos los

chorizos de la ciudad.» Pero se abstuvo de recomendarle a Ana que dejara de ir caminando a la facultad. ¿Cómo iba a hacerlo? Tenía que estudiar y los autobuses apenas circulaban y, los pocos que lo hacían, iban llenos. Por eso resultaba sorprendente que cuando ella le comunicó su deseo de ir con sus amigos a Moscú, de viaje de fin de curso, todo fueran reparos. Seguía tratándola como a una niña, le quitaba el sueño que alguna desgracia pudiera golpear a su hijita. Y a ella le pasaba lo mismo con respecto a él. Recordó la noche en que, al llegar a casa, su madre, el rostro demudado, la cogió por los hombros y, entre sollozos, le dijo: «Ha sucedido algo terrible, han matado a Dragan.» Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para disimular su alivio cuando supo que el muerto no era su padre. ¡Tanto afán por alejarse de su protección tenaz, de su cariño asfixiante y ahora lo echaba de menos! Pensó que su padre habría refutado con cuatro frases tajantes los infundios de Petar. Y de paso le habría afeado que no estuviera en el frente, empuñando un arma en defensa de su patria. Pero a Petar la palabra «patria» le parecía ridícula. Él era un intelectual cosmopolita, un ciudadano del mundo, no le gustaban las fronteras. ¿Cuál era esa palabreja alemana que había empleado para mofarse del nacionalismo? No podía recordarla, aunque siendo alemana, había de ser mala. El nazismo era terrible, pero el patriotismo, no. Gracias a la pulsión patriótica lograron los serbios derrotar a los nazis en la segunda guerra mundial; el sentimiento nacional, el imperativo de la defensa de su tierra, de su libertad, había logrado unirlos contra el invasor. Ser patriota era algo hermoso; lástima que Petar, tan apegado a la razón, no lo llegara a entender, porque el patriotismo es un sentimiento que no se puede explicar. Pese a ello, había intentado explicárselo a Danilo Papo, cuando éste aún era su amigo y ella iba a recogerle a la Facultad de Filología, en Trg Republika, y paseaban juntos por el parque Kalemegdan. Él le reprochaba que se hubiera convertido a la religión ortodoxa y que se sintiera tan ufana de su etnia serbia. «El nacionalismo es absurdo —sostenía Danilo—, sentirse orgulloso de ser serbio y no esloveno es tan idiota como alegrarse de vivir en el piso quinto primera y no en el tercero segunda. Dónde naces, a qué raza perteneces, es un puro accidente, como ser rubio o moreno y calzar un cuarenta y cuatro o un cuarenta y dos. Mira ese árbol: ¿es serbio! ¿Lo sientes más tuyo que, pongamos por caso, un abeto de los Alpes suizos? ¿Darías la vida por ese jodido árbol?» Y sí, ella daría la vida por su país, con los ojos cerrados. Por más que Danilo sostuviera que los seres humanos son iguales en todas partes, que hay personas valientes y cobardes, honradas y deshonestas en todos los países, no se podía negar que había algo especial que caracterizaba a los serbios: el alma serbia. El serbianismo, esa esencia que compartían todos los descendientes del rey Lazar: el *inat*, la constancia, la obstinación, la tenacidad que había permitido sobrevivir a un pueblo perseguido y sojuzgado a lo largo de la historia por los turcos, los austro-húngaros, los alemanes y ahora... ¡todos los países occidentales! Los serbios eran alegres, generosos, sinceros (del todo incapaces del fingimiento y la hipocresía que con tanta eficacia administraban los croatas, esos maestros de la autopropaganda). El

serbio era un pueblo artístico, amante de la poesía, la música y el baile, integrado por gente animosa, que sabía trabajar pero también divertirse, a diferencia de los tiosos alemanes y de los croatas, sus epígonos eslavos, quienes no pensaban más que en atesorar, en enriquecerse y llevaban la avaricia en sus genes. La urbana Martina despreciaba a los serbios del campo, aficionados a deleitarse con el canto del *guslar*, a bailar el *kolo*. Ella sólo escuchaba música de la MTV y bailaba *techno* en las discotecas, pero Ana, quien también apreciaba la música moderna, se enorgullecía de que en su casa de Banovo Brdo, en pleno Belgrado, se bailara el *kolo* y se cantaran canciones patrióticas. Era algo improvisado, visceral, espontáneo: se hallaban celebrando la *slava*, esa fiesta tan serbia, tan desprendida; se abrían las puertas de la casa y entraba quien quería; amigos, parientes y meros conocidos acudían sin necesidad de ser convocados; se les recibía con cariño, se les agasajaba con *sarme*, *gibanica*, cerdo asado, pitas; se bebía *šljivovica*, se hablaba a grandes voces, se bromeaba. Junto a la larga mesa de la *slava*, una orquestilla de gitanos (contrabajo, guitarra, acordeón) tocaba canciones tradicionales que todos coreaban, «Al alba despertó la doncella de Kosovo, / temprano se levantó un domingo por la mañana / antes de la salida del sol», y, de común impulso, su padre, su madre, su hermano, Manojlo Milovanović (el gran compañero de su padre), la esposa de éste y ella misma dejaban sobre la mesa las copas y los cigarrillos, se levantaban de sus sillas, se cogían de las manos y formaban un *kolo* en el comedor de su casa. Danzaban en semicírculo bajo la vieja lámpara de techo con tres tulipas de vidrio, sobre la alfombra blanca y negra, entre las sillas, el sofá y las mesas, con un equilibrio exquisito pese al alcohol ingerido, la mano de Ana oprimida por la manaza sudorosa de su padre, quien ondeaba un pañuelo blanco en su diestra. La sensación de contento, armonía, felicidad compartida que entonces les embargaba descendía sobre ellos como la espesa niebla sobre la llanura de Kosovo en el poema épico: una experiencia inenarrable, mística pero también festiva. Los pasos del *kolo* estaban impresos en su herencia genética, como los españoles llevan el flamenco grabado en la sangre o los escoceses el sonido de la gaita. ¿Cómo se puede discutir eso? La identidad nacional es algo tan consustancial al ser humano como el amor de una madre por sus hijos. Si la despojaban de su identidad serbia, sería menos persona, menos Ana, pero para sentir amor a la patria, hay que ser capaz de amar y sin duda ése era el problema de Petar, un corazón de piedra.

A Ana le producía una íntima alegría la conciencia de que cumpliendo con las tradiciones, observando sus ritos, establecía un puente con sus ancestros, pertenecía a algo más grande que su pequeña individualidad, su reducida familia: era una gota de agua en el mar infinito de la nación serbia, pero una gota indispensable. Ana Mladić moriría un día; el serbianismo no, y mientras subsistiera la nación serbia, perviviría algo de ella. Era egoísta existir sólo para uno mismo, como Danilo o Petar, es necesario creer en algo superior, que dé sentido a los afanes diarios, al trabajo constante y a menudo amargo que es vivir. Ella quería ser la mejor cirujana de Serbia,

no por vanidad, sino por voluntad de servicio a sus compatriotas. No concebía la vida sino como una entrega a la causa común, quizá influida por su padre, quien había hecho del altruismo su divisa. De niña creyó en los falsos valores del comunismo: la fraternidad y la unidad que predicaba Tito, ese croata. Si le preguntaban por su nacionalidad, respondía sin dudar: soy yugoslava. Jamás pensaba en su etnia serbia y, en su ingenuidad, había supuesto que los yugoslavos de etnia croata, eslovena, macedonia, albanesa o musulmana sentían lo mismo que ella, que apoyaban el proyecto común de la nación yugoslava, y nunca se había parado a considerar que los serbios, víctimas de los ustachas croatas, aliados de los nazis en la segunda guerra mundial, habían sido en exceso generosos con sus verdugos, pues perdonaron sus crímenes al terminar la guerra y se avinieron a formar con ellos la Federación Socialista de Yugoslavia. Recordó con amargura la ilusión con que había participado, de pequeña, en los relevos infantiles que se organizaban para el cumpleaños de Tito. En una redacción escolar había llegado a escribir: «Quiero a Tito más que a mi madre y casi tanto como a mi padre» (tuvo un disgusto con su madre por ese motivo), y no mentía: amaba a Tito, a Yugoslavia, incluso a *Luks*, el heroico perro de Tito... Ni siquiera era consciente (era una niña; Tito, un dictador) de cómo en la federación socialista los serbios eran sistemáticamente orillados, marginados, manipulados por las otras nacionalidades, pese a ser los más numerosos. Fue abrupto el despertar de su sueño fraternal: primero se desgajó Eslovenia, luego Croacia, más tarde Bosnia-Herzegovina, Macedonia... ¡Los traicionaban! Los abandonaban a su suerte, así pagaban los otros pueblos de Yugoslavia la magnanimidad serbia. Ahora todos tenían sus propios países, reconocidos por la ONU... ¡menos los serbios! Había una conjura internacional; buscaban erradicarlos. De nuevo los alemanes, como hacía cuarenta años, revivían su funesta alianza con los croatas, dispuestos a fundar el IV Reich. Los alemanes de finales del siglo xx eran hijos o nietos de aquellos nazis diabólicos que mataron a millones de seres humanos y no parecían afligidos ni avergonzados por su progenie. Disfrutaban sin mala conciencia de su prosperidad, se habían perdonado sus desmanes hacía tiempo, pero ella, hija de serbios, nieta de partisanos, no podía perdonarlos. Jóvenes alemanes de su misma edad se habían sentado en el regazo de sus abuelos nazis, se habían dejado mimar y acariciar por esas manos teñidas por la sangre de incontables crímenes. Ella no había podido conocer a sus abuelos, los mataron los alemanes, pero al menos podía vanagloriarse de que no eran nazis, sino partisanos. ¡Y Petar llamaba fascista al ejército serbo-bosnio! No cabía mayor insulto. Y ello porque el ejército defendía a la minoría serbia de Bosnia de los musulmanes fundamentalistas. La historia era circular, se repetía; parecía una fatalidad, el pueblo serbio vivía permanentemente amenazado. Cuando tomó conciencia de esa persecución, nació en ella el orgullo de ser serbia. Y con motivo. El embargo era duro, sí, pero había dado ocasión para que los belgradenses hicieran gala de una solidaridad insospechada. ¿En qué otra gran urbe europea podía suceder que un conductor detuviera su vehículo y ofreciera transporte a un completo desconocido,

acompañándole en su coche a la otra punta de la ciudad, sin esperar nada a cambio? En Belgrado, desde que escaseaba la gasolina y apenas circulaban coches, eso pasaba todos los días. ¿O la familia que velaba por la anciana vecina de su inmueble, compartiendo con ella sus parcos alimentos, llevándole medicinas? Las aguas del Sava y del Danubio volvían a poblarse de peces y aves que la contaminación había desterrado y los cafés y restaurantes seguían llenos de gente, que se negaba a recluirse en sus casas, a dejarse abatir por la desgracia... Eso era el serbianismo, el *inat*, y era importante resistir, permanecer unidos, sonreír ante la adversidad, sólo así derrotarían al enemigo, como ya hicieron en la segunda guerra mundial. Pero el problema eran los traidores, siempre había habido un Vuk Branković en la historia de la nación serbia. «Sólo la unión salva a los serbios», así rezaba el lema, que ahora se había puesto de moda pintarrapear como grafito en todas las zonas de ocupación serbia, pero aunque lo proclamaran las paredes y las fachadas de las casas, los propios serbios rara vez lo recordaban, disgregados en banderías que se enzarzaban unas contra otras, aniquilándose mutuamente con furor fratricida. Su padre le había contado que en la segunda guerra mundial, el problema de los invasores nazis no fue captar confidentes serbios, sino dar abasto para atender a los miles de traidores serbios dispuestos a vender a su patria por una prebenda. ¡Qué indignidad!

Petar era un traidor. Durante la guerra con Croacia había cambiado constantemente de domicilio para que no lo pudieran localizar las patrullas de reclutamiento (como por desgracia habían hecho tantos otros jóvenes serbios). Lo grave era que Petar se jactaba de ello, como si fuera una heroicidad y no un acto de cobardía. Había empezado a estudiar medicina el mismo año que ella, pero estaba tan ocupado conspirando y organizando manifestaciones estudiantiles (las lideraba todas) que no logró aprobar ni una asignatura. Descubrió una oportuna vocación filosófica y se matriculó en la Facultad de Filosofía, pero no por ello dejó de frecuentar la Facultad de Medicina (era fama que albergaba a las universitarias más guapas), donde continuaba intrigando y caldeando el ambiente, apremiando a los estudiantes a no estudiar, a manifestarse, a no cumplir con su deber, investido de una supuesta autoridad que él mismo se arrogaba y que ejercía con ese aura de mesías, de mártir de la sacrosanta causa de la libertad. ¡Cómo se pavoneaba desde que le permitían escribir pequeñas crónicas en *Vreme!* Le repugnaban lo indecible esos periodistas que se llamaban a sí mismos «independientes», esbirros de los servicios de espionaje occidentales, de los que percibían magníficos sueldos con los que podían proveerse de lo que se les antojara en el mercado negro, para luego, la casa bien caliente y el estómago lleno, criticar al gobierno por la inflación y la carestía de los alimentos. Petar afirmaba de sí mismo que era un escéptico y esa falta de valores y convicciones se le antojaba una prueba de su superioridad moral. Se vanagloriaba de haber sufrido una paliza a manos de una pandilla de chetniks y de haber pasado varios días encerrado en una comisaría, por estrellarle un huevo en la cara a un policía. Se había creado una falsa leyenda de héroe revolucionario, cuando no era más que un cínico,

preocupado tan sólo por su bienestar y su espuria reputación de rebelde, que tanta simpatía le granjeaba entre las jóvenes frívolas e insensatas como Martina, para quienes Petar era el Che Guevara redivivo, o algo similar. Nunca lo había apreciado, lo juzgaba un necio presuntuoso y le irritó enterarse el mismo día de la partida, en el aeropuerto de Belgrado, de que formaba parte del grupo de estudiantes que viajarían a Moscú. La madre de Petar era húngara y eso debía tenerse en cuenta. Antes, en la época de Tito, uno tenía la impresión de que la etnia a la que se pertenecía era algo irrelevante. Nadie daba mayor importancia a los matrimonios mixtos (que Tito fomentaba para diluir el sentimiento nacional), pero no era un asunto baladí: el serbio puro es por fuerza más patriota que el mezclado, cuyo corazón se divide entre dos lealtades. La madre de Martina era croata. Ana nunca se lo había mencionado, le hubiera parecido indelicado, pero sin duda esa ascendencia determinaba el desapego de Martina hacia la causa serbia, su falta de compromiso. Y Danilo nunca podría sentir el serbianismo como ella, porque su padre era judío. Dragan, él sí que era serbio por los cuatro costados. Había dado su vida por la nación serbia y Ana nunca podría perdonarse no haberlo querido como se merecía, por causa de Nikola. Se había enamorado del hombre equivocado. Cuando era niña y vivía en Skoplje, la madre de una condiscípula le leyó el porvenir en los posos del café. «Te casarás con un hombre rubio, alto y guapo y tendrás tres hijos, una niña y dos niños.» Dragan era rubio, alto y muy guapo, pero no se había casado con él y nunca le daría hijos. La noticia de su fallecimiento la sorprendió, no tenía idea de que lo hubieran enviado al frente, hacía meses que había perdido todo contacto con él. Fue su padre quien le reveló que Dragan había acudido a Bosnia como voluntario. Nunca hubiera sospechado que, bajo la bravuconería y petulancia de su ex novio, anidara un corazón de héroe. Su padre lo había juzgado mal, Dragan no era un fanfarrón, ni un mequetrefe, sino un auténtico patriota. Cuando supo las circunstancias de su muerte, experimentó una suerte de orgullo retrospectivo, una nostalgia demorada y, al mismo tiempo, el aguijón de una duda que le escoció y continuaba inquietándola: ¿y si Dragan había pedido su traslado al frente por ella, por Ana, para intentar olvidarla o, todo lo contrario, para hacer méritos ante ella, para recuperarla? ¿Y si la adivina de Skoplje llevaba razón y era Dragan el hombre al que hubiera debido unir su destino? Nikola nunca había estado enamorado de ella; encaprichado, sí, halagado por la pasión que un cuarentón como él había logrado inspirar a una estudiante, pero no la quería. Ella se había empeñado en enamorarlo, convencida de que su devoción y entrega acabarían por obrar un milagro y Nikola comprendería que para ser feliz la necesitaba, pero resultó que no, que estaba muy capacitado para ser feliz (o infeliz) sin ella. En cambio Dragan... Ana nunca había hecho caso de sus melodramáticas declaraciones de amor, pronunciadas con la atropellada vehemencia y los clichés de los galanes de las teleseries. Quizá porque era más joven que ella y lo juzgaba inmaduro, tenía la impresión de que Dragan siempre estaba actuando, desempeñando el papel de donjuán apasionado, jugando a ser un hombre. Y sin embargo, ese

muchacho de apenas veinte años había muerto como un hombre en el campo de batalla, mientras Nikola, el serio y viril profesor, el hábil cirujano, había escapado a Alemania en cuanto las cosas se pusieron feas. La enfurecía haber estado enamorada de una rata. ¿Cuánto la quería Dragan? ¿Pensaba en ella de noche, acurrucado en la trinchera, temblando de frío, hambre, cansancio y miedo?

Al salir de la estación de metro de Kievskaya la envolvió una ráfaga de viento helado que subía desde el río Moskva. Se caló el gorro hasta las orejas, se cubrió la cara con la bufanda y, la barbilla hundida en el pecho, apretó el paso, sin mirar ni atender a los vendedores ambulantes que le ofrecían tabaco, vodka o Chanil, auténtico perfume de París a sólo doce rublos. De pronto se vio rodeada por un enjambre de niños gitanos que le pedían limosna. Bajo el ataque de una nube de abejas, la mejor estrategia es quedarse quieta, inmóvil, hasta que pase, pero de los niños gitanos conviene defenderse a gritos, manotazos e insultos, el bolso bien sujeto para evitar que lo hurten o le metan mano. Consiguió llegar indemne a la avenida Kutuzov, donde se alzaba la imponente mole del hotel Ukraina. El frío moscovita, el acoso de los buhoneros, la hostilidad de los niños mendigos, la sacaron de su ensoñación romántica y le devolvieron el sentido práctico. Recordó que a la semana de que rompiera con Dragan, desilusionada de él, harta de sus plantones, sus misteriosas desapariciones y sus juergas épicas, amigas bien intencionadas (es mejor que lo sepas) le vinieron con cuentos de que su ex novio había sido visto en Niš, muy acaramelado con una tal Sonja, prima de Nadica (ésta no le dijo nada, pero acabó por confesar, contrita, su parentesco con la nueva novia de Dragan). Era dudoso que Dragan soñara con ella en el frente de batalla y del todo impensable que hubiera partido a la guerra para aliviar su corazón herido, como el conde Vronski en *Anna Karénina*. Ella no le había roto el corazón, ni nada parecido. Quizá le había herido el orgullo, eso era todo. Se le demudó el rostro cuando Ana le anunció que lo dejaba. Protestó con vehemencia, convencido de ser víctima de una injusticia: «Soy joven, tengo derecho a divertirme y tú no haces más que estudiar. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme en casa viendo la tele? Soy un tío normal, me gusta salir de farra con los amigos, ¿qué tiene eso de malo? Te juro por mi madre que no te he engañado con ninguna mujer; te he sido fiel y eso es lo que importa. Ya sé que a tu padre no le gusto, que piensa que soy un golfo y un inútil, pero lo tengo todo previsto: cuando llegue el momento, me casaré contigo y sentaré cabeza, trabajaré como un cabrón, te acompañaré a la iglesia... Dame otra oportunidad, por favor...» No se la dio. Lo dejó allí, con expresión abatida, sentado a una mesa de la terraza de un café en el bulevar, donde lo había citado para darle la noticia, la mirada perdida en la silla que ella acababa de abandonar, en la que había olvidado, a conciencia, el ramo de flores que él le había llevado para hacerse perdonar su última trastada. Nunca más lo volvió a ver. ¿Por qué se fue a Bosnia de voluntario? Él era de Niš, ésa no era su guerra, sino la de los serbios de Bosnia. Quizá hubiera cruzado una apuesta con sus amigos, o le urgía desaparecer de Belgrado una temporada; albergaba la sospecha de que Dragan

hacía sus trapicheos en el mercado negro del cambio de divisas, un ambiente peligroso. Dragan vivía a lo grande, era un derrochador; la abrumaba con sus regalos, cada vez que la veía, la sorprendía con un nuevo obsequio. No podía recordar que Nikola le hubiera regalado nada durante el tiempo que duró su relación. Pagaba todos los gastos de sus encuentros, eso sí: la habitación del hotel Prag, la cena o la comida en el restaurante, el importe del taxi. En una ocasión le prestó un fular, pero no tardó en reclamárselo, alegando que era un regalo de su mujer, quien lo echaría en falta. Un pañuelo de seda comprado en París, con un estampado muy bonito y un tacto tan suave que le costó devolvérselo; olía a Nikola, hubiera deseado retenerlo.

Ningún hombre la había querido nunca con la entrega y la pasión absolutas que ella anhelaba. Deseaba ser amada sin reparos, incondicionalmente, estuviera de buen o mal humor, triste o alegre, guapa y arreglada o con la cara llena de granos o deformada por un flemón. Esperaba ser amada con todos sus defectos, no a pesar de ellos, sino también por ellos; soñaba con un amor total que la envolviera en una red de protección y afecto. Pero el único hombre que la quería de esa forma era su padre. Él se lo recordaba, bromeando: «Ningún hombre te querrá tanto como te quiero yo. No voy a conseguir que te cases con nadie, los compararás conmigo y te parecerán poco.» A la hora de la verdad, su padre había sido más exigente que Ana; todos los chicos con los que había salido se le antojaban indignos de ella; según él, no daban la talla.

Por primera vez desde que llegó a Moscú, subió sola en el ascensor del hotel. Alguien (un camarero o una recepcionista) había advertido a Nadica de que no era aconsejable que las señoritas se aventuraran solas en el ascensor y la implacable Nadica se había tomado ese consejo como una norma: de ordinario se desplazaban las tres chicas juntas o, como mínimo, dos, jamás una sola. Era extraño que su protectora y temerosa amiga la hubiera dejado marchar del McDonald's sin imponerle su compañía. Y no había salido en su defensa durante la discusión con Petar. Tampoco los demás, ninguno la había apoyado; sus amigos habían observado un silencio ominoso durante la disputa, no habían tomado partido abiertamente, pero tenía la impresión de que, callando, daban por buenas las tesis de Petar. De pronto tomó conciencia de su soledad. Martina, Nadica, Marko y Zoran, ¿eran realmente amigos suyos? ¿Apreciaban su compañía o sólo la sobrellevaban, obligados a soportar su presencia por ser una condiscípula de la universidad? Deseaba pensar que no, que le tenían afecto o cierta simpatía, no quería volverse paranoica, pero en todo caso, tras la agria escena del McDonald's, había comprendido que no podía contar con ellos. «Yo sólo me fío de mí mismo y de mi caballo», como decía el refrán que solía repetir su padre. La invadió una honda nostalgia de Belgrado, del hogar familiar, del humor zumbón y cariñoso de su padre, la cháchara alegre e inconsecuente de su madre, la compañía leal de su hermano Darko. Los novios, los amigos vienen y van, es la familia lo que permanece, la que nunca nos falla. No saldría esa noche de juerga por Moscú con Martina y los otros. Se sentía muy cansada y le dolía la cabeza: como si le

clavaran alfileres en el cráneo, por detrás de los párpados y en las sienes, unas punzadas agudas que, si cerraba los ojos, parecían atenuarse. Se tumbó sobre la cama y apagó la luz. No quería ver a nadie, ni hablar con nadie, sólo dormir.

GALERÍA DE HÉROES: EL CRÁNEO MILAGROSO

Es costumbre de los santos hacer milagros después de muertos y Lazar, ¡qué duda cabe!, fue un gran santo. Cuando los turcos lo degollaron en el Campo de los Mirlos, ningún serbio vio rodar su egregia cabeza sobre la hierba sucia, salpicada de lanzas rotas y cuerpos ensangrentados, pero sí presencié la triste escena un niño turco, esclavo, hijo de madre serbia, también esclava. El chico pidió a los turcos compasión para el busto del noble soberano; sería un pecado permitir que se pudriera a la intemperie, picoteado por águilas y cuervos, pisoteado por héroes y caballos. A hurtadillas de sus amos, recogió del suelo la ilustre testa, la metió en un saco y la escondió en el lecho de un manantial, mientras el cuerpo al que pertenecía quedó tendido, anónimo, donde había caído.

Pasaron cuarenta años. Un grupo de jóvenes carreteros, que transportaban siervos búlgaros y griegos desde Vidin a Niš, hicieron noche en Kosovo. Acamparon en la llanura y encendieron una hoguera. Tras una cena abundante se les despertó la sed. Fueron en busca del manantial a la luz de una tea. Al aproximarse, un carretero admiró el reflejo plateado de la luna bailando en el agua. Pero era noche de luna nueva, observó uno de sus compañeros. El tercero calló y, volviendo el rostro al este, invocó a Dios, el único y verdadero; se adentró en el agua negra del manantial, sumergió su brazo derecho hasta el hombro y elevó al aire tranquilo la sagrada calavera del rey Lazar, zar de todos los serbios. La depositó sobre la verde hierba de la ribera y se aplicó a llenar una jarra de agua para sus compañeros. Al ir a recoger el cráneo, no lo halló donde lo había dejado. Con asombro observó cómo se alejaba rodando por la llanura, llevado de su propio impulso, en dirección al cuerpo mutilado del que formaba parte, fundiéndose con él, recomponiéndolo. La noticia del milagro se propagó con la rapidez del fuego. Pronto llegaron a Kosovo centenares de popes, patriarcas y venerables obispos cristianos, procedentes de lugares tan lejanos como Constantinopla o Jerusalén. Durante tres días con sus tres noches los santos varones rezaron junto al divino cadáver y lo velaron, sin comer, sin beber, sin descansar ni dormir un instante. A su término, inquirieron del santo a qué monasterio, iglesia o lugar sagrado deseaba que fueran conducidos sus restos, para darles cristiana sepultura y reposo eterno. El rey Lazar desdeñó los grandes y antiguos monasterios que le ofrecieron; no quiso ir a Opovo, ni a Krušedol, ni a Jazak o Bešenovo; en su lugar escogió la iglesia de Ravanica, en las faldas del monte Kučaj, que él mismo había mandado construir y sufragado de su propio peculio, no con el sudor de sus desdichados súbditos.

Eso dice la tradición oral que recrean los *guslar* y la poesía épica, pero los historiadores discrepan. Según ellos, el cuerpo de Lazar fue devuelto a la reina Milica

por príncipes serbios, vasallos de los turcos, y enterrado en Priština. En 1401 la zarina trasladó los restos al monasterio de Ravanica. El esqueleto fue amortajado con la capa de armiño, adornada de fieros leones rampantes, que supuestamente vistió el zar en la batalla y envuelto en un sudario de seda roja, que llevaba bordada en oro la célebre oración de la monja Jefimija: «No olvides a tus queridos hijos, que tanto precisan de tu ayuda, ¡oh mártir!» En 1690 los despojos de Lazar volvieron al camino, custodiados por los monjes de su monasterio que, liderados por el patriarca Arsenije, huían de los turcos. Lazar recaló en Szaentendre, cerca de Buda, hasta 1697, en que fue trasladado a un monasterio en Srem, donde descansó varios siglos. En 1942 las santas reliquias fueron profanadas por ustachas croatas, que sustrajeron los anillos de oro de los dedos del soberano. A ruego de los ofendidos serbios, los ocupantes alemanes permitieron el traslado de los restos a Belgrado, donde permanecieron los siguientes treinta años. En 1987, en preparación de la efeméride del sexto centenario de la batalla de Kosovo, los huesos de Lazar salieron de gira: hicieron parada en todos y cada uno de los monasterios de Serbia y de Bosnia, donde fueron objeto de la veneración de los peregrinos. Veinte años después, el ciclo se ha completado y el asendereado esqueleto vuelve a descansar en Ravanica. Los domingos abren el ataúd y los venerables despojos son expuestos al público, envueltos en un sudario nuevo, bordado en rojo y oro, que sólo deja ver las manos secas, oscuras y apergaminadas como garras. Recubre el féretro una gran bandera serbia, réplica exacta, aseguran, de la que portaba el héroe Boško Jugović el día de la batalla.

Pero los fastidiosos historiadores ponen en duda la existencia de Boško Jugović y sostienen que Vuk Branković nunca traicionó a nadie. Sobre Lazar, afirman que no fue un santo, ni un zar, sino un mero reyezuelo. Cuestionan incluso el resultado de la batalla: no está claro que los serbios fueran vencidos (aunque nadie niega la muerte de Lazar y Murat en Kosovo); al parecer, las primeras noticias que se difundieron tras la contienda fueron de una apretada victoria serbia que, con el paso del tiempo, se convirtió en derrota. La culpa de esa distorsión de la historia se la atribuyen a Milica, la zarina viuda, quien no habría sido la damisela indefensa y tímida que retratan los poetas, sino una mujer de armas tomar, que defendió con uñas y dientes su parcela de poder frente a los caudillos rivales, en interés de su hijo y heredero, Stefan. Con gran astucia, puso a trabajar a bardos y poetas para que construyeran una leyenda épica en torno al difunto Lazar y de ese modo dar realce y legitimidad a las pretensiones de su primogénito, brote nuevo del tronco centenario, continuador de la noble estirpe. A su debido tiempo, Stefan fue rey, o déspota, pero vasallo del sultán turco y, como tal, ofreció sus tropas a Bajazit, el nuevo sultán, el cual, para evitar disputas sucesorias, tras la muerte de su padre Murat había asesinado a su propio hermano y una de cuyas esposas era hermana de Stefan. Ésa fue la ironía: al padre la leyenda lo glorificó por sacrificar la vida luchando contra el turco; el hijo mata cruzados para ganarse el favor de su señor musulmán y cuñado. Pero esta parte de la historia no interesa al mito. La

debilidad de la historia es que es voluble y poco fiable, sujeta al vaivén de las ideologías y las modas: ¿por qué, si no, cambian tanto las versiones de los hechos de un siglo a otro? El mito tiene una fuerza lírica y una belleza estética de la que la historia carece. El mito rectifica la historia, es como si dijera: puede que las cosas no sucedieran de este modo, pero así es como debieran haber sido, como queremos recordarlas, y una derrota heroica es más digna de memoria que una victoria dudosa. El mito es por definición trágico (o eso dijo Aristóteles) y toda tragedia que se precie requiere un traidor, un héroe y una doncella inocente.

Setecientos años después, el pueblo serbio continúa celebrando la festividad de Vidovdan cada 28 de junio, día de san Vito, en conmemoración de esa antigua batalla que, para ellos, marcó el final de una época dorada de independencia y prosperidad y el inicio de una larga y penosa servidumbre al enemigo musulmán, que duró cinco siglos. Lo dejó escrito el gran poeta montenegrino, príncipe y arzobispo, Petar Petrović Njegoš:

*Antes el mar se volverá agua dulce
que serbios y turcos vivirán en paz.
Libraremos una batalla sin final
sucederá lo que nunca debería suceder
Crecerán flores sobre las tumbas
para las generaciones futuras...*

La desveló la luz, un violento portazo y el roce de unas botas sobre la moqueta del recibidor.

—¡No te puedes imaginar lo que me ha hecho! —rugió Martina.

Habían regresado sus amigas. Se incorporó aturdida, se restregó los ojos para desentelarlos de la niebla del sueño, consultó la ventana de su cuarto: no era de día, la tiniebla lívida de la noche moscovita, que asomaba entre las cortinas como una aparición, le recordó dónde estaba, qué hora era. Le seguía doliendo la cabeza.

—¿Qué haces durmiendo? ¿Estás enferma? —se inquietó Martina, pero no esperó a su respuesta—. ¿Te lo puedes creer? ¡Se ha ido con una rusa! —explotó, y con aire trágico se sentó en el borde de la cama de Ana, el gorro italiano y los guantes de piel en una mano; con la otra se desanudó a estirones la bufanda. Nadica se había quedado en el umbral, como si la timidez le impidiera entrar en el cuarto, los cristales de sus gafas de miope completamente empañados, acusando el impacto de la calefacción.

—Y no me lo ha dicho hasta que hemos vuelto al hotel. ¡Es un hijo de puta! —seguía lamentándose Martina.

—¿Quién? —atinó a preguntar Ana: era lo que se esperaba de ella, un poco de interés.

—¡Petar! ¿Quién va a ser?

Martina estaba indignada porque Petar, tras insistirle lo indecible para que esa noche se animara a ir de marcha con él y los demás varones por Moscú, a la hora de la verdad, cuando al llegar al Ukraina se habían puesto a concretar los planes nocturnos, les dijo, en tono casual, que no contarán con él: había quedado para cenar con una amiga rusa. Entonces Martina supo por Marko que ya la noche anterior Petar desapareció con su misteriosa amiga y no regresó al hotel hasta las diez de la mañana.

—¿Qué te parece? Lleva todo el viaje vacilando conmigo y me da el salto con una zorra rusa.

—No es ninguna prostituta —la corrigió Nadica—, es una artista. Hace arte conceptual, instalaciones y esas cosas. Le han dado varios premios y una beca para estudiar en California, tiene mucho talento —informó a Ana, mientras limpiaba con un pañuelo los cristales de sus gafas.

—¡Y tú qué sabes! —se enfureció Martina—. No la conoces de nada. Petar contará lo que quiera sobre esa tal Verochka, pero a mí Marko me ha dicho que parece un putón y le creo. ¡Y yo que he venido a Moscú sólo por él! ¡Soy muy desgraciada, Anita! —declaró y, haciendo pucheros, se dejó caer sobre su cama, abrazándose a su amiga; tenía la mejilla helada y el pelo le olía a aceite requemado del McDonald's—. ¿Por qué me habré enamorado de un hombre que no me merece? —se interrogó Martina—. No sabe lo que quiere, es un imbécil —decidió a continuación, la cara hundida en el cuello de Ana, quien le daba palmaditas de

consuelo en la espalda. ¿Cuánto rato habría dormido? Varias horas, se temía, pero continuaba cansada. Deseaba quitarse de encima el peso de su amiga; el hedor a fritanga que emanaba de ella le provocaba náuseas.

—Levántate —le dijo—, pesas una barbaridad y me duele la cabeza. ¿Qué hora es?

—Son las ocho de la noche, hora de cenar —respondió Nadica y le reprochó que se hubiera ido del McDonald's sin contar con ella. La habría acompañado de haber sabido que se proponía volver al hotel—. Me has tenido preocupada, Moscú es una ciudad muy peligrosa —le advirtió por enésima vez desde que llegaron a Rusia—. Y te has dejado la hamburguesa entera en el plato.

—Bien que te has aprovechado —la acusó Martina—. Después de comerse su Big Mac, Nadica se ha zampado el tuyo —le dijo a Ana—. Y ahora ya está pensando en cenar. Eres increíble, Nadica, ¡cómo tragas! Luego te quejas de que no te cabe la ropa. ¿Cómo vas a adelgazar, si no haces más que atiborrarte?

Martina no perdía ocasión de meterse con la pionera, eso la ponía de buen humor. Liberó de su abrazo a Ana y se encaminó decidida a la ventana. Forcejeó con la falleba, que se resistía, y cuando por fin logró abrirla, una vaharada de aire gélido irrumpió en el cuarto, provocando una protesta de Ana, quien se apresuró a cubrirse con el edredón. Martina sacó medio cuerpo por el hueco de la ventana, para alarma de Nadica, la cual se precipitó a sujetarla por la cintura mientras gritaba:

—¡Qué haces!, ¡ni se te ocurra!

Haciendo caso omiso de sus súplicas, Martina se adentró aún más en la penumbra amarilla del exterior, la mano izquierda aferrada al marco de la ventana, mientras con la derecha tanteaba el helado alféizar, del que recuperó, con un suspiro de satisfacción, una botella de *sovétskoe shampanskoe*, champán soviético, cubierta de escarcha, que había comprado el día anterior en un *kiosk* y depositó allí para que se mantuviera fría, en la habitación no tenían nevera.

—Suéltame, boba, que me vas a tirar —le espetó a Nadica cuando concluyó su exploración—. ¿Qué te creías? ¿Que me iba a suicidar? ¡Qué pionera eres! No tienes remedio —sentenció mientras cerraba la ventana. Abrió la botella con insospechada destreza. El tapón se estampó contra la pared, junto al marco de una foto descolorida de la catedral de San Basilio, que colgaba sobre el modesto escritorio de la habitación. La espuma del brebaje brotó con alegría, salpicando la moqueta y los bajos de la cortina.

—¿Ahora vas a beber champán? ¡Si hemos de ir a cenar! Cierran en media hora el comedor, tenemos que bajar —le reconvino la inefable Nadica.

—Baja tú si tanta hambre tienes. Yo voy a beber auténtico champán ruso, que es mejor que el Moët Chandon —contestó Martina—. Compréndelo, pionera: tengo que olvidar.

Ni Ana ni Nadica habían oído hablar nunca del Moët Chandon, pero tuvieron la prudencia de disimular su ignorancia; les irritaba la proclividad de Martina a alardear

de su pasado cosmopolita.

—Tú sí tienes que cenar —comunicó la pionera a Ana, cambiando de víctima—. No has comido nada desde esta mañana, no te puedes ir a dormir con el estómago vacío. ¡Y mucho menos beber alcohol en ayunas!

Eso fue lo que la decidió.

—Pásame la botella —le dijo a Martina—. No hay nada mejor que el champán para el dolor de cabeza.

Se quedaron las dos solas con la botella. Ana no solía beber alcohol; algo de cerveza o vino rebajado con agua en ocasiones señaladas, una copa o, como mucho, dos. Jamás se había emborrachado, no sólo porque en su opinión fuera impropio de una mujer: le aterraba la posibilidad de perder el control, no ser dueña de sus actos o, aún peor, despertarse una mañana sin poder recordar lo que hizo la noche anterior, algo que a Dragan le sucedía con relativa frecuencia. Pero el champán ruso parecía inofensivo: agua con burbujas y un regusto dulzón; era ligero, entraba con facilidad y le había quitado, en efecto, el dolor de cabeza, lo que manifestó con sorpresa a su amiga, quien concordó con ella en que convendría patentar esa poción como analgésico, podía tener un futuro más brillante que el de la aspirina, porque, además de aliviar el dolor, te alegraba la vida. También coincidieron, con la pesadumbre lúcida que da el alcohol, en que los hombres son muy raros, nunca sabes por dónde van a salir, no puedes fiarte de ellos.

—De mi padre sí —matizó Ana.

—De tu padre sí —convino Martina—, y del mío también, pero los padres no cuentan. No sé por qué será que los hombres que me persiguen no me interesan y siempre me encapricho de los que no me hacen caso, como este Petar, vaya elemento... Marko es adorable, lo tiene todo: guapetón, simpático, inteligente... Es muy buen tío, ahí es donde falla, a mí me atraen los malos, los que me hacen sufrir, debo ser masoquista. Puede que vuelva con Dušan —anunció de improviso, mirándose las uñas—, lleva meses dándome la tabarra.

—¡No puedes volver con Dušan! —se escandalizó Ana.

—¿Por qué no? Está loco por mí, me llama todos los días y no para de regalarme cosas: café italiano, carne de cerdo de su pueblo, leche, galletas, chocolate... Todo lo que ya no se encuentra en las tiendas. ¡Mi madre está encantada con mi pretendiente!

—Es un mafioso —replicó Ana.

—No es ningún mafioso —protestó Martina—, es... un chico emprendedor.

—Se dedica al contrabando de gasolina y coches robados, no es un buen patriota.

—¿Cómo no va a ser un buen patriota si es la mano derecha del ministro del Interior? Gana mucho dinero, sí, pero eso no tiene nada de malo —ponderó Martina—. Eres como la pionera, todavía tienes la cabeza llena de esa monserga comunista que ya ves dónde nos ha llevado. Hacer negocios es la base del sistema capitalista, que es el que mejor funciona, está demostrado. ¡Mira lo bien que les va a los ingleses, los alemanes y los americanos! Si no fuera por la maldita guerra, nosotros podríamos

vivir como ellos, no te imaginas el coraje que me da que nos estén adelantando los rusos y hasta esos infelices de los húngaros, con lo que nos envidiaban hace unos años... Pero no quiero hablar de política: la gente se pelea por eso, como tú y Petar esta tarde, y nunca se saca nada en claro. A mí la política no me interesa: ni el fútbol, ni la política, cero. Me apasiona la estética; cuando acabe la carrera, quiero montar un centro de medicina estética, como los que hay en París, Nueva York o Londres. Eso en Belgrado no existe, seré la primera. Aunque antes tienen que levantar el embargo, si no, no conseguiré ni una jodida crema... —Martina se quedó pensativa, la mirada extraviada en los colorines de la catedral—. ¿Cuánto tiempo hace que no follas? —le soltó a bocajarro.

Ana dio un respingo. ¡Menuda pregunta! Por fortuna, era una pregunta retórica, como casi todas las que formulaba Martina, quien no tenía paciencia para escuchar las respuestas, pues en verdad no le interesaban, demasiado absorta en sus propias cuitas. Sentada en la cama junto a Ana, la botella de champán entre las piernas, Martina le confesó avergonzada que llevaba más de tres meses sin follar.

—Un récord personal absoluto desde que cumplí dieciocho años, y me estoy poniendo mala. Me subo por las paredes, como una gata en celo. Yo el sexo lo necesito —declaró con vehemencia—, follar a mí me tranquiliza, me relaja, me... A Boško lo dejé porque era un desastre, se corría demasiado pronto, un caso terrible de eyaculación precoz... Lo quería, sí, lo quería mucho, pero en la cama no nos entendíamos y eso es muy importante en una relación... Dušan, en cambio, ¿no sabes lo que aguanta! Usa unas técnicas indias que él conoce para... Y tiene mucha imaginación, siempre quiere ensayar cosas nuevas. ¿Sabes lo que más le gusta?

La confidencia que Martina estaba a punto de hacerle era tan íntima que acercó su boca al oído de Ana y le habló en susurros, a fin de que no la oyeran las cortinas, ni el escritorio, ni las dos otras camas gemelas que ocupaban casi todo el espacio de la habitación, para no hablar de la catedral de San Basilio. Ana se escandalizó.

—¿En serio me lo dices? ¡Tiene que ser doloroso!

—No, si se hace bien y con cuidado, no tiene por qué doler. Eso sí, es mejor que emplees vaselina o una crema lubricante... No es algo que me vuelva loca, pero... hay que probarlo todo para poder opinar —afirmó Martina con convicción.

Ana rescató la botella de las piernas de su amiga y bebió un trago largo de champán, la confidencia le había impresionado. Era una chica muy lanzada, Martina. No dejaba de sorprenderle que se expansionara con ella en asuntos tan personales y, de otro lado, se viera aquejada de una extraña pudibundez en lo que tocaba a la política, la guerra y otros temas que le parecían demasiado delicados como para ser tratados en público. Había juzgado mal su mutismo en el McDonald's, durante su discusión con Petar. Ahora comprendía (el champán la ayudó a comprender) que, sin la menor duda, Martina era su amiga. Una súbita corriente de cariño y amistad hacia ella se apoderó de Ana. Y bien pensado, tenía razón, a ella tampoco le interesaba la política. Ya no se sentía sola, ni malquerida, se le habían pasado las ganas de regresar

a Belgrado. Se estaba bien allí, en aquel cuartucho del hotel moscovita, cuya austera y ajada decoración soviética le recordaba en tantas cosas a los interiores de los edificios de su propio país; la impronta del compartido pasado comunista, desvaneciente pero no borrada, no todavía. Las habitaciones del vetusto hotel Prag, donde se acostaba clandestinamente con Nikola, no hubieran desentonado en absoluto en el Ukraina; la misma querencia por los tejidos rígidos, de tacto sintético, las moquetas gastadas, los falsos terciopelos en el tapizado de los sofás, el escay negro o granate de los sillones... En varias ocasiones le había pedido que la llevara al hotel Movska, lujoso y señorial, pero Nikola había rehusado alegando razones de discreción (en el Movska me conocen todos, voy a menudo a tomar café con los colegas de la facultad), que Ana sospechaba encubrían el motivo real: la cicatería. Lo intuía ahora, entonces, Nikola, a su juicio, carecía de defectos. Aplicando el baremo de Martina, podía decirse que Nikola había sido su amante más osado o imaginativo, el más sofisticado en sus gustos y el más europeo (presumiendo que los hombres europeos sienten predilección por las posturas incómodas y las acrobacias en el lecho), aunque, a decir verdad, también era lo que Martina juzgaría demasiado rápido. Y cuando terminaba, se olvidaba de ella; una vez colmado su placer, Ana dejaba de tener (o eso parecía) interés para él. Le daba un casto beso en la mejilla y se tendía de costado, ofreciéndole la espalda, presto a roncar. Mientras que Dragan... Le vino a la mente una imagen vívida del rostro joven, casi imberbe, de Dragan, cuando ambos yacían en la cama, emergiendo sonriente y arrebolado de entre sus muslos, tras haberse aplicado con tesón a satisfacerla, y su mirada chispeante pero también ansiosa, preocupada: ¿Te ha gustado? ¿Estás bien? ¿Quieres que siga...? ¡Qué joven era! Le costaba aceptar que hubiera muerto. La entrada de Nadica en la habitación la rescató de ese recuerdo.

Las observó con reproche, los brazos en jarra. Era una figura cómica, con su rostro redondo de mofletes encendidos, las anticuadas gafas de montura cuadrada, el pelo recogido en una desmañada coleta, del que se le escapaban en desorden greñas negras y rizadas, vestida con unos pantalones de pana marrón que le venían muy prietos, poniendo en evidencia sus muslos gordezuelos y un amplio jersey de lana gruesa, tejido en una confusa gama de tonos del beige (su madre, la perpetradora, no había conseguido suficientes ovillos del mismo color), más largo por delante que por detrás (su madre tenía problemas con las medidas, se descontaba).

—Estáis borrachas —las acusó.

Ana y Martina se miraron y se echaron a reír. Más las reprendía Nadica por su disipación, más hilaridad desataba en ellas. De tanto reír, Ana sentía punzadas en los costados.

—¿Y ahora qué? —se quejaba Nadica—. ¿Cómo vais a dormir si estáis como cubas? Claro, no habéis querido cenar... Yo estoy muerta, os lo advierto, quiero meterme en la cama...

—¿No vas a immortalizar en tu diario las excitantes aventuras del día? —le

preguntó, socarrona, Martina. La pionera tenía la costumbre (o, tratándose de ella, norma) de anotar en su diario cada noche sus impresiones sobre las visitas turísticas de la jornada.

—¡No te rías de mí! —le reprochó Nadica y, tras pensarlo un poco, añadió—: ¡Borracha! —Lo que inevitablemente hizo brotar carcajadas en sus dos amigas. Se sentó sobre su cama y las miró con rencor—. En ti no me extraña, Martina, pero no me lo esperaba de ti, Ana.

—No estoy borracha, Nadica —aseguró Ana, procurando imprimir solemnidad a su expresión—. Yo no me emborracho nunca. —Y, para demostrárselo, se levantó de la cama y con pasos torpes salvó la distancia que la separaba de su ofendida amiga. Sentándose junto a ella, le pasó un brazo por el hombro, pegando su cara a la de Nadica—. No te enfades conmigo, tú sabes que yo te quiero...

La pionera no se dejó ablandar. Se apartó de Ana con gesto de fastidio.

—Apestas a alcohol.

—Será del champán —apuntó Martina—. ¿No quieres probarlo, Nadica? Está muy bueno. Vamos, tonta, toma un trago, se te pasará el malhumor.

Haciendo eses (Martina no disimuló), se acercó a ellas y tendió la botella a Nadica, quien no se molestó en cogerla. Continuaba mohína, la vista clavada en el marco de la puerta, en el rostro una expresión de profunda infelicidad. Ana se sintió culpable; eran crueles con Nadica, se mofaban de ella y, lo más imperdonable, la estaban marginando, la excluían de esa complicidad nueva que había surgido entre Martina y ella. Sin duda sentía celos. Se notaba demasiado confusa como para arreglar las cosas en ese momento, no tenía energía ni lucidez para ello. Mañana le pediré perdón, pensó, mañana. No sabía que fuera tan divertido estar borracha.

—¿No quieres? Tú te lo pierdes —aseguró Martina a la pionera, fingiéndose ofendida y, como para darle ejemplo, se llevó la botella a los labios, soltándola de inmediato—. ¡No queda nada, nos la hemos bebido toda! —dijo con voz desolada—. Tendremos que ir a por más.

—¿Dónde?

—A la calle. Vámonos de marcha con Marko y Zoran, aunque no esté Petar. ¡Qué más da! ¡Mejor!

Ana se resistió. ¿Cómo iba a salir por Moscú en ese estado?

—Precisamente —arguyó Martina—, lo que no puedes hacer es meterte en la cama con semejante colocón, te marearás y acabarás devolviendo. El frío de la calle nos serenará; hazme caso, tengo experiencia. Damos un paseíto con los chicos y regresamos. ¿Y tú, Nadica, por qué no te vienes? Te conviene divertirte un poco, llevas una vida demasiado seria, no puedes guardar luto eterno por el monje.

Nadica tenía un novio «de toda la vida», un chico de Niš, como ella, con quien proyectaba casarse, pero un par de años atrás la dejó plantada para ordenarse monje en un monasterio ortodoxo de Montenegro. Era una traición que aún no había digerido. Solía decir que era mucho peor que si la hubiera abandonado por otra

mujer; eso, al menos, lo habría entendido. La alusión a aquel asunto tabú en su vida acentuó su amargura: miró a Martina con verdadero odio.

Si se quedaba, Ana debería afrontar una incómoda explicación con Nadica. Recordó vagamente que tenía motivos para sentirse triste y decepcionada con sus amigos, pero la tregua del sueño, el parloteo inconsecuente de Martina y el champán habían disipado su rencor. Bien pensado, ambas eran víctimas de la traición de Petar: Martina y ella; por solidaridad debía acompañarla y algo le decía que se iba a cumplir su premonición de la mañana, ese día (esa noche) iba a ser especial para ella.

—Hay unos chicos rusos guapísimos —la alentó Martina, mientras la apremiaba para que se vistiera y arreglara—. ¿Quién sabe? Puede que hoy conozcas al hombre de tus sueños.

¡Cómo le gustaban los clichés! Hablaba igual que las actrices de las telenovelas. En palabras de Nadica (quien seguía de morros, sentada al escritorio, ocupada en trasladar fielmente a su diario las experiencias del día), «¡esta mujer no dice más que tonterías!». Eso era lo que le apetecía a Ana en aquel momento: hacer, decir tonterías, comportarse de forma alocada, ser irresponsable; era joven y estaba viva.

Zoran silbó cuando la vio aparecer en el hall del hotel ataviada con el vestido negro de lycra, ceñido y corto, adornado a la altura del hombro izquierdo con una mariposa de lentejuelas, que le regaló Dragan cuando cumplió veintidós años (comprado para ella, o eso le dijo, en un mercadillo de ropa turca del bulevar de la Revolución), maquillada a conciencia por la experta Martina, caminando con tiento (no exento de gracia) con sus botas negras de tacón fino.

Marko matizó:

—Estáis muy guapas las dos.

Pero Martina no precisaba elogios, se sabía atractiva y, como ella misma había dictaminado, lanzando un beso a su reflejo cuando se admiraba en el espejo interior del armario del cuarto, esa noche ofrecía un aspecto «sexy y a la vez despampanante».

Los chicos estaban de excelente humor, particularmente cálidos y simpáticos con Ana, como para hacerse perdonar el lamentable incidente del McDonald's, que (ausente Petar, el instigador) ella, magnánima, decidió olvidar. Zoran quería ir a un club serbio, el 011, donde estaba seguro de encontrar amigos, pero Martina se opuso con un argumento propio de la pionera: no hemos venido a Moscú para estar con serbios, yo quiero ir a un local ruso. Marko, por descontado, la respaldó. Ana no tenía opinión, concentraba todo su esfuerzo en no tambalearse y parecer lúcida.

El viento gélido del exterior la espabiló de golpe, como predijo Martina. Zoran la tomó del brazo para que no diera un traspié sobre el hielo de la acera. «¡Esto es Siberia!», proclamó Martina, que iba agarrada a Marko. Estaban muy contentos, reían sin motivo. Camino de la estación de metro recitaron a gritos el juramento del pionero: «Hoy, al convertirme en Pionero / doy mi palabra de honor / de que estudiaré y trabajaré sin descanso / respetaré a mis padres y a mis mayores / y seré un

camarada-amigo honesto y leal»; cantaron viejas canciones partisanas: «Desde el Vardar hasta el Triglav / desde el Đjerdap hasta el Adriático / como un collar brillante / iluminada por un sol luciente / orgullosa en medio de los Balcanes, ¡Oh, Yugoslavia!, Yugoslavia»; y, también: *¿Quién quiere ser alemán en una peli de partisanos?*, de Rambo Amadeus; y *La noche que nadé en el Danubio*, de Đjorđe Balašević (la cantó Ana sola, los otros no se sabían la letra); pero cuando Martina se animó y se puso a entonar una canción de Ceca: «Cobarde, no sabía que fueras tan cobarde / te acuestas conmigo pero no puedes dormir / pensando en otra mujer y no tienes valor para admitirlo», la abuchearon: «¡Nada de *turbofolk*!» «¿A ti tampoco te gusta el *turbofolk*? —preguntó sorprendida a Ana—. ¡Es muy patriótico!» y, para fastidiarla, recreó a voz en grito la canción más irritante de las huestes del *turbofolk*: «Coca-Cola, Marlboro, Suzuki, / discotecas, guitarras, priva, / eso es la vida, no es un anuncio / y a nadie le gusta más que a nosotroos...» Para entonces ya habían descendido al vestíbulo de la estación de Kievskaya, que a esas horas no parecía tanto el salón de un palacio inmenso como un desangelado burdel, habitado por decenas de prostitutas, rubias, morenas, eslavas, caucásicas de rasgos orientales, jóvenes o marchitas, encaramadas indefectiblemente sobre altos tacones, con atuendos de lo más variopinto dentro de una nota común: la vulgaridad, la exposición descarada de la mercancía, cuyos enormes pechos se derramaban sobre sus amplios escotes y que, embutidas en faldas o vestidos apretados y cortos, muy cortos, se arracimaban en una esquina en torno a una mujer mayor, también pintarrajeada y vulgar, aunque de un modo menos ostentoso, de expresión calculadora y mirada alerta: la *madame*, o, solitarias, pululaban con expresión apática bajo las majestuosas arcadas de la gran sala, o se recostaban contra una de las paredes de mármol, ornamentadas con zócalos dorados, desde donde lanzaban miradas insinuantes a los hombres que pasaban, vigiladas a una prudente distancia por sus proxenetas chechenos o ucranianos. Ana las miró fascinada, sin disgusto ni asco, con genuina curiosidad teñida de compasión; hizo extensivo ese mismo interés antropológico a los borrachos, de noche más visibles o numerosos, que hablaban solos, o lloraban, discutían tozudamente entre ellos o roncaban, arrumbados en el suelo contra un muro o escondidos en la relativa penumbra de un túnel. Bajo un mosaico con historiado marco de estuco blanco, representando a un revisor soviético que estrechaba la mano de un apolíneo conductor de tren, ambos de uniforme impoluto y con galones, un soldado muy joven, de facciones aniñadas y el pelo rubio cortado casi al rape, dormía la mona sobre un banco, acunando contra el pecho una botella de vodka. En su rostro, muy pálido, apuntaba una sonrisa; debía tener un sueño agradable. Le habían cortado la pierna izquierda por debajo de la rodilla; una vieja muleta, remendada con adhesivos, descansaba sobre su pierna derecha. Le inspiró lástima y un extraño impulso maternal; habría deseado arroparlo, llevárselo a su casa y cuidarlo, darle cariño o amistad, aliviarle en su pesar.

Martina declaró, arrugando la nariz, que Moscú no era más que un gran puticlub.

Zoran y Marko volvieron a cogerlas del brazo, en un gesto instintivo de protección, pero Ana no sentía miedo, ni repugnancia; era incapaz de juzgar a esa extraordinaria fauna humana. El soldado mutilado le recordó a Dragan.

—La gente normal ha desaparecido —constató Zoran—, sólo quedan las putas, los chulos y los borrachos.

—Te olvidas de las ratas —apuntó Marko, y ese comentario la hizo estremecer; de pronto recobró su sentido crítico. ¿Qué hago en este lugar, rodeada de busconas y mafiosos? ¿Adónde voy, dónde me llevan? Lamentó no haberse quedado en el hotel con la pionera, pero ya era tarde, acababa de llegar el tren.

Bajaron en la estación de Aleksandrovsyiki Sad, en la Arbatskaya, y fueron caminando hasta la avenida Ulitsa Znamenka, guiados por Zoran, quien se detuvo al llegar a la esquina ante un bar de nombre Rosie O'Grady's, que no era ruso en absoluto, lo cual no pareció contrariar a Martina, la cual observó complacida el largo mostrador curvo de madera, con los tiradores de cerveza Guinness, las banderas irlandesas, la cabeza disecada de alce colgada de una pared, sobre una televisión que retransmitía un partido de rugby, y el ambiente cosmopolita del lugar, donde la lengua que más se oía era el inglés y no había rastro de prostitutas. «Es un auténtico pub irlandés», exclamó con deleite. Ana pensó que era un local muy anticuado, hubiera esperado algo más moderno de un bar de estilo europeo. Zoran les explicó que era el sitio de moda entre la colonia de expatriados. El público se componía casi exclusivamente de extranjeros: ingleses, norteamericanos, franceses, austriacos, alemanes, japoneses, dos o tres rusos y hasta un negro. Sonaba una canción de U2 que a Ana le gustaba mucho. No había dónde sentarse, todas las mesas estaban ocupadas. Descubrió que tenía hambre y Zoran, solícito, se ocupó de conseguirle un cuenco de cacahuets y una bolsa de patatas chips. Los chicos pidieron sendas jarras de cerveza, ella hubiera deseado seguir con el champán, pero en el Rosie O'Grady's no servían champán ruso. El camarero que la atendía le propuso que probara la *cider*, una bebida irlandesa que solía gustar a las chicas. Martina se dirigió al aseo, como hacía con irritante frecuencia (Tengo una vejiga minúscula, se disculpaba) y ya no volvió. Ana devoró las patatas y bebió despacio la *cider*, que sabía a manzana, bajo la atenta mirada de Zoran. Marko, una jarra de litro de cerveza negra en la mano, se había plantado delante del televisor, revelando un súbito interés por el rugby. Con el calor, el alimento y la bebida, Ana recuperó las fuerzas y el humor. Le divertía la turbación de Zoran cuando se quedaba a solas con ella. Nadica aseguraba que Zoran estaba prendado de Ana y lo cierto era que se comportaba como un enamorado. El hombre de la lengua rápida y el humor mordaz enmudecía en su presencia; se azoraba, no sabía qué decir, ensayaba uno o dos comentarios banales, inseguro de su oportunidad, miraba al suelo, a la pared, a la pantalla de la tele, pero sus ojos, como la bola de billar que, impulsada por el taco, rebota de una banda a otra de la mesa hasta que regresa al punto de partida, volvían siempre a Ana y, cuando sus miradas se cruzaban, invariablemente se ruborizaba.

—¿Quieres más patatas? ¿Otra copa de esa porquería que estás bebiendo? —Pero antes de que Ana pudiera responder, apareció Martina, la reina de la fiesta, con una sonrisa triunfal y una copa de champán en cada mano. Ofreció a Ana la más llena.

—Nos han invitado esos chicos de allá —le dijo, señalando con el meñique de su mano derecha a tres mocetones corpulentos y muy altos que, de espaldas a la barra y vueltos hacia ellas, les sonrieron afables y alzaron sus jarras de cerveza a modo de saludo.

Martina le explicó que eran americanos, de Michigan, miembros de un equipo universitario que había venido a Moscú para participar en un torneo de hockey sobre hielo. Los acababa de conocer, pero ya sabía unas cuantas cosas sobre ellos: uno se llamaba Mathew (Matt), el otro, Zachary y el más bajo, Bill; eran educados y encantadores, estaban muy achispados y el champán al que las habían convidado era francés, mucho mejor que la guarrada rusa que habían bebido en el hotel.

—Ven —dijo cogiéndola de la mano—, te los voy a presentar. —Y la arrastró hacia la barra, deteniéndose a mitad de trayecto para confiarle con misterio—. Les he dicho que somos italianas, no metas la pata.

»*Hi, boys, this is my friend Ana, la mia amica* —la presentó sin soltarla de la mano a los tres americanos, unos chavales fornidos, rubicundos y muy jóvenes, cuyo atuendo (jeans y camisas a cuadros) reforzaba su aspecto de granjeros o leñadores—. *Mathew, Zachary and... sorry, no mi ricordo dil tuo nome, I can't remember your name.* —Martina se excusó con una sonrisa coqueta ante el americano menudo, o no tan grande como los otros dos, el llamado Bill (Ana sí recordaba su nombre). Los chicos le tendieron las manos, un poco confusos. Cuando le llegó su turno, Mathew retuvo la mano de Ana en la suya e, inclinándose sobre ella (debía de medir más de un metro noventa), la besó efusivamente en ambas mejillas.

—*European style* —informó a sus amigos, quienes rieron educadamente su salida.

Pronto los dos americanos altos (los más apuestos) rodearon a Martina, que parloteaba con ellos en un inglés mechado de italiano y gesticulaba con exageración, como se supone hacen las italianas. Ana se quedó frente a Bill, que parecía el más tímido (era su noche de los hombres tímidos), quien no tardó en preguntarle de qué parte de Italia procedía. ¿Era milanese, como su amiga?

—No, yo soy de Roma —decidió Ana. Y Bill le informó, orgulloso, de que el verano anterior había pasado unos días en Roma con su familia:

—*A very beautiful city, molto bella, but tu sei even piu bella, you are very beautiful, all Italian women are pretty* —declaró y siguió piropeándola en esa vena; no era tan tímido.

Le habló de la Capilla Sixtina, del Coliseo y la fontana de Trevi, la invitó a otra copa de champán francés y le hizo preguntas sobre la capital de Italia que Ana no supo responder (se escudó en su deficiente inglés); parecía determinado a conquistarla, como si hubiera decidido que, sin opción a la sofisticada Martina, Ana

le pertenecía. Poco a poco la iba arrinconando contra la barra y su voz se convirtió en un murmullo indescifrable. Ana se limitaba a sonreír y asentir, incómoda, resentida con Martina, quien la había metido en esa encerrona; bebía champán para no tener que hablar. Cuando decidió que ya tenía bastante, hizo un gesto brusco para apartarse, barriendo con el codo una copa de whisky depositada sobre la barra, que se hizo añicos contra el suelo y derramó su contenido sobre la camisa y los pantalones del hombre que se hallaba a su derecha, a quien hasta entonces no había visto la cara, el corpachón de Bill se la tapaba. Era mayor, con el pelo canoso. ¿Inglés? ¿Americano? Aceptó sus disculpas con civilidad. «*It doesn't matter, don't worry, these things happen*». Pero Ana no estuvo de acuerdo, sí importaba, ¡lo había empapado! Se armó precipitadamente de varias servilletas de papel y, sin dejar de farfullar excusas, «*I am sorry, so sorry, very very sorry*», se aplicó a secar con ellas la camisa del hombre, que la dejaba hacer, divertido, los brazos en alto, como si lo estuviera apuntando con una pistola, mientras Bill observaba ceñudo cómo su interlocutora manoseaba al desconocido. El papel fino de las servilletas se quedaba adherido al tejido húmedo de la camisa, agravando el estropicio, lo que consternó a Ana, pero el hombre canoso, lejos de molestarse, se rió a carcajadas. «*It doesn't matter, really, don't bother, it will soon dry*», insistía, cordial, buscando tranquilizarla, al tiempo que se restregaba la camisa con las manos para desprender las motas de papel. No era mayor, como Ana había creído; su rostro, su tez, sus facciones eran los de un hombre joven, contaría poco más de treinta años, su pelo casi blanco la había confundido. Tenía unos ojos grises con reflejos dorados cálidos y expresivos. Que fuera atractivo aún la aturulló más. Balbuceó una última disculpa y, sin despedirse de Bill, que se había desentendido del incidente, uniéndose a los otros, abandonó la barra, en busca de Zoran.

Lo encontró sentado a una mesa cercana a la puerta, encarada al televisor, fumando y bebiendo cerveza junto a Marko, quien, un pitillo en la boca, se entretenía ordenando en una hilera las jarras vacías de cerveza. Ellos no habían hecho amigos. Zoran se alegró de verla. La consoló, como ella esperaba, por el percance de la copa vertida, la invitó a champán francés sin aceptar sus protestas («Me da igual lo que cueste, yo no soy menos que esos putos yanquis»), se burló de Martina y sus ínfulas de italiana, imitando con gracia su forma de moverse, que evocaba el anguloso contoneo de las modelos, el modo afectado con que revoloteaba sus manos en el aire («Como un mago que escamotea una paloma», dijo Marko), su inconfundible y nasal acento de Belgrado. Ana se acomodó en una banqueta, de espaldas a la puerta y, cada vez que alguien entraba o salía, un soplo de aire helado le estremecía la nuca, pero no aceptó el galante ofrecimiento que le hizo Zoran de cambiarle el sitio; desde donde estaba podía lanzar miradas furtivas al hombre canoso, que, descubrió complacida, no hacía más que observarla, primero con disimulo, luego abiertamente. Le gustaba ese juego; jugaba a ser Martina y flirteaba con los dos, con Zoran y el desconocido, pero de un modo inocente, o eso quiso pensar. Zoran, envalentonado por los dos litros de

cerveza que llevaba encima, había recuperado el aplomo y la causticidad. Ella se reía de buena gana con sus bromas y sus observaciones malévolas a costa de Martina y de sus leñadores, como llamaban ambos a los americanos, consciente de que su amigo se sentía halagado por su atención, tal vez incluso comenzara a albergar alguna esperanza, pero nunca se atrevería a hacerle la más mínima insinuación, no había peligro en coquetear con Zoran; era un admirador secreto, callado, discreto, como lo había sido Danilo; hubiera sido cruel mostrarse desabrida o antipática con él y le resultaba agradable saberse deseada sin ningún peligro. El hombre del pelo canoso, él sí que representaba un riesgo, pero no debía preocuparse porque nunca lo volvería a ver. Era una extranjera, nadie la conocía en esa ciudad, podía entregarse sin recelo al intercambio osado de miradas y sonrisas, aquella noche podía hacer lo que le apeteciera. El champán francés le había insuflado una euforia nueva, se sintió animosa, dispuesta a todo y cuando un camarero hizo tañer una campana y anunció el cierre del pub, se empeñó tanto o más que Zoran en convencer a Marko, quien se declaró cansado, para que fuera con ellos al Biely Tarakán, una discoteca que Zoran conocía y quedaba muy cerca. Tenía ganas de bailar, muchas, muchas ganas. Martina se reunió con ellos flanqueada por sus americanos; venía con planes propios: el Manhattan Express, la disco más *cool* de todo Moscú, pero Zoran le dijo que era un local infecto, lleno de putas y gánsteres, donde los guardas de seguridad portaban metralletas y prácticamente te desnudaban al entrar, a tal extremo llevaban el cacheo. Además (y ése fue el argumento definitivo) la entrada costaba treinta dólares. Martina dudó; a ella los americanos la iban a invitar, pero a sus amigos...

—Si te digo la verdad —confesó a Ana, mientras se dirigían a la discoteca—, esos americanos son unos plastas. Te invitan a todo, pero ¡menudo par de muermos! Hacen bien yendo a esa disco, a las putas no tendrán que darles conversación. ¿Está muy enfadado Marko conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? Yo le he dado conversación, está feliz.

«I'm too sexy for my love, too sexy for my love, love's going to leave meee / I'm too sexy for my shirt, too sexy for my shirt, so sexy it hurts...» Las luces giratorias de la pista teñían a Zoran alternativamente de naranja y morado, un humo denso, que picaba en la garganta, flotaba como una neblina sobre la sala, difuminando rostros y siluetas, acentuando el anonimato del local subterráneo, donde una podía contonearse, saltar, girar, chocar las caderas con Zoran, Martina y Marko, sudar sin apuro, mover los brazos al ritmo de la música, menear el culo, las piernas, corear la letra, bailar sin descanso, hasta que la lengua, demasiado seca, se pegaba al paladar y el empeine protestaba por la presión de los tacones, la energía de los botes, imponiendo una tregua, un rincón de la barra donde poder apoyarse, un vaso de agua fría.

—No servimos agua.

—¿Que no sirven agua?

—Embotellada sí, cuesta seis mil rublos.

Un par de individuos de aspecto asiático (¿serían chechenos?), con pinta de hampones, apostados frente a la barra, observaban la escena; uno de ellos, el que tenía a su izquierda, la miró de arriba abajo, sopesándola sin ningún recato. Se puso nerviosa. Antes de que pudiera protestar (Sólo quiero agua, aunque sea del grifo, ¿no me la puede dar?), una voz de timbre agradable, que creyó reconocer, dijo a sus espaldas: *Please, allow me to invite you*. Se volvió. El hombre canoso le ofrecía su sonrisa.

No se sorprendió. Lo había visto llegar a la discoteca poco después que ellos y abrirse paso entre la muchedumbre hasta la barra. Mientras bailaba, era consciente de su mirada (o la adivinaba a través del humo espeso y el constante parpadeo de las luces) y se movía para él, procurando esmerarse, ser sexy, como diría Martina, parecer animada, la chica más divertida de la pista.

—*You're Italian, aren't you? Sei italiana?* —le preguntó él.

A punto estuvo de asentir y seguir con el juego, cuando recordó el incidente de Bill: Italia era una nación muy visitada.

—No —le contestó en inglés—, no soy italiana soy...

Soy yugoslava iba decir, pero Yugoslavia ya no existía, o no como antes; debió aclararle entonces que era serbia; le dijo que era de Andorra.

—*Andora? Never heard of it. Is it a country?*

Le contó lo poco que sabía de Andorra, lo que Danilo le había explicado, quizá real, puede que inventado, Danilo tenía mucha imaginación y disfrutaba embaucándola. A su regreso de una estancia en Londres, Danilo le habló de una novia, una supuesta novia que se había echado, procedente de un país diminuto, situado entre Francia y España, tan pequeño que pasaba desapercibido y apenas nadie sabía que existía, aunque era muy antiguo. Lo gobernaba un rey llamado Boris y no tenía ejército. Los andorranos eran cátaros, fieles de una religión milenaria cuyas creencias Dani le expuso, pero ella no le prestó atención y ahora no pudo reproducirlas. Sí, por supuesto que tenían playas en Andorra, unas playas largas y doradas, de arena muy fina, mucho mejores que las de Croacia, contestó al hombre canoso, quien parecía sentir una gran curiosidad hacia ese país de cuento, mítico o mágico, tal vez (empezaba a sospecharlo), del todo ficticio.

—¿Y qué lengua se habla en tu país?

—El andorrano —respondió con aplomo.

—¿Es una lengua latina?

Ana resolvió que no, no se parecía al francés o al español en nada, no era una rama del viejo árbol indoeuropeo, sino más remota que eso, una lengua prehistórica, tan antigua como el arameo.

—Di algo en andorrano —le pidió él.

Era difícil hacerse entender en medio del estruendo de la música, que les obligaba

a desgañitarse y acercar los rostros, una intimidad forzada que no le disgustó. Se aproximó tanto que sus labios rozaron la oreja del hombre.

—*Hrani kuće da ti laje* —le confió: «Da de comer a un perro y te ladrará», una frase absurda, un proverbio macedonio.

—Suenas eslavo —observó él—. ¿Qué quiere decir?

—Te he preguntado de qué país eres tú. ¿Americano? ¿Inglés?

—¿Yo...? ¡No! Soy ruso, de aquí, de Moscú. ¿Qué te hizo pensar que soy americano? —el hombre se rió, sorprendido por la confusión—. Mi nombre es Aleksei Nicolaievich, pero todo el mundo me llama Sasha.

Llevaban rato charlando y aún no se habían presentado. Ahora entendía por qué el inglés de Sasha le resultaba tan comprensible; lo hablaba con acento ruso, muy parecido al suyo. Si hubiera sabido que era ruso, no se habría hecho pasar por andorrana: los rusos y los serbios son miembros de la gran familia eslava. A diferencia de lo que sucedía en el resto de países occidentales, en Rusia los serbios no tenían mala fama. Rusia, junto a Grecia (otra nación ortodoxa), era una firme aliada del pueblo serbio. Aunque no era ése el motivo por el que había pretendido ser andorrana, ella no era Martina, no se avergonzaba de su nacionalidad, no era vergüenza lo que la movía al disimulo, sino cautela.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Sasha.

—Hace rato que no veo a mis amigos.

Volvió el rostro hacia la pista y no tardó en localizarlos. Fuera del redondel acristalado, a resguardo del centelleo inclemente de las luces giratorias, Marko y Martina bailaban, abrazados, sin apenas moverse, una canción romántica, *Nothing compares 2 u*. Deseó que Sasha la sacara a bailar, pero tal vez eso no se estilara ya en Moscú, en Belgrado hacía años que no ponían lentos en las discotecas.

—¿Y tú, cómo te llamas? —inquirió Sasha—. ¿No me lo quieres decir?

—No tenemos nombres en Andorra, somos tan pocos que estamos numerados: yo soy el número 5.966, pero puedes llamarme Ana.

Él le dijo que estaba convencido de que todos los andorranos bebían los vientos por la 5.966, ninguna otra cifra podía tener unos ojos tan bonitos, pero prefería llamarla Ana, le costaba dirigirse por un guarismo a una chica guapa. Quiso saber cuándo había llegado a Moscú y cuántos días se iba a quedar. Ella contraatacó:

—¿Eres del mismo Moscú? ¿Dónde vives? ¿A qué te dedicas?

Él le respondió que era fotógrafo de prensa, trabajaba para el *Pravda* y *The Moscow Times*. En sus ratos libres se dedicaba a fotografiar monasterios ortodoxos y edificios religiosos, le interesaba la arquitectura tradicional rusa, proyectaba dedicarle un libro.

—¿Y tú? —le preguntó a su vez—. ¿De qué trabajas? Pero eres muy joven, tal vez estudias.

Y ella le informó, con satisfacción, de que estaba en el último curso de la carrera de medicina. Sasha pareció impresionado: ¡una doctora!

—¿Tenéis universidad en Andorra?

—¡Cómo no! Nuestra universidad es una de las más prestigiosas de Europa, alumnos de Francia, España y Alemania vienen a estudiar a Andorra. Mi país es pequeño pero muy completo —alardeó.

Sasha la invitó a una copa de champán ruso, en el Biely Tarakán no tenían francés, lo cual Ana agradeció; secretamente (jamás se lo confesaría a Martina) prefería el champán soviético al francés. Comentó a Sasha que al día siguiente proyectaba una excursión con sus amigos al *Novodevichiy monastyr*, el convento de las Nuevas Doncellas. Sasha le contó que Pedro el Grande recluyó a su hermana Sofía en una celda de ese monasterio por su presunta participación en una revuelta. No satisfecho con eso, mandó torturar y ahorcar delante de la ventana de Sofía a sus supuestos cómplices, culpables de la asonada. El edificio era interesante, pero a juicio de Sasha no resistía comparación con el monasterio *Donskoy*, un recinto amurallado con doce torres, siete iglesias y, en la Colegiata nueva, un iconostasio de siete cuerpos que figuraba entre los más bellos de Rusia. Lo había fotografiado, pero estaba descontento con el resultado, la luz del día en que realizó la sesión no era adecuada.

—¿Por qué no me acompañas a verlo mañana? Tengo el día libre —le dijo—, puedo hacerte de guía, si estás dispuesta a separarte unas horas de tus amigos.

Ana puso reparos:

—No conozco Moscú, no sabré llegar por mis propios medios.

—Te iré a recoger —ofreció Sasha—, ¿en qué hotel te alojas?

Antes de darse cuenta, ya le había dicho el nombre del hotel, lo cual era una imprudencia, pero se opuso a que fuera a buscarla.

—Quedemos por el centro —le dijo—, en algún sitio próximo al Ukraina.

Le agradaba el empeño del ruso en volver a verla y también que la cita propuesta fuera en pleno día, a la luz del sol, otro menos galante o delicado hubiera intentado llevársela a la cama esa misma noche. Accedió a quedar con él a mediodía en el Arbat, a la salida de la estación de metro Arbatskaya, que ya conocía. Guardó en su bolso una tarjeta donde Sasha apuntó el lugar del encuentro, con la secreta convicción de que faltaría a esa cita, las promesas que se hacen en un bar de madrugada rara vez se cumplen. Inclínó la cabeza hacia el ruso para hacerle un comentario y un fuerte empujón la arrojó sobre él. Los dos hombres que tenía a su izquierda, aquellos caucásicos con aspecto de gánsteres, se habían enzarzado en una pelea. Discutían a gritos en una lengua que Ana desconocía, uno de ellos tenía cogido a su contrincante por el cuello. Otros hombres se unieron a la refriega, no se sabía si para separarlos o sumarse a la pelea; se oyó un estrépito de cristales rotos, alguien hizo volar un taburete. Sasha se había colocado delante de ella y la protegía con su cuerpo. Sobre el hombro del ruso alcanzó a ver el brillo plateado de una pistola, una mano alzada que empuñaba una botella rota. Todo fue muy rápido. Atravesaron la sala corriendo, en cuclillas. Sasha la hizo sentarse en el suelo, detrás de una tarima de madera erigida cerca de la puerta de emergencia, donde antes había actuado un grupo de rock, y le

pidió que no se moviera de ahí hasta que él regresara. Al cabo de un poco, cesó la música y dieron las luces de la discoteca. Sasha volvió con un vaso de agua para ella y la tranquilizó: le dijo que no había sucedido nada irreparable, una disputa entre mafiosos. Los contrincantes, sin heridas graves, habían sido separados, reducidos y expulsados del local por el servicio de seguridad. Pronto la música volvió a sonar, las luces se atenuaron, la fiesta continuó. Cuando se levantó, se notó mareada, tenía la impresión de que iba a desplomarse de un momento a otro. Sasha se percató de su estado, le pasó un brazo por debajo del hombro y la sacó del ambiente enrarecido de la discoteca. Había que ascender por una escalera de caracol para salir al exterior, un patio de manzana oscuro y destartalado, donde se adivinaban galpones y cobertizos, un terraplén de cascotes cubierto de nieve y, en su falda, una nevera sin puerta, un sofá desvencijado, botellas, cajas vacías y toda suerte de desechos desparramados sobre el lodazal del suelo, en el que relucían placas de hielo de misterioso fulgor plateado. Permanecieron en la zona que iluminaba con luz verdosa el pequeño farol de la entrada de la discoteca, junto a los coches aparcados de los clientes, algunos de ellos nuevos y muy caros, en marcado contraste con la mugre reinante. Hacía un frío tremendo, nada más salir le empezaron a castañetear los dientes. Se había dejado el anorak en el guardarropía de la disco. Siempre galante, Sasha se despojó de su plumífero, su gorro, su bufanda y la obligó a ponérselos. Él se quedó en mangas de camisa.

—Soy un machote ruso —bromeó—, un eslavo del norte, acostumbro a bañarme en el río cada mañana practicando un boquete en el hielo, pero tú vienes de un país cálido, no sabes lo que es la nieve. Y tampoco creo que estés acostumbrada a broncas como la que acabamos de presenciar. Éste es el Moscú auténtico, no la ciudad limpia y bonita del Kremlin y de la plaza Roja que frecuentan los turistas.

Se sintió tentada de decirle que en su país había asistido a altercados similares y también peores, pero recordó a tiempo que era andorrana, no serbia, y que Andorra era un país pacífico, donde no había soldados, armas ni guerras. Sasha la escrutó con ojos preocupados.

—¿Te encuentras mejor? Se te ve pálida.

—Estoy mejor —mintió ella—. He de volver a la disco, mis amigos deben andar buscándome.

Al malestar se le había sumado la angustia. ¿Y si sus amigos ya no estaban? ¿Y si habían abandonado la discoteca durante la pelea? Se hallaba a merced de un hombre que no conocía de nada, en una ciudad extranjera, una ciudad peligrosa, llevaban razón su padre y Nadica. Sasha fumaba a su lado sin mirarla, quizá preguntándose qué podía hacer con aquella muchacha extranjera mareada o borracha. Los faros de un coche recién llegado barrieron el terraplén, revelando el contorno de un hombre tendido de espaldas sobre los cascotes salpicados de nieve, un borracho, probablemente.

—¡No puede quedarse allí! —gritó Ana—. Se va a congelar.

Sasha arrojó el pitillo a la nieve y se acercó al hombre.

—*Vstavai, drug!* [¡Despierta, amigo! ¡Levántate!] —le increpó en ruso.

Al no obtener respuesta, Sasha se inclinó sobre él, le palmeó el rostro, lo zarandeó con energía, trató de incorporarlo. El bulto inerte se dejaba manipular sin ofrecer resistencia. Pasado un rato, Sasha desistió de su empeño y se quedó mirando al caído con gesto desalentado. Al cabo se dio vuelta y, fijando la vista en Ana, meneó la cabeza, abriendo los brazos en señal de impotencia. Un temblor creciente se apoderó de ella. Recordó al soldado mutilado del metro, ¿y si fuera él? Era improbable, pero eso la llevó a evocar a Dragan, su expresión desvalida, aquella tarde en Belgrado, cuando lo vio por última vez. Un aspecto similar debía tener su cuerpo sin vida cuando lo mataron los turcos en el frente de Bosnia, un fardo de carne y sangre, una cosa inservible, un trasto inútil.

—*What a shame!* —exclamó Sasha, meneando la cabeza, cuando regresó a su lado—. Cada noche mueren así decenas de mendigos en Moscú... Aunque dicen que la muerte por congelación es dulce. ¿Qué tienes? ¿Qué pasa? —le preguntó al advertir que tiritaba.

—*Ja ploho sebja chuvstvuju* —se quejó ella en ruso—, me encuentro mal, muy mal. —Y, dejándose abrazar por Sasha, se echó a llorar.

GALERÍA DE HÉROES: SLOBODAN MILOŠEVIĆ

El 20 de agosto de 1941 nació en Požarevac, una pequeña ciudad del interior de Serbia (notoria por acoger la fábrica de galletas Bambi), quien habría de ser su hijo más ilustre: Slobodan Milošević. Tanto su padre, Svetozar, teólogo ortodoxo, como su madre, Stanislava Koljesnić, eran montenegrinos. Slobodan significa libertad, nombre esperanzador para un niño nacido en plena ocupación alemana, durante la segunda guerra mundial. La madre, Stanislava, era comunista y partisana, el padre, ya lo he dicho, era teólogo, pero a pesar de todo se querían, o se quisieron hasta que en 1947 el teólogo abandonó a su suerte a la partisana y regresó a Montenegro. Slobodan (Slobo, para nosotros) y su hermano mayor quedaron al cuidado de su madre. En 1948, su tío materno, un héroe partisano, se suicidó de un tiro en la sien: no pudo soportar la ruptura de Tito con Stalin. Slobo fue un niño aplicado, tirando a empollón, obediente y formal, que nunca dio disgustos a su madre, quien ya había soportado bastante. Aficionado a la lectura, más amigo de los profesores que de sus condiscípulos, desdeñaba el deporte (y el deporte le desdeñaba a él; era un chaval patoso). A los dieciséis años conoció a una chica que habría de convertirse en el gran amor de su vida, Mirjana Marković, un ser peculiar, huérfana y con un pasado interesante. Su madre, Vera Miletić, era partisana (dicen que parió a Mirjana en el bosque). El padre era un comandante de las fuerzas partisanas, un hombre casado llamado Moma Marković. Vera Miletić o Mira (nombre de guerra) fue una militante tenaz y comprometida. Poco después de dar a luz a Mirjana en Požarevac, se desplazó a Belgrado para tratar de reorganizar el Partido Comunista, misión de riesgo en una ciudad controlada por los nazis. La Gestapo la detuvo y fue fusilada en el campo de concentración de Banjica en 1944. Pero ¡ay!, parece que antes de perder la vida tuvo tiempo de delatar a sus compañeros, de ahí que la niña Mirjana creciera con el oprobio y el estigma de ser hija de una traidora, aunque ella siempre negó la supuesta delación y, en prueba de orgullo filial, adoptó como propio el alias de su madre, Mira, y solía llevar una flor en el pelo en un guiño a su memoria: en la única imagen que la pequeña Mira poseía de la partisana, un viejo retrato, ésta lucía una rosa en el cabello. (Con el tiempo, Mira hija dejó las flores, pero no la mala costumbre de adornarse el pelo con cintas y lazos de colores chillones.)

Fue un amor instantáneo y recíproco: desde la adolescencia hasta la muerte de Slobo, Mira y el hijo ilustre de Požarevac permanecieron juntos. En el colegio los llamaban Romeo y Julieta; en la Facultad de Derecho de Belgrado, a Slobo lo apodaron «el pequeño Lenin», porque en un país, la República Socialista Federativa de Yugoslavia, donde todo el mundo era comunista, él era más comunista que nadie, más incluso que el mariscal Tito. A los quince años ya era miembro del partido y,

siendo estudiante de derecho en Belgrado, fue nombrado presidente del comité ideológico de la rama universitaria de la Liga Comunista de Yugoslavia. En 1962, cuando se hallaba de viaje de estudios en la Unión Soviética, le informaron de que su padre se había suicidado, al igual que su tío y con el mismo método. Ello no impidió que poco después Sloba se graduara en derecho con una nota media de 8,90 sobre 10, que no fue superior por causa de su desastrosa ejecutoria en las clases de educación paramilitar, en las que tenía que correr, disparar, ¡hacer gimnasia! En 1965 se casó con Mira, su novia eterna (que ya estaba embarazada de su primer retoño, Marija). El padrino de bodas, o *kum*, fue Ivan Stambolić, el mejor amigo de facultad del pequeño Lenin, un tipo que no podía ser más distinto del gris y comedido Sloba. Carismático, guapo, extravertido y mujeriego, Ivan Stambolić pertenecía por familia a lo más granado de la aristocracia comunista y contaba con un tío muy influyente en el partido, vínculo que no desaprovechó. Stambolić era un trepa, saltaba de cargo en cargo con una gracia y una facilidad admirables; el torpe y tímido Sloba, con sus saltitos de rana, no le iba a la zaga; ocupaba sistemáticamente los cargos que su fulgurante amigo iba dejando atrás en su acelerada carrera política. Ya casado y con la mujer en estado, mandaron a Sloba a la mili, donde, huelga decirlo, no deslumbró a nadie. Circula una anécdota según la cual, en una visita que Mira hizo a su recluta Sloba, acompañada de una prima, se detuvo ante una tienda en cuyo escaparate ocupaba lugar destacado un gran retrato de Tito y le dijo (ante la incredulidad y el estupor de su prima): «Un día mi Sloba también tendrá su foto en los escaparates», una muestra de lealtad conyugal conmovedora y presciente: los jóvenes de mi generación hemos padecido la visión de innumerables retratos del pequeño Lenin, sacados en procesión por las calles, colgados de las paredes de todos los establecimientos oficiales, en los escaparates de las tiendas, en los hogares de los patriotas serbios... Los marcos eran los mismos: extraían la foto del mariscal Tito y ponían en su lugar el poco agraciado rostro de Sloba, con su frente abombada y sus orejas en forma de hoja de col. No se puede comparar la imagen marcial de Tito a caballo, con su uniforme blanco y todas sus medallas, con la triste estampa de Slobodan Milošević, de quien nunca vimos un retrato ecuestre (no sabía montar) y que en todas las fotos ofrece ese aspecto característico suyo, de burócrata aburrido, sentado a una mesa, con traje y corbata (cada vez más caros y de mejor calidad, justo es admitirlo).

Los Milošević se trasladaron a Belgrado, donde vivían en un pisito sin ascensor, ubicado en uno de los enormes bloques de estilo soviético que configuran el paisaje de Novi Beograd, un barrio que conozco bien porque durante muchos años fue el mío. Sloba se colocó (o fue colocado por el amable Ivan) en el Ayuntamiento de Belgrado y adquirió fama de hombre cumplidor, discreto y eficaz. En 1970 fue nombrado director general adjunto de la compañía estatal de gas, Technogas, y unos años más tarde pasó a ser director de la Cámara de Comercio de Belgrado, siempre en la estela del deslumbrante Stambolić. En 1972 la tragedia volvió a visitarle, conforme

a un preocupante patrón familiar que se estaba convirtiendo en destino o costumbre: su madre se quitó la vida, colgándose de una lámpara del salón de su casa en Požarevac. Corrió el rumor de que la causa de ese suicidio había que buscarla en las malas relaciones entre Mira y su suegra... Los chismes malévolos no hicieron sino unir más a los amantes crónicos de Požarevac: él la llamaba «nena», ella a él «gatito»; tuvieron otro hijo, Marko, parecían felices... y aún fueron más felices cuando Ivan le regaló otro puestazo a Sloba: la dirección general de Beobanka, uno de los bancos más poderosos de Yugoslavia. Y durante un período el pequeño Lenin fue banquero. Viajó por todo el mundo, estuvo en Nueva York, conoció a David Rockefeller... Y luego, en 1980, murió Tito: de la mano de Ivan, Sloba regresó a la política, alguien tenía que velar por la preservación de la ortodoxia comunista en un país que se había quedado huérfano. En 1984 Sloba fue designado presidente del Comité Municipal de la Liga de los Comunistas de Belgrado, pero no tuvo tiempo de calentar la silla, pronto, ¡ale hop!, fue elegido presidente del Comité Central de la Liga de los Comunistas de Serbia, cargo que casualmente acababa de desempeñar su amigacho Ivan, quien a la sazón ya era presidente de la República Serbia, una de las seis (junto con Croacia, Eslovenia, Macedonia, Bosnia-Herzegovina y Montenegro) que integraba mi ex país, la difunta República Socialista Federativa de Yugoslavia.

A Sloba lo eligieron por ser el candidato de Stambolić y por su perfil conservador, de camarada comprometido en la lucha contra el liberalismo, la contrarrevolución y el nacionalismo. Porque empezaban a soplar vientos patrióticos, pero de un patriotismo que no era el de la Yugoslavia de Tito, quien durante cuarenta años nos había inculcado que serbios, croatas, eslovenos, macedonios, bosnios, montenegrinos y hasta albaneses (esos Ilirios) éramos hermanos y compartíamos un país, una bandera y un destino, pero cuando el mariscal murió, descubrimos que no era verdad, no éramos hermanos, ni siquiera primos: en el fondo de los fondos, ese fondo turbio y denso, el limo o el poso del pasado histórico, éramos enemigos. ¿O no nos habíamos zurrado de lo lindo croatas, serbios y musulmanes bosnios en la segunda guerra mundial? ¿Cómo podían ser hermanos los serbios de los croatas, hijos y nietos de aquellos ustachas de infame recuerdo, aliados de los nazis, más sangrientos aún que ellos? ¿Cómo olvidar Jasenovac, uno de los mayores campos de concentración en la Europa del III Reich, fundado por ustachas croatas y dirigido por sacerdotes católicos, donde murieron más de seiscientos mil serbios? En 1986, la Academia Serbia de las Ciencias y las Artes, publicó un *Memorando* que poco tenía que ver con las ciencias y las artes y quizá por ello tuvo amplio eco. Los egregios y respetables miembros de esa institución afirmaban que los serbios habían sido sistemáticamente marginados, orillados y menospreciados en la Yugoslavia de Tito (croata al fin y al cabo), en beneficio de los taimados croatas y eslovenos, quienes de forma sutil pero efectiva habían controlado el cotarro, con un único propósito: perjudicar a los serbios, mantenerlos sojuzgados, avasallarlos. Las minorías serbias en Kosovo y en las *krajin*as de Croacia peligraban, bajo la presión asimiladora de los

croatas en un caso y la fertilidad incontenible de los albaneses en el otro. En Kosovo, cuna de la nación serbia, en cuyo Campo de los Mirlos, o Kosovo Polje, el santo rey Lazar dio su vida por el pueblo celestial y sede de los principales monasterios de la iglesia ortodoxa serbia, la pérfida política demográfica musulmana había logrado que los albaneses representaran el setenta por ciento de la población... En las mezquitas los imanes alentaban a sus fieles a procrear sin medida, era una campaña incruenta pero demoledora, con el paso de los años la cuna de la nación serbia se estaba convirtiendo en bastión albanés por pura abundancia numérica. ¡Y nadie hacía nada por impedirlo, ni para defender de esos feraces musulmanes a la amenazada, y poco prolífica, minoría serbia! La esencia misma del serbianismo estaba en peligro.

En la Yugoslavia de Tito sólo los ateos podían medrar, era una norma no escrita pero implacable: el que fuera visto frecuentando una iglesia ortodoxa o católica, o una mezquita, ya podía olvidarse de prosperar. Éramos oficialmente ateos, porque el único culto permitido y bendecido por el sistema era el de Tito, quien no podía permitir que ninguna otra deidad le hiciera sombra, de modo que envió a Dios al exilio. Muerto Tito, Dios pudo regresar, y ¡cómo lo agasajaron los fieles, sus hijos! Es nuestro verdadero padre y no lo sabíamos; Tito, aquel dictador megalómano, el padre putativo, nos ocultó arteramente que tenemos un origen divino. ¡Somos los hijos de Dios, el pueblo celestial, ni más ni menos! De pronto iglesias y catedrales rebosaron de neófitos, hubo una epidemia de bautismos colectivos, la religión se puso de moda: para ser alguien, para pertenecer y estar integrado, era necesario ser religioso, encender una vela ante un icono, celebrar la *slava*... Empezábamos a hacer todo aquello que Tito había prohibido o censurado. Poco a poco dejamos de tratarnos unos a otros de «camaradas» y nos convertimos en «señor», «señora», «señorita»... Queríamos despojarnos del pasado comunista, pero los que mandaban, los gerifaltes del partido, ¿se habían enterado?

Slobodan Milošević tenía cara de bulldog y olfato de lebel; olisqueó un poco el aire, se percató de que los vientos estaban cambiando y el rastro a seguir era otro; Ivan Stambolić no. Y llegó el gran momento de la vida de Sloba, el punto de inflexión, su caída del caballo, él, que a diferencia de san Pablo jamás había subido a lomos de un burro, ya no digamos un alazán: fue una caída metafórica y el inicio de una ascensión imparable, estratosférica, que terminó en prisión.

Kosovo era un caldero hirviendo en el que la minoría serbia bullía y se agitaba; los serbios de Kosovo reclamaban la atención y el apoyo de sus hermanos de Belgrado. «Los albaneses nos oprimen —clamaban—, quieren acabar con nosotros, son unos intrusos que buscan echarnos de nuestra propia casa. ¿Vais a permitirlo?» Los serbios nacionalistas de Belgrado, cada vez más numerosos e influyentes, defendían la causa de sus perseguidos hermanos de Kosovo. En cuanto al partido comunista y a sus representantes, la mera mención de la causa nacionalista les ponía los pelos de punta. «Los comunistas no somos nacionalistas —explicaban—, unidad y fraternidad, camaradas, ésa es la consigna, ¿la habéis olvidado?»

Slobo aterrizó en Kosovo en abril de 1987, enviado por Stambolić para calmar las aguas o para encauzarlas, pero el lecho del río ya no existía, el tiempo lo había borrado, las consignas comunistas de Slobo cayeron en saco roto:

—Camaradas —les dijo con poca convicción y bastante miedo y mucha preocupación—, no abracéis el sectarismo, los odios nacionales nunca son progresistas.

Pero los serbios de Kosovo no querían oír eso y lo devolvieron a Belgrado con el mensaje de que la vieja cantinela comunista ya no era aceptable. En Belgrado Slobo reflexionó, recapacitó, consultó con Mira, husmeó el viento... Volvió a Kosovo Polje, acompañado por las cámaras de la televisión de Belgrado. Se reunió con los agraviados serbios en la Casa de Cultura, escuchó sus temores, sus razones, sus testimonios. Una muchedumbre de serbios se había congregado en el exterior. Se produjo un tumulto con la policía que intentaba contenerlos: los agentes eran albaneses, como casi todos los funcionarios de Kosovo. Los serbios lanzaban piedras a la policía, al tiempo que increpaban a los agentes y los llamaban asesinos. Slobo salió a ver qué pasaba. Bajó a la calle, se encaró a la multitud y, disimulando su miedo, con gran presencia de ánimo les pidió que hablaran y le expusieran sus quejas.

—La policía nos está golpeando —le dijeron—, los albaneses nos atacan.

Y Slobo, consciente de que las cámaras lo estaban filmando, gritó con gesto enérgico a la multitud:

—¡Nadie debe atreverse a golpearos! ¡Nadie tiene derecho a pegaros!

Esa breve e inspirada alocución lo convirtió en líder. Que fueran los serbios quienes habían apedreado y golpeado a los policías y que ese incidente glorioso hubiera sido preparado y planificado previamente por el astuto Slobo no resta un ápice a la importancia del momento, a su dimensión épica: el pequeño Lenin se transmutaba en adalid del serbianismo. Y consciente de la estatura política que acababa de alcanzar, empezó a hablar en el tono mesiánico del líder visionario. En el interior de la Casa de Cultura, investido de una popularidad nueva, arengó así a sus hermanos serbios: «Debéis quedaros aquí. Ésta es vuestra tierra. Éstas son vuestras casas. Vuestros prados y jardines. Vuestras memorias. [...] Nunca ha sido propio del carácter serbio y montenegrino volver la cara ante los obstáculos, sumirse en el abatimiento o abandonar cuando es tiempo de luchar. Debéis quedaros aquí por vuestros ancestros y descendientes. De otro modo, vuestros ancestros serán mancillados y vuestros descendientes despojados...»

Acababa de estrenar la retórica nacionalista que tantos éxitos le habría de proporcionar. ¿Era nacionalista Slobodan Milošević? ¿Era un devoto cristiano ortodoxo? Slobo era Slobodancista. Compartía con su fiel esposa Mira (ferviente comunista) una secreta pero firme ambición: ver su foto por todas partes y cualquier medio era aceptable si le ayudaba en la consecución de ese fin supremo, ser el nuevo mandamás. Se aplicó a ello. Lo primero que hizo fue desembarazarse de Stambolić, esta vez no esperó a que aquél le cediera graciosamente su sillón, lo echó de malos

modos. Mató al padre, como diría Freud (aunque dudo que Sloba lo hubiera leído), primero en sentido figurado, más tarde en sentido literal.

En junio de 1989, tras la defenestración de Stambolić, Sloba fue nombrado presidente de la República Serbia y como tal cercenó la autonomía de Kosovo y lanzó un programa de «revolución antiburocrática» (¿quién mejor para eso que el perfecto burócrata?), que tenía como objetivo declarado la liberalización de la economía y como fin subrepticio, la consolidación de Sloba en el poder y la purga (al viejo estilo comunista) de todos sus rivales y enemigos. En esa época uno de sus anhelos se vio cumplido: miles de manifestantes enarbolaban su retrato por las calles de Belgrado. Sloba ya era un líder popular, los huérfanos de Tito tenían un nuevo papá. Pero él prefería postularse como un redivivo rey Lazar. El 28 de junio de 1989, día de San Vito o Vidovdan, con motivo de la celebración del sexto centenario de la batalla de Kosovo, Sloba se dirigió a las masas en la llanura de Gamezistan, donde había tenido lugar la legendaria contienda, y advirtió a todos aquellos que pudieran oponerse a su designio de restablecer el orgullo serbio: «El heroísmo de Kosovo no debe hacernos olvidar que hubo un tiempo en que fuimos valientes y dignos y de los pocos pueblos que salieron invictos de todas las guerras. Seis siglos más tarde, nos hallamos otra vez inmersos en querellas. No son batallas con armas, aunque eso no debe excluirse. Pero sean de la naturaleza que sean, deberán ser libradas con la determinación, valor y espíritu de sacrificio de que hizo gala el pueblo serbio en el Campo de los Mirlos.» Las cámaras de televisión reprodujeron fielmente su histórico discurso (por entonces ya las cámaras lo acompañaban a todas partes, a Sloba le chiflaba salir en la tele). La multitud enfervorizada de patriotas serbios jaleó sus palabras, agitando banderas y pendones que resucitaban los añejos símbolos nacionales, proscritos por el infame comunismo: el águila bicéfala, efigies de Lazar, Miloš Obilić, el rey Dušan, banderas serbias desprovistas de la estrella roja, con la cruz ortodoxa y las cuatro «S» cirílicas: *Samo sloga Srbina spasava*, sólo la unión salva a los serbios...

Orgullo patrio, dignidad serbia, pueblo celestial, nación milenaria, coraje, valor, sacrificio, nuestras costumbres seculares, nuestro imperecedero folclore, nuestra gran poesía épica que admiraron Goethe, Pushkin y los hermanos Grimm, nuestra gloriosa historia, donde todas las guerras se cuentan por victorias (o derrotas que, bien pensado, vienen a ser victorias), los entrañables huesos de nuestros antepasados, nuestros monasterios, nuestros popes, nuestro dios, nuestra bandera... ¡Cuánto orgullo patrio, cuántas banderas! Y cuánto miedo y cuánto odio por todas partes...

En 1990 una nueva constitución fue aprobada, en la que se adoptó un régimen democrático y multipartidista y la República Socialista de Serbia perdió su adjetivo, con todo lo que comportaba, y se convirtió en República de Serbia a secas. Otras repúblicas hicieron lo mismo (en realidad, lo hicieron antes, Sloba las siguió a regañadientes, lo del multipartidismo no le entusiasmaba) y todas abandonaron la Liga de Comunistas de Yugoslavia. Por aquella época los retratos de Tito se hicieron escasos, hasta desaparecer, y fueron reemplazados por los nuevos caudillos en los

hogares de las repúblicas de Yugoslavia: Franjo Tudjman en Croacia, Slobodan Milošević en Serbia. (Años más tarde, cuando me exilié en Inglaterra, me sorprendió que los ingleses no exhibieran en lugar prominente de sus salones los retratos del primer ministro Major, primero, y Blair después. ¿Qué clase de gente desafecta es ésta?, me pregunté.) Sobo lo había logrado, era Presidente pero no se podía dormir en los laureles, una nueva inquietud le atormentaba: seguir siendo presidente. No le costó mucho lograr el control absoluto de los medios de comunicación, empleó los mismos métodos que el difunto partido comunista del que su Partido Socialista Serbio era legítimo heredero (todos sus miembros eran prominentes comunistas, reciclados en fogosos patriotas serbios, que buscaban, como Milošević, perpetuarse en el poder, vestidos con el disfraz nuevo). Sobo depuró los periódicos más importantes del régimen, *Polítika*, *Politika Express*, *Večernje novosti*; se deshizo de miles de periodistas de las cadenas públicas de radio y televisión y puso a gente afín al frente, a lacayos, a voceros de la versión de los hechos que Sobo, en cada momento, decidiera propagar como verdad. Toleró (de mala gana, para complacer a la opinión internacional) un programa de radio y una tele no estatales, Radio B92 y Studio B, así como la divulgación de dos diarios independientes, *Borba* y *Vreme*, pero su tirada no excedía de veintidós mil ejemplares, poca gente los leía (yo y mis amigos): la mayoría de la población serbia se atiborraba de radio y de tele, mucha tele. Y la tele en Belgrado, en Serbia, en aquella época, era Slobovision.

Hermann Göring, el fundador de la Gestapo, dejó dicho: «Por supuesto la gente no quiere guerra; no la quieren los ingleses, ni los americanos, ni tampoco los alemanes. Es comprensible. Es tarea de los líderes del país encaminarlos, dirigirlos hacia ella. Es muy fácil: todo lo que tienes que decirles es que están siendo atacados, denunciar a los pacifistas por falta de patriotismo y por poner al país en peligro. Funciona igual en todos los países, sean democracias, monarquías o dictaduras.» Hay que meterles miedo, hay que inculcárselo, hay que empacharles de miedo como se atraca de comida a las ocas hasta que se les pudre el hígado para hacer paté, hay que procurar que ese miedo fermenta y se convierta en odio, un odio absoluto, irracional, desbocado... Eso Sobo lo comprendió enseguida. Después de la revolución antiburocrática, tuvo otra idea: todos los serbios en un solo estado (líderes menos sutiles o delicados que Sobo, demasiado patriotas y demasiado viriles para emplear eufemismos, lo llamaban de otra forma: la Gran Serbia; ésa era la tarea pendiente, el gran desafío: había que crearla). La prensa oficial se llenó de artículos sobre la explotación económica que sufrían los serbios a manos de croatas y eslovenos. Se denunció sin descanso la discriminación que padecían las minorías serbias fuera de Serbia. Se nos recordó oportunamente el genocidio ustacha y los crímenes contra los serbios en la segunda guerra mundial. Programas, documentales y series de televisión recrearon con profusión aquellas atrocidades. Dos psiquiatras serbios, pertenecientes a esas oprimidas minorías, los serbios de las *krajinas* (zonas fronterizas entre el antiguo imperio otomano y el igualmente extinto imperio austrohúngaro, donde los

serbios que huían hallaron refugio bajo la condición de defender al imperio austriaco de la amenaza turca; serbios guerreros, pues, serbios muy serbios), el doctor Jovan Rašković en Croacia y el doctor Radovan Karadžić en Bosnia-Herzegovina, sembraron el miedo y lo regaron sin descanso, anticipando una gran cosecha de odio. El doctor Rašković, quien se quejaba de que a los serbios de la *krajina* se les prohibía hablar su propia lengua, escribir en su alfabeto (el cirílico) y se les trataba como a ciudadanos de segunda clase, publicó un libro en el que sostenía que los croatas eran genéticamente genocidas y no mostraban compunción o arrepentimiento alguno por las salvajadas que sus ancestros habían cometido en la última guerra. En el curso de sus investigaciones científicas, el doctor Rašković había llegado a la conclusión de que existían innegables e irreconciliables diferencias étnicas entre los distintos pueblos que integraban Yugoslavia; no era una distinción ideológica, ni una mera oposición de cultos religiosos, católicos *versus* ortodoxos: era una disparidad hereditaria, genética. Los serbios son edípicos y los croatas están castrados. Los eslovenos son avaros; los musulmanes bosnios, cobardes, traicioneros y proclives al suicidio; no lo digo yo, está científicamente demostrado. Y el doctor Rašković no era un cualquiera, sino un psiquiatra, un hombre formado. Pronto los tuvimos a todos científicamente clasificados: los albaneses, terroristas *shiptar*, de quienes se rumoreaba que tenían una cola en la rabadilla (había testigos); los croatas, *ustachas genocidas* o *ustachas degolladores*, a elegir; los eslovenos, *separatistas* (y tacaños, mucho); los bosnios, muyahidines, *musulmanes fundamentalistas*. ¡El pueblo celestial se había quedado solo! Navegaba en una balsa a la deriva, en un océano tempestuoso, infestado de tiburones, menos mal que contaba con un gran patrón: Sloba.

Pero los serbios no eran los únicos en la moribunda República Federativa Socialista de Yugoslavia en dejarse arrullar por los cantos melifluos de las sirenas patrióticas; la historia resurgía y se reescribía (nosotros somos los buenos y todos los demás, los malos) en otras repúblicas. Los eslovenos empezaban a darnos a entender que estaban hartos de la convivencia forzada con los arrogantes y holgazanes serbios a que los había condenado el finado mariscal. «No somos vuestros hermanos —nos decían—, como mucho, vuestros hermanastros y ahora que el padre ha muerto, abandonamos este hogar familiar que ya no es el nuestro. Nosotros somos austriacos, rubios, limpios, ordenados y vosotros sois balcánicos, ineficientes, imprevisibles, pendencieros: nada que ver.» Y se fueron. Pero no nos importó, porque era verdad que no teníamos con ellos auténtico parentesco, los eslovenos eran como parientes lejanos, de segundo o tercer grado, o como parientes políticos, los primos o los sobrinos de un cuñado, que para colmo hablaban una lengua diferente. Y eran demasiado limpios, demasiado ordenados, demasiado germánicos, nunca nos sentimos cómodos con ellos. Además, en Eslovenia había pocos serbios, pero Croacia... ése era otro cantar.

La sirena que hechizaba a los croatas con su voz melodiosa se llamaba Franjo Tudjman, lo cual no carece de mérito, teniendo en consideración que como sirena no

valía gran cosa: nariz de pico, enormes gafas de pasta, rostro colorado y boca mezquina, una raja sin labios, que a duras penas lograba esbozar una sonrisa torcida. Nació en Veliko, un pueblo de Croacia, en 1922. Su madre murió cuando él tenía siete años. Su padre Stepjan era un dirigente del Partido Campesino Croata y comandante partisano que en la segunda guerra mundial se alzó en armas contra el fascista Estado independiente de Croacia de Ante Pavelić. Según Tadjman, su padre cayó prisionero de las fuerzas fascistas, pero logró sobrevivir al cautiverio; no así su hermano pequeño Stepjan, ejecutado por la Gestapo. El 26 de abril de 1946, su padre asesinó a su segunda mujer, la madrastra de Franjo, y luego se suicidó. (Sólo por eso, la sirena Franjo merecería un puesto de honor en esta galería de héroes; por desgracia, sólo admitimos serbios.) En la biografía oficial de Franjo, sin embargo, ese hecho aparece ligeramente modificado; su padre no mató a nadie, ni se quitó la vida: lo mató la policía política de Tito. Quien más, quien menos, todos hemos incurrido en ese maquillaje piadoso del pasado o del presente familiar: el hijo o el hermano alcohólico está «pasando por un período de reflexión», la madre loca es una mujer nerviosa o muy original... Nadie quiere admitir una rama podrida o defectuosa en el vigoroso y florido árbol genealógico, ya no digamos un héroe; los héroes han de ser especialmente cuidadosos con su progenie, por algo son héroes. Y a Tadjman, que fue partisano, comunista (se rumoreaba que también comisario político) y general condecorado en la época de Tito, le venía bien un padre víctima de la policía del tirano, que lo reivindicara de una trayectoria personal no muy limpia. Franjo, no obstante, fue menos servil al régimen comunista que su doble serbio, el pequeño Lenin. Ya en 1968 fue expulsado del partido por apoyar una declaración sobre la lengua croata y a partir de entonces su empecinada defensa de la causa nacionalista le llevó a residir en la cárcel varias temporadas. Tenía ínfulas de historiador (se hacía llamar doctor Tadjman); publicó un libro en el que vino a decir que, a fin de cuentas, las masacres cometidas por los ustachas durante la segunda guerra mundial no eran para tanto; habían matado serbios y judíos, sí, pero muchos menos de los que se les atribuían; en Jasenovac habían muerto a lo sumo treinta mil entre unos y otros. ¿Y cuántos croatas habían asesinado los chetniks serbios? O los partisanos, perpetradores de la matanza de Bleiburg, acaecida casi al final de la guerra, cuando un cuarto de millón de croatas huyeron a Austria para entregarse a los británicos y éstos los obligaron a volver por donde habían venido, entregándolos a los seguidores de Tito, quienes asesinaron a decenas de miles de refugiados y a los otros los internaron en campos de concentración. Era preciso revisar la historia, poner las cosas en su sitio; el Estado Croata Independiente fundado por el *ban ustacha* Ante Pavelić en 1941 tenía algunas virtudes; la principal: era croata, sólo croata y Franjo Tadjman no es que fuera racista, pero se jactaba de que «Gracias a Dios, mi mujer no es serbia ni judía». Porque Tadjman también había descubierto a Dios, pero no al de los serbios, por descontado, sino a su archienemigo, al Dios católico, la divinidad de sus antepasados. Denunció la explotación económica de Croacia, la república más

próspera de Yugoslavia, a cargo de los serbios, esos atorrantes que copaban los puestos cruciales del partido comunista, la todopoderosa burocracia estatal, el ejército y la policía y se permitían el lujo de derrochar a espuestas el dinero croata en sus delirios épicos, arrojándolo al pozo sin fondo de la autonomía de Kosovo... Ya era hora de liberarse de esa servidumbre, Croacia tenía que romper todos los lazos, mejor dicho, las herrumbrosas cadenas (cada vez más endeble, más oxidadas) que la tenían sujeta a esa federación trasnochada de primitivos pueblos balcánicos y, en tanto que nación soberana, unir su destino al de Europa occidental, como le correspondía, pues ¿a qué etnia perteneció el mejor escritor yugoslavo de la historia, el premio Nobel Ivo Andrić?: a la croata. ¿Y de dónde procede la palabra «corbata», ese símbolo internacional del progreso, la civilización y el mercantilismo?: del croata *kravate*. ¿Y cuál ha sido la única aportación serbia a la cultura universal?: la palabra vampiro, con eso está todo dicho.

Franjo Tudjman fundó el Partido Nacional Croata, que en 1990 ganó las elecciones en la República de Croacia; recuperó el símbolo ustacha por antonomasia, la *šahovnica*, el damero rojiblanco de siniestras connotaciones para serbios y judíos, que se convirtió en la nueva bandera de la república; cambió los nombres de las calles: en Zagreb, la capital de Croacia, la plaza de las Víctimas del Fascismo fue rebautizada plaza de los Grandes Croatas; la moneda croata volvió a ser el *kuna*, la divisa del estado fascista de Ante Pavelić; purgó de serbios a la administración pública y a las fuerzas de policía, las calles y plazas de Zagreb se llenaron de tenderetes y puestos que comerciaban con emblemas y símbolos ustachas: camisetas con la efigie de Ante Pavelić, llaveros con la *šahovnica*, cintas con canciones folclóricas croatas e himnos ustachas, latas de aire de Croacia...

Se empieza entonando canciones folclóricas y se termina empuñando un kalashnikov. La televisión serbia, Slobovision, nos recordó oportunamente el sangriento historial del *ban ustacha* Ante Pavelić en la segunda guerra mundial. En abril de 1941, después de que el pueblo serbio depusiera al regente príncipe Pavle, cómplice de los nazis, quien había firmado un pacto con Hitler y tras la entronización del adolescente Petar II como nuevo soberano, cuando las masas serbias se lanzaron a las calles, clamando: «¡Más vale guerra que pacto! ¡Más vale la muerte que la esclavitud!», lo que les valió el bombardeo alemán de Belgrado y la invasión del ejército nazi, hizo su aparición en Zagreb el nacionalista croata Ante Pavelić. Nada más llegar, advirtió: «Habrà derramamiento de sangre y rodarán cabezas.» Su plan para someter al rebelde pueblo serbio era muy simple: «Un tercio debe convertirse — o reconvertirse, creo que dijo — al catolicismo, un tercio debe abandonar el país y un tercio debe morir.» Sólo consiguió lo último, con creces. A los eficientes y pulcros alemanes el sangriento estilo de masacre croata los escandalizó. Nada de duchas organizadas en campos de concentración, con prisioneros numerados, clasificados, uniformados y sistemas higiénicos de tratamiento de residuos humanos. Los croatas inventaron un cuchillo especial para cortar las gargantas de los serbios, colgaban los

cadáveres de los serbios y de los judíos de las farolas y los árboles de Zagreb y aprovecharon la guerra para librar sus particulares vendettas con los vecinos serbios del pueblo contiguo o de su propia aldea, quienes les discutían una linde o una cuenta y se retrataban, ufanos, con sus cabezas cortadas ensartadas en una bayoneta. Colocaron letreros en los comercios, restaurantes y tranvías que rezaban: PROHIBIDA LA ENTRADA A SERBIOS, JUDÍOS, GITANOS Y PERROS; los judíos debían identificarse con una visible estrella amarilla; los serbios, con un brazalete azul y una O, que indicaba su religión ortodoxa. El cardenal católico Alojzije Stepinac, arzobispo de Zagreb en aquella época, fan de Pavelić, atribuía a un milagro del Espíritu Santo la súbita conversión al catolicismo de doscientos cincuenta mil serbios; los serbios reacios a abrazar la fe verdadera o eran asesinados o ingresaban en Jasenovac, ese campo de concentración único en la historia por haber sido regentado por curas católicos. Curzio Malaparte, el escritor italiano, incluyó en su novela *Kaputt* una entrevista (¿real o inventada?) con el *ban o Poglavnik* Ante Pavelić:

«Mientras hablaba, eché un vistazo a un cesto de mimbre depositado sobre el escritorio del despacho del Poglavnik. La tapa estaba levantada y el cesto parecía lleno de mejillones u ostras desprovistas de concha.

—¿Son ostras dálmatas? —pregunté al Poglavnik.

Ante Pavelić retiró la tapa del cesto, dejó ver los mejillones, esa masa viscosa y gelatinosa, y dijo risueño, con esa sonrisa cansina y bonachona tan suya:

—Es un regalo de mis leales ustachas. Veinte kilos de ojos humanos.»

Tras deleitarnos con algún pavoroso y cruel episodio de las atrocidades ustachas en la guerra mundial, la tele de Sloba se apresuraba a ofrecernos imágenes frescas y alarmantes de los discursos patrióticos de Franjo Tudjman, envuelto en la misma *šahovnica* rojiblanca que acabábamos de ver enarbolada por las hordas ustachas en un documental, y bendecido por un sacerdote católico, descendiente (espiritual) de aquellos que se complacieron en torturar a tantos serbios... Mi madre, que al regresar del trabajo se plantaba delante de la tele y hacía ganchillo, sentada en el sofá (mi madre era adicta al ganchillo, al tabaco y a la contabilidad), alzaba la mirada por sobre sus gafas de présbita y mascullaba a cada poco: «¡Qué bestias! ¡Qué salvajes! ¡No son seres humanos! Cuánto me alegro de que ya no salgas con aquella chica croata», eso me decía mi madre, quien en su juventud fue comunista, se había casado con un hombre que no era serbio y tenía amigos de todas las etnias, pero quien también había redescubierto (le habían hecho redescubrir) su identidad serbia. Luego se quitaba las gafas, me examinaba con ojos suspicaces y preguntaba: «¿No vendrás de una manifestación?» «No, mamá —la tranquilizaba yo—, vengo de la facultad», pero rara vez era verdad, por aquella época me estaba convirtiendo en un profesional de las manifestaciones. Éramos muchos los que protestábamos contra el régimen autoritario de Slobodan Milošević, la mayoría jóvenes, y nunca dejamos de protestar y hacer patente nuestra discordia durante los tristes y aciagos años que siguieron, pero nadie en Occidente pareció percatarse, quizá no querían saber que había serbios

que no eran cómplices, ni estaban de acuerdo con lo que hacían su ejército o su gobierno, es mucho más efectivo un mensaje simple, en blanco y negro, los malos y los buenos. Recuerdo la manifestación del 9 de marzo en Belgrado, cuando más de cuarenta mil personas nos concentramos en la plaza de Trg Republike, para denunciar el monopolio de los medios de comunicación por Sloba y sus compinches, convocados por el Movimiento de Renovación Serbia, el partido de Vuk Drašković, que era un chetnik y un nacionalista, pero de todas formas fuimos, porque se la teníamos jurada a Sloba, quien por supuesto había prohibido la manifestación. Nosotros gritábamos «¡Sloba-Saddam!, ¡Sloba-Saddam!» y «¡Sloba!, ¡Sloba!, ¿por qué no te suicidas?», pero a Sloba esa tradición familiar le disgustaba y en lugar de suicidarse nos envió a la policía, que nos lanzó gases lacrimógenos y repartió porrazos a diestro y siniestro; una chica murió y también un policía, los heridos se contaban por centenares y Sloba se puso histérico, porque nosotros no nos dimos por vencidos: reventamos escaparates, incendiábamos coches, tiramos huevos y latas a la policía y Sloba detuvo a Drašković y a otros líderes de la revuelta y sacó los tanques a la calle. No lo esperábamos, no lo creíamos capaz de eso, pero era capaz de todo y nos dejó bien claro, ese 9 de marzo, que si era conveniente para su permanencia en el poder, sus tanques pasarían sobre nuestros cadáveres. La poética Mira, su mujercita, se sorprendió de que alguien pudiera pensar que los tanques eran máquinas terribles, ¿por qué?, se preguntaba, son unos vehículos muy útiles. Armábamos bulla, protestábamos, pero éramos como un enjambre de mosquitos que pretenden detener con su zumbido incesante y sus picotazos a un tanque.

Sloba no era el peor, o eso creíamos entonces; daban más miedo los chetniks de Šešelj, más miedo o más risa, según se mire; al principio risa, incredulidad y algo así como vergüenza ajena; después miedo, indignación y cada vez más miedo. Y asco, también, náuseas, cuando veía la jeta de Šešelj en la tele me entraban arcadas. Alto y gordinflón, su aspecto era el de una babosa enorme, con su rostro blando y lampiño y sus gafas ultraanticuadas (como corresponde a un ultranacionalista), que resguardaban de la intemperie unos ojos de pez, de expresión vacua. Šešelj reivindicaba la figura del *vojvoda* o duque Draža Mihajlović, líder de los chetniks, los serbios monárquicos en la segunda guerra mundial, quienes combatieron con típico denuedo y salvajismo serbio a los invasores alemanes y a los traidores ustachas, hasta que los nazis anunciaron que por cada alemán muerto, morirían ciento cincuenta serbios; los chetniks echaron cuentas y comprendieron que aquello pondría en peligro la supervivencia de la gloriosa etnia serbia, además, no se llevaban bien con los comunistas partisanos de Tito, los otros insurgentes que luchaban contra los alemanes, de modo que decidieron unirse con los nazis y los italianos fascistas para acabar con los partisanos, pero éstos contaban con la ayuda de Inglaterra y Estados Unidos, que se fiaban más de los eficaces y organizados comunistas que de las desgreñadas y caóticas mesnadas de los chetniks y así fueron los partisanos quienes terminaron con los monárquicos. De ahí que en los libros de texto de las escuelas

yugoslavas, en la historia oficial y en todas las pelis de partisanos con que los niños yugoslavos fuimos adoctrinados, los alemanes, los ustachas y los chetniks fueran los malos y los partisanos, los increíblemente y superlativamente buenos (¿Cómo se puede ser tan guapo y tan valiente? ¿Por qué habré nacido tan tarde? ¿Por qué me habrá privado el destino del honor y el privilegio de morir en la batalla como un glorioso partisano?, pensábamos, maravillados, después de ver por undécima ocasión *La batalla del Neretva*). Y del mismo modo que Tudjman en Croacia rompía una lanza por los denostados ustachas, Šešelj se atrevía, después de tantos años, a vindicar el orgullo chetnik, la indumentaria chetnik y toda su parafernalia. Los chetniks eran vistosos y decorativos, de modo que los fotógrafos de prensa y las televisiones extranjeras no se cansaron de inmortalizarlos durante la guerra: desarrapados, con grasientas melenas y barbas eternas, dentadura negruzca o ausente, borrachos, sucios, pendencieros, en la cabeza la *šajkača*, el gorro tradicional serbio que llevaban los monárquicos en la segunda guerra mundial, cuya parte delantera tiene forma de V, como la quilla de un barco y que solían adornar con el escudo del águila bicéfala o con una calavera y el eslogan «libertad o muerte» y, ya en plena guerra, incorporaron a sus uniformes cananas repletas de balas, pistolas al cinto, un puñal en la boca (así les gustaba que los retrataran), el AK-47 colgando de un hombro... Parecían trogloditas, neardentales, o, como sostenía mi amigo Petar, el eslabón perdido de Darwin. Por entonces empezaban a apostarse en las calles y plazas del centro de Belgrado, con sus tenderetes de recuerdos y símbolos chetniks: camisetas con el rostro de Mihajlović, cruces ortodoxas, *šajkačas*, cintas con canciones chetniks... En su esfuerzo por mostrar al mundo que eran diferentes e incluso opuestos, los neoustachas y los neochetniks no podían ser más similares. Šešelj era el nuevo *vojvoda*, el líder del Movimiento Chetnik, que adoptó un nombre más presentable, Partido Radical Serbio, para presentarse a las elecciones, en las que obtuvo unos cuantos escaños. A Sloba le cayó en gracia (presintió que le podría ser de utilidad) y lo sacó mucho en la tele. A mí me daban ganas de romper la pantalla de una patada cuando aparecía su cara rubicunda, de mofletes flácidos y le oía soltar, con absoluta seriedad, las mayores sandeces que puedan concebirse. En una entrevista le preguntaron (esas cosas preguntaban con una sonrisa impecable y expresión inocente las simpáticas y guapas presentadoras de Slobovision) si sus chetniks, como los de Draža, empleaban el cuchillo degollador como arma favorita. Šešelj respondió que no, se habían decantado por cucharas oxidadas con las que les sacarían los ojos a los croatas. También decía que él no era un fascista, sólo un chovinista que odiaba a los musulmanes y a los croatas... Se quejaba de que nadie comprendía su particular sentido del humor.

Y en ese clima de amigable entendimiento entre los distintos pueblos que ocupaban la vieja y maltrecha nave de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, cuyas cuadernas crujían y hacía agua por todas partes, sumida en una crisis económica galopante (que los serbios achacaban a los pérfidos croatas y los

croatas, a los prepotentes serbios), unos y otros se aplicaron a exhumar fosas y a desenterrar sus respectivos cadáveres de la segunda guerra mundial, fosas que Tito, en su esfuerzo inútil por borrar o prohibir la historia, había sellado con hormigón armado. El 25 de junio de 1991 los parlamentos de las repúblicas de Eslovenia y Croacia aprobaron por unanimidad la secesión de Yugoslavia. El Ejército Popular de Yugoslavia recibió la orden de proteger las fronteras del país, que incluían a Eslovenia. Un reportero de la televisión Yutel preguntó a un chaval bosnio, un musulmán, a quien la guerra había pillado haciendo la mili en el ejército nacional:

—¿Qué estás haciendo aquí, Bahudin?

—No lo sé muy bien —contestó Bahudin, quitándose la gorra militar y rascándose la cabeza con aire perplejo—. Parece que éstos quieren independizarse y parece que nosotros se lo vamos a impedir, algo así.

La guerra con Eslovenia duró diez días y arrojó un modesto balance de setenta muertos entre ambos bandos. ¡Eslovenia ya era independiente! ¡Qué sana envidia produjo eso a Franjo Tudjman! Y no había sido tan difícil... Pero en Eslovenia sólo había un dos por ciento de serbios.

La guerra con Croacia fue más larga e infinitamente más sangrienta. Yo la viví con sobresalto, durmiendo cada noche en una casa distinta, cambiando los letreros de las calles con mis amigos en la esperanza de inducir a confusión a las patrullas de reclutamiento enviadas por Sloba para mandarnos a la guerra, a nosotros, que nada teníamos que ver con sus turbios intereses. Muchos de mis amigos se fueron al extranjero, a Canadá, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, todos los que pudieron: se produjo un éxodo masivo de varones serbios en edad militar, los belgradenses no queríamos ir a pelear con los croatas, no teníamos ningunas ganas de morir por la patria. El hijo de Sloba, Marko, no fue a la guerra. ¿Por qué tenía que ir yo?

—Tú no tienes que ir porque eres un inútil total —me dijo mi madre, cuyo patriotismo se había mitigado ante la amenaza de que su vástago (yo) tuviera que vestir un uniforme, empuñar un fusil y matar o ser matado (o ambas cosas a la vez), para defender las sagradas fronteras de su país.

Y era cierto, yo era (soy) inútil, tengo un certificado del ejército nacional yugoslavo que lo demuestra, mi pierna derecha es dos centímetros más corta que la izquierda, un defecto de nacimiento que me produce una leve, casi imperceptible cojera, que durante mi infancia atenué con una plantilla en el zapato derecho, por lo que no me privé de jugar a fútbol ni de hacer deporte, pero sí me libré de la mili. Y pese a mi probada ineptitud, la cédula de reclutamiento había llegado a la casa familiar de Novi Beograd. Mi madre, que era mucho más valiente y resolutiva que yo, me acompañó al cuartel del ejército al que me debía presentar y esgrimiendo el valioso certificado ante el militar que se ocupaba del papeleo (pasándoselo por las narices), le espetó:

—Mi hijo no es apto para el ejército, aquí lo pone bien claro. ¿Lo lee usted? ¡INÚTIL TOTAL! —proclamó, henchida de orgullo materno.

No todos tuvieron tanta suerte, a mi amigo Veljko lo cazaron. Por una de esas ironías, su novia era croata. Él era, como yo, un traidor, es decir, un pacifista. Pero se fue a la guerra y anduvo en ella unos meses, hasta que en una emboscada, un fuego de metralla (no se sabe, él no sabe, si enemigo o amigo. «Las emboscadas —me dijo—, son un lío») le perforó el estómago y pasó una noche a la intemperie, en las afueras de Vukovar, creyendo que iba a morir. Sus compañeros le dejaron por muerto y se llevaron a otros heridos que parecían menos graves, pero la herida no era mortal y a la mañana siguiente fue rescatado. Sin embargo, no fue ésa la ocasión en que Veljko pasó más miedo: cuando literalmente se cagó de miedo, me dijo, fue otra noche, perdido en un maizal, en que de pronto creyó percibir un jadeo acezante que no podía confundirse de ningún modo con el suave balanceo de las matas de maíz acariciadas por la brisa, la respiración de un perro de los ustachas que persigue mi rastro, pensó, que huele mi sudor, mi pavor y mi mierda y cada vez se oye con más claridad, vienen por detrás, van a caer sobre mí y me van a matar, aquí, cagado de miedo, en este campo sin segar, a mis veinte años, con mi madre y mi padre lejos, en mi pueblo de Vojvodina, ignorantes de mi infortunio y mi jodida mala suerte, y cuando ya sintió el aliento del perro croata en el cogote, Veljko se dio vuelta y se topó con un cerdo. De eso han pasado muchos años. Veljko no ha rehecho su vida; no ha hecho nada con ella, la ha dejado por imposible y todavía hoy, cuando escucha el pitido de la cafetera que anuncia que el café está subiendo, se pone a temblar y siente taquicardia. «Así es como suena un obús cuando va a por ti —explica—, éste es el sonido de la guerra.»

En la tele los croatas ya eran sólo traidores ustachas, que se adornaban el cuello con collares engarzados con dedos de niños serbios; nosotros, los serbios, no queríamos la guerra, nos aseguraban los locutores de la tele y proclamaba Sloba, nunca la quisimos, pero habíamos sido atacados y teníamos que defendernos y, de paso, anexionar a Serbia las *krajinas* de Slavonia y Baranja, que siempre habían sido nuestras; se las habíamos prestado temporalmente a los croatas por no contrariar a Tito, como el niño que le deja a otro su juguete favorito porque le obliga su papá, pero en cuanto el padre se gira, lo reclama. Además, y como bien dijo el *Vojvoda* chetnik Draža Mihajlović y repitió en 1991 el pope ortodoxo Nicanor: «Allá donde se haya derramado sangre serbia y se encuentren huesos serbios, es tierra serbia. Todos los que piensen de otro modo son nuestros enemigos.» «Si no estás conmigo, estás contra mí», dice Jesús en el Evangelio de San Lucas. Yo pensaba qué locos están estos cristianos, qué sangrientos son, no hay más que entrar en una de sus iglesias, sea católica u ortodoxa, y ver los iconos o las imágenes que veneran, ese individuo moribundo, torturado, clavado en una cruz, lleno de sangre y llagas, o los santos decapitados, un chorro de sangre escarlata brotando del cuello tronchado y los enormes retablos dorados, donde se recrean matanzas con un realismo espeluznante... «Se regodean en lo siniestro y lo repugnante, están enfermos estos cristianos», decía indignando sobremanera a mi hermana Svetlana, a quien nunca le

gustó ir a contracorriente y se había convertido en una fanática ortodoxa.

Recuerdo una entrevista que hicieron en la tele a una chica de uniforme, que se había alistado como voluntaria.

—Es inusual que una mujer joven como tú vaya a luchar a la guerra. ¿No lo crees? —le preguntó el presentador.

—A mí no me lo parece —respondió la chica con modestia—. Nuestro ejército necesita reclutas. Soy madre de dos hijos.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y tres años.

—¿Qué te llevó a alistarte?

—Bueno, cuando veo la tele y me entero de lo que está pasando, me entran ganas de ayudar y creo que nuestra amada Serbia merece que sacrifique mi vida por ella.

«Ya no saben qué hacer para convencernos de que vayamos a su jodida guerra», reflexioné y lo cierto es que andaban escasos de fuerzas; el noventa por ciento de los llamados a filas en Belgrado (como yo) se escaquearon, los que no tuvieron oportunidad de hacerlo desertaban en masa (un soldado huyó del frente en su tanque y lo condujo por la carretera general hasta las mismas puertas del Parlamento serbio, en Belgrado); la mayoría de las tropas regulares que lucharon en Croacia procedían de Montenegro, de manera que Sloba no tuvo escrúpulos en financiar, armar y dar cancha a las milicias paramilitares de Šešelj y Arkan, las Águilas Blancas y los Tigres, respectivamente. Y así fue como aquellos colgados que vendían emblemas nostálgicos en los tenderetes de Belgrado recibieron armas, instrucción, vehículos blindados y la consigna de hacer todo el daño que pudieran. Como recompensa, se les permitía el pillaje, «podéis robar lo que queráis, a cambio, sólo tenéis que matar ustachas», ésa era la idea. Šešelj era un profesor universitario y Željko Ražnatović, alias Arkan, un delincuente, el más famoso de Serbia, un atracador de altos vuelos, conocido (y temido) en bancos de toda Europa, célebre por sus espectaculares fugas (no había prisión que pudiera retenerlo), quien entre robo y robo realizaba trabajillos por encargo de Tito, como ejecutar a exiliados disidentes del régimen. Usaba como tapadera una pastelería; oficialmente, pues, era pastelero. A finales de los ochenta fue elegido presidente de Delije, el club de hinchas del Estrella Roja, integrado por furiosos nacionalistas siempre dispuestos a organizar una trifulca. Supo apreciar potencial en esos chicos y lo canalizó: les enseñó a ir aseados, con el pelo corto y bien afeitados, les impartió disciplina, les obligó a hacer deporte, les enseñó a disparar, les dotó de unos uniformes negros muy impactantes, como de tortugas Ninja, rematados en una boina roja, y les proporcionó el mejor armamento que podía hallarse en todos los Balcanes. Así nacieron los Tigres de Arkan. La estrategia militar era simple pero efectiva: el ejército regular, con sus tanques y su artillería pesada, avanzaba sobre el territorio enemigo, conquistándolo. Les seguían o precedían los paramilitares, las Águilas Blancas, los Tigres o los Escorpiones; invadían los pueblos, las aldeas, mataban a todo aquel que alentara; destruían, violaban, robaban,

arramblaban con lo que podían llevarse y, antes de irse, prendían fuego a las casas, devastando el pueblo entero, no quedaba un perro vivo o con el rabo intacto. Es un método científico de probada eficacia llamado limpieza étnica. Funcionó, ya lo creo, hubo un éxodo masivo de refugiados croatas que huyeron de las *krajinas* y una simétrica huida de serbios asustados de las zonas ocupadas por los croatas, que también contaban con sus milicias. Pero los serbios disponían del grueso de los efectivos del Ejército Nacional Yugoslavo y aunque las unidades integradas por croatas se habían desgajado, sumándose al ejército croata, y también contarán con la ayuda entusiasta y el soporte financiero de miles de croatas del exilio, que regresaron a la patria para defenderla (esos croatas americanos o canadienses eran los más nacionalistas y los más bestias), como suele suceder, ganaron los más poderosos. Sloba lo expuso con elocuencia: «Siempre son los fuertes, nunca los débiles, quienes fijan las fronteras. Es vital, por tanto, que seamos poderosos. Y para lograrlo debemos permanecer unidos. [...] Puede que los serbios no sepamos cómo trabajar y gestionar la economía, pero al menos sabemos luchar.» Con más contundencia, si cabe, se expresó el general del ejército yugoslavo Andrija Biorčević: «Lo que conquistamos es nuestro. Sólo lo que hemos conquistado es nuestro. Quien quiera unirse a nosotros, bien; al que no: una bala en la espalda.» «¿Quién dijo que Serbia es pequeña? Miente, no es pequeña, no es pequeña, ha luchado en tres guerras...» Así reza la canción nacionalista que entonaban los chetniks y todos los patriotas serbios en esa época y yo un día tuve un encontronazo con un grupo de nacionalistas, de esos que proliferaban entonces por las calles de Belgrado, que se llenaron de chetniks, tanques, patrullas de soldados y jóvenes nacionalistas de estética pulcra, como los Tigres de Arkan: pelo rapado, vaqueros o pantalones de chándal, chupas de cuero, cruces ortodoxas, gafas de sol Ray-Ban y andares jactanciosos, que remedaban la estética de los matones y los gánsteres (a menudo lo eran, gánsteres patrióticos, matones ortodoxos). Una noche iba con mi amigo Petar por Skadarlija, creo que nos dirigíamos a una casa donde daban una fiesta y, por si faltaba bebida, ya la llevábamos incorporada a nuestro sistema sanguíneo. Nos cruzamos con un ramillete escogido de patriotas serbios que, también borrachos, cantaban (desafinando) esa bonita canción: *¿Quién dice que Serbia es pequeñaaaa?*

—Yo lo digo —afirmé muy chulo—. Serbia es pequeña, es un puto país de mierda, lleno de gilipollas nacionalistas como vosotros.

¡Menuda paliza nos dieron! A mi amigo Petar le rompieron un brazo, yo casi pierdo un ojo, no nos mataron porque llegó un coche de la policía, que no detuvo a nuestros agresores, porque a los patriotas no se les detiene, pero nos dejaron ir.

La guerra con Croacia duró seis meses, empezó en julio de 1991 y terminó en diciembre. Dubrovnik, la perla del Adriático, como la califican los folletos turísticos, quedó destruida tras un intenso bombardeo. Vukovar sufrió un asedio de tres meses, hasta que (como decía la tele serbia) fue liberada por los patriotas serbios, o así lo proclamó un eufórico comandante serbio ante las cámaras: ¡Arrasada pero libre! Ese

simpático individuo, el comandante Veselin Šljivančanin, ordenó la ejecución de trescientos pacientes civiles en el hospital de Vukovar, pero eso lo he sabido años después, entonces en Belgrado teníamos poca información, confusa, parcial y engañosa. Tras la caída de Vukovar, la prensa de Belgrado se hizo eco del asesinato de cuarenta niños serbios que habían sido degollados en su guardería por el ejército croata, cuyos soldados aplastaron sus pequeños cráneos y robaron sus órganos para comerciar con ellos, o eso leí en *Polítika*, donde también se aseguraba que Croacia estaba a punto de hacerse con la bomba atómica. Unos días después supimos que la supuesta masacre de niños había sido un invento de un militar serbio, pero el daño estaba hecho: yo también me había alegrado de la caída de Vukovar, esa ciudad que albergaba infanticidas.

A principios de enero de 1992 se firmó la paz con Croacia. Sloba pasaba por un buen momento; había ganado la guerra o eso decía él, aunque no era una opinión muy extendida, pues Croacia, la presunta perdedora, había logrado independizarse; en todo caso, Serbia, que nunca había sido pequeña (quien diga tal cosa, miente), ahora era incluso más grande: como resultado de la guerra se anexionó amplios territorios de la *krajina*. El recluta torpe que nunca despuntó en el ejército tenía en un puño a los generales, su posición en el poder estaba afianzada, se había trasladado a vivir a una mansión en Dedinje, el barrio de los ricos... Quienes lo trataron, o padecieron, decían de Milošević que en el ejercicio del poder era frío y distante; en *petit comité*, se mostraba hospitalario y podía resultar cordial e incluso campechano, o eso manifiestan los dignatarios y enviados extranjeros que negociaron con él durante los interminables años de guerra en los Balcanes, pero nunca afectuoso, porque todo su amor lo reservaba para su familia: en el seno del hogar Sloba se relajaba, se quitaba la corbata, se ponía las pantuflas, bebía whisky o un vasito de *viljamovka* (licor de pera), se fumaba un cigarrito, tocaba el piano, cantaba canciones serbias tradicionales, baladas rusas, *chansons* francesas... Adoraba a sus hijos, Marija y Marko. Los mimó, protegió y defendió sin descanso. Ocupado como estaba en dirigir un país en guerra, encontraba tiempo para buscarle novios a su hija, la caprichosa Marija, que se casó joven, se divorció enseguida y solía enamorarse de quien menos le convenía, con una preocupante debilidad por los guardaespaldas y los delincuentes. Marija no fue a la universidad, pero eso no le impidió ejercer de periodista y, más tarde, poseer su propia emisora de radio. Era arrogante, despótica, melindrosa y muy presumida; llevaba pistola, mató de un tiro al perro de un ex novio con el que las relaciones no eran buenas y años después, en el 2001, cuando su padre fue detenido en su casa de Belgrado para ser conducido ante el tribunal de La Haya, una airada y borracha Marija siguió hasta la calle a su progenitor y disparó al aire cinco tiros con su pistolita, al tiempo que le increpaba por dejarse prender con esa mansedumbre: «¡Cobarde! ¿Por qué no te suicidas? ¡Mátate!» (Lo mismo que le aconsejábamos nosotros en las manifestaciones, recomendación a la que también esta vez Sloba hizo oídos sordos; el *inat* serbio, la perseverancia, el prurito de llevar la contraria.) Marko,

el preferido de su madre, tampoco estudió porque, como él mismo explicó, no se pueden combinar las cosas buenas de la vida, como salir de farra, con acudir a clase y empollar para los exámenes. Se tiñó el pelo de rubio casi albino, era un fanático de las armas, le gustaba conducir (estrelló muchos coches), hizo amistades que no entusiasmaban a su padre, se juntó con mafiosos, participó con ellos en negocios, se dedicó al contrabando, organizó una panda de matones, se metió en muchos líos y su papá lo sacó de todos... Mira, en cambio, coleccionaba títulos universitarios: doctora en sociología, profesora titular en la Facultad de Ciencias Naturales y Matemáticas de la Universidad de Belgrado, miembro de la Academia Rusa de las Ciencias, profesora honoraria de la Universidad Lomonosov, directora del Centro Internacional de Investigación Sociopolítica de Países Eslavos en la Academia Rusa... Era profesora de marxismo y aficionada a la astrología; publicó un libro, *Entre Este y Sur*, en el que disertaba sobre lo verdaderamente importante: la crianza de los hijos, las flores, lasavecillas del bosque... «Siempre me he preguntado por qué los pájaros vuelven del sur cuando vuelan allí en otoño. ¿Es por un deseo de volar al norte o por la esperanza de que, por una vez, el otoño no siga al verano?» Era una intelectual, ella, comunista, sensible y muy poética. Feroz antinacionalista,^[1] no le gustaba la guerra. «Por encima de todos los muertos y heridos surge un interrogante, una pregunta sin respuesta: ¿por qué? ¿Por qué mueren, por qué desaparecen, por qué tienen que perder a sus padres, hijos, amigos? ¿Por qué tienen que resultar heridos, por qué tienen que perder la casa y la patria? ¿Por qué la gente se comporta peor que animales sedientos de sangre?», escribió, ante lo cual se impone la respuesta: «Pregúntaselo a tu marido, alma sensible, él es un experto en guerras, organizó cuatro en una década...» Mira publicaba columnas semanales en la revista *Duga*, que eran muy leídas, no por la profundidad de sus pensamientos, ni por la elegancia de su prosa, sino por motivos menos elevados: aquel a quien Mira ensalzara en su crónica podía estar seguro de medrar en el gobierno, aquel a quien criticara podía darse por cesado, o por muerto. La llamaban la Lady Macbeth de Belgrado. El periodista Slavko Ćuruvija tuvo la osadía de criticar al partido fundado por Mira, el JUL, y sus tendencias fascistas, lo que le valió una airada invectiva de la primera dama en su columna; al poco fue asesinado por unos pistoleros, a la luz del día, mientras paseaba con su mujer por Belgrado. En el año 2003, Mira fue imputada por el asesinato de Ivan Stambolić, el *kum* de su marido, su mecenas y mentor, a quien tanto debía Sloba... Pero entonces, a principios de 1992, Sloba no sabía que moriría en prisión, ni su mujercita que sería una fugitiva de la justicia. Tenía un aspecto muy curioso, Mira: bajita y regordeta, llevaba una media melena teñida de negro, crepada y peinada en forma de casco, con un flequillo infantil, como lo era su voz, aguda y ceceante. Y sí, el amor es ciego, Sloba la adoraba. En sus apariciones públicas no tenían recato en ir cogidos de la mano, como una parejita de adolescentes, prodigarse caricias, miradas encendidas. ¡Cómo se querían! El pequeño Romeo de Požarevac imprimía besitos tiernos en los pintarrajeados mofletes de su intelectual Julieta, mientras (hombre de estado, a la par

que enamorado) planeaba la próxima guerra. La economía iba mal, peor que nunca, y su popularidad declinaba; en esas circunstancias, lo mejor que puede hacer un político es montar una guerra, distrae a la gente más que el Festival de Eurovisión o un buen partido de fútbol. Era el turno de Bosnia.

Fragmento de una conversación telefónica entre Marko Milošević y su padre, filtrada por los servicios de inteligencia croatas, en 1996.

Marko: Papá, ¿dónde está mamá?

Slobo: ¿Para qué necesitas a mamá si papá está aquí?

Marko: He tenido una idea, papá.

Slobo: Dime.

Marko: Eres un tío muy conservador, prefiero comentárselo a mamá.

Slobo: Habla.

Marko: Me imagino tu respuesta.

Slobo: Habla.

Marko: ¿Qué te parecería si montara una maternidad?

Slobo: ¿Qué quiere decir una maternidad?

Marko: Una maternidad, ya sabes lo que es una maternidad.

Slobo: Sí, ya sé.

Marko: Contrataría a los mejores ginecólogos de Požarevac, ofrecería precios aceptables en las mejores condiciones: habitaciones individuales con todo tipo de confort.

Slobo: Haz el favor de no joderme. Dedícate a la disco (*la discoteca de Marko en Požarevac*) y cumple con tu trabajo.

Marko: No estoy pensando en montar una maternidad en la disco. Sería incompatible... La pondría en otro sitio. Lo único que pretendo es desarrollar actividades lucrativas y a la vez socialmente gratificantes.

Slobo: ¿Y dónde la construirías?

Marko: En algún lugar cerca de ti, en Čačalica.

Slobo: ¿Cerca de Čačalica?

Marko: En una hermosa zona verde, un parque cercado, con jardín, habitaciones bonitas, con su tele, teléfono, baño... Visitas permitidas a cualquier hora. Aquí los doctores cobran una fortuna por permitir a los maridos presenciar el parto.

Slobo: Ese proyecto suena un poquito caro.

Marko: Vale, pero en general, ¿qué te parece?

Slobo: Pues no está tan mal desde un punto de vista humanitario, pero como negocio no vale una mierda.

Marko: Papá, ¿sabes cuánto cuesta un aborto en cualquier chabola de Požarevac?

Slobo: No sé.

Marko: Ciento cincuenta marcos alemanes.

Slobo: Marko, en una maternidad no hay abortos. Es donde nacen los niños.

Esa mañana no quiso acompañar a sus amigos. Cuando Nadica y Martina abandonaron la habitación, se volvió a meter en la cama. Se sentía enferma, con el estómago revuelto y un espantoso dolor de cabeza, que sólo parecía atenuarse si permanecía tumbada y quieta. Nadica, preocupada por su salud, había ofrecido quedarse con ella pero Ana se opuso, deseaba estar sola y su amiga no insistió, ardía en deseos de visitar el famoso convento de las Nuevas Doncellas. Era una chica estupenda Nadica, nada rencorosa. No protestó cuando Ana regresó, ebria y tambaleante, a altas horas de la madrugada, y le prodigó mimos y cuidados cuando se abalanzó al cuarto de baño para vomitar los litros de champán soviético que había ingerido durante la noche. Al despertar, respetó el sueño de sus compañeras y a su regreso del comedor les trajo unos blinis para su desayuno, pero Ana no podía ingerir nada.

—Es la resaca —diagnosticó Martina—, anoche bebiste demasiado. Se pasó la noche ligando con un desconocido —informó a Nadica—. Eso es lo que hace tu amiga del alma cuando la dejas sola. ¡Como no estás tú para vigilarla!

Ahora se arrepentía, no volvería a probar el alcohol, evocar el regusto dulzón del champán soviético le provocaba arcadas. No podía recordar cómo llegó al hotel, ni con quién, tenía una laguna en la memoria, como esas viejas copias de películas que saltan de una escena a otra sin mayor explicación o los libros a los que les faltan páginas, quizá las más interesantes, que contienen la clave del embrollo. Sus recuerdos cesaban en el momento en que la luz súbita de los faros de un coche alumbró al individuo que yacía sobre el talud y aquel ruso, Sasha, así se llamaba, se inclinó sobre él, intentando reanimarlo: «Eh, levanta, despierta.» Podía rememorar con nitidez el semblante del hombre caído, la gruesa nariz roja, la tez abotargada cubierta de venillas azules, el rostro hirsuto de un mendigo veterano, vapuleado por décadas de vodka y noches al raso, lo cual resultaba extraño, no se había acercado a él lo bastante como para verle la cara, era como si estuviera reviviendo un recuerdo de Sasha o quizá lo hubiera soñado... Con un escalofrío recordó que el hombre estaba muerto (pero tal vez sólo dentro de su pesadilla). Le angustiaba no saber qué había dicho o hecho después, hasta que la encontró Zoran en la discoteca y la trajo al hotel, según le explicó Martina. La sensación de impotencia era abrumadora, como si alguien le hubiera robado parte de su vida, de su pasado y para reconstruirlo no tuviera más remedio que recurrir a testigos, a Zoran, a Martina, a Sasha... ¡Qué vergüenza! Pensó que Dragan se sentiría vindicado si lo supiera, la de veces que ella le había recriminado su amor a la botella. «No me puedo creer que no te acuerdes de nada —le acusaba—, otra cosa es que no quieras contármelo, que tengas algo que ocultar, porque con alguien pasarías la noche, es imposible que no sepas dónde fuiste ni qué hiciste desde las diez de la noche a las diez de la mañana...» Pobre Dragan.

Se levantó de la cama y encendió la tele, con poca esperanza, porque el día anterior no funcionaba, pero esa vez hubo suerte. Era un viejo cacharro, un aparato ruso de los años setenta y la imagen, en blanco y negro, fluctuaba; el volumen estaba muy bajo, resultaba cómico ver al actor y a la actriz de la teleserie mexicana gritarse con tanto secreto; la actriz se retorció las manos con desesperación, gesticulaba, abría mucho la boca, pero su esfuerzo era inútil, sus alaridos se reducían a susurros. Las actrices saben llorar a mares sin que se les corra el rímel y cuando el protagonista y la protagonista se besan, a él no se le manchan de carmín las comisuras de la boca. Recordó la ocasión en que invitó a Dragan a comer a su casa por vez primera y él llegó con el pelo engominado, de traje y corbata (lo cual aún lo hacía parecer más joven, como un niño disfrazado con la ropa de su padre), el rostro pálido y conturbado; estaba asustado. Ella, para infundirle ánimo, lo recibió con un beso apasionado y le imprimió sobre la boca un cerco de lápiz de labios que le daba aspecto de payaso. Hubo un momento de pánico: Ana intentaba borrarle la marca con las yemas de dos dedos untadas en saliva, restregándole la piel hasta hacerle daño, mientras se oía desde el piso superior la voz inquisidora de su madre: «¿Ya ha llegado Dragan? ¿Por qué no subís? Os estamos esperando.» Se volvió a incorporar para aumentar el volumen de la tele. Reparó en que cada vez que se acordaba de Dragan se ponía en movimiento para intentar distraer su mente de ese recuerdo que la incomodaba. La musiquilla banal de los anuncios la tranquilizó. Se empezaba a encontrar mejor, el martilleo en las paredes del cráneo se había atenuado, como si los operarios que trabajaban allá dentro hubieran hecho una pausa para el almuerzo. Por un instante se arrepintió de no haber ido con los demás a visitar Moscú, era una lástima encerrarse en el hotel el penúltimo día de su viaje y aquella mañana lucía un sol radiante, pero no hubiera sido capaz de mirar a Zoran a la cara, quién sabe qué secretos suyos guardaba, aunque por otro lado sentía una punzante curiosidad por lo que le pudiera revelar sobre sus andanzas de la noche anterior, como cuando su madre le contaba una anécdota de su infancia que ella había olvidado y la acosaba a preguntas: «¿De verdad hice eso? ¿Y qué pasó después?», entre asombrada y divertida, ávida de saber, como si le estuviera hablando de alguien muy querido a quien llevaba tiempo sin ver. Lo que no hubiera podido soportar era la presencia de Petar, hasta entonces había tolerado su compañía con resignación, pero aquel día se despertó odiándole.

Martina estaba feliz porque Petar les acompañaba. Ya le había perdonado su desertión la noche anterior, su aventura con la artista rusa... Podía imaginarla haciendo monerías para llamarle la atención, no tenía pudor, Martina, y carecía de escrúpulos; anoche vacilaba con Marko y se dormía en sus brazos, hoy ni le miraría. Era una niña mimada, que jugaba con los hombres como de niña había jugado con sus muñecas, tirando al suelo la que estaba acunando cuando le regalaban una nueva. No estaba bien utilizar a la gente, servirse de ella con fines egoístas. La primera y única vez que Ana se confesó (ya adulta, poco después de su bautizo) con el pope

Arsenije, se quedó en blanco, no supo qué contestar cuando él le preguntó qué pecados había cometido. Conocía bien al padre Arsenije, a él y a su mujer, eran amigos de su familia, le resultaba muy embarazoso hacerle confidencias, con el riesgo de que después fuera con el cuento a sus padres. Sonja, una amiga, le había advertido que los popes muestran una curiosidad malsana por la vida sexual de sus feligreses; bajo ningún concepto iba a revelar a ese señor barbudo, conocido de sus padres, con quién se había acostado y a qué caricias se había entregado en el lecho. De otro lado, su doctrina cristiana no era muy sólida, no estaba segura de qué era o no pecado para un pope. El padre Arsenije comenzaba a impacientarse, carraspeó, se removió en su asiento y volvió a inquirir con esa voz suave, insinuante, tan distinta de su habitual vozarrón de hombre expansivo: «¿No tienes ninguna falta de la que arrepentirte?», y ella improvisó: le dijo que amaba a Dios sobre todas las cosas (casi en los mismos términos en que de niña proclamaba su amor por Tito) pero una duda la acuciaba, tenía una inquietud... La vida eterna, el paraíso, no llegaba a concebirlo, no se lo explicaba (lo cual era cierto, pero no que eso la angustiara). El padre Arsenije la escuchó con atención, inspiró ruidosamente por la nariz y luego espiró despacio, como el que medita con hondura lo que va a decir. Y le dijo que no se preocupara, que quizá ahora no entendía el misterio divino de la resurrección, pero que se diera tiempo y con fe, piedad y oración, mucha oración, alcanzaría a ver la luz y a comprender ese gozoso misterio. Para ser una buena cristiana ortodoxa, lo más importante, le dijo, es saber distinguir el bien del mal y estar siempre del lado de las fuerzas del bien, que son las de Dios, y resistir y combatir al demonio allá donde esté, oponerse al mal cueste lo que cueste. A ella le gustó esa explicación, le pareció muy clara y congruente con su manera de pensar, con su propia ética particular y desde entonces procuraba guiarse por esa doctrina. La forma en que Martina utilizaba a Marko estaba mal, sin duda, y lo que la reconcomía era que ella se había comportado de modo similar con Dragan, aunque quería pensar que en ese caso había atenuantes, no había planeado de forma deliberada seducir a Dragan para luego abandonarlo, fue la primera sorprendida cuando se percató de que ese muchacho, el hermano pequeño de su amigo Igor, se había encaprichado de ella y estaba decidido a conquistarla.

Acababa de romper con Nikola. Era verano, se habían terminado los exámenes, hacía un calor bochornoso en Belgrado que obligaba a salir a la calle. Conoció a Dragan en la fiesta de cumpleaños del amigo de una amiga, Tatiana, donde se encontró con Dani Papo y con Igor, un compañero de la facultad, acompañados de un chico increíblemente guapo, Dragan, quien le fue presentado como el hermano pequeño de Igor, aunque le sacaba una cabeza a éste, era muy alto. «Ten cuidado con Dragan —le advirtió Igor—, está completamente loco.» Ella no prestó ninguna atención al mozalbete; pasó buena parte de la noche charlando con Dani en una terraza. La fiesta se animó en el interior del apartamento y ella se sumó al baile y pronto estuvo moviéndose junto a Dragan, quien daba brincos y se agitaba en torno a ella como un energúmeno con su pierna enyesada, haciendo todo tipo de payasadas

para divertirla y la hizo reír, sí. Ana, como médico en ciernes, le reprendió por bailar con una pierna rota; él le aseguró que el doctor del hospital militar le había recomendado que no dejara de hacer deporte, saltos, sobre todo, a su zanca le convenía un poco de acción para no anquilosarse. Tenía una mirada intensa, con un brillo salvaje, de maníaco (quizá esa noche Dragan se había metido alguna droga, era una mirada enajenada), sus ojos eran verdes y grandes y, como los de los niños pequeños, no pestañeaban, como si no quisieran perder de vista el rostro de Ana ni la milésima de segundo en que el párpado se cierra y eso a la vez la alarmaba y le resultaba halagüeño. Nikola tenía la mala costumbre de mirar al frente o al infinito cuando hablaba con ella, lo que le hacía sospechar que nunca era sincero y no se atrevía a enfrentar sus ojos por miedo a que lo descubriera. Cuando acabó la fiesta Dragan se empeñó en acompañarla a su casa en el Zastava 101 de su madre (quien no sabía que él lo había tomado prestado, le prohibía conducir con la pata tesa, una estupidez, según Dragan) y en el camino le explicó que era soldado y que esa noche se había escapado del cuartel y no era la primera. A Ana le asombró que le contara eso precisamente a ella; su hermano Igor tenía razón, era un insensato. Le mandó aparcar al final de la pequeña cuesta, antes de la curva de Blagoja Parovića que desembocaba en la torre donde vivía con sus padres y, como se temía, él quiso besarla. «Merezco esta recompensa por acompañarte a casa —protestó cuando ella le negó el capricho (hubiera sido como besar a un niño) y al sorprender una expresión ceñuda en el rostro de Ana, rectificó apurado—: No quiero que pienses mal de mí, que soy un aprovechado y esas cosas. Para mí lo principal es la conversación y me ha encantado charlar contigo. Eres muy inteligente y la mar de culta, se aprende una barbaridad escuchándote, tienes más labia que un pope.»

Dragan nunca parecía hablar en serio y tal vez en eso radicaba su atractivo: lo distinto que era del intenso y atormentado Nikola. Al lado de Nikola, ella era la joven inexperta que temía decepcionar al ilustre profesor (su profesor), quien le doblaba en edad, uno de los mejores neurocirujanos de Belgrado y sin duda el más apuesto, un cuarentón bien conservado, apenas más alto que ella pero fibroso, delgado, de andares enérgicos, con el pelo oscuro un poco largo, lo que le confería un cuidado aire bohemio y unos ojos negros escudriñadores que parecían percibir y saberlo todo, una mirada inquietante que dulcificaba una sonrisa de dientes muy blancos (se los blanqueaba), llena de falsa alegría, como la de un anunciante feliz de comida para perros. Siempre se notaba tensa junto a Nikola, vigilando cada palabra que pronunciaba, cada gesto, procurando estar al nivel (y lo malo era que no sabía cuál era), no desagradarle con su ingenuidad y su ignorancia. ¡Sabía tantas cosas, Nikola! No sólo de medicina; era un melómano, poseía una ingente colección de discos de música clásica y también de jazz (tocaba el piano con bastante gracia) y, pese a estar muy ocupado con su trabajo en dos hospitales de Belgrado y sus clases de patología en la Facultad de Medicina, había sacado tiempo para leerlo todo, o eso parecía: literatura universal, economía, historia, filosofía... Estirada con indolencia sobre el

enorme sofá de la casa familiar de Nikola, la cabeza en el pecho de su amante, quien le prodigaba lentas caricias en el pelo y en el nacimiento de la nuca, sumida en un bienestar perezoso y lánguido, viendo nevar sobre los abedules que se erguían al otro lado de la ventana, oía de pronto murmurar a Nikola: «Esto es tan agradable que me hace creer en la armonía preestablecida de Leibniz», y el ensalmo se hacía añicos. Ana se le arqueaba la columna vertebral, como a una gata al acecho, y se ponía nerviosa, a la espera de la inevitable pregunta: «¿Has leído a Leibniz? No, claro que no —se contestaba a sí mismo Nikola—, la pequeña Ana sólo lee folletines históricos como *El cuchillo* de Vuk Drašković y las novelas de amor de Sydney Sheldon.» «También me gustan Noah Gordon y *El señor de los anillos*», replicaba ella con rencor. Era un pedante, ahora lo comprendía, pero entonces lo admiraba sin reparos, avergonzada de su propia incultura, abrumada por la certidumbre de que, por buena médica que un día llegara a ser, nunca podría alcanzar su sabiduría. En la cama con él le resultaba imposible relajarse, su única preocupación era parecer distendida, cómoda y, a ser posible, un poco depravada; fingía los orgasmos, aullaba con desgarró, buscando complacerlo; actuaba como en los exámenes, dando lo mejor de sí misma para obtener la máxima calificación, con el temor larvado del fracaso.

Se pasó un año pendiente del humor de Nikola, de sus dudas e incertidumbres, sus problemas profesionales, sus angustias, su inexplicable melancolía (cómo podía sentirse inseguro y triste un hombre como él, que lo tenía todo, le resultaba incomprensible), viviendo para los fugaces encuentros clandestinos en el hotel Prag, en un principio, y más tarde en su moderna casa del barrio de Senjak, cuando su mujer y sus hijos se trasladaron temporalmente a Zagreb, poco antes de que estallara la guerra con Croacia, sin perder la esperanza de que él cumpliera su palabra y se divorciara por fin de su esposa, de la que se suponía estaba separado, aunque compartieran la vivienda porque no se podían permitir el lujo de tener dos casas, o eso le había explicado Nikola, pero no se divorció y tampoco estaba separado o, al menos, su mujer no tenía conciencia de ello y cuando se enteró de la aventura de su marido con Ana (una vecina lenguaraz la llamó a Zagreb para informarle de todo), le montó una escena, lo amenazó con suicidarse y con quitarle a sus hijos. Nikola se asustó y le dio la patada. No a su mujer, a Ana.

¿Estaba enamorada de Nikola? Se había obsesionado con él y cuando la abandonó, sufrió mucho; dejó de dormir, de comer, casi de hablar, con el secreto anhelo de que en el momento más insospechado él le hiciera un signo, la fuera a buscar, le dijera perdóname, no puedo vivir sin ti, como en esas novelas románticas que sí, le gustaban, porque eran historias bonitas, llenas de emoción y con un final feliz: cerrabas el libro reconciliada con la vida y para qué, si no, sirve la literatura. Su madre sospechaba algo, le acribillaba a preguntas, ¿qué te pasa?, ¿no sales de casa!, ¿por qué no te ves ya con tu amiga Mirjana, os habéis peleado? Mirjana era su coartada, la única persona a quien había confiado sus amoríos con Nikola y a cuyo apartamento acudía supuestamente cada vez que tenía una cita con él. La mañana

posterior a la fiesta en que conoció a Dragan recibió un gran ramo de flores. Cuando lo vio, el corazón le dio un vuelco: tuvo el presentimiento de que era el signo de Nikola que estaba aguardando. No se acordaba de Dragan, su madre se alegró mucho más que ella del regalo. «Son unas flores preciosas —le dijo—, ¿quién es tu admirador?» No tardó en presentárselo, se apresuró a exhibir a Dragan ante su familia, quizá para compensar el secreto de sus relaciones con Nikola, con el fin de distraer la atención de sus padres y sembrar una falsa pista, aun y cuando sabía que a su padre su nuevo novio no le iba a gustar, Dragan era la antítesis del yerno soñado: más joven que ella, sin estudios, ni oficio, ni ambiciones, un mal soldado, pero era un riesgo menor comparado con la tragedia que se hubiera desencadenado de haber descubierto su familia su romance con un hombre casado.

—No le he caído bien a tu padre —le comentó preocupado Dragan cuando lo despidió aquel día.

—Ningún novio mío le cae bien —le tranquilizó ella—, ¡qué se le va a hacer!, pero a mi madre le has causado una gran impresión.

Y era cierto, su madre le alabó la apostura de Dragan, sus chistes, su galantería. «Es un poco joven para ti pero es muy simpático», opinó, entusiasmada con los bombones que le había regalado.

Eran robados. Dragan había sustraído de la casa de sus padres en Niš una caja de bombones traídos de Hungría por algún pariente, que su madre había guardado, con su envoltorio y su lazo, a la espera de una ocasión que justificara su apertura. Cuando Dragan se lo dijo, Ana se enfadó y cuando él la apremió para que ella a su vez le birlara a su madre los bombones, con el fin de que él pudiera restituirlos a la alacena de la suya, su ira careció de límites. Imperturbable, Dragan la chantajeó:

—O me los devuelves o mi madre llamará a la tuya para pedirselos, necesita los bombones con urgencia, tiene planeado regalárselos a mi tía para su cumpleaños.

Iba a colgar el teléfono, furiosa, cuando Dragan rompió a reír.

—Era broma, ¡cómo te has puesto! Si me tienes delante, me cortas el cuello. Esos bombones no se los he mangado a nadie, son míos, los he comprado con mi pasta para ti y tu familia.

No le creyó pero no importaba; sus enfados con Dragan duraban poco. Se juraba a sí misma que no volvería a verlo ni a hablarle, pero él la acosaba con ramos de flores, notas de tierno arrepentimiento, promesas de amor eterno, no me dejes, sin ti la vida no tiene sentido, si te pierdo, me pegaré un tiro, eres el gran amor de mi vida, le aseguraba vehemente a sus veinte años recién cumplidos y ella se compadecía de él y se retractaba. Pero no se lo tomaba en serio ni por un momento.

Rememoró los abrazos incómodos, precipitados, en el asiento trasero del coche de la madre de Dragan o los revolcones alegres y desinhibidos en la cama de Igor, en el piso que éste compartía en Novi Beograd con otros dos estudiantes y que ocasionalmente les prestaba para sus citas. Con Dragan los papeles se invertían: él era el pupilo que buscaba ansiosamente su aprobación y ella la mujer experta. «¿Qué tal

lo he hecho?», le preguntaba expectante después de una sesión frenética y ella, sudorosa y vencida, el rostro sonrojado por el trajín amoroso, le sonreía, besaba la pelusilla rubia que le cubría el cráneo y le alababa, «Lo has hecho muy bien, Dragan», en el tono de la madre que elogia las acrobacias de su niño en la bici. Se llevaban un año y medio pero daba la impresión de que eran diez por lo menos. Dragan era inmaduro, como no habían dejado de señalar su padre y Danilo, lo único en que los dos estaban de acuerdo. «¿Qué le ves a ese niñato? —se indignaba Danilo—, no tiene dos dedos de frente. ¡Cómo va vestido, parece un gánster! Y los amigos con los que se junta, esa panda de chetniks y chorizos...» Alguien le había dicho a Dragan que era igual que Knele, el célebre mafioso de Belgrado al que mataron a tiros en una habitación del hotel Hyatt, y él decidió reforzar el parecido adoptando su indumentaria: camisa floreada abierta hasta el ombligo, falsas cadenas de oro, un aparatoso crucifijo colgando del cuello, pantalones de chándal... Hasta en el corte de pelo imitaba a Knele, se lo rapó casi al cero. A Ana le avergonzaba ir del brazo de un hortera. Le dio instrucciones terminantes de no aparecer de esa guisa cuando quedara con ella y él la obedeció, sólo la visitaba vestido de soldado, con el uniforme limpio y recién planchado. Le sentaba muy bien el traje militar, Dragan de uniforme hubiera sido el modelo ideal para un póster de reclutamiento.

A diferencia de Nikola, de Dani Papo o de Igor, su propio hermano, Dragan no era ningún pacifista; solía saludar haciendo el signo de los tres dedos con la mano derecha, el pulgar, el índice y el corazón extendidos, el saludo de los patriotas serbios. Sin embargo, para consternación de Ana, se alegraba de haberse librado de ir a la guerra de Croacia gracias a su pierna rota. Se partió la tibia y el peroné de la pierna derecha jugando al fútbol, una fractura complicada que tardó más de seis meses en curar.

—Dios me protege —se jactaba Dragan—, él guió la bota del cabrón de Jovan cuando me dio esa patada.

—Es un honor defender a la patria —le reprochó ella— y tú eres joven y sano, debería avergonzarte andar haciendo el vago en el cuartel mientras tus compañeros luchan por Serbia.

—Luchan muy bien —concedió Dragan—, se las apañan estupendamente sin mí, no les hago ninguna falta. Y yo no me puedo morir, Ana, debo ser el padre de tus hijos, es mi destino. ¿No te dijo aquella adivina de Macedonia que te casarías con un hombre rubio, guapo, valiente y listo? Ése soy yo, Dragan Stojković.

Ella se exasperaba:

—¿Es que no hay nada sagrado para ti? No se hacen chistes con la guerra.

Él fingía acobardarse, la expresión temerosa, la barbilla hundida entre los hombros.

—Me estás mirando con el ojo azul, ¡no lo hagas, Anita!, es un ojo cruel que me detesta y no tiene compasión, mírame sólo con el castaño, mi favorito...

A Dragan le fascinaba que ella tuviera el ojo izquierdo de color marrón y el

derecho de un tono gris azulado; desde un principio tomó partido por el oscuro, decía que el garzo era del mismo color que los del padre de Ana «y tu padre no me quiere, ya lo sabes».

En una ocasión se dirigían a Zemun en el coche de un amigo que conducía a una velocidad desaforada. El pequeño Yugo temblaba y vibraba, dando coletazos y derrapando desesperado en las curvas. Cuando Dragan se percató del pavor de Ana, le pidió a su amigo que aflojara:

—Conduces como un animal, tío —le dijo—, estoy cagado de miedo.

Su amigo se rió.

—No me puedo creer que tengas miedo, Dragan, tú no tienes miedo de nada.

Pero Dragan se empecinó:

—O conduces más despacio o Ana y yo nos bajamos.

Podía ser delicado. Y sensible. Tenía sus cosas buenas. A ella le gustaba que fuera a buscarla a la facultad, con su reluciente uniforme de cabo (le acababan de ascender) y que la vieran de la mano de ese apuesto militar sus profesores y sus compañeros; antes o después, la noticia llegaría a Nikola. No confiaba en recuperarlo atizando sus celos, sólo quería que supiera que vivía muy bien sin él y, a la vez, fuera consciente de lo que se había perdido. Una tarde casi se lo tropezaron en un pasillo de la universidad. Nikola andaba deprisa, a grandes zancadas, mirando al suelo con aire preocupado, un cigarro en la boca, su vieja cartera negra de cuero en la mano derecha. Alzó la cabeza y los miró, sobresaltado, luego la bajó y siguió su camino sin decir nada. Le dio lástima; lo vio mayor, consumido, angustiado. Si esa tarde Nikola le hubiera dicho: vuelve conmigo, habría plantado a Dragan allí mismo. Poco después una profesora nueva sustituyó a Nikola en el aula. Un condiscípulo le informó de que el profesor Nikola Marković se había ido a Alemania, le habían ofrecido trabajo en un hospital de Hamburgo. La fuga de profesores era constante: los mejores se iban, atraídos por ofertas del extranjero, de países donde no había guerra, ni embargo, ni una inflación galopante, donde se podía vivir del sueldo y en las universidades había dinero y medios; a otros profesores los echaban por no ser gratos al gobierno o eran ellos quienes desertaban para dejar constancia de su desacuerdo; no dejaba de ser un milagro que en esas circunstancias ella consiguiera estudiar y sacar adelante su carrera. Le perdonaba todo a Nikola, el engaño, la crueldad, la indiferencia, pero no la traición, eso no podía perdonárselo. Serbia precisaba de médicos y profesores preparados como él, en quien su país tanto había invertido, no tenía derecho a huir de su patria cuando ésta más lo necesitaba. Hubiera debido presentirlo: Nikola era un egoísta, sólo pensaba en sí mismo, en su carrera y en su futuro profesional, todo lo demás: su familia, su país, Ana, quedaba en un segundo plano y estaba más que dispuesto a sacrificarlo con tal de triunfar. Una noche lo vio llorar y se enterneció. Sospechó que la dificultad y el secreto de sus amores, esa angustiosa doble vida, llena de hipocresía y mentira, le partían el corazón, como le sucedía a ella, pero estaba equivocada. La causa de su aflicción era la marcha a Canadá de los dos mejores

anestesistas del hospital. «Y ahora, dime —le preguntó Nikola entre lágrimas—: ¿con quién voy a operar que me dé unas mínimas garantías de eficacia? ¡En Belgrado no se puede trabajar! Mi mujer se ha tenido que ir a Zagreb porque aquí le hacían la vida imposible por ser croata... No entiendo nada. ¿Qué nos pasa? Todo el mundo ha enloquecido», siguió gimiendo, la cabeza sepultada entre las manos... Por eso se fue, para medrar en su carrera profesional. Ana había llegado a la conclusión de que los malos patriotas son siempre egocéntricos e insolidarios, individuos que anteponen sus intereses personales a los de su colectividad. Todos los pacifistas son traidores y, con su fuga, Nikola se desenmascaró. Era un cobarde y ella no podía querer a un pusilánime, ya no esperaba en secreto una llamada suya, pero su marcha la alteró más de lo que quiso admitir. Dragan no dejó de percatarse de su mal humor e irritabilidad, que intentaba combatir con sus bufonerías, pero a esas alturas las ocurrencias de Dragan ya no le hacían gracia. Se había cansado de él. ¿Por qué se fue a luchar a Bosnia? No podía quitárselo de la cabeza.

Siempre había sabido que lo iba a dejar, desde el primer día. La experiencia (su corta experiencia) le había enseñado que en todas las relaciones amorosas se da un desequilibrio: el que lleva las riendas y el que va a remolque, el que quiere y el que se deja querer y no es ningún crimen tener una aventura pasajera, rara vez se da la feliz coincidencia de dos amantes tan compenetrados y equilibrados como su padre y su madre y, quizá porque tenía ese modelo tan cercano de amor fiel y constante, era incapaz de contentarse con menos. Se enteró de la muerte de Dragan en plena época de exámenes y la sintió, como se siente la muerte de alguien a quien se tiene afecto, pero no permitió que ese pesar interfiriera en sus estudios. La verdad: no le afectó mucho, no entonces, pero desde que llegó a Moscú no hacía más que pensar en ello, quizá porque la ciudad rusa abundaba en jóvenes rubios, de rostro infantil y rasgos eslavos, como los de Dragan. Tras su muerte, llegó a sentirse avergonzada de su frialdad, estaba tan ocupada con sus exámenes que no tuvo tiempo de llorar por Dragan. Su padre, que no lo podía soportar, se mostró muy cariñoso con ella.

—No era un buen soldado —le dijo—, pero era un buen chico. ¿Lo echas de menos? ¿Estás muy triste?

La pregunta la desconcertó. Se quedó pensando y tardó en responder:

—No, quiero decir sí, estoy triste, lamento que haya muerto, era muy joven y le tenía aprecio, pero no le echo de menos. No estaba enamorada de Dragan y ya habíamos roto. Éramos sólo amigos.

—¿Ya no estabais juntos? ¿Y por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué yo nunca me entero de nada en esta casa? ¡Todo son secretos e intrigas! ¡Yo, cuando rompes con tu novio, quiero saberlo! —se enfureció su padre.

Con preocupante frecuencia padecía esos bruscos cambios de humor; pasaba de la sonrisa al grito sin solución de continuidad. En su familia todos temían aquellos súbitos arrebatos de cólera, que anunciaban sus cejas fruncidas y un rubor intenso que le subía desde la nuca a la frente, como el mercurio por el capilar del termómetro; se

le hinchaban las venas del cuello y su mirada azul adquiría un tinte gris, acerado, como el del mar bajo las nubes que preludian la tempestad. Su madre y su hermano se encogían, esperando a que pasara la tormenta. Ella era la única que se atrevía a enfrentar su ira, como en aquella ocasión en que su padre se enteró de que, mientras él se hallaba trabajando en Priština, su madre había celebrado en casa una pequeña reunión de mujeres con el objeto de mostrarles la nueva batería de cocina Zepter International, de acero inoxidable, que tan buena acogida estaba teniendo en toda Yugoslavia. La velada se cerró con gran éxito, cinco asistentes encargaron las famosas baterías; su madre, Bosa, recibió una olla a presión en recompensa por el trabajo que se había tomado al convocar a sus amistades y organizar el evento. Durante el fin de semana a Ana se le escapó un comentario inocente delante de su padre, se quejó de que el griterío de tantas mujeres juntas en el salón de su casa le había impedido concentrarse y así fue como él llegó a saber de la reunión, que su madre había decidido ocultarle, segura de su desaprobación. Su padre tuvo uno de sus ataques frenéticos de honradez; acusó a su mujer de ser una negociante, que se aprovechaba de sus amigas para venderles cosas.

—Eso no es hospitalidad, es abuso. ¡Devuelve mañana mismo esa olla a presión! Ha sido adquirida por medios deshonestos, propios de una estafadora... —Siguió criticándola en esa vena hasta que su madre rompió a llorar y Ana salió en su defensa:

—No le grites así, ni la insultes —advirtió a su padre—. Mamá no ha hecho nada malo... Enseñar cacerolas a sus amigas no es deshonesto y la olla a presión es un regalo, no un soborno.

A raíz de esa discusión su padre y ella estuvieron varios días sin hablarse, ambos eran tozudos y orgullosos, se parecían mucho en el carácter. Pensó que ahora su padre vería de otro modo el asunto de las cazuelas, ya no era comunista. Era de una integridad espeluznante, su padre; sólo tenía una debilidad: Ana. Tan notoria era esa predilección que ella a menudo sufría por Darko, su hermano, el postergado, quien nunca se quejó de ese favoritismo, tenía un corazón humilde y generoso. Y ella quería ser digna de su padre, conseguir que se enorgulleciera de sus logros. Era consciente de la alegría que le proporcionaba con sus excelentes calificaciones. «Hijo —le decía (era una costumbre suya, un rasgo de cariño dirigirse a ella en masculino)—, esto no es justo, nunca he podido reñirte por falta de aplicación en los estudios, me has privado de una de las grandes prerrogativas que tienen los padres: reñir a sus críos, no me has dado motivo...»

Siendo ella una niña, cuando vivían en Macedonia, un domingo de primavera su padre la llevó a la finca de un compañero suyo, apicultor aficionado, al igual que él. Su madre se quedó en Skoplje, su hermano Darko jugaba un partido de fútbol. Por la tarde, después de la comida, su padre, su amigo y la familia de éste alargaron la sobremesa bajo el emparado del porche, con los cigarrillos, el café y la *rakija*. Ella se aburría. Salió al jardín y se puso a corretear por el sendero que llevaba a las

colmenas mientras jugueteaba con la armónica, que su madre le había prohibido tocar en casa porque le daba dolor de cabeza. Dejó de correr y probó a caminar con los ojos cerrados y de espaldas, para comprobar su sentido de la orientación y sus aptitudes como pionera; de pronto un zumbido endiablado le hizo abrir los ojos para cerrarlos de inmediato: centenares de abejas furiosas la estaban atacando, una nube negra que le envolvía la cabeza, el rostro, los brazos, las piernas; sintió los aguijones clavándose en sus párpados, sus labios, sus rodillas, las palmas de las manos... Se puso a chillar como no lo había hecho nunca, un alarido agudo y sostenido que no logró ahuyentar a las abejas pero alertó a los adultos y enseguida unos brazos poderosos la alzaron en volandas; sin dejar de aullar de dolor y pánico, ella se abrazó con fuerza al cuello ancho y sudoroso de su padre y así, con los ojos cerrados, en los oídos el zumbido enloquecedor de las abejas, ella y su padre emprendieron una loca carrera, más allá del jardín, campo a través por entre los sembrados de mies. Tan rápido iba su padre que dejó atrás a los insectos. Ana ya no percibía el bordoneo de las abejas, sólo la respiración jadeante de su padre y el martilleo de su corazón. Terminaron la carrera en un riachuelo, su padre saltó al agua con ella en brazos y ambos se sumergieron unos instantes en la corriente helada para librarse de las últimas abejas. Su padre la sacó del agua y la tendió sobre la hierba de la ribera. «Mi pobrecita niña, qué hinchada tienes la cara, cómo te han picado esas condenadas», la compadeció. Ella no podía abrir los ojos debido a la inflamación de los párpados y rompió a llorar de nuevo, con un llanto flojo, cansado. Su padre le extrajo con delicadeza los aguijones que tenía clavados en la piel haciendo pinza con el pulgar y el índice de la mano derecha, mientras con la izquierda le aplicaba barro sobre las picaduras.

—Ten valor, hijo —le decía—, ahora duele pero pasará, ha sido un susto, nada más. ¿Cómo ha sucedido? ¿Por qué te han atacado? ¿Has estado hurgando en las colmenas?

—No —respondió ella entre sollozos—, yo tocaba la armónica para entretenerlas, nada más.

Y de pronto la voz acariciadora de su padre se tornó severa:

—Tú sabes que a las abejas les asusta el ruido, yo te lo he explicado. Dentro de unos días ya no tendrás marcas ni dolor, pero ellas, las abejas, han muerto al clavarte el aguijón.

Esa clase de hombre era su padre, un hombre que lamentaba la muerte de un insecto. Bajo su semblante adusto y su moralidad inflexible, que algunos confundían con arrogancia, se escondía un ser tímido, con un gran corazón. En un viaje a Italia que hizo de recién casado, decidió comprarse un par de zapatos en Livorno. Se probó un modelo tras otro, pero ninguno era de su talla y acabó por comprarse unos zapatos que le venían estrechos porque le daba apuro irse de la tienda sin adquirir nada. Y durante la travesía en barco por el estrecho de Messina, sintió tal nostalgia de Bosa, su mujer, que le escribió una carta de amor, la metió en una botella, junto con un billete de diez dólares y diez cigarrillos (la recompensa a quien la encontrara y la

remitiera a su destinataria), y lanzó la botella al mar. Al cabo de un tiempo, su madre recibió la botella, junto con la carta, los diez dólares y el tabaco. Su padre no leía novelas de amor pero era un romántico... ¡Qué decepción se habría llevado de haber sabido que su hija favorita tenía un asunto con un hombre casado! Se imaginaba lo que le diría: «¿Te haces cargo de que con tu capricho vas a romper una familia, harás desgraciados a la esposa y a los hijos de tu amante? ¿Te has detenido a pensarlo?» Pero ella creía de buena fe que Nikola y su mujer estaban separados, de otro modo jamás hubiera consentido... Lo cierto era que la primera ocasión que se acostó con él lo suponía felizmente casado. Todo aquello que censuraba en Martina: actitud frívola y veleidosa, falta de sensibilidad, egoísmo, se negaba a reconocerlo en sí misma. Es curioso cómo juzgamos con rigidez las faltas de los demás y siempre encontramos disculpas para las propias, reflexionó; si nadie se entera, si sólo yo lo sé, es como si no hubiera sucedido, «si nadie lo ve, no hay culpa», así reza el refrán y así obramos todos y nos engañamos a nosotros mismos. Esa mañana se sentía a disgusto en su piel; se reprochaba la borrachera del día anterior, no se podía perdonar haber perdido la conciencia y la memoria de sus actos, era una hija indigna de su padre.

Había terminado el episodio de *Simplemente María* (esa serie mexicana también gozaba de gran éxito en Serbia) y en la pantalla de la tele se sucedían los anuncios. Un ruso con aspecto bobalicón y aire de campesino, en la cabeza un gastado gorro de piel con las orejas bajadas, Lyonya Golubkov, el típico paleta, se dirigía contento a la oficina del fondo de inversión MMM; en la mano derecha apretaba un fajo de billetes arrugados, todos sus ahorros. Una melodiosa voz femenina informaba al espectador de que sólo una semana atrás Lyonya había invertido en MMM treinta mil rublos ¡y ya había recibido un dividendo de trescientos mil rublos! Lyonya sonreía extático. «¡Le voy a comprar unas botas nuevas a mi señora!», prometía. «Bien hecho, Lyonya», aprobó la meliflua voz de mujer. Apagó la tele indignada. ¡Menudos sinvergüenzas! En Rusia igual que en Serbia... Embaucadores sin escrúpulos que se aprovechaban de la credulidad de la gente para desvalijarla, como Dafina, la Madre de los Serbios, la banquera de los pobres, gran amiga de Milošević, quien ofrecía a los incautos un interés de un diecisiete por ciento mensual en marcos... También se anunciaba en televisión. Fotos de la rechoncha Dafina, envuelta en espléndidos abrigos de piel y cargada de joyas de la cabeza a los pies, aparecían de continuo en las revistas y en la prensa serbia. La retrataron en el interior de la cripta blindada de su banco, rodeada de sus lingotes de oro o inaugurando el nuevo sistema de trenes subterráneos de alta velocidad que ella patrocinaba, flanqueada por un sonriente ministro de Transportes y su compinche judío, ese Kelman de nariz ganchuda y sonrisa taimada, la kipá en la cabeza... La madre de Ana había sido una de las estafadas. Perdió mucho dinero en la quiebra del banco Dafiment; su padre aún no lo sabía, Bosa no había reunido el coraje para confesárselo. ¿Quién hubiera podido sospechar que todo era mentira? Se la veía tan sólida a Dafina, tan rica y poderosa... Y contaba con el respaldo del gobierno. Era una tentación ganar dinero con rapidez y

sin ningún esfuerzo, sobre todo cuando el dinar perdía valor a un ritmo vertiginoso. Dos meses atrás, en diciembre de 1993, un marco alemán equivalía a 1.000.000.000.000 de dinares; una barra de pan que costaba 12.500 dinares en noviembre llegó a valer 4.000.000.000 de dinares semanas más tarde... Había tantos ceros en los billetes nuevos que la gente ya no se molestaba en memorizar las cifras, «dame dos girasoles con el niño», decían, era más sencillo o menos ridículo que pedir cuatro mil millones de dinares por un par de rollos de papel higiénico. Aquellos billetes monocromos eran de tan ínfima calidad que parecían falsificados, salvo que nadie se molestaría en falsificar una moneda que carecía de valor. La gente arrojaba a la calle esos papeles mal tintados con cifras estratosféricas, hacían piras con ellos, los quemaban y ni para dar calor servían. Los funcionarios y los pensionistas que seguían cobrando en dinares advertían con espanto que con el sueldo del mes no les alcanzaba para comprar un kilo de patatas. Todos los días se suicidaba algún anciano... ¡Qué triste era todo! Los que podían huían al extranjero y los que no tenían más remedio que quedarse refunfuñaban descontentos y despotricaban de la guerra y del gobierno, como sus amigos en el McDonald's. Nadie se preguntaba qué puedo hacer yo para que mi país prospere, a excepción de unos pocos idealistas como su padre, dispuesto a dejarse la piel y la sangre y los huesos por su pueblo. Ella seguiría su ejemplo; en cuanto se graduara en medicina, solicitaría un destino en un hospital del frente de Bosnia y se dedicaría en cuerpo y alma a la curación de los heridos serbios, esos valientes soldados que ni rechistaban cuando les amputaban una pierna acribillada de metralla con un instrumental deficiente y sin anestesia. Era una decisión firme, de nada servirían las súplicas de su madre ni las prevenciones de su padre. Trabajar en un hospital de campaña era duro y peligroso, pero no tenía punto de comparación con las penalidades y los riesgos que afrontaban diariamente esos heroicos militares. Se veía a sí misma con el uniforme verde de cirujano salpicado de sangre, despojándose de la mascarilla tras una complicada intervención a la luz de una vela o de una linterna, que habría ejecutado con limpieza pese al bisturí romo y al estruendo y la vibración constante de la artillería musulmana que buscaba alcanzar el precario hospital, pasándose el dorso de la mano sobre la sudorosa frente y esbozando una sonrisa cansada pero satisfecha, al tiempo que acariciaría el brazo del soldado recién operado, dentro de unas semanas correrás como antes, Gavriilo, le animaría. Gracias, doctora, ¡qué buena es usted!, exclamaría emocionado su paciente, ¡qué manos más suaves tiene! ¡Manos de hada! No me ha hecho ningún daño, es un ángel. A su lado, las enfermeras asentarían, admiradas de la pericia y la serenidad de esa cirujana tan joven... Y su padre se sentiría muy, muy orgulloso de ella. Pensándolo bien y teniendo en consideración su esforzado porvenir, no era tan censurable que la noche anterior hubiera bebido un poco, no era previsible que volviera a tener ocasión de divertirse en un período muy largo. Se acercó al ventanal del cuarto que daba al río Moskva. En la otra orilla se alzaba el edificio del Parlamento, la Casa Blanca. Sólo unos meses atrás, en octubre de 1993, los tanques del ejército del presidente Yeltsin,

apostados en el jardín del hotel Ukraina, bajo esa misma ventana, habían bombardeado el Parlamento para someter a los diputados amotinados. Vivían tiempos difíciles los pueblos eslavos. Su padre decía que Yeltsin era un borracho. Hacía un día magnífico: sin nubes, con un sol límpido que se reflejaba en las aguas verdes del Moskva, salpicándolas de destellos dorados. No tenía sentido quedarse en el hotel, como si la hubieran castigado. Reparó en una bufanda tirada en el suelo, enredada en la pata de una silla. La recogió, ¡qué descuidadas, esas chicas! Era una bufanda de estilo masculino, estampada en cuadros de tonos azules y grises, con un tacto sorprendentemente suave. Buscó la etiqueta. «100 % Cashmere. Made in Toronto.» Debía ser de Martina, quizá un regalo de su padre, el embajador. Se la acercó a la cara, era agradable ese tejido delicado y el olor... Olía a tabaco rubio mezclado con loción de afeitado; reconoció el aroma y a quién pertenecía, era la bufanda de aquel hombre, Sasha. Y recordó habérsela arrollado en el cuello, a la salida de la discoteca, la noche anterior y también recordó con cierta alarma haber aspirado ese mismo perfume en la piel del ruso... No quiso recordar más. Zoran la había devuelto al hotel vestida e intacta, eso significaba que nada irreparable había sucedido. Ella y ese ruso se habrían besado, quizá, le parecía poder evocar el roce de sus labios y su agradable voz de bajo murmurándole al oído algo que había olvidado. Y de pronto recordó que se había citado con él esa misma mañana. Habían quedado en el Arbat; tal vez en aquel instante, mientras ella miraba el paisaje desde su ventana, Sasha la esperaba en la calle. Le iba a dar plantón, la cosa no tenía remedio. Pero ese hombre había sido amable y afectuoso con ella, no merecía tamaña grosería. Deseó verlo de nuevo, pasear con él por el Arbat, charlar, tomar un café, nada más. Le devolvería su bufanda; aunque sólo fuera por eso, debía acudir a la cita. Y si era él quien no atendía el compromiso, aprovecharía para deambular con calma por la calle más famosa de Moscú, que apenas había vislumbrado en una visita fugaz el segundo día de su viaje, y puede que regresara al Museo Pushkin para examinarlo a sus anchas, sin nadie que la apremiara ni ridiculizara su debilidad por Van Gogh y sus cuadros con campesinos, soles morados y hierba azul. A su regreso al hotel se mostraría amable y simpática con sus condiscípulos; en cuanto a Petar, intentaría evitarle de una forma civilizada, quería terminar ese viaje sin disputas ni rencillas. Y se quedaría para siempre con la bufanda de Sasha. Le pareció injusto que abrigando tan buenos propósitos siguiera doliéndole la cabeza.

En la Yugoslavia de Tito había un solo líder, un solo partido y un pensamiento único; las religiones eran consideradas creencias supersticiosas y la misma suerte corrieron las terapias alternativas, desdeñadas por no ser científicas. Durante mucho tiempo nos vimos privados de los beneficios de la homeopatía, el reiki, las flores de Bach, la medicina cuántica, la quinesiología, la magnetoterapia, la sanación holística, la bioenergía... No es de extrañar que en cuanto murió Tito hiciera eclosión la filosofía *new age* y se pusieran de moda los remedios naturales; los apóstatas del comunismo dividieron sus nuevas lealtades entre el nacionalismo, la fe redescubierta y los adivinos y curanderos de todo tipo. El belgradense Savo Bojović, un especialista en terapia sexual alternativa, era toda una autoridad en su barrio. Vestía siempre de verde (color que identificaba con la aldea serbia en la que creció), verdes eran las cubiertas de sus prolijos tratados sobre cuestiones sexuales y verde la tinta del bolígrafo con el que escribía. Hombre de múltiples inquietudes, emprendió un estudio comparativo de los penes de los varones serbios. Elaboró un archivo con más de dos mil fotografías de vergas serbias y se jactaba de poder demostrar científicamente que el varón serbio es capaz de mantener una vida sexual activa hasta los ciento dos años y la hembra serbia (el sexo débil, al fin y al cabo) hasta los ochenta y cuatro. Desarrolló terapias para tratar a las «mujeres fogosas, de sangre caliente, que no pueden vivir sin sexo», inventando para ellas un instrumento llamado *aplikator*, que les proporcionaba un placentero orgasmo y que también podía ser empleado por hombres con «problemas de colon» o, en general, «problemas en el baño» (cada cual es libre de interpretar lo que quiera). Para los varones de tendencias opuestas creó el *Spermosan*, un ingenioso aparato que consiste en una cazoleta de metal que se adapta a los testículos como un guante; a través del receptáculo, los órganos sexuales masculinos reciben moderadas descargas eléctricas que adormecen el esperma y permiten al mujeriego fornicar sin consecuencias. Éste era el invento del que Bojović se mostraba más orgulloso, sin duda el más innovador y osado de cuantos ideó su fértil mente, aunque de escasa implantación en el mercado, por sorprendente que pueda parecer.

Una tarde del año 2005, Savo Bojović recibió la visita de un colega, Dragan Dabić, reputado especialista en Energía Humana Cuántica y Bioenergía. Dabić era un hombre de aspecto singular; alto y delgado, recogía su larga melena canosa en dos trenzas, que confluían en lo alto de la cabeza, formando un curioso rodete o moño de pelo negro, que recordaba a un nido de golondrina: daba la impresión de que en cualquier momento una cría asomaría el pico y rompería a piar. Lucía mostachos decimonónicos y una generosa barba blanca que le daba aspecto de patriarca, si es que los hippies sesentones pueden ser patriarcales. Llevaba unas enormes gafas

ovaladas; entre el pelo, el bigote, la barba y las gafas, apenas se le distinguía la cara, en la que se agazapaban unos ojos castaños, de expresión entre perpleja y benigna, como corresponde a un hombre que ha alcanzado la sabiduría. Vestía de negro, con un abrigo largo hasta los pies y se cubría con un sombrero, blanco en verano, oscuro en invierno. Los que lo conocieron y trataron hablaban maravillas de sus terapias de sanación bioenergética. Curaba a sus pacientes con sus manos, que recorrían el cuerpo del paciente sin tocarlo, equilibrando así sus flujos y corrientes interiores de energía; era también experto en dietas macrobióticas y disfunciones sexuales. Fue miembro constituyente de la Asociación Nikola Tesla (esa luminaria serbia) y columnista de la revista de medicina alternativa *Vida Sana*, en la que, bajo el título «Meditaciones», publicó perlas de sabiduría como ésta: «Encontrarás la luz y todo tu potencial cuando alcances la comprensión de Dios, no de su esencia, sino de su manifestación a través de la energía.» En su web personal anunciaba un producto de su invención, un amuleto metálico en forma de bala, muy eficaz para todo tipo de dolencias. Dabić era un hombre cortés, casi tímido, con marcado acento de Belgrado, modales suaves y andar pausado. Caballero a la vieja usanza, siempre saludaba quitándose el sombrero y haciendo una ligera inclinación de cabeza. Aquella tarde le bastó con situar las manos cerca de las mejillas de Bojović para que éste sintiera una súbita irradiación de cálida energía. Impresionado con las dotes de su colega, Bojović le propuso ensayar un experimento: depositó una pequeña cantidad de esperma infértil sobre una lámina de cristal de su microscopio y pidió a Dabić que colocara una mano sobre la superficie superior del cristal y la otra sobre la inferior, mientras él sujetaba la lámina. Transcurrido un minuto, Bojović examinó el semen a través del microscopio y pudo observar cómo el esperma dañado empezaba a moverse más y más rápido, recuperando toda su vitalidad. Aunque ambos sabios abominaban de la ciencia tradicional, no por eso dejaban de ser rigurosos en sus experimentos; repitieron la operación diez veces, con idénticos resultados. Bojović comprendió que podía emplear los asombrosos poderes de Dabić en el tratamiento de la infertilidad masculina, de un modo completamente natural, sin necesidad de fármacos o cirugía; bastaría con que Dabić cubriera el testículo afectado con ambas manos, una arriba y otra abajo, para que el paciente recobrara su capacidad de procrear. Sería algo sonado; una terapia simple, de efectos instantáneos, casi mágicos, que les reportaría a ambos, a él y a Dabić, dinero, reconocimiento y prestigio. Por desgracia, el proyecto se malogró antes de su puesta en práctica. Una mañana, Bojović desayunó con la noticia de que su buen amigo y colega Dragan Dabić había sido arrestado la tarde anterior en un autobús de Belgrado. También supo que el hombre a quien él conocía como Dragan Dabić era en realidad Radovan Karadžić, antiguo presidente de la Republika Srpska y el criminal de guerra más buscado del mundo.

¡Oh, Radovan, hombre de acero!
¡El más glorioso líder desde Karadörde!
Defiende nuestra libertad y nuestra fe,
en las orillas del lago de Ginebra...

Radovan Karadžić nació el 19 de junio de 1945 en Petnjica, una minúscula aldea de Montenegro, esa república de los Balcanes de paisaje vertical, agreste y montañosa, abundante en precipicios, desfiladeros, laderas escarpadas, bosques tupidos, saltos de agua, ríos azules y una costa rocosa con bahías, estuarios y playas escondidas, en las que fondean sus yates los ricos de toda Europa. El montenegrino es un pueblo indómito, el imperio otomano jamás logró someterlo. Todos los vecinos de Petnjica se apellidaban Karadžić, pues descendían de una misma familia (una familia «con pasado», o alguna cuenta pendiente, se rumoreaba). Vuk, el padre de Radovan, era chetnik y luchó contra los partisanos. Al término de la segunda guerra mundial fue hecho prisionero por el régimen de Tito y pasó varios años en la cárcel. El niño Radovan, como tantos héroes serbios, fue criado por su voluntariosa madre Jovanka, una mujer alta y enjuta como él, de rostro inexpresivo, siempre vestida de negro, la viuda perpetua.

A los quince años el adolescente Radovan partió a estudiar a Sarajevo, una urbe cosmopolita, también llamada la Jerusalén de Occidente, en la que desde hacía cinco siglos convivían en relativa armonía ciudadanos de las tres religiones del Libro, la cristiana (serbios ortodoxos y católicos croatas), la musulmana y la judía; célebre en la historia universal porque en ella el 28 de junio de 1914, día de Vidovdan, el terrorista serbio de la organización clandestina Mano Negra, Gavrilo Princip, asesinó al archiduque Francisco-Fernando de Austria-Hungría y a su esposa Sofía, desencadenando la primera guerra mundial. Allí fue a parar el pueblerino Radovan, quien hasta entonces no se había relacionado más que con su familia y las vacas, las gallinas y los cerdos que les servían de sustento, con su corte de pelo pasado de moda y sus botas puntiagudas, de las que los sarajevianos se reían. Años más tarde escribiría un poema titulado «Bajemos a la ciudad y matemos a esa escoria», en el que, en palabras del propio autor, intentaba reflejar los sentimientos del joven campesino yugoslavo ante la gran ciudad. Pero no le fue mal a Karadžić en Sarajevo: se espabiló, se pulió, se quitó el pueblo de encima y se convirtió en un urbanita. Era un chaval simpático, un poco fanfarrón, que se llevaba bien con la gente; tenía amigos serbios, croatas y musulmanes. Se dejó crecer el cabello y vestía como un hippy; era poeta y también estudiante de medicina. Alto y apuesto, con sus grandes y mansos ojos oscuros causaba estragos entre las chicas y contaba sus conquistas por decenas. ¿Por qué, entonces, se casó con la mujer más fea de todo Bosnia-Herzegovina? Sus amigos, que no lo entendían, sostenían que la pecadora, Ljiljana Zelen, una condiscípula de la facultad, se había quedado preñada a propósito y se

negó a abortar para cazarlo. Otros opinan que fue un braguetazo; Ljiljana pertenecía a una antigua y pudiente familia de Sarajevo, que proporcionó al joven campesino casa, comida y dinero. Pero la boda no le alejó del ambiente bohemio, de poetas e intelectuales, que le gustaba frecuentar y en el que era admitido a regañadientes; los poetas sarajevianos lo consideraban un diletante, un aficionado, un mero imitador, demasiado perezoso u ocupado en otros empeños para leer y formarse; más que escribir poesía, disfrutaba hablando de ella. Pese a todo, publicó un libro de poemas en 1968 y el mismo año participó de forma activa en las revueltas estudiantiles. Fue detenido, interrogado y puesto en libertad. Poco después de su regreso, se produjo un distanciamiento con sus amigos escritores; sospechaban de él, con fundamento, que era un soplón de la policía de Tito y los estaba delatando a todos. En 1971 Karadžić obtuvo la licenciatura en Medicina y se decantó por la especialidad de psiquiatría. Consiguió su primer empleo en el Centro de Educación de Adultos Đuro Đaković de Sarajevo. Se ganó fama de vago y los pacientes se quejaban de su falta de interés, aunque esa reputación de haragán no era del todo justa; es preciso mencionar que, en aquella época, Radovan simultaneaba su trabajo en la consulta con la expedición de falsos certificados médicos para jóvenes que querían librarse del servicio militar, o trabajadores deseosos de jubilarse antes de tiempo. Y es que a Radovan, además de la poesía, siempre le apasionó el dinero. Quería ser rico. «Pero ¿cómo pretendes hacerte millonario en un país comunista?», le preguntaban sus amigos. Él, astuto y reservado cuando le convenía, callaba y esbozaba una misteriosa sonrisa. De ordinario era todo menos taciturno, hablaba por los codos: de lo guapa que era su mujer, ese espantajo a quien él llamaba cariñosamente «mi belleza criolla»; de lo brillantes que eran sus hijos; de lo buena que era su poesía, de lo listo que era él y lo valiente; todos los montenegrinos llevamos sangre guerrera, alardeaba. Aunque en una ocasión en que un paciente psicótico lo amenazó con un cuchillo, cuando trabajaba como psiquiatra de plantilla del hospital Koševo, Radovan corrió a encerrarse en su despacho, del que no salió hasta que Delvira, una joven enfermera a quien había dejado sola con el paciente, se dirigió a éste y diciéndole: «Dame eso, ya está bien de tonterías», consiguió desarmarlo. Mi padre lo conoció (¿a quién no conocía mi padre en Sarajevo?), perdió dinero jugando al póquer con él y se vio obligado a escuchar su poesía, todo en la misma noche fatídica. Tras su recital, Karadžić se jactó de ser el tercer mejor poeta de Serbia y mi padre (que también era poeta, todos eran poetas en Sarajevo en aquellos tiempos) se levantó de la silla (lo cual sin duda le supuso un esfuerzo, dado el estado de ebriedad en que debía hallarse a esas alturas de la noche), y le dijo con su voz ronca, rasposa:

—«Te subestimas, Radovan, tú no eres tercero en nada, tú siempre destacas. Eres, sin la menor duda, el peor poeta de Bosnia-Herzegovina.» Y ese mamarracho no me soltó un guantazo —se indignaba mi padre—, me sacaba medio metro de altura y era más joven y fuerte que yo, pero ni me replicó: se me quedó mirando con la boca abierta y esos ojos que tiene de cordero. ¡Vaya con el guerrero de Montenegro! Hace

trampas en el juego. Y miente más que habla —dijo mi padre, quien tampoco era un fanático de la verdad, por lo que no estoy seguro de que esa anécdota sea fiel a los hechos tal y como sucedieron o a la versión embellecida de los mismos que mi padre prefería recordar.

En cualquier caso, había un consenso unánime sobre Radovan en Sarajevo: era un fantasma y nadie sabía si sus baladronadas eran expresión de su peculiar estilo del humor o si realmente creía en sus fantasías megalómanas. Sospecho que es una quimera que acariciamos todos: concebimos especiales, seres singulares llamados a altos destinos, poseedores de talentos, no por ocultos, menos extraordinarios, que algún día, no sabemos cuándo, deslumbrarán al mundo. Entretanto, nos avenimos a fingir que somos personas ordinarias, que estudian o trabajan, se casan, tienen hijos, pagan una hipoteca, luchan contra las deudas, persiguen con denuedo un pequeño ascenso... Hasta que llega la fecha, aquel día eternamente aplazado, en el que aceptamos como una fatalidad que nuestros sueños de grandeza eran infundados; somos lo que aparentamos, individuos del montón, ni mejores ni peores, iguales que los demás, y nuestra proeza más remarcable es conseguir saldar aquella hipoteca, mantener el empleo, envejecer... Aunque para entonces sobrevivir es nuestro único anhelo.

Radovan se soñaba un gran poeta, pero el mundillo literario lo despreciaba, ambicionaba destacar como psiquiatra, pero no logró el reconocimiento de sus colegas médicos y, *last but not least*, quería hacerse millonario.

Vivió una temporada en Zagreb, asistiendo a cursos de psicoterapia y, gracias a sus contactos (era el hombre de los contactos, tenía una agenda con cientos de nombres y teléfonos, desde ministros a fontaneros), consiguió ser invitado a Estados Unidos, donde residió un año y aprendió inglés y poesía americana. A su vuelta fue nombrado psiquiatra del equipo de fútbol de Sarajevo; no tardó en explicar a quien quisiera escucharle que si los futbolistas de su equipo metían goles era única y exclusivamente gracias al espíritu ganador que él conseguía insuflarles. Con un amigo, Momčilo Krajišnik (un hombre cuyo rostro cejijunto era difícil de olvidar: sus pobladas cejas formaban una especie de arco negro sobre sus ojillos pardos, como una cenefa o una orla o incluso una visera hecha de pelo), pidió un crédito a un banco estatal para establecer una granja de pollos, decidido a progresar en el mundo de los negocios; sin embargo, el dinero del banco no se destinó a comprar gallinas, ni gallineros, sino a construir sendas mansiones en la estación de esquí de Pale, para disfrute exclusivo de los dos socios. Hubo un juicio por fraude en el Tribunal Penal de Sarajevo. Karadžić sufrió prisión preventiva y al término del proceso fue condenado a tres años de cárcel; no llegó a cumplir la sentencia, recurrió como siempre a su agenda de contactos. Comprendió que el método que había elegido para enriquecerse no era el adecuado. Lo había probado todo: la literatura, la medicina, los negocios, sin grandes resultados. Si había fracasado en sus empeños no era por carecer de aptitudes o no haberse esforzado; los sarajevianos le rechazaban por ser un

forastero, ésa era la única explicación que se le ocurrió para su sorprendente fracaso. Él era un recio serbio de las montañas, de vieja estirpe militar, y esos burgueses blandos e impuros de Sarajevo, de sangre turca y moral dudosa, querían menoscabarlo. Pero Radovan era montenegrino y los montenegrinos no se dan fácilmente por vencidos. Había un terreno inexplorado: el político.

A principios de los años noventa, Karadžić se afilió al partido Verde, aunque pronto olvidó sus veleidades ecologistas e ingresó en el recién fundado Partido Democrático Serbio, cuyo inspirador y cerebro en la sombra no era otro que Slobodan Milošević, el viejo Sloba. Marx dijo, enmendando a Hegel, que la historia se repite: una vez como tragedia y la siguiente como farsa y yo me permito enmendar a Marx (tengo cierta legitimidad, yo he vivido bajo un régimen marxista, él jamás) y sostengo que la historia se repite no una vez, ni dos, sino muchas y siempre como tragicomedia, la farsa alternando, inevitablemente, con la tragedia. Y en este momento, cuando Radovan Karadžić decide probar fortuna en la política y se alista en el Partido Democrático Serbio, es cuando termina la comedia y empieza el drama de Bosnia-Herzegovina, la república con más diversidad étnica de toda Yugoslavia, en cuya capital, Sarajevo, nací yo una noche de invierno del año 1970, en que nevaba copiosamente y soplaban un viento helado y desagradable, obligando a mis padres a salir de casa y afrontar la intemperie para acudir raudos a la Maternidad, donde recibí ayuda experta y pude escapar de un útero oscuro y aburrido para emerger a la luz fluorescente de la sala de partos y demás maravillas del mundo. Mi madre nunca me perdonó esa prisa insensata por nacer, bien podía haber esperado a que amaneciera, me recriminaba, no había mucho que ver en la Yugoslavia de Tito y las noches de invierno en Sarajevo son muy frías.

En el edificio en el que yo vivía con mi familia había vecinos serbios, musulmanes y croatas y también familias mixtas, serbocroatas, croatas musulmanas, musulmanas serbias, pero en aquella época nadie reparaba ni pensaba en ello, todos éramos yugoslavos pero sobre todo *sarajlije*, sarajevianos. Las zonas rurales, donde vivían los *papaks*, los toscos e ignorantes aldeanos a quienes los *sarajlije* despreciábamos, estaban menos mezcladas que las urbanas; como en una piel de leopardo (ésa es la metáfora que empleaba indefectiblemente la prensa extranjera durante la guerra), en la geografía de Bosnia-Herzegovina alternan manchas de distintos colores, correspondientes a las diferentes etnias: aldeas y pueblos con predominio serbio, musulmán o croata y sus respectivas iglesias ortodoxas, católicas o mezquitas, con sus campanarios o sus alminares, que distan pocos kilómetros unos de otros y cuyas relaciones, durante la larga paz comunista, eran en apariencia correctas, incluso buenas, pero los vecinos no olvidaban, no olvidarían nunca, que durante la guerra mundial (la primera o la segunda, o ambas), los croatas, o los serbios, o los musulmanes del pueblo contiguo habían pasado a cuchillo a sus antepasados. Oficialmente, hasta el año 1971, sólo había ciudadanos de dos etnias en Bosnia-Herzegovina: serbios o croatas. Pero Tito cambió eso en la Constitución de

1971 y reconoció la existencia de una etnia nueva: la Musulmana, con M mayúscula. El mariscal acababa de sofocar una rebelión del incipiente nacionalismo croata y pensó que sería buena idea dar voz y presencia a otra nacionalidad que sirviera de contrapeso entre serbios y croatas. «¿Los Musulmanes son una etnia? ¿Desde cuándo una religión es una nacionalidad?», protestaron al alimón serbios y croatas. «Los Musulmanes son eslavos —explicaban los voceros del nacionalismo serbio—, antiguos serbios que bajo la dominación otomana se convirtieron al islamismo por temor, cobardía o la deleznable ambición de medrar bajo el yugo extranjero, aunque no desesperamos de que redescubran su verdadera fe y su origen auténtico y vuelvan al redil de la ortodoxia serbia», proclamaban magnánimos. (En aquellos años de resurgir nacionalista era de obligada lectura la novela *El cuchillo*, de Vuk Drašković, cuya tesis venía a ser ésta: todos los musulmanes son históricamente serbios, serbios descarriados.) La cantinela de los croatas era muy similar. «Los musulmanes no son más que croatas católicos convertidos al Islam por la fuerza», afirmaban. Durante la segunda guerra mundial, los ustachas croatas reivindicaron a los musulmanes bosnios como propios. «Vosotros no sois como esa morralla serbia —les decían—, sino arios y no unos arios cualesquiera: ¡sois los más arios de todos los arios, los más rubios, con los ojos más azules y los pómulos más eslavos! Haríais bien en ayudarnos a limpiar el corral balcánico de la chusma serbia.» Los chetniks, por su parte, arremetieron con saña contra los musulmanes, querían aprovechar la confusión de la guerra para arrancar de cuajo esa rama podrida del frondoso árbol serbio.

Yo crecí en Sarajevo sin distinguir entre musulmanes, croatas o serbios. Ni siquiera sabía que los croatas católicos se santiguan de izquierda a derecha y los serbios a la inversa, porque en el Sarajevo de mi niñez nadie se santiguaba. Y mis amigos musulmanes jamás habían pisado una mezquita, bebían alcohol, comían cerdo y sabían tanto del Corán como yo. De manera que lo que determinaba la pertenencia a una etnia era, como siempre en los Balcanes, la religión que profesaron las generaciones pretéritas, el cipo, la lápida o la cruz (ortodoxa o católica) erigidos sobre las tumbas que cobijaban los viejos huesos con pelos pegados, el polvo triste de los antepasados. En Sarajevo y en casi todas las ciudades de Bosnia-Herzegovina, la población más culta y acomodada era la musulmana, descendiente de aquellos prohombres que durante el imperio otomano ocuparon los puestos de poder, los visires, gobernadores y ulemas. Y eso causaba cierto resentimiento en los rudos aldeanos serbios o croatas de las montañas, habitantes de la provincia oscura, como la llamaba nuestro insigne premio Nobel Ivo Andrić, croata, serbio o bosnio, según a quien se pregunte.

Temo que se prepara una contienda,
y si de verdad hay una pelea,
¡ay del que se halle cerca de Marko!

Durante la guerra de Croacia, entre cambio y cambio de domicilio, yo hablaba por teléfono con mi padre, quien seguía viviendo en Sarajevo, para tenerle al corriente de mis andanzas y tranquilizarle; le preocupaba la posibilidad de que las tropas de Sloba consiguieran reclutarme para sus batallas. Él me aseguraba que no había la más remota posibilidad de que la guerra se extendiera a Bosnia-Herzegovina. «Aquí no va a pasar nada —decía—, estamos demasiado mezclados. Ayer celebramos el cumpleaños de mi colega de la facultad Joja Petrović; él es serbio, su mujer musulmana, su hijo mayor está casado con una croata, sus nietos tienen sangre serbia, musulmana y croata. ¿Cómo va a haber una guerra? ¿Se van a liar a tiros marido con mujer, suegro con nuera? Bosnia-Herzegovina no es como Serbia o Croacia.»

Y no lo era, en eso concordaban serbios y croatas; Bosnia-Herzegovina, decían, no es nada, es una falsa república, un invento de Tito, una demarcación burocrática, pero en modo alguno una nación, una patria, y sólo las patrias, con una bandera por la que los patriotas estén dispuestos a morir y un himno que haga saltar las lágrimas, tienen derecho a existir. Bosnia-Herzegovina es un error histórico que debe ser enmendado, a esa conclusión llegaron, de mutuo acuerdo, croatas y serbios meses antes de enfrentarse a cañonazos. El 25 de marzo de 1991 se celebró un encuentro secreto en una antigua residencia de Tito, el pabellón de caza de Karađorđevo, entre Slobodan Milošević y Franjo Tuđman, los archienemigos. Sólo tres meses después declararían la guerra Serbia a Croacia (o Croacia a Serbia, según a quien se escuche), pero esa tibia mañana de primavera las relaciones entre ambos líderes no fueron hostiles, sino corteses y civilizadas: se habían reunido para repartirse como hermanos leales y bien avenidos los últimos restos de la herencia del difunto padre Tito: Bosnia-Herzegovina. Desplegaron un mapa en la mesa y juntaron sobre él las cabezas: «Este pedazo es para vosotros —dijo Sloba—, este trozo para mí y ese cachito que queda en medio para los musulmanes. ¿Cómo lo ves?»

Tuđman lo veía bien, la parte que le tocaba era generosa, el problema era: ¿qué opinarían los musulmanes?

Los Musulmanes, así con mayúscula, andaban revueltos. Para empezar, no querían que los llamaran musulmanes ni bosnios, sino bosniacos, denominación de nuevo cuño en la que aspiraban a englobar a todos los habitantes de Bosnia-Herzegovina, con independencia de su etnia o religión. Y se sentían inquietos. Eslovenia y Croacia se habían independizado de Yugoslavia. La perspectiva de seguir perteneciendo a ese estado disminuido y moribundo, mangoneado por los serbios, quienes ahora serían mayoría (secundados por los montenegrinos, sus leales escuderos), les producía escalofríos. Y el deseo imperioso de salir corriendo. La noche del día 14 de octubre de 1992, el Parlamento de la República de Bosnia-Herzegovina debatía en Sarajevo la aprobación de un memorando para la soberanía de Bosnia-Herzegovina. La sesión que había empezado por la tarde se alargaba sin visos de acuerdo; el ambiente era tenso, las discusiones, virulentas. El líder del partido SDS advirtió en estos términos al presidente de la República, el musulmán

Alija Izetbegović, del SDA:

—No siga el ejemplo de Eslovenia y Croacia, no se tire cuesta abajo por la autopista que conduce al infierno y al sufrimiento. No piense ni por un momento que no llevará a Bosnia-Herzegovina al averno y al pueblo Musulmán a la aniquilación, porque en caso de guerra los Musulmanes no podrán defenderse.

Quien lanzó esa funesta admonición no fue otro que Radovan Karadžić, el pueblerino hortera de Montenegro, flamante secretario general del SDS, el partido títere de Slobodan Milošević en Bosnia-Herzegovina, el instrumento que el pequeño Lenin había creado e impulsado para materializar su sueño de la Gran Serbia. «Si quedas atrapado en el sueño de otro, estás jodido», dijo o escribió el insigne intelectual francés Gilles Deleuze, a quien nosotros en la ex Yugoslavia leíamos y estudiábamos con el entusiasmo y la fe del neófito, ansiosos de participar en el festín cultural de Occidente (desconocedores de que en esa Europa que oteábamos esperanzados desde el caldero de los Balcanes nadie prestaba ya atención a los intelectuales), y eso precisamente nos sucedió a nosotros, los serbios, y también a los otros, a los musulmanes o bosniacos: nos vimos atrapados en el sueño de Milošević, Karadžić y sus secuaces y lo malo de ser un rehén en un sueño ajeno es que no te puedes zafar de la pesadilla despertándote.

Radovan fue reclutado para el Partido Demócrata Serbio por Dobrica Ćosić, el nuevo presidente de la República Federal de Yugoslavia, un estado residual integrado por Serbia y Montenegro. Ćosić era un intelectual, cómo no, y uno de esos escritores prolíficos la lectura de cuyas obras completas puede ocupar una vida entera, antiguo partisano, comunista, amigacho de Tito, feroz adversario de las reivindicaciones periféricas de Croacia, Eslovenia o Kosovo, que pretendían descentralizar el país, en detrimento del poder federal, radicado en Serbia. Se declaraba antinacionalista, en el sentido de que rechazaba los nacionalismos croatas, eslovenos o albaneses, pero en cuanto al nacionalismo serbio, era otra cosa: ése era el nacionalismo bueno, legítimo y verdadero y, como tal, lo apoyaba. Miembro de la Academia Serbia de las Ciencias y las Artes, fue uno de los patrocinadores del famoso memorando que tantas ampollas levantó. Cuando accedió a la presidencia de Yugoslavia era un septuagenario y una gloria nacional, el escritor serbio por antonomasia. En las páginas de su trilogía *Deobe* se encuentra esta curiosa descripción de lo que él califica como rasgo nacional: «La mentira, una característica de nuestro patriotismo. Mentimos para engañarnos a nosotros mismos, para consolar a los demás, mentimos por compasión, mentimos para combatir el miedo, para darnos ánimo, para ocultar nuestra miseria o la miseria ajena. Mentimos por amor y por honestidad. Mentimos por la causa de la libertad. La mentira es una característica de nuestro patriotismo y una prueba de nuestra innata inteligencia. Mentimos de forma creativa, imaginativa, inventiva.» Puede decirse que nunca hubo serbios más paradigmáticos que Slobodan y Radovan: ¡qué bien y cuánto mentían! ¡Con qué soltura! En un concurso de mentirosos, no me cabe la menor duda de que ambos se las apañarían para subir al podio.

Aunque bien pensado: ¿qué es la verdad? Recuerdo una tarde, hace ya muchos años... Yo era niño y vivía en Sarajevo, mis padres aún no se habían divorciado. Acababa de sostener una acalorada discusión con mi padre, quien, tras beber un trago de whisky, poner sus zapatos embarrados sobre la mesa baja del salón, previa mirada temerosa en derredor (mi madre se lo tenía prohibido) y arrellanarse en el sofá como un pachá, encendió un cigarrillo y me preguntó (se preguntó):

—¿Qué es la verdad? Una idea, un concepto del lenguaje y del pensamiento humanos. La naturaleza no distingue entre lo verdadero y lo falso, una roca, una rana, no tienen esos problemas, se limitan a ser o a existir, o, al menos, eso nos parece a nosotros, que están ahí, que existen, porque las vemos, pero ¿se corresponde lo que nuestros ojos ven con la realidad? ¿O hay una cosa en sí, como decía Kant, por debajo o por detrás de la apariencia de esa roca, de esa rana, que nunca conoceremos porque escapa a nuestra pobre percepción humana? Sólo el hombre intenta comprender el mundo en el que vive y le preocupa distinguir entre lo real y lo falso, pero dado que el ser humano es siempre subjetivo, no puede escapar a esa limitación, hay tantas verdades como individuos. Tú aseguras que por encargo de tu madre fuiste a la universidad a avisarme de que hoy comería en casa tu tía y hacerme saber que se me esperaba para que hiciera los honores a mi querida cuñada. Yo sostengo que te lo imaginas, ni fuiste a la facultad, ni me avisaste de nada. Me parece feo acusarte de mentiroso, quiero pensar que has confundido un deseo con la realidad, esas cosas suceden, no tiene importancia. En fin, puesto que nadie me avisó, yo no vine a comer, ni tampoco a cenar, aunque eso no viene al caso y tu tía se ha molestado por mi desaire y tu madre está furiosa conmigo, como es habitual... Y yo te pregunto: ¿quién de los dos tiene razón, tú o yo? Es difícil de esclarecer, tu palabra contra la mía. Sin embargo, si apareciera un tercero, una persona que afirmara haberte visto en la oficina conversando conmigo, la balanza se inclinaría a tu favor... No hay verdades, sólo diferentes representaciones de los hechos o puntos de vista y cuando se alcanza un consenso mayoritario sobre una determinada cuestión, eso es la verdad o lo que pasa por tal, sentenció mi padre, y orgulloso de su elocuencia (no perdía ocasión de aleccionarme), se recompensó con otro lingotazo de whisky, en sus labios una sonrisa suficiente, de vencedor benigno.

Y yo le dije entonces, lo recuerdo muy bien:

—Tengo un testigo, Emir vino conmigo, se quedó esperando en la puerta de tu despacho mientras tú y yo hablábamos.

A mi padre se le heló la sonrisa y me preguntó espantado:

—¿Lo sabe tu madre?

Mi padre me mintió a mí y yo a él; no tenía ningún testigo, nadie me acompañó a dar el recado. El precio de mi silencio fue un balón de fútbol. ¿Cuál es la verdad? ¿Qué verdad? ¿La mía, la tuya, la de aquél? ¡Hay tantas!

Ćosić era un viejo amigo de Radovan: lo alentó en sus empeños poéticos y ejerció de mentor y protector suyo siempre que tuvo ocasión; fuentes informadas (malas

lenguas) sostienen que fue él quien evitó que Karadžić cumpliera su condena en prisión por el turbio asunto de la granja avícola. Ćosić le dijo a Sloba que Radovan era el hombre adecuado para liderar el proyecto serbio en Bosnia: está hecho de barro, podremos moldearlo a nuestro antojo. Es un pelele, un fatuo ansioso de figurar, sin carácter ni iniciativa, hará lo que le digamos. Para entonces Karadžić ya había adoptado el estilo capilar e indumentario que luciría durante la guerra de Bosnia y que la prensa y las televisiones occidentales se ocuparían de difundir: una mata abundante, leonina, de pelo gris, que se desparramaba por todas partes, con un pícaro flequillo cayéndole sobre la frente y trajes cruzados pasados de moda, de corte soviético, que le daban el aspecto y el empaque de un cantante melódico de un cabaret de provincias. Su fortuna mudó. Se cambió de casa, de coche, vivía en la opulencia: la política le sentaba bien a Radovan.

En un principio, cuando quería ganarse las simpatías de todos los bosniacos, Karadžić era la voz amable de un nacionalismo moderado, sensato, civilizado, un político que caía bien a todo el mundo. Y mientras él decantaba los valores de la vieja hospitalidad bosniaca, según la cual el vecino es sagrado y todos los vecinos se ayudan unos a otros, su mujer, la fea Jovanka, cuyos padres y parientes fueron asesinados por los ustachas en la segunda guerra mundial, se desmelenaba ante las cámaras de la tele: «Ha llegado nuestro turno —proclamaba feroz—, ahora nos toca a nosotros follarnos a sus madres...» Pero ya entonces Radovan, el hombre de las mil caras, se dedicaba a conspirar en secreto con Sloba y otros gerifaltes serbios. En conversaciones grabadas, que han sido reproducidas en el Tribunal de la Haya, se le oye decir, en 1991:

—Tienen que saber que hay veinte mil serbios armados alrededor de Sarajevo... Será un caldero negro en el que morirán trescientos mil musulmanes...

—Desaparecerán. Esa gente desaparecerá de la superficie de la tierra. Creo que está claro para el ejército y para todo el mundo: habrá una auténtica matanza.

—¡A Europa le diremos que se vaya a tomar por culo y que no vuelva hasta que el trabajo esté terminado!

—Nunca más se construirán edificaciones musulmanas sobre territorio serbio o en pueblos serbios. Todas las existentes serán bombardeadas, arrasadas. Queda prohibido vender suelo a los musulmanes... Es una lucha a muerte, hasta el fin. Es una batalla por el territorio.

Y mandó a gritos a uno de sus comandantes, que le comunicó que las tropas no obedecían las órdenes:

—¡Mata a cualquier hijo de puta que se niegue a cumplir con su deber!

Sus amigos y conocidos de Sarajevo, la mayoría de ellos musulmanes, asistieron perplejos a esa transformación; el afable Radovan, padrino de una niña musulmana, hija de su jefe en el hospital, el doctor Ismet Cerić, con cuya familia celebró numerosas festividades musulmanas, era ahora un fanático nacionalista serbio, quien les aseguraba que cuando los musulmanes (es decir, ellos, sus interlocutores)

obtuvieran la mayoría en Bosnia-Herzegovina, instaurarían una república islámica, de la que los cristianos serían expulsados. Lo escuchaban incrédulos, sospechando que se había vuelto loco, pero no daban mayor importancia a sus profecías y amenazas. Los delirios del fanático provocan estupor y en cierto modo risa, pero no miedo, no en un principio; nadie imagina que un día puede llegar a tener el mando.

Momčilo Krajišnik, el cejijunto, diputado del SDS como su amigo Karadžić y presidente del parlamento de Bosnia-Herzegovina, levantó la sesión aquella madrugada de aquel 15 de octubre en que Radovan Karadžić auguró en público la aniquilación de los musulmanes. Los serbios abandonaron el Parlamento. Los diputados de los demás partidos permanecieron en su interior y aprobaron la declaración de soberanía de Bosnia-Herzegovina. Concluida la guerra con Croacia y Eslovenia por aquellas fechas, el grueso del ejército popular yugoslavo se concentró calladamente en Bosnia-Herzegovina. En enero de 1992, Milošević dispuso en secreto que todos los soldados y oficiales serbios de origen bosnio fueran trasladados a su república nativa. Radovan Karadžić se instaló con su familia en el hotel Holiday Inn de Sarajevo. El 1 de marzo de 1992 se celebró un referéndum, que los serbios boicotearon, en el cual por abrumadora mayoría los bosniacos aprobaron la independencia de Bosnia-Herzegovina. Puesto que la guerra con Croacia y Eslovenia terminó cuando la comunidad internacional, azuzada por Alemania, reconoció a ambas repúblicas como estados independientes, el musulmán Alija Izetbegović, del partido SDA, presidente de Bosnia-Herzegovina, buscó el reconocimiento internacional del nuevo país, en la ingenua creencia de que eso actuaría como freno e impediría la guerra con Serbia. Se equivocó.

Ya a primeros de abril, los Tigres de Arkan entraron en Zvornik, una ciudad predominantemente musulmana, al otro lado del Drina, en la frontera con Serbia. Hicieron lo que mejor sabían hacer: matar, saquear, incendiar, destruir, violar y, en definitiva, liberar a la ciudad para la causa serbia. A Zvornik le siguió Bijeljina; cuando los esforzados Tigres acabaron su trabajo, toda la población musulmana que no había muerto había escapado y sólo quedaban los buenos.

El 5 de abril los sarajevianos en masa se manifestaron, convocados por movimientos pacifistas. Más de cien mil manifestantes, serbios, croatas y musulmanes (mi padre entre ellos), enarbolando banderas yugoslavas y retratos de Tito en un ambiente festivo, se concentraron ante el Parlamento, donde proclamaron un Comité de Salvación Nacional. Era una mañana soleada y tranquila de primavera. Los manifestantes cruzaron el puente, hacia el barrio de Grbavica, y allí fue donde empezaron los tiros. Grupos de paramilitares y francotiradores serbios dispararon sobre la multitud. Una estudiante de medicina de Dubrovnik, Suada Dilberović, murió. Fue la primera víctima de Sarajevo. Al día siguiente, 6 de abril, la comunidad internacional reconoció la soberanía de Bosnia-Herzegovina. Esa misma noche Radovan Karadžić anunció la creación de la República Serbia de Bosnia-Herzegovina (más tarde Republika Srpska), cuya capital sería Sarajevo y su presidente... él

mismo. Dado que Sarajevo se hallaba en manos enemigas, el presidente se desplazó a Pale, junto con su gobierno. Pale era la estación de esquí de Sarajevo y vivió su momento de gloria en 1984, durante los Juegos Olímpicos de Invierno, en los que yo participé como voluntario, lleno de orgullo y fervor patriótico. Hemos asombrado al mundo, nos congratulábamos los yugoslavos, ignorantes de que en el plazo de siete años lo habríamos de asombrar mucho más. Radovan tenía el convencimiento de que el traslado sería temporal, en un par de semanas Sarajevo habría sido conquistada y vencida y podría regresar. También él se equivocó: nunca regresaría.

Y la guerra estalló. Como dijo el gran pensador estadounidense Donald Rumsfeld, cuando se desata una guerra, *shit happens* y durante tres años Bosnia-Herzegovina vivió una prolongada tormenta de mierda, un diluvio más largo e infinitamente más cruento y salvaje que el bíblico. Los que inician las guerras suelen pecar de optimistas (si no, no las empezarían); Milošević y su delegado, Karadžić, confiaban en que la guerra de Bosnia-Herzegovina sería poco más que un paseo militar, cuestión de días. ¿Cómo podían defenderse los musulmanes sin armas ni ejército? El grueso de las fuerzas del ejército popular yugoslavo ya antes de la guerra con Croacia estaba integrado mayoritariamente por soldados serbios; también de etnia serbia eran casi todos sus mandos. El zorruno Sloba comprendió que tras el reconocimiento internacional de Bosnia-Herzegovina, el ejército popular sería considerado como una fuerza extranjera invasora por la comunidad internacional. «Esta guerra no es nuestra —declaró oficialmente Sloba—; es una contienda entre los serbo-bosnios y los musulmanes bosnios, una guerra civil a la que Serbia es ajena.» El ejército popular se retiró, en apariencia, y de la nada surgió como por ensalmo el ejército de la Republika Srpska, que contaban con ochenta mil hombres serbios y todos los efectivos, vehículos y armamento de que disponía el ejército popular yugoslavo en Bosnia-Herzegovina. Incluso los uniformes de los soldados eran los mismos, sólo se les añadió un distintivo. Era Sloba quien pagaba las nóminas de los oficiales y proveía de cuanto era necesario al nuevo ejército serbo-bosnio, que se estrenó con el asedio de Sarajevo.

En Pale, el presidente Radovan estaba acompañado del fiel Momčilo Krajišnik y de dos vicepresidentes, Nikola Koljević y Biljana Plavšić, ambos catedráticos de la Universidad de Sarajevo. Koljević era un reputado especialista en Shakespeare (y por si alguien tuviera alguna duda, salpicaba todas sus conversaciones de citas de Shakespeare, vinieran o no a cuento); vestía como un gentleman inglés, o como lo que en la Yugoslavia de Tito podía pasar por un gentleman: camisa blanca, pajarita, trajes de *tweed*... Durante la guerra tuvo ocasión de lucir su dominio de la lengua inglesa en sus frecuentes ruedas de prensa, pues ejercía de oficioso portavoz del gobierno (el inglés de Karadžić era precario, pese a su año norteamericano). Yo conocía a Koljević, era amigo de mi padre y colega suyo de la universidad, ambos enseñaban literatura inglesa en la Facultad de Sarajevo. Siendo un chaval, una tarde fui a buscar a mi padre al café donde solía hacer la tertulia con sus amigos, no

recuerdo con qué objeto, supongo que para pedirle dinero o permiso para alguna actividad que mi madre no veía con buenos ojos, todos los niños son expertos en esas complicadas negociaciones a dos bandas con la autoridad parental. Encontré a mi padre jugando al póquer con Nikola Koljević, el escritor Marko Vesović y alguien más. Koljević me recibió con unos versos de Shakespeare que por supuesto no comprendí, lo cual le satisfizo.

—No te has enterado de nada, ¿eh? —me dijo.

—¡Claro que te ha comprendido! —intervino mi padre—. Mi hijo habla inglés perfectamente y ha leído todo Shakespeare. Eso fue hace un tiempo, ahora está con cosas más complicadas: lee el *Ulises*.

—¿Y te gusta? ¿Entiendes algo? —me preguntó muy serio Nikola Koljević.

—Es... complejo pero interesante —respondí con embarazo. Las mentiras de mi padre me metían en apuros, pero hubiera sido desleal desautorizarlo en público y contraproducente para el buen resultado de mi embajada.

Nikola Koljević me observó con respeto.

—El pequeño Shylock es un chico listo —dijo—. No ha salido a su padre, eso está claro.

Yo entonces no sabía quién era Shylock, no lo supe hasta muchos años después y decidí que Koljević me había llamado Sherlock, por Sherlock Holmes, y eso hizo que me pareciera un tipo simpático. Y lo era, muy simpático y, por lo que dicen, un buen profesor. Fue la religión la que le llevó al nacionalismo y de allí al suicidio. Nikola tenía un hermano mayor, Svetozar, a quien mi padre (que solía ser parco en los elogios de sus contemporáneos) consideraba un genio. Todo lo que emprendía Nikola, su hermano lo hacía mejor. Svetozar era un experto en literatura anglosajona contemporánea y la mayor autoridad balcánica sobre el *Ulises* de Joyce; sus libros eran estudiados en todas las universidades yugoslavas; los de su hermano Nikola tenían una repercusión más modesta, casi íntima: Sarajevo, los amigos, la familia... Nikola estaba harto de que lo confundieran con Svetozar y de que le alabaran obras que él no había escrito. Cuando terminaron sus estudios universitarios, ambos hermanos solicitaron una beca para investigar en Estados Unidos; inevitablemente se la concedieron a Svetozar. Y Nikola aprovechó la ocasión que le brindaba la prolongada ausencia de su hermano y rival para birlarle la novia y dejarla embarazada. Sólo así, mediante la traición, logró escapar de la ominosa sombra del hermano mayor y empezó a brillar con luz propia. Se casó con la novia de su hermano y tuvo un hijo, Đorđe (el que hubiera debido ser el primogénito de Svetozar), que murió a los diecisiete años en un accidente de esquí. Esa desgracia lo hundió; mi padre me contó que a Nikola el pelo se le volvió blanco en una noche. Se dio a la bebida para intentar sofocar el sentimiento de culpa. Dios lo había castigado por el daño que le hizo a Svetozar. Poco después, su mujer sufrió un aborto: Dios seguía enfadado. Y, finalmente, Dios lo perdonó y permitió que naciera la pequeña Bogdana, cuyo nombre significa «enviada de Dios». Nikola, aliviado, agradecido, se

volvió muy piadoso: no perdonaba una misa ni una festividad religiosa y siempre ponía un plato en la mesa para el difunto Đorđe. Y de pronto un día anunció a todos los que le conocían que él era serbio y que lo tuvieran en cuenta. Y, también, que aborrecía a los musulmanes y ya no podía vivir con ellos. A continuación, se afilió al SDS y allí encontró un espacio propio, el político, y Nikola, el eterno segundón, empezó a destacar.

Biljana Plavšić, la otra vicepresidenta, llegó al nacionalismo a través de la ciencia. Era bióloga y decana de la Facultad de Ciencias Naturales y Matemáticas de Sarajevo. Se jactaba de haber inventado un microscopio. La llamaban la Thatcher de los Balcanes, apodo que no le desagradaba, aunque en honor a la verdad hay que decir que era más alta, más esbelta, más rubia (teñida) e iba mucho más a la peluquería que su epónima inglesa, a quien imitaba en el estilo de vestir: pulcros trajes de chaqueta, bolsito en ristre. Desde su autoridad de bióloga afirmaba que los musulmanes eran serbios que habían degenerado genéticamente, por eso abrazaron el islam. Y la semilla defectuosa se había propagado durante generaciones, concentrándose más y volviéndose aún más dañina. ¡Puro Darwin! Para colmo, esa etnia inferior había osado mezclarse con la raza serbia, a través de los matrimonios mixtos que tanto había promovido el maligno Tito, con el resultado de que también los serbios ortodoxos habían degenerado. Era urgente atajar el proceso de *deserbianización* de los serbios: los musulmanes debían ser apartados y, si no había otra solución, exterminados, la supervivencia de la raza serbia lo requería. Esa dama elegante y de aire frágil era aun más sanguinaria que Milošević o que Karadžić: Radovan dijo que si el triunfo de la causa serbia costaba cien mil vidas, estaba dispuesto a sacrificarlas. El general Ratko Mladić elevó esa oferta al millón y la delicada Biljana la sextuplicó: «Somos doce millones de serbios; aunque mueran seis millones, los otros seis podrán vivir de una manera decente —declaró—. No tengo mucha fe en las negociaciones políticas, una buena batalla decidirá esta guerra. Me gustaría limpiar completamente de musulmanes el este de Bosnia. Cuando digo limpiar, espero que nadie lo interprete literalmente y suponga que me refiero a la limpieza étnica. Pero han etiquetado de “limpieza étnica” a un fenómeno perfectamente natural y lo condenan como si fuera un crimen de guerra.» Una foto de esa fanática de la higiene étnica besando con afecto al héroe serbio Arkan, que venía de devastar Bijeljina, dio la vuelta al mundo. La leyenda sostiene que para poder alcanzar con sus labios la mejilla del héroe, la peripuesta Biljana hincó sus finos zapatitos de tacón en el cadáver de un musulmán asesinado. Huelga decir que tanto Karadžić, como Koljević, como Plavšić, eran muy religiosos; en cuanto veían un icono se abalanzaban a besarlo y se persignaban con una regularidad encomiable; lo llevaban en los genes, los serbios están genéticamente programados para ser cristianos ortodoxos, o eso sostenía Biljana Plavšić, a quien hasta Mira Milošević, la Lady Macbeth de los Balcanes, consideraba excesiva: la llamaba Mengele.

Convertíos a mi nueva fe,
os ofrezco lo que nadie ha tenido antes,
os ofrezco inclemencia y vino.
Quien carezca de pan será alimentado con la luz de mi sol.
Sabed que nada está prohibido en mi fe.
Se bebe y se ama.
Y se mira al sol tanto como a uno le plazca.

Son unos versos de un poema sin título del peor poeta de Bosnia-Herzegovina, el presidente de la Republika Srpska, Radovan Karadžić. En unas imágenes del documental *Serbian Epics* se puede ver al poeta-presidente recitando otros versos suyos, de un poema titulado *Sarajevo*: «Puedo oír al desastre caminando. La ciudad se quema como el incienso en una iglesia...» Y esos versos oscuros los declama Radovan en un escenario privilegiado: la cima de una de las colinas que rodean Sarajevo, desde donde las fuerzas del ejército serbo-bosnio bombardean con granadas y obuses la ciudad, la acribillan sin cansancio con fuego de metralla, en una mañana despejada, sin nubes, que ofrece una vista espléndida de la ciudad asediada, que se extiende a lo largo del valle, permitiendo contemplar el espectáculo incomparable de las densas columnas de humo y fuego que se elevan hacia el firmamento desde los edificios incendiados por los implacables artilleros serbios. El estruendo de las detonaciones no parece perturbar a Radovan, quien se dirige a su huésped, el poeta y nacionalista ruso Eduard Limonov,^[2] explicándole con asombro cómo él anticipó ese desastre en sus versos, escritos veinte años atrás. «Todo esto yo lo vi, la guerra, las armas, la destrucción... Yo lo escribí hace mucho tiempo. Muchos de mis poemas tienen algo de profético que incluso a mí me asusta —declara con falsa humildad, porque tanto él como su huésped saben muy bien que si Sarajevo arde, como en su poema, es porque él mismo ha prendido la mecha—. Todas estas tierras son nuestras —explica Radovan a su invitado, señalando con un amplio ademán regio la ciudad calcinada y a los bosques y montañas que la circundan—. Fueron ocupadas por los turcos y los actuales musulmanes son sus descendientes. Los serbios que no se convirtieron al islam se refugiaron en las montañas, son los serbios auténticos, pues se negaron a apostatar de su religión. ¡Mire cuántas mezquitas!», añade con una mueca de disgusto. A continuación, el bardo Radovan propone a Limonov disparar sobre Sarajevo con una metralleta, como el gentil anfitrión que invita a su huésped a probar un pastel hecho por su mujer o a degustar el vino de la reciente cosecha, y mientras Radovan juega con un perro e intenta infructuosamente llamar a su esposa, la fea Jovanka, con un *walkie-talkie*, su colega el poeta Limonov sigue con atención las instrucciones que le imparte un soldado sobre el funcionamiento de la metralleta, se acomoda ante ella y, con alegría y entusiasmo y un loable deseo de complacer a su generoso colega, vacía un cargador entero sobre la ciudad. No es de

extrañar que Platón prohibiera la entrada de poetas a su república, son muy peligrosos cuando juegan a la guerra. Desde el enclave idílico de Pale, entre chalés de estilo alpino, árboles frondosos, prados salpicados de flores donde pacen tranquilas las vacas serbias y pían gozosos los pajaritos serbios, los poetas y los profesores se entretienen disparando sobre sus alumnos y sus lectores... Nikola Koljević, el literato, experto en Shakespeare, fue quien dio la orden de incendiar y destruir la biblioteca de Sarajevo, un edificio imponente de estilo otomano, a orillas del río Miljacka, que albergaba cerca de un millón y medio de volúmenes (incluidos sus propios libros): textos croatas, musulmanes y serbios, incunables, manuscritos, toda la historia escrita de Bosnia-Herzegovina, buscando borrarla de un plumazo, rectificarla, destruir toda huella de la influencia turca, crear un nuevo pasado en el que Sarajevo nunca fue más que Serbia. Un escritor que quema una biblioteca, un profesor que ametralla a sus alumnos, un poeta que hace realidad sus versos y además bebe, trasnocha, juega al póquer, tiene líos con mujeres que no son su esposa y se dedica al contrabando de coches, gasolina y tabaco... «Sabad que nada está prohibido en mi fe. / Se bebe y se ama. / Y se mira al sol tanto como a uno le plazca. / Yo soy la causa de una aflicción universal...» Radovan era un poeta y un bohemio; Koljević, un profesor; Biljana Plavšić, una científica; Momčilo Krajišnik, un contrabandista muy atareado... Ninguno de ellos estaba cualificado para dirigir un ejército, necesitaban a un profesional. En mayo de 1992, cuando Slobodan Milošević anunció que el ejército popular yugoslavo se retiraba de Bosnia, Koljević, Krajišnik y Karadžić se reunieron para elegir al futuro comandante en jefe del recién nacido ejército de la Republika Srpska. Koljević dijo que había seguido con atención las operaciones militares de la guerra de Croacia y se había fijado en el coronel serbio que comandaba las fuerzas yugoslavas en Knin, un hombre enérgico y expeditivo, «que no era precisamente un asistente social».

Fragmento de una conversación que tuvo lugar en la guerra de Croacia entre el coronel serbio que no era un asistente social y un alto jefe militar del ejército croata:

—¿Eres tú, Mladić?

—Sí, soy yo, viejo diablo. ¿Qué quieres?

—Tres de mis hombres han desaparecido cerca de... Me gustaría saber qué les ha pasado.

—Creo que están muertos.

—Tengo al padre de uno de ellos dándome la tabarra sobre el asunto. ¿Le puedo decir con certeza que la han palmado?

—Sí, con seguridad. Te doy mi palabra. Por cierto, ¿cómo está tu familia?

—Bueno, van tirando. ¿Y la tuya?

—Están todos bien, nos los apañamos bastante bien.

—Me alegra oírlo. Y ya que te tengo al teléfono, tenemos como veinte cadáveres de los vuestros cerca del frente, los han dejado en cueros. Los hemos tirado a una fosa común y no tienes idea de cómo apestan. ¿Hay alguna posibilidad de que envíes a alguien a recogerlos? El tufo empieza a ser insoportable...

Y el hombre que no era un asistente social, el coronel recién ascendido a general, Ratko Mladić, fue designado comandante en jefe del ejército de la Republika Srpska.

Los alaridos de un vendedor de lotería que prometía suerte con un megáfono la ensordecieron al emerger de la boca del metro en la estación de Arbat. Se apartó del ruidoso hombrecillo y echó una ojeada en torno. Vio pintores callejeros, músicos, puestos de recuerdos, marquesinas de bares y restaurantes que se asomaban a la calzada y un bullicio alegre de paseantes que circulaban en ambas direcciones sobre el empedrado de esa calle sin tráfico rodado, pero no divisó a Sasha por ninguna parte. Sintió una ligera decepción y, a continuación, alivio; decidió que le apetecía callejear sola, hasta hoy siempre había estado acompañada. Sacó de la mochila la cámara que su hermano le había prestado para el viaje y se puso a hacer fotos: de la gente, de las flores, del cantante melódico que entonaba una canción de los Beatles en un inglés ininteligible, de la fachada amarilla de un elegante edificio del siglo XIX y de un hombre que se acercaba a la carrera y le sonreía.

—*Sorry I am late* —se disculpó Sasha, jadeante, el rostro arrebolado.

Llevaba el mismo plumífero gris que la noche anterior y cargaba con un maletín negro que le colgaba de un hombro. Le explicó que esa mañana lo había despertado muy temprano una llamada del *Pravda*, pidiéndole que fuera a cubrir una rueda de prensa en sustitución de un fotógrafo que se había puesto repentinamente enfermo.

—La típica enfermedad que aqueja a los hombres rusos los domingos por la mañana —se lamentó—. El presidente Yeltsin, él sí que es un profesional, puede que llegue tarde y un poco tambaleante, pero allí está y hasta responde a las preguntas de los periodistas. Tenía miedo de que te hubieras ido, gracias por esperarme.

Ana no le confesó que acababa de llegar y no le estaba esperando en absoluto. Si Sasha no se hubiera dirigido a ella con tal determinación, no lo habría reconocido. A la luz del día, le pareció muy distinto. Lo recordaba más alto y erguido y le habían surgido unas arrugas en el rostro, en torno a los ojos y a las comisuras de la boca, que la noche anterior no advirtió. El sol veteaba de reflejos rubios su pelo entrecano, rejuveneciéndolo, hasta que sonreía y ganaba diez años. No la besó, ni la abrazó y sólo tras haberse disculpado de nuevo por su tardanza le tendió la mano derecha con cierto embarazo. Echaron a andar por la vieja calle Arbat, intercambiando preguntas educadas y comentarios triviales, cómo estás, qué tal dormiste anoche, no muy bien, me duele la cabeza, *I guess you have a hangover*, sí, eso me temo, que tengo resaca, hoy me portaré bien, en esa especie de ritual cauto y exploratorio a que se entregan dos personas que se conocen poco y caminan una junto a la otra intentando acomodar el paso y evitando rozarse con los brazos, como las mariposas en el ceremonial del cortejo, las cuales en un orden que parece azaroso pero tiene un sentido, se van posando sucesiva y alternativamente en una y otra flor, conociéndose, probándose, observándose de refilón y de pronto, sin motivo aparente, una de ellas se desentiende del proceso y echa a volar en otra dirección. Rebasaron a una joven violinista que

tocaba una canción muy triste y Ana retrocedió unos pasos y dejó mil rublos sobre la funda abierta de su instrumento. Cuando se alejaban, Sasha le murmuró al oído: «Esa mujer no sabe tocar, desafina», y ella no tuvo más remedio que asentir, un poco avergonzada de su gesto, es un error recompensar la impericia. Le había dado dinero porque tenía su edad y ese pensamiento, podría ser yo, despertó su compasión y también para impresionar a Sasha con su generosidad o para evitar que la juzgara mezquina, de haber estado sola quizá habría pasado de largo.

Tres mujeres gitanas les salieron al paso haciendo exhibición de los niños que acunaban en sus brazos, reclamando a gritos unos rublos para leche o comida y Sasha las apartó con un gesto impaciente.

—*Look after your bag*, vigila tu mochila —le advirtió—. Tienen las manos muy largas. Moscú es una ciudad llena de pedigüños, no te los puedes sacar de encima. ¿Tenéis mendigos en Andorra? —quiso saber, sobresaltándola. Ya no se acordaba de que la noche anterior había pretendido ser andorrana. Ahora esa broma le pareció ridícula, pueril. Murmuró una respuesta improvisada:

—Hay mendigos pero no muchos y siempre los mismos. Es un país muy pequeño, los conocemos a todos —dijo.

En cuanto tuviera ocasión desharía el malentendido y confesaría su pequeño embuste; cuanto más alargara la pantomima, menos credibilidad tendría en el momento en que revelara su verdadera identidad. Sasha desempeñaba a la perfección su papel de guía. Le señaló un restaurante llamado Praga y le explicó que en la época de Stalin los agentes de la policía secreta lo frecuentaban para espiar a los miembros de la *intelligentsia* moscovita. Le contó que en días claros como aquél la Liga de los Sin Dios, promovida por el gobierno comunista, organizaba viajes en aeroplano para que los campesinos comprobaran por sí mismos que en el cielo no había ni rastro de Dios, lo cual era gracioso, aunque Ana reflexionó que la perspectiva privilegiada de un avión que se eleva sobre las nubes ofrece una visión única del mundo y permite percibir la cuidada simetría de los campos cultivados, la belleza de las montañas, las cintas plateadas de los ríos discurriendo sinuosos entre grandes extensiones verdes de bosque y que ese orden misterioso y perfecto de la naturaleza induce a pensar que alguien más poderoso que el hombre la ha creado, pero no lo expresó en voz alta porque no sabía si Sasha era religioso y volvió a enfadarse consigo misma por ese estúpido empeño en agradar, en ofrecer una imagen de sí misma que resultara atractiva aunque no se correspondiera con la realidad. Siempre actuaba igual con todos los hombres que pretendía seducir y en aquel momento comprendió que tenía el propósito de conquistar a Sasha.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Sasha—. Ayer también lo hiciste: de pronto te quedas callada, como ensimismada, y eso me preocupa. ¿Te aburro? *Am I being a bore?*

—No, no me aburres. Al contrario, me interesa mucho lo que me cuentas. Estaba pensando precisamente en los viajes de la Liga de los Sin Dios y... No recuerdo gran

cosa de lo que pasó anoche —confesó de improviso—. El champán soviético no me sentó bien.

Sasha se echó a reír.

—¡Y yo que me hacía la ilusión de que fue una noche inolvidable porque me conociste a mí! Pero quizá es mejor que no lo recuerdes todo —añadió misterioso y ella se alarmó.

¿A qué se refería? Se acordó del borracho; debía de ser eso. En aquella mañana luminosa y festiva se hacía impensable que en esa misma ciudad muriera la gente de frío. Se cruzaron con un par de chicas muy elegantes, con faldas ajustadas, zapatos de tacón y cazadoras de cuero con adornos de piel, que charlaban entre ellas y reían de manera exagerada, para llamar la atención, decidió. No todas las rusas parecían pueblerinas, Martina se equivocaba; había rusas más elegantes que ellas, las serbias, y no todas podían ser putas. Sintió envidia de esas jóvenes que no vivían en un país en guerra y cuyas mayores preocupaciones eran comprarse un bolso o visitar el último restaurante. Se sintió mal vestida, con el gorro de lana tejido por su madre, el viejo plumífero rojo, sus vaqueros gastados y sus botas vulgares. La culpa era de la guerra: de los croatas, de los musulmanes y de la desalmada Dafina, que se había embolsado los ahorros de su familia. Tenía hambre.

—Yo vivo en la calle del fondo, Prechistenka, donde están ubicados los museos literarios de Pushkin y de Tolstói —le informó Sasha—. Te llamas como la protagonista de mi novela preferida, *Anna Karénina*, una morena muy guapa, como tú.

Le molestó la comparación, que pretendía halagarla.

—Me hicieron leer ese libro en la escuela y no me gustó. Es demasiado largo, tiene muchas descripciones y poca acción, pero lo que más me desagrada es la protagonista: una mujer frívola e inmoral.

—¿Frívola e inmoral? —se asombró Sasha—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Anna Karénina se suicida por amor! Se le puede acusar de ser ingenua y pasional, pero en modo alguno frívola —defendió con calor.

Para evitar que el volumen de la música ahogara su voz, Ana se detuvo a unos metros de un cuarteto que tocaba una pieza que podía reconocer, aunque no darle nombre.

—Una madre no tiene derecho a suicidarse —afirmó—. Anna Karénina dejó dos niños huérfanos al quitarse la vida. Tirarse bajo las ruedas de un tren cuando se tienen hijos es una irresponsabilidad. La vida es complicada para todos; cuando llegan malos tiempos hay que apretar los dientes y seguir adelante, como dice mi padre, no darse por vencido al primer obstáculo. Suicidarse es de cobardes. Esa Anna Karénina *is a social parasite*, una aristócrata caprichosa a la que visten y peinan sus criadas. ¡Ni peinarse sola sabe! Y como no tiene nada que hacer, se obsesiona con su amante, el conde Vronski, quien, como es natural, se acaba cansando de ella, porque no se puede vivir sólo para el amor, hay que hacer algo más que mirarse a los ojos y decirse

sweet things. Una persona joven y sana tiene que buscarse una ocupación que dé sentido a su vida, una... —no sabía cómo decirlo en inglés, escrutaba el cielo en busca de ayuda, pero ni rastro de Dios— *something that is good for society* —aventuró—, *something good for humanity, for your country*. *Do you understand? I think that all suicides are cowards* —repitió con énfasis—, egoístas que no aceptan que la vida no sea como se la esperaban y tampoco están dispuestos a hacer el menor esfuerzo por mejorarla o cambiarla —concluyó, bastante satisfecha de su perorata, aunque lo que había dicho no era exactamente lo que pensaba, sino lo que su limitado inglés le había permitido expresar, una simplificación grosera de sus ideas, que no eran tan rígidas ni absolutas, pero traducir matices y ambigüedades a una lengua extranjera es lo más difícil.

Sasha observó que ni los críticos literarios de Stalin habían juzgado con tanta severidad la vida ociosa de Anna Karénina y le pareció injusta su afirmación de que el suicidio era un acto egoísta. A su parecer, el suicida era merecedor de compasión, no de un reproche moral.

—Se dan circunstancias en que la vida se nos antoja demasiado complicada o triste para poder o desear afrontarla, o en que nos sentimos muy solos y perdidos, o peor aún, fracasados y acabamos por odiarnos a nosotros mismos. A veces uno desearía ser otra persona, perderse de vista, librarse de la propia compañía, pero tú eres joven y los jóvenes no conciben la desesperación ni el fracaso —le dijo con una sonrisa condescendiente que la irritó.

¿Qué sabía él de su vida? Estuvo a punto de confiarle que a ella también la habían abandonado, como a su tocaya la Karénina. La traición de Nikola la deprimió, pero ni por un momento se le pasó por la cabeza suicidarse. Podía entender a esos ancianos pensionistas de Belgrado que preferían la muerte a la soledad o la inanición, o a un militar que habiendo incurrido en deshonor sólo tiene una forma de limpiar su honra, pero una mujer joven, en la plenitud de la vida, no podía dejarse abatir por un desengaño amoroso, siquiera por orgullo, por dignidad.

—Otra vez te has quedado pensativa. *You're lost in your thoughts again* —le acusó Sasha—. ¿Qué quieres hacer? Prometí llevarte al monasterio Donskoy y lo haré, pero estoy muerto de hambre, llevo sin probar bocado desde anoche. Me gustaría comer algo y beberme un té.

Le pareció un signo favorable que los dos tuvieran hambre a la vez, un buen principio de no sabía qué. Probaron en una *pelmennaya*, una típica cantina rusa donde servían *pelmeni*, una especie de ravioli, pero era un tugurio atestado, ruidoso y sucio y, pese a las protestas de Ana, quien le aseguró que le entusiasmaba el color local, Sasha no quiso quedarse y la llevó a un restaurante italiano, cuya lista de precios indujo a Ana a pedir la pizza más barata y un vaso de agua. Sasha no bebió té, sino cerveza, y comió macarrones a la parmesana. Ella elogió su excelente inglés, esperando que él a su vez alabara el suyo. Sasha descuidó esa cortesía y se lanzó a explicarle que había vivido dos años en Canadá, en Toronto. Su mujer («mi ex

mujer», se corrigió enseguida) era de allí. La había conocido en Moscú, trabajaba como secretaria en la Embajada de Canadá. Cuando empezó la crisis económica con la perestroika se fueron a vivir a Toronto con su hija, entonces un bebé. A su mujer la contrató una multinacional, él tuvo dificultades para encontrar trabajo. Se vio obligado a renunciar a la fotografía; trabajó como camarero, dio clases de ruso y por fin su suegro le consiguió un puesto bien remunerado en una agencia de viajes. Y cuando parecía que tenía encarrilada la vida, su mujer lo dejó por su jefe, un cretino arrogante con mucho dinero, y él decidió regresar a Moscú. Tuvo suerte, en plena recesión consiguió trabajo con *Pravda* y con el *Moscow Times* y se aseguró unos ingresos fijos, que suplementaba con empleos esporádicos de fotógrafo en bodas y bautizos.

—Voy tirando —le dijo—, tengo un apartamento para mí solo con dos habitaciones y alquilo una. Un amigo canadiense está pasando una temporada conmigo, es fotógrafo, como yo, cuando se vaya tendré que buscar otro inquilino. Ahorro para poder ir a Canadá este verano a ver a mi hija, el otro día cumplió cuatro años. La echo mucho de menos pero... —Y Sasha se encogió de hombros, dando a entender que aunque no era del todo de su gusto, así era la vida y había que conformarse.

Eso la complació y también la forma sencilla y directa que tenía de exponer los hechos, sin cargar las tintas en su desgracia, sin buscar compasión ni simpatía, con tranquila dignidad. No comió mientras él hablaba, le prestó toda su atención, porque le interesaba saber de su vida y porque la experiencia le había enseñado que a los hombres les gusta ser escuchados. En las conversaciones con sus amigas se interrumpían unas a otras sin ninguna consideración, pero cuando charlaba con un hombre al que deseaba atraer, permanecía en silencio. Al tiempo que parecía estar absorta en las palabras de Sasha, no cesaba de observarlo. Le gustaban sus ojos de color ambarino, como los de una gata que tuvo su abuela, y su sonrisa, cálida, afectuosa, sincera, y también la forma que tenía de encoger los hombros, como un niño avergonzado, y de inclinar su cuerpo hacia ella sobre la mesa, llevado de su entusiasmo por lo que le estaba contando. Le molestaba una verruga muy fea que tenía en la barbilla y que hablara con la boca llena, aunque apreciaba que fuera educado y le acercara el pan o le sirviera el agua. Estaba casado pero divorciado, eso era a la vez bueno y malo. Tenía una hija y la expresión de su rostro se había teñido de ternura cuando la mencionó, era evidente que la quería, lo cual la satisfizo, un hombre que no ama a sus hijos no es un buen padre y no puede ser un buen marido, aunque de otro lado la existencia de una hija en Canadá no dejaba de ser un inconveniente... ¿Para qué? ¡Estaba pensando en Sasha como si fuera a casarse con él!

—¿De qué te ríes?

—De nada —contestó—, me acordaba de... Nada importante. *This pizza is really tasty.*

Entonces fue él quien ponderó su inglés y ella le informó de que llevaba años aprendiéndolo porque para su profesión, la que desempeñaría cuando acabara sus estudios, era muy necesario.

—Si las cosas van bien —dijo—, el año que viene iré a Estados Unidos para estudiar mi especialidad.

Se sorprendió a sí misma en esa mentira, un viejo proyecto que había tenido que abandonar. Su padre no podría financiarle la estancia en Estados Unidos, el gobierno yugoslavo que habría podido becarla ya no existía y era impensable que a una serbia le concedieran un visado para ir a estudiar a América. Cuando manifestó a Sasha que quería ser cirujana, éste se sorprendió.

—¿Hay mujeres cirujanas?

—¡Por supuesto! —le contestó ella, casi enfadada—. La cirugía no requiere fuerza —le explicó—, sino pericia y mucha sangre fría. —Le informó con orgullo de que había diseccionado cadáveres y una vez asistió a una amputación—. Un compañero mío de clase se mareó y tuvo que abandonar el quirófano; yo no. Siempre quise ser cirujana, desde muy niña —le confesó—. Era la vocación de mi padre, pero mi abuela era viuda y pobre y no pudo darle estudios.

Le contó que su padre era muy trabajador, un hombre ávido de conocimientos y un autodidacta, que había remediado por su cuenta su carencia de formación universitaria. Lector compulsivo, todo le interesaba; se sabía de memoria pasajes enteros de *Guerra y paz*, dominaba el ajedrez como un profesional y era un atleta: nadaba, corría, jugaba al fútbol, al pimpón, nadie diría que ya había cumplido los cincuenta, estaba lleno de vitalidad. Era un verdadero feminista, decía que lo único sagrado que hay en la tierra es la mujer y jamás dudó de su capacidad, estaba convencido de que si se lo proponía, ella podía ser una cirujana tan buena como el mejor hombre. Le había inculcado el valor del esfuerzo y la tenacidad; era su inspiración, su modelo...

Se emocionaba al hablar de su padre y Sasha lo notó. La miró sonriente.

—Estás muy guapa cuando te ruborizas —le dijo, al tiempo que le cogió una mano en un gesto impulsivo que a ella le pareció inevitable, natural, y la retuvo entre las suyas mientras se quejaba de que su hija nunca hablaría de él en términos tan elogiosos, era un deportista infame y no había logrado comprender las reglas del ajedrez—. Le prohibiré terminantemente que sea fotógrafa —dijo—, es una profesión de muertos de hambre. Espero que se haga banquera y me mantenga. Porque ¿qué es un fotógrafo? No es nada. Es menos que un reportero y, desde luego, no es un artista...

Ana protestó, era lo que se esperaba de ella.

—¿Cómo puedes decir eso? —le reprendió—. La fotografía es un arte, como la pintura o la música o... No hay actividad más elevada que la del creador. Me gustaría ver tu trabajo, las fotos de ese libro que estás preparando.

—¡Oh! No valen nada, soy un fotógrafo de prensa, es la primera vez que hago

fotografía artística... ¿De verdad te gustaría...?

—Sí, mucho.

—El caso es... Me convendría acercarme a casa para dejar la cámara, no me gusta llevarla por la calle, pueden robármela. Vivo muy cerca de aquí, podríamos ir un momento y... te invitaré a un té, o a un café y, si quieres, te enseño lo último que he hecho...

No había liberado la mano de Ana ni ella la había retirado. Ambos actuaban como si no fueran conscientes de lo que estaban haciendo sus manos, como esos padres que mantienen una conversación cortés y sosegada mientras sus retoños corretean a su alrededor haciendo todo tipo de travesuras a las que no prestan la menor atención. El tono de voz de ambos cambió; se hizo más íntimo, insinuante, quedo. Como si de repente se hubieran vuelto tímidos, evitaban mirarse a los ojos pero cuando sus miradas se encontraban, había una intensidad nueva y también un tanteo, una interrogación. Los ojos, al igual que las manos, forjaban acuerdos, llegaban a pactos. Ana se imaginaba contando a Martina esa noche (o tal vez, a la mañana siguiente): «Entonces él me dijo: “¿quieres ver mis fotografías?”», y la risa cómplice de Martina y su voz maliciosa que preguntaría: «¿Y qué te parecieron... las fotografías?»

Él la invitó, se empeñó en pagar pese a sus protestas, como si supiera que, de haber accedido a ellas (*We'll split the bill, I insist!*), Ana lo habría descalificado como posible amante, no soportaba a los hombres tacaños y esperaba que su caballero le cediera el paso y pagara la cuenta, era una parte inexcusable del ritual del cortejo, si su pretendiente no la observaba, se desentendía del proceso y echaba a volar en otra dirección. Un nubarrón gris había tapado el sol y al salir a la calle la recibió el mismo viento helado de la tarde anterior.

—Hace frío —se quejó.

Sasha pasó un brazo por su espalda y la estrechó hacia él para darle calor.

—¿Hace demasiado frío para una chica del sur? ¿En Andorra no nieva?

—No —respondió ella—, en Andorra siempre hace calor. Vamos a la playa incluso en invierno.

—*Really?* Tenía entendido que Andorra está en la cordillera de los Pirineos, donde nieva a menudo e incluso hay estaciones de esquí. Me lo ha dicho un fotógrafo francés esta mañana, en la rueda de prensa. Debe haberme informado mal —dijo Sasha.

Lo miró desconcertada. Abrió la boca para replicar algo, pero se echó a reír. Él sabía, los dos sabían... No le iba a dar el gusto, no todavía.

—Te han informado muy mal —le reconvino—. Los Pirineos están más al norte. En Andorra hace tanto calor que tenemos desierto, camellos y palmeras. Las carreras de camellos son una tradición nacional. Yo soy una buena amazona, he ganado varias competiciones, tengo los trofeos en casa.

Él le siguió la chanza y quiso saber si también tenían monos en Andorra. Después de pensarlo un poco, Ana decidió que no.

—Pero hay muchos flamencos —dijo—, y en algunos ríos, cocodrilos.

Para orillar ese asunto espinoso, sacó de la mochila la cámara de su hermano y fue amonestada por Sasha por intentar fotografiarlo a contraluz. Las lecciones de fotografía requerían una proximidad extrema, el roce de sus cabezas inclinadas sobre la cámara, de tal modo que el vaho que exhalaban sus bocas se confundía y formaba una sola nubecilla. Sasha extrajo su propia cámara de su maletín negro, una vieja Leica profesional que tenía bastantes años pero nunca fallaba, según su dueño, y se empeñó en retratarla. Le pidió que mirara hacia arriba, hacia abajo, de lado, que sonriera, que no lo hiciera, que se apoyara contra una farola, que se diera media vuelta, que abrazara la farola por detrás y adelantara una pierna, hasta que Ana refunfuñó.

—¿Por qué me haces tantas fotos?, no soy una modelo.

Él le aseguró que era más guapa que ninguna modelo y le pidió a un joven que salía de una casa que les hiciera una foto a los dos juntos, sonrientes, abrazados, expectantes (con la cámara de Ana; no quería que ningún profano manoseara la suya). Ya no evitaban tocarse al caminar, al contrario; daba la impresión de que una nueva fuerza de gravedad, lateral, obligara a sus cuerpos a aproximarse y avanzar pegados. Ana no se acordaba de su dolor de cabeza. Se preguntaba cómo sería el primer beso. Aún no le había devuelto a Sasha su bufanda. Quizá sería ése el momento; ella le tendería la bufanda, él la cogería por un extremo y, como jugando, tiraría de ella... Hacía casi un año que había dejado la píldora, tendría que pedirle a Sasha que tomara precauciones, lo cual era un engorro. Hablaban de otras cosas, de naderías, pero los dos eran conscientes de lo que estaba a punto de suceder, aunque no lo mencionaran. Sentía la misma embriaguez y excitación que la noche anterior, sin haber bebido alcohol. Pensó que aún estaba a tiempo de retractarse, aducir una excusa y volver al hotel. Se iba a meter en la casa de un desconocido en una ciudad extranjera, podía ser una imprudencia. Se acordó de su padre. ¿Estaría bien? ¿Se inquietaría por ella? Él no aprobaría en absoluto esa pequeña aventura. Se sintió culpable. Lo imaginó agobiado por el trabajo y la responsabilidad mientras ella se divertía ligando con un ruso. Era casi tan frívola como Anna Karénina. Pero en unos meses se enfrentaría a las balas de los musulmanes y a las duras condiciones de vida de un hospital de guerra. Recordó con horror que el último hombre que la había besado estaba muerto y pensó que de algún modo tenía que ponerle remedio.

—Ya hemos llegado a Prechistenka —dijo Sasha.

Cuando no sonreía, el ruso tenía una expresión ausente, melancólica. Su mujer lo había dejado, su hija vivía en otro continente, quizá él mismo había experimentado esos sentimientos que había mencionado al hablar del suicidio: soledad, tristeza, desesperación... Tal vez incluso había llegado a pensar en quitarse la vida. La invadió una oleada de ternura hacia aquel hombre del que sabía muy poco, pero que le inspiraba una confianza y un cariño instintivos. Se sintió tentada de resucitar con sus caricias su comprensión y su afecto, la alegría de vivir en aquel ser desgraciado

(decidió que Sasha tenía que ser desgraciado y que su afabilidad no era sino una máscara que ocultaba un corazón herido), era una idea romántica y Sasha, a diferencia de Nikola o de Dragan, parecía un ser sensible, un hombre capaz de un amor profundo y leal. Podía enamorarse de él. Quizá ya estaba enamorada. Eso supondría una complicación añadida: él vivía en Moscú, ella en Belgrado. Le enviaría cartas desde el hospital de campaña, en Bosnia. «No sabes cuánto te echo de menos. Sueño todas las noches con estar en tus brazos, pero hemos de esperar un poco más, amor, mi país me necesita. El trabajo es muy duro, he adelgazado tanto que no me reconocerías. Los turcos nos machacan día y noche con metralla, obuses y morteros, pero la sonrisa agradecida de un soldado al que acabas de salvar la vida compensa todos los...»

—¿Adónde vas? Es esta casa, aquí es donde vivo —le dijo Sasha.

Perdida en su ensoñación, no había advertido que Sasha se detenía ante un edificio. Por un arco abierto en la fachada entraron a un desangelado patio de manzana, como el de la discoteca de la noche anterior. Vio coches aparcados sobre la nieve, un árbol sin hojas de cuyas ramas retorcidas, cubiertas por la escarcha, colgaban dos bolsas de plástico de color negro, rígidas por el hielo; al fondo, un área infantil con un tobogán roto y un columpio oxidado. Se sorprendió buscando con la mirada algún bulto sospechoso, una elevación inesperada en la uniforme extensión nevada que delatara el cuerpo oculto de un mendigo. La renegrida fachada trasera de la casa, que rodeaba el patio trazando un semicírculo, se hallaba en muy mal estado, con desconchaduras, boquetes y balcones reforzados con puntales. Como si adivinara sus pensamientos, Sasha se apresuró a explicarle que, aunque no lo pareciera, era un edificio moderno; había sido construido en los años treinta de ese mismo siglo, cuando la mayoría de las casas del Arbat databan del siglo XIX. El problema era que casi todas las viviendas seguían siendo comunales; la suya, de propiedad privada, por la que pagaba un alquiler, era una excepción, una novedad de la perestroika; por eso era casi imposible adecentar la fachada, el propietario, el Ayuntamiento, no estaba dispuesto a invertir en ello y mucho menos los ocupantes. Mientras hablaba, Sasha le lanzaba de reojo miradas ansiosas, como si temiera que el deplorable aspecto del edificio pudiera inducirla a desistir de su visita y eso la conmovió.

—Estoy congelada —le dijo tirando de su brazo—, llévame a tu casa, seguiremos charlando sin morirnos de frío.

El suelo del portal estaba encharcado, el ascensor no funcionaba, la iluminación de la escalera era deficiente. Sintió aprensión. ¿Dónde me voy a meter? ¿Cómo será su apartamento? ¿Quién es este hombre al que en realidad no conozco de nada? Cada tramo de escalera suscitaba una pregunta, una inquietud nueva. Sasha ascendía tras ella; se le ocurrió que lo que había interpretado como una galantería no era sino una treta para cerrarle el paso e impedir su huida. No iba a permanecer más de cinco minutos en su casa; vería las fotos, bebería un café y se marcharía con alguna excusa. Ya casi hemos llegado, sólo queda un piso más, la alentó Sasha y el sonido de su voz,

agradable y tranquila, disipó su angustia. Todo estaba bien, nada funesto le iba a suceder y tal vez sí, puede que acabara en la cama con él. ¿Cómo sería su cuerpo desnudo? Más que la gimnasia frenética del sexo, lo que deseaba en aquel momento eran caricias, que la abrazara y le diera besos lentos en la nuca, en el cuello... La puerta del piso estaba pintada de rojo, un rasgo de originalidad que reflejaba el talante artístico de su inquilino. Al abrirla, Sasha se sorprendió de que el recibidor no estuviera a oscuras.

—Qué despistado soy, me he dejado la luz encendida o puede que haya sido Ron —dijo.

Una niña rubia de unos dos o tres años, con un gorro blanco en la cabeza, desnuda salvo por una braga de biquini, acucillada sobre la arena, un rastrillo de juguete en la mano derecha, les sacaba la lengua desde una pared blanca, enfrente de la puerta.

—Es mi hija —le dijo Sasha—. Lo primero que veo cuando llego a mi casa.

—¿Has hecho tú la foto?

Sasha asintió con la cabeza.

—Es bonita y la niña también, tienes una hija muy guapa —dijo Ana, enternecida por la idea de ese padre que colocaba en un lugar prominente un retrato de su hija, la niña adorada de la que una esposa infiel y miles de kilómetros de tierra y agua lo separaban. Iba a decir, por complacerlo, que su hija se le parecía, cuando la sorprendieron una risa de mujer y la voz de un hombre.

—*Come on! Don't laugh so much. Try again* —decía el hombre.

—*I am trying! I am doing my best* —afirmaba entre risas la mujer.

No estaban solos. Sasha frunció el ceño y echó a andar por el pasillo con determinación, ella lo siguió. El corredor daba un quiebro a la izquierda y desembocaba en una estancia que hacía las funciones de cuarto de trabajo y salón, atestado de muebles heteróclitos, de aluvi3n, como los de las casas de sus amigos estudiantes en Novi Beograd: sillas desaparejas, una lámpara de pie con bombilla pero sin pantalla, una mesa redonda cubierta por un hule en la que se amontonaban vasos, tazas, un cenicero lleno de colillas, un aparato de música sobre el que reconoció la funda de un viejo disco de los Rolling Stones, un televisor, un sofá desvencijado, un aparador repleto de libros, discos y cedés, peligrosamente inclinado y al fondo, en una galería que daba a un ventanal teñido de la luz rosada del crepúsculo, bajo una litografía de un cuadro de Kandinsky, un escritorio consistente en un tablero de madera sin barnizar, apoyado en dos caballetes, lleno de papeles, con un ordenador y un aparato de fax ante el que se afanaban un hombre y una mujer, que les daban la espalda y no parecían haber advertido su llegada.

—*Hi, Ron. You're home. What a surprise!* —dijo Sasha, en un tono que dejaba a las claras que la sorpresa no era grata.

El hombre dio un respingo pero enseguida sonrió, se levantó de la silla y fue a su encuentro, renqueando un poco de la pierna derecha. Era mayor que Sasha. Ana conjeturó que debía ser contemporáneo de su padre y, como él, de corta estatura y

rollizo, aunque ahí se acababan las similitudes.

—*Good to see you, Sasha* —dijo el hombre—. Al final la excursión a Zvenigorod con Nicole se ha cancelado, se le ha puesto la perra enferma y no la quiere dejar sola en casa. He venido únicamente a mandar un fax.

Tenía una expresión apurada, del que se siente culpable o ha sido cogido en falta. Ana adivinó que su amigo había prometido a Sasha que se ausentaría de la casa para dejarle el campo libre; sin duda la invitación a ver las fotos y tomar un café, que había parecido casual, era premeditada. Quizá por eso Sasha la había citado en la estación de Arbat, próxima a su apartamento. Había algo en el desconocido, su sonrisa insegura, tentativa, un poco falsa, su mirada blanda, como implorante, que le disgustaba. Sasha los presentó.

—Éste es Ron, el amigo de Toronto que comparte el piso conmigo. Ésta es Ana, una amiga andorrana.

—¡Ah, Andorra! Bonitas pistas de esquí —dijo Ron.

Ella enrojeció, Sasha disimuló la risa. Ron quiso saber si Ana vivía en Moscú o estaba sólo de visita turística; qué opinión le merecía la ciudad, si había tenido ocasión de recorrer el Kremlin... Era una situación embarazosa, el tal Ron no quería percatarse de que molestaba y haría bien en enviar su fax y largarse cuanto antes; continuaba mirándolos con su floja sonrisa y la boca abierta, como a la espera de que las palabras adecuadas atinaran a salir de ella. Ana se dio cuenta de que Sasha luchaba por contener su impaciencia; le divertía y también le halagaba que tuviera tantas ganas de quedarse a solas con ella. La mujer cuya risa habían escuchado al llegar permanecía sentada en una silla de tijera, frente al escritorio, la cabeza vuelta hacia ellos con una expresión tímida. Era joven, mucho más que Ron, con ojos claros y una media melena de un rubio oscuro. Tenía facciones agradables, que suscitaban simpatía; hubiera sido guapa de no ser por unas marcas oscuras que afeaban su rostro, huellas de alguna enfermedad o de un acné feroz. Como si de repente se hubiera acordado de ella, Ron se la presentó:

—*Let me introduce you to Alma*, una buena amiga. La conocí en Sarajevo. Es una periodista del *Oslobodjenje*. Se le ha estropeado el fax y me ha pedido si podía usar el mío, quiero decir el tuyo, Sasha —se corrigió.

Oslobodjenje, Sarajevo, Alma... Esas tres palabras le infundieron pavor. La chica musulmana (porque llamándose Alma por fuerza había de ser turca), se levantó de la silla, se alisó por detrás el faldón de la camisa, que el respaldo le había levantado, y les tendió la mano con una sonrisa.

—*Nice to meet you* —dijo a Sasha.

—*Nice to meet you* —repitió, dirigiéndose a ella.

Hubo de hacer un esfuerzo, vencer una repugnancia instintiva, para alargar su brazo y rozar apenas con los dedos la mano que se le ofrecía. Al sonreír, la bosnia dejó al descubierto su dentadura, revelando que le faltaba un incisivo superior; tenía algo de ominoso esa oquedad negra en una boca joven y bonita. Ana pensó que el

acento de la chica al hablar inglés era idéntico al suyo y alguien habría de advertirlo. No quería que supieran que era serbia, no la turca periodista ni el fotógrafo canadiense, bajo ningún concepto iba a revelarles su identidad. Tenía que irse de allí, había caído en una encerrona que nunca habría podido imaginar, pero ni Sasha ni los otros dos parecían percatarse de su desasosiego.

—Ron es un auténtico reportero de guerra —le dijo Sasha—, uno de esos fotógrafos que no están contentos si las balas no silban a su alrededor y creen que sólo las fotos tomadas con riesgo de sus vidas merecen la pena. Ha cubierto la guerra de Bosnia desde el principio, hasta que una esquirla de metralla se le incrustó en el muslo derecho y lo sacaron de Sarajevo en camilla, pero ya está deseando volver, es incorregible, *he's a hopeless case*.

La tez pálida del canadiense se cubrió de un rubor rosado, no se sabía si de embarazo o de satisfacción por los elogios recibidos.

—*Don't believe a word he says*, no le creas —se apresuró a desmentirle—. Sasha es un exagerado, no soy ningún kamikaze, soy más bien cobarde, pero tuve la mala suerte de que una granada serbia me alcanzara en la pierna al salir del hotel Holiday Inn de Sarajevo. ¡Gajes del oficio!

Se sintió tentada de preguntarle: ¿Cómo puedes estar tan seguro de que era una granada serbia y no musulmana?, pero reprimió el impulso. Sólo pensaba en marcharse.

—*I have to go* —anunció—. Se ha hecho muy tarde, ya está oscureciendo, no quiero regresar al hotel de noche.

—¿Qué prisa tienes? —le preguntó Sasha—. Dijiste que tus amigos no regresarán al Ukraina hasta la hora de la cena. Yo te acompañaré en coche, no volverás sola, no sufras por eso.

—No, gracias, no quiero que te tomes ninguna molestia. De verdad, tengo que irme, es lo mejor.

—¿Lo mejor por qué? Será un placer para mí acompañarte, *no trouble at all*. Si te vas ahora, me pondré triste, ¿o es que no sabes cómo decirme que no quieres ver mis fotografías? —El tono de Sasha era jocos, pero su expresión denotaba decepción y enfado.

—Si es por nosotros, ya nos vamos —intervino Ron, turbado—. La línea comunica y aún no hemos podido pasar el fax, pero... Podemos probar en otro sitio, quizá en casa de Nicole. Le pediremos que nos preste su fax, si tiene uno.

Ana se sentía el centro de todas las miradas, aunque ni Ron ni Alma la observaban; Sasha sí, con callado reproche. Claudicó.

—No os vayáis, por favor, yo...

—¿Te quedas?

—Sí, me quedaré un rato más —concedió. A Sasha se le aclaró el ceño, recuperó la alegría.

—*Good girl!* —dijo—, hace un calor tremendo aquí, estoy sudando desde que he

llegado. Es como vivir en una sauna. No hay manera de que moderen la calefacción —se quejó.

Ana también sudaba, en Moscú la temperatura de las viviendas y locales era siempre muy elevada. Se quitó la chaqueta de lana gruesa, con dibujos geométricos, bajo la que llevaba su camisa roja de una tela que imitaba el raso, una camisa de vestir, muy elegante, que se había puesto para la cita con Sasha, cuando ni siquiera sabía si él acudiría. Alma la admiró sin reservas, dijo que era muy bonita y ella agradeció el cumplido con embarazo, era incómodo recibir una alabanza de una enemiga.

—Me la hizo mi madre —dijo—, yo le doy el patrón y ella me la confecciona igual que en la foto de la revista.

—¡Mi madre hace lo mismo! —se maravilló Alma—. Bueno, antes de... Comprábamos revistas alemanas de moda y, aunque ni ella ni yo sabíamos alemán, siempre se las apañaba para copiar el modelo que fuera. Lo hacíamos todas las mujeres de Yugoslavia. Supongo que las que vivían en Belgrado o en Zagreb no, son ciudades grandes, con muchas tiendas. No imaginaba que en la Europa occidental las mujeres también se cosieran su propia ropa. ¿Cómo has dicho que se llama tu país?

—Andorra —murmuró Ana entre dientes, medio avergonzada. Era absurdo que se esforzaran en conversar en inglés entre ellas cuando se habrían entendido mucho mejor en su propia lengua; el serbio y el bosnio apenas se diferenciaban y ella estaba acostumbrada al deje característico del habla de Sarajevo que tenía Alma, con sus consonantes blandas. Le traía recuerdos, había pasado en esa ciudad largas temporadas, en la casa familiar de Pofalići, con sus padres, su abuela, sus tíos y sus primos, esa casa que los turcos habían reducido a cenizas. Tal vez esa musulmana y ella habían coincidido alguna vez en el Hogar de la Juventud, habían bailado una junto a la otra en una de las fiestas, o habían asistido arrobadas al mismo concierto de un grupo local, suspirando ambas por una mirada especial del cantante o del guitarrista... Le caía bien esa chica, tenía mucho más en común con ella que con Sasha o aquel fotógrafo canadiense y le daba un poco de lástima que le faltara un diente o que hubiera tenido que refugiarse en Moscú, pero así son las guerras, siempre hay víctimas inocentes y también muchos serbios habían tenido que huir de Bosnia o de Croacia. Además, era una periodista de *Oslobodjenje*, no era tan inocente.

—Creo que me daré una ducha rápida —dijo Sasha—, me hace falta. —Y como si temiera que durante su ausencia Ana se aburriera, encargó a su amigo Ron que le mostrara sus fotos—. Ya que no quieres ver las mías. Te van a impresionar, son increíbles. Ron es fantástico, si en vez de trabajar para el *Toronto Sun* lo hiciera para *The New York Times*, ya le habrían dado el premio Pulitzer. Te sienta muy bien el color rojo —añadió, antes de desaparecer por el pasillo camino de la ducha.

El canadiense, amigo obediente, sacó una carpeta de tapas azules de una caja de embalar, que junto con otros enseres y cachivaches descansaba en el suelo de la

galería. Ana y él se acomodaron en el sofá del salón, mientras Alma seguía porfiando por enviar el telefax. Ron colocó la carpeta azul sobre sus muslos y le explicó que *Oslobodjenje* era un periódico de Sarajevo que milagrosamente se seguía imprimiendo todos los días, pese a que los serbios habían bombardeado el edificio donde tenía su sede. Los periodistas «unos héroes, unos valientes», así los calificó, trabajaban en el sótano, donde también dormían y, con peligro de sus vidas, por las mañanas recorrían las calles de la ciudad sitiada en un viejo Volkswagen y distribuían el periódico entre cargas de artillería y disparos de francotiradores. Alma y un periodista serbio se encargaban de enviar por telefax los ejemplares que recibían desde Zagreb a la comunidad bosnia residente en Moscú, para informarles de los muertos de la jornada anterior, las casas quemadas, los pueblos ocupados por el enemigo...

—La guerra de Bosnia es terrible —dijo—. He cubierto otros conflictos bélicos, pero éste es especialmente salvaje, peor que Iraq. ¿Estás al corriente de lo que sucede allí?

Ella respondió:

—Sí, la sigo en la tele, sale en las noticias, tengo entendido que es una guerra civil entre serbios y musulmanes.

—¿Una guerra civil? ¡No es una guerra civil! —la corrigió enfadado el canadiense—. Es una agresión, los serbios quieren exterminar a los musulmanes, ellos tienen ejército y los bosniacos no. Los militares serbios disparan con sus cañones y sus tanques a civiles indefensos... Una auténtica carnicería, un genocidio. Está sucediendo en el centro de Europa, a finales del siglo xx y la comunidad occidental no hace nada por impedirlo. ¡Es una vergüenza!

El fotógrafo, muy excitado, recalcaba sus palabras golpeando con los nudillos la tapa de la carpeta azul, que protestaba emitiendo débiles crujidos. Despedía un olor acre, a sudor y a hombre, él sí que necesitaba una ducha, no Sasha. Tuvo que soportar que ese extranjero le diera una lección sobre su propio país y sobre una guerra que conocía muy bien, mejor que él. Ron le repitió todas esas mentiras que propagaban los medios occidentales: según esa versión, el ejército serbo-bosnio habría asesinado a doscientos mil musulmanes y expulsado de sus tierras y hogares a dos millones de personas; las mujeres musulmanas eran sistemáticamente violadas por los infames serbios, las mezquitas incendiadas, las aldeas arrasadas... Sarajevo, sin luz, ni agua, ni electricidad, sufría un asedio que ya duraba dos años y era bombardeada día y noche. No olvidó mencionar a los niños muertos, los ancianos, los tullidos, pero cuando le oyó afirmar que los serbios recluían a los refugiados musulmanes en campos de concentración, explotó.

—¡Eso no es verdad!

—Sí que lo es —dijo Ron—. No estuve en Omarska, no pude ir, pero he visto fotos y he hablado con Roy Gutman, el periodista del *Newsday* que lo destapó. Y he visto las imágenes de la CNN. Son atroces, puedes creerme, parecen sacadas de

Auschwitz: prisioneros esqueléticos, al borde de la inanición, cercados por alambradas o reclusos en jaulas con barrotes, sin agua, ni comida, ni sanitarios, chapoteando en sus propios orines y excrementos o en la sangre de los heridos y los muertos. ¡Y la mayoría de los presos no eran combatientes, sino civiles que huían de los tanques serbios! En un edificio anejo llamado la Casa Blanca, los ejecutaban... En Tuzla entrevisté a un chaval de diecisiete años que pasó allí casi un año. Me contó que sus guardianes y torturadores eran sus antiguos profesores. Cuando me pidió los datos de identidad para registrarme, me dijo el chico, mi profesor fingió no saber quién era yo, no haberme visto antes. Todas las noches los serbios, borrachos, mataban a varias decenas de presos: a tiros o rociándolos con gasolina y quemándolos. Los supervivientes se ocupaban de recoger los restos y enterrarlos o dárselos de comer a los cerdos.

Le costó mucho no replicar, soportar en silencio esas falsedades, pero debía morderse la lengua, era una andorrana ignorante e ingenua. Ese bulo de los campos... El tal Roy Gutman no había visitado nunca Omarska, se inventó sus patrañas cómodamente sentado a la mesa de su habitación en un hotel de lujo de Sarajevo, le constaba. Y aquellos vídeos de la CNN que habían difundido las televisiones del mundo entero... ¡Una fabricación *made in* Hollywood! Habían contratado a un puñado de anoréxicos y los habían filmado detrás de unas alambradas, olvidando aclarar que esas alambradas no cercaban nada... En cuanto a los doscientos mil muertos... ¡Qué cifra más redonda! ¿Quién los había contado? ¿Y eran todos musulmanes? ¿No había víctimas serbias o croatas? O asesinos bosniacos y croatas. Y si Sarajevo era una ciudad sitiada, ¿cómo había conseguido salir de allí esa tal Alma? Habría podido proporcionar a ese canadiense datos verídicos sobre la matanza y la destrucción que perpetraron en el barrio de Pofalići, en Sarajevo, aquellos musulmanes supuestamente indefensos, pero que tenían ejército, la *Armija*, y armas modernas, superiores a las de los serbios, que les suministraban esos poderes occidentales que se pretendían neutrales, pero quienes a escondidas violaban su propio embargo para favorecer a los musulmanes. Los americanos, los alemanes, los ingleses y los franceses armaban a los musulmanes y los países islámicos enviaban batallones de *yihadistas* a luchar en lo que ellos calificaban de Guerra Santa. Su versión no era indirecta, no procedía de un periodista americano, sino de su tío Bogdan, quien estuvo allí, padeció el acoso de los musulmanes y a punto estuvo de no poder contarlo. Los turcos quemaron medio millar de casas en Pofalići, todas las viviendas de las calles Humska y Orlovačka, entre otras la del padre de Ana. Asesinaron a 312 serbios, sus propios vecinos y conocidos, sus compañeros de escuela o trabajo, para robar sus pertenencias y apoderarse de sus casas. Los muyahidines, drogados, al grito de «¡*Alahu ekber!*» disparaban sin cesar sobre las columnas de refugiados serbios que huían hacia Žuč por las montañas, a través de los bosques, sin comida ni agua, durmiendo al raso... El noventa por ciento de los hogares serbios en Sarajevo había sido destruido o saqueado, pero del sufrimiento de

los serbios la prensa occidental nunca se hacía eco; había un complot, una conspiración de silencio.

El canadiense abrió su carpeta y empezó a mostrarle fotos de Sarajevo. La primera le sorprendió: era de un perro. Un pastor alemán que tenía algo en la boca, un juguete o un ratón, una rata grande y pálida que, observándola mejor, resultó ser una mano. Se impresionó, aunque se hizo la reflexión de que era imposible saber si esa mano era musulmana o serbia; nadie, ni siquiera el dueño o la dueña de la extremidad amputada, podría reconocerla, sin embargo el fotógrafo daba por seguro que era una mano bosniaca, porque quería, prefería creerlo. Más fotos: un hombre corriendo con una niña en brazos; la niña estaba herida, parecía inconsciente, los brazos y el rostro ensangrentados. Otra: un bebé llorando, el rostro contraído de dolor, tumbado en una camilla, rodeado de médicos, uno de los cuales le ponía una inyección.

—Esta foto la tomé en el hospital de Koševo —le dijo Ron casi en susurros, como si temiera perturbar al bebé—. Este niño recibió el impacto de una granada. Murió pocas horas después de que lo fotografiara. —Ron suspiró, dejando caer la foto en su regazo (un suspiro dramático, pensó ella, exagerado), y luego añadió—: Casi mejor, a fin de cuentas, su madre también murió. Se hallaban en la cocina de su vivienda, el lugar más seguro o eso creían, hasta que la granada entró por la ventana y los mató a los dos; el hermano mayor, un niño de siete años, estaba en otro cuarto y se salvó. ¡Un huérfano más de Sarajevo! Durante los dos años de asedio han muerto diez mil niños... ¡Diez mil niños! ¿Te haces cargo?

Y como para remachar más la iniquidad de los serbios, asesinos de niños inocentes, el canadiense le mostró otra instantánea: una niña pequeña, también un bebé, de unos dos años, acostada en una cama de hospital, cuya pierna derecha era un muñón vendado. Miraba seria y triste, recelosa, a la cámara. Ana sintió esa mirada y el silencio indignado de Ron como un reproche, lo cual era injusto, ella no era culpable de nada. Las guerras son espantosas, mueren inocentes. Su padre siempre decía que habría que declarar una guerra a la guerra. «Si la humanidad estuviera dispuesta a seguir mi consejo y si yo fuera poderoso —decía su padre—, no permitiría que la palabra “guerra” fuera pronunciada en ninguna lengua y prohibiría todas las armas, hasta las de juguete...» Esa guerra la habían buscado los musulmanes, no los serbios, quienes no tenían otro remedio que defenderse so pena de ser aniquilados. Los medios occidentales siempre hacían lo mismo: exhibir fotos de niños muertos o malheridos para despertar la ira contra el ejército serbio. Pero esa niña cuya pierna había sido amputada tal vez era croata o serbia y quién podía saber si era bosniaca o serbia la mano que disparó la metralla que le arrancó de cuajo la pantorrilla. Esa manipulación la exasperaba. Los occidentales satanizaban a los serbios y se esforzaban en convencer a la opinión mundial de que en esa guerra todas las víctimas eran musulmanas y todos los asesinos, serbios. A medida que le mostraba las fotos, el canadiense iba exponiendo su memorial de agravios contra los serbios, a quienes atribuía el bombardeo deliberado de escuelas, hospitales, el incendio de la

maternidad... Vio casi con indiferencia instantáneas de gente que corría por las calles de Sarajevo, supuestamente bajo el fuego de los francotiradores serbios, a los que aludía un letrero blanco escrito a mano y pegado a una pared que rezaba: *Pazi Snajper* (¡Cuidado, francotiradores!); las torres UNIS desmochadas; el Parlamento, la Biblioteca Nacional, una mezquita reducida a cascotes (eso le alegró) y muchos otros edificios derruidos, con impactos de mortero en las fachadas y lenguas de fuego enroscándose en las ventanas. Y pensó que los reporteros europeos y americanos jamás pisaban Grbavica o Ilizda, los barrios serbios, donde la gente también huía de las balas entre las ruinas de las casas y los restos humeantes de las iglesias ortodoxas. La última fotografía que le enseñó Ron era la de una muchacha que yacía en una cama de hospital. La sábana le cubría púdicamente el pecho, dejando al descubierto sus hombros, el brazo izquierdo y el cuello, su piel blanca salpicada de manchas negras que también le moteaban el rostro; señales de metralla. Tenía el pelo revuelto y sucio, la boca entreabierta y una mirada que la perturbó: ausente, sin vida, empavorecida, la expresión de quien ha visto cosas que no quería ver, del que se ha hundido hasta el fondo en el pozo oscuro del horror y guardará para siempre ese recuerdo. La cara le resultaba familiar. Una duda le asaltó. ¿Sería alguna amiga suya de Sarajevo? Ella había tenido amigas musulmanas, amigas íntimas...

—¿La reconoces? —le preguntó Ron.

—No —se apresuró a contestar—, cómo voy a reconocerla, nunca he estado en Sarajevo.

—Es Alma. Alma, *dodji ovdje* —dijo Ron en un bosnio infecto—, ven aquí, cuéntale a Ana cómo te hirieron.

La musulmana, que seguía luchando con el fax, sentada al escritorio, se volvió y los miró con alarma. Ron insistió. Alma terminó por levantarse y se aproximó a ellos. No quiso sentarse, permaneció de pie, como una niña que se examina con su profesor y, como a una niña, se la veía asustada, temerosa de no dar con la respuesta adecuada, la mano derecha restregando sin cesar el brazo izquierdo, en un tic nervioso que ponía nerviosa a Ana.

—Los serbios cortaron la luz, el agua y el gas a todo Sarajevo —empezó a decir con voz insegura, como si recitara una lección mal aprendida—, también el teléfono, estábamos cercados e incomunicados y... ellos siguen estándolo. Hace mucho frío en invierno en Sarajevo. Talábamos los árboles de los jardines y de los parques para hacer leña, quemábamos los libros y los muebles que no fueran imprescindibles, nos iluminábamos con velas y lámparas de aceite. Pero el agua es lo más necesario y a veces había que ir a por agua aunque la artillería serbia estuviera disparando desde las colinas o, desde algún edificio del mismo Sarajevo, los francotiradores. Una mañana de enero mi padre, mi madre y yo salimos a la calle, a buscar agua a la fuente de la fábrica de cerveza, con una carretilla y varios bidones. Había cola, siempre había cola en las fuentes y ya sólo faltaban dos turnos para que nos tocara a nosotros, cuando esos jodidos serbios, *those fucking serbs* —dijo—, lanzaron un obús sobre nosotros.

Mi madre, que estaba a mi lado, se desintegró, ¡fum!, estalló en pedazos. Vi rodar calle abajo la cabeza de mi padre: tenía los ojos abiertos y me miraba; la seguí con la vista hasta que perdí la conciencia. Sobreviví, todavía no me lo explico, no sé por qué yo me salvé y no ellos. No pude ir a su entierro, estaba en el hospital. Permanecí en coma dos semanas. Los ojos de la cabeza cortada de mi padre... Los veo todos los días. Me pregunto si me veía, si quería decirme algo...

—*Show her the scars* —la interrumpió Ron con brusquedad—, enséñale las cicatrices. Mira cómo le dejaron el vientre a la pobre Alma.

La chica se desabotonó los cuatro botones inferiores de su camisa y Ana pudo ver un dibujo caótico de topos negros que resaltaban sobre la piel pálida, los agujeros indelebles de la metralla.

—También por detrás —exigió Ron—, también la espalda, muéstrasela, se la han dejado como un colador.

Pero Alma se rebeló:

—No, ya está bien, no hace falta.

Y Ana comprendió cuál era la causa de esas marcas que le desfiguraban la cara y el porqué del afán de la chica por estirarse la camisa y cubrirse la espalda cuando se enderezó para saludarlos a su llegada. La compadecía, cómo no iba a apiadarse de ella, pero le resultaba sospechoso que les contara la historia de la cabeza cortada de su padre con esa voz monótona, sin alterarse, cuando hubiera debido estar llorando, y le irritaba su expresión altiva, desafiante, esa mirada cargada de odio, de rencor, que le hacía sentirse culpable sin ningún motivo, ella no había disparado aquel obús, ni tampoco el ejército serbio, de eso estaba convencida, los soldados serbios no atacaban objetivos civiles, jamás harían fuego en una cola de gente que esperaba para comprar el pan o recoger agua, eso lo hacían sólo los muyahidines, pero cómo decirle a esa musulmana que eran los suyos, sus propios soldados, los Boinas Verdes, quienes habían matado a sus padres... No la creería y por eso, por su obstinación en el error y su odio hacia los serbios, su compasión por la chica se trocó en desconfianza, recelo, esa historia de la cabeza tronchada era demasiado truculenta, parecía sacada de la leyenda del rey Lazar. El canadiense apartó la carpeta de su regazo y la depositó en el suelo, desparramando las fotos en el proceso. Se dirigió hacia Alma y la rodeó con sus brazos, en un abrazo torpe y aparatoso que la tapó de la vista de Ana. La musulmana lloraba, ahora sí, como si hubiera comprendido que su comedia, para resultar convincente, precisaba del llanto, pero quizá era injusta con ella, tal vez no fuera comedia, o no todo, y pensó que debería mostrarle de algún modo su simpatía, era una persona aunque fuera su enemiga. Se puso en pie, indecisa, no sabía qué decir, ni qué hacer.

—*It is very sad. It's terrible. I'm really sorry, Alma* —acertó a balbucir, e iba a añadir algo más cuando la voz ronca de la musulmana la paralizó.

—La única razón por la que sigo viviendo, *the only reason I want to go on living* —dijo Alma—, es para ver muertos a Karadžić y a Mladić. ¡Esos chetniks pagarán

con sus vidas el asesinato de mis padres!

—Pagarán, tarde o temprano, y vivirás para verlo, tenlo por seguro, Alma —la animó Ron, en tono casi alegre, como el que dice: «Dejará de llover, mañana saldrá el sol, todo irá bien»—. He conseguido un vídeo de esa gente, Karadžić y Mladić. ¿Quieres verlo?

La chica musulmana, que ya no lloraba, sacudió con furia la cabeza:

—No —dijo—, no quiero ver a esos hijos de puta.

—Yo sí quiero verlos —se sorprendió a sí misma diciendo Ana.

En ese momento entró Sasha haciendo equilibrios con una bandeja: les traía café, té, galletas, azúcar y unas tazas. Se había duchado y lavado el pelo, que aún estaba húmedo. Se había puesto una camisa azul, limpia, y unos pantalones negros con pinzas. Olía a loción de afeitar. Venía silbando.

—¿Ahora vas a poner un vídeo? —increpó a Ron, quien, de rodillas frente al televisor, introducía una cinta en el reproductor—. *Didn't you say you were going?* ¿No has mandado todavía ese jodido fax?

Ya no disimulaba su impaciencia; se había lavado y acicalado para follar con Ana y su estúpido amigo canadiense no quería comprenderlo, empeñado en dar al traste con sus planes. El fotógrafo se disculpó.

—Es un vídeo muy corto, dura menos de cinco minutos. Tu amiga andorrana quiere verlo. Es muy interesante, procede de un documental de la BBC, dirigido por un polaco llamado Pawlikowski, quien se las apañó para que esos locos de la Republika Srpska le dejaran filmarlos.

Sasha, refunfuñando, se dejó caer en el suelo, a los pies de Ana y encendió un cigarrillo.

—OK —dijo—, cinco minutos y te vas.

En la pantalla, tres hombres sentados a una mesa examinaban un mapa. Uno de ellos, el del medio, trazaba círculos negros con un rotulador sobre el plano.

—*Hemos de demostrar a la opinión internacional que no estamos asediando Sarajevo, sino defendiendo nuestro territorio* —explicaba con una voz grave y perezosa, que se arrastraba—. *Este mapa muestra con claridad que Sarajevo ha sido construida sobre territorio serbio. Sólo discutiremos las áreas donde las poblaciones se solapan, como en los valles del Neretva y del Sava.*

—Éste es Karadžić, el presidente de la Republika Srpska —les informó Ron—, y el tío con cara de bestia que está a su izquierda es el general Mladić.

El general Mladić, un hombre de cara ancha y redonda, la expresión torva, interrumpió a su presidente:

—*No, el Sava no se discutirá.*

—*Pero podrían decirnos...*

—*Pueden decir lo que quieran, pero es nuestro.*

—*En tal caso, quizá podríamos hacer alguna concesión en el área de Kupres...*

—sugirió Karadžić en tono humilde, casi obsequioso.

—*No podemos* —sentenció Mladić, implacable.

—Está claro quién manda en la Republika Srpska —dijo Sasha—: *fucking general Mladić. What a bastard!*

—Es un sádico, un psicópata, un megalómano... Dice: «¡Cuando yo hablo es como si hablara Dios!» Y es un cobarde. Se dedica a matar civiles, ancianos, mujeres y niños desde lo alto de las colinas que rodean Sarajevo, con toda impunidad. Tengo unas grabaciones que ponen los pelos de punta... Son conversaciones tuyas con subordinados, interceptadas por servicios de inteligencia extranjeros o por los bosniacos. Os las voy a poner.

Sasha protestó.

—Has dicho cinco minutos. ¡Ya han pasado!

Pero el canadiense era obstinado.

—Sólo dos minutos más, *please*. Y a tu amiga le interesa —afirmó, sin preguntarle a ella, a quien molestaba todo: el humo del cigarrillo de Sasha, que le escocía en los ojos, su proximidad, ahora indeseada, esos comentarios mordaces y peyorativos, tan injustos, sobre personas que apreciaba. Se sentía enjaulada. Sasha empezó a rezongar por lo bajo y Ron le ordenó silencio con una mano, mientras con la otra oprimía un botón del mando, acelerando la cinta. Cuando localizó lo que buscaba, la detuvo:

Era de noche. En la pantalla oscura unos puntos de luz rojos, amarillos y naranjas ascendían a una velocidad vertiginosa sobre Sarajevo y caían sobre la ciudad con una explosión festiva, de fuegos artificiales, ¡fffsss!, ¡BOOM! Los morteros, las granadas o lo que fuere impactaban en los edificios con gran estruendo de cristales y conjuraban llamas, bolas de fuego que iluminaban súbitamente la pantalla, reproduciendo en la superficie de la ciudad la espectacular pirotecnia que tenía lugar en el firmamento.

—*Soy el general Mladić* —decía una voz—. *No te asustes. ¿Tú quién eres?*

—*Soy Vukašinović.*

—*Haz fuego sobre la Presidencia y el Parlamento, fuego directo, a intervalos, hasta que yo te diga que pares. ¡Fuego!*

—*Entendido.*

—*Dispara sobre los barrios de Velešići y también Pofalići. Casi no quedan serbios allí. Dale al fuego de artillería. No les dejes dormir. ¡Vamos a volverlos locos!*

La conversación transcurría en serbio; en la pantalla, unos subtítulos la vertían al inglés. La traducción no era mala.

Ahora la escena era diurna y el fuego de la artillería, menos vistoso, incoloro, pero se advertía mejor su efecto destructivo. ¡PUM!, saltaba un coche por los aires. ¡PLAF!, se abría un boquete en la fachada de un edificio, del que salía mucho humo. Los ciudadanos corrían, amedrentados, cruzaban las calles a la carrera para refugiarse bajo el alero de una casa o en un portal.

—*Corren como hormigas...* —observaba un soldado.

—Como hormigas... —repetía Mladić, regocijado—. Que trabajen los francotiradores —ordenó a continuación, con voz de mando.

—Van a estar disparando toda la tarde.

—Eso. Que trabajen. Directo a la carne. ¡Que apunten sólo a la carne!

—Enough! Ya está bien —dijo Ana, levantándose—. Me voy.

Sasha no entendía su reacción.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

Ron, contrito, atribulado, consciente de haber irritado al posible ligue de su amigo, el cual nunca se lo perdonaría, se apresuró a apagar el televisor y a anunciar su marcha, lo que demoró la de Ana. Quería irse pero no con ese periodista de la CIA, ni con su amiga turca. Los odiaba. Cuando Sasha regresó al salón, tras despedirles, la encontró recogiendo sus cosas.

—¿Por qué te quieres ir? ¡Ahora que por fin nos hemos librado de ellos! Este Ron es un patoso, no sabe cuándo está de más, *he's tactless*.

—*He's a liar* —dijo Ana—. Todo eso que ha explicado de Sarajevo, de la guerra de Bosnia, esas... ¡esas fotos!, la cabeza cortada... ¡todo es mentira!

Él la miraba atónito. No entendía nada.

—No soy andorrana. Soy serbia.

Y Sasha entendió, o pareció entender. Le dijo que ya sabía que no era andorrana. La noche anterior, en la discoteca, la oyó hablar en una lengua eslava con el amigo que la recogió y con quien se fue al hotel, un tipo enorme.

—Supuse que serías búlgara o croata —se disculpó—. Serbia no, creí que a los serbios no os dejaban viajar.

Ella tuvo que admitir esa humillación; los aviones serbios no podían volar por orden de la comunidad occidental. Para viajar a Moscú habían tenido que desplazarse a Budapest en coche. Regresaría siguiendo el mismo itinerario: vuelo a Budapest, desplazamiento por carretera hasta Belgrado. Repuesto de la sorpresa, Sasha intentó calmarla.

—Comprendo que Ron te haya incomodado —le dijo—, él detesta a los serbios, tiene muchos amigos musulmanes en Sarajevo, creo que hasta una novia... Y está obsesionado con esa guerra, no habla de otra cosa, es un pesado, *he's a fucking bore*. Yo no tengo nada contra los serbios, al contrario, y siempre le digo a Ron que no hay que confundir a los ciudadanos con sus gobiernos. Los serbios no tienen ninguna culpa, tú no tienes ninguna culpa de las barbaridades que cometen esos psicópatas de Karadžić y Mladić...

—¡El general Ratko Mladić no es ningún psicópata! Es un héroe, un gran héroe serbio. Y la voz de esas grabaciones no es suya.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es mi padre.

Sasha se resistía a creerla.

—Primero me dices que eres andorrana y ahora pretendes ser la hija del general

Mladić.

Pero no le mentía en eso, su nombre completo era Ana Mladić; en cuanto a lo demás... era la voz de su padre.

Cuentan que unos generales serbo-bosnios que regresaban en un Puch del frente de Bosnia hicieron un alto de madrugada en una granja de vacas, cerca de Sokolac. La granja la dirigía un capitán, pues había sido militarizada: la leche y la carne del ganado se destinaban al avituallamiento del ejército. Tras despertar al capitán y hacerle algunas recomendaciones urgentes sobre su llevanza, uno de los generales propuso o, mejor dicho, decidió:

—Vamos a dar de comer a las vacas.

—¿A estas horas? —protestó otro general, quien consideraba humillante e indecoroso que militares de tan alta graduación como ellos se dedicaran a esos menesteres.

—¡Que se enteren también las vacas de que han llegado unos generales! Y no lo sabrán si no les damos de comer —contestó el primer general, seguro de que su deseo se vería cumplido: era el que mandaba más, el que mandaba siempre y el otro estaba acostumbrado a obedecerle.

Ésta es la historia de dos de aquellos generales.

Uno de ellos se identificaba como yugoslavo y pronunció el siguiente voto de lealtad a su país: «Juro solemnemente servir a mi pueblo, defender mi patria socialista, la República Popular Federativa de Yugoslavia, proteger la hermandad y la unión de nuestras naciones y el prestigio del Ejército Popular Yugoslavo [...] Siempre estaré preparado para luchar por la libertad y el honor de la Patria y no lamentaré dejar mi vida en ese empeño.» En 1991, poco antes del inicio de la guerra entre serbios y croatas, hallándose destinado en Knin, ciudad ubicada en la *krajina* croata (zona con predominio de población serbia pero perteneciente a la república croata), arengó así a unos soldados indisciplinados del cuartel que habían osado izar la bandera serbia en sustitución de la yugoslava: «Yugoslavia es la única y la mejor opción para los pueblos que la integran. He visitado villas y aldeas de nuestros hermanos croatas y he comprobado que la mayoría está a favor de permanecer en Yugoslavia, con la salvedad de unos pocos extremistas que pondremos en vereda. El Ejército Popular Yugoslavo, al que me honra pertenecer, desempeñará el mandato recibido de la presidencia yugoslava: defenderá las fronteras de la patria y los principios de fraternidad y unidad entre los diversos pueblos que la integran», y aleccionó a su primo y compañero de armas, Jovo Lalović, al cual, como a tantos otros militares del ejército popular yugoslavo, pillaron desprevenido los acontecimientos: «El estado yugoslavo se está desintegrando. Nadie sabe qué sucederá, pero ten siempre presente que un día juraste lealtad a Yugoslavia, tu patria: no faltes a tu palabra.» Este general del ejército popular yugoslavo pertenecía al

partido comunista y vestía el tradicional uniforme de color gris olivo, con la estrella roja de cinco puntas, en la cabeza la comunista *titovka*.

El otro general era serbio y sólo serbio; abominaba de Yugoslavia. «Tanto la primera como la segunda Yugoslavia se construyeron sobre cadáveres serbios y se regaron con sangre serbia. Las fronteras internas de las repúblicas yugoslavas fueron trazadas por los políticos borrachos de Tito, quienes les robaron territorio a los serbios. En lugar de integrarse en Yugoslavia, los serbios hubieran debido crear una Serbia independiente, un país como Italia, Suecia, Inglaterra o España», declaró. Juró con su honor y con su vida defender la soberanía, el territorio, la independencia y el orden constitucional de su patria, la Republika Srpska de Bosnia y Herzegovina, así como servir lealmente a su pueblo. «Con la ayuda de Dios», añadió. No había ninguna estrella en su uniforme de camuflaje. Se tocaba con una gorra vistosa, peculiar, que hacía reír a los serbios de Serbia pero concitaba la admiración de los serbios de Bosnia: era una gorra regia, en verde y oro, con dos lomos y visera, derivada de la tradicional *šajkača*, al frente un escudo con la bandera tricolor, roja, blanca y azul; ninguna estrella, repito: este general odiaba el comunismo, su emblema era el águila bicéfala coronada.^[3] Explicó a un periodista que la Republika Srpska era la plasmación del anhelo milenario del pueblo serbio de vivir unido en su propio territorio. «Como nos enseña la naturaleza, las águilas no vuelan en bandada con los cuervos. Cada ave forma su propio nido y vuela con sus congéneres, del mismo modo el pueblo serbio quiere vivir sólo con los suyos.»

El general yugoslavo era ateo, el serbo-bosnio, un ferviente cristiano ortodoxo. Alardeaba de que en su aldea natal de Božanovići (que significa Aldea Divina), situada en lo alto de un cerro, se hallaba más cerca de Dios que el resto de la humanidad. En una alocución a sus soldados, el día de *Vidovdan*, les recordó que libraban una batalla en defensa del orgullo, el honor, el sagrado crucifijo y la libertad del pueblo serbio. Aludió al príncipe Lazar, a su sacrificio por la fe ortodoxa y el pueblo celestial e invocó los valores imperecederos de *Vidovdan*: honor, fe y libertad.

Al otro general (en adelante, el bueno) no le gustaban las guerras: «Sueño con que no hayan más guerras», fantaseaba. «Que hasta la palabra “guerra” sea proscrita entre los hombres y las armas no se fabriquen ni como juguetes. Ya es hora de que todos los amantes de la paz reflexionemos adónde nos lleva todo esto; ya es hora de que callen las armas en esta región de la Tierra y en el mundo entero.»

El otro, el malo, no era ningún pacifista: «El mayor obstáculo para la paz es... ¡la guerra! —decía riendo—. Soy consciente de que hay otros medios de propugnar nuestros valores, aparte de la guerra. Pero si esos valores corren peligro y se ven seriamente amenazados, no hay más solución que defenderlos en la batalla. Defender a tu pueblo es un deber sagrado. [...] Las personas cabales tienen que comprender... que van a morir muchos inocentes. Todo el que pueda debe empuñar las armas.» Era tal su celo bélico, que acuñó nuevas órdenes de mando: *raspameti* (¡volvedles locos!) y *sprži* (¡achicharradlos!). Su concepto de territorio serbio era muy amplio: «Allí

donde un soldado serbio haya derramado su sangre, es tierra serbia.» Tras tomar el pueblo musulmán de Osmače, comentó que la operación había sido ardua: era una población donde ningún serbio había vivido jamás, ni puesto un pie en ella; por fortuna, él la había liberado y restituido a la nación serbia: no quedaba ningún musulmán en Osmače, no quedaba nadie. Le gustaba jactarse de que «cuando pise con una bota en Ljubljana y con la otra en Trieste, Europa temblará». Al rumor de que el Consejo de Seguridad de la ONU debatía la posibilidad de bombardear las posiciones de la artillería serbo-bosnia, reaccionó con la amenaza: «¡Entonces yo bombardearé Londres!» Y ante la visión de decenas de miles de refugiados musulmanes en la base militar de Potočari, cerca de Srebrenica, que inspeccionó a caballo, como uno de esos guerreros de antaño que tanto admiraba, no pudo reprimir su deleite: «¡Cuántos hay! Va a ser un banquete. La sangre nos llegará hasta las rodillas.»

El general bueno (el otro), era modesto: «No soy ningún héroe —decía—, sólo un simple soldado que defiende a su país.» Su reverso fanfarroneaba: «Cuando yo garantizo algo es como si lo garantizara el mismísimo Dios todopoderoso.» A unos refugiados civiles que huían de Žepa en un autobús les espetó: «Ni Alá, ni la ONU, ni la OTAN os pueden salvar. Únicamente yo.» El general bueno daba caramelos a los niños refugiados; el malo se los quitaba de la boca, de las manos. El general bueno quería y cuidaba a sus soldados. «Los soldados serbios son los héroes, no yo», repetía. Lloró cuando uno de ellos murió en sus brazos: «¡Oh Dios! ¿Por qué no te has llevado mi vida en lugar de la de este muchacho?» Dormía al raso con la tropa en las trincheras, comía de su rancho. Si le regalaban provisiones, las repartía entre los reclutas. En una de sus visitas espontáneas a primera línea del frente, encontró a sus hombres ateridos y empapados después de una lluvia torrencial. Se sacó la gorra, la llenó del agua turbia de una charca y se la puso en la cabeza. «Ahora ya soy como vosotros», dijo.

El general malo era despótico. A un soldado que se había salido de la formación, lo derribó de un puñetazo. Cuando le comunicaron que otro recluta, un responsable de comunicaciones, se hallaba de baja por haber sido herido en una pierna, montó en cólera. «¿En la pierna? Se ha disparado él mismo. Es un desertor. Herirse a sí mismo... ¡Qué lo devuelvan a la posición!»

El general bueno se preocupaba por los civiles y los prisioneros de guerra. Instruía a sus soldados: «Cuando entréis en un pueblo, ocupadlo de forma pacífica. No robéis, lo que ha sido robado está maldito. Sed considerados con las familias, con las mujeres, los ancianos y los niños. En cuanto a los que llevan uniforme, sabéis que debéis actuar de conformidad a la convención de Ginebra.»

El general malo no tenía esas preocupaciones: no tomaba prisioneros. «Cada vez que veo a un enemigo muerto, me dan ganas de volver a matarlo», decía. En cuanto a las normas de la convención de Ginebra, no le gustaban: jamás respetaba un alto el fuego y violaba con alegría y deliberación la zona de exclusión aérea que la ONU

había decretado sobre Bosnia-Herzegovina. A un periodista que le manifestó su sorpresa al verlo aterrizar en helicóptero, le espetó: «¡El comandante en jefe del ejército de la Republika Srpska no viaja en burro!»

El general bueno era cortés, atento y hospitalario con los periodistas. Los recibía en su despacho, les ofrecía café o *rakija*. El malo... ¡ja! Arremetió a golpes contra un reportero de Reuter y cuando una periodista del *Sunday Times*, Janina di Giovanni, intentó concertar con él una entrevista, asomándose a la ventanilla del coche en el que viajaba, gritó a los soldados que lo escoltaban: «¡Sacadme a esa bruja de ahí porque si no me la llevo por delante!»

Al general bueno le fascinaban las abejas y se dedicaba a la apicultura en sus (escasos) ratos libres. El general malo estaba más interesado en la antropología, puesta en relación con la zoología; en particular, le fascinaba el curioso paralelismo que se manifiesta entre el comportamiento animal y el humano en determinadas circunstancias. Desde lo alto de una colina que dominaba Sarajevo espiaba a través de sus prismáticos la muchedumbre de ciudadanos que bullían y se afanaban por las calles de la ciudad, en sus rutinas diarias, aprovechando un alto el fuego. «¡Corren como hormigas!», observó, pero quizá por falta de tiempo (había que aprovechar el factor sorpresa de la tregua), no se detuvo a analizar con más profundidad el fenómeno, sino que acto seguido dio la orden: «Que trabajen los francotiradores. ¡A por ellos! ¡Que disparen a la carne, sólo a la carne!»

Los dos, el general bueno y el general malo, nacieron en 1942 en la aldea de Božanovići, un villorrio perdido de las montañas de Bosnia-Herzegovina, al que se accede, con dificultad, a través del consabido camino tortuoso y sin asfaltar. Una típica aldea de serbios pobres y campesinos, que conviven con vacas, ovejas y gallinas en sentido literal, hasta duermen con ellas, sepultada bajo la nieve durante el invierno y parte de la primavera, integrada por unas pocas casuchas apiñadas, un lugar que podríamos calificar de *vukojebina*: paraje hostil, desolado, donde sólo van a follar los lobos, gráfico término que hemos tomado prestado del pintoresco vocabulario del general malo. Los dos, el general bueno y su contrario, el malo, perdieron a su padre en la segunda guerra mundial. Era un combatiente partisano al que asesinaron los ustachas cuando ambos generales tenían tres años. Como es norma de los héroes serbios, fueron criados por una madre viuda, campesina, pobre y muy serbia, a quien en una ocasión unos chetniks desalmados encerraron en un establo, una trenza atada al cuerno de una vaca, la otra a un poste, tras lo cual prendieron fuego al pajar y se fueron; los vecinos la rescataron del incendio. Ambos, el general bueno y el general malo, guardaron hondo resentimiento de por vida tanto a los ustachas como a los chetniks. A los dos les divertía dar de comer a las vacas, sin importarles que les mancharan con sus babas las bocamangas bordadas en oro de sus uniformes. Ambos se llamaban Ratko Mladić.

El otro general, el que consideraba humillante confraternizar con el ganado, pues si se había hecho militar era precisamente para escapar de las boñigas de vaca y de su

propia y particular *vukojebina*, alguna triste y solitaria aldea de la Serbia profunda, ése no sé quién es, ni cómo se llama; aunque puedo entender y compartir sus razones, no me consta que fuera ningún héroe.

«Mi nombre es Legión, porque somos muchos», contestó a Jesucristo el endemoniado de Gerasa y creo que todos podríamos suscribir sus palabras; todos somos legión, aunque a efectos prácticos respondemos a un solo nombre. Mi padre repetía que no sabemos quiénes somos hasta que las circunstancias nos ponen a prueba. Discrepo: nunca llegamos a saber quiénes somos o nunca llegamos a fijar una sola de las múltiples personalidades que, como íncubos o súcubos, nos habitan alternativamente, dependiendo de la hora del día, de la estación del año, del estado de nuestras muelas o de la marcha de la economía doméstica. Somos uno para desayunar, otro para comer, otro después de que nos hayan robado la cartera y otro distinto, pletórico y ufano, tras una conquista sexual o un ascenso. Somos fríos y racionales cuando abandonamos a un amante; románticos, apasionados, extraordinariamente sensibles y harto rencorosos cuando los abandonados somos nosotros. Sí, somos muchos y no tenemos idea de cuál de nosotros estará de turno cuando llegue el momento de la despedida, cuál de nuestros múltiples demonios internos exhalará nuestro último suspiro, si el sabio plácido y generoso, que dirá adiós con una sonrisa y un perdón, o el cobarde egocéntrico, que gemirá de autocompasión y se aferrará a las sábanas en un desesperado intento final de aferrarse a la vida y por eso cuando alguien cercano, un amante, un hermano, nos dice: «Te conozco muy bien, perfectamente, sé cómo eres», nos encogemos de hombros y sonreímos para nuestros adentros, pensando: «¿Cómo vas a conocerme tú, si ni yo mismo sé quién seré esta noche?» Nadie conoce de verdad a nadie: ni el amante a la amada, ni el hermano a la hermana, ni la hija a su padre.

Cuando las circunstancias nos ponen a prueba, lo que aprendemos, rara vez con orgullo, a menudo espantados, es lo que somos capaces de hacer. No me lo tengáis en cuenta, suplicamos, no me reconozco en este acto, no fui yo, sino un demonio que se apoderó de mí en el torbellino de la cólera, actué sin pensar, me precipité, si lo hubiera meditado me habría comportado de distinto modo. Procuramos borrar, si nadie nos ha visto, las huellas de nuestros desmanes y, si eso ya no es posible, buscamos a alguien a quien atribuir la culpa. Una vez, con cuatro o cinco años, fui tentado con un rotulador y una pared blanca; pequé, la cubrí de monigotes, de casitas y soles con rayos generosos; sólo una vez completada mi obra comprendí el alcance de mi transgresión, anticipé la justa ira de mi madre y me apliqué infructuosamente a borrar la tinta. Cuando mi madre descubrió el crimen, negué ser su autor: «Lo ha hecho Svetlana», dije, pero mi hermana mayor había ganado el primer premio en un concurso de dibujo celebrado en conmemoración del cumpleaños de Tito y esos garabatos eran indignos de su mano experta; me delató mi torpeza. Fui castigado doblemente: por pintarrajear la pared y por mentir y también porque mi padre, que volvía demasiado alegre de una presunta reunión, intercedió en mi favor, afirmando

que mis chafarrinones no carecían de encanto y que tal vez mi madre se proponía castigar al Picasso en ciernes de los Balcanes, lo cual redobló su celo inquisidor: mi madre no quería artistas en la familia, quería contables.

Y si Ratko Mladić hubiera ganado la guerra de Bosnia, la historia oficial se habría encargado de borrar o negar ciertos crímenes, ciertos abusos, procurando que en sus retratos, estatuas y biografías (o hagiografías) sólo fuera resaltado el perfil bueno; el otro, el del asesino, habría permanecido para siempre en penumbra. Y así, las generaciones venideras de niños serbios habrían aprendido (y memorizado) que el glorioso general Mladić nació en el seno de una familia humilde, hijo de Stana Lalović y de Neda Mladić, héroe partisano. Siendo todavía un bebé, su madre enfermó del tifus y no pudo darle el pecho. Un soldado italiano, padre de cinco hijos, que se alojaba en su casa, salvó la vida del niño, alimentándolo con leche. La casa natal de los Mladić fue destruida en el fragor de la guerra mundial por los partisanos, que consideraban Kalinović un baluarte de los chetniks, lo que no deja de ser irónico, dado que el padre de Ratko murió por la causa de Tito y su tío materno, Aleksa (un segundo padre para Ratko), también fue militar y partisano. El pequeño Ratko, como hijo de viuda, ya desde pequeño tuvo responsabilidades de adulto; al regresar de la escuela se ocupaba del huerto y del ganado. Una noche oyó aullidos de lobo cerca de su casa. Salió al corral y vio cómo un lobo hacía presa de su corderito preferido. Valiente y decidido desde niño, Ratko ahuyentó al lobo a gritos y garrotazos, salvando a su corderito.

Pregunta de un examen escolar: ¿Qué nombre tenía el corderito?

(Esta cuestión sería capciosa; el niño o niña que le atribuyeran uno, *Blanquito*, por ejemplo, o *Revoltoso*, recibirían un suspenso, siendo la respuesta correcta: el corderito no tenía nombre, era innominado.)

En el colegio el pequeño Ratko se sentaba siempre en primera fila y copiaba muy bien: sacaba sobresalientes. De mayor quería ser maestro, pero cuando sufrió en sus propias carnes la crueldad de un mal profesor, cambió de vocación y aspiró a ser médico. La pobreza le impidió materializar su sueño; al terminar la escuela primaria se fue a Sarajevo y se puso a trabajar como aprendiz de mecánico, pero su tío Aleksa lo rescató de un futuro anodino y consiguió que ingresara en la academia militar de Zemun. El joven Mladić era buen mozo, de sonrisa irresistible y chispeantes ojos azules, con el pelo castaño peinado a lo Elvis Presley, tupé incluido, un Elvis de pueblo por el que suspiraban todas las lugareñas, amante de la fiesta, el baile y las canciones. Esta parte de la biografía del héroe Mladić, su faceta de Casanova, no sería recogida en los libros de texto, donde sólo se constataría que en el año 1966 se casó con Bosiljka Jedić, una chica serbia que conoció en Skoplje, madre de sus dos hijos, Darko y Ana; ninguna otra mujer, salvo su madre Stana o su hermana Milica, sería relacionada jamás con el general Mladić, esposo y padre ejemplar.

En el año 2030, algún chaval listillo se llevaría una reprimenda y puede que una expulsión al emular al ínclito general Mladić espetando al profesor que pretendiera

someterles, a él y a sus condiscípulos, a un examen imprevisto de matemáticas: «Antes de contestar a sus preguntas y resolver los problemas, profesor, haga el favor de demostrarme que sabe las soluciones.» En 1978, cuando era capitán en Kumanovo, Macedonia, el gran héroe serbio Ratko Mladić se hartó de sufrir constantes inspecciones sorpresa por parte de oficiales del cuartel general de Skoplje y le soltó a un brigada que dirigía el enésimo equipo de inspección:

—Camarada Brigada, nadie respeta más que yo la jerarquía y la disciplina militar, pero sucede que cada dos por tres aparece sin avisar un equipo de inspectores y tengo que interrumpir las maniobras y la instrucción de los soldados y permitir que metan sus narices en todas partes. Para colmo, la mayoría de los oficiales inspectores no tienen ni la más remota idea de lo que es un batallón y ni siquiera saben qué inspeccionar, de manera que antes de que usted y sus camaradas procedan a su trabajo, voy a someterles a un examen.

—¿Un examen, camarada Capitán? ¿Qué estupidez es ésta?

—Un examen sobre los asuntos que deben inspeccionar. Ya le he dicho que los inspectores que nos han visitado en ocasiones previas eran unos ignorantes y dudo que hayan tenido tiempo ni ganas de aprender desde entonces.

El inspector, sintiéndose afrentado, presentó una queja contra el insolente capitán de Kumanovo ante el comandante del cuartel general de Skoplje, quien le hizo notar que el capitán denunciado no carecía de razón.

—¿Cómo ha dicho que se llama ese loco?

—Ratko Mladić.

—¡Ah, sí! ¡Él...!

Y empezó a forjarse la leyenda, que gestas más grandes y portentosas habrían de acrecentar: la vez que se internó en el campo enemigo, haciéndose pasar por un teniente croata y fue interceptado por un miliciano croata, que reconoció su anillo.

—Tú no eres el coronel Stejpan Fazlija, sino Ratko Mladić —le dijo el croata—, eres muy peligroso, tenemos orden de matarte.

Mladić consiguió disimular su nerviosismo y con extraordinario aplomo esgrimió un documento de identidad a nombre de Fazlija, persuadiendo al croata de que se había equivocado.

—Pero si alguna vez te topas con ese Mladić —aconsejó al miliciano—, harás bien en liquidarlo, es un verdadero monstruo.

O aquella otra ocasión en que la columna que comandaba se topó con un autobús atravesado en la carretera que llevaba a Vrlika. Un grupo de periodistas acompañaba al convoy y el general Mladić los reclutó:

—Camaradas periodistas —dijo—, el autobús que tenemos delante está minado. Quédense aquí: voy a desactivar las minas.

—¡Este coronel está chalado! —comentó en voz alta uno de los periodistas.

—¡Tu padre sí que estaba zumbado cuando trajo al mundo a un gilipollas como tú! —replicó Mladić, y subió al autobús. Diez minutos después descendió sonriente,

frotándose las manos y convocó a los periodistas «que tuvieran huevos».

—¡Periodistas, marchando! ¡Adelante, uno, dos!

Pero los periodistas no tenían huevos y no le siguieron; unos pocos, más varoniles que el resto, acabaron por acceder al requerimiento del coronel y ascendieron al autobús con él: una vez dentro, comprendieron («Tenía los huevos por corbata», dijo uno de ellos) que iban a presenciar la desactivación de la mina.

—¿Y si explota? —preguntó un periodista con voz temblorosa.

—¡Si explota, ya no habrá más preguntas! —respondió jovial el coronel Mladić—. Tranquilo, no explotará, ya la he desactivado.

—¿Qué cable ha cortado? —preguntó el periodista, todavía receloso.

—El amarillo.

—¿Cómo sabía que era ése?

—No lo sabía. Tenía que elegir uno, cuestión de suerte —respondió cachazudo Ratko Mladić.

Fue memorable su primer encuentro con el general francés Morillon, a quien hizo esperar más de una hora, hasta que finalmente la puerta del despacho de Mladić se abrió y el general salió de su oficina, seguido de un sargento que llevaba un tablero de ajedrez bajo el sobaco.

—¡General, me veo en la obligación de protestar por esta intolerable demora! —dijo Morillon—. ¡La reunión estaba prevista para las doce y ya es la una!

—No se sulfure, comandante —respondió Mladić—. Esperaba nuestra reunión con verdadero interés, pero antes tenía que resolver un asunto urgente. Me apasiona el ajedrez, como a Napoleón; sin duda recuerda que el emperador solía disputar partidas simultáneas con sus mariscales. Mi oponente era de menor rango, sólo un sargento mayor, usted lo acaba de ver, pero me había puesto en un brete. Comprenderá que no puedo permitir que me venza un sargento; Napoleón jamás fue derrotado por sus mariscales.

El general francés, que opinaba que si alguien se parecía a Napoleón era él mismo y no aquel grosero energúmeno serbio, nunca olvidó el desplante. Mladić no caía bien a los extranjeros, pero entre los suyos era un ídolo. Se granjeó el agradecimiento y la lealtad incondicional de sus soldados cuando en una carretera de la Republika Srpska interceptó dos camiones que transportaban tabaco de contrabando y ordenó que su carga fuera repartida entre la tropa. Poco después, en una intervención ante el parlamento de la Republika Srpska, se quejó de que miembros de esa ilustre institución, que estaban allí cómodamente sentados, se dedicaran sin rebozo al contrabando de tabaco y alcohol, con la consecuencia de que los soldados que arriesgaban sus vidas por la patria, sin paga ni recompensa alguna, se veían obligados a pagar por los cigarrillos el décuplo de su precio.

—Les advierto que en adelante me incautará del tabaco de contrabando y se lo regalaré a los soldados, como hice con la carga de un par de camiones hace poco.

—No hable generalizando, general; son acusaciones muy graves las que acaba de

formular —le reprendió el presidente del Parlamento, Momčilo Krajišnik, el Cejijunto—. Póngase en pie y díganos a quién pertenecían esos camiones.

—Habría preferido no hacerlo, para no perjudicar la reputación de nadie, pero ya que insistes, lo aclararé: esos camiones eran tuyos, Momčilo, ¡tuyos!

Pregunta de un test de historia nacional en el año 2054: *El gran héroe serbio Ratko Mladić dirigía sus tropas al grito de:*

- a) ¡Adelante!
- b) ¡Seguidme!
- c) ¡A por ellos!

Táchese lo que no proceda.

Un alumno travieso, de nombre (pongamos) Danilo, tacharía las tres respuestas a), b) y c) en la pantalla de su libreta electrónica y añadiría una cuarta:

- d) ¡Folladme!

La respuesta correcta es b), ¡*Seguidme!* Danilo sería debidamente reprendido por su transgresión y obligado a copiar cien veces, en castigo, las siguientes citas patrióticas del gran héroe serbio:

El ataque, la ofensiva, es mi estilo en la guerra.

Nuestro objetivo es la unión de todos los territorios serbios, desde Knin, a través de Banja Luka y Sarajevo, hasta Belgrado.

Nuestros enemigos son los mismos contra los que lucharon nuestros padres y nuestros abuelos en las dos guerras mundiales: los croatas, los musulmanes y los alemanes.

Defender a tu pueblo no es ningún crimen, sino un deber sagrado.

El río Drina es la espina dorsal de la nación serbia. Sus aguas se nutren de las lágrimas de las madres serbias.

No hay grado más alto en el ejército que el de soldado. No me enorgullezco de ser general, sino soldado.

Si ello beneficia a mi patria, pondré mi cabeza en una bandeja.

La historia es un prado muy grande donde también pastan los burros... «**como Ratko Mladić**», apostillaría ese futuro bromista incorregible, el pequeño Danilo, haciéndose acreedor de un nuevo escarmiento, si Ratko Mladić hubiera ganado la guerra... Pero la perdió.

Pregunta: *¿Qué dijo el gran héroe serbio, general Mladić, al verse confrontado con la acusación de que sus hombres violaban a mujeres musulmanas?*

Respuesta: *Los soldados serbios no tienen tan mal gusto.*

Haz fuego sobre la Presidencia y el Parlamento, fuego directo, a intervalos, hasta que yo te diga que pares. ¡Fuego! Dispara sobre los barrios de Velešići y también Pofalići, casi no quedan serbios allí. Dale al fuego de artillería. No les dejes dormir. ¡Vamos a volverlos locos!

Había reconocido la voz de su padre, la forma que tenía de comenzar una frase en un tono grave que se volvía agudo y se aceleraba cuando daba órdenes: ¡... VOLVERLOS LOCOS! Pero bien podía tratarse de un imitador, los enemigos eran capaces de todo; del mismo modo que habían filmado a falsos prisioneros musulmanes en falsos campos de concentración serbios, podían haber empleado a un mimo profesional para que remedara la voz del general Mladić, obligándole a proferir atrocidades con el fin de ensuciar su buen nombre. Sin ir más lejos, Danilo Papo reproducía con tal fidelidad la voz de su padre Ratko, a quien sólo había tratado en un par de ocasiones, que una vez la llamó por teléfono y le hizo creer que era él. Sólo descubrió la impostura cuando su falso padre le recomendó, con mucho énfasis, que se acostara inmediatamente con ese joven que tan buena impresión le había causado, Danilo Papo. Sí, con toda probabilidad aquella grabación era amañada. Intentó explicárselo a Sasha, pero no quiso escucharla. Le tuvo que enseñar su pasaporte para convencerle de que era la hija del general Mladić. Y luego... Hubiera deseado persuadirle de que su padre no era el ogro que pintaban los medios occidentales. Al poco de estallar la guerra, su padre, el general Ratko Mladić, contempló impotente desde Vraca cómo se quemaba su casa de Pofalići, lleno de angustia porque no sabía si su madre, su hermano, sus primos o sobrinos habían quedado atrapados dentro y se estarían abrasando vivos. Días después, hallándose en el frente, vio en la televisión de Sarajevo al hijo de su vecino, Hamid Duraković, jactándose de haber prendido fuego a la casa de Mladić. En ese momento un artillero serbio apuntó un cañón a la casa de Hamid y le dijo a su padre: «¡Señor, le reservo el honor de disparar esta bomba!» Su padre se acercó al cañón; desde donde estaba tenía una visión nítida de la casa de su vecino. Pero no disparó. Y ella, Ana, que nunca había matado a nadie, de haberse hallado en su lugar quizá no habría podido contenerse. Recordaba bien a ese chaval esmirriado y lleno de espinillas, el hijo de Hamid. Una vez lo salvó de la ira de su padre y de la del suyo, Ratko, cuando ambos eran todavía buenos vecinos, ocultándoles que ese niño incendiario había sido el autor del balonazo que rompió una de las ventanas de la casa de los Mladić. Otro verano le curó una rodilla magullada y sangrante por una caída en bicicleta. Ella creía que el chico la apreciaba y le estaba agradecido; siempre le sonreía y la saludaba cuando se encontraban. Y sin embargo redujo su casa a cenizas.

Su padre acogió a treinta mil refugiados croatas en Žepče durante el conflicto entre bosnios y croatas, permitió la evacuación de más de doce mil musulmanes de

Srebrenica, a sabiendas de que no era sensato mostrarse compasivo o clemente con un enemigo que había arrasado más de un centenar de aldeas serbias en el entorno de aquella ciudad, pero tenía el corazón muy grande, ésa era su única debilidad y no la cobardía. Tres veces atentaron contra su vida. La primera, en la guerra de Croacia. El comandante Škaro, un oficial de etnia croata del ejército popular yugoslavo, que se había pasado al enemigo y de quien su padre sospechaba tenía topes o espías infiltrados en su compañía, cuando se unió al recién formado ejército croata alardeó de que se iba a cargar personalmente al coronel Mladić. Pero su padre, más astuto que él, le tendió una trampa. Una noche anunció de forma pública que a la mañana siguiente se desplazaría a Vrlika en un jeep. Y al otro día el jeep partió en dirección a Vrlika, pero Ratko Mladić no iba en él, lo seguía a corta distancia en otro vehículo, un Pinzgauer. Como había previsto, los paramilitares croatas le habían tendido una emboscada a la vuelta de una curva. Škaro estaba con ellos, pistola automática en mano.

—¡Sal de ahí, Mladić! —bramó el bravucón de Škaro—. Me follo a tu madre comunista y chetnik. ¡Te ha llegado el día del juicio final!

Dos policías militares serbios salieron del coche, los brazos en alto.

—¿Dónde cojones está Mladić? ¡Me follo a vuestras chetniks madres! —chilló fuera de sí el traidor Škaro. Los policías militares, ayudados por los refuerzos que emergieron del Pinzgauer, redujeron a los emboscados. También salió del Pinzgauer su padre y, desarmado, se encaró con su antiguo oficial.

—¿Así es como el comandante Škaro captura al general Mladić? No tienes seso para capturar a nadie, chico, piensas con el culo. No sólo no eres de fiar, sino también estúpido. Y si no eras de fiar para nosotros, tampoco lo serás para los croatas. ¿Cómo se llama tu superior? Le voy a escribir una nota explicándole lo inútil que eres y si Ratko Mladić te dice que eres un inútil, hazle caso.

Ése era su padre, el cobarde. Del temple con que su padre sobrellevó el segundo atentado podía dar fe: ella estuvo presente. El helicóptero que los trasladaba desde el cuartel de Crna Rijeka a Belgrado a ella, su padre y su hermano Darko, se quedó sin combustible cuando sobrevolaban Kupinovo, en la Vojvodina. El piloto, al informarles del hecho, también les dijo que antes de despegar, los aparatos de navegación indicaban que el tanque estaba lleno. Era un sabotaje y el autor tenía que ser uno de los suyos, un serbio. Su hermano Darko sufrió un ahogo, el asma siempre le acometía cuando estaba angustiado o nervioso. Intentaba respirar, boqueaba, el rostro congestionado, los ojos llenos de lágrimas.

—Tranquilo, hijo, cálmate —le dijo su padre, y quitándose el cinturón de seguridad, que se acababa de poner (no solía usarlo), se aproximó a Darko, le rodeó los hombros con un brazo y le aconsejó—: relájate, respira despacio.

Fue ella, como cuasi-médica, quien hurgó en el bolsillo de la chaqueta del trémulo Darko, encontró su inhalador, con una mano le mantuvo la boca abierta y con la otra le pulverizó el corticoide; los espasmos bronquiales cesaron, pero las lágrimas

y la angustia no.

—¿Qué vamos a hacer, jefe? —preguntó a su padre el piloto, que se había mantenido en respetuoso silencio durante la crisis asmática del hijo del general.

—¿Cuánta gasolina nos queda? —indagó su padre.

—Nada.

Hubo un silencio. Darko temblaba, su padre pensaba, ella le cogió la mano.

—¿Podemos aterrizar en ese maizal que se ve a la derecha? —preguntó su padre.

—Podemos intentarlo —respondió el piloto, y mientras el helicóptero, cada vez más bajo, trazaba una brusca curva para enfilarse al maizal y a Darko, súbitamente pálido y sudoroso, le castañeteaban los dientes, ella y su padre, las manos entrelazadas, miraban el paisaje. Era la hora del crepúsculo y una suave luz, como de oro viejo, bañaba la llanura y las plantas de maíz, que se mecían lánguidas bajo la brisa, como acunándose.

—¡Qué bonita es nuestra tierra! —suspiró su padre y le apretó la mano con fuerza.

Apartaron la vista de la ventanilla y se miraron. Se dijeron muchas cosas con los ojos: puede que sea el último maizal que veamos, ¡nos queda tanto por hacer: ganar una guerra, terminar una carrera...! Pero no me importa morir si es a tu lado. Lástima de Darko, no tendría que estar aquí, debería sobrevivirnos para consolar a tu mujer, a mi madre, él no es como nosotros, siente miedo, no comprende la belleza de perecer devorando con los ojos el esplendor de un maizal encendido por el sol declinante, un maizal serbio, una llanura serbia, un sol poniente serbio agazapado tras una colina serbia que nos hacen recordar con orgullo y determinación por qué morimos. Pero no murieron. El piloto logró aterrizar sobre el campo de maíz con una pericia que su padre calificó de milagrosa.

—Dios nos protege —dijo.

Cuando por fin salieron al aire húmedo y fresco del maizal, Darko, dando tumbos, se echó cabeza abajo en un surco y emitió un largo rugido, el piloto se puso a dar vueltas en torno al helicóptero, semienterrado entre las altas plantas del maíz, contemplándolo con ojos perplejos, asombrado de su propia hazaña, su padre conectó el transmisor y llamó a Crna Rijeka e increpó a voz en grito al mecánico que había revisado el helicóptero antes de la salida, follándose a su madre, a su padre, a su suegra y a toda su familia innumerables veces y ella se quedó allí, de pie junto a la cabina, abrazándose el torso, mirando al cielo que ya oscurecía, veteado de débiles rayos opalinos. Y casi lamentó haber sobrevivido, no podía imaginar una muerte mejor, que la hubiera liberado para siempre de ese temor constante que le carcomía el ánimo: que algo malo le sucediera a su padre. El general Mladić también sobrevivió al tercer atentado, en el que murió un soldado.

Las imágenes de vídeo no eran falsas, pero sí robadas. Aquel cineasta polaco, cuyo nombre había olvidado, engatusó con zalamerías al fatuo de Karadžić y con el pretexto de filmar un documental sobre las tradiciones serbias rodó una película en la

que ridiculizaba a la cúpula política y militar de la Republika Srpska. A su padre el proyecto no le gustó desde un principio.

—Un polaco metomentodo sigue a Radovan a todas partes y graba hasta nuestros gabinetes de guerra. ¡Pretendía que nos maquilláramos antes de la reunión para salir bien en la pantalla! Y el tonto de Radovan se maquilló. Es el presidente de un país en guerra y se muere por ser una estrella de Hollywood. ¡No es serio! —se quejaba y con razón, visto lo sucedido. ¿Qué habían dicho de su padre el canadiense y Sasha? Que tenía cara de bestia, que era un psicópata... La sensación de ultraje había sido aguda, lacerante. Ver un vídeo de su padre en compañía del enemigo y tener que callar, fingir indiferencia, desapego... Su padre estaba de mal humor en ese vídeo, reprimiéndose a duras penas, a punto de estallar, ella conocía los síntomas: el tono bajo, áspero, cortante, la expresión hosca, los dedos que tamborileaban impacientes sobre la mesa y no había para menos: aquel pelele de Karadžić estaba dispuesto a regalar a croatas y musulmanes el territorio serbio que tanto le había costado conquistar; alguien tenía que pararle los pies a ese insensato y el único que lo hacía era Ratko Mladić; por eso todos le temían y conspiraban en su contra. Ya lo había dicho su padre: «La bala que me mate a mí, no será croata ni turca, sino serbia.» Su integridad, su patriotismo a ultranza le habían granjeado enemigos en todas partes. En el vídeo su padre lucía en el dedo anular de la mano izquierda aquella sortija que le regaló su familia cuando se graduó en la academia militar de Zemun con la máxima calificación, ese anillo que sólo se quitaba para dormir y eso si pernoctaba en Belgrado. En la misma fecha sus compañeros de promoción obsequiaron al mejor cadete con una pistola, una Zastava de calibre 7,65 milímetros, que llevaba grabada en su empuñadura una dedicatoria de Nikola Ljubičić. Siendo ella una niña, cuando vivían en Skoplje, su padre mostró esa pistola a unos amigos militares que los visitaban, quienes le animaron a probar el viejo cacharro, para comprobar si todavía servía para algo. A su padre le molestaron las bromas y dijo, en el tono solemne de las grandes ocasiones y los discursos militares:

—Ésta es una pistola especial, que significa mucho para mí: no la dispararé hasta que nazca mi primer nieto Mladić y cada vez que venga al mundo un heredero del linaje de los Mladić lo celebraré del mismo modo.

Ella, que había entrado en el salón sin que los adultos la advirtieran y, agazapada tras el sofá, vio a su padre exhibir la pistola y le oyó pronunciar aquellas palabras, no se acordó de su timidez e, irguiéndose, anunció emocionada:

—Papá, he decidido que cuando me case conservaré tu apellido para que tú dispares la Zastava cuando dé a luz a un hijo.

Desde ese día, la Zastava fue un poco también la pistola de Ana. Su padre le permitía limpiarla, era la única de toda la familia que tenía ese privilegio. «Tiene manos de cirujano —alegaba para justificar su favoritismo—. De Darko no me fío, es tan torpe que si le dejo una pistola para que la limpie, me mata a mí o se mata a sí mismo.» Ambos disfrutaban con ese ritual que repetían cada cierto tiempo: su padre

extraía sus tres pistolas del armario de su habitación donde guardaba las armas bajo llave. Se sentaban, enfrentados, a la mesa de su despacho, cubierta con un paño, y con paciencia y cuidado dedicaban la tarde a desmontar, limpiar y engrasar las pistolas: su padre, las nuevas; ella, la Zastava. No sólo sabía limpiar armas; su padre también le enseñó a dispararlas. Los instruyó a los dos, a Darko y a ella; para ignominia y desesperación de Darko, Ana resultó ser la alumna más avezada; tenía una excelente puntería, tanto con la mano derecha como con la izquierda; al igual que su padre, era ambidextra. A su novio de Skoplje, su primer amor, una tarde de besos y confidencias íntimas le puso al corriente de su promesa infantil: su primer hijo se apellidaría Mladić. Era importante que Ilija lo supiera, porque iba a casarse con él y tenía que estar de acuerdo, pero su novio no mostró mucho entusiasmo y unos días más tarde le dijo, como de pasada, que había comentado el asunto con un tío suyo que era abogado, y éste le había dicho que no era posible: el hijo hereda por fuerza el apellido de su padre. Dragan, en cambio, no opuso ninguna objeción; su única exigencia fue que el niño llevara su nombre. «Dragan Mladić, ¿no suena mal, verdad? Y si permito que mi hijo lleve su apellido, puede que tu padre acabe por tenerme simpatía», especuló con su incorregible optimismo. Con Ilija había hablado en serio, aunque no con Dragan; sabía que no se casaría con él y el tiempo había debilitado la firmeza del compromiso contraído por una niña en la que ya no se reconocía. Sin embargo, bajo las nuevas circunstancias ese voto recobraba todo su sentido: su primer hijo se apellidaría Mladić y su padre, el general, lanzaría salvas al aire con la Zastava para festejar su llegada.

A Sasha le cambió el semblante cuando comprobó, pasaporte en mano, que ella era hija de aquel general a quien los periodistas occidentales llamaban el Carnicero de Bosnia. Su expresión adquirió una seriedad extrema, su voz, el tono grave de las condolencias en un funeral, pero su mirada no transmitía congoja, pena o compasión, sino horror. Dio unos pasos hacia atrás para distanciarse de ella, como si fuera infecciosa. Sasha ya no la deseaba, ni quería acostarse con ella, sólo anhelaba que se fuera. Estaba familiarizada con esa expresión, la había sorprendido en otros rostros: temor, alarma, prevención, desprecio, pero un desprecio velado, su padre era poderoso... También odio. Se había acostumbrado a que sus condiscípulos le hicieran el vacío en la facultad. Algunos fingían no haberla visto y volvían la cara con rapidez para no tener que saludarla; otros enmudecían súbitamente y mantenían un silencio embarazoso hasta que ella se alejaba. Había quienes la insultaban e incluso la amenazaban. Los oía murmurar a sus espaldas, sentía sobre sus hombros el peso de su rencor, de su resentimiento, esos señoritos de Belgrado que no conocían el olor ni el sufrimiento de la guerra y se habían cansado de que la batalla de Bosnia-Herzegovina durara tanto y habían decidido que la culpa de su prolongación la tenía Ratko Mladić. La solidaridad incondicional y fervorosa de los primeros meses de la guerra se había desvanecido; ahora a los serbios de Belgrado el futuro de los serbios de las *krajinas* había dejado de importarles; «¡Que se vayan a la mierda esos serbios

de Bosnia!», como decía Martina. Aquello que tanto preocupaba a su padre había sucedido; cuando más necesario era que permanecieran unidos, *samo sloga Srbina spasava*, los propios serbios se enfrentaban entre sí y se dividían. El general Mladić se había quedado solo defendiendo una gran Serbia unida. No tan solo: contaba con ella.

Recordó con nostalgia su último cumpleaños, el 20 de julio de 1993. También celebraba años su madre, habían nacido las dos el mismo día, una coincidencia asombrosa que sin duda había de tener algún significado. «Sí, significa que ese día tengo que acordarme de llevar a casa no un ramo de flores, sino dos», decía su padre, hombre pragmático, quien solía regalarles sendos ramos de claveles rojos en vida del mariscal y aun después, mientras fue comunista, que trocó por rosas cuando su fe cambió y descolgó de la pared el retrato de Tito, para sustituirlo por uno de su hija, un cuadro en el que Ana aparecía retratada de perfil, dos veces: el izquierdo y el derecho, así como de frente, una diadema de corazones nimbándole la cabeza, como si fuera una princesa, y sobre el que Darko siempre bromeaba.

—¿Has quitado a Tito para poner a Ana? ¿Qué quiere decir eso, papá? ¿Ahora es ella quien manda?

Aquel 20 de julio su padre se hallaba en el cuartel de Han Pijesak y ellas decidieron sorprenderle con una visita improvisada, pero cuando llegaron a Crna Rijeka les dijeron que el general Mladić se había desplazado al frente, cerca de Kalinović, y no lo esperaban hasta la noche. En aquel instante el piloto de su padre recibió una llamada del general Mladić, pidiendo que le llevara agua y municiones y el hombre le informó de la llegada de su mujer y su hija.

—Tráetelas también, si caben —dijo su padre.

Desde el aterrizaje forzoso en el maizal era reacia a subirse a un helicóptero y en aquel viaje sintió miedo, pero se dijo a sí misma: «Mi padre no ha dejado de volar todos los días; si él lo hace, yo también puedo.» Era extraña aquella rivalidad secreta que había entablado con su padre y que, estaba convencida, él conocía y aprobaba. «Si yo fuera abogado, sería el mejor abogado, si fuera médico, no habría mejor matasanos que yo; puesto que soy militar, soy el mejor general del ejército serbio», fanfarroneaba su padre, medio en broma, medio en serio y, medio en serio, medio en broma, ella decía, parodiándole: «Voy a ser la mejor cirujana de Belgrado. ¡Qué digo! ¡De toda Europa del Este!» Su padre sonreía, le acariciaba el pelo y chasqueaba la lengua, satisfecho.

Aterrizaron en la cumbre de Dokin Toranj, en la montaña de Treskavica, un pico cubierto de nieve y hielo el resto del año, pero milagrosamente verde y florecido en verano. Era precioso; una lengua de hierba entreverada de flores que se enroscaba en torno a un pequeño lago de agua del deshielo, en cuya superficie se reflejaba la cima rocosa de la montaña, un paraje perfecto para descansar del difícil ascenso y disfrutar de un picnic y donde las manchas caquis de los uniformes de camuflaje de los soldados, con sus botazas militares, sus fusiles, sus cascos y sus chalecos antibalas,

desentonaban. Fue un alivio encontrar a su padre de buen talante; la prolongada guerra le había cambiado el carácter; últimamente se impacientaba e irritaba con frecuencia, se enfurecía por nimiedades y delante de la gente (no de su familia, no de ella, o sólo a veces) tendía a comportarse como un ser despótico y arrogante. Era parte del personaje que se había creado o le habían inventado; cundió el rumor de que el general Mladić era altivo, brutal y dominante y por alguna perversa razón con su conducta no hacía sino reforzar esa especie: «Prefiero que el enemigo me tema a que me coja cariño», decía. Sí, el general Mladić podía ser terrorífico, pero Ratko, su padre, era encantador.

Las vio bajar del helicóptero con sus atuendos veraniegos y la cesta de provisiones e hizo una mueca de asombro, ¿a qué venía eso? Ella lo miró con severidad, le señaló con el dedo y le preguntó:

—¿Qué día es hoy?

Pero él no atinaba a recordar qué tenía de especial aquel día, así que su madre Bosa le echó un cable:

—En esta fecha siempre nos sorprendías con algo bonito.

Y él cayó en la cuenta y se puso a recorrer el prado hasta que juntó dos ramos de flores silvestres para sus dos estrellas, como las llamaba, y sólo entonces permitió que su hija y su mujer lo besaran y abrazaran.

—Ya basta, ya basta, ¿qué van a pensar los soldados de un comandante que lleva las mejillas pringadas de carmín?, ¿cómo van a obedecerle? —protestaba—. ¿Qué traéis en esa cesta?

—Comida —le dijeron—, vamos a hacer un picnic.

—¿Desde cuándo se hacen picnics en la guerra? —gimió su padre—. ¡En cuanto las mujeres aparecen en el frente se acabó la disciplina! Primero hemos de trabajar un poco más, para ganarnos el derecho a llenar la barriga. ¡Vosotras también! ¿Dónde vais? —les dijo a ellas, que ya se apartaban de la posición para no estorbar a los militares—. Me vais a ayudar: hoy seréis mis ayudantes. Procurad esmeraros y estad atentas. No hagáis que me suba la tensión. Tú, Bosa, te ocuparás de pasarnos los proyectiles. Ana cargará el mortero, Avram hará de vigía y yo seré el responsable de puntería. ¡Atención! Todos a sus puestos a la voz de tres... Uno, dos y... ¡Bosa, deja de jugar con el sombrero, quitatelo, si se te vuela, necesitarás las dos manos para sujetar la granada! ¡Un poco de seriedad, recluta Bosiljka!

Ana sí se lo tomó muy en serio. Su madre, haciendo el payaso y rezongando por el peso de las granadas y el sol inclemente que le daba en la cara y la deslumbraba, le tendía uno a uno los proyectiles y ella los introducía con cuidado por la embocadura del tubo; luego se agachaba, su padre gritaba: «¡Fuego!», y tiraba de la cuerda del mortero; el estrépito del proyectil al salir disparado la ensordecía y en un par de ocasiones le hizo perder el equilibrio.

—¡Recluta Ana Mladić! ¡Deje de distraerse mirando el paisaje y vuelva a su puesto!

Pero no miraba el paisaje, sólo intentaba seguir la trayectoria parabólica de la granada, la cual se volvía invisible tras el estampido y el simultáneo fogonazo que lo envolvía todo en una nube de humo que la hacía toser y le picaba en los ojos. Al cabo de unos segundos les llegaba desde el otro lado de la cumbre un estruendo lejano que reverberaba unos instantes en el aire, como el eco de un trueno, y a continuación una salva de disparos, que recordaba el crepitar alegre de los petardos que acompaña al estallido de una traca, una réplica festiva con que el enemigo turco saludaba el impacto del mortero serbio. La primera vez que oyó la descarga de fusilería, su madre se asustó.

—No te preocupes, Bosa —la tranquilizó su padre—, no tienen artillería, no pueden alcanzarnos con sus ametralladoras y sus AK-47. ¿Y tú, recluta Mladić, no tienes miedo? —le preguntó.

Y ella contestó:

—No. —Y era cierto, confiaba ciegamente en su padre, si estaba con él, no temía a nada ni a nadie. No le preguntó qué había allí detrás, a quién estaban tirando esos morteros, no se le ocurrió, pero en su imaginación estaban haciendo fuego sobre un destacamento de muyahidines llegados a Bosnia desde Arabia Saudí, esos barbudos fanáticos con turbante que asesinaban niños, madres y ancianos y decapitaban civiles sin ningún escrúpulo, y ahora la familia Mladić, en armoniosa compañía, entre bromas y risas, venía a su pueblo; ella, en particular, se hacía la ilusión de que ese último proyectil, el que acababa de estallar, había alcanzado en el pecho al terrorista musulmán que acabó con la vida de Dragan.

Más tarde, sentados sobre la hierba, dieron cuenta de las exquisiteces que su madre y ella habían preparado en la cocina de la casa de Belgrado: *burek* de carne, queso y calabaza (el preferido de Ana), encurtidos, *ćevapi* con *ajvary kajmak*, *prebanac* y *gibanica* y, de postre, *baklava*; no habían previsto que tendrían que compartir los alimentos con los soldados (otros oficiales jamás comían con la tropa; su padre no hubiera tolerado otra cosa), pero la relativa escasez se vio compensada con el buen humor, el *rakija* abundante, los chistes de partisanos que contó su padre (dijo Mirko y replicó Slavko...) y de los paletos bosnios, Mujo y Huso, y cuando el licor de ciruela, los chistes y la comida relajaron del todo a los militares, un poco cohibidos en un inicio por la compañía de la mujer y la hija de su general, al que no llamaban señor, ni general, sino jefe y a quien reverenciaban y adoraban, o eso sintió Ana, los bravos mozos serbios rompieron a cantar: «*Danas nam, je divan dan, divan dan, divan dan...* Hoy es un hermoso día, hermoso día, hermoso día. Es el cumpleaños de nuestra Bosa y nuestra Ana. ¡Vive, vive y sé feliz, sé feliz, sé feliz...!», en homenaje a la madre y a la hija, quien a continuación se vio obligada a soportar, muerta de vergüenza, que sus progenitores le dedicaran la canción de Toma Zdravković que llevaba su nombre, Ana: «Te veo en un sueño, Ana, / cogiendo flores en la ribera, / eres tan bella como un ramo de rosas blancas, / ¿acaso mi pena no llega a tu corazón? Corazooón...», alargaba el verso su padre, llevándose una mano al

pecho y mirándola con fingido desgarro; ella le lanzó a la cara una bola de papel, errando el tiro.

—¡Mal disparo, recluta Mladić! ¡Repítalo y apunte bien esta vez!

Se tumbó sobre la hierba, la cabeza en la falda de su madre, dejándose inundar por un sopor muy dulce que su padre estorbaba pasándole una brizna de hierba por el rostro, disfrutaba incordiándola y, los ojos cerrados, la mente en paz, escuchó entonar una vieja canción serbia a aquellos valientes con sus graves voces varoniles, a las que pronto se unió el suave barítono de su padre:

*Doncella, destrenza tu roja cabellera,
conducen a la tumba a tu amante muerto.
Así sea, que lo lleven y lo entierren en la negra tierra,
ha acariciado mi pelo demasiado tiempo.
Así sea, descanse en paz.
Un guerrero más gallardo que él he de encontrar.*

Conmovida, se sorprendió pensando que la guerra podía ser hermosa. Le emocionó el canto de aquellos simples y nobles muchachos serbios que se sonrojaban, tímidos, bajo su mirada. Luchaban por una causa justa, sagrada: la unidad de los serbios, la patria, la bandera; luchaban por las generaciones futuras de niños y niñas serbios, por los hijos y nietos que ella un día tendría. «Mi hijo es el primero en muchas generaciones serbias que ha podido conocer a su padre», decía Ratko Mladić, quien nunca conoció al suyo. Había tenido la suerte inmensa de poder crecer en su compañía, el privilegio de ser la hija de un buen hombre que también era un gran héroe, un nuevo rey Lazar o un Miloš Obilić redivivo, un personaje que tenía un puesto asegurado en la historia, un mito viviente a quien las mujerucas de los pueblos acercaban sus bebés para que los tocara, como si fuera un santo. «Es un Dios, lo seguiría por todas partes, a través de los bosques, de los ríos... Es nuestro salvador y el mejor hombre del mundo», había oído decir a una mujer un día de Vidovdan (una mujer elegante, bien vestida, no una campesina). A menudo se sentía indigna de ser hija de un ser tan extraordinario; lo único que podía hacer para merecer su amor era quererlo con un amor absoluto, total, como lo quería, un sentimiento que todas las injurias y calumnias de sus enemigos no harían sino acrecentar.

Un rumor de voces en el pasillo le hizo temer la vuelta de sus compañeras; quienesquiera que fuesen aquellas mujeres que hablaban en ruso, pasaron de largo. Se levantó de la cama de Martina, donde se había tendido (era la más cómoda, su amiga tenía una habilidad especial para asegurarse todas las prerrogativas), estiró el edredón y colocó bien la almohada anticipando el regreso de sus compañeras, que había de ser inminente, ya eran las ocho de la noche, llevaban casi doce horas visitando monasterios. Decidió que les ocultaría su salida; no quería dar explicaciones, ni

hablarles de Sasha o del desagradable encuentro con aquel periodista canadiense y su amiga turca. He pasado todo el día metida en el cuarto, les diría, este dolor de cabeza me tiene amargada, y era verdad, volvía a sentir la punzada en la sien, la presión lacerante en el cráneo, cuando regresó al hotel el dolor de cabeza la estaba esperando. Hurgó en su mochila en busca del analgésico que le había dado Nadica, experta en jaquecas, y se topó con el bulto tibio de la bufanda de Sasha, que seguía en su poder, había olvidado dársela. La sacó de un estirón, con rabia. Quedó enroscada sobre la moqueta beige, como una serpiente de lana y un impulso irracional, estúpido, la llevó a pisotearla. Odiaba esa bufanda, a su dueño, a aquella musulmana de Sarajevo que lucía sus cicatrices como si fueran medallas y al periodista canadiense que injuriaba a su padre, lo insultaba... Y de repente comprendió la imprudencia que había cometido accediendo a visitar la casa de Sasha. Podía ver los titulares del periódico canadiense: «Mi encuentro con la hija del Carnicero de Bosnia» o «Una tarde con Ana Mladić», un reportaje de Ron McLaughlin. Otros medios de comunicación occidentales se harían eco, la noticia llegaría a su padre... Nunca le perdonaría esa traición, su hija alternando con un reportero de la prensa enemiga. ¿Cómo explicarle que fue una encerrona? Te dije que no fueras a Moscú, te lo advertí, le reprocharía. Un presentimiento le hizo rebuscar de nuevo en el interior de la mochila: el pasaporte no estaba. Se lo había dejado en el apartamento de Sasha.

Era tal su impaciencia que no esperó al ascensor y bajó desalada por la escalera. Tomaría un taxi; recordaba el nombre de la calle, Pretischenka, así como que el edificio donde vivía Sasha hacía esquina y tenía un arco en medio de la fachada, lo reconocería. Confiaba en que él no se hubiera ausentado; cabía la posibilidad de que fuera aquel odioso reportero canadiense quien le abriera la puerta... Tuvo que detenerse a tomar aliento en el rellano del segundo piso, ocupado por uno de los bares del Ukraina. Oyó una risotada que le pareció familiar. Echó un vistazo al interior del bar a través del panel de cristal y localizó a Martina, la escandalizadora, así como al resto de sus discípulos, sentados a una mesa rectangular, frente a una ventana. Se alegró de verlos. Les explicaría su apuro y, con toda probabilidad, el caballeroso Zoran la acompañaría a casa de Sasha y si éste o su amigo canadiense se hacían los remolones, sabría cómo exigirles la devolución de su pasaporte. Entró en el bar, cuya decoración imitaba el *art déco*, con sus elegantes sofás de piel y sus ventanas semicirculares, tapadas con pesados cortinajes. El local estaba vacío salvo por sus amigos, que armaban tanto alboroto que no se percataron de su llegada; tampoco podían verla, le daban la espalda.

—Te digo que no la soporto —decía Petar—. Si hubiera sabido que venía a Moscú, me habría quedado en Belgrado.

—Es que no iba a venir, por eso no te dije nada... —se disculpó Martina—. Se decidió en el último momento, su padre no la dejaba.

—Ayer, en el puto McDonald's, me dejasteis solo discutiendo con ella. No os atrevéis a decirle lo que pensáis de su padre, ni de su jodida guerra, porque tenéis

miedo de Ratko Mladić...

—¿Y tú no, Petar? —replicó Zoran, con sorna—. Te cuidaste mucho de hablar de su padre en el McDonald's, delante de ella nunca lo mencionas. Hay que estar loco para no temer al general Mladić, es un hijoputa. Pero si me callé, no fue por eso. Ana no tiene la culpa de que su padre sea un asesino, ella es legal, muy nacionalista pero buena tía...

—¿Buena chica...? Una cínica y una jodida chetnik, eso es lo que es Ana Mladić, y está encantadísima y superorgullosa de que su padre se cepille a decenas de miles de musulmanes y también a serbios, porque en Sarajevo viven muchos serbios y las granadas y los obuses del general Mladić todavía no están étnicamente programadas para distinguir entre unos y otros: los matan a todos.

—¡Eso no es verdad! —intervino indignada Nadica—. Ana no sabe, eso es lo que le pasa, yo antes tampoco sabía... Cree que su padre es un héroe y todo lo que él dice es dogma para ella. Procura comprenderlo, es su padre, lo quiere...

—«Es su padre, lo quiere» —Petar imitó la vocecilla aguda de Nadica—. Si mi padre fuera un jodido asesino en serie, yo mismo me lo cargaría. Por cada vida que salve la doctora Ana Mladić, su padre habrá dejado mil cadáveres. La defiendes porque es tu amiga, pero no tiene nada de inocente. Claro que sabe, es imposible que no lo sepa todo siendo la hija de Ratko Mladić. Ha ido a Bosnia a visitar a su padre, ha estado en el frente, jaleando a los soldados serbios para que maten muchos musulmanes... Yo en tu lugar no sería tan amiguita suya, Nadica. Ella y su padre se cargaron a Dragan Stojković.

—Es lo que dice Igor, el hermano de Dragan, pero no me lo creo —la defendió Marko—. Ana es incapaz de matar a nadie, fue cosa de su padre.

—¿Dragan no fue voluntario a Bosnia?

—¿Voluntario? ¿De dónde has sacado eso, Martina? ¿En qué mundo vives? Putas ganas que tenía Dragan de ir a tirar tiros a Sarajevo, estaba de lo más feliz en Niš con su nueva novia. Debió ser eso lo que mosqueó a Ana y bien que se vengó: ella y su papáito lo mandaron al frente de Bosnia para que lo mataran.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Danilo Papo, él me lo contó; me dijo...

El servicio de megafonía del hotel ahogó con su estruendo las palabras de Petar. «Señorita Ana Mladić, por favor, acuda a recepción», reclamó por los altavoces una metálica voz de mujer, en ruso y en inglés. No se quedó a escuchar más. Salió del bar y bajó corriendo por la escalera. Aquello que tanto temía había sucedido; su padre estaba muerto y ahora una antipática recepcionista rusa iba a comunicárselo. Entró con tal ímpetu en el vestíbulo que casi chocó con un hombre que se dirigía a la salida. Se sobresaltó al reconocer a Sasha, quien pareció alterarse aún más que ella. Le dijo que acababa de dejar en recepción el pasaporte que ella había olvidado en su casa, de ahí el aviso por megafonía. No quería entretenerla ni molestarla, además llevaba prisa, ya se iba. Ana le agradeció que se hubiera tomado la molestia de desplazarse

hasta su hotel para devolverle el documento, sin él no hubiera podido regresar a Serbia. El ruso rehuía su mirada: esas palabras de agradecimiento, aquel encuentro que sin duda habría preferido evitar, le incomodaban, pero antes de dejarlo marchar le pidió un último favor y él se lo concedió. Su amigo Ron nunca sabría la verdadera identidad de la joven andorrana con la que había pasado la tarde.

—*Do not worry* —le dijo—, no se lo contaré a nadie. Me están esperando, *got to be going*. —No la despidió con un beso, ni le dio la mano, pero cuando ya había avanzado unos pasos se volvió y, abriendo los brazos con las palmas de las manos hacia arriba, como disculpándose, farfulló—: *I'm sorry... I'm very sorry it had to end like this*.

—Yo no lo siento —dijo ella, y quizá porque la voz le temblaba y se sentía al borde del llanto, añadió con énfasis—: No lo siento en absoluto. Estoy muy orgullosa de ser quien soy. Mi padre es un héroe.

Me llamo Danilo Papo. Cuando veo un héroe, echo a correr. En cierta ocasión, las circunstancias de la vida me pusieron a prueba y para mi disgusto me comporté como un héroe, por eso me incluyo aquí.

Durante mi adolescencia en Sarajevo solía ir con mi padre a rastrear las tumbas de nuestros antepasados. Mi padre, Vlado Papo, hijo de Isak Papo, héroe partisano, que murió asesinado por los nazis en la segunda guerra mundial, era un judío sefardita de Sarajevo, ciudad cuya comunidad judía data de finales del siglo xv, cuando los reyes católicos de España inauguraron la sólida tradición cristiana de la limpieza étnica, expulsando de la península Ibérica a todos los hebreos que rehusaran convertirse a la verdadera religión (los que accedían a hacerlo, a menudo perecían más tarde por el fuego, siempre purificador). Los Papo llegaron a Sarajevo vía Salónica; dispongo, pues, de ancestros con tumbas visitables en España, en Turquía y en el cementerio judío de Sarajevo, que desciende hacia la ciudad por una ladera escarpada, salpicada de lápidas blancas, a la izquierda del río Miljacka. En lo alto se erige una gran lápida dedicada «A los judíos caídos en combate y víctimas del fascismo. Jasenovac, Stara Gradiška, Đakovo, Jadovno, Loborgrad, Auschwitz, Bergen-Belsen» y en esa dedicatoria están recogidos mi abuelo el partisano y muchos otros parientes que no llegué a conocer, a quienes nazis y ustachas hicieron viajar a esos lugares inhóspitos que ellos hubieran preferido no visitar y donde sus vidas se disiparon en humo, por decirlo de un modo poético. Mi madre es serbia, originaria de Novi Sad, ciudad situada en el norte de Serbia, cuna del más puro serbianismo, y sus ancestros (los míos) reposan en cementerios ortodoxos que nunca he sentido la tentación de explorar. Ahora bien; su abuelo materno era croata, lo que me hace acreedor asimismo a tumbas de antepasados en cementerios católicos. Y en cuanto a mi padre, el judío Vlado Papo, hijo de Isak Papo y de Rosita Danon, judía de Sarajevo, tenía un cuarto de sangre musulmana: su abuela paterna, Fadila Sulejmanović, era una musulmana de Mostar, de modo que si me paseo por los cementerios musulmanes de la zona de Mostar, verdes como jardines, con sus elegantes cipos blancos que apuntan al cielo, tal vez me tropiece con sepulturas de remotos parientes que veneraban a Alá y se tocaban con turbante o velo. Puedo rezar a mis ancestros en cinco lenguas (hebreo, ladino, serbio, croata, bosnio) y según distintos ritos: cabeceando terco como los judíos, persignándome de derecha a izquierda como los ortodoxos y de izquierda a derecha, como los católicos o, al estilo musulmán, leyendo las palmas abiertas de mis manos, pero en mis expediciones clandestinas con mi padre no íbamos a la caza de tumbas judías (estrella de David), católicas (cruz católica), ortodoxas (cruz ortodoxa) o musulmanas (luna creciente y

estrella de cinco puntas), sino de sepulcros más exóticos. Los serbios nacionalistas aseguran que los musulmanes bosnios son eslavos ortodoxos convertidos por la fuerza a la fe turca; los croatas, con igual aplomo, les atribuyen filiación católica. Mi padre, Vlado Papo, sostenía que no eran ni una cosa ni otra. Yo, decía mi padre, soy el último bogomil de Bosnia; tras su muerte, esa condición recae sobre mí.

El bogomilismo fue una secta gnóstica que surgió en Bulgaria en el siglo x y arraigó en gran parte del Imperio bizantino, en Serbia, Bosnia, Croacia, Italia (patarenos) y sur de Francia (cátaros). Eran maniqueos, como los seguidores del zoroastrismo (y, en el siglo xx, los cómics, los *westerns* y los discursos de los presidentes norteamericanos). Dios, sostenían los bogomilos, tuvo dos hijos: Satán y Miguel. Satán era el malo y Miguel, el bueno. Satán se rebeló contra su padre Dios y creó el mundo. Para dar vida a Adán tuvo que humillarse y recabar la ayuda de su progenitor, pues Satán, señor de lo real y lo concreto, no podía infundir el espíritu a su criatura y sin alma no hay hombre. El taimado Satán condenó a Adán a arar la tierra, así como a venderle su alma y la de sus descendientes. Miguel (cuyo nombre significa «¿Quién como Dios?»); era, por descontado, el hijo favorito) se encarnó en Jesús y descendió entre los hombres, para librarlos del yugo de su inicuo hermano. Lo consiguió, pero a un precio muy alto: los esbirros de Satán lo crucificaron. La iglesia cristiana ortodoxa era un instrumento de Satán, por ello los bogomilos rechazaban los templos, los popes, los monasterios, las ceremonias, los sacramentos, los ayunos, los crucifijos. No tenían sacerdotes, rezaban a Dios en su propia lengua, no en el griego de la religión ortodoxa, admitían a mujeres entre los elegidos, se oponían a pagar tributo a ningún señor, abominaban de la servidumbre y se negaban a luchar y empuñar las armas (actitud muy poco razonable en los belicosos Balcanes, donde Ghandi jamás hubiera llegado a anciano).

En Occidente, el papa Inocencio III lanzó la cruzada albigense contra los herejes cátaros. Duró casi cuarenta años. En julio de 1209, durante el sitio de Béziers, ciudad donde se refugiaban, amontonados, cátaros y cristianos, el muy católico arzobispo francés Arnaldo Amalric pronunció unas palabras que harían historia:

—¡Matadlos a todos! Dios reconocerá a los suyos.

En el este de Europa, los cristianos bizantinos y los católicos húngaros hostigaron a los bogomilos. La conquista de Bosnia por el Imperio otomano en el siglo xv puso fin a esa cacería y, tal vez por conveniencia, puede que por gratitud, o quizá hartos de ser siempre los otros, los diferentes, los perseguidos por todos, los sectarios bogomilos abrazaron el islam. De ahí que mi bisabuela Fadila (una mujer con una redonda cara de pan, ojos asustados, cejas ocultas por un pañuelo muy ceñido que le debía oprimir las sienes, quien se fotografió muy seria junto a su bigotudo marido, el judío Jakov, tocado con un fez, la mano derecha apoyada en una columna trunca, contra el fondo de un lujurioso vergel pintado a mano, que recordaba una selva tropical y no el interior polvoriento de un estudio fotográfico del Sarajevo de principios del siglo xx, donde el matrimonio fue inmortalizado), esa campesina

piadosa e ignorante, que se creía musulmana, fuera en realidad una bogomila y una hereje. Y tras las huellas de nuestros heréticos ancestros salíamos mi padre y yo, en su renqueante Volkswagen, y hacíamos el recorrido de las *stećci* o tumbas bogomiles, guiándonos por unos mapas arqueológicos que yo interpretaba (era uno de mis cometidos) y nos deteníamos en los lugares indicados en los mismos: recalamos en Olovo, Mesići, Bošića Han, Knežpolje, Borje, Lovrej, Ledinac, Bačići, Mostar, Posušje y en muchas otras localidades bosnias en nuestro peregrinaje histórico, que siempre tenía lugar tras el deshielo y en días no lectivos (yo iba a la escuela y mi padre a la universidad, cada cual en su respectivo rol de alumno y profesor), salvo que un partido de fútbol o una peli que no me podía perder (*Star wars*, *Terminator*, *Viernes 13*, todas muy maniqueas, *of course*), me impidieran dedicar un domingo o un sábado a la investigación arqueológica, en cuyo caso mi padre me daba un papelito firmado en el que comunicaba a mi camarada profesor o profesora que Danilo no podía acudir a clase ese día por padecer fiebre, llamaba a su facultad y excusaba su asistencia con alguna mentira y, a escondidas de mi madre y de mi hermana Svetlana, la chivata, nos lanzábamos a la carretera como dos forajidos. Mi padre aplacaba su mala conciencia asegurándome que nuestra pequeña excursión sería mucho más provechosa para mi formación cultural que el aprendizaje de los hechos heroicos del mariscal Tito y, en cuanto a él, esa mañana le tocaba bregar con Milton. «*Paradise Lost* es un poema pesadísimo, del todo irrelevante para los jóvenes europeos de finales del siglo xx», sentenciaba, mirándome con ojos ansiosos de una aprobación que no le concedía; yo no tenía opinión al respecto, no sabía quién era el tal Milton.

Cada vez que localizábamos uno de aquellos cementerios bogomiles señalados en el mapa, mi padre daba muestras de gran alborozo, como si lo acabáramos de descubrir nosotros y, lupa en mano, se aplicaba a descifrar las inscripciones talladas en la piedra blanca o gris de los túmulos rectangulares y apuntados, como casitas o grandes sarcófagos, o de los grandes bloques de granito, tumbados sobre la hierba como hombres obesos, derrotados por su peso o demasiado cansados para seguir soportándolo, o de los esbeltos cipos, algunos antropomórficos, con que adornaban sus sepulturas nuestros antepasados, primorosamente cincelados con relieves de caballos, danzarines, cenefas, flores de lis... Yo, que además de guía ejercía de secretario, tenía como misión anotar en una libreta los epitafios.

Lleno de furia fui enterrado en el año de Nuestro Señor, 1389, cuando Tvrtko era rey de Bosnia, Serbia, Dalmacia y las tierras occidentales y yo era un hombre anciano que había visto cosas en el mundo que nunca quise ver y jamás logré aquello por lo que suspiraba mi corazón y que tanto esperé.

O:

Yo soy aquel que pasó toda su vida inmóvil, pensando, dudando en los cruces de caminos.

—¡Igual que yo! —proclamaba mi padre, eufórico—. Este cadáver dubitativo sin

duda pertenece al ilustre linaje de los Sulejmanović.

También:

... nada ha cambiado.

Sigo comiendo tierra y comulgando con mi propia sombra.

Agosto 1204.

Éste era el mío; reflejaba a la perfección la visión pesimista de la vida de un adolescente aburrido.

Uno romántico:

No perdí la vida por las siete heridas causadas por la flecha, ni bajo el filo de la espada o el hacha; no me devoró una bestia del bosque, ni me ahogué en un remolino del río y ni el fuego ni el frío acabaron conmigo.

Shipara me mató, porque prometió casarse conmigo pero se casó con otro.

La perdono, pero seguiré soñando con el hijo que nunca tuvimos y que yo soñaré solo.

Uno sexual:

... sabía amar de diecisiete maneras diferentes.

Y todavía ahora sigo siendo el que fui, mordiendo esta lápida desde el interior.

En el año del Señor 1387.

Fragmentos de epitafios que el reputado arqueólogo Vlado Papo no supo interpretar del todo:

... puedo imaginar lo decepcionante que es para una nube convertirse en agua.

Lo que hoy sé yo tú lo sabrás mañana.

Hay mil formas de morir, pero ninguna es la buena.

Si la injusticia es voluntad de Dios, mi destino es luchar contra Dios.

(Este epitafio causó honda impresión en el ateo Vlado.)

Aquí yacen Krks y Kalija en la noble tierra de Ključ.

Nos hemos querido el uno al otro y fuimos marido y mujer y Dios nos dio muchos hijos.

Hemos vivido juntos durante veinte años. Si salía el arcoiris, descubrimos que lo veíamos de distinto modo y que nuestros deseos eran diferentes.

Nos sorprendió que nuestra vida en común nos hiciera tan distintos de como éramos antes.

El día en que Krks murió, mi corazón murió y yo también.

No deis vuelta a esta lápida, porque a la luz de la luna nuestros huesos discuten quién tenía razón y quién no. Y la muerte nos ha hecho aún más extraños el uno del otro.

—Grábalo en tu cabeza, Danilo —me pidió mi padre, inesperadamente serio y sentimental—: Me gustaría que la tumba de tu madre y mía llevara este epitafio, resume nuestro matrimonio a la perfección.

Un año después, mi padre y mi madre se divorciaron.

Aquí yace Didodrag Gojak en esta noble tierra de Zahumlje.

¿Por qué me pariste, madre?

Para vivir triste, hambriento, cansado, con sed...

¿Por qué me pariste, madre?

¡Oh, madre, todo sería completamente distinto si Kosara estuviera dispuesta a hacer eso! Pero no quiere. Quiere hacerlo con otro hombre y yo sólo la amo a ella.

Por ella perdí la vida. Pero madre, no fue en vano.

Cuando sea vieja, fea y mezquina y nadie la desee y su Juroje la eche de casa, cuando no tenga dónde ir, se acordará de mí y añorará mi amor. Y yo, madre, no descenderé hacia ella desde el firmamento. Me limitaré a observarla desde lo alto.

Por eso morí tan joven. Por lo que ha de venir; eso hace que mi nacimiento valiera la pena.

1167, cuando los bosques estaban infestados de lobos.

Ochocientos veinticinco años después, en 1992, los bosques de Bosnia volvían a estar infestados de lobos. Y tanques y chetniks y Kaláshnikovs. Me reconozco en el resentimiento del infortunado amante de Kosara. Yo estuve enamorado de Ana Mladić y, como a Didodrag Gojak, me costó entender que ella «no quisiera hacerlo conmigo», sino con otro. Pero el que murió joven no fui yo.

A continuación, transcribo mi epitafio favorito, que es como un lamento, la letra antiquísima de la primera *sevdalinka*:

Bajo esta lápida yace Asta, la hija de Bogčín Zlusić, y no quiero estar aquí.

Me gustaría pasear contigo de noche por el prado y te daría ese beso que no te di cuando me lo pediste.

Aunque se caiga el Cielo.

No me sentiría arrepentida... ni avergonzada.

[...] sólo ahora sé que el alma padece el tormento de los deseos insatisfechos.

1422, cuando otros eran felices pero yo morí.

Me partió el corazón la desdichada Asta; deseé ser aquel a quien por pudor, vergüenza o miedo negó un beso y fantaseé con esa noche de lujuria desbocada con que la niña muerta también soñaba... Y me prometí que aquello a mí no me iba a suceder. Aunque se cayera el cielo, yo ese verano había de perder la virginidad. No follé y el cielo sigue en su sitio.

El epitafio preferido de mi padre, quien tenía menos deseos insatisfechos que yo, o eso suponía, era uno terrorífico:

El Cielo existe sólo para que puedas arrojarte con más facilidad a la nada, creyendo que accedes a la eternidad.

—¡Eran unos sabios! —afirmó mi padre, en éxtasis, cuando me lo dictó—. Los bogomilos no creían en Dios, ni en el más allá. ¿Te das cuenta, Danilo?

Y Danilo (yo), quien, terminada la tarea, fumaba un Drina apoyado en el capó del coche (mi padre me dejaba fumar en nuestras excursiones; confiaba en el poder persuasivo del soborno y yo era muy sobornable), formando espectaculares anillos de humo con la punta de la lengua que se deshacían en breves hilachas blancas como

señales, a las que mi padre no prestaba ninguna atención, le contestó hastiado:

—¿Qué tiene eso de raro? ¡Dios no existe, lo sabe todo el mundo!

No comprendía la obsesión de mi padre con la religión, o las religiones. En la Yugoslavia comunista la inexistencia de Dios era un dogma de fe, no lo cuestionaba nadie. Sólo los aldeanos y los viejos seguían frecuentando, a hurtadillas, las mezquitas, las iglesias y las sinagogas y esa debilidad les era disculpada por su falta de cultura o su senilidad (o ambas). Para mí, aquella polémica que apasionaba a mi progenitor (la existencia o no de Dios), estaba zanjada: Dios no existe, está científicamente demostrado y además a nadie le hace ninguna falta. El Dios monoteísta, cristiano, musulmán o judío era para mi generación un ídolo del pasado, un mito del rango de Apolo, Zeus, Afrodita y todas esas desvergonzadas deidades del panteón grecolatino, mucho más divertidas e interesantes, de otro lado.

—Te equivocas, Danilo —me dijo mi padre—. Dios no ha muerto, sólo está hibernando.

Se aprovechó de mi oído cautivo para adoctrinarme durante el viaje de regreso a Sarajevo. Mi padre, como una Casandra de mediana edad, nariguda, de frente despejada (o semicalva), gorda, diabética, jugadora de póquer y aficionada al whisky, profetizó aquel día el regreso de Dios y la desintegración de Yugoslavia.

—El comunismo es una religión secular y ahora que Tito ha muerto tiene los días contados —vaticinó mi padre (algo que ya había predicho cuando murió Tito y de eso hacía cinco años, por lo que yo no le daba ningún crédito)—; las masas tendrán que llenar ese vacío con una nueva fe, necesitan que alguien las oriente y les indique cómo actuar, qué está bien y qué está mal, son incapaces de pensar por sí mismas.

Pasé por alto el matiz peyorativo con que mi padre, individualista feroz, se refería a «las masas», «la muchedumbre», el rebaño de borregos que siguen ciegamente a la oveja que el azar coloca en cabeza y se precipitan tras ella, con docilidad animal, barranco abajo, expresiones que a mi madre, la comunista, sacaban de quicio; ella hablaba de pueblo, camaradas, hermandad y unidad, esas cosas; para mi madre, el pueblo jamás se equivocaba. Mientras yo sufría porque se hacía tarde y el partido de fútbol del Partizan, mi equipo (el bueno), contra el Estrella Roja (el malo), ya había empezado y no podía verlo en la tele, ni seguirlo por la radio, porque la del coche de mi padre no funcionaba, éste se desquitó de la clase magistral que aquella mañana no había podido impartir a sus alumnos y me explicó, por si me interesaba (y no me interesaba), que la humanidad fabrica dioses desde que el ser humano tiene conciencia para intentar conferir a la vida un sentido y una finalidad de los que a todas luces carece, porque el hombre, en su limitación, desearía que el mundo que le rodea, el universo, se rigieran, como él, por la razón y los sentimientos y bla, bla, bla, espero que el Partizan se haya adelantado en el marcador, ojalá cuando lleguemos a casa me dé la sorpresa de ir ganando cero a cuatro, y si reflexionas sobre ello, Danilo, todas las religiones ofrecen como un cebo lo que Bernard Shaw llamó el soborno del cielo, me estoy meando, si le pido que pare, aún llegaremos más tarde, mejor me

aguanto, el bien y el mal, pero ¿qué es el bien y qué es el mal?; como decía Hamlet, no hay nada bueno ni malo, nuestra opinión le hace serlo: en Estados Unidos, la propiedad privada es un derecho constitucional, en la URSS, un delito, ¿no se callará nunca?, ¿no podría correr más?, pero sospecho que el anzuelo de la inmortalidad no lo muerde nadie: ni el Papa, ni el pope, ni el imán creen en la vida eterna, aunque lo finjan por profesionalidad. Lo que busca el hombre al inventarse un dios es alguien que le haga compañía, nacemos acompañados pero nos vamos solos, nadie quiere morir sin un testigo que se haga cargo de nuestra tragedia, que tome nota de nuestra despedida y supongo que cuando somos conscientes de que ya está, por fin sucede aquello que estaba anunciado desde el primer día y nos aterra tanto: esto se acaba, nos acabamos, nunca veremos más nada, ni oiremos nada, ni nadie nos volverá a llamar por nuestro nombre, resulta consolador imaginar que hay alguien, invisible, mudo, pero presente: Dios, Alá, Jehová o como quieras llamarle, que nos ve, lo sabe, asiste a nuestra muerte y, quizá, *inshallah*, nos acoge y nos da la bienvenida al otro lado. *Ciao* Vlado, *ciao* Danilo, habéis visto cosas que no queríais ver y jamás lograsteis lo que anhelaba vuestro corazón; sé que de nada os sirve comprender que lo que hoy sabéis otros sabrán mañana, esos otros que viven felices mientras vosotros morís y dais ese paso tan leve, casi imperceptible, del ser a la nada, al tiempo que pensáis: puedo imaginar lo decepcionante que es para la nube convertirse en agua... Tened la certeza de que vuestro nacimiento no habrá sido en vano: como el árbol arrancado de raíz, dejaréis un hueco, el mundo entero, el universo, todos los universos, llorarán vuestra pérdida y yo mismo, Dios, no encuentro consuelo. Sí, Danilo, precisamos de Dios para no morir solos. Dios es el nombre que damos al caos, porque nos parece que al nombrarlo adquiere un cierto orden y Dios volverá, el ser humano no tolera la incertidumbre, concluyó mi padre y yo aproveché para decirle:

—Detente en esa gasolinera, tengo que ir al baño.

De camino al servicio, le pregunté al encargado, que tenía un transistor pegado a la oreja:

—¿Cómo van?

—Dos a cero.

—¡Mierda! Ya no quiero verlo.

Y no vi el final del partido, mi madre no me lo permitió. Nos esperaba en casa con la cena fría (¡hace horas que está lista!) y un arsenal de reproches: ¿Dónde habéis estado? ¿Por qué llegáis tan tarde? Vlado: ¿y tu tesis? ¿No habías dicho que ibas a dedicar el domingo a trabajar en ella? ¡Llevas cuatro años escribiendo esa tesis! ¡No la acabarás nunca! ¿Y por qué os habéis ido hasta Ledinac a ver tumbas? ¿No hay tumbas aquí? ¡Hay cinco cementerios en Sarajevo! Yo cenaba en silencio, acostumbrado a la furia torrencial de mi madre, que formaba parte de mi vida y de mi rutina diaria como la cisterna del váter que solía atascarse, el puente de Princip que cruzaba cada mañana para ir a la escuela o el tranvía desvencijado en el que regresaba

a casa; cenaba en calma, porque la ira de mi madre no iba dirigida a mí, sino a mi padre.

¿Por qué me habré casado contigo?, era una de las preguntas retóricas que en el colmo del paroxismo mi madre se formulaba a sí misma. Y yo también me lo preguntaba: no podían ser más distintos, formaban una pareja incongruente, desproporcionada. Mi madre era alta, rubia, con ojos azules y marcados pómulos esclavos. Mi padre era un judío de manual escolar de la Alemania de Hitler: piel cetrina, nariz ganchuda, hirsutas cejas negras, pelo oscuro y rizado (hasta que se quedó calvo); era fácil imaginarlo con los tirabuzones, la levita y el sombrero de los judíos hasídicos o la sonrisa ladina y el ojo avaro del prestamista judío que se frota las manos, tras desplumar a otro inocente ario, en un cartel de propaganda nazi. Medía un palmo menos que mi madre y en la última década su régimen severo de alcohol, tabaco, café, comidas abundantes y ningún ejercicio le había reportado, además de una diabetes, un exceso de quilos, acumulados en su generoso vientre y en sus cada vez más abultadas nalgas; era un milagro que sus flacas piernecillas continuaran transportándolo. Mi madre aseguraba que, de joven, su Vlado era el vivo retrato de Alain Delon, incluso más guapo. La principal recriminación que le hacía a mi padre era su falta de ambiciones. Un hombre con su inteligencia, su talento, su cultura, que hablaba el inglés como un nativo de Oxford... ¡Y no había pasado de profesor agregado! Decía que era poeta, pero nunca había publicado un libro; amenazaba con escribir su tesis doctoral pero, por algún motivo, no lograba terminarla; llegaba tarde al trabajo, a menudo con resaca, eso cuando no faltaba. Para colmo, era manirroto.

—Cuando me casé contigo, mi hermana me dijo que estaba de suerte, porque los judíos son listos, ahorrativos y trabajadores... ¡Ja! ¡Borracho, vago y despilfarrador, así es mi judío! Si no fuera por mi sueldo, tus hijos pasarían hambre. ¿Me oyes? ¡Hambre! Esto no puede seguir así, Vlado, ya no aguanto más. Te lo advierto: cuando menos te lo esperes, te voy a dejar.

Y, cuando menos lo esperábamos, mi padre dejó a mi madre. Y mi madre, mi hermana y yo nos fuimos a vivir a Belgrado.

Conocí a Ana Mladić en una representación de *Hamlet*. Yo tenía veinte años, ella diecinueve, creo. Atravesaba mi etapa renacentista; eran tantas mis inquietudes artísticas que no me podía decidir por ninguna. Sabía muy bien lo que no quería ser: contable de Energoinvest, como mi madre, dentista, como mi hermana mayor, profesor, como mi padre, ni escritor, destino que mi padre me había asignado al imponerme el nombre de Danilo, en homenaje, decía, a su amigo y gran escritor yugoslavo y medio judío como yo, Danilo Kiš. Con ese nombre y mis genes estás llamado a ser el James Joyce de Yugoslavia, me auguró. Mi madre afirmaba que mi padre nunca había conocido a Danilo Kiš, que cuando yo nací ni siquiera lo había leído y que mi nombre estaba inspirado en el de un ciudadano de Sarajevo, Danilo Nikolić, amigo, éste sí, de mi progenitor. Mi abuela Rosita Danon sostenía, por el

contrario, que me habían puesto Danilo a petición suya: era el nombre de su abuelo materno y tatarabuelo mío, Danilo Levy. Fuera como fuere, yo no deseaba ser escritor, ni pasar hambre, ni vivir recluso en algún cuartucho o estudio inmundo para engendrar esas obras maestras que el holgazán de mi padre no pudo o no supo escribir, sino que ambicionaba convertirme en actor, músico y director de cine, todo revuelto, no por ese orden. Hice mis pinitos como actor en una película de Emir Kusturica, *¿Te acuerdas de Dolly Bell?*, rodada en Sarajevo. Convocaron un casting de niños, al que mi madre me llevó y en el que fui seleccionado, junto con treinta niños más, para hacer de extra en un par de secuencias. Misteriosamente, en el montaje final no figuraban las dos escenas en que aparecía yo, una verdadera lástima, según mi madre, porque actué mejor y con más naturalidad que el protagonista. Lo que recuerdo de aquel rodaje es el frío que pasé (nos citaban en un descampado a las cinco de la mañana, vestidos con una camiseta y pantalones cortos, porque la peli transcurría en verano, aunque estuviéramos en abril) y el infinito tedio, el aburrimiento, las horas muertas, sin nada que hacer, tiritando, con hambre, con sed, con ganas de orinar, esperando la llamada del ayudante de dirección, un ser altivo y displicente que sólo se dirigía a nosotros para darnos órdenes, así como las decenas de veces que había que repetir cada secuencia, hasta que el jefe máximo, el dios de aquella película, Emir Kusturica, se consideraba satisfecho. A raíz de esa experiencia decidí que ya no quería ser actor o no sólo actor: mi verdadera vocación era la de director de cine, el que jamás se aburre en los rodajes y nunca recibe órdenes, sino que las imparte, el que va bien abrigado y come, bebe u orina cuando le place. Y si Sarajevo ya había producido un genio de la cinematografía europea contemporánea, Emir Kusturica, bien podía aportar dos.

La música era mi otra tentación. Con unos amigos había formado un grupo pospunk, *Too much for my vagina*, en el que yo tocaba el bajo y en un par de temas cantaba. Hicimos bolos en diversos locales de Belgrado (uno de ellos, muy celebrado, en la discoteca más *cool* de la ciudad, Akademija), también en Niš, Novi Sad, Zagreb y Split, y a punto estuvimos de ser teloneros de Lambausch en Ljubljana, lo cual hubiera supuesto nuestra consagración; por desgracia, los vientos políticos no eran propicios y en el último momento el concierto se canceló. (La guerra, las sucesivas guerras que pronto habrían de estallar y entonces no vislumbrábamos, fueron realmente demasiado, *too much* para nuestras vaginas; el grupo se disolvió y ahora sus integrantes viven diseminados en tres continentes. Sólo Igor, el batería, sigue en Belgrado.) Mis actividades artísticas me dejaban poco tiempo para mis estudios universitarios. A mi madre no le parecía seria la profesión de director de cine. «Estudia una carrera —me exigió— y luego te dedicas a lo que quieras.» Sospecho que para fastidiarla y porque podía servirme como excusa para pasar temporadas en Londres, perfeccionando el idioma, me matriculé en literatura inglesa, la materia que había estudiado y ahora enseñaba su ex marido, mi padre, aquel judío vago y despilfarrador que la había abandonado por una mujer más joven.

Yo tenía entre manos un proyecto para un cortometraje, mi primer corto, y soñaba con incorporar a mi elenco de actores, como protagonista, a una actriz de verdad, amiga de Igor, que había actuado en la serie de televisión *Bolji Život*. Esta mujer (porque Bojana, a sus treinta y dos espléndidos años, para mí ya no era una chica, sino una auténtica y sofisticada mujer, una *femme fatale* que me hubiera encantado conocer íntimamente) dirigía un grupo de teatro de aficionados y se proponía montar ni más ni menos que un *Hamlet*. Yo le había mencionado mi experiencia como actor de Kusturica (omitendo con astucia que mis escenas habían sido suprimidas de la película) y me pidió que participara en su proyecto, en sustitución del actor que iba a interpretar a Horacio, al que una caída en moto había lesionado. Ella sería Gertrudis, la madre adúltera de Hamlet. Mi amigo Igor, por amistad con la directora, representaría a Laertes, una vez Gertrudis accedió a recortar su papel de forma considerable. Hamlet y yo congeniamos enseguida, pese a que no tardé en percatarme de que estaba liado con Gertrudis, su madre, por lo que mis posibilidades de ligármela eran ínfimas. Ofelia era insoportable; tanto Hamlet como yo nos alegrábamos cada vez que se ahogaba en el río y desaparecía del viejo almacén de la orilla del Danubio en el que ensayábamos. Ana Mladić era amiga de Ofelia. Ya el primer día que la vi asistiendo a un ensayo, sentada en el banco donde acomodábamos a las visitas, junto a la madre de Ofelia, la hermana de Gertrudis y otra desconocida, pensé que aquella muchacha de rostro ovalado, piel blanca, grandes ojos oscuros y melena castaña, habría sido una Ofelia más adecuada que la titular, su amiga Mirjana, y podía imaginarla deslizándose ingrávida por el escenario, como flotando, acariciando un laúd y cantando con voz triste y delgada, «cubierta de flor, a la tumba se fue sin llevar lágrimas de amor», mientras que Mirjana, con su bronco vozarrón, rasgos agresivos, casi caballunos, que procuraba atenuar con una densa capa de maquillaje y su aparatosa melena, de un rubio estruendoso, con rizos artificiales que le caían en cascada sobre los hombros y se le introducían, salaces, en el escote, parecía ridícula con un tímido y delicado laúd en la mano, lo suyo era la guitarra eléctrica y en vez de cantar «cubierta de flor, a la tumba se fue», habría resultado mucho más creíble pegando botes sobre el tablado y gritando aquello de «*I'm a material girl, material girl!*», pero Hamlet me explicó que Mirjana era prima de Gertrudis/Bojana y, además, el local de ensayo pertenecía a su padre.

No hablé con Ana hasta la tercera tarde que vino al almacén. Me cohibía, quizá porque parecía seria, quizá porque era tímida o porque me sentí atraído por ella. No decía palabra y en cuanto terminaba el ensayo desaparecía con la discreción y el misterio de un gato. Nunca dio muestras de advertir mi presencia, aunque en una ocasión en que Bojana, la directora, interrumpió el ensayo para reprenderme, porque yo, fiel a mí mismo, había hecho el payaso, sorprendí una sonrisa cómplice en el rostro de Ana Mladić que me llenó de orgullo; a los bufones les envanece que les rían las gracias y yo soy un bufón, siempre lo he sido. Aquella tarde de junio en que por fin hablamos, el ensayo se tuvo que cancelar por ausencia de Hamlet. Gertrudis, en

un gesto sin precedentes, nos invitó a todos a tomar una copa en uno de los cafés flotantes amarrados en la ribera del río. Era una sofocante tarde de verano, hacía tanto bochorno que se podía beber el aire; nubes insidiosas de mosquitos nos rodearon en cuanto tomamos asiento y atacaron sin piedad nuestras desnudas extremidades. Mirjana criticó abiertamente a Hamlet por su falta de formalidad:

—Nos ha hecho perder el tiempo a todos, al menos podría haber avisado —se quejó.

Gertrudis lo defendió con valentía:

—Si no ha venido, será por alguna razón, le habrá surgido un imprevisto.

Yo sabía el nombre de aquel imprevisto, Valérie, una estudiante francesa con la que Hamlet había entablado relaciones cordialísimas, pues Hamlet, también conocido como Petar, era un mujeriego empedernido y ya se había cansado de Gertrudis. Un mosquito se suicidó en mi cerveza en el instante en que iba a echar un trago y pude oír por vez primera la risa franca de Ana Mladić, sentada a mi izquierda. Fingí enfadarme.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—La cara que has puesto.

—¿Y qué cara he puesto?

—¿Eres de Sarajevo?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Me dijo que reconocía el acento, era inconfundible. Ella había nacido en Skoplje, llevaba poco tiempo en Belgrado. Su padre era de Bosnia y tenía una casa en Sarajevo, en el barrio de Pofalići. Tras esforzarnos un poco, descubrimos con alivio que teníamos conocidos comunes en Sarajevo: Dženana Duraković, vecina de Ana Mladić, había ido conmigo a la escuela; Mehmed Salimović, con quien yo solía jugar a fútbol, era íntimo amigo de su hermano Darko; y Selma Kojić, a quien yo besé una noche en una callejuela de la Čaršija (aunque eso no se lo dije a Ana Mladić), era su mejor amiga de Sarajevo. «Somos como hermanas», dijo. Los tres eran musulmanes, pero entonces eso ni lo mencionamos, puede que ni lo supiéramos: era un matiz sin importancia, mucho menos relevante que el hecho de que yo fuera pelirrojo o que tanto Ana Mladić como yo hubiéramos asistido al mismo concierto de Zabrejeno Pušenje, el último que la banda dio en Sarajevo antes de disgregarse. Como al descuido mencioné que yo había interpretado un pequeño papel en *¿Recuerdas a Dolly Bell?* (película a raíz de la cual Emir Kusturica se unió como bajista a Zabrejeno Pušenje), comentario que me valió un encarecido elogio de mis dotes como actor por parte de Ana Mladić.

—Se nota que tienes experiencia —dijo—. Petar es un desastre, no pone interés, recita sus diálogos de carrerilla, cuando no se olvida del texto. Se cree que con ser guapo y mirar con ojos lánguidos está todo hecho.

Eso me animó, era la primera mujer que conocía que no se dejaba seducir por los ojos morunos de mi amigo Petar y creo que fue en aquel momento cuando empecé a

alimentar una insensata ilusión: ¿Y si...? ¿Y si Ana Mladić se enamora de mí?

Jamás aspiré a seducirla; no sé conquistar a una mujer, carezco de recursos para ello. Soy el chistoso oficial, el payaso, el bufón, a quien las chicas ríen las gracias, encuentran muy simpático y gratifican con sus confidencias, poniéndole al corriente de sus intimidades y sus penas de amor, para que las consuele o haga de mensajero con el destinatario de sus suspiros, que nunca es él, porque no pueden tomárselo en serio. Mienten las mujeres que afirman que buscan a un hombre que las haga reír, puedo dar amarga fe de ello: yo las hago reír, pero no encandilo sus corazones, sólo las distraigo, son los hombres circunspectos y como distantes, de expresión misteriosa y grandes ojos negros, como los de Petar, los que las seducen, las hacen llorar, las tienen en vela toda la noche; les gusta sufrir a las mujeres, el reto imposible de volver fiel a un mujeriego y hacerle sentar la cabeza es una tentación a la que pocas saben sustraerse. Pero si yo adoptara un aire byroniano, no las conquistaría: se partirían de risa. No soy guapo. Mido demasiado o eso me parece, de modo que voy siempre un poco encorvado, para ponerme al nivel de los demás en mi humildad congénita, quiero pensar, o en mi deseo inconsciente de pasar desapercibido, confundirme con la muchedumbre, ser uno más, algo que la madre naturaleza me puso difícil al dotarme de un llamativo pelo rojo que bajo el sol de mediodía parece un incendio, que el tiempo y las canas han dejado en rescoldo. Tengo la piel pecosa y mis ojos amarillos (según mi hermana), o del color de la miel (en compasiva opinión de mi madre), no saben de miradas intensas o penetrantes. En el colegio mi mote era *Ridokos*, pelirrojo; cuando comprendí que no lograría sacármelo de encima a base de guantazos, me adapté a él y acepté que mi destino era ser un bufón para hacerme perdonar mi peculiar físico. Aprendí a reírme de mí mismo y de los demás con el fin de que mis compañeros de colegio no osaran burlarse de mí, temerosos de mi lengua mordaz; yo era el que imitaba el tonillo afectado y nasal de la profesora de música a sus espaldas, los andares ridículamente marciales del profesor de gimnasia, los monótonos discursos de Tito en la televisión... Llevé tan lejos mi virtuosismo, que una tarde, fingiendo ser mi madre, mantuve una seria conversación telefónica con mi profesora de matemáticas, quien había llamado a mi progenitora para ponerla al corriente de mis fechorías escolares, mientras mi madre, pobre inocente, planchaba mis pantalones y escuchaba la radio a pocos metros de mí, tras la puerta cerrada de la cocina. Por averiguar si era capaz de superarme, desde la casa de un amigo improvisé una llamada telefónica de mi profesora de matemáticas a mi madre, en la que aquélla le imploraba que no fuera severa con el desdichado Danilo, pues si éste había suspendido su asignatura, no había sido por falta de estudio o dedicación. «Su Danilo es un alumno modelo, camarada Papo. Se sienta en primera fila, es aplicado, escucha con atención, toma notas, siempre me trae los deberes hechos... Suelo ponerlo de ejemplo.»

Eran las mujeres las que me seducían a mí. Un día advertía con sorpresa una atención inusitada en alguna chica, un brillo especial en su mirada, un modo de

sonreír muy halagador, que me inquietaba. Mis prevenciones eran vanas, soy una presa fácil de cazar, caigo a la primera, aun a sabiendas de lo que vendrá después: exhortaciones, recriminaciones, intentos de cambiarme y mejorarme; por supuesto que aprecio tu sentido del humor, Dani, lo paso bien contigo, me haces reír, eso es lo que me atrajo de ti, tu buen carácter, pero la vida no es una fiesta continua, también hay que saber trabajar duro, tener ambiciones, llegar a ser alguien... Suelo ser víctima de mujeres redentoras, del tipo de las que ven un desafío irresistible en un alcohólico y no cejan hasta que lo transforman en un hombre sobrio o, si se enfrentan a un alegre holgazán como yo, se empecinan en hacer de él un buen padre de familia, un trabajador ojeroso y madrugador, pero siempre me doy cuenta de ello demasiado tarde, pasados los primeros días de miradas furtivas, risas nerviosas y besos tentativos y después de los fogosos abrazos iniciales, cuando todo lo que uno dice, piensa o hace, les parece encantador y memorable: no enseñan los dientes hasta más adelante. No creo que Ana Mladić perteneciera a esa especie y quizá por ello nunca tuve la menor oportunidad de ser su amante. Intimamos enseguida, me sentía cómodo con ella, tal vez porque, como yo, no era de Belgrado y nuestro común provincialismo nos unía; también porque era tímida, aunque sólo al principio, y se reía sin afectación, con sonoras carcajadas, y no solía ir maquillada ni peripuesta como la mayoría de las belgradenses auténticas. Aquella tarde, mientras yo fumaba, bebía cerveza y mataba mosquitos a manotazos y ella no fumaba, bebía Coca-Cola y también mataba mosquitos, pero con las puntas de los dedos, con delicadeza femenina, como si se alisara una arruga de la falda o se quitara una miga, intercambiamos la típica información preliminar entre dos desconocidos que buscan dejar de serlo:

a) ¿Película favorita?

Ella: *Memorias de África*, la he visto tres veces y siempre me hace llorar.

Yo (una mueca de disgusto en el rostro ante su reprehensible sensiblería): *Ciudadano Kane*, de Orson Welles, una obra maestra; la he visto seis veces, o puede que siete, no llevo la cuenta. (La había visto una vez, con mi padre, quien me obligó a ello y me dormí a la media hora: no tenía acción, no había tiros ni persecuciones, pero estaba desplegando mi cola de pavo real para impresionar a Ana Mladić y me constaba que los cinéfilos con pedigrí siempre citan *Ciudadano Kane* como un hito.)

b) ¿Libro que más te ha impresionado?

Ella: *El médico*, de Noah Gordon, una novela muy bonita y que te enseña historia de una forma amena y entretenida.

Yo (una sonrisa condescendiente en los labios: era una mujer, ¿qué se puede esperar del criterio literario de una hembra?): El *Ulises* de Joyce, lo estoy releiendo. Escribiré un ensayo sobre él. Se titulará *Leopold Bloom, el falso judío*. Desarrollaré la premisa de que el protagonista del *Ulises* no es un judío convincente, porque Joyce no era judío, sino irlandés y católico de nacimiento, y un *goy*, un gentil, no puede ponerse en la piel de un judío por más que lo intente. (Le robé la idea a mi padre, cuya inconclusa tesis doctoral tenía ese título y, sospecho, poco más. Mi baladronada

cayó en saco roto. Ana Mladić no había oído hablar nunca del *Ulises*, ni sabía quién era Joyce. Le interesó, en cambio, enterarse de que yo era medio judío y comentó, bendita ignorante, que la novela de la que yo hablaba y *El médico*, de Noah Gordon, debían ser del mismo estilo porque ambas tenían protagonistas judíos.)

c) ¿Música?

Ella: El folk serbio y bosnio de Bijelo Dugme, Silvana Armenulić, Toma Zdravković y Lepa Lukić y también música moderna y extranjera: Dire Straits, U2, Madonna, Eric Clapton, The Police... ¡Y los Beatles! *Michelle* es mi canción preferida.

Yo (muy serio; cuando fuéramos novios enmendaría sus carencias musicales. ¡Escuchaba la misma música que mi madre!): Red Hot Chili Peppers, David Bowie, un clásico, The Stone Roses, Nick Cave, The Smiths, The Clash, New Order, Laibach...

d) ¿Equipo de fútbol?

Ella: No entiendo de fútbol, no me interesa, pero en casa somos del Partizan, mi padre es forofo.

Yo (exultante por coincidir en algo): ¡Yo también soy del Partizan! ¡A muerte! Me cae bien tu padre.

Cuchicheamos a placer sobre los nativos belgradenses, como nuestros vecinos de mesa (de ahí el cuchicheo), quienes se creían poco menos que aristócratas por haber nacido en la ciudad blanca y nunca te perdonaban ni olvidaban tu origen provinciano. Hablamos bien de Igor y de su amigo Marko, también amigo mío y compañero de clase de Ana; en términos entusiastas de Petar (yo), con desdén, Ana (es un fantasma que se hace el interesante, pura fachada); mal, los dos, de Martina, una amiga común de Petar y Marko, también condiscípula de Ana, el epítome de la belgradense presumida, que se compraba la ropa en Trieste y cuyos gestos, miradas y sonrisas eran siempre calculados, puro artificio. (Con el paso del tiempo, Ana y ella se harían amigas y yo, una noche, borracho y confundido, me la follé en un baño, en los estertores de una fiesta muy tóxica.) Le dije que echaba de menos Sarajevo y que los primeros años de mi exilio en Belgrado fueron amargos. Le conté que de niños mis amigos y yo nos divertíamos cambiando de sitio o escondiendo los zapatos que los fieles dejaban a la puerta de la mezquita. Más de uno hubo de volver a su casa descalzo. También le expliqué los infructuosos intentos de mi difunta abuela Rosita Danon por hacer de mí un judío; cómo me comprometí a dejarme circuncidar en secreto por un médico amigo suyo, a cambio de una bicicleta, y cómo, una vez obtuve mi flamante bici, la traicioné y la delaté a mi comunista madre y a mi ateo padre, acusándola de pretender convertirme en musulmán: todos mis amigos musulmanes carecían de prepucio y yo no acababa de distinguir entre musulmanes y judíos, de lo que estaba seguro era de que quería conservar íntegra mi virilidad. La anécdota le hizo reír, pero con desgana.

—No está bien engañar a una abuela —dijo—; yo adoro a la mía, quedó viuda

muy joven, su marido partisano murió en la guerra y ella tuvo que criar sola a mi padre y a mi tío.

Aproveché para informarle de que mi abuela no era menos meritoria, pues también fue viuda de un héroe partisano y sacó adelante por sus propios medios a mi padre Vlado. Una parte de la familia Danon consiguió huir a Italia bajo la ocupación nazi, pero mi abuela no estaba dispuesta a alejarse de su marido y decidió quedarse en Sarajevo, con su hijo, aunque tuviera que llevar una estrella amarilla, le prohibieran salir a la calle y la llamaran sucia judía. Cuando las cosas se pusieron feas de verdad y los nazis empezaron a deportar judíos a Jasenovac, una familia croata amiga los acogió a ella y a su hijo, escondiéndolos en su granja de Brčko, y así consiguió pasar la guerra y sobrevivir al holocausto, pero el hombre al que aguardaba nunca regresó: lo asesinaron los nazis casi al final, en 1945. Nos que damos los dos callados, rememorando el infortunio de nuestros antepasados.

—Por suerte se han acabado las guerras —dije.

—Sí —coincidió ella—, tres guerras en un siglo son más que suficientes.

Me dijo que aunque en Skoplje había dejado buenas amigas y un novio, no lamentaba su traslado a Belgrado. Era estudiante de medicina y la mejor facultad de Yugoslavia era la de la capital. Yo le confié que cursaba literatura inglesa, pero que mi verdadera vocación era el cine. Le comenté mi proyecto de cortometraje y tanteé la posibilidad de que interviniera en alguna escena.

—Salvo Bojana, todos los actores serán aficionados —la tranquilicé.

—No sirvo para actriz —dijo—, soy demasiado tímida. En las representaciones escolares era una calamidad: me ponía colorada y no acertaba a articular palabra. ¿De qué va tu corto?

Preferí no ahondar en ello: trataba de un joven alocado que se acostaba con muchas mujeres; el papel protagonista me lo había reservado para mí. En cambio, le expuse el argumento de un guión para un largometraje en el que «estaba trabajando» (es decir: de cuando en cuando pensaba en él y me prometía que, tan pronto dispusiera de tiempo, plasmaría en tinta y papel mis brillantes ideas). La película transcurriría en Andorra, un país diminuto encajado entre Francia y España, como un grano o un tumor, cuyos habitantes profesaban el catarismo o bogomilismo en el Medioevo, al igual que los bosnios, y del que supe a través de una novia andorrana que tuve en Londres, una tal Neus, compañera mía de fatigas en una pizzería de Bayswater en la que ambos trabajamos de camareros un verano. Andorra es un principado con dos copríncipes: un arbozispo español y el presidente de Francia, pero durante unos días, en 1934, fue un reino independiente. Un ruso llamado Boris de Skossyreff, sedicente barón de Orange, se proclamó rey de Andorra. En menos de nueve días, se coronó, promulgó una constitución y declaró la guerra al copríncipe episcopal, el obispo de Urgel. Éste resolvió el asunto despachando a Andorra a cuatro guardias civiles y un sargento, quienes detuvieron al rey Boris I, lo trasladaron a España y lo llevaron delante de un juez, que lo mandó al calabozo. El pueblo

andorrano, que no se alteró cuando Boris I tomó el poder, tampoco perdió la calma ni la indiferencia cuando su rey fue arrestado por un destacamento de guardias españoles. Ese episodio vodevilesco de la fugaz monarquía andorrana era el que yo narraría en mi película. Ana Mladić me escuchó con perplejidad teñida de escepticismo.

—No sé a quién puede interesar esta historia —me confió con sinceridad innecesaria—, y me parece poco creíble que un individuo llegue a un país y se declare rey sin más y luego aparezcan cuatro policías de una nación extranjera y se lo lleven sin que el ejército intervenga en ningún momento.

Yo le dije que había puesto el dedo en la llaga: Andorra no tenía ejército y nunca había estado en guerra, salvo la que declaró el rey Boris I a la Iglesia católica. Por eso quería hacer la película, una comedia con intención pacifista.

—¡Ojalá ninguna nación tuviera ejército, así no habría más guerras en el mundo! —declaré, con un optimismo ingenuo (y bastante ético) que Ana Mladić no perdió ocasión de censurar, de repente seria:

—Si Yugoslavia no tuviera un ejército fuerte y poderoso, hace tiempo que habría sido invadida por la Unión Soviética. Disfrutamos de paz y prosperidad gracias a nuestros soldados, ellos defienden nuestras fronteras de los enemigos. Para gozar de la paz hay que estar siempre preparado para la guerra —dijo, y luego añadió—: Mi padre es militar. ¿Por qué no haces una película sobre Yugoslavia?

—Porque en Yugoslavia nunca pasa nada.

Volví a ver a Ana Mladić y no por casualidad. La anduve rondando una temporada. Fingía sorprenderme cuando me encontraba con ella en la Facultad de Medicina, que empecé a visitar muy a menudo, la invité a un concierto de *Too much for my vagina*, en un tugurio belgradense lleno de humo, con un sonido infame, y le dediqué un tema, el único que yo canté esa noche y que acompañé con la guitarra, una versión acústica de *Should I Stay or Should I Go?*, de The Clash, que yo había convertido en una meliflua balada romántica, y le lancé desde el parapeto de unas gafas de espejo esa pregunta que es el alma de la canción: «*Darling you gotta let me know / Should I stay or should I go?*», pero si la oyó, no se dio por aludida; el concierto le gustó «bastante», pero me confesó que le resultó difícil seguirlo por culpa del barullo reinante y los molestos pitidos de los altavoces. Fui a su casa, conocí a su madre, a su discreto hermano mayor, Darko, así como a su tremebundo padre, el capitán Ratko Mladić, un encuentro para el que yo no estaba preparado. Se suponía que el capitán estaba en Kosovo, en Priština, donde lo habían destinado, pero para mí embarazo una tarde se materializó en Belgrado y lo hallé en su casa cuando pasé a recoger a Ana para acompañarla no recuerdo adónde. Ana me había hablado tanto y tan bien de su padre, un hombre cariñoso, culto, hogareño, amante de las bromas y las abejas, que yo me había hecho a la idea de que Mladić sería un militar civilizado, un tipo distinguido, alto, esbelto y moreno como su hijo Darko, con quien uno bebería a lentos sorbos un intenso café turco y entablaría una interesante

conversación sobre literatura rusa (Tolstói, Dostoievski y Gógol eran sus autores predilectos, me había informado su hija), y quizá más tarde lo acompañaría al pequeño jardín que circundaba su casa y proseguiría allí la amena charla, mientras ese hombre de sensibilidad exquisita se enguantaba las manos y, armado con unas tijeras, igualaba un seto, arrancaba hojas muertas o cortaba una rosa para regalársela a su mujer o a su hija... Ratko Mladić era una bestia. Robusto y de corta estatura (su cabeza apenas me llegaba a la clavícula), se las apañó para escrutar me de arriba abajo con su mirada perspicaz, impertinente, que parecía pedirte cuentas de tu existencia. Tenía los ojos azules, de un azul gélido, y carecía de cuello, era todo cara, un rostro sonrosado, ancho y cuadrado, en forma de pala, con una desagradable sonrisa sin labios que pronto se plegaba en una mueca de desagrado. Irradiaba aplomo y seguridad en sí mismo.

—¿De qué parte de Sarajevo eres? ¿Cómo dices que se llama tu padre? ¿Papo? ¿Es un apellido serbio?

—No, es judío —le respondí con un hilo de voz, temeroso de su reprobación, pero mi ascendencia hebrea no le disgustó, todo lo contrario.

—Los judíos y los serbios somos hermanos —dictaminó el señor Mladić—, dos pueblos perseguidos, injustamente calumniados a lo largo de la historia, que hemos luchado codo a codo contra los nazis. Tengo una gran simpatía por Israel, esa nación amiga. ¿Dónde hiciste el servicio militar?

—Eh... No hice el servicio militar, no pude hacerlo, tengo una pierna más corta que la otra.

—¿Ah sí? No se te nota, será muy poca la diferencia, caminas perfectamente. No entiendo por qué no hiciste el servicio. Con un alza dentro de la bota se resolvería el problema —dijo, y a continuación me ofreció sus buenos oficios para reparar esa laguna en mi formación. Si yo lo deseaba, él podía enviarme a la mili en una semana, pero yo no lo deseaba, de modo que farfullé un cortés agradecimiento, le dije que tal vez más adelante, en esas fechas estaba en plena época de exámenes y...

—¿Qué estudias? —me interrumpió con su voz seca y apremiante. Con una turbación creciente le confesé que cursaba literatura inglesa, respuesta que me valió un bufido, una sonrisa irónica y el alegre pronóstico—: Con eso no te vas a ganar la vida, tendrás que aprender un oficio.

Fin de la visita.

Era evidente que yo no era el novio que Ratko Mladić soñaba para su hija, pero no por ello desistí de mi cortejo, puedo ser tozudo y perseverar contra toda esperanza, fiel y constante como un perro, porque mi relación con Ana no progresaba, no en la dirección que yo hubiera querido que tomara. Nos hicimos amigos, incluso muy amigos, ya habíamos iniciado la fase de las confidencias. Paseando por el parque de Kalemegdan una mañana de otoño en que yo había hecho novillos y Ana Mladić no tenía clase (jamás se saltaba una), pisando la alfombra roja y amarilla de las hojas caídas y sintiendo en la nuca y en el rostro los lametazos del cálido sol de octubre, me

habló de sus vivencias como neófita ortodoxa, de la inefable sensación de paz, calma interior y bienestar que experimentaba al entrar en una iglesia, «como si volviera a casa después de muchos años», y del trance en que se sumía cuando asistía a un oficio religioso y, una vela encendida en la mano, aspirando el fragante olor a incienso y cera derretida, escuchaba los cánticos de los fieles con los ojos cerrados o se unía a ellos con los ojos abiertos, para mejor admirar la belleza de la liturgia, las misteriosas entradas y salidas del pope, la santidad de los iconos, el resplandor del iconostasio...

—No te rías, por favor —me pidió Ana Mladić, la cara vuelta hacia el sol, los ojos entornados, los dedos de la mano derecha arañando la corteza plateada de un abedul—, pero cuando estoy en la iglesia me siento habitada por Dios. Es como... ¿Cómo describirlo? Para mí Dios es como una inmensa bola de luz, una fuente de calor tibio y reconfortante, un... ¡Es como volver a estar en el útero de tu madre!

No pude evitar reírme ante esa comparación y ella también se rió, a carcajadas, de su propia ocurrencia y se dobló en dos de la risa y luego se echó hacia atrás y recostó su cuerpo contra el tronco del árbol, todavía estremecida por la risa, los brazos colgando a los lados del cuerpo y parecía ofrecérseme, era como si su rostro, su risa, sus ojos alegres, estuvieran diciéndome, suplicándome: ¡bésame!, y me sentí tentado, horriblemente tentado de rasgar y romper su ensoñación mística con mis manos, mi abrazo, mis labios. Pero no la besé, como en esos anuncios televisivos en que el chico y la chica parecen estar a punto de unir sus bocas cuando súbitamente la imagen se congela y una cálida voz en off recomienda «champú ZZZ, para dar brillo, volumen y suavidad a tu cabello», mientras la cámara acaricia y persigue la dorada melena de la risueña joven, que la ondea al ralentí para mejor exhibirla. El chico, superfluo, hace rato que ha desaparecido del encuadre. ¡Qué agonías pasé esa noche desvelado en mi habitación! ¿Por qué no lo he hecho? ¿Por qué no la he besado? ¿Se me ha ofrecido y yo me he acobardado! ¿Se me ha ofrecido? ¿He sido cobarde o cauto? ¿Sabe ella, se ha dado cuenta, lo desea tanto como yo? ¿Estará ahora en su cama, también despierta, preguntándose por qué no me ha besado, acaso no le gusto? ¡Oh, la duda, la tortura, los deseos insatisfechos! Esa incertidumbre que quema: si, como al descuido, la tomo de la mano, ¿me recompensará con un apretón cálido o se desasirá con alarma y disgusto? ¡Tenía tantas ganas de hacerlo con ella...! Pero ella prefirió a otro, lo supe de labios de la cotilla Mirjana un día en que fui a su casa para celebrar su *slava*, en la esperanza de coincidir allí con Ana.

—Tiene un amante —me confió Mirjana, los maquillados ojos cargados de malicia—, es un secreto, prométeme que no se lo contarás a nadie —me exigió y yo se lo prometí (ya se encargaría ella de divulgarlo)—, es un hombre mayor, casado —me dijo malévolamente, saboreando el escándalo—, un cirujano muy conocido, profesor suyo en la facultad. ¡Si se entera su padre, la mata! —añadió extasiada.

Por aquella época se pusieron de moda las *slavas*, una tradición nuestra, de toda la vida, recién inaugurada. Hasta mi hermana empezó a celebrar la *slava*. El día de su

bautizo como cristiana serbia ortodoxa fue «el más hermoso de su vida —dijo, para añadir apresuradamente, mirando de reojo a su marido—, junto con el día de mi boda y el del nacimiento de mi hijo». «Lloré como una niña, Dani —me confesó—, y mi madrina también lloró. Me duele que no vinieras, ¡mi propio hermano! Espero que algún día descubras a Dios.» Yo recordé que cuando vivíamos en Sarajevo mi hermana solía acompañar a mi abuela a la sinagoga y que un par de veranos acudió al campamento de jóvenes que organizaba la comunidad judía en la costa dalmata, pero ese flirteo con el judaísmo estaba olvidado y bien enterrado: ahora mi hermana era serbia y sólo serbia, la más serbia de Belgrado; se había librado de su delator apellidado, Papo, para adquirir uno muy eslavo, Nemanjić, cortesía de su marido, Branko, también superserbio, tan serbio que daba miedo. Alto, bien plantado, guapísimo según su devota esposa, mi cuñado, el masculino rostro siempre bronceado, la melena castaña peinada hacia atrás en afectado desaliño, ataviado con trajes de impecable factura y zapatos caros, iba y venía como una exhalación, una sonrisa de velocidad en la cara, dejando al descubierto una dentadura perfecta y tan blanca que parecía encalada, ocupado en misteriosas e importantes tareas que no nos podía confiar debido, precisamente, a su intrínseca importancia. Branko había prosperado mucho en los últimos tiempos. Fue un líder menor de las juventudes comunistas de Belgrado, que de la noche a la mañana se convirtió en jefe del recién fundado Movimiento de Renovación Serbio, el hombre de confianza de Šešelj y Vuk Drašković, los nacionalistas ideólogos de la Gran Serbia. Tenía estudios, mi cuñado (nunca pude averiguar cuáles), y la astucia y la doblez del político nato. Nos llevábamos bien porque era un tío simpático, un auténtico experto en relaciones públicas. Sus *slavas* eran tradicionales pero a la vez modernas: junto a los consabidos *meze*, bandejas con *sarme*, rollitos de col, arroz y carne picada, pitas rellenas de setas o patata y cebolla, *gibanica* y una gran fuente con un lustroso lechón asado, la inevitable manzana incrustada en la boca, se podían degustar en casa de mi hermana y mi cuñado finos canapés al estilo europeo, salmón ahumado, caviar ruso y (aunque por descontado había una jarra de cristal llena de *šljivovica*), todo tipo de bebidas alcohólicas, pues la mayoría de los invitados, gente urbana, prefería el whisky, el gin-tonic, el vino, el coñac o la cerveza, a la *rakija*. Mi hermana, hecha un brazo de mar, recibía a sus invitados con los tres besos que manda la tradición y una gran sonrisa; era la encarnación de la perfecta anfitriona serbia, cuya familia lleva generaciones organizando ese tipo de fiestas. Sus invitados eran nacionalistas, pero nacionalistas refinados, con ínfulas artísticas: periodistas, fotógrafos, pintores, actores, escritores, dramaturgos, directores de cine, la *crème de la crème* de la intelectualidad nacionalista de Belgrado, en la que no podía faltar Vuk Drašković, amigo y mentor de mi cuñado, el líder político y autor de *El cuchillo*, esa obra maestra de la épica serbia. Y entre toda esa fauna pululaba yo, que no conocía a nadie salvo a los anfitriones y no podía corear ninguna canción folclórica porque desconocía las letras, profundamente disgustado con el papelón que estaba desempeñando y la

desagradable compañía en que me hallaba. Comer, comí poco, pero me aproveché de la barra libre. ¿Qué pretenden esos eslovenos? ¿Adónde quieren llegar los croatas? ¡Sin Serbia, Croacia no es nada! No podemos permitir que despiecen Yugoslavia... Escuché estos y otros comentarios de boca de la patriótica concurrencia y ya había decidido despedirme de mi hermana y salir a la noche belgradense, que presumía más acogedora, cuando mi cuñado Branko me echó un brazo al hombro, me convidó a otro whisky y me presentó a un escultor fantástico, con un talento descomunal, de quien nunca más he sabido nada y cuyo nombre no puedo recordar, un chaval joven, de mi edad, un tipo estirado, pomposo, que se tomaba su arte muy en serio, bebía *šljivovica* y no tardó en revelarme que trabajaba en una escultura de Gavril Princip hecha de materiales reciclados. Yo, bastante entonado, me sentí bien dispuesto hacia aquel muchacho solemne, con la cara llena de granos y, ante la sonrisa complaciente y siempre tan blanca de mi cuñado, pasé un brazo cordial, o quizá paternal, sobre su hombro, de forma que quedamos los tres enlazados, como en un *kolo* estático, y les expliqué la verdadera historia de Gavril Princip.

—Lo primero que hay que tener en cuenta, chaval —le dije al escultor, apretándole con ternura el hombro—, es que Gavril Princip era un enano, un alfeñique, tan diminuto y frágil que los fieros conspiradores serbios de la organización secreta la Mano Negra lo rechazaron dos veces y eso a Gavril le dolió. Les demostraré de lo que soy capaz, se prometió a sí mismo, y siguió conspirando contra el Imperio austrohúngaro en la medida de sus posibilidades, que no eran muchas. He aquí que el 28 de junio de 1914, día de Vidovdan, llega a Sarajevo el archiduque Franz Ferdinand con una embarazada archiduquesa Sofía y toda su comitiva. Gavril y sus compinches le tenían preparado un recibimiento inolvidable, pero eran unos torpes, todo les salió mal. Es sabido que el primer conspirador se acojonó y no arrojó su bomba al coche del archiduque cuando lo vio pasar por delante del banco austrohúngaro. El segundo lanzó una granada de mano que mató a dos miembros de la comitiva real, pero no al archiduque, que resultó indemne. A continuación el joven rebelde serbio se tragó una cápsula de cianuro y se tiró al río Miljacka; el cianuro había caducado y no le hizo efecto y el Miljacka estaba seco. Los otros cinco conspiradores, el enano Gavril entre ellos, se refugiaron en el café Moritz Stiller y allí ahogaron sus penas y su frustración como hacen esas cosas los patriotas serbios, bebiendo hasta derrumbarse sobre la mesa. Por su parte, Franz Ferdinand cambió su recorrido y fue a visitar a los heridos del atentado en el mismo hospital que se suponía tenía que inaugurar, tras lo cual, muy austriaco y profesional, decidió continuar con su programa de visitas, aunque modificando el trayecto para evitar aglomeraciones y atentados ulteriores. A nadie se le ocurrió informar de eso al chófer, quien reanudó la marcha por el recorrido establecido. Alguien advirtió el error y se avisó al conductor, el cual apretó el freno en el mismo momento en que un tambaleante Gavril Princip salía del café Moritz y vio, o entrevió, en la neblina turbia del sopor etílico, el automóvil descapotable del archiduque, a pocos metros de

donde él se hallaba. Con la inconsciencia y la temeridad de los borrachos, el pequeño Gavriló dio unos pasos al frente, sacó su pistola y disparó dos tiros, quizá porque veía doble: el primero alcanzó a Franz Ferdinand en el cuello y el segundo en el abdomen a la archiduquesa, quien se había lanzado sobre su marido para protegerlo; de haber sido un poco más arisca o desapegada habría salvado la vida. Así fue como un serbio borracho acabó de un plumazo con el Imperio austrohúngaro, la única posibilidad que tenían los Balcanes de un futuro próspero y civilizado, y desencadenó la primera guerra mundial, una carnicería tremenda, que llevó inevitablemente a la segunda, al holocausto, al comunismo, al reinado hegemónico del mariscal Tito... Nunca una borrachera tuvo tantas consecuencias, si Gavriló Princip hubiera sido abstemio, hoy el mundo sería muy distinto y puede que ninguno de nosotros hubiera nacido —concluí filosófico, la vista fija en mi vaso de whisky vacío para no tener que enfrentar la mirada iracunda del escultor patriota ni la expresión sulfurada de mi no menos patriótico cuñado.

—¡Cómo te atreves a burlarte de un héroe serbio! ¡Mofándote de Gavriló Princip te mofas de todos nosotros y, lo que es peor, de la nación serbia, del serbianismo!

—Vas pedo, Danilo, no sabes lo que dices. Esta vez te has pasado, no has tenido ninguna gracia; no se pueden decir cosas así en mi casa. La patria es sagrada.

—Si no estuviera disfrutando de la hospitalidad de tu hermana, te partiría la cara —me amenazó el escultor granujiento, lívido de ira.

—El patriotismo es el último refugio de los canallas; la insensata convicción de que tu país es superior a todos los demás porque tú naciste en él —le solté, como retándole a que se dejara de palabrería y pasara a la obra, lo cual mi cuñado evitó invitándome a marcharme de su casa no sólo con palabras, sino también de obra, a vigorosos empujones, mientras yo pugnaba por desasirme y hacerme oír—. ¡No lo digo yo, son citas de Samuel Johnson y George Bernard Shaw, dos grandes escritores!

—Ése es uno de tus problemas, sólo te interesa lo de fuera —me acusó mi cuñado, sin dejar de arrastrarme hacia la puerta—. ¿Por qué no lees autores serbios, como Ćosić o Vuk Drašković, y escuchas música serbia, nuestra, de aquí?

La glorificación de lo autóctono, la contemplación extática de nuestro pequeño e insignificante ombligo, fue como un virus que se esparció rápidamente e infectó a todo el mundo, salvo a Petar, a Marko, a mí y a otros escépticos como nosotros, impermeables al entusiasmo nacionalista, a la reivindicación fanática de la cultura serbia, la gastronomía serbia, la geografía serbia, la historia serbia, la religión serbia, el folclore serbio y todo lo relacionado con la gran patria serbia. Hasta Emir Kusturica se volvió chetnik. Era como en esas películas de terror en que de pronto el protagonista se percata de que su novia, su padre, su madre, su sobrinito, su tierna abuela, su viejo profesor, todos, sin excepción, son zombis y él es el único libre de contagio, por lo que le urge huir, escapar, ponerse a salvo, pero a diferencia de los héroes de las típicas pelis de zombis, yo no luché con uñas y dientes contra las hordas

de muertos vivientes, sino que contemporicé todo lo que pude, me hice el simpático; yo era el jovial Danilo y quería conservar mis relaciones, me jactaba de tener amigos de todo tipo: nacionalistas, como por ejemplo Igor, con quien evitaba hablar de política, y antinacionalistas como Petar y Marko, con quienes nos reíamos de la fiebre patriótica que aquejaba por igual a serbios y croatas, aunque cuando veía por la tele mítines de los croatas de Tudjman y les oía entonar el *Deutschland über alles* y enarbolar la ustacha *šahovnica*, debo reconocer que se me ponían los pelos de punta, mi sangre serbia y judía me recordaba cosas.

Una noche me encontré con Ana Mladić en la fiesta de una amiga de Igor. Nos pilló a Igor, a su hermano Dragan y a mí fumándonos unos porros en un rincón de la terraza de la casa donde se celebraba el festejo. Mantuve una larga y difícil conversación con ella. Sabía por la chismosa Mirjana que Ana había roto con su profesor y lamenté toparme con ella en tan mal estado (los porros me aturden, no debería fumarlos, la culpa era de Dragan, quien nos había invitado), de modo que cuando Ana Mladić empezó a despotricar contra los traidores croatas y eslovenos empeñados en destruir Yugoslavia, no estuve a la altura de las circunstancias y en lugar de asombrarla con mi elocuencia, no atiné a decir palabra.

—¿Tú no odias a los croatas? —me preguntó, sorprendida.

—¿Y por qué iba a odiarlos?

—Asesinaron a tu abuelo, a tus antepasados, eran antisemitas y antieslavos, encerraban a los judíos y a los serbios en campos de concentración donde los mataban de hambre o los gaseaban.

Balbucí que los croatas que hicieron eso estaban todos muertos o casi, alegué que a mi abuela judía le salvó la vida una familia croata.

—Ella —dije— no los odiaba, les estaba agradecida, no todos los croatas son iguales, es el peligro de las generalizaciones, meter a todo el mundo en el mismo saco.

—Pero ¿tú qué eres Danilo?

Era la pregunta que más detestaba; identifíquese, camarada Papo: ¿cuál es su bandera?

El camarada Papo no sabe, no contesta; el camarada Papo no tiene bandera.

Los judíos no me admiten como tal porque mi madre es serbia y el judaísmo es matrilineal. Para los serbios soy judío, porque mi padre lo era y mi apellido es hebreo. Podía postularme como bosnio, pero ¿qué clase de bosnio era yo? Si no era serbio, croata, musulmán o judío, no tenía cabida en ninguna categoría reconocida; era, soy, un *ostali*, un extranjero, y ésa es la identidad con la que más a gusto me siento. El extranjero es el que está de paso y no se compromete en nada, pues no le conciernen las intrigas políticas, religiosas o sociales de su país de residencia, ni se espera de él que bese su bandera o coree su himno con rostro emocionado; el extranjero es el forastero, el visitante, incluso el invitado, hasta que de pronto sucede algo: una crisis económica, un conflicto político, que lo convierte en el Otro, el

diferente, el enemigo, el culpable de todo, siempre sospechoso. Llevo viviendo en Inglaterra como extranjero casi veinte años y recientemente he perdido la aséptica y respetable condición de *foreigner* para convertirme en un jodido inmigrante de Europa del Este, *a fucking Eastern European immigrant*, un presunto delincuente que abusa de los servicios sociales, una sanguijuela que chupa la sangre de su país de acogida, pero ésa es otra historia y aquella noche en que sufrí el interrogatorio de Ana Mladić, Yugoslavia era todavía una realidad, una abstracción viva, aunque amenazada de muerte, de forma que respondí, encogiéndome de hombros: «No sé, soy yugoslavo, supongo», como podía haber dicho soy bogomil o pelirrojo, pero respondí eso y Ana Mladić me confió que ella también se sentía yugoslava aunque cada vez menos. Al poco la vi bailar en el interior de la casa, el insensato de Dragan brujuleando en torno a ella y pegando unos botes descomunales pese a que llevaba enyesada una pierna. Esos saltos no eran espontáneos, sino deliberados, pues mientras compartía sus porros con nosotros, Dragan, que era soldado, nos confesó a su hermano y a mí que haría lo posible por prolongar su fractura.

—Se está cociendo una guerra —dijo—, y no quiero estar en ella.

«Nadie nos sorprenderá» es el lema que repetíamos como un mantra en la Yugoslavia de Tito, una nación que vivía una paz paranoica: equidistante de las dos potencias mundiales, la URSS y Estados Unidos, promotora del grupo de países no alineados, Yugoslavia se sentía permanentemente amenazada; si no son los rusos, serán los americanos, antes o después tratarán de invadirnos, pero no nos sorprenderán, estamos preparados. En la escuela nos impartían la asignatura de Defensa Nacional, en la que aprendíamos cómo administrar primeros auxilios a un herido, cómo actuar en un bombardeo (había que comer yogurt en caso de intoxicación química; yo puse beber leche y suspendí el examen), guardábamos nuestras máscaras antigás en casa y todos los niños sabíamos disparar armas de fuego, nos enseñaban en el colegio. En la escuela primaria, en Sarajevo, la dulce y rubia profesora Suzana colocaba una diana contra una pared del aula y nos daba clase de tiro con escopetas de aire comprimido. «Manipulad el arma con cariño, no le deis esos golpes, chicos —nos pedía con su voz cantarina—, haceos a la idea de que es un objeto precioso y delicado como... ¡como un Stradivarius!» En secundaria el adiestramiento era más riguroso: tenía lugar en un campo de tiro, con un rifle M-48, tan pesado que el retroceso se te llevaba el hombro cada vez que apretabas el gatillo. Luego nos enseñaron a limpiar, montar y descargar el arma. «Hemos de vivir la paz como si en cualquier momento pudiera estallar la guerra», nos aleccionaban, y no sé si nos cansamos de esperar a que rusos y americanos intentaran sorprendernos, ¡qué chasco se van a llevar!, ¡no se imaginan lo preparados que estamos!, o en realidad lo que deseábamos era eso precisamente, que alguien nos sorprendiera y acabamos por liarnos a tiros entre nosotros: aquello sí que fue una sorpresa.

Viví la guerra entre Serbia y Croacia como una aventura. Era excitante ir a las manifestaciones contra Milošević, tirar huevos a la policía y luego escapar corriendo,

era divertido cambiar de domicilio cada pocos días, para burlar el servicio de reclutamiento, y era muy emocionante conspirar contra el gobierno con Petar y sus colegas de Vreme. No me supuso ningún disgusto no poder ir a clase por las huelgas y follé como nunca en aquella época, era muy fácil ligar; teníamos la impresión de que nos hallábamos al borde del abismo, el orden que conocíamos se estaba resquebrajando y en cualquier momento la guerra podía llegar a Belgrado, de modo que nos lanzamos con alegría y desesperación al folleto indiscriminado, sin consecuencias ni compromisos, no tenía sentido concertar alianzas o concebir un proyecto de futuro en un país que se había ido a pique, hubiera sido como formular una promesa de matrimonio a bordo del *Titanic*. Disfrutaba menos cuando me paraban por la calle las patrullas de soldados o de paramilitares, me pedían la documentación, examinaban mis papeles y me ordenaban que diera unos pasos adelante, unos pasitos atrás o echara una carrerita, para comprobar si de verdad era cojo o lo fingía. Yo había seguido el consejo de Ratko Mladić y ahora llevaba un alza en la plantilla de mi bota, sólo que no en la correspondiente a mi pierna más corta, la derecha, sino en la izquierda, lo que me permitió cojear de forma notoria.

Igor me dijo que su hermano Dragan salía con Ana Mladić, una noticia tan extraordinaria que al principio creí que era una broma. Me indignó que Ana Mladić hubiera otorgado sus favores a ese descerebrado. «¿Qué ves en él?», le pregunté cuando la volví a ver. No quiso contestarme. No tenía por qué hacerlo, soy consciente de ello, ¿quién era yo para pedirle cuentas? Un hombre despechado y a éstos nunca se les hace caso. Por lealtad a mi amigo Igor me abstuve de revelarle a Ana que su flamante enamorado trapicheaba con droga, tenía amistades peligrosas y, corría el rumor, comerciaba con munición, armas y otros pertrechos militares que escamoteaba del ejército. Dragan se salió con la suya y, pese a ser soldado, se escaqueó de la guerra de Croacia. Aquellos días me alojaba en el piso de Igor, en Novi Beograd, donde dormía en un sofá que me deparaba sueños angustiosos, supongo que porque me colgaban las piernas. Yo leía, o intentaba leer, *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe; Igor, sentado a una mesa, empollaba un libro de medicina y su novia Nataša y la hermana de ésta se hallaban en la cocina, preparándonos la cena o limpiando los cacharros, no lo sé, cuando apareció un risueño Dragan, vestido de soldado, acompañado de Ana. Dragan venía muy contento porque por fin le habían quitado el yeso, «pero ahora tengo que empezar la recuperación —dijo—, y eso va para largo». Ana se sentó junto a Igor y se pusieron a hablar de sus cosas y a comparar sus apuntes de clase, Nataša y su hermana salieron de la cocina, hicieron fiestas a Dragan, muy popular con las chicas, y yo cerré el libro en cuanto aparecieron las cervezas y los cigarrillos. Dragan se pavoneaba delante de la novia de Igor y de su hermana. Se hallaba en su elemento en presencia de mujeres, a las que fascinaba con su labia, su apostura, sus impresionantes ojos verdes, como los de Paul Newman, dijo la hermana de Nataša; «Paul Newman tiene los ojos azules», le recordó Nataša; «Es lo mismo», dijo su hermana. Dragan deleitó a su entregado

público femenino con pormenorizados relatos de las atrocidades de los ustachas, «van al frente drogados, degüellan a los niños serbios en presencia de sus madres, violan a todas las muchachas serbias», que entreveró con divertidas anécdotas de la vida cuartelera, cuando se lo proponía podía ser gracioso. Por más celos que me provocara, no conseguí detestarlo. Dragan era marrullero y vividor pero a la vez transparente, un tipo sin malicia, con un futuro previsible: regresaría a Niš, se pondría a trabajar en el supermercado familiar que algún día sería suyo, se casaría, tendría dos o tres hijos, de cuando en cuando sería infiel a su mujer o se emborracharía con sus amigos, con quienes evocaría, nostálgico, su experiencia belgradense durante la guerra, aquella época dorada en que había sido joven, gamberro y un poco sinvergüenza, ¡y qué bien me lo pasé y cuánto follé, tíos!, y así, atado a la doble rutina de la familia y el trabajo, pasarían los años y Dragan encanecería en su supermercado, siempre chistoso y galante, requebrador infatigable de la clientela femenina, mientras su mujer, detrás de la caja, lo observaría con una expresión entre indulgente y aburrida, como la de Ana Mladić aquella tarde cuando de repente alzaba los ojos de los apuntes o del libro que estaba estudiando y miraba a su novio. Pero esa mujer, la que le daría hijos y controlaría sus cuentas, no sería Ana Mladić, eso lo comprendí aquel día. No estaba enamorada de Dragan en absoluto, no podía preocuparle menos su flirteo descarado con la hermana de Nataša, daba la impresión de que lejos de irritarle, verse libre de las atenciones de Dragan le proporcionaba alivio, como la madre que descansa del cuidado de su hijo cuando éste se pone a jugar con sus amiguitos.

Los marines americanos tienen información de que en Croacia hay una unidad militar de la que se dice que supera en eficiencia al mismísimo cuerpo de marines y deciden enviar a uno de ellos a Croacia para que investigue. El marine se somete al examen de admisión del ejército croata y regresa a las pocas semanas.

Su comandante le pregunta:

—¿Ha tenido éxito en su misión, marine?

—No, señor, he fracasado.

—¿Cómo puede ser? ¿Ha fallado en los ejercicios de tiro?

—¡No, señor! Fui el mejor, establecí un nuevo récord.

—¿Falló en los ejercicios de resistencia o de supervivencia?

—¡No, señor! También fui el mejor, puedo decirlo con orgullo.

—Entonces ¿qué pasó?

—Suspendí en la última prueba, señor: disparar con una ametralladora mientras corría y cargaba con un televisor y una nevera.

Este chiste de Dragan lo rieron todos, incluida Ana.

—¿Qué dice una chica croata cuando pierde la virginidad?

—¡Para ya, papá, que me estás estrujando el paquete de tabaco!

Yo también me reí, pero no Ana Mladić, quien lanzó una mirada irritada a su novio.

—Ahora os voy a contar yo un chiste —dije—, éste es de serbios.

»Cuatro astronautas llegan a la luna: un americano, un alemán y dos serbios.

»El americano salta de la nave espacial y clava su bandera en la superficie de la luna, afirmando que el espíritu emprendedor y el dinero americanos han hecho posible esa misión, por lo que la luna pertenece a América.

»El alemán desenrolla su bandera y la clava al lado de la americana, aduciendo que sin la ciencia y la tecnología alemanas la misión no habría llegado a buen puerto, de modo que la luna es alemana.

»Uno de los serbios mete la mano en el bolsillo y saca no una bandera, sino una pistola, con la que mata de un tiro al otro serbio y dice: “¡Sangre serbia ha sido derramada aquí, la luna es serbia!”

A Dragan mi chiste le pareció buenísimo, los demás se quedaron callados, salvo la hermana de Nataša, quien declaró:

—No me ha gustado tu chiste, es... no sé, antipatriótico.

Ana Mladić recogió sus papeles y dijo que le era imposible estudiar con tanto follón. Además, tenía que irse a casa, su padre regresaba esa noche del frente de Croacia.

El capitán Mladić había sido ascendido a coronel y estaba muy ocupado defendiendo a su patria de los ustachas, pero fuimos tantos los que eludimos esa contienda que a veces me preguntaba: ¿quién lucha en Croacia? Los que no tenían más remedio, los paletos de las *krajinas*, los habitantes de la Serbia profunda, los montenegrinos... Hubo un éxodo masivo de varones serbios. Todo el que podía se iba al extranjero. El cantante de Too much for my vagina emigró a Canadá; el guitarra, a Francia. Los judíos que conocía se fueron a Israel, como si no acabaran de creerse que esa guerra no fuera con ellos, por más que serbios y croatas proclamaran a los cuatro vientos que su corazón latía por los judíos, amigos muy queridos, hermanos del alma; una desconfianza atávica inducía a los judíos a recelar de esas estentóreas declaraciones de amor, la historia que llevaban grabada en los genes les había enseñado que, cuando hay una pelea, tenga o no que ver con ella, el judío siempre sale malparado. Después de que gracias a su enérgica intervención en el cuartel de reclutamiento me salvara de ir a la guerra, mi madre me propuso que hiciera valer mi apellido hebreo y escapara a Israel; me había librado del ejército una vez, no debía tentar la suerte. Lo pensé. Muy poco, la verdad, la duda me duró cinco segundos.

—¿Qué voy a hacer yo en Israel? —le pregunté—. No conozco a nadie, no hablo hebreo, no soy religioso, ni siquiera soy un verdadero judío y —argumento definitivo—, el ejército israelí, tan ultramoderno, es muy capaz de proporcionarme unas botas especiales, adaptadas a mi leve cojera y enviarme a la frontera con Palestina vestido de soldadito. —No quería salir de un conflicto para meterme en otro—. Yo, mamá —le dije—, soy pacifista, siempre lo he sido.

Estaba a falta de unos pocos exámenes para obtener la licenciatura, los cuales en las circunstancias que atravesábamos (huelgas, deserción del profesorado, fuga de

alumnos) prometían ser fáciles, para aprobar bastaría con presentarse; no podía desaprovechar esa oportunidad y, además, estaba viviendo un período de mi vida muy emocionante y los jóvenes tienen debilidad por las emociones, las buscan, o si no, las fabrican y el Belgrado de aquellos años abundaba en emociones extremas y variopintas. Me iría, sí, pero más adelante. Mi padre también se preocupaba por mí.

—No tengo noticias tuyas —se lamentaba—, temo que te recluten esos locos nacionalistas para su estúpida guerra, no quiero quedarme sin hijo, ¿por qué no te vienes a Sarajevo? Esto sigue muy tranquilo.

Tras la separación y posterior divorcio de mis progenitores, yo era el único de la familia que seguía en contacto con mi padre. Mi hermana Svetlana no le podía perdonar su adulterio. «Ese hombre ya no es nada para mí, no tengo padre», declaró melodramática (era aficionada a los culebrones) y lo cierto es que, desde que nos trasladamos a Belgrado, no quiso saber más de él; no lo llamó, no regresó jamás a Sarajevo y si recibía una llamada telefónica suya, colgaba inmediatamente; las cartas se las devolvía sin abrir. Yo visitaba a mi padre una o dos veces al año, no tanto por amor filial como porque me gustaba pasar temporadas en Sarajevo, que seguía considerando mi ciudad y donde tenía mis mejores amigos. Él me acogía de buen grado en su nueva casa, ubicada en el barrio de Dobrinja, en una moderna y luminosa vivienda de lo que había sido la villa olímpica. Decidí no juzgarlo y, cuando conocí a su nuevo amor, no sólo no lo juzgué, sino que le comprendí. A la que no comprendía era a Aída, su amante. Mi madre, que nunca la había visto, pero «sabía perfectamente cómo era», porque fuentes bien informadas se la habían descrito, la tildó de prostituta, arpía y cazafortunas, eligiendo olvidar que los bienes que podía tener su Vlado eran sólo espirituales, el tipo de activos que las cazafortunas suelen desdeñar. Aída era mucho más joven que mi padre; lejos de ser una aprovechada, era muy trabajadora y ganaba tanto o más que el viejo holgazán que tenía por novio. Daba clases de biología en la Universidad de Belgrado, donde mi padre y ella se habían conocido. La primera vez que la vi no me pareció gran cosa: era menuda y delgada, iba vestida con una camiseta y unos tejanos, el pelo cobrizo recogido en coleta y no aparentaba más de veinte años (tenía casi treinta). Llevaba unas gruesas gafas de miope que achicaban sus enormes ojos azules, se la veía cansada y no muy contenta de recibir en su nidito de amor al hijo adolescente de su pareja. Esa noche mi padre nos llevó a cenar a un restaurante de la Čaršija y cuando la vi arreglada, con un vestido negro que consideré elegante, la melena suelta, los ojos liberados de las gafas, descubrí que era una mujer muy atractiva. El aspecto de mi padre había mejorado mucho en unos pocos meses; había adelgazado, lucía unas gafas modernas, un traje bien cortado y el rostro, como deshinchado, restituido a sus originales proporciones y con un color muy saludable. Lo que más me chocó y me produjo un gran embarazo fue verlo enamorado.

A mi regreso a Belgrado mi madre procuró reprimirse, pero no tardó en acribillarme a preguntas.

—¿Cómo has encontrado a tu padre? ¿Muy estropeado? ¿Cómo es esa bruja? ¿Una caprichosa? ¿Cómo tiene la casa? ¿Manga por hombro?

—A papá lo he visto envejecido, ha dado un bajón —mentí—. Creo que te echa de menos aunque no lo admita, ya sabes que es muy orgulloso. Esa mujer que tiene, Aída, es... No sabe cocinar, para empezar, y tiene la casa muy sucia, mamá, no limpia. Figúrate que papá se tiene que planchar él mismo las camisas. —Mi madre soltó una exclamación, puso los ojos en blanco y se llevó la mano con el cigarrillo humeante a la frente, a riesgo de quemarse las cejas, abrumada por la noticia: ¡su Vlado se tenía que planchar sus propias camisas!

—Es una vaga y una presumida que sólo se preocupa de estar guapa e ir a la peluquería —apuntó.

—Sí, mamá, es una holgazana —concedí yo, mientras recordaba con una punzada de remordimiento cómo la hacendosa Aída pasaba el aspirador, hacía la comida, fregaba los platos y planchaba, incansable, las camisas de su novio después de cenar, mientras éste veía la tele, despatarrado en el sofá, un vaso de whisky al alcance de la mano.

—¿Es guapa?

—¿Guapa? ¡Qué va! Es... una chica normal, ni guapa ni fea... Demasiado flaca. A mí no me llama la atención.

Otra mentira. Me hacía pajas fantaseando con Aída. No entendía qué hacía con mi padre. Se llevaban veinticuatro años, podía muy bien ser su hija. Decidí que Aída padecía complejo de Edipo, o de Electra, el que fuere, pero un complejo muy grande, de otro modo no se podía entender que se sintiera atraída por mi padre. El suyo murió cuando ella era una niña en Goliotok, la isla-prisión en la que Tito encerraba a los disidentes políticos. Ése era un trauma que no había superado, de ahí que se hubiera enamorado de un viejo como mi padre, un caso de manual. Un hombre joven y sano, sin complejos, quizá podría ayudarla a deshacerse de un plumazo del trauma y del novio viejo. Aída era sólo trece años mayor que yo; cuando estábamos juntos parecíamos hermanos, eso reconocía mi propio padre, quien, a mi juicio, nunca debió abandonar a mi madre, a quien tanto debía. Poco después de cumplir diecinueve años, a finales del mes de febrero, fui a pasar unos días a Sarajevo. Aída me llevó en su Zastava a la estación de esquí de Jahorina; mi padre, claro está, se quedó en casa. Me pareció intolerable que mi madrastra esquiara mejor que yo y la desafié a una carrera a tumba abierta.

—Tú tienes más estilo, pero yo soy más rápido —me jacté.

—¿Qué nos apostamos? —quiso saber.

—Una cena.

—¿Una cena cara?

—¡Una cena carísima!

Pagué yo la cena, de vuelta en Sarajevo. Mi padre tenía una partida de póquer «seria» esa noche y no dormiría en casa, las partidas serias se prolongaban hasta el

amanecer como poco. Lo que sigue es previsible. Aída y yo lo pasamos bien en el restaurante: comimos, nos reímos, bromeamos y bebimos mucho, sobre todo yo. Al salir, Aída se colgó de mi brazo, las aceras estaban heladas y ella llevaba zapatos de tacón.

—Vlado ya no me saca a ningún lado —se quejó—, y hasta hoy no he tenido oportunidad de estrenarlos.

Ya llevaban juntos un par de años y mi padre había relajado la guardia, recuperando la redondez de su silueta, su característico desaliño («sólo los poetas maricones son presumidos», se justificaba), su querencia por el whisky, las partidas de póquer con los amigos... Creo, o creí aquella noche, que Aída se sentía abandonada, necesitada de afecto, sin duda decepcionada, y entre una cosa y otra, confundí su calidez, la complicidad que había surgido entre los dos días con... No sé cómo sucedió, pero de repente Aída estaba atrapada entre mi cuerpo y la puerta de la nevera y yo picoteaba su cuello con besos ávidos y luego busqué su boca e intenté abrirme paso entre sus dientes con la lengua y estaba a punto de conseguirlo, cuando me apartó de un brusco empujón que me lanzó contra el aparador de la cocina, con cuyo canto me golpeé la nuca, y me gritó, indignada, el rostro arrebolado:

—Pero ¿tú qué te has creído, niñato? Vete a la cama. Estás borracho.

Fue un episodio lamentable cuyo recuerdo todavía me hace enrojecer. Intenté seducir a la mujer de mi padre. Aída no era Fedra. Cuando me desperté al día siguiente con mucha resaca y un tremendo dolor en la nuca, eco físico del dolor espiritual que me producía recordar la bochornosa escena de la noche anterior, Aída no estaba. Encontré una nota dirigida a mí sobre la mesa de la cocina. Me pedía que volviera a Belgrado ese mismo día y me dejaba dinero para el pasaje de tren.

No cogí el dinero, ni la volví a ver. No he llegado a saber si Aída informó o no a mi padre de lo sucedido, tengo la impresión de que no, de otro modo no me explico la solicitud de mi padre, quien me pidió una y otra vez por teléfono y también por carta que hiciera las paces con Aída y solucionáramos amigablemente nuestras pequeñas dificultades. «Sois las dos personas que más quiero —decía—, no soporto que estéis peleados.» Durante un año rehuí toda comunicación o contacto con mi padre, quien llegó a pensar que yo estaba enfadado con él. «¿Por qué no quieres hablar conmigo?, ¿qué te he hecho?», me preguntaba. Tú no me has hecho nada, pero yo a ti sí, eso es lo malo, pensaba yo. Improvisaba alguna excusa (he quedado para estudiar con unos amigos, tengo que ensayar) y le colgaba el teléfono. La noche del día en que no besé a Ana Mladić mi padre me llamó llorando y no tuve valor para colgarle. Aída le había dejado por un hombre más joven, un colega de la facultad, biólogo como ella. Tarde o temprano tenía que pasar, como dijo mi madre, sin intentar disimular su alborozo. A raíz de esa ruptura digamos que perdoné a mi padre la afrenta que le infligí con una mujer que, eso sentí entonces, nos había defraudado a los dos y no nos merecía en absoluto. La relación padre-hijo se reanudó aunque con cierta dificultad, porque mi padre parecía deseoso de hablar conmigo sólo cuando estaba ebrio.

—Se me han ido las ganas de vivir —decía—, la vejez es espantosa, no me gusta envejecer y tampoco me gustan los viejos y se supone que debido a mi edad tengo que alternar con ellos.

—Tienes sólo cincuenta y ocho años —le recordaba yo—, no eres viejo. Bebes demasiado, eso es lo que te pasa, y no te cuidas nada.

—Bebo porque estoy deprimido —se defendía él, pasando por alto que había bebido siempre, triste o alegre, pero sospecho que sí, estaba deprimido o, en todo caso, muy abatido, los amores otoñales tienen sus peligros. Le prometí que cuando acabara la guerra de Croacia iría a verle a Sarajevo.

El final de la guerra de Croacia se solapó con el inicio del conflicto de Bosnia. Belgrado ya no me parecía excitante, sino opresivo. Intenté convencer a mi padre de que se fuera de Sarajevo, sin ningún éxito.

—Aquí no habrá guerra —aseguraba—. Karadžić, el cretino de Nikola Koljević y compañía no tienen ninguna posibilidad de imponer sus ideas ultranacionalistas en Sarajevo, somos gente culta y civilizada, cosmopolita... —Había empezado a colaborar con la comunidad judía de Sarajevo en la preparación de los festejos del quinto centenario de la llegada de los sefarditas a la ciudad—. Me ocupo de los aspectos culturales —decía—, tengo que hacerlo porque si no la efeméride será un desastre, estos judíos piadosos de la comunidad son unos ignorantes.

Y como estaba anunciado, la guerra entre Bosnia-Herzegovina y Serbia estalló y al padre de Ana Mladić lo promovieron a general y le confiaron el mando de las tropas serbo-bosnias y de nuevo bogomilos y cristianos (y también judíos, como mi padre Vlado) padecieron el asedio inclemente de los cruzados y su adalid, el comandante Ratko Mladić, cinco siglos después repitió las infaustas palabras del arzobispo católico: «¡Matadlos a todos!», a las que añadió, en un alarde de inspiración: «¡A la carne, disparad sólo a la carne! ¡Vamos a volverlos locos!». La comunidad internacional decretó un embargo sobre Serbia y los serbios nos convertimos en los apestados de Europa, los malos de esa película en la que, quisiéramos o no, trabajábamos de extras: todos éramos nazis en una peli de partisanos y hubo escasez de alimentos, colas quilométricas para comprar un pollo congelado y el dinero serbio no valía nada, contábamos en marcos aunque no los tuviéramos y no se podía volar, el aeropuerto estaba cerrado, cuando yo estaba desesperado por irme, por escapar de ese país de zombis que no tenía remedio y que se estaba hundiendo del todo y de la mano de una musulmana que se llamaba Vahida, pero se hacía llamar Anastasia (las cosas se habían puesto tan mal que tener el nombre o el apellido equivocados podía costarte la vida y yo temía que cualquier día se levantara la veda de los pelirrojos), transitaba con rabia, miedo y una cojera exagerada por las calles cada vez más grises, más hostiles, más vacías de Belgrado, donde de nuevo patrullas militares y paramilitares deambulaban a la caza de varones serbios en edad militar, pero esta vez sólo de origen bosnio, como yo, y una noche me llamó Igor para decirme que iban a enviar a Dragan al frente de Bosnia.

«La Biblia nos enseña que la ausencia de trabajo, la ociosidad, era la condición de beatitud del primer hombre antes de su caída. El amor a la ociosidad sigue siendo el mismo en el hombre caído, pero la maldición pesa sobre él, no sólo porque debemos ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, sino porque, por nuestras propiedades morales, no podemos ser felices permaneciendo ociosos. Una voz misteriosa dice que debemos sentirnos culpables al estar ociosos. Si el hombre pudiera encontrar un estado en el que, permaneciendo ocioso, se sintiera útil y cumplidor de su deber, hallaría una parte de su dicha primitiva. Una clase entera, la clase militar, goza de ese estado de ociosidad obligatoria e irreprochable. Y precisamente en ello estriba el atractivo del servicio militar.»

Cuando tenía quince años, Ana transcribió a mano ese texto y se lo leyó a su padre.

—¿Tú has escrito esta estupidez? ¿Por qué?

—No la he escrito yo, sólo la he copiado. Pensé que te gustaría, es de tu autor favorito, Tolstói, un párrafo de *Guerra y paz*, la novela que me has mandado leer.

Su padre se echó a reír ante su descaro.

—Es una novela larga y tiene muchas cosas buenas y algunas malas. Lo que acabas de leer es una sandez. Tolstói era pacifista y los pacifistas dicen majaderías, por genios que sean. Yo no te he ordenado que leas *Guerra y paz*, te lo he recomendado, que es distinto, y si no te gusta, no tienes por qué terminarla, pero sería una lástima, contiene descripciones muy interesantes de la campaña napoleónica en Rusia, sólo por eso ya vale la pena.

Era lo que más le aburría de la novela, las páginas y más páginas que exponían en pormenor los movimientos de las tropas y las estrategias militares de franceses y rusos que tanto entusiasmaban a su padre. Aquel pasaje, sin embargo, le llamó la atención, porque se hacía eco de algo que ella había pensado muchas veces. Su padre no era un militar ocioso, en eso Tolstói no le hacía justicia; trabajaba mucho, viajaba sin cesar, pasaba largas temporadas en remotos destacamentos militares, alejado de la civilización y de su familia, pero lo cierto era que no le acababa de encontrar el sentido a ser un militar en tiempos de paz. Había algo de ridículo o de farsa en aquellas maniobras en las que los soldados y sus oficiales jugaban a la guerra con munición de fogueo y enemigos de mentira, que eran ellos mismos, como niños que se resisten a crecer o actores que ensayan una y otra vez una función que nunca se representará. ¿A qué venía la pompa solemne de las formaciones y los desfiles, el énfasis en la disciplina, tanto estudiar mapas de supuestas zonas de conflicto donde las únicas deflagraciones que se producían eran los pedos de las vacas, como admitía su padre? «Confío en no tener que verme obligado a demostrar mi valía en una batalla —solía decir éste—, pero si llega la ocasión sabré defender a mi país: estoy

preparado.» El país que su padre defendía entonces dejó de existir; se rompió en trozos primero y luego estalló la guerra, como en una explosión al revés, y su padre hizo buenas aquellas palabras proféticas. En una Yugoslavia en paz, Ratko Mladić jamás habría llegado a general. No tenía contactos ni padrinos, era un serbio de Bosnia, un pueblerino que no adulaba a nadie, ni hacía lo más mínimo por medrar o congraciarse con sus jefes. Si había prosperado era únicamente por sus propios méritos y pese a los envidiosos y a los enemigos (no los otros, los ustachas o los turcos: los peores, los más peligrosos, los enemigos serbios). Todas aquellas escaramuzas de ficción, las marchas agotadoras por los pedregales de Macedonia bajo un sol inclemente, habían tenido sentido, después de todo. En sólo dos meses conquistó para Serbia el setenta por ciento del territorio de Bosnia-Herzegovina. No había oficial más galardonado que él en el ejército: le habían concedido la Orden del Mérito Militar, con espadas de plata; la Orden del Ejército Nacional, con una estrella de plata; la Orden del Mérito Militar, con espadas de oro, y la Orden de la Hermandad y la Unidad, con corona de plata. Cuando lo veía pasar revista a sus tropas en Han Pijesak, no podía dejar de admirar la solemne belleza de aquel espectáculo, la perfecta, casi sobrenatural sincronía de los movimientos de miles de hombres uniformados, que presentaban armas, gritaban al unísono, chocaban los tacones a la voz de mando, enérgica y precisa, de su comandante, mientras su padre, el gesto adusto, recorría las filas sin perder detalle; si algo estaba mal, la indumentaria de un recluta, la alineación de una columna o el estado de un fusil, lo advertía de inmediato y todos aquellos hombres jóvenes, fuertes y armados, temblaban bajo la mirada perspicaz del jefe, que no se fije en mí, que no se dé cuenta de que he olvidado limpiarme las botas... De niña se avergonzaba de la profesión de su padre, le parecía superflua comparada con actividades de indudable provecho para la sociedad como las del campesino, el carpintero, el ingeniero o, sobre todo, el médico. Si en vez de ser un simple oficial del ejército su padre hubiera sido cirujano, no habrían vivido en Macedonia, en un asfixiante apartamento de treinta y seis metros cuadrados, sino en una casa digna, espaciosa, con dos pisos y un jardín, en Sarajevo o en Belgrado, y gozarían de reconocimiento y prestigio social; al militar en época de paz no se le aprecia ni se le tiene en cuenta. Y ahora aquel oficial un poco ridículo, que desechaba las armas viejas por otras nuevas sin haber llegado nunca a utilizarlas, estaba salvando a Serbia. Era una guerra necesaria, sin duda, y una oportunidad histórica de plasmar el sueño milenario de todo un pueblo: la Gran Serbia; por fin vivían en una casa grande, en un barrio residencial de Belgrado y sin embargo... Por consejo de su padre cambió la lectura de la interminable *Guerra y paz* por la de narraciones cortas de Tolstói. Eran bonitas, tenían una moraleja, una enseñanza, y por eso le gustaban. Tras leer *Cuánta tierra necesita un hombre*, le dio la impresión de que se había instruido, no había perdido el tiempo en una actividad ociosa o culpable como cuando leía novelas de amor; lo que más le satisfizo fue constatar que había aprendido algo que ya sabía. Pero hubo un cuento de Tolstói que

la desazonó. Se titulaba *Después del baile*.

El narrador, un hombre anciano, rememora un episodio de su juventud que según afirma le cambió la vida. Sucedió en una ciudad de provincias en la que llevaba la vida ociosa y opulenta de un joven aristócrata de la Rusia zarista. El último día de carnaval el narrador acude a un baile en la residencia del mariscal de la nobleza. Allí, entre la muchedumbre de damas acicaladas y caballeros elegantes, descubre a una muchacha de la que está enamorado, una tal Varénka. El narrador y Varénka no bailan juntos la mazurca, otro rival se le ha anticipado, pero sí todos los demás bailes; esa noche Varénka está especialmente hermosa y, cuanto más baila con ella, más apasionado se siente. Ella, por su parte, no le desdeña e incluso da muestras de corresponderle. Antes de pasar al comedor donde servirán la cena, Varénka le regala una pluma de su tocado; más tarde, le permite conservar su abanico como recuerdo... En el código exquisito del cortejo aristocrático esos gestos significan mucho. Tras la cena, reanudado el baile, llega el momento crucial de la noche; un coronel de cierta edad, todavía apuesto y gallardo, accede a las reiteradas peticiones de la anfitriona, la mariscala de la nobleza, y sale a bailar con la muchacha más atractiva de la fiesta: su hija, Varénka. Al narrador le inspira ternura y también admiración ese hombre casi anciano que a la vista de todos parece recuperar el vigor de su juventud y guía con mano segura a su adorable pareja, trazando los pasos, los giros, los saltos que prescribe la mazurca con piernas un poco rígidas, un poco temblorosas. Le conmueve advertir que sus botas, aunque limpias, están pasadas de moda y tienen remendadas las suelas. Comprende que ese digno militar escatima en sí mismo para que su hija pueda lucir en las recepciones sociales. Terminada la pieza, el coronel se dirige al narrador y le cede a su hija para que baile con ella y el joven pasa el resto de la noche danzando con Varénka, girando sin descanso sobre el parqué encerado de la enorme sala, bajo el brillo festivo de las arañas de cristal, a cada quiebro, a cada giro, más enardecido, más enamorado de su dama y, también, un poco, de su encantador padre, quien no tarda en retirarse, aduciendo obligaciones del servicio. La fiesta termina al filo del amanecer. El narrador regresa a su casa, tan alterado que no puede dormir. Salta de la cama, vuelve a calzarse las botas, a envolverse en el capote y sale a pasear por las frías calles de la ciudad, bajo un cielo que empieza a aclararse. Sus pasos le conducen de forma inevitable a los alrededores de la mansión donde vive la causa de su desvelo. A medida que se acerca, le llega con creciente nitidez una musiquilla desapacible, el siniestro redoble de un tambor y el agudo sonido de una flauta que preceden a un grupo de sombras: son soldados, llevan uniformes negros y se dirigen a un descampado. Al llegar a su destino, se dividen en dos filas enfrentadas, dejando un estrecho pasillo entre ambas, lo que excita la curiosidad del narrador.

—¿Qué están haciendo? —pregunta a un herrero que contempla la escena a su lado.

—Están castigando a un tártaro que ha intentado desertar —responde el herrero con disgusto y vuelve la vista al otro extremo de las filas.

El narrador lo imita y ve algo que le espanta: un hombre desnudo de cintura para arriba, atado a los fusiles de dos soldados, que le conducen o le arrastran o le empujan por el angosto corredor, entre las dos hileras de reclutas y, a medida que avanza, recibe despiadados azotes de sus varas, tan enérgicos que hacen silbar el aire. Al lado de la víctima camina un oficial alto, de paso un poco rígido, un poco tembloroso, aquel anciano encantador, el padre de Varénka. El desertor, la espalda despellejada manando sangre, suplica compasión, pero nadie se apiada de él; al contrario, arrecian los varazos. De pronto el coronel se detiene y se aproxima a uno de los soldados.

—Te voy a enseñar cómo se pega —le dice iracundo—. ¿Vas a pegarle como es debido?

Golpea con mano enguantada el rostro del soldado en castigo a su desidia y se aleja, ceñudo, a grandes zancadas, mientras grita:

—¡Que traigan varas nuevas!

Al cruzar su mirada con la del narrador, finge no reconocerle. El narrador, horrorizado por lo que ha visto, llega a la conclusión de que el coronel sabe algo que él desconoce, pero no atina a adivinar qué. Si supiera lo que él sabe, se dice, tal vez podría comprender el sentido de la escena que acaba de presenciar o su justificación o su necesidad y dejaría de atormentarse. En aquel momento toma la decisión que cambiará su vida: no ingresará en el ejército como tenía proyectado. En cuanto a Varénka... Se desenamoró de ella.

Al leer ese cuento por vez primera, en Skoplje, se sintió perpleja y desconcertada como el narrador, si bien por razones opuestas. ¿Cuál es la moraleja?, se preguntó. ¿Qué culpa tiene la muchacha de la crueldad de su padre? Era una injusticia tremenda. No conseguía quitarse la historia de la cabeza. Cuando el capitán Mladić regresó de Kumanovo aquel fin de semana, le preguntó:

—¿Qué le harías a un desertor?

—¿Qué le haría?

—Sí, ¿qué le harías?, ¿le azotarías, lo mandarías ejecutar, cómo lo castigarías?

—¿Y eso a qué viene? —quiso saber su padre. Ella se lo contó y su padre, como siempre, puso las cosas en su sitio, la devolvió a la realidad, la tranquilizó—: El Ejército Popular Yugoslavo no es el ejército de la Rusia zarista. Hay normas, hay procedimientos, hay tribunales: al desertor se le arresta y luego se le juzga, pero no se le azota ni se le golpea, somos gente de ley, civilizada, los tiempos han cambiado, afortunadamente. Aunque en caso de guerra el asunto cambia; al que deserta del frente, una bala en la espalda. Para ejemplarizar —le explicó su padre. A ella le pareció un argumento razonable.

Ahora pensaba que el desasosiego que le produjo ese relato de adolescente fue una señal, una premonición, como si ya entonces intuyera que algo similar le había de suceder a ella. Era peor: la tildaban de asesina, la culpaban de la muerte de Dragan, de haber instigado a su padre a que lo enviara al frente de Bosnia con el fin de

deshacerse de un novio molesto o de vengarse de un amante infiel. La creían capaz de un acto atroz, cruel, imperdonable y, sin embargo, en el viaje de regreso de Moscú a Belgrado, sus amigos se habían mostrado simpáticos y hasta solícitos con ella. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan seria? ¿Te molesta la luz, quieres que baje la cortina de la ventanilla? La temían; el miedo cerval a la posible ira de su padre, a su represalia, era el motor de esa falsa amabilidad, de aquel alarde de hipocresía. Habían aceptado su compañía no por cariño o simpatía, no por amistad, sino por pavor. No eran sus amigos, lo fingían. En la conversación del bar del Ukraina que entreoyó y en la que Petar lanzó aquella terrible acusación contra ella, ni Martina ni Marko le contradijeron; Zoran la disculpó débilmente, sólo Nadica la defendió con energía. Ella sí la quería, era la única de todo el grupo con la que seguía en contacto tras su regreso; con su torpeza habitual, la mañana que quedaron en verse en la facultad, Nadica se presentó con la bufanda de Sasha anudada al cuello, esa prenda odiosa de la que ella se deshizo en Moscú regalándosela.

—¿Por qué te has puesto esta bufanda?

—¡Me la has regalado tú! —respondió Nadica, dolida—. ¿Qué te pasa? —le preguntó—. Estás rara, ya el último día en Moscú y en el viaje de vuelta te noté extraña, no hablabas con nadie, como si estuvieras triste o enfadada...

Ella adujo su dolor de cabeza:

—Es insoportable, como si me fuera a estallar el cráneo y no me da respiro desde que me levanto hasta que me acuesto, me pone de mal humor.

—Te quejabas de eso mismo en Moscú. ¿Por qué no vas al médico?

Ana se escandalizó:

—¿A quién se le ocurre molestar a un médico por una simple migraña? Se me pasará, deben de ser los nervios por los exámenes.

Y estaba nerviosa, sí, dormía mal, se despertaba angustiada en mitad de la noche y le costaba volver a conciliar el sueño. Si aquella tarde, en el bar del hotel Ukraina, hubiera confrontado a sus amigos... He oído lo que acabáis de decir y es mentira. Ni yo ni mi padre hemos tenido nada que ver con la muerte de Dragan, me estáis calumniando sin ningún fundamento. Y le habría preguntado a Petar, su acusador: ¿Qué es lo que te dijo de mí Danilo Papo? Aquel Dani Papo que había sido amigo suyo e incluso la había cortejado... En el viaje de regreso, primero en el avión a Praga y luego en el *minivan* que los condujo a Belgrado, en la forzada compañía de unos amigos que la detestaban, no tuvo ganas ni fuerzas para abordar esa cuestión, concentró todos sus esfuerzos en no llorar, no dar un espectáculo delante de ellos, mantener el orgullo, la dignidad, siquiera eso. Desde que llegó a Belgrado no hacía más que llorar. De noche, en la cama, la cabeza hundida en la almohada; por la tarde, sentada a la mesa de su escritorio, manchando con sus lágrimas las páginas del libro de Medicina Legal; temprano por la mañana, recién apagada la alarma del despertador, cuando intentaba reunir la energía necesaria para levantarse, vestirse, bajar a desayunar... Le acometía una tristeza enorme, unas ganas irreprimibles de

llorar, desahogarse, de qué, por qué, no lo sabía, pero dejaba que las lágrimas fluyeran, torrenciales y le corrieran por la cara, el cuello, el pelo y empaparan la almohada en una orgía de amargura, lástima de sí misma, desesperación. No intentaba reprimir el llanto, experimentaba alivio cuando le daba rienda suelta, como si llevara meses o años conteniéndolo y la acumulación de litros y litros de lágrimas represadas hubiera acabado por reventar las compuertas. Ponía música para que su familia no la oyera sollozar y también para acompañar su pena, mecerla, siempre la misma canción, *Tears in heaven*, de Eric Clapton, que el cantante americano dedicó a su hijo, quien murió a los cuatro años al caer desde la ventana de un rascacielos en Nueva York. «*Would you know my name / If I saw you in heaven / Will it be the same / If I saw you in heaven...* ¿Sabrías mi nombre si te viera en el cielo? ¿Sería todo igual si te viera en el cielo? Debo ser fuerte y seguir adelante, porque sé que no hay lugar para mí, aquí en el cielo...» ¡Qué bonita, qué triste, cuánto le hacía llorar! Lloraba por Eric Clapton y por su hijito, lloraba por su padre, lloraba por Dragan, lloraba por la guerra, lloraba por Serbia y por todos los serbios, los vivos y los muertos. Hallaba una suerte de placer morboso en recrearse en su desdicha, un dulce consuelo, y cuando parecía remitir la agitación de su pecho, en los labios la humedad salada de sus propias lágrimas, de repente lo veía: su padre, su madre y ella misma en la cima de Treskavica, el día de su cumpleaños, bromeando, riendo, lanzándose pullas, en compañía de los bravos soldados serbios, bajo un sol alegre, vivificante, que reconciliaba con el mundo. Su madre acunaba entre sus brazos el proyectil de mortero, cuyo peso la vencía y le hacía trastabillar, pero no perder la sonrisa ni el deseo de disfrutar de esa actividad en familia. A continuación se veía a sí misma, introduciendo la cola del proyectil, que parecía un supositorio enorme, como había observado su madre, en el cañón del mortero, apretando con fuerza hasta que tocaba fondo, como se hace con un supositorio, y a su padre instándola a agacharse con un gesto de la mano, tirando del cordón, gritando: ¡Fuego!, y luego el retumbar del mortero, el olor a pólvora, la nube de humo negro que le impedía ver y respirar, la emoción contenida, dónde habrá ido a parar, aguantando el aliento hasta que les llegaba el estruendo de la explosión al otro lado de la cima y entonces la felicidad, el éxtasis, su madre y ella batiendo palmas, un poco payasas, cantando alborozadas, ¡les hemos dado!, ¡les hemos dado!, mientras su padre las miraba con el ceño fruncido, fingiendo un disgusto que desmentían sus ojos alegres, sus labios desplegados en una sonrisa, ¡tan orgulloso de su mujer y de su hija, tan feliz de tenerlas a su lado! Pero esta vez su visión no se detenía cuando el proyectil del mortero se elevaba por encima de la cresta rocosa y se perdía al otro lado, sino que lo acompañaba más allá y lo seguía mientras trazaba una elegante curva y descendía a una velocidad de vértigo sobre la vertiente sombría de la montaña, para impactar en el blanco con un estrépito que hacía temblar la tierra, ensordecía a los pájaros y lanzaba al aire fragmentos de roca, árboles tronchados, el tejado de una casa, el marco vacío de una ventana, una gallina muerta, desplumada, una bota con un pie dentro, un brazo segado que

chorreaba sangre, una cabeza cortada, una humareda densa como el caos primigenio, un torbellino de lodo, piedras y hierba que al aquietarse restauraba el silencio, un silencio muy puro, sin trinos de pájaros, ni cacareos, ni rebuznos, ni los gritos del niño que hacía unos instantes tiraba de la cola al burro, ni la voz de su abuela que le reconvenía, un silencio extraño, sobrenatural, que no tardaba en quebrar el bordoneo de las moscas que acudían en enjambre a investigar el cadáver del burro, tendido sobre un costado, destripado, el cuerpo decapitado del niño que le estaba incordiando, el bulto de su madre, doblada sobre una cerca, muerta, y, por encima o por debajo del bullicio excitado de las moscas, se podían percibir, ahogados, los gemidos de la abuela atrapada por los cascotes de lo que fue su vivienda. Mientras, en la cara soleada de la montaña, ella, su padre y su madre, se afanan preparando el siguiente disparo, tres morterazos más y haremos un receso para el picnic, les promete su padre, ¡ya es hora!, gruñe su madre, ¡estoy molida! ¡No sabes lo que pesan estos supositorios!, y ella se ríe al tiempo que libera a su madre de su carga y con cuidado y esmero endereza el proyectil en el aire y lo mete despacio en el tubo del mortero... Era inútil cerrar los ojos y apretar los párpados con fuerza para no verlo o sustituir el rostro tiznado de sangre y barro del niño, cuya cabeza cercenada ha caído rodando sobre la hierba y ahora yace en un charco, junto a un perro muerto, por el de un feroz muyahidín barbado; el espanto, el horror que habían helado su llanto seguían intactos. Anhelaba que su padre regresara de Han Pijesak para que disparara su aprensión. Ratko Mladić no dispara sobre civiles, ¿cómo has podido pensar eso? El día de tu cumpleaños en Treskavica hicimos fuego sobre una brigada de boinas verdes, paramilitares turcos que habían devastado y saqueado varias aldeas serbias en las jornadas anteriores, incendiando las casas con sus habitantes dentro, ¡quemándolos vivos! Con nuestro mortero libramos a Serbia de alimañas dañinas, eso le diría, fuera o no cierto, tal vez ni su padre supiera con certeza qué había al otro lado de la cumbre, pero encontraría palabras que apaciguarían su angustia y cesarían aquellas pesadillas que soñaba despierta y eran peores, mucho peores, que el dolor de cabeza. Su padre tardó una semana en volver de Bosnia.

Ese viernes tenían visitas: Duško Božović y su mujer, Senka, vecinos de su abuela y sus tíos en Kalinović. Duško era un hombretón de pelo entrecano y bigote negro, el atezado rostro surcado de pliegues, como un papel arrugado y vuelto a estirar, manazas de uñas negras y una importante barriga. Carecía de piernas; la izquierda estaba cortada a la altura de la ingle, el muñón derecho justo por encima de la rodilla. Las perdió en el frente, en Trebinje, al pisar una mina, les explicó a su madre, su hermano y ella, mientras su mujer asentía resignada.

—Dios lo ha querido así, es voluntad del Señor, pero es un golpe muy grande, Bosa —decía Senka—, un hombre tullido no puede labrar la tierra ni cuidar el ganado. ¿Y ahora qué vamos a hacer, Dios mío, qué vamos a hacer? —se lamentaba con una vocecita infantil inesperada en aquella mujerona de brazos gordos y cara ancha y colorada.

Su madre, Bosa, le daba palmaditas cariñosas en el dorso de la mano y procuraba consolarla.

—Todo se arreglará, Senka, ya lo verás, por lo menos está vivo, muchas otras han perdido a sus maridos, a sus hijos... Y ha dado las piernas por una gran causa, has de pensar en eso, es un héroe tu Duško.

Senka meneaba la cabeza, no muy convencida y el héroe, Duško, se retorció el bigote, complacido y para disimular su embarazo, apuraba de un trago su vaso de *šljivovica*, una *šljivovica* casera, de Kalinović, destilada por la propia Senka, que su madre probó, mojándose los labios y alabó sin reservas. Ana les sirvió café, unos pastelitos de Jaffa que llevaban meses en la despensa y unos *baklavas* dulces y grasientos que les había regalado Senka. Procuraba mostrarse cordial, hospitalaria, pero las visitas le molestaban. El vozarrón de Duško, sus risotadas, el tufo de su tabaco de liar agudizaban su dolor de cabeza. Estaba sentada en un extremo del sofá, Senka se acomodaba a su derecha, entre su madre y ella. A diferencia de su marido, que iba mal afeitado y llevaba una chaqueta vieja, Senka se había esmerado para su visita a Belgrado; se había rociado una colonia infecta, que a ella le daba náuseas, y llevaba un curioso peinado, con el pelo ahuecado, cargado de laca, como el que lucía su madre en las fotos de los años setenta. Duško preguntó por Rale y a ella le chocó que llamara así a su padre, ese hipocorístico era privilegio de algunos amigos y de los familiares más cercanos. Su madre le respondió que lo estaban esperando:

—Vuelve de Bosnia esta noche, tiene cosas que hacer en Belgrado.

Duško se mostró esperanzado:

—Hemos venido ex profeso para verle —confesó—, es por lo de mi pensión de invalidez, en Pale y en Banja Luka no consigo arreglarlo y aquí en Belgrado me dicen que no es cosa suya, que yo era combatiente de un ejército extranjero... ¡Un ejército extranjero! ¿Cómo pueden decir eso? ¿No somos todos serbios? ¿No he luchado yo por Serbia? ¿No le he regalado mis piernas?

Para calmarlo, su madre le mostró, sin disimular su orgullo, varios números de febrero de la revista *NIN*, en los que se habían publicado una serie de entrevistas con su marido Ratko. Duško los hojeó con entusiasmo. Leía moviendo los labios. De cuando en cuando daba una palmada sobre su muñón derecho en señal de aprobación y decía:

—Escucha, Senka, mira lo que dice Rale: «Yo no soy una leyenda. Soy un simple soldado que defiende a su patria. ¿Por qué ha de ser mi vida más valiosa que la de un soldado que lucha en la trinchera?» ¡Sí señor, ése es mi comandante! Y dice también, presta atención, Senka: «No me preocupa que los franceses y los americanos me consideren un criminal de guerra. Yo no libré una guerra en Vietnam ni en Camboya, como ellos. Me limito a defender a mi pueblo porque es mi deber y mi obligación. Si Francia quiere crear un estado musulmán en Europa, ¿por qué no lo hace en París o en Londres?» ¡Sí señor, así se habla! Es un gran hombre nuestro Ratko, un héroe serbio. Si mandara en la Republika Srpska en lugar de ese sinvergüenza de Karadžić,

ya habríamos ganado la guerra. Es lo que pienso yo y lo que pensamos muchos; se lo voy a decir cuando lo vea. ¿Queda más *šljivovica*?

Al poco la conversación se dividió; en el rincón que daba a la ventana, los dos hombres, Duško y Darko, bebían *šljivovica*, fumaban y charlaban con sus voces graves, Duško en su silla de ruedas, cuyo respaldo aplastaba las hojas de la planta que crecía frente a la cortina y que ella había regado aquella mañana, Darko en una silla. Aquí donde me ves, cuando tenía piernas, le explicaba Duško a su hermano, maté a muchos turcos. No tenía miedo de nada yo, me llamaban el kamikaze de Kalinović. Duško, estás loco, me decía el sargento, cualquier día de estos te van a matar los *balijas*. Pero yo tengo una puntería endiablada, pregúntales a tus primos, a tu tío, a tu padre, yo era el mejor cazador de Kalinović. Con un fusil en la mano les doy cien vueltas a esos francotiradores presumidos, que se esconden en una casa vacía de Sarajevo y bien resguardados, sin ningún peligro, van disparando con sus fusiles de mira telescópica a todo el que pasa por la calle y se llevan cincuenta marcos por cadáver. Yo, Darko, he matado a más de cien musulmanes y nadie me ha dado recompensa ninguna, ni yo la he pedido. ¡Soy un patriota de verdad, yo mato gratis!, se jactaba Duško, alzando la voz. A su derecha, Senka le preguntaba a su madre cómo había hecho ese tapete de ganchillo, yo ese punto no lo conozco, decía, es muy exquisito. Lo saqué de un patrón de una revista alemana, le respondía su madre, parece complicado pero es muy sencillo, y yo le dije, oye basura turca sin Dios, bestia islamizada, os comen los gusanos y las hormigas porque no sois más que eso, animales, volved a la fe de vuestros antepasados, perros sucios vendidos, y evitaréis el cuchillo; su trinchera estaba a menos de cincuenta metros de la nuestra, podía ver sus asquerosas cabezas de *balija* y oler el humo de sus cigarrillos y el jodido turco se rió de mí, ¡mira cómo tiemblo!, dijo, me follo a tu madre chetnik, la voy a degollar delante de tus ojos, la cortaré en pedacitos y la pondré en la nevera para comérmela, y yo le contesté, repite eso y te mato, musulmán de mierda, me follo a tu madre por detrás, como a una perra y salté de la trinchera empuñando el fusil y di unos pasos sobre el terreno minado y... ¿Y pisaste una mina?, preguntó Darko. No, esa vez no, el sargento me mandó volver, me dijo dónde vas, cara de coño, vuelve a la trinchera, luego te enseñaré un tapiz gobelino que estoy tejiendo, la doncella de Kosovo con su cántaro dando de beber a un caballero herido, la doncella y el soldado ya los tengo terminados, sólo me falta el fondo y no tienes idea del frío que se pasa en una trinchera en enero, Darko, se te congelan los huevos, tengo otros diseños más sencillos para empezar, si quieres te los presto... Las voces femeninas y masculinas se confundían y llegaban mezcladas a sus oídos en un barullo que la aturdía. Era consciente de que estaba demasiado callada y quizá porque había reparado en eso y buscaba agregarla a la conversación, Senka se volvió hacia ella y le dijo: oye, Ana, tú que estudias para doctora, me vas aclarar una duda que tengo: ¿es verdad que los albaneses tienen una cola en la rabadilla como los monos?

En aquel instante se oyó el chasquido de la puerta de entrada al cerrarse y una voz

muy querida preguntó:

—¿Dónde está mi estrella?

No esperó a que subiera, bajó a saltos los escalones hasta el piso de abajo y le echó los brazos al cuello.

HERIDAS POR ARMAS DE FUEGO:^[4]

DEFINICIÓN:

Son las lesiones que ocasiona el proyectil a su paso a través de los tejidos del cuerpo humano. Las lesiones varían según la distancia y la zona del cuerpo donde penetra el proyectil.

SEGÚN LA DISTANCIA DEL DISPARO:

- 1. Disparo de contacto: de 0 a 2 cm.**
- 2. Disparo de próximo contacto: de 2 a 60 cm.**
- 3. Disparo a distancia: a más de 60 cm.**

Su padre olía a tabaco, a sudor, a *rakija* y al vinagre con que su madre limpiaba su uniforme. Torció el gesto cuando supo que Duško y su mujer estaban esperándolo.

—¡Lo que me faltaba! —dijo. Suspiró hondo, le dio su gorra militar y su guerrera para que se los guardara y subió despacio las escaleras. Al llegar al primer piso, parecía el hombre más feliz de la tierra—: ¡Duško, bandido! ¡Qué contento estoy de verte!

Duško le hizo un saludo militar:

—*Dobar dan* mi comandante. Disculpa que no me cuadre, pero hoy tengo de permiso a las piernas.

Se rieron todos, ella también, ver a su padre le había devuelto el ánimo.

LESIÓN DE ENTRADA:

En toda lesión de entrada los elementos a estudiar son: orificio de entrada, zona de Fisch, zona de tatuaje y zona de falso tatuaje. El hallazgo de todos estos elementos variará según la distancia del disparo. En las armas de fuego, por la llamada «boca de fuego», salen disparados el proyectil, fuego, humo y partículas de polvo no degradado. El estudio de estos elementos permite al forense establecer las características de la lesión de entrada y, con bastante aproximación, la distancia a la cual se realizó el disparo.

Su padre no había querido sentarse:

—Ya he estado sentado en el helicóptero —dijo—, necesito que me circule la sangre. —Se quedó de pie, detrás del sofá, sus manos apoyadas en los hombros de ella.

—Puedes estar orgulloso de tu Ana —le había dicho Senka con zalamería—, no

sólo es guapa sino además muy lista.

—Claro que estoy orgulloso de Ana. ¿Qué padre no lo estaría? —respondió su padre—. Será la mejor cirujana de Serbia, una bendición para nuestra patria, que además de soldados que la defiendan, necesita médicos que les curen las heridas. Mi Ana curará sólo a los serbios. A los turcos les dará otras medicinas. Aquí donde la veis, es todo un soldado. Me ayudó a disparar con el mortero en el frente, en Treskavica. Matamos a unos cuantos turcos el día de tu cumpleaños, ¿verdad, hijo?

DISPARO A BOCAJARRO (o cañón tocante): Realizado en contacto directo entre la boca del arma de fuego y el organismo.

Se caracteriza por:

—El orificio de entrada tiene forma estrellada (boca de mina o de Hofmann), con los bordes desgarrados, irregulares y ennegrecidos en su cara interna por la pólvora quemada incrustada. Puede haber arrancamiento cutáneo.

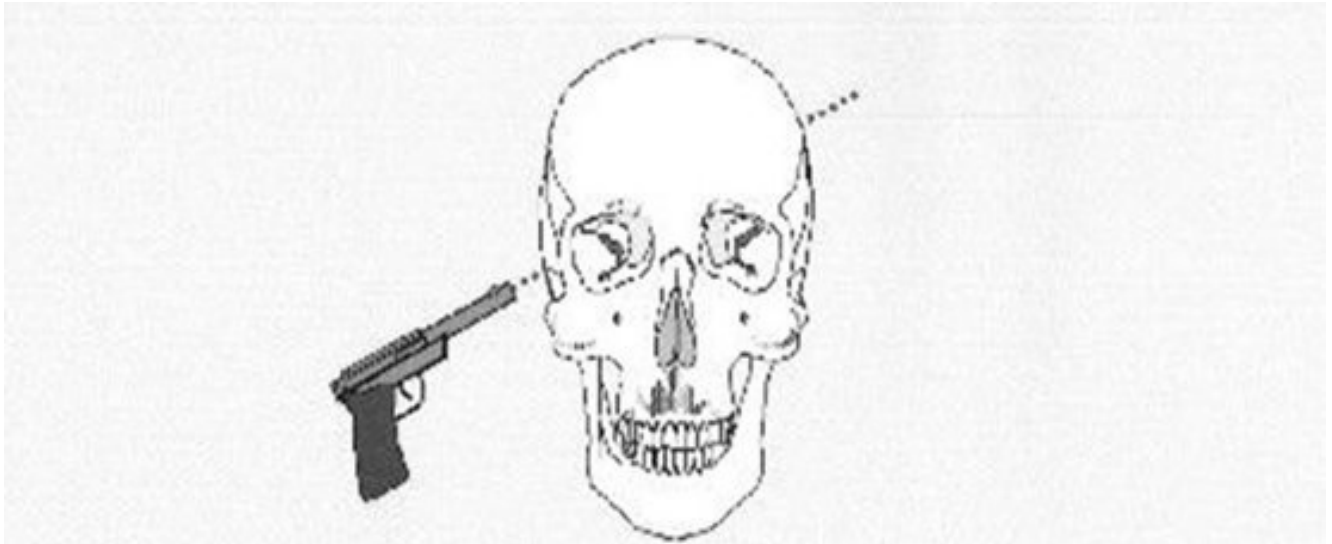
—Y yo le dije al príncipe Sergej Karađorđević: «¿Está usted casado?» No le traté de alteza ni nada de eso, yo no soy un lameculos, y el príncipe me dijo: «No, general, sigo soltero, pero me gustaría casarme con una serbia.» Y yo le pregunté: «¿Habla usted serbio?» Él me respondió que no. Entonces, le dije: «No podrá ser. Por más príncipe que sea no puede casarse con una serbia sin saber serbio. Antes tiene que aprender la lengua y aprenderla aquí, ¡en la trinchera!»

Ella había oído esa anécdota decenas de veces, al igual que su madre y su hermano, pero los tres la celebraron como si nunca la hubieran escuchado. Duško y su mujer se sumaron a la algazara un poco cohibidos, impresionados por la grandeza de ese vecino suyo de Kalinović, a quien conocían desde que era un niño que arreaba a las vacas y que se había convertido en un general tan poderoso que se permitía aleccionar a un príncipe. Cuando acabó de hablar, su padre dejó de acariciarle la nuca y agarró por el gollete la redoma de la *šljivovica*. Su madre extendió la mano en un gesto instintivo.

—Ratko, tu presión...

—Lo que me sube a mí la tensión es que me prohíban las cosas que me gustan. Vengo de la guerra, mujer, ¿no puedo relajarme un poco?

Como norma general en lo que respecta a las heridas perforantes, con orificios de entrada y de salida, se puede decir que el proyectil penetra en el organismo «empujando» y sale del mismo «rasgando la piel». El impacto sobre el hueso produce una pérdida de sustancia en forma de tronco de cono (A), pero si es a corta distancia, se produce también un desprendimiento en la tabla externa (B), es decir, hay un doble bisel.



La pérdida de sustancia del hueso es cada vez mayor a medida que el proyectil atraviesa las estructuras duras.

Apreció la nitidez del dibujo, la elegancia de la línea. Era un disparo a cañón tocante en la región parietal izquierda del cráneo. El orificio de entrada estaba claro, pero quizá no hubiera orificio de salida y la bala estuviera alojada en el cerebro. Era un tiro mortal, propio de una ejecución o de un suicidio; en tal supuesto, el suicida había de ser zurdo o ambidextro. La quemadura, originada por la llama, se identifica por el aspecto apergaminado de la piel, que adquiere un tono moreno o amarillento y, en su caso, por la existencia de cabellos y pelos quemados. No podía concentrarse, no *quería* concentrarse. Hemos matado a muchos turcos juntos, ¿verdad, hijo? Se vio a sí misma, con la bata blanca del médico forense, una mascarilla tapándole la cara, examinando con pulcras manos enguantadas los despojos de los turcos que habían matado ella, su padre y su madre, el día de su cumpleaños. Orificio de entrada, trayectoria del proyectil, orificio de salida, zona de Fisch, zona de tatuaje verdadero, zona de tatuaje falso. Conclusión del informe forense: Trauma penetrante en cráneo, tórax y extremidades, causado por heridas de esquirlas de mortero disparado por una familia cariñosa y muy unida, que defiende a su patria una mañana soleada mientras se dispone a disfrutar de un picnic. Se sentía capaz de estudiar lo que fuera menos Medicina Legal, pero era impensable suplicar al profesor: dispénseme de este examen; más adelante, dentro de un mes o dos, estaré preparada para acometer su estudio, ahora no puedo... Le llegaba del salón el quejido prolongado de un *gusle*. Duško y su mujer no sólo no se iban, como ella deseaba, sino que Duško se había puesto a cantar y a tocar el *gusle*, con toda probabilidad a petición de su padre, a quien la satisfacción de estar de nuevo en su casa y la *šljivovica* habían hecho olvidar el cansancio. ¡No tenían consideración con ella, sabían que estaba estudiando y armaban semejante escándalo! Aunque en parte la culpa era suya: había dejado la puerta de su cuarto entreabierta, porque esa tarde la soledad le daba pánico; ahora que

su padre había vuelto, necesitaba oír su voz, su risa, sentir su presencia. ¿Qué estaba cantando Duško? Tenía una hermosa voz de bajo. «*Doncella, destrenza tu roja cabellera, / conducen a la tumba a tu amante muerto. / Así sea, que lo lleven y lo entierren en la negra tierra, / ha acariciado mi pelo demasiado tiempo...*» Y pensó que no sabía qué herida había matado a Dragan.

Las madres son como brujas, todo lo saben o lo adivinan. Estaban viendo fotos en su habitación. Una foto que les hicieron en Trnovi en la que aparecían los tres, su madre, su padre y ella; su padre con el uniforme militar, una media sonrisa en la boca, la vista en algún punto fuera del encuadre, su madre muy sonriente, con aspecto juvenil, a la izquierda de su padre, que le pasaba la mano por la espalda.

—Sales muy guapa en esta foto —le dijo Ana—, yo, en cambio, no me gusto nada. —Se la veía de pie, detrás de su padre, abrazándolo, la mano derecha extendida sobre su corazón. Miraba a la cámara de frente con una sonrisa estúpida, decidió, y el pelo ese día le quedaba mal, aplastado—. Pongo cara de boba y mira qué oreja. ¿La tengo así de grande, mamá? ¡Parezco Dumbo!

—Tonterías, Ana, estás muy bien, muy natural, esa blusa roja que te pusiste te favorece mucho.

Era la misma que llevó en Moscú a la cita con Sasha. A continuación vieron las fotos de su viaje a Rusia, que ya había revelado.

—¿Y esta foto del Parlamento desde dónde la has tomado?

—Desde la habitación de nuestro hotel, que está enfrente, al otro lado del río Movska.

—¡Ah, aquí estáis todos! Nadica, Martina, Marko, Zoran, tú... No conozco a este chico moreno tan guapo.

—Se llama Petar y es un imbécil.

—No hables así de la gente, Ana. Di que te cae mal, si quieres... Esta pobre Nadica está cada día más gorda y cómo se arregla y el pelo que lleva... ¿Por qué es tan poco presumida? Es una lástima, porque no es del todo fea... ¿Y quién es este hombre?

—No lo sé, uno que pasaba por ahí cuando nos hacían la foto.

—No, no digo ése: me refiero al hombre de pelo canoso que te tiene cogida por el hombro.

Su madre llegó a la conclusión de que Sasha era el causante de su apatía.

—Estás cambiada desde que has vuelto de Rusia, Ana, no eres tú. Ya no ríes por cualquier cosa, ni hablas por los codos como solías, antes tenía que hacerte callar, ahora no hay manera de que sueltes palabra. Tienes una expresión triste, te sucede algo y no me lo quieres contar. ¿Es por culpa de este ruso? ¿Qué te hizo?

—No me hizo nada, no pasó nada, lo conocí en Moscú y me hice una foto con él, eso es todo. Estoy nerviosa y preocupada por los exámenes finales, no puedo

concentrarme y... el dolor de cabeza, ¿cómo voy a estar animada, con lo que me duele?

Su padre pasó fuera toda la mañana del día siguiente a su llegada; regresó a media tarde. Ella estaba estudiando en su cuarto y por el golpeteo enérgico de sus botas al recorrer el pasillo y el tono de su voz cuando se dirigió a su madre, supo que estaba irritado. Y se sorprendió pensando que ojalá no hubiera vuelto. No tenía ganas de enfrentar su cólera, anhelaba paz, reposo, tranquilidad, pero se sobrepuso a su cobardía y se levantó para saludarle. Al salir del cuarto le llegó su voz áspera.

—¡A mí no me grites! ¡Grítale a tu mujer, si te atreves! —chilló su padre y colgó el teléfono.

—¿Qué pasa, Ratko, con quién hablas? —preguntó su madre, inquieta, desde algún rincón de la casa.

—Con el gilipollas de Milošević.

Se volvió a meter en la habitación, cerrando la puerta sin hacer ruido, y se sentó de nuevo a su escritorio, los codos apoyados sobre la mesa, la cabeza entre las manos, inmersa, en apariencia, en sus apuntes de Medicina Legal y rezando para que él no entrara en su cuarto, pero entró y ella asistió en silencio a su transformación: el hombre de rostro sombrío, boca apretada y tez encendida cambiaba de expresión al posar en ella su mirada; las cejas se relajaban, la boca se abría en esa sonrisa inocente, un poco infantil, que tanto le gustaba, hasta el sofoco parecía remitir y el general furioso se transmutó como por ensalmo en el padre cariñoso que la adoraba.

—¿Molesto? ¿Estás estudiando? ¿Quieres que me vaya?

—¡No, de ningún modo! Me alegra que hayas venido a verme. En realidad, no estoy estudiando. No sé qué me pasa, no consigo retener nada... Voy a suspender este examen, papá.

Su padre la miró asombrado.

—Me cuesta creerte, nunca has suspendido ninguna asignatura, pero si te digo la verdad, me darías una alegría. Así yo podré quejarme, como los demás padres, de que mi hija es una holgazana que no hinca los codos, así podré reñirte. ¿Qué estás empollando? —Su padre cogió el libro, lo inspeccionó, pasó las páginas con impaciencia—. Mmm... Balística, calibres de escopeta, estructura general de las armas de fuego... ¿Estas cosas os enseñan en la universidad? Pero ¿tú estudias para médico o para policía?

Ella le aclaró que se trataba de la asignatura de Medicina Legal, el abanico de conocimientos necesarios para la práctica de la medicina forense.

—Cuando haces una autopsia de un cadáver que presenta heridas por arma de fuego, has de poder determinar qué tipo de arma fue empleada, qué clase de proyectil causó la lesión, a qué distancia se hizo...

—Pues yo podría someterme ahora mismo a ese examen y sacar un sobresaliente. Yo sé más de armas y municiones que ningún profesor de tu universidad. Si quieres, me hago pasar por ti; me pongo una peluca, unas medias, una falda, tu madre me

maquilla un poco y voy en tu lugar a la facultad, meneando el bolso: «Hola a todos, soy Ana Mladić. Me parezco tanto a mi padre que muchas veces me confunden con él» —bromeó su padre, aflautando la voz—. ¡Hijo, por fin te veo reír! ¡Éste es mi regalo del día! Un día de perros, hijo, un mal día.

Su padre se sentó en su cama, se desabrochó la guerrera y se aflojó la corbata mientras se quejaba de que las cosas allá en Bosnia se estaban poniendo feas y en Belgrado no le apoyaban.

—Tengo una línea de frente de más de mil seiscientos kilómetros. No puedo defenderla si no me proporcionan más hombres, más tanques, más gasolina, más armas... Pero ese cretino de Milošević se desentiende, como si esta guerra no fuera con él. ¡Él la empezó! «Ayúdame a construir la Gran Serbia», me pidió y yo cumplí: ¡vaya que si cumplí! Tres cuartas partes de Bosnia-Herzegovina son serbias gracias a mí. ¿Y cómo me lo agradece? Reprochándome que no haya conquistado lo que resta. «Disponías del cuarto mejor ejército del mundo —me dicen—, los musulmanes no tenían armas ni ejército, tomar Bosnia era coser y cantar. ¿Qué ha sucedido?» ¡Me preguntan qué ha sucedido! ¡Cómo si no lo supieran! Alija tiene ejército, ya lo creo, y más numeroso que el nuestro, y las armas se las proporcionan los alemanes, los franceses, los americanos, ¡el Vaticano! Los convoyes de ayuda humanitaria de Cáritas que llegan a Bosnia no transportan comida, sino fusiles, granadas y metralletas y por el túnel que han construido debajo del aeropuerto entran víveres, armas y muyahidines en Sarajevo todos los días. A mí me obligan a retirar la artillería pesada de las colinas y luego me preguntan: «¿Por qué no has sometido la ciudad?» ¿Y por qué me habéis obligado a ceder al enemigo, sin un disparo, un territorio que ya había tomado y por el que tanta sangre serbia se ha vertido? La OTAN amenaza con un bombardeo, avisan, hay que retirar los tanques. La jodida OTAN lleva amenazándonos desde el primer día de la guerra. ¡Que nos bombardeen! No se atreverán. Ningún gobierno occidental está dispuesto a permitir que sus soldados mueran por unos musulmanes. Y si vienen, que traigan sacos de muertos; yo te garantizo que se los llevarán llenos...

Los ojos de su padre brillaban desafiantes; ella le devolvió una mirada que quería expresar lealtad, solidaridad, entusiasmo; «Estoy contigo frente a todos y contra todo —le decía con los ojos—, yo no te fallaré, yo sí te apoyo».

—«No te podemos dar más tropas, no tenemos», dicen... —seguía lamentándose su padre—. ¡Y por las calles de Belgrado veo cómo se pavonean los soldaditos serbios, ligando con las chicas, presumiendo de uniformes nuevos! ¡Debiera darles vergüenza a esos cobardes que se niegan a ir a luchar por sus hermanos del otro lado del Drina! «El pueblo está cansado de la guerra, ha llegado la hora de la paz», me responden. ¡Yo también quiero la paz! Yo odio la guerra, no puedes imaginar las cosas terribles que he visto, hijo... No sabía cuán mezquino, cuán cruel puede llegar a ser el hombre hasta que viví esta guerra. Pero ¡no aceptaré una paz a cualquier precio! ¡No firmaré una retirada! Yo no soy un traidor... Esos políticos, Milošević,

Karadžić, Krajišnik, son unas ratas, ¡todos! Milošević venderá las *krajin*as por un puñado de votos. No le importa Serbia ni los serbios; lo único que le preocupa es conservar su puesto. Y los otros... ¡Pale es una cueva de ladrones! Karadžić pasa las noches en blanco jugando al póquer. En la conferencia de Londres lo sacaron a rastras de su habitación porque no quería ir a la reunión; se había emborrachado la noche anterior y estaba durmiendo la mona... ¿Así defiende la patria nuestro presidente? Y su socio, Krajišnik, es el mafioso más grande que existe desde el Sava hasta el Neretva: tabaco, gasolina, alcohol, armas, madera, ¡tráfico con todo! ¡Está dejando desnudos los bosques de Pale, sin árboles!

Su padre meneaba la cabeza, los ojos hundidos en su regazo.

—Duško dijo ayer que tú tendrías que ser el presidente de la Republika Srpska, que si lo fueras, ganaríamos la guerra —dijo ella.

—¡Y la vamos a ganar, porque de la guerra me ocupo yo! Pero no me quiero meter en política, no quiero tener nada que ver con esos bandoleros. Yo sé lo que me digo, hijo, la guerra es una manera de continuar la política por otros medios... Han intentado librarse de mí, quitarme el mando, pero no han podido. Los soldados me quieren y me respetan, a ellos los detestan.

—¿Es verdad que a los francotiradores serbios de Sarajevo les pagan cincuenta marcos por muerto?

—¿De dónde has sacado eso?

—Duško lo contaba ayer.

—¿Duško dijo esa barbaridad? ¡Delante de mí no, no se atrevería! ¡Es una mentira, una calumnia que propagan los turcos! Me entristece que un serbio como Duško, un soldado mutilado, le dé crédito. Si no tenemos dinero ni para pagar a las tropas, ¿de dónde vamos a sacar esos marcos? Y no hay francotiradores serbios en Sarajevo, quítatelo de la cabeza: son todos *balijas* que se matan entre ellos... Y ese Duško... ¡Como si no tuviera bastantes problemas, ahora quiere que me ocupe de que le paguen una pensión! Perdió las piernas por imbécil, ¡pisó una mina nuestra! Pero te estoy aburriendo con mis cosas, te estoy entreteniendo y tú tienes que estudiar, hijo. Me voy, te dejo en paz.

Ella protestó, tú no me aburres nunca y no puedo estudiar... Es como si mi cabeza estuviera saturada y se negara a asimilar un dato más. Su padre la miró con ternura, una ternura teñida de tristeza, cariño y preocupación que la conmovió; le hizo recordar lo mucho que la quería. Hijo, le propuso su padre, si no vas a estudiar más, ¿por qué no me ayudas a limpiar las pistolas? Han de estar enmohecidas. ¿Cuánto tiempo hace que no nos ocupamos de ellas?

Mientras su padre bajaba a la cocina, ella entró en su gabinete de trabajo. De una gaveta oculta en el escritorio de su padre extrajo la llave del armario donde se guardaban las armas; lo abrió y sacó las pistolas. Las depositó con cuidado sobre el tapete de fieltro con que había cubierto la superficie de la mesa para proteger la madera. Encendió las dos lámparas del gabinete y la luz auxiliar del escritorio; lo que

iban a hacer su padre y ella requería una iluminación óptima. Despejó la mesa de papeles; cerró con respeto el Diario de Guerra en el que su padre registraba las incidencias bélicas. «Puede ayudar a los historiadores del futuro —le había explicado—, es importante que quede constancia de los hechos como sucedieron. La gente miente, tergiversa, exagera; yo no, yo cuento las cosas tal y como son.» Apartó con respeto esa gruesa libreta en la que su padre consignaba en tinta, con su letra menuda, la historia que escribía en el frente día a día. Ese libro contenía las nuevas fronteras de Serbia, trazadas con la sangre y el sudor de sus héroes, sus páginas resumían la epopeya memorable de la construcción de un país, la Gran Serbia. Y no dejaba de causarle asombro que el hombre que conducía esa batalla, un gran líder militar comparable a Napoleón, fuera su propio padre. Sabía lo que estaba haciendo en la cocina: bebiendo *šljivovica*. A ella le preocupaba y disgustaba no menos que a su madre que su padre bebiera. «Son los nervios, la ansiedad, la responsabilidad de la guerra», se excusaba el general y ella podía comprenderlo, pero por sus conocimientos de medicina era consciente de que un hombre de mediana edad como él, corpulento y propenso a bruscas subidas de tensión, debía moderar su consumo de alcohol so pena de exponerse a un infarto cardíaco o cerebral. Además, no entendía cómo podía dirigir el ejército estando borracho.

—¡Ya estoy aquí, dispuesto a la faena! —anunció su padre cuando entró en el gabinete, un cigarrillo en la mano.

El brillo chispeante de sus ojos, el rubor de sus mejillas y su exaltación eufórica le confirmaron que no se había equivocado. Mientras alineaba sobre la mesa los instrumentos y útiles de limpieza (la baqueta giratoria, los cepillos de bronce, el pasa trapos...), observó de reojo a su padre: si bebía demasiado, su expresión era torva y su talante, agresivo; si no pasaba de esa línea elusiva entre el exceso y la dosis tonificante, las líneas de su rostro se ablandaban, los pliegues de su boca perdían su crispación y su mirada no era fría y vidriosa, sino traviesa y cálida, como ahora.

—Esta mañana, hablando con Momčilo Perišić, le he dicho: «Mi general, no sé si recuerdas un episodio singular de la historia reciente de Serbia» —le empezó a contar su padre al tiempo que dejaba el cigarrillo en el cenicero y se remangaba la camisa para no manchársela con los productos de limpieza—. La noche del día 26 de marzo de 1941, la mujer de nuestro antecesor y colega, el general Dušan Simović, Jefe de las Fuerzas Aéreas del Reino de Yugoslavia, se sorprendió de que su marido siguiera despierto cuando siempre se retiraba temprano. «Será del café, hoy he bebido demasiado», le dijo el general, quitándole importancia a la novedad. Dieron las dos y media de la madrugada y la mujer advirtió que su marido no se hallaba en el lecho conyugal, roncando junto a ella. Se levantó intranquila y fue a su encuentro. «¿Cómo es que no duermes? ¿Qué significa esto?» «Verás —le explicó el general—, es que ha estallado una revolución y yo soy su cabecilla.» La buena mujer no le creyó. «¡No digas estupideces! ¡Cómo vas a hacer tú la revolución! Vente a la cama, anda.» Su incredulidad es disculpable: su marido tenía casi sesenta años y era un hombre

tranquilo, que nunca había pertenecido a la Mano Negra, ni tampoco había participado en el complot del asesinato del rey Alejandro. Simović era un buen oficial, competente y leal, aunque por desgracia, honesto, lo cual le había impedido ascender de rango y obtener puestos importantes; un tipo campechano, de trato fácil, con el ingenio socarrón de los nativos de la vieja Herzegovina, como yo. Mientras su mujer dormía en el lecho común y él velaba en el salón, un ejército de sombras intercambiaba contraseñas y se movía con discreción en la noche de Belgrado, siguiendo sus instrucciones, obedeciendo sus órdenes, ejecutando una coreografía secreta... Fue un golpe de estado incruento: el general Simović depuso al príncipe regente, aquel traidor infame que acababa de firmar un tratado de sumisión a Hitler y a las fuerzas del Eje, y coronó a un rey adolescente, Petar II, bajo cuyo mando el pueblo yugoslavo salió a las calles para gritar hasta quedarse ronco: ¡Mejor la muerte que el pacto! ¡Es preferible la tumba a la esclavitud! «¿Qué me estás contando, Ratko? —me ha interrumpido Perišić—. ¿Cómo entró Serbia en la segunda guerra mundial? ¡Ya conozco esa historia, gracias! Mi padre fue partisano y murió en el frente.» «Y el mío también, Momčilo —le he dicho—, y dos millones de patriotas serbios murieron con ellos. Y lo que me pregunto es: ¿cómo nos van a recordar a nosotros las generaciones futuras, con la admiración y el respeto con que nosotros recordamos a nuestros padres o con vergüenza?» «¿Qué quieres decir? ¿Adónde vas a parar?», pregunta Perišić. «Tú sabes lo que quiero decir —le digo—: ¿vamos a traicionar a Serbia o vamos a ganar esta guerra?»

Su padre subrayó el desafío con un puñetazo en la mesa que la sobresaltó; a punto estuvo de caérsele de las manos el cargador de la Zastava que estaba desarmando.

—Perdona —dijo su padre—, te he asustado. —Sacó un pitillo del paquete, lo encendió y fumó en silencio, observando cómo ella embebía en disolvente el cepillo y luego lo introducía por el cañón de la pistola, desde la recámara hacia la boca y repetía la operación una y otra vez con la pericia del relojero que ensambla el mecanismo de un reloj—. Tienes manos de cirujano —ponderó su padre. Ella pensó que era una comparación absurda, las manos de cirujano no suelen ocuparse en la manipulación de armas de fuego. La CZ-99 nueva de su padre seguía sin desarmar, sobre la mesa, el cañón apuntando a la estantería de la pared. El general estaba absorto en sus pensamientos, viéndola trabajar; eso, pensó, quizá le calmaba, le infundía un poco de paz; a su padre le obsesionaba la guerra, esa contienda que, empezaba a intuir, estaba perdiendo, iba a perder, para su deshonor, para su eterno oprobio, una lucha que para colmo a nadie importaba, a todos hastiaba, incluso a ella misma, sí, aunque jamás lo reconocería: su abatimiento, su desazón tenían una sola causa, aquella guerra que no se acababa nunca y amenazaba con devorar las vidas no sólo de los muertos, sino también de los vivos, como ella, como su hermano, como sus compañeros de facultad, que veían cómo se disipaba su juventud y se ennegrecía su futuro; «en Bosnia los serbios respiran por una pajita», decía su padre, y ella sentía que no sólo los serbios de Bosnia, los de Belgrado también y los de Niš y los de Novi

Sad, esa maldita guerra emponzoñaba el aire de toda Serbia pero su padre no quería perderla. No quería pasar a la historia como el general serbio al que los musulmanes derrotaron, no lo iba a permitir y, si era necesario, se inmolaría en el empeño y arrastraría con él al pueblo serbio, como el general Simović o el ínclito héroe serbio Stevan Sindjelić, el cual, en 1809, cuando se hallaba cercado por los turcos en las proximidades de Niš, disparó su pistola en el interior de un polvorín y lo hizo saltar por los aires, mejor la muerte que la esclavitud, es preferible la tumba al deshonor. Los turcos vencedores construyeron una torre con los cráneos blanqueados de aquellos patriotas serbios que se sacrificaron en la explosión, toda la brigada que comandaba Sindjelić. Y así nació la famosa torre de Niš, que ella había visitado con Dragan. «Si tú me lo pides robaré un cráneo», fanfarroneó Dragan. «¡No seas idiota! ¿Para qué quiero un cráneo?» «Como recuerdo, un recuerdo súper superromántico», le respondió Dragan y cogiéndola por la cintura le dio un beso. Ella tenía los ojos abiertos, rara vez los cerraba cuando la besaba Dragan y recordó lo extraño que había sido notar la presión húmeda de sus labios, la lengua que se aventuraba dentro de su boca, el calor del cuerpo vigoroso de Dragan, mientras su mirada vagaba por las cuencas vacías de las calaveras de los héroes muertos y reparaba en sus mandíbulas desdentadas, en un mechón lúgubre de pelo negro, quién sabe si del propio Sindjelić... Ahora se disponía a insertar el pasa trapos en el cañón con la eficacia tranquila que la caracterizaba cuando se dedicaba a una tarea manual. Una pasada, dos, tres... Lo peor era ponerles rostros a los musulmanes, como le había empezado a suceder; verlos como víctimas y no como enemigos. Era una flaqueza, sin duda, una debilidad femenina o deformación profesional de la doctora que pronto había de ser; ante un herido el médico siente el impulso natural de curar, de reparar el daño, prolongar la vida. «Por cada vida que ella salve, su padre habrá dejado mil cadáveres», dijo Petar en Moscú, y esas palabras la golpeaban; eran injustas pero ciertas. «En toda guerra mueren inocentes», afirmaba su padre con una resignación, una fatalidad, que cada vez le costaba más aceptar. Su padre sabía algo que ella desconocía. Si supiera lo que él sabe, pensó, dejaría de sufrir, de atormentarme... Su padre, que había dejado de fumar, estaba desarmando su pistola y observaba con ojo experto la recámara del cargador, comprobando que estuviera vacía. Como si sintiera el peso o el roce de su mirada, alzó los ojos y le sonrió.

—Papá, déjame ir al frente, a un hospital de campaña —le suplicó—. Allí aprenderé en un mes más que en todos los años de universidad. Necesito hacer algo, sentirme útil. ¡Quiero ayudar!

—Primero tienes que acabar la carrera —dijo su padre—. Luego ya veremos... Pasa bien el cepillo por el extractor de cartuchos, que no quede ningún residuo... Esta vieja Zastava está más reluciente que mi pistola de reglamento. No puedo permitir que una bala perdida te mate en el frente; antes tienes que darme una nieta, una niñita vivaracha y traviesa como eras tú, para que yo pueda disparar la Zastava y anunciarle al mundo la buena nueva. Si tú te mueres, ¿qué será de mí? ¿Cómo podré vivir sin mi

estrella? ¿Por qué estás apenada, hijo? ¿Qué tienes?

Notó cómo la sangre afluía a sus mejillas; se estaba ruborizando bajo la mirada escrutadora de su padre. Se encogió de hombros, los exámenes, los nervios, el dolor de cabeza...

—¿Es por ese ruso del pelo casi blanco?

—¿Qué ruso?

—Tu madre me ha hablado de él, me ha enseñado la foto, estáis muy acaramelados. ¿Te ha robado el corazón? Dímelo, por favor; te prometo que mañana mismo volaré a Moscú y le obligaré a que te lo devuelva.

—¡Ese ruso no me importa nada! —dijo ella, enfadada—. Mamá se inventa cosas...

—¿Seguro? Tú eres muy misteriosa en cuestiones de novios, como cuando dejaste a aquel Dragan sin decirnos nada.

—¿Tenía que haberos pedido permiso? Creí que Dragan no te gustaba.

—Y tienes razón, no me gustaba, no era hombre para ti: un mal soldado.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que pasó? ¡Fue voluntario a la guerra y murió en el frente, por Serbia!

—Eso no cambia nada: era un cobarde —afirmó su padre—. No te lo había querido contar para no afligirte, pero quizá ha llegado el momento de que lo sepas. Se le había confiado el mando de una trinchera, debía defenderla de los *balijas*, tenía a cinco hombres a su cargo. Una noche los musulmanes atacaron: en vez de organizar la defensa de la posición, como era su deber, tu Dragan abandonó a sus hombres y huyó. Los turcos lo mataron en el lindero del bosque. Canjeamos su cuerpo por los de cinco musulmanes y dos camiones de munición. ¡Llegué a ofrecer hasta un tanque! El cadáver más caro de la guerra de Bosnia, el de un cobarde. Pero como ese traidor era el novio de mi hija, o eso creía, pagué el precio que me pidieron, para que su familia pudiera llorarlo y enterrarlo y para que tú pudieras dormir tranquila. ¿No me crees? Hijo, yo nunca, nunca te he mentado. Ni te mentaré. Pero de haber sabido que ya habíais roto, no habría dado por él ni un cartucho vacío.

En la guerra de Croacia algunos patriotas serbios se desplazaban al frente los viernes, dedicaban el sábado y el domingo a defender a la patria y el lunes por la mañana regresaban a sus oficinas, donde asombraban a sus compañeros de trabajo con el relato de sus hazañas bélicas. Mi cuñado Branko era uno de esos héroes de fin de semana. Ocupaba un puesto importante en el ministerio de Información serbio, pero el viernes se disfrazaba de paramilitar, se juntaba con los muchachos de las Águilas Blancas y en tan alegre compañía luchaba por Serbia devastando Croacia. A su vuelta nos ponía al corriente de las atrocidades que había tenido el infortunio de presenciar: ustachas codiciosos que arrancaban dientes de oro a serbios malheridos («¡no tienen ni la compasión de esperar a que mueran!»); depravados croatas que sacaban los ojos a sus víctimas con un instrumento especial, parecido a una lezna, o cortaban porque sí, por puro placer sádico, los dedos de las manos de los niños serbios... Era un catálogo del horror que no tenía fin, por lo que para elevar la moral de su espantada audiencia mi cuñado intercalaba de cuando en cuando una anécdota esperanzadora, de la que, por una de esas casualidades, solía ser el protagonista: una casa serbia incendiada por los ustachas, una madre desesperada y llorosa que implora a sus compatriotas que rescaten a su hijita y Branko, que no espera a que se lo pidan dos veces, penetra en la casa en llamas por el hueco de una ventana y a tientas, los ojos cegados por el humo que le impide respirar, logra localizar a la niña, un poco chamuscada y muy asustada pero todavía viva y, por supuesto, la salva. «Lo hice yo como podía haberlo hecho cualquier otro», aclaraba mi cuñado con insólita modestia. Esos fines de semana que Branko dedicaba a sus menesteres patrióticos, mi hermana, como una rediviva princesa Milica, pasaba agonías en Belgrado, se retorció las manos y se desesperaba, pero no sufría en silencio, Svetlana es incapaz de eso: telefoneaba a mi madre cada media hora y le transmitía su inquietud. «¿Y si lo matan? ¿Y si lo pierdo? ¿Por qué ha de ir a la guerra un hombre con familia? ¡Que vayan los solteros!»

Una noche de junio paseaba por Knez Mihailova con otros dos solteros, Petar y Marko, camino del JDP, cuando vimos salir de un portal a un caballero atildado que daba el brazo a una exuberante morena. El hombre y yo nos miramos: me guiñó un ojo, hizo el saludo de los tres dedos y siguió su camino, acompañado de aquella muchacha que tenía un aire a la cantante Ceca.

—¿Es ésa Ceca? —preguntó Marko.

—No —dijo Petar—. Es un putón que se le parece mucho. ¿De qué conoces al gilipollas nacionalista que va con ella? —me preguntó.

—Es mi cuñado.

Y desde aquel sábado en que se suponía que Branko se hallaba en Dalmacia, rescatando a tiernos infantes serbios de las garras de los ustachas, cada vez que nos veíamos mi cuñado repetía el guiño y la sonrisita cómplice. «Tú ya me entiendes, eres hombre como yo, cuento con tu discreción», me decía o me imploraba con ese guiño idiota y su sonrisa de lobo mi heroico cuñado Branko. No soy ningún cotilla, no le iba a ir con el cuento a mi hermana, los hombres no hacemos esas cosas, no sé por qué, pero no las hacemos, y guardé silencio, un silencio incómodo. Cuando Igor me dijo que iban a mandar a Dragan al frente de Bosnia, recordé que mi cuñado tenía una vieja deuda conmigo y pensé que había llegado el momento de pasar cuentas. Branko se jactaba a menudo de su poder e influencia; un coche, un puesto, una prebenda, pídemle lo que quieras y yo te lo consigo, conozco a todo el mundo, soy amiguito de los que mandan. Me constaba que había exonerado del reclutamiento a hijos o parientes de amigos y conocidos y se me ocurrió que con su intercesión tal vez podríamos salvar a Dragan. Le pedí el favor y Branko no se hizo de rogar: «Dalo por hecho, sé con quién hay que hablar, el general X no está en condiciones de negarme nada. Te daré noticias en un par de días.» Tardó una semana en informarme de que era un caso perdido; lo había intentado, pero no podía ayudar a mi amigo.

En agosto de 1992 yo pasaba las horas tumbado en el sofá frente al televisor, en camiseta y calzoncillos, comiendo Nutella (lo único que había en el supermercado) y viendo los Juegos Olímpicos de Barcelona. No me interesaba la competición de halterofilia y cambié de canal: un pope, con su lúgubre sotana negra, la enmarañada melena ondeando al viento, que parecía empeñado en arrancarle la barba, tanto tiraba de ella, sermoneaba a un grupo de intrépidos paramilitares serbios:

—*Hermanos, los turcos se han vuelto a levantar, como vampiros que son; hermanos y caballeros elegidos para la gloria, se aproximan días infernales. El malvado emperador turco Murat fue a Kosovo y libró una gran batalla en nuestro reino. Saqueó nuestros pueblos, huertos y ciudades, destruyó las cruces de las iglesias. Los turcos no son como los demás hombres, son bestias de Asia...*

Decidí que no podía soportarlo más; el contraste era demasiado grande, el agravio comparativo, intolerable; mientras otros eran felices, allá en la despreocupada Europa occidental, nosotros habíamos sido succionados por un torbellino épico, un ciclón enloquecido que nos había devuelto a la más atroz y salvaje Edad Media. No quería seguir allí, me iría de Serbia. Vahida, mi amiga musulmana, ya había logrado huir y la echaba de menos y también la envidiaba. Su familia paterna procedía de Kosovo; el clan al que pertenecía su bisabuelo tenía pendiente una deuda de sangre y la responsabilidad de su cobranza recaía en el abuelo de Vahida, el único varón de su estirpe. Sus bisabuelos vistieron de niña a su vástago, todavía un bebé, y escaparon a Montenegro, donde creció el niño-niña y llegó a alcanzar la dignidad de imán de su pueblo. El hijo del imán, el padre de Vahida, esquivó a su vez el tedio pueblerino de su aldea y se estableció en Belgrado, se casó con una serbia y con el tiempo se convirtió en un pintor vanguardista de prestigio. Los padres de Vahida estaban

divorciados, como los míos. Un día, cuando Vahida era todavía una escolar que se peinaba el pelo negro en dos coletas, su profesora, al pasar lista, se detuvo en su nombre: «Vahida Mustafaraj... ¿Eres musulmana, Vahida?», preguntó la profesora con fingida candidez y Vahida, confusa, avergonzada, consciente de que las miradas de todos sus condiscípulos convergían en ella, respondió: «No lo sé», y aquella tarde, al regresar a su casa, interrogó a su madre: «Mamá, ¿nosotras qué somos?» «Yo soy serbia y tú eres musulmana», le informó su madre. «No me habría sorprendido más si me hubiera revelado que no era hija suya, que me recogió en la calle», me confesó Vahida. Desde aquel día comprendió que era distinta y, si alguna vez lo olvidaba, no faltaba quien se lo recordara; en plena efervescencia identitaria lo que nos definía más que ninguna otra cosa era el nombre, el apellido, el acento, esas circunstancias accidentales o azarosas de la vida que ahora padecíamos como un baldón o exhibíamos como un premio. Serbios y croatas saltaban de la cama con esa certidumbre fascinante: ¡soy serbio!, ¡soy croata! Puede que tenga un trabajo de mierda, que mi mujer me riña cuando vuelvo borracho y que mi jefe disfrute humillándome, pero ¡ah, compatriotas, hermanos, antiguos camaradas!, no soy un cualquiera, sino un elegido, pertenezco a una gran nación, a un pueblo milenario, ¡soy croata!, ¡soy serbio! Turca asquerosa, vuelve a Turquía, aconsejaban a una desconcertada Vahida que había nacido en Belgrado y nunca había visitado Turquía. «Los judíos y los serbios somos pueblos hermanos, víctimas del genocidio, injustamente perseguidos y acosados a lo largo de la historia por la maligna alianza del pueblo alemán y el Vaticano. Serbios y judíos hemos dado al mundo grandes hombres: nosotros Nikola Tesla, vosotros Einstein y Rockefeller», me consoló mi cuñado cuando me resistí a la sugerencia de mi hermana de que cambiara mi apellido judío, Papo, por el materno, el serbio Petrović. Que yo sepa, Rockefeller no era judío, pero yo tampoco, si vamos a eso, era una etiqueta que me habían puesto y no me disgustaba, porque me permitía distanciarme de lo que estaba sucediendo; yo no era culpable de nada, ni por acción ni por omisión, pasividad o complacencia; yo no era serbio, sino un forastero, el judío errante que pasaba una temporada en Belgrado pero a mero título de observador, de imparcial visitante. A Vahida verse señalada, despreciada, vejada, le afligía. «A ti no te importa porque ser judío es *cool*, pero a mí me odian», se quejaba. Se convirtió a la religión ortodoxa para dejar de ser distinta y nadar con todos los demás peces a favor de la corriente. Su nuevo nombre era Anastasia aunque lo olvidaba a cada poco. Se sumó a la nueva moda de los retiros espirituales en monasterios ortodoxos de Serbia o Montenegro. Las monjas y sus amigas la llamaban, ¡Anastasia, Anastasia!, y el eco de su nuevo nombre ¡...asia, ...asia!, resonaba por las paredes de piedra de los fríos y oscuros corredores, pero ella no respondía, hasta que al final alguna amiga le gritaba, harta, ¡Vahida! En plena guerra de Bosnia se le ocurrió ir a la playa, a Montenegro, con su madre. En el trayecto de regreso, ya cerca de Belgrado, un viajero les informó de que el día precedente una patrulla de soldados serbios había interceptado ese mismo tren y

habían revisado las cédulas de identificación de todos los pasajeros; los desdichados con apellidos musulmanes habían sido detenidos. Se los llevaron, no dijeron adónde, pero... El viajero agachó la cabeza, miró en torno con cautela, se inclinó hacia ellas y se pasó el pulgar por la garganta. Al cabo de dos semanas Vahida se marchó a Londres, había conseguido una beca del Saint Martins College of Art and Design y no la desaprovechó. Me propuse imitarla; envié cartas a todas las escuelas de cine de Londres, sin ningún resultado. Se me ocurrió ponerme en contacto con un pariente que vivía allí, el hijo de un primo de mi abuela que huyó a Inglaterra de la invasión nazi, un tal Samuel Levy, quien para mi sorpresa no sólo me contestó, sino que además me ofreció un trabajo: profesor de ruso en un colegio judío ortodoxo ubicado en Golders Green, en el norte de Londres. Yo no sabía ruso pero eso me preocupaba poco; acepté con entusiasmo e inicié los complicados trámites para la obtención del permiso de salida y el visado. Comunicué mi propósito a mi madre, con la que vivía de nuevo y quien seguía acudiendo cada día a su oficina en Energoinvest, aunque no tuviera trabajo y el sueldo que le pagaban, debido a la inflación, no le alcanzara ni para el billete de autobús. Sospechaba que mi hermana y mi cuñado le prestaban ayuda económica, pero no quise indagar: si el que pagaba mi comida era el chetnik de mi cuñado, mejor no saberlo. Mi madre sufría cada vez que yo salía a la calle, temía que en un descuido una patrulla de reclutamiento se incautara de su único hijo y lo mandara a la guerra, por lo que supuse que le alegraría la noticia de mi partida, pero su reacción fue:

—¿Cómo te vas a ir? ¿Y tu padre?

Mi padre estaba en Sarajevo. Asediado. Yo había intentado que abandonara la ciudad antes de que fuera demasiado tarde, pero no me hizo caso. Me aseguró que me alarmaba en vano, en Bosnia jamás prendería la mecha nacionalista, «aquí todo está en calma, igual que siempre, deberías venir para comprobarlo». Se había implicado en los preparativos de la celebración del quinto centenario de la llegada de los judíos a Sarajevo. Mi padre, que nunca se consideró un judío, ni frecuentaba la comunidad judía o la sinagoga, de repente se sintió llamado a representar a su colectivo a los ojos del mundo.

—Hemos de quedar bien, vendrá gente de fuera, judíos americanos e israelíes —dijo—. Me han pedido que dé una charla sobre la historia cultural de los judíos de Sarajevo y no he podido negarme. —Laura Papo-Bohoreta, la poeta, dramaturga y fundadora de la Bohoreta, era antepasada nuestra. Isak Samokovlija, el mejor cuentista de Bosnia, también era medio pariente, si mal no recuerdo—... Estoy redactando el discurso en inglés, para que lo entiendan esos extranjeros. Me está quedando francamente bien, te mandaré una copia cuando lo acabe. He pensado que quizá concluya recitando alguno de mis poemas...

—Papá —le interrumpí—, ¿estás bebido?

—¿Cómo dices? ¿Borracho? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué me lo preguntas?

—Papá, va a haber una guerra; mejor dicho, ya ha empezado en el este de Bosnia

y no tardará en llegar a Sarajevo. Tienes que irte de allí. Puedes venir a Belgrado, te conseguiré alojamiento en el piso de un amigo...

—¡Yo no me iré a ninguna parte! ¡Esos chetniks de Karadžić y Koljević no van a echarme!

Y no se fue. Y la guerra llegó a Sarajevo (según los serbios el 1 de marzo de 1992, cuando unos musulmanes asesinaron a un serbio en una boda; en la versión musulmana el 6 de abril, día en que los francotiradores serbios hicieron fuego sobre una manifestación pacífica en el centro de la ciudad). Acosé a mi padre con llamadas que no contestaba. Una noche conseguí hablar con él.

—Ellos luchan por el territorio, nosotros por la supervivencia —dijo—. Ellos tienen ejército y armas, nosotros sólo nuestra rabia, pero no nos vencerán. —Me explicó que colaboraba con la Benevolencija, una organización humanitaria judía que prestaba asistencia a todos los sarajevianos, fueran musulmanes, serbios, croatas o judíos—. Tenemos un comedor, un servicio médico, una farmacia... Yo me ocupo de organizar la evacuación de los que quieren irse de la ciudad, muchos judíos, pero también musulmanes; la semana que viene sale un vuelo a Zagreb y de allí otro hacia Israel.

—¿Y por qué no te vas en ese avión?

—¿Yo? ¡Cómo me voy a ir! ¿Quién va a organizarlo todo? Aquí soy indispensable —me dijo mi padre con una pomposidad en él desusada, como lo era ese plural, «nosotros», que nunca había empleado, o el tono beligerante («ellos», «no nos vencerán», «resistiremos»). La Benevolencija podía ser neutral, como me confió con resentimiento, pero él no lo era.

Poco después cesó la comunicación telefónica con Sarajevo. Le envié un par de cartas ansiosas de las que no obtuve respuesta, más tarde supe por los periodistas de Vreme que también se había interrumpido el servicio postal con la ciudad sitiada. De cuando en cuando me dejaba caer por la sede de la revista para charlar con Petar y allí me enteraba de cosas que hubiera preferido no saber (cuanto más sepas, más sufrirás, dice un proverbio serbio). Pasé una noche sin dormir tras la masacre de la cola del pan en la calle Vase Miskina, en Sarajevo. ¿Y si mi padre estaba allí y era uno de los muertos computados en la estadística fúnebre? En Vreme tenían conexión con la CNN, con la BBC, vi las imágenes pero sin mirarlas, por miedo a reconocer un abrigo manchado de sangre, un pantalón desgarrado, la calva reluciente del cráneo de mi padre... «Occidente no lo va a permitir —decían los periodistas de Vreme—, un asedio a una ciudad europea a finales del siglo xx es impensable: Europa actuará, frenará a Milošević, depondrá a Karadžić. No puede durar, es cuestión de semanas...» Y Europa, sospecho, hizo el mismo cálculo: los serbios tienen un ejército temible, los musulmanes están desarmados, será un mero trámite, en pocos días habrá caído Sarajevo y todo Bosnia-Herzegovina será serbia. Ante el *fait accompli*, ya veremos qué hacemos. Pero Sarajevo no cayó; los bosniacos resistieron y los telediaros del mundo entero se llenaron de imágenes de pueblos arrasados, caravanas

de refugiados (niños, mujeres, ancianos, cargados de fardos, que huían a pie o en coches, camiones y tractores atestados), hospitales desbordados de víctimas civiles, campos de concentración... Estaba sucediendo en Europa, ¡la cuna de la civilización!, ese continente próspero y tan satisfecho de sí mismo, en el que el muro que separaba a las dos Alemanias había caído sin más estrépito que el de los ladrillos y los demás países del Este se habían librado del yugo comunista de forma incruenta (o casi). ¡Tuvieron que ser ellos de nuevo, los sanguinarios balcánicos! No les bastaban tres guerras en un siglo: acababan de firmar el armisticio de la cuarta y ya se lanzaban a la quinta, como en una desatinada competición por conseguir el lauro de zona más belicosa del universo. Los Balcanes producen más historia de la que pueden digerir, dijo una vez Winston Churchill, quitándose el puro de la boca, o sin quitárselo, farfullando entre dientes; los pueblos balcánicos son basura étnica, diagnosticó Karl Marx, quien nunca imaginó que esa raza deleznable escenificaría (a regañadientes) su sueño comunista; esta gente lleva quinientos años peleándose entre ellos, recordó el presidente Clinton (o puede que fuera Bush), la guerra allí es una tradición tan arraigada como el críquet en Gran Bretaña o el fútbol americano entre nosotros; el americano es un pueblo respetuoso de las libertades y tradiciones propias y ajenas, no vamos a privarles de sus costumbres, por primitivas que sean. Una intervención exterior no hará sino empeorar las cosas, convinieron franceses, alemanes, ingleses, rusos y norteamericanos; que se zurren lo que tengan que zurrarse y cuando todo haya terminado, ya pondremos orden, pero la televisión llevó la guerra a los hogares de los europeos y norteamericanos; entre un anuncio de coches y otro de papel higiénico, surgía de repente el rostro demacrado de un prisionero de Omarska, el cuerpo alámbrico, momificado, como un reproche en toda su desnudez cóncava (los alemanes al menos proporcionaban uniformes a los judíos y no se les veía tan flacos), sus ojos febriles parecían contemplar con avidez el bistec de ternera o la hamburguesa con queso que tenían ante sí los televidentes occidentales, daba la impresión de que en cualquier momento aquellos infelices arrancarían la alambrada que los retenía, harían añicos la pantalla de la televisión e invadirían en tropel el salón-comedor de los espectadores para zamparse su comida, beberse su vino, sentarse en sus sillones... ¡Y aún si fueran negros! A ver negros hambrientos estamos acostumbrados, pero son blancos y europeos, como nosotros. ¡Y están aquí al lado, a una hora de avión, a seis horas en coche! Da miedo pensarlo, dice la madre de familia, como si la guerra fuera un virus contagioso que un mal viento pudiera traer. ¿Todavía están con la guerra de Croacia? Creí que se había acabado, dice su hijo, mojando pan en la yema de su huevo frito. Es otra guerra, la de Croacia se terminó. Ésta es en Bosnia, le aclara su padre, que está muy bien informado porque tiene un cliente que hacía negocios con Yugoslavia y está casado con una serbia (o una croata, no lo recuerda bien) y a continuación explica a su familia que los croatas son católicos y los bosnios musulmanes. No parecen musulmanes, comenta su hija, no llevan turbante. No todos los musulmanes llevan turbante, replica su padre. Los

musulmanes de Bosnia..., empieza a perorar, pero su familia no tiene tiempo para lecciones y sus hijos se apresuran a levantarse. Niños, recoged la mesa antes de ir al cuarto, les advierte la madre y casi a su pesar echa una última ojeada a la pantalla y advierte con alivio que las imágenes de bosnios depauperados han sido sustituidas por una chica rubia, de aspecto saludable, que se confiesa feliz porque sus compresas tienen alas. Y mientras retira y pliega el mantel, la madre murmura para sí: habría que hacer algo por esos desgraciados. Habría que darles de comer, dijo la opinión pública, y los gobernantes aplaudieron la propuesta con entusiasmo. ¡Sí, eso es, vamos a alimentarlos! Es una acción humanitaria que nos compromete poco, conjeturaron, y así fue como Occidente envió a Bosnia soldados vestidos de novia, una especie de *boy-scouts* bien intencionados, que circulaban por las carreteras, senderos y trochas del país en guerra con sus tanquetas blancas, porque eran neutrales y no estaban de parte de nadie. Y como novias que se ven obligadas a atravesar un lodazal, con sus finos zapatitos blancos de satén, dos deditos de la mano izquierda alzando la falda para evitar salpicaduras de barro, en la mano derecha el ramo nupcial, así transitaban por Bosnia-Herzegovina los niveos convoyes de las fuerzas internacionales del FORPRONU, con mucho cuidado de no rasguñarse. Bajo ningún concepto debían participar en la contienda; la única misión de los cascos azules era asegurar que la ayuda humanitaria llegara a su destino, como si una guerra fuera una catástrofe natural, un nuevo tipo de inundación o de huracán. Y siguiendo la analogía, cuando un pequeño cataclismo local impedía el éxito de su misión: una patrulla de soldados o paramilitares serbios que obstaculizaba el avance del convoy y le impedía distribuir la ayuda o se la requisaba, no debían impacientarse, ni perder los estribos: se negocia, se habla, se telefonea, pero jamás, en ninguna circunstancia, se dispara un tiro, pues los gobernantes de los países que habían aportado fuerzas de paz a Bosnia-Herzegovina impartieron a sus mandos militares una consigna inapelable: suceda lo que suceda, no ha de haber bajas nuestras; un soldado francés, inglés u holandés que vuelve de la misión dentro de un ataúd da muy mala imagen y nos jugamos mucho: las próximas elecciones. Para demostrar al mundo que el conflicto bosnio les tenía preocupadísimos, los mandamases de Occidente no escatimaron en viajes: fletaron sus aviones oficiales y se reunieron en Lisboa, Londres y Ginebra, donde conferenciaban sin parar, horas y horas, en unas sesiones de las que salían en mangas de camisa, con el nudo de la corbata aflojado y unas marcadas ojeras, para declarar a la prensa, el semblante grave: estamos progresando hacia un posible acuerdo de paz, pero no es fácil aproximar las posiciones de las distintas partes en conflicto, seguiremos trabajando en ello, tras lo cual, la testuz hundida, regresaban a la sala de conferencias como forzados al penal y allí jugaban creativamente con los mapas, estudiando sus posibilidades: partimos este pueblo por aquí o por allá, trazamos la frontera a este o al otro lado del río... ¡Bombardead a los serbios!, exigían los bosniacos. Un buen bombardeo aéreo resolverá la guerra. ¡Ni pensarlo!, se escandalizaban los pacíficos líderes occidentales, ¿pretendéis que manchemos de

sangre nuestros trajes de novia? Las marcas de sangre son indelebles, la pureza del blanco se pierde para siempre. ¡Pues entonces levantad las sanciones, dejad que nos armemos, como los croatas y los serbios, y no os necesitaremos para nada!, replicaban los bosniacos. Inesperadamente, una legendaria amazona salió en su defensa: «No podemos seguir como hasta ahora, dándoles de comer y dejando que los maten. Lo primero que hay que hacer es permitir que los musulmanes bosnios se armen. Todos tenemos derecho a la defensa propia. Me avergüenzo de la comunidad europea, de que esto esté sucediendo en el corazón de Europa... Actuamos como cómplices de una masacre», dijo Margaret Thatcher, alias la Dama de Hierro, en unas declaraciones que el ministro de Asuntos Exteriores de su país, sir Malcom Rifkind, calificó de sensibleras. En el ínterin, Milošević y Karadžić disfrutaban de sus estancias en esas rutilantes ciudades extranjeras: se compraban ropa de marca, adquirían souvenirs para la familia, comparaban hoteles: era más amplia la suite de Lisboa que la de Londres, pero el mejor casino, sin discusión, el de Ginebra. Karadžić, el ingenuo aldeano de Montenegro, vivía su apoteosis: ¡qué importante se había vuelto! Se codeaba con Mitterrand, con Major, Lord Carrington, Warren Christopher... ¿Quién iba a decir que llegaría tan lejos? La única pega, su mujer, que se empeñaba en acompañarlo a todas las conferencias, las cuales solían acabar como habían empezado: con el conflicto sin resolver, intacto. Rusos, franceses, alemanes, italianos, españoles, ingleses y americanos no conseguían ponerse de acuerdo en nada, salvo en la necesidad de celebrar, en breve, otra conferencia. «¿Podría ser en Montecarlo? —sugería Karadžić—. Tiene mar y unos casinos fabulosos. A mi mujer le encanta la playa.»

En un gesto tácito de rehabilitación muy comunista, mi madre había incorporado un nuevo adorno al tapete de ganchillo que coronaba el televisor; desde hacía unos meses, entre la foto de graduación de mi hermana y un Big-Ben de plástico, recuerdo de Londres, descansaba un viejo retrato con un marco ovalado: mi padre y mi madre el día de su boda. Era una foto en blanco y negro y quizá por eso se les veía muy antiguos, jóvenes de una época que parecía remota; el rostro de mi padre era afilado (hubo un tiempo en que fue delgado), sus grandes ojos negros parecían sorprendidos, como si el fotógrafo lo hubiera captado mientras caminaba por la calle y con coerción o engaños lo hubiera convencido o forzado a posar para esa foto histórica, vestido de novio con un traje barato de un corte lamentable, junto a esa rubia lozana, un poco regordeta, más alta que él, que sostenía entre las manos un ramo discreto y sonreía entre avergonzada y feliz, ilusionada. Yo miraba esa foto y reflexionaba sobre el paso del tiempo: la rubia gordezuela se había convertido en una cincuentona envejecida, el rostro una telaraña de arrugas, los pulmones un fuelle cansado que silbaba y crujía a cada inspiración, sus carnes opulentas desvanecidas, transferidas en un callado proceso de compensación al judío famélico, mi padre Vlado, quien se jactaba de tener el culo más mullido de Bosnia-Herzegovina. Y también pensé que bajo el asedio el gordo Vlado debía estar adelgazando. Se me ocurrió expresarlo en voz alta y mi

madre se indignó. «¡Cómo puedes reírte de la desgracia ajena! Yo no duermo pensando en tu padre. ¿Qué comerá? ¿Quién cuidará de él? ¿Tendrá insulina? No entiendo cómo puedes planear viajes al extranjero, sabiendo que tu padre está en Sarajevo.» Discutimos. Yo aduje que había hecho todo lo posible para que mi padre entrara en razón y se fuera de allí antes de que estallara la guerra; él había elegido su destino, había asumido un riesgo con plena conciencia de sus consecuencias. De otro lado, ¿qué obligación tenía para con un padre que me había abandonado siendo adolescente y se había despreocupado de mí y de mi hermana desde entonces? El típico macho balcánico que considera que los hijos son de las madres y cuando pierde interés en ésta, se desentiende de su progenie. «La pregunta es —le dije a mi madre—, ¿qué ha hecho él por mí?» Mi madre me llamó ingrato, cruel y egoísta. «Tu padre hizo muchas cosas por ti —afirmó—; te crió, te educó, te aguantó...» Protesté: «Me criaste tú, me educaste tú y nadie ha tenido que aguantarme porque soy encantador y mi compañía, una bendición.» Pero mi madre no estaba de humor para reír mis bromas. Fui compasivo y omití mencionar que durante años ella no había perdido ocasión de recordarnos que nuestro padre se había olvidado de nosotros; «ni un dinar me ha dado para vuestra manutención —se quejaba mi madre—, nunca ha preguntado cómo estabais, si sanos o enfermos, tristes o contentos... Os he criado yo sola». Tras su rehabilitación, el discurso cambió: nuestro padre era nuestro bienhechor (en silencio, a distancia) y, para bien o para mal, nuestro progenitor; teníamos su sangre, la sangre une, la sangre obliga. «Nunca te he pedido nada —me dijo mi madre—, pero ahora te pido que antes de irte a Londres vayas a Sarajevo a buscar a tu padre. Puedes traerlo aquí, a casa, dormiré en el cuarto de tu hermana hasta que encuentre otro sitio.» Fue cuando comprendí que mi madre ansiaba una reconciliación. Desde que esa «musulmana» lo dejó, mi madre aguardaba en secreto una señal, una llamada del marido pródigo, que indicara que estaba deseoso de volver al hogar, más sabio por la lección aprendida. Para mi madre era una verdad incuestionable que Vlado, su marido, no podía vivir solo, una mujer debía cuidar de él, plancharle las camisas, ¿y quién mejor que la madre de sus hijos? Yo tenía parte de culpa, me temo. Cuando mi madre me preguntaba, a mi regreso de Sarajevo, si «ese hombre» se acordaba alguna vez de la familia que tenía en Belgrado, yo le mentía, por compasión: «Sí, papá me ha preguntado por ti y por Svetlana, le he enseñado fotos de su nieto, dice que tiene muchas ganas de conocerlo», pero mi padre jamás me preguntaba nada y en cuanto al nieto, no sólo no le había mostrado ninguna foto, sino que había olvidado informarle de su nacimiento. Aunque en una ocasión mi padre aludió a mi madre: una noche, después de cenar, sentado en el sofá, un brazo rodeando el hombro de Aída, preguntó, con su tonillo sarcástico: «¿Cómo está Goebbels?» No le contesté; me molestaba esa nueva costumbre que había adquirido de llamar Goebbels a mi madre y más todavía que se refiriera a ella de forma tan ultrajante delante de Aída. Le expliqué a mi madre que Sarajevo era una ciudad sitiada, que Bosnia estaba en guerra, que yo era un hombre en edad militar y, una vez

cruzado el Drina, me podían pasar tres cosas: que me mataran, que me tomaran prisionero o que me reclutaran... «Yo no quiero que te maten ni que vayas a la guerra —dijo mi madre—, lo único que te pido es que salves a tu padre.» Esa contable sin imaginación (como la definía mi padre) no carecía de fantasía, una fantasía ingenua, sentimental, absurda... Y era obcecada. Me dio lástima y también rabia. ¿Era necesario que le aclarara que su ex marido, el añorado Vlado, se burlaba de ella y la llamaba Goebbels para que despertara? Esa noche pasé cuentas mentales con mi padre, hice balance: qué le debo, qué me debe. En otras crisis, en otras circunstancias, me he sorprendido haciendo arqueos de mis relaciones personales, traduciendo a cifras los sentimientos, las emociones, aquella delicadeza, aquel desplante, y apuntándolos escrupulosamente en el debe y el haber. En el debe: apago las colillas en los arriates del jardín, con lo que a ella le disgusta; fue muy comprensiva cuando me echaron de la academia, no me preguntó la razón y esperó más de un mes a sugerirme que buscara otro trabajo; en el haber: soporté a su madre y a su hermana durante tres semanas, le dije que no me importa que haya engordado, que está más sexy... En el caso de mi padre, el arqueo fue arduo. Llegué a la conclusión de que nada le debía y no tenía ningún sentido que arriesgara mi vida y renunciara a mi futuro (Londres, había decidido, era el único futuro posible para mí, no vislumbraba otro) por un padre que, cuando le convino, me apartó de su vida sin ningún escrúpulo. A la mañana siguiente, me sorprendió ver en casa a mi madre. No había ido a trabajar, hecho insólito en ella, y parecía muy ocupada abriendo cajones y sacando ropa.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—El equipaje. Me voy a Sarajevo, puesto que te niegas a ir. Alguien tiene que hacerlo.

Al poco apareció mi hermana Svetlana, a quien mi madre había puesto al corriente de su proyecto. Venía alterada, molesta, preocupada. Había tenido que dejar a su hijo en casa de su suegra para hacer frente a esa crisis familiar.

—Mamá, tú no vas a Sarajevo, no te lo permitiré —dijo Svetlana—. Irá Dani. Está todo planeado, he hablado con Branko y él se ocupará de los detalles. Es un gran apoyo para mí, tengo mucha suerte con mi marido; es un hombre ocupadísimo que ha dejado sus asuntos de lado, se ha puesto a hacer llamadas y ha dado con la solución: Dani irá a Pale. Branko tiene contactos allí y le conseguirá un trabajo en la televisión, así tendrá una cobertura y evitará que lo recluten y, de paso, aprenderá algo, si quiere dedicarse al cine más vale que espabile, viendo la tele tumbado en el sofá no se convierte uno en director de cine. Desde Pale le resultará fácil escapar a Sarajevo y hablar con ese hombre.

—¡No hables así de tu padre, como si fuera un extraño! —le recriminó mi madre.

—Para mí lo es desde hace seis años —replicó Svetlana—. Si intervengo en esto, no es por él, sino por ti. Ese hombre no se merece nada, pero ni Dani ni yo podemos dejar que vayas a Bosnia, es una locura. Irá Dani, no se hable más. Dani, ¿no dices nada? ¿No te parece estupenda la solución que ha encontrado Branko? Ser agradecido

es de buena educación, hermano.

El 20 de octubre por la mañana partimos hacia Pale mi cuñado, un subordinado suyo, un chófer y yo, en un Mercedes oficial con las ventanas tintadas, precedidos por un Volkswagen Golf en el que viajaba nuestra escolta militar, mejor dicho: la de mi cuñado. Branko y su subalterno se sentaron detrás, yo delante, junto al chófer, quien tenía pinta de presidiario o de gorila de discoteca (y con toda probabilidad había sido ambas cosas). Una cicatriz de un rosa pálido le cruzaba la frente y su abultado antebrazo lucía dos tatuajes; una sirena azul, ya un poco desvaída y, debajo, el símbolo chetnik por antonomasia:



Iba armado. Mi cuñado y su compañero cuchicheaban entre ellos en el asiento de atrás. Hablaban de asuntos de trabajo, eso tenía que estar para antes de ayer, ¡no me cuentes que no lo tendrás hasta la semana que viene!, se enfadaba mi cuñado y se olvidaba por momentos de susurrar: trataban de cuestiones oficiales, muy importantes, que ni el chófer ni yo debíamos oír. Más de una vez he pensado que hubiera podido grabar con una cámara mi expedición a Pale y lo que sigue es algo así como un tratamiento retrospectivo del documental que nunca filmé, titulado:

Hamlet en Pale:

1) Alguien le sacude del brazo. D (el documentalista) se despierta y sus ojos ven, a pocos centímetros de su cara, el rostro de un tipo malencarado, con una cicatriz en la frente y gafas de sol de espejo, que le está diciendo algo. D cree que sigue en su sueño, ahora pesadilla, y para librarse de él vuelve a cerrar los ojos, pero el hombre de la cicatriz le zarandea de nuevo. Le explica que ya han llegado a la frontera, están en Mali Zvornik. Al otro lado del río se extiende Zvornik, la primera ciudad de la Republika Srpska. D sale del Mercedes (es la primera vez en su vida que ha viajado en uno, aunque no se lo ha confesado a sus compañeros de viaje). Se reúne con su cuñado y su subalterno, quienes lo esperan fumando a pocos metros del coche. Hace frío. D se frota los brazos y piensa que su madre tenía razón, en vez de la cazadora tejana tenía que haberse puesto el plumífero (esta reflexión podría ir en voz en off, pero es demasiado trivial: la idea es que la expresión desolada del rostro de D y el castañeteo de sus dientes transmita ese pensamiento). Los cuatro pasajeros del Mercedes, precedidos por su escolta (un mando y dos soldados) se dirigen a un

restaurante, una típica taberna serbia, con mesas y bancos de madera y retratos de Milošević y Karadžić y una reproducción de *La Última Cena* adornando las paredes. Les dan de beber agua y *rakija*. D pide una cerveza y su cuñado vino. Le dicen que no tienen vino y entonces pide un whisky. Le dicen que tampoco y su cuñado replica: «Pues consíguelo.» Al poco se les junta un individuo vestido con traje y corbata, acompañado de dos paramilitares. Trae una botella de coñac, que ofrece con una disculpa al cuñado del documental. Dice: «Es todo lo que he podido encontrar.» El hombre se llama Nenad y es un gerifalte de Zvornik. Los escoltas se sientan a una mesa no muy alejada, con los paramilitares. D, su cuñado, el subalterno y el chófer hacen sitio en la suya al tal Nenad, quien comerá con ellos. Les sirven lechón asado y D descubre que tiene hambre. Nenad se muestra muy obsequioso con su cuñado, que debe ser aún más importante de lo que D presumía, a juzgar por su actitud altiva y displicente y el servilismo con que lo tratan su subalterno y Nenad, quien les explica que Zvornik, gracias a Dios, es sólo Serbia, no queda ni un musulmán, se han ido todos por su propia voluntad. Mientras el cuñado se va a telefonar, Nenad les informa de que la liberación de Zvornik fue producto de la acción concertada de la artillería del ejército yugoslavo y la unidad especial de las Boinas Rojas desde ese lado del Drina y, al otro lado, en Zvornik propiamente dicho, la valiente acometida de los Tigres de Arkan y los hombres de Šešelj. El cuñado, que acaba de regresar y ha oído ese comentario, manifiesta orgulloso que él luchó en Croacia con los muchachos de Šešelj. D mira al mantel, un mantel anodino a cuadros rojos y blancos y no muy limpio. D recuerda que Zvornik era una ciudad mayoritariamente musulmana y se pregunta adónde habrán ido a parar los habitantes musulmanes y cuántos habrán muerto voluntariamente en el curso de la gloriosa liberación, pero no dice nada y tampoco sé cómo podría introducir estas reflexiones en el documental (¿voz en off? Tal vez sí). Nenad, animado con el calorcito del coñac y del lechón asado, se expraya contándoles que el gobierno de la Republika Srpska ha hecho cosas muy buenas, después de dejar su pistola sobre la mesa porque le estorba para comer. Les dice que en Banja Luka no queda ninguna mezquita en pie, que toda ciudad mediana o pequeña de la Republika Srpska cuenta con un Departamento para el Intercambio de la Población, desde el que se organiza con orden y eficacia el éxodo de los musulmanes, y que se han promulgado nuevas normas relativas a los turcos que no han acabado de irse. Así, en Čelinac, la Presidencia de Guerra ha dictado un reglamento ejemplar, que a juicio de Nenad deberían copiar todas las demás poblaciones de la Republika Srpska. En Čelinac los musulmanes tienen prohibido:

- a) Circular por la calle entre las cuatro de la tarde y las seis de la mañana.
- b) Agruparse o deambular juntos por la ciudad, acudir a cafés, restaurantes y otros lugares públicos.
- c) Bañarse o pescar en el río.
- d) Conducir o viajar en coche.
- e) Reunirse en grupos de más de tres hombres.

- f) Comunicarse con parientes de fuera de Čelinac.
- g) Relacionarse con serbios.
- h) Vender sus casas o permutarlas sin autorización o sin seguir el procedimiento oficial establecido.
- i) Llamar por teléfono, salvo desde el edificio de Correos.
- j) Salir de la ciudad sin permiso y sin la necesaria documentación.
- k) Mostrar desprecio hacia el sufrimiento del pueblo serbio.

El cuñado del documentalista, a quien iba dirigida principalmente la perorata, da muestras de impaciencia: consulta su reloj, juega nervioso con un palillo con el que se hurga en la dentadura, resopla... «Todo eso está muy bien —dice—, estáis haciendo una gran labor, pero nosotros tenemos que irnos.» De nuevo en el coche, cruzan el puente y la frontera, entre parabienes y saludos de los soldados que la custodian, a quienes Branko ha mostrado su credencial, una misteriosa cédula con la que causa una enorme impresión y D vuelve a preguntarse quién coño es su cuñado (¿voz en off?). Zvornik, que siempre ha sido una ciudad gris, se ha vuelto negra. Dejan atrás edificios achicharrados, casas sin ventanas, picadas de metralla, enormes socavones como cráteres, viviendas con banderas blancas ondeando en el tejado o en una ventana («ese Nenad nos ha mentado —comenta su cuñado—, todavía quedan *balijas*»). Ahora D descansa junto a su cuñado en el asiento de atrás, el subalterno se lo ha cedido y de nada han valido sus protestas. (D sospecha que el chico quiere evitarse ulteriores reproches de su irritante jefe.) La carretera hacia Sarajevo atraviesa varias poblaciones y bordea otras. No es difícil adivinar cuáles son serbias y cuáles musulmanas, no tendría sentido improvisar un juego de adivinanzas para amenizar el viaje: las villas serbias siguen incólumes, las musulmanas son ruinas calcinadas. Su cuñado, que está fumando un puro (un habano auténtico, informa a D para asombrarlo), entorna los ojos para que no se le meta el humo en los ojos y con un gesto de la mano señala hacia un montón de piedras y vigas chamuscadas, recuerdos de una aldea: ¡liberada!, masculla, tras lo cual se quita una hebra de tabaco que se le ha pegado en el labio y da otra chupada a su habano. Con lo que D piensa sobre lo que está viendo se podría escribir un libro. Sin embargo, antes de llegar a Vlasenica parece que ya se ha acostumbrado a ese paisaje de devastación; ha dejado de mirar por la ventana y se halla inmerso en una animada charla sobre ordenadores con su cuñado y el joven subalterno, un chaval que sabe mucho de informática, un auténtico experto. Los continuos controles militares entorpecen la marcha del Mercedes. Los integran soldados del ejército yugoslavo (Milošević jura y perjura que no hay un solo soldado yugoslavo en territorio de Bosnia. Irá al infierno por jurar en falso, piensa D con una voz en off, hasta que se me ocurra algo mejor), también soldados del flamante ejército de la Republika Srpska, bajo el mando del general Mladić (a quien D conoce) y que son reclutas del ejército yugoslavo a cuyos uniformes han pegado con velcro un distintivo nuevo, así como paramilitares de exótico atavío, con puntiagudos gorros de lana negros en los que llevan bordada la insignia chetnik,

verdaderos arsenales ambulantes: llevan pistolas, rifles, ametralladoras, cuchillos, racimos de granadas colgando del cinto, bandoleras cruzadas sobre el pecho, a reventar de balas... Muchos de ellos van borrachos, lo que imprime a sus rostros una ferocidad que alarmaría a D, si no fuera sentado en ese cómodo Mercedes con su influyente cuñado, ante el cual se abren con docilidad todas las barreras y a quien los soldados del control reciben con un saludo militar. En la última parte del trayecto, mientras el Mercedes serpentea sin esfuerzo por las curvas cerradas del puerto de montaña, D y su cuñado conversan a media voz, ahora es D quien no quiere que lo escuchen los otros. Recuerda a su cuñado el propósito último de su desplazamiento a Pale: ir a Sarajevo para rescatar a su padre, o amonestarle y aleccionarle en el caso (plausible) de que su progenitor se negara a ser rescatado, así como hacerle entrega de la provisión de insulina que le ha encomendado su madre. D no menciona Sarajevo en ningún momento, emplea un eufemismo. Pregunta a su cuñado si es preciso obtener algún tipo de permiso para viajar hasta «allí» desde Pale. Su cuñado se encoge de hombros, le dice que no lo sabe, ¿cómo lo va a saber? Él es de Belgrado y bastante ha hecho con acompañarle en el viaje y obtenerle un puesto de trabajo en la televisión de Pale. «Espero que no me defraudes —le advierte—, les he dicho que tienes experiencia como cámara y reportero de televisión. ¿Es verdad o no?» D responde con cautela que sabe manejar cámaras de cine y de vídeo, pero que en su vida ha participado en un reportaje televisivo, aunque eso no le inquieta, se espabilará y en cualquier caso no proyecta desempeñar durante mucho tiempo su nuevo cometido, su objetivo, insiste, es ir «allí». Su cuñado se irrita: «Ya lo sé, ya te he oído, no hace falta que me lo repitas. Ya veré la manera, tengo mil cosas en la cabeza, pero me ocuparé de tu asunto también. Lo único que te pido es que me hagas quedar bien con la gente de Pale, que no la cagues.» Como dicen en los *best-sellers* americanos, la tensión se palpa en el aire, el aire encapsulado del interior del Mercedes, que huele a plástico, a ambientador de pino, a puro habano y a efluvios de lechón mal digerido. Cuando llegan a Pale ya ha oscurecido.

2) Pale, una mañana nubosa y húmeda. D sale del hotel Olympic, donde se aloja. Está solo, no se ve por ninguna parte a su cuñado, ni al subalterno, ni al chófer y es una pena, porque el cuñado de D llena la pantalla con su porte de actor de teleserie americana de los años ochenta, tipo *Miami Vice*. D es menos resultón; flaco y larguirucho, un poco desgarrado, se ha cortado el pelo y se ha puesto gafas para parecer serio (aunque en verdad no las necesita), unas gafas redondas, con montura metálica muy fina, al estilo John Lennon, que le dan un aire de seminarista. Se está dejando crecer el bigote y la barba, no se sabe por qué (¿para aparentar más años?; ¿para asemejarse a un chetnik?), una pelusilla rala y pelirroja que en opinión de su cuñado le da un aspecto desaseado, por lo que antes de regresar a Belgrado le ha mandado que se la afeite (las cosas han llegado a ese punto: su cuñado se cree autorizado a impartirle órdenes). Ya en la calle, D da unos pasos vacilantes. Parece

sorprendido y desorientado, no es necesaria ninguna voz en off que nos lo aclare, porque sólo con verle es obvio lo que está pensando: «¿Qué hago aquí? ¿Adónde voy? ¡Qué cambiado está todo!» D camina un poco más y se hace evidente que si sus pasos son vacilantes es porque es cojo. En la secuencia anterior no cojeaba. Algo ha pasado. D lo sabe pero no se lo va a contar a nadie, ni a nosotros con la voz en off; es su secreto y hay que respetarlo.

Pale es una ciudad pequeña, una red de callejuelas en torno a una larga avenida. Cuenta con un mercadillo, una pizzería y un par de bares, poco más. Está rodeada de montañas, en cuyas laderas (Bjelašnica, Jahorina, Trebević) se celebraron las competiciones de esquí alpino de las Olimpiadas de Invierno de 1984. Desde Pale se pueden ver los telesillas y telearrastres de la estación de esquí, el teleférico que desciende hasta Sarajevo, así como los hoteles que se construyeron con ocasión del evento. Las faldas de las montañas están salpicadas de chalés, segundas residencias de los ciudadanos de Sarajevo; el presidente de la Republika Srpska, Radovan Karadžić, vive en uno de ellos. Pale es la capital provisional del nuevo Estado. La sede del gobierno está en la antigua fábrica Famos. Hasta que empezó la guerra, Pale era una población tranquila y bastante aburrida, con poco más de seis mil habitantes; ahora acoge a veinte mil, la mayoría de ellos serbios refugiados procedentes de Sarajevo y otras poblaciones bosnias. Antes, en Pale se respiraba el saludable y fresco aire de la montaña, se oía el apacible tintineo de las esquilas de las ovejas, el bucólico mugir de las vaquitas, los argentinos trinos de las aves, el relincho de un asno... Ahora eso también ha cambiado: lo que oye D mientras avanza por la avenida son rugidos de coches, BMWs, Audis y Mercedes nuevos que pasan por su lado como una exhalación y no llevan matrícula, porque son robados. Y gritos, alaridos, disparos al aire, canciones patrióticas, la banda sonora de los soldados serbios que se dirigen al frente o que vuelven de las colinas en desvencijadas camionetas militares, eufóricos, bebidos, retadores. Cuando D ve acercarse uno de esos vehículos militares, cojea penosa, dolorosamente, como si llevara una prótesis o una pata de palo en la pierna derecha, dan ganas de ayudarle. Un soldado que viaja sentado en la caja descubierta de un camión militar levanta victorioso los tres dedos en dirección a D y D (que no se entere nadie, esta escena no aparecerá en la versión definitiva del documental, la borraremos) le devuelve el saludo: por primera vez en sus veinticuatro años de existencia, D yergue el dedo pulgar, el índice y el corazón de su mano derecha, que alza y muestra al soldado con una sonrisa trémula. Luego mira en torno con ojos asustados, unos ojos que dicen: «¡Qué vergüenza! ¿Me habrá visto alguien?»

En Pale se percibe un rumor de fondo constante, al que a D le cuesta aclimatarse, como el borbotear de una cazuela de agua hirviendo o el temblor incipiente de la tierra que precede al terremoto. En el horizonte flotan unas nubecillas grises y negras que nada tienen que ver con la meteorología y mucho con esos soldados que van y vienen a pie, o en jeeps y camiones militares.

En la caótica e improvisada sede del Kanal-S, la televisión oficial de la Republika

Srpska, conocida como TV-Pale, D tiene una cita con Miroslav Toholj, el ministro de Información del gobierno de Karadžić, un escritor y poeta amigo de su cuñado, a quien D recuerda haber visto en una de sus *slavas*, una infausta ocasión en la que D salió por piernas de la casa de su hermana. Confía en que Toholj no lo recuerde a él, ni lo que dijo en la *slava*. Toholj, aunque sea ministro, sigue cultivando una estética bohemia; frente despejada, melena a lo Baudelaire, barba y bigote, corbata lila, camisa malva. No parece que se acuerde de D; ni siquiera recuerda que tiene una cita con él. Es un hombre muy activo y ocupado. Un enjambre de becarios y de periodistas no tan bisoños bulle en torno a él y lo acosa a preguntas. Antes de responder lo que proceda, Toholj se echa hacia atrás la melena con la mano en un gesto nervioso y un poco dramático, como si el pelo en la frente le impidiera pensar con claridad. A D ni le mira. Le dice: «Habla con Mico», y le señala a un hombre joven que les da la espalda y quien se vuelve al oír su nombre y apenas atiende a las instrucciones que le imparte Toholj, la mirada fija en el rostro de D, escudriñándolo. «¡*Ridokos!* —exclama al reconocerlo—. ¡Ya me parecía a mí! ¡Cuánto tiempo...!» Mico y D son antiguos compañeros de colegio y de fechorías y de equipo de fútbol. Ellos dos y su común amigo Nedo iban siempre juntos a todas partes. D abraza a Mico y se besan tres veces en la cara, algo que antes no hacían, porque ninguno de los dos era un patriota serbio; chocaban las palmas de las manos, como los jugadores de baloncesto de la NBA, cuyos nombres recitaban de memoria.

D y Mico beben café, fuman y hablan. Mico se congratula de que D esté con ellos. Le explica que lleva cuatro meses viviendo en Pale. Su familia se fue de Sarajevo porque no podían soportar seguir viviendo con el enemigo. Y también, por supuesto, por los bombardeos (es mejor estar en Pale, con los que bombardean, que abajo en Sarajevo, con los bombardeados). Su padre intercambió su casa de Sarajevo por el chalé que ahora ocupan en Pale, cerca de Jahorina, a un musulmán que «decidió» regresar a la ciudad. «¿Y sabes lo que hizo mi padre cuando por fin nos instalamos aquí? Dio las coordenadas de nuestra casa en Sarajevo a un oficial serbio para que la destruyera. Es un patriota, mi padre, dice que prefiere que la casa desaparezca a que un turco viva en ella.» Mico trabajaba de becario en la tele de Sarajevo y en Pale ha sido ascendido a redactor de noticias. Asegura que trabajar en TV-Pale es una oportunidad única; el equipo de colaboradores está integrado por gente joven, con ganas, energía y talento, mucho talento. D le pregunta por amigos y conocidos comunes de Sarajevo. Algunos luchan con el ejército serbio, otros se fueron a Belgrado, a Zagreb o al extranjero, muchos se han refugiado en Pale, como Mico. «Esta noche saldremos a tomar una copa y seguro que nos encontramos con Z y con P», le dice. «¿Y Nedo?», inquiriere D. El jovial rostro de Mico se ensombrece. «Es un traidor. Está en la Armija, comanda una compañía del ejército musulmán. ¡Y pensar que fue mi mejor amigo!» D se pregunta cómo se puede ser traidor a una causa que nunca se ha abrazado o a una etnia a la que no se pertenece. El padre de Nedo es musulmán; su madre, croata. Mico saca una pistola y se la muestra a D. Le

dice, en tono solemne, que guarda una bala especialmente dedicada a Nedo. Aunque no es probable que se lo encuentre, añade, él, Mico, ha tenido la suerte de librarse del reclutamiento. El ejército de la Republika Srpska anda mal de soldados, necesita hombres; está alistando a todos los varones serbios entre dieciséis y sesenta años, previene a D, «ándate con cuidado». Trabajar para TV-Pale es un salvoconducto; tener una madre amiga de la mujer de Karadžić también ayuda. D le informa de que dispone de un certificado del ejército yugoslavo conforme es un inválido, incapacitado para el servicio militar. Mico le dice que ese papel en Pale no le servirá de nada. «Si te coge una patrulla...» D da unos pasos hacia la ventana para arrojar una colilla y Mico repara en su notoria cojera. D le informa de que le atropelló un camión en Belgrado. Mico le escucha casi con envidia. «Con lo cojo que estás no debes preocuparte —le dice—, en el ejército serbio no aceptan cojos, maricones ni enanos.» D sonrío tranquilizado.

Bajo la tutela de su amigo Mico, D se familiariza con el funcionamiento y la programación de TV-Pale, cuya plantilla se integra de antiguos trabajadores de la televisión de Sarajevo. D tiene el privilegio de asistir desde el plató a la retransmisión del programa estrella de TV-Pale, cuyo presentador es Risto Djogo. D ve a Risto Djogo enarbolar un cuchillo de carnicero ante la cámara y anunciar, con una gran sonrisa: «Y esto es lo que tenemos preparado para nuestros antiguos vecinos *balija*.» En otra ocasión, el chistoso y ocurrente Risto, con una máscara negra cubriéndole la cara, dice a la cámara que las turcas se quejan de que los serbios las violan, pero se ha tenido noticia de que una de ellas ha dado a luz a un niño negro en un centro de refugiados. Se oyen risas enlatadas en los televisores aunque son innecesarias; los presentes en el plató han saludado la broma de Risto con sonoras carcajadas espontáneas. ¡Es tan gracioso! Por ejemplo, va y llama a sus viejos colegas de la televisión de Sarajevo, poco después de que una granada haya hecho explosión en la sede de RTV, y les pregunta: «¿Cómo va eso, *balijas*? ¿Aún estáis vivos? ¿No os cagáis de miedo?»

D presencia un noticiario en el que el presentador informa, sin perder la compostura, de que el gobierno musulmán de Alija está alimentando a los leones del zoo de Sarajevo con niños serbios. A continuación, con la misma cara de póquer, el presentador declara que ese día ninguna granada ha sido disparada sobre Sarajevo desde Lapišnica. Afuera, los cañones atruenan en Lapišnica. Cuando salen de la televisión, Mico le pregunta a D: «¿Te vas haciendo a la idea de cómo funciona esto?»

3) Pale. Noche. D y Mico están bebiendo cerveza y escuchando *turbofolk* a todo volumen en el VBC, un bar con billares donde según Mico se reúne lo mejor de Pale. Está lleno de soldados, que han bajado de las colinas para tomarse un descanso durante la noche y ligar con las chicas. Mico señala a un joven que lleva el pelo cortado al estilo militar, se pavonea en medio de una corte de chavales que imitan su

estilo y tiene un flamante deportivo aparcado en la puerta. Es Saša Karadžić, el hijo del presidente, quien, por descontado, no ha sido reclutado. Sólo los pringados van al frente, reflexiona Mico. Saša Karadžić es un imbécil y su hermana Sonja, una bruja peligrosa. Sonja Karadžić es la jefa del Centro Internacional de Prensa de Pale. Desde allí hace y deshace; de su capricho de niña consentida, que nunca llega a su oficina antes de las doce del mediodía, con su perrito faldero en brazos, depende que los periodistas extranjeros tengan acceso a Pale. Sonja trapichea con la información; la vende al mejor postor. Es aún más fea que su madre y tiene peor carácter. En un restaurante de Belgrado sorprendió a su padre cenando con una amante y le pegó un sopapo allí mismo, delante de todo el mundo. «Yo lo pasé mal por su culpa —confiesa Mico—, se encaprichó conmigo. Llegué a pensar en alistarme para sacármela de encima; por suerte se lió con su guardaespaldas y se olvidó de mí.» D cree llegado el momento de hacerle una confidencia a Mico. Le dice que su padre está en Sarajevo, enfermo, solo, impedido y que tiene intención de ir a rescatarle y sacarlo de ahí. Mico le pregunta si se ha vuelto loco. Le dice que es imposible entrar en Sarajevo; el ejército serbio lleva meses sitiando la ciudad con ese objetivo y no lo ha conseguido. Si no quedaran serbios en Sarajevo, hace tiempo que la ciudad habría caído; lo único que contiene al general Mladić es eso: cada vez que bombardea Sarajevo (todos los días) corre el riesgo de matar no sólo a turcos, sino también a serbios, cavila Mico. Y a judíos, piensa D, como mi padre, y eso le hace recordar la importancia de su misión, su urgencia. Explora diversas posibilidades con su amigo. Una es desplazarse a pie, Sarajevo queda a sólo veinte kilómetros de Pale. Mico observa que D es cojo. Además, el terreno entre Pale y Sarajevo está minado y lleno de patrullas, trincheras y paramilitares. Y si D sobrevive a los soldados serbios, al otro lado de las montañas le esperan los turcos. Otra posibilidad, que apunta Mico, es conseguir transporte en un coche de la prensa extranjera. Ellos pueden entrar en Sarajevo; otra cosa es salir... D se anima, esa alternativa le parece esperanzadora; si pudiera convencer a alguno de los periodistas extranjeros que vienen de Sarajevo para que le hiciera sitio en su camioneta en el viaje de regreso... Podría ofrecer sus servicios como traductor o como cámara, piensa. Y, una vez en Sarajevo, buscará a su padre, cumplirá su cometido y, con su padre o sin él, se las apañará para escapar de allí, no está dispuesto a correr la suerte de los asediados, ni a participar en esa guerra en ninguno de los dos bandos; no quiere manchar sus manos de sangre, le horroriza la idea de matar y aún más de que lo maten. Es un hombre de paz, aunque eso es algo que no le conviene airear en Pale... El estampido de un fusil rompe su ensueño. En la calle, un puñado de chetniks disparan al aire y cantan canciones patrióticas para celebrar que están borrachos. Mico los observa con una sonrisa benévola y les hace el saludo de los tres dedos. D mira a los chetniks, luego a su amigo y, con cautela, casi con miedo, como el que saca la cartera bajo el apremio de un cuchillo, levanta el pulgar, el índice y el corazón de la mano derecha. Mico sonrío y le coge por el hombro. «*Samo sloga Srbina spasava*», grita. «*Samo sloga Srbina spasava*», aúllan

los chetniks, y disparan unos cuantos tiros más. D se lleva las manos a los oídos pero cuando se percata de lo que está haciendo, las retira: taparse los oídos en ese momento es poco patriótico. *Vostani Srbije! Vostani carice!*, canta, desafinando uno de los chetniks, el que tiene el AK-47 en una mano y una botella de *rakija* en la otra; los demás se le unen, llenos de entusiasmo: «¡Levanta, Serbia! ¡Despierta, emperatriz! / Y permite que tus hijos vean tu rostro, / Haz que vuelvan hacia ti sus ojos y sus corazones, / deja que escuchen tu dulce voz...» Mico también canta, con su voz atiplada; D es el que entona mejor.

4) El proceso de adaptación de D termina antes de lo esperado; uno de los cámaras de la tele de Pale se ha ido a Belgrado y D debe sustituirlo. Ponen en sus manos una moderna cámara de vídeo Sony Betacam, una maravilla. Le explican que pertenecía a un equipo de la BBC que huyó a toda prisa de las bombas en Ilidža. D ya es un empleado (sin contrato) de Kanal-S y le pagarán por su trabajo. No le dicen cuánto y él olvida preguntarlo.

Éstos son algunos de los reportajes que D filmó para Kanal-S:

a) Una posición serbia en las colinas que rodean Sarajevo. En el interior de una cabaña de madera, decorada con un icono de San Gabriel y sendas fotos de Karadžić y Mladić, D y Mico beben *šljivovica*, cortesía del soldado anfitrión, un campesino reciclado en fusilero. Desde su mirador tiene una vista espléndida de Sarajevo, la ciudad natal de D y de Mico, que D hace tiempo no visita y donde su padre languidece. El soldado les muestra, muy ufano, las magníficas posibilidades de tiro: apunta con su fusil al Holiday Inn, el hotel donde se alojan los periodistas extranjeros, y le pide a D, a quien tiene a su lado, que eche un vistazo por la mira de su carabina. D obedece: el Holiday Inn se acerca prodigiosamente, puede ver su fachada agujereada, sus ventanas sin cristales, una toalla o una colcha blanca que sustituye a un cristal en una de ellas. Da la impresión de que pudiera tocarla con la mano. El soldado le invita, cordial, a que dispare. D rehúsa. Mico se pone en su lugar y aprieta el gatillo con entusiasmo. «¿Has hecho blanco?», pregunta el soldado. «No estoy seguro —contesta Mico—. Creo que no», termina confesando. El soldado sonríe con superioridad, le quita el fusil, apunta con cuidado y aprieta el gatillo: ¡pam, pam! Se vuelve hacia ellos satisfecho: «Mirad ahora.» Primero D y luego Mico, comprueban, admirados, que el trapo que colgaba de la ventana ha desaparecido y del vano emerge un penacho de humo. «¿Había alguien dentro?», inquiere D, preocupado. «No lo sé —se encoge de hombros el soldado—, no creo. ¡Sería demasiada suerte! Esos periodistas extranjeros son unos hijos de puta que odian a los serbios.» Luego les enseña cómo jugar a un juego muy divertido con los habitantes de Sarajevo. Elige un cruce de calles; espera a que los sarajevianos se aventuren a pasar corriendo de un extremo al otro, apunta (a las rodillas, siempre a las rodillas), dispara y se ríe con el deleite de un niño que ha tirado un petardo, espantando a una chica. Presta sus binoculares a Mico. «¡Míralo al jodido viejo cómo

se retuerce por el suelo! ¡Y fíjate en esa gorda, qué patadas da con la pierna que le queda!» D no puede soportarlo y sale de la cabaña; a las puertas vomita todo lo que ha desayunado hoy y lo que cenó ayer. Cuando regresa, Mico, que ya va por su segundo vaso de *šljivovica*, le apremia. «¡Vamos D, no seas nena! Empecemos.» Filman al soldado, quien se ha puesto el gorro militar y se ha abrochado bien todos los botones de su guerrera. A preguntas de Mico, el soldado responde que procede de una aldea de Bosanski Šamac. Se alistó voluntario para defender a Serbia de la *yihad*. No cobra soldada, el ejército es pobre; por suerte, su mujer, su padre y su madre se ocupan de la granja familiar y le alimentan y mantienen. Una prima suya fue violada por los turcos delante de su hijo pequeño y después degollada, también en presencia del niño. Eso fue lo que le decidió a unirse al ejército. Tiene sed de venganza. «Esos fundamentalistas quieren que toda Bosnia sea musulmana y no lo permitiremos.» Mico le pregunta si es cierto que desde su posición en la colina puede acertar con su fusil sobre los habitantes de Sarajevo. El soldado se ríe; le faltan dos dientes, un incisivo y un colmillo. «Es imposible hacer blanco en Sarajevo desde aquí —miente con aplomo a la cámara que maneja D—, queda demasiado lejos. Lo único que hacemos es proteger el territorio serbio. Si levantáramos el asedio, las hordas de Alija matarían a los cuarenta y cinco mil serbios que siguen viviendo en Sarajevo y luego vendrían a por nosotros. No tenemos opción, las cosas han ido demasiado lejos, serbios y *balijas* nunca más podrán vivir juntos y en paz.» Se despide de Mico y D con el signo de los tres dedos.

b) D ejerce de cámara para el principal reportero de TV-Pale, el ex atleta Dragan Božanić, toda una personalidad en Sarajevo, para cuya televisión trabajó como jefe de Internacional hasta que se refugió en Pale. Božanić era un ídolo infantil de D y ahora que por fin lo ha conocido, lo único que siente es disgusto; otro maldito chetnik con el que debe confraternizar. D olvida (o no quiere pensar) que a los ojos de los otros él es tan patriota serbio como el que más; trabaja para TV-Pale, hace el signo de los tres dedos, canta canciones patrióticas, ¡bebe *šljivovica*! Les han encomendado un encargo delicado: filmar al general Mladić mientras conduce a sus tropas en su marcha victoriosa por el territorio bosnio. Mladić, que está más rollizo que cuando D lo conoció, lleva uniforme de camuflaje, con una gorra muy curiosa y unos binoculares colgando del cuello. El general advierte a Božanić (¿en broma?, ¿en serio?): «Más vale que me hagas un buen reportaje, porque si no te mandaré al frente.» A D no le dice nada, quizá porque es un subordinado o porque no se le ve la cara, tapada con la cámara con la que filma al general, quien le indica con un gesto impaciente que deje de rodar. «Ya te diré yo cuándo has de empezar.» D teme el momento en que su rostro quede al descubierto. Cuando eso sucede, Mladić lo mira con fijeza. «Yo a ti te conozco —dice—, te he visto antes.» D responde aturullado que unos días atrás filmó a sus tropas en Han Pijesak y que el general quizá lo recuerde de esa ocasión. Mladić persiste en su escrutinio, ni pestañea; la suya es una

mirada punzante, que penetra hasta en los rincones más recónditos de la mente, allí donde ocultamos nuestros yerros, nuestras culpas, nuestras debilidades; da la sensación de que ve los pensamientos desnudos, como si en los ojos tuviera rayos X. Hombres más duros que D han temblado bajo la inspección ocular de Mladić, quien inicia una frase pero súbitamente cambia de opinión, da la espalda a D y saca su *walkie-talkie*. Otro, en el lugar de D, habría aprovechado la ocasión para hacer valer el conocimiento previo que tiene del general y, sobre todo, de su hija Ana, pero D prefiere callarlo. Avanzan campo a través, a buen paso. A D le cuesta seguir a las tropas porque cojea, se queda rezagado. «¿A quién coño se le ocurre enviarme a un cámara tullido? ¡En vuestra televisión pensáis con el culo!», espeta el general a Božanić, indignado. D aprovecha un alto para ir a hacer aguas detrás de unos árboles; a la vuelta, ya no cojea. Mladić, que es muy observador, no tarda en darse cuenta. «¡Vaya, parece que ya no vas renco! ¡Si hasta corres! ¿Cómo ha sucedido este milagro?» D suda y tiembla. «Me esfuerzo, mi general, me esfuerzo.» Mladić le dedica una mirada escéptica, pierde interés en D y se dirige a sus hombres: «¡Empezad a formar la columna! ¡Vamos, muchachos! ¡Tú! ¡Sí, tú! ¡No quiero volverte a oír! ¡Lárgate de mi vista! Has hecho el gilipollas. ¡No te atrevas a hablarme, soldado! ¿Quién te crees que eres?» D filma sin perder detalle.

Por la tarde, en la covacha de TV-Pale, D se relaja con Mico y otros colaboradores. Imita al presidente Radovan Karadžić, su mirada vacua, su expresión dolida, como si el mundo le debiera una reparación muy antigua, la voz grave, reposada y un si es, no es, dubitativa. Luego reproduce con asombrosa fidelidad la vocecilla aguda e imperativa de la dama de hielo, Biljana Plavšić, y el habla profesoral y ampulosa del poeta y vicepresidente Nikola Koljević; las risas y aplausos de su audiencia le animan a imitar al general Mladić: «¡No te atrevas a hablarme, soldado! ¿Quién te crees que eres?» Los rostros de los presentes cambian de color. Mico le tapa la boca con la mano. «¡Shs! El sobrino del general Mladić es un reportero nuestro», le susurra. No cabe duda de que Ratko Mladić es el hombre más temido de Pale.

5) D está fumando un cigarrillo en el exterior del hotel Panorama mientras espera a que lleguen el reportero y el resto del equipo; tienen que entrevistar a Biljana Plavšić. Una furgoneta de la televisión francesa aparca frente al hotel. Los periodistas, un hombre y una mujer, salen del vehículo. D va a su encuentro. Habla con ellos. La conversación dura unos minutos. Cuando los periodistas, que tienen prisa, se despiden de D y entran en el hall del hotel, Dragan Božanić, el reportero a quien D estaba aguardando, salta sobre él como un lobo: «¿Qué hacías hablando con la prensa extranjera? ¡No puedes hacerlo! ¡Está prohibido tratar con no serbios! ¡Son espías! ¡Todos!»

6) Esa noche, D cena en la pizzería con Mico, Gordan y Sava, dos viejos

amigos de Sarajevo. Gordan trabaja en el gobierno de la Republika Srpska, en estrecho contacto con el presidente Radovan Karadžić. Lleva un rolex de oro, tiene un BMW y vive en un chalé «acojonante» (en expresión de Mico), una mansión en Jahorina que perteneció a uno de los musulmanes más ricos de Sarajevo, incautada por el gobierno. Mico ha confiado a D que Gordan, aquel amiguete suyo que se dedicaba a trapichear con hachís, es un hombre reformado, un personaje muy influyente en Pale, cuya opinión Karadžić escucha y quien controla personalmente el tráfico de armas y gasolina en la ciudad (la madera y el tabaco son asunto de Krajišnik). A D se le antoja arrogante y chulesco cuando lo vuelve a ver. Gordan va vestido como un mafioso ruso, con una camisa de seda, traje de marca, zapatos italianos... No lleva corbata aunque sí pistola (todo el mundo tiene pistola en Pale, todos menos D). D lo prefería cuando era un camello de medio pelo, simpático y sin pretensiones. Sava, con quien D tenía más trato en su adolescencia en Sarajevo, continúa siendo lo que siempre fue: un infeliz, pese a su uniforme de cabo y a su bigotillo negro, que sin duda se ha dejado crecer para disimular sus rasgos aniñados, para conferir dureza a su expresión, peligro a su mirada, una mirada húmeda, leal, agradecida. Esa noche van de putas. (Es una actividad que D, por supuesto, reprueba. D es un hombre moderno, condena la utilización del cuerpo femenino como mercancía; él y sus amigos, los otros, los de Belgrado, están en contra de ello, esto debe quedar bien claro, la reputación de D está en juego. Si acompaña a sus amigos al burdel es por una razón de peso; quiere pedirle un favor a Mico, un favor relacionado con la conversación que ha mantenido esa mañana con los periodistas franceses, y calcula que el ambiente distendido e informal de una casa de putas propiciará que su petición sea oída con simpatía.)

El lupanar es un antiguo refugio de montaña, a unos kilómetros de Pale. La planta baja ha sido acondicionada como tasca; el piso de arriba tiene ínfulas de cabaré y camas con dosel en las habitaciones, informa Mico a D. Está lleno de militares, casi todos oficiales, también hay algunos civiles: funcionarios del gobierno, como Gordan, contrabandistas, médicos, abogados... Gordan les invita a whisky (a D le sorprende que en ese local rústico tengan bebidas tan sofisticadas). D pregunta a Mico por las putas: es un burdel muy raro, sólo se ven hombres. Mico le contesta que en este puticlub las chicas no alternan con los clientes, están recluidas en el piso de arriba. Desde que ha llegado, D observa un constante trasiego de hombres que suben y bajan del segundo piso; ascienden los escalones con paso rápido y ágil, descienden con calma, abotonándose los puños de la guerrera, ajustándose el cinturón, en el rostro la sombra de una sonrisa. «¿Cuánto cuesta echar un polvo?», pregunta D (sólo para informarse). «¿Cuánto cuesta? ¡Nada! —responde Mico—. No cobran estas putas, son *balijas*.»

La música de fondo es el inevitable *turbofolk* suavizado por alguna *sevdalinka*. Hace rato que Gordan ha desaparecido escaleras arriba. El codo en la barra, Mico está enzarzado en una conversación con un individuo cuyo rostro a D le suena, quizá de la

televisión. Las cuatro mesas del local están ocupadas, por lo que D y Sava se han acomodado en el suelo, bajo un retrato del general Mladić, compartiendo los últimos tragos de la botella de whisky con que Gordan les ha obsequiado. El dulce Sava le cuenta a D que el taller de reparaciones que tenía en Sarajevo le iba muy bien, tan bien que cuando empezaron a redoblar los tambores de guerra se resistió a oírlos; no quiso abandonar la ciudad, porque eso habría supuesto dejar el negocio, su futuro, su vida entera. Su madre y su novia le apremiaron a que se fuera, otros amigos, más sensatos que él, salieron a tiempo... «Nunca pensé que de verdad habría una guerra y mucho menos que yo pelearía en ella», confiesa a D. Ha estado unos días de baja porque en una marcha se torció un tobillo, pero mañana volverá a las colinas. No le gusta. Nada. Su padre, su madre y su hermano pequeño están en Sarajevo. Y él los bombardea desde allá arriba. Pero ¿qué puede hacer? ¿Desertar? ¡Lo matarían! Aunque Sarajevo no es lo peor, ni mucho menos. D pregunta: «¿Qué es lo peor?» Sava no responde. Mira al frente con la fijeza obstinada de los borrachos, luego su mirada resbala, entre divertida y benévola, sobre un soldado que parece dormir en un rincón, la cabeza sepultada en las rodillas. «Buena la ha pillado ése —observa—. Ya veremos mañana cómo le sienta la diana.» «¿Qué es lo peor?», insiste D. Sava lo mira casi con rencor. «Dame un pitillo», exige. Sava fuma despacio, ensimismado en sus recuerdos o, sin más, borracho. Y luego rompe a hablar. Fue a mediados de mayo, dice, él se acababa de incorporar al ejército. Tenían que ir de P a T. El general Mladić les soltó una arenga. «Lo principal es la rapidez. Y me importa un huevo lo que les suceda a los animales de compañía», dijo y él, Sava, interpretó, como los demás, que no había que hacer prisioneros y que todo estaba permitido. Pero aun así... Hay cosas... Sava aspira el cigarrillo con avidez, como si fuera un porro. «En mi opinión —dice Sava—, hay inocentes, aunque Ljubiša sostiene que en la guerra no hay inocentes, pero los niños, las mujeres... Era una aldea de mierda, un poblacho perdido. Todos los hombres se habían ido, sólo quedaban las mujeres, los niños, los viejos y los perros, que se nos echaron encima cuando llegamos, ladrando como locos. Ljubiša los ametralló, ¡ta-ta-ta-ta!, dejó secos de una sentada a los diez o doce perros que había en ese pueblo. ¡A quién se le ocurre gastar metralla en un perro! Pero Ljubiša es así, primero actúa y después piensa, o no, tampoco, no es ningún filósofo... Momir, Damir, Ljubiša y yo íbamos destacados, el resto de la compañía, con el sargento y el teniente, venían detrás. Reunimos a todas las mujeres, a los niños y a los viejos que podían caminar en un corral grande de las afueras. Las mujeres estaban asustadas, los niños lloraban... Daban pena, a mí me la dieron, aunque fueran *balijas*... Nos obedecieron. ¿Qué otra cosa podían hacer? Damir les dijo: “No tengáis miedo, no os haremos nada, vendrá un autocar a recogeros y os llevará a un campo de refugiados.” Yo pensaba: ¿De qué autocar habla? Soy tan simple que no había entendido nada. El corral estaba rodeado de una cerca bastante alta. Ljubiša, mi cabo, me dijo: “Ponte en la cancela, para que nadie salga”, y me aposté allí, de cara al corral, para vigilar a los prisioneros, el AK-47 en las manos, con el seguro quitado.

Fueron menos de dos minutos, visto y no visto. Ljubiša, Damir y Momir empezaron a disparar desde detrás de la cerca. Fuego de ametralladora, ta-ta-ta-ta, y también granadas de mano, decenas de ellas... Parecía el día del juicio final, no puedes imaginarte el ruido, la humareda, los gritos, el olor... olor a carne quemada. De pronto dejaron de disparar y cuando se aclaró un poco el humo entramos en el corral, ellos delante, yo detrás, con la AK-47 terciada... Los mataron a todos: niños, mujeres, viejos, en menos de cinco minutos, no se salvó ni uno; esos *balijas* no tuvieron que esperar mucho tiempo al autocar. Cuando llegó el resto de la compañía, yo pensé: “Se nos va a caer el pelo”, pero no pasó nada. Salimos a su encuentro en la entrada del pueblo y Ljubiša le dijo al oficial: “Todo en orden, mi teniente, esta aldea ya es serbia.” El teniente preguntó si había algún prisionero y Ljubiša respondió que no teníamos ese problema. El teniente le felicitó y ni siquiera entró en la aldea; íbamos retrasados, así que seguimos la marcha hacia G sin hacer más paradas. Tengo que emborracharme todas las noches porque si no, los veo. Los niños, eso es lo peor, ya que me lo preguntas. Veo sus caras como si hubiera sucedido ayer o hace cinco minutos y sólo los vi un momento, cuando los agrupábamos para meterlos en el corral; decenas de críos, de todas las edades; niños de pecho en brazos de sus madres, una niña con trenzas, de unos tres años, de la mano de otra un poco mayor, debía de ser su hermana, a esas dos las veo siempre, cómo se agacha muy seriecita la hermana mayor, le limpia los mocos con la manga a la pequeña y le dice: “No llores, que los soldados se van a enfadar...” Borracho sigo viéndolas pero lo llevo mejor. Para mí eso no es la guerra. Una guerra es un ejército de soldados que lucha contra otro, matar civiles que no pueden defenderse como si fueran cucarachas, eso... Un día le pregunté a Ljubiša: “¿Cómo puedes dormir? ¿No tienes remordimientos?” “Ninguno —me dijo—, ningún remordimiento, hice lo que tenía que hacer, duermo como un bebé.” “Dios te castigará —le dije—, por matar inocentes”, y él me respondió eso: “En la guerra no hay inocentes.”»

D no sabe qué decir. Ahora la compañía de Sava le repugna, su proximidad, el whisky que han compartido y cuyo sabor retiene en la lengua... «Voy fuera a echar una meada», dice. Un soldado enorme, que fuma dándole la espalda, taponaba la salida del local; es el mismo que hace un poco dormía la mona aovillado contra la pared. D presiona con la mano su espalda para que se aparte. «¿Qué coño quieres?» El soldado se revuelve y encara a D. Es tan alto como él, pero más corpulento. Tiene los puños apretados junto a los costados, dispuesto a golpear. «¡Dragan! —dice D—. Dragan, soy yo, D, relájate.» D y el tal Dragan se funden en un abrazo tan intenso que alguien podría tomarles por maricones. No lo son, que conste. Y ni siquiera eran muy amigos, antes. Incluso fueron rivales. El nombre de la mujer que los enemistó no llega a pronunciarse. «Si ves a esa que tú sabes, le pide Dragan, fóllatela por aquí y por allá y por el culo y a cuatro patas y métele la polla en la boca y que te la chupe un rato y luego fóllate a su madre y a su hermano y a su padre, a ese grandísimo hijo de puta de su padre y a los perros también, sobre todo a sus perros, no los perdones...» Dragan

está embriagado y medio dormido, ha salido a despejarse. Su capitán está arriba cepillándose a una chica y puede bajar en cualquier momento y él, Dragan, es su chófer. Tiene el tiempo justo para darle las gracias a D por un favor que le debe, una gestión infructuosa, pero lo mismo se la agradece. Le pasa un brazo por el hombro, lo estrecha con fuerza y, la boca en su oído, le confía con voz ronca que en cuanto pueda, deserta, la guerra es..., pero Dragan no llega a terminar la frase, porque un oficial menudo y de corta estatura, el pelo negro húmedo y peinado para atrás, que se acaba de asomar al vano de la puerta, grita su nombre. «¡Dragan! ¿Dónde cojones estás?» «Aquí, señor, esperándole.» «¿Ya estás borracho?» «¡No, mi capitán! Estoy sobrio, sólo he bebido agua.» «No mientas, desgraciado, estás como una cuba, que te conozco. Tienes suerte de que yo también voy pedo y puedo comprenderte, ahora, como se te vaya el coche en una curva o pase alguna desgracia... te mato, ya te lo tengo dicho, así que conduce con cuidado.»

7) Último día de D en Pale (aunque él todavía no lo sabe). D ha expuesto su plan a Mico: viajará a Sarajevo con los reporteros de la televisión francesa, quienes aceptan llevarlo con ellos siempre que disponga de los permisos gubernamentales necesarios. ¿Puede ayudarle Mico a conseguirlos? Mico tiene resaca. «Por favor, no grites», le dice, aunque D no le ha gritado. Le riñe por haber hablado con periodistas extranjeros, como ya hizo Božanić. Le informa de que su plan le parece inviable. «¿Qué razón vas a aducir para que el gobierno te conceda un pase para ir a Sarajevo? ¿Que tienes a tu padre en Sarajevo? Todos tenemos algún pariente en Sarajevo y nos aguantamos. Como no te ligan a Sonja Karadžić... Ella puede conseguirlo todo, hasta que te acompañen los cascos azules. De todas formas, si les sacas una autorización a los del gobierno, los paramilitares pueden metérsela por el culo, hacen lo que les pasa por los huevos. Y luego tienes el problema del control bosnio. Nosotros no podemos darte un salvoconducto del gobierno de Alija, es nuestro enemigo. Quítatelo de la cabeza y concéntrate en el trabajo. No lo estás haciendo mal, vas progresando, yo creo que en un par de meses puedo conseguir que te hagan fijo. ¡Cómo me duele el tarro! El whisky del jodido puticlub era de relleno», le dice a un alicaído D, que protesta que fue Mico, precisamente, quien le sugirió el plan que le acaba de rechazar. Mico se encoge de hombros y le indica que gire a la izquierda; hoy es D quien conduce, Mico no está en condiciones. Se dirigen a la sede del gobierno, donde Mico tiene que hacer una gestión. Mico le dice a D que si lo que quiere son noticias de su padre, no hacía falta que viniera hasta Pale. Le explica que los judíos tienen una organización llamada La Benevolencija, ubicada en el edificio de la sinagoga de Sarajevo, con servicio de radiotelefonía. Hablan con los judíos de las otras comunidades, con los de Zagreb, los de Ljubljana, los de Belgrado... D está anonadado. «¡Eso me lo podías haber dicho antes!» «Creí que lo sabías —dice Mico—, ¿no eres judío? Aparca ahí, a la derecha, entre la furgoneta y el Mercedes.» D está tan furioso y confundido que al hacer la maniobra roza el Mercedes y lo raya. «¡Qué

bruto eres! —le reprende Mico—. Es un coche oficial... Espero que no te haya visto nadie.» Cerca de la entrada de la antigua fábrica Famos ven un blindado del FORPRONU y un par de jeeps, también de los cascos azules. Un grupo de hombres conversa frente a la puerta. «Estás de suerte —dice Mico—. Esos de allí son de los tuyos, judíos de Sarajevo. Ahora me explico lo de los cascos azules, han venido con ellos», pero D ya no oye las últimas palabras de su amigo. Ha echado a correr (el incidente con Mladić le curó de la cojera) y jadeante, arrebolado, se dirige a los hombres que según Mico son judíos. Reconoce a uno de ellos, Danilo Nikolić, el amigo de su padre que tal vez le prestó el nombre, su tocayo. Se presenta. «Soy D —dice—, el hijo de Vlado Papo.» Danilo Nikolić, un hombre de rostro anguloso, enormes orejas y gafas ovaladas, con el pelo blanco, que más que un judío parece un fraile franciscano, muestra sorpresa y también, sí, recelo. Sin duda se pregunta, piensa D (voz en off), cómo es posible que el hijo de Vlado Papo sea un chetnik de Pale. La conversación es breve porque la persona a quien están esperando Danilo Nikolić y sus compañeros acaba de llegar (es Jacob Finci, el presidente de la comunidad judía) y dentro del edificio les aguarda un funcionario del gobierno, con quien negociarán el éxodo de unos cuantos sarajevianos más, o eso le explica Nikolić. D le pide unos minutos; tiene algo que preguntarle. Lo que responde a sus preguntas Danilo Nikolić es:

a) Que su padre, Vlado, ha muerto.

b) Que está enterrado en el cementerio del León de Sarajevo. El cementerio judío ha sido tomado por el ejército serbio desde el inicio del asedio y es uno de sus principales puestos de tiro. Los serbios bombardean Sarajevo entre viejas lápidas con inscripciones en ladino.

c) Que Vlado murió a mediados de octubre. Tardaron días en advertirlo. Ya no vivía en Dobrinja, sino en Sarajevo, cerca de la sinagoga, en la casa de un matrimonio judío que partió hacia Israel en el primer vuelo. Su vivienda, la de Dobrinja, fue bombardeada en junio por los serbios durante el ataque al barrio. (A Danilo Nikolić le sorprende que D no tuviera noticia de eso, habida cuenta que Vlado Papo era uno de los radio operadores de la comunidad, nada más fácil que comunicar con él. ¿Tampoco lo sabía D? ¿Entonces no ha hablado con él desde que empezó el asedio? Danilo Nikolić no da crédito.)

d) Que el último día que vio a Vlado se despidió de él como siempre, buenas noches, *lakunoć*. A la mañana siguiente, el padre de D no apareció por la sinagoga. Al tercer día de ausencia, Danilo Nikolić se inquietó. Sabía que Vlado era diabético y necesitaba su inyección de insulina, que hasta la fecha le habían podido proporcionar los servicios médicos de la comunidad. Nikolić pidió al doctor de la Benevolencija, Srdjan Gornjaković, un serbio, que fuera a su casa a visitarlo y así lo hizo el médico, acompañado de una enfermera. Lo encontraron en el pasillo, derrumbado en el suelo. Se conoce que no había podido avanzar más. El médico no se explica cómo pudo llegar hasta su casa en tal estado. Nikolić supone que la misma noche en que se

despidió de él por última vez, el padre de D fue herido por un francotirador en el trayecto a su casa; la bala le impactó en la pierna derecha, a la altura de la rodilla. Si en vez de seguir adelante, ese cabezota de Vlado hubiera vuelto a la sinagoga... Aunque tal vez le quedaba más cerca la casa, se arrastró como pudo hasta ella y cuando llegó... ¿Cuánto tardó en morir? Es difícil saberlo. ¿Minutos, horas, días? No fue la bala en la pierna lo que lo mató, no directamente, eso dice el médico, aunque sin duda ayudó; perdió mucha sangre. Lo más probable es que fuera una crisis diabética. ¿Autopsia? ¡No se hacen autopsias en una ciudad en guerra! Los médicos y los hospitales tienen demasiado trabajo con los vivos.

Danilo Nikolić transmite sus condolencias a un trastornado D. Le asegura que su padre, Vlado, dejó un gran recuerdo en la Benevolencija. Creo que no trabajó tanto en su vida como en estos últimos meses, puedes estar orgulloso de él, dijo Nikolić y esa expresión a D le choca: su padre era un hombre singular, con algunas cualidades y numerosos defectos, pero jamás había pensado que su filiación pudiera ser motivo de orgullo (en realidad, D no sabe muy bien qué es eso del orgullo). ¿Y tú qué haces aquí?, le suelta Nikolić y antes de que D pueda responder, Jacob Finci coge a Nikolić del brazo y lo arrastra hacia la puerta. Dentro los están esperando. ¿Por qué se demora tanto?

8) Habitación de hotel. Hora del crepúsculo, de lo cual D no es consciente, porque la ventana de su cuarto está tapiada. D acaba de llegar. Viene del hotel Panorama, donde ha filmado para TV-Pale una entrevista con Nikola Koljević, el vicepresidente del gobierno y antiguo amigo y jefe de su padre. Koljević se ha explayado sobre el rey Lazar, el sultán Murat, los taimados alemanes, el IV Reich, el complot turco-musulmán... Y se ha quejado de que los serbios son, de nuevo, víctimas de una monstruosa conspiración internacional, casi universal. Koljević se ha expresado con voz suave y una dicción exquisita, como el *gentleman* inglés que siempre quiso ser, vestido con un traje de *tweed*, una camisa a rayas y una pajarita verde, sus enormes gafas de pasta bailándole sobre la naricita, más un proyecto que una nariz propiamente dicha. Termina su alocución con una cita del *Rey Lear*: «Al nacer, lloramos porque entramos en este vasto manicomio», que no viene a cuento (¿o sí?). Luego, mientras Koljević bebe té, arrellanado en un sofá del hall y conversa con Mico (D y un becario recogen el equipo), D le oye decir: «Sarajevo es una *smokescreen*, tenemos a la prensa internacional obsesionada con la ciudad y no se fijan en lo que hacemos en el este de Bosnia y en otros sitios...» Nikola Koljević remata su comentario con una risita malévola, traviesa, de solterona inglesa que observa con regocijo que las rosas de la esposa del rector, su mayor enemiga, están mustias. Mientras lo filma, D se hace la ilusión de que la cámara es una metralleta, ta-ta-ta-ta, como diría Sava, y que con ella acribilla a ese muñequito siniestro con pajarita que ha matado a su padre y a muchos otros.

D está sentado de través en la cama, la espalda apoyada en la pared, una botella

de *šljivovica* en la mano, los ojos clavados en la ventana tapiada, que se le antoja una metáfora de su vida, de todas las vidas. Nota una extraña exaltación, una euforia siniestra, se siente capaz de todo, con la pasión y el arrojo y la determinación ciega del enamorado, aunque en dirección opuesta; ha nacido en él un vigor nuevo, una fuerza incontenible que si le diera rienda suelta, lo abismaría en una orgía de destrucción, más allá de las consecuencias. D ya no es el observador curioso, el visitante casual, sino el enemigo infiltrado. Siente, como Hamlet (porque ahora D es Hamlet), que está dispuesto a morir, que la muerte, «si no viene luego, vendrá ahora. Si no viene ahora, vendrá un día. Todo es estar preparado. Como nadie sabe nada de lo que deja. ¿Qué importa dejarlo antes?» D quiere venganza, esa efusión tan balcánica. Odia a Koljević. Odia a Karadžić. Odia a Mladić, odia a su hija, su viejo amor, Ana Mladić. Odia a Mico, a Sava, a Gordan, sus amigos, odia a la plantilla completa de la televisión de Pale... Odia, odia, odia y ese sentimiento intenso, que no había conocido antes, le insufla una energía insólita, una vitalidad asombrosa, que proyecta apagar con la *rakija* y mientras D baña su odio con aguardiente de ciruela, una voz en off, un poco ronca, atropellada, que apenas vocaliza, la voz de su padre, Vlado, dice:

Fue^[5] mi jefe y mi colega durante veinte años. Era un jefe benévolo; me perdonaba las ausencias, las resacas, las informalidades... Puedo decirlo sin reparo: fue mi protector y mi coraza. Ambos éramos poetas; a la cara, elogiábamos con entusiasmo nuestras respectivas obras, a la espalda, nos criticábamos mutuamente con no menor entusiasmo; éramos poetas, ambos... Él me llamaba Shylock, yo a él Nikola, aunque me consta que le hubiera halagado que le llamara Lear, incluso rey Lear, pero si Nikola Koljević fuera un personaje de Shakespeare, no sería el desdichado Lear, sino Ricardo III, el cruel y execrable jorobado. En un ensayo suyo sobre Macbeth escribió: «En el empeño de ser más que lo que es, Macbeth se destruye a sí mismo», y eso, vaticino, es lo que le sucederá a él; quería ser un hombre importante, poderoso, no es más que un asesino. Teníamos largas conversaciones, discutíamos sobre todo lo humano y lo divino hasta que salía el sol o se acababa el whisky. Yo le decía, para provocarle, que el nacionalismo es un invento burgués del siglo XIX que reivindica un falso pasado histórico de plenitud y promete un futuro próspero, espléndido. ¡Qué felices seremos cuando por fin volvamos a estar solos, bailando nuestros bailes y cantando nuestras canciones, sin la compañía contaminante de los otros! Es un pensamiento mágico. Yo le decía, para ti, Nikola, la esencia del serbianismo es el paraíso perdido del rey Lazar, pero olvidas que Lazar no luchaba por Serbia, sino por su pellejo o por su patrimonio, el territorio en el que quería mandar. ¿Y por qué detenerse en la edad media, congelar un momento de la historia y decidir que éste constituye la esencia del serbianismo, de la nación serbia? La historia es una legitimación dudosa, falaz; con base en ese argumento los ilirios, esa etnia que abomináis y que pobló Bosnia antes de los serbios y ahora predomina en Kosovo, podrían reclamar Bosnia, o si no los italianos, descendientes directos del Imperio

romano... Nikola se enfurecía. «No entiendes nada —gritaba—. El amor a la patria no se razona, es un sentimiento, algo que nace aquí —decía, golpeándose el pecho—, está por encima de los argumentos, es intemporal, sagrado. Tú no puedes comprenderlo porque eres un judío renegado.»

En nombre del patriotismo, sus soldados bombardean desde las colinas a sus antiguos vecinos, a sus antiguos alumnos, a sus compañeros de trabajo, me bombardean a mí: un día tomamos una copa en el café Sarajevo, a la mañana siguiente me manda un proyectil de mortero... Rectifica la historia a cañonazos.

«El nacionalismo es en esencia una paranoia, una paranoia individual y colectiva. Como paranoia colectiva, es el producto de la envidia y el miedo, y sobre todo el resultado de la pérdida de la conciencia individual; no es pues más que la suma de una serie de paranoias individuales llevadas al paroxismo —escribió Danilo Kiš—. El nacionalista, más allá de su compromiso con la causa, no es nada [...] Es un guerrero en potencia que espera su hora [...] El nacionalismo es el camino más fácil, de menor resistencia. El nacionalista no tiene problemas; conoce (o cree conocer) sus valores básicos, los suyos y, por tanto, los de su pueblo, los valores éticos y políticos de la nación a la que pertenece. No le interesan ningunos otros. Nada concerniente al “otro” o los “otros” tiene interés para él. El infierno son los otros (otras naciones, otras tribus), gente que no merece ser estudiada o conocida. El nacionalismo es la ideología de la banalidad. Es una ideología totalitaria. También es *kitsch*. [...] Pero sobre todo el nacionalismo es negación, una categoría espiritual del espíritu que se alimenta de la repudiación. No somos como ellos. Nosotros somos el polo positivo; ellos, el negativo. Nuestros valores nacionales y nuestro nacionalismo sólo tienen sentido en relación al nacionalismo de otros. Sí, somos nacionalistas, pero ellos lo son más; cortamos gargantas si es necesario, pero ellos son sanguinarios; somos borrachines, ellos son alcohólicos. El nacionalismo es una ideología reaccionaria. Lo único importante es superar a nuestro hermano o medio hermano, nada más nos concierne. Así, el nacionalismo no teme a nada, excepto a su hermano...» Son palabras de 1978.

Aquí la gente dice «o eres parte del pueblo o eres un estúpido» y llevo toda la vida empeñado en demostrar que soy irremediabilmente estúpido. Cuando todos estos flamantes nacionalistas serbios o croatas (y, también, musulmanes), aborrecían el nacionalismo y veneraban a Marx y el comunismo, yo les decía que Marx no era marxista, sino un pequeño burgués que vivió a costa de un empresario, su compinche Engels, y que estaba obsesionado con casar bien a sus hijas y tenía criada, a la que sedujo y dejó embarazada. Disfrutaba provocándolos. ¡Cómo se escandalizaban! «¡No hables así de Marx, no delante de mí!», decían y, si hubieran podido, me habrían retado a un duelo. Tras la muerte del Mariscal los yugoslavos recordábamos su excelsa figura observando un minuto de silencio en el día de su óbito. Todo el país se paralizaba, nadie hablaba, hasta los bebés dejaban de llorar en respeto a la memoria de Tito. Pero yo, Vlado Papo, me negaba a hacer lo que todos y continuaba

con lo que me tuviera ocupado: limpiar el coche, corregir un examen, cruzar la calle... Era una sensación extraordinaria: nadie ni nada se movía en la ciudad, excepto yo, era como entrar en una foto fija. Mi ex mujer pasaba agonías. «Vlado, me han dicho que te han visto pasear por Titova en el minuto de silencio, silbando como si tal cosa. ¿Quieres que pierda mi trabajo? ¿Por qué haces estas cosas? ¿Por qué nos perjudicas?»

¿Por qué? Para afirmar mi individualidad, supongo, para confirmar mi condición de estúpido vocacional que rehúsa formar parte del pueblo y no quiere confundirse con la masa. En la multitud el individuo se desdibuja, se borra, es uno más y por eso sus acciones no son suyas, sino de la masa, pierde responsabilidad y conciencia pero gana una inmensa libertad para hacer lo que como individuo le está prohibido: romper, gritar, insultar, golpear, amenazar: si se hacen en masa, son actos anónimos. «Yo no soy culpable, hice lo que todos, seguí los consejos de los periódicos, creí lo que dice la televisión, obedecí las órdenes del presidente del Gobierno», aduce el ciudadano que se dejó arrastrar por la insania de la multitud cuando le piden cuentas de sus actos: hice lo que todos, ¿cómo puede estar mal?... El bien y el mal son meras categorías, conceptos, cajones de sastre sin contenido o con un contenido aleatorio, cambiante: matar a un hombre está mal, dicen las leyes en tiempos de paz, pero introducen un matiz cuando llega la guerra: matar a uno de los nuestros conlleva un castigo, pero a ellos, a los otros, a los que llevan un uniforme de este color o hablan esa otra lengua, no sólo se puede, sino que se les debe matar: ya no son personas sino El Enemigo. Mi padre fue un partisano. Era un judío y Hitler exterminaba a los de su raza; él arriesgó la vida en el empeño de acabar con el nazismo y, antes de perderla, mató: era un soldado. De niño lo imaginaba alto, fuerte (no lo era), pelirrojo (sí, como D, mi hijo), un fusil en la mano, derrotando él solo a un batallón de nazis, arios, arrogantes, despóticos. Pero... ¿y si le pongo rostro a un nazi? ¿Y si le doy un nombre, una familia, un pasado? Por ejemplo: Hans S., de dieciocho años, nacido en Hamburgo, hijo de un panadero, reclutado a su pesar, que no es ni alto, ni fuerte, ni rubio, ni ario (un abuelo suyo era judío, pero se cambió el apellido), un muchacho tímido, con el rostro lampiño lleno de granos que le avergüenzan, que está enamorado en secreto del cabo Kurt (éste sí alto, rubio, bestia y ario) y echa de menos su casa, su madre, su cama y se caga de miedo en el frente y más cuando desde la trinchera ve a mi padre, el partisano pelirrojo, apuntarle desde lo alto con un fusil y, ¡pum!, darle el tiro de gracia, tras lo cual mi padre es felicitado por sus compañeros (como el futbolista que ha metido un gol es abrazado y palmeado por los otros jugadores), y así, con la moral reforzada por la reciente victoria sobre el enemigo, encarnado en el hijo del panadero de Hamburgo, Isak Papo sigue adelante, dispuesto a morir matando... Es todo muy complicado y yo no tengo whisky, estos judíos piadosos en cuya casa vivo no tenían alcohol, me dejaron, eso sí, una botella de limonada. Todavía estamos en octubre y ya hiela por la noche. Para colmo, las ventanas no tienen cristales. En la cocina hay una estufa vieja. A falta de leña, yo, el poeta, el

intelectual, el librepensador, haré como todos: quemaré libros. El más gordo de la estantería es el Talmud, que Dios me perdone.

Yo, Vlado Papo, el gran individualista, no soporto la soledad. Voy a la Benevolencia todos los días a mendigar compañía; a cambio, ofrezco mis servicios. En una situación de crisis uno necesita sentirse útil para no desesperar, no volverse loco. Cada vez que cruzo una calle pienso que puede ser lo último que haga y, también, que la bala o la granada que me maten puede provenir de un alumno mío, no sólo de alguno que suspendí, también de aquellos a los que puse sobresaliente, los cabroncetes.

Aquí yace Tanisa Ćuk de Kraljeva Sutjeska, amado por el rey, pero sin libertad, como un perro de caza fiel a su señor. Viví, pero el agua nunca sació mi sed ni los alimentos aplacaron mi hambre, puesto que cada día volvía a sentir hambre y sed, del mismo modo que todos los días volvía a casa del campo, el mismo pero diferente.

Y siempre pensé en ti, mi Dios, y con una plegaria dirigida a ti cerré los ojos todas las noches y con una plegaria los abría por las mañanas, como las ventanas y las puertas de la casa se abren a la luz del sol.

Y esperaba que vinieras.

Pero no apareciste.

Sólo el silencio.

Y en mi alma, que de ordinario no es suspicaz, creció la sospecha de que pudieras estar en alguna parte, esperando tu salvación de mí. Y con ese terrible pensamiento yazgo bajo esta lápida y estas palabras he cincelado en la dura piedra, para que los que las lean puedan comprobar cuál de los dos, Tú o yo, ha alcanzado antes la salvación.

Lleno de furia fui enterrado en el año de Nuestro Señor 1389...

Este airado bogomilo tenía razón. Dios, ese viejo cobarde, está escondido en algún rincón, asustado por lo que ha hecho, horrorizado por su creación, esperando que alguien venga a sacarle las castañas del fuego. No seré yo; Dios, si existe, debería estar en prisión.

Hoy he sabido que Aída fue herida. Me han dicho que ha perdido un brazo o una pierna (mi informador no estaba bien informado). La noticia me ha dolido pero, a la vez, es terrible escribirlo, me ha hecho concebir esperanzas: ahora que es una inválida, la diferencia de edad se difumina. Tal vez Aída vuelva conmigo, necesitará a alguien que la cuide, su marido es un capitán de la Armija, está en el frente, y quién sabe si podrá seguir queriéndola sin una pierna... Las cosas como son: ya la estoy

esperando. Creo que es la única persona a la que he querido, pero ella a mí sólo me quiso un rato. ¿Es siempre así, hay uno que quiere y otro que se deja querer, hasta que se aburre o se cansa de tanto amor no solicitado? Cuando Aída me dijo que se había enamorado de otro hombre me puse furioso: «Te vas con el primer jovenzuelo que te guiña el ojo», le reproché. Y ella saltó: «Te equivocas; un jovenzuelo hizo algo más que guiñarme un ojo y lo rechacé.» Era D.

Oscar Wilde dijo que de pequeños los hijos quieren a sus padres, de mayores los juzgan y rara vez los perdonan. Mi hija Svetlana me juzgó y me condenó sin siquiera oírme. D rehusó juzgarme. ¿Voy a juzgarle yo? De todas formas, cuando lo vea (si lo vuelvo a ver)... ¿sabré callarme? Una vez me preguntó si echaba de menos a su madre. Le respondí que no. «*Ours was a marriage made in hell*», le dije. Supuse que en inglés esa confesión le dolería menos pero me equivoqué; estuvo hosco y malhumorado el resto del día. «Eres injusto con ella —me dijo—, le debes mucho.» Y yo pensé (pero no le dije) que rara vez amamos a nuestros acreedores. Lo esperaba la pasada primavera, tenía ganas de verlo, de hablar con él, de estar acompañado; no vino e hizo bien, le habría tocado jugar a los soldados, empuñar un fusil, matar o ser matado... (Fin de la voz en off.)

Fuera es de noche. D no ha cambiado de postura. Lo único que ha movido ha sido el brazo derecho para levantar la botella de *rakija* que tiene entre las piernas y la cabeza y la boca, para beber de ella. El aguardiente le repugna, pero ha hecho un esfuerzo y ha dado cuenta de más de la mitad de la *rakija*. Él, D, no es consciente de ello, pero está ebrio. Recuerda que los judíos recitan el *kaddish* por sus difuntos y piensa que esta vela silenciosa y etílica es una especie de *kaddish* por la muerte de su padre, a quien no volverá a ver. Este hecho le parece inconcebible. Busca en la memoria el rostro de su padre, sus gestos, su voz y le invade el pánico porque tiene la impresión de que ya se le están borrando. Quiere evocar momentos memorables de su vida con él, anécdotas, palabras, situaciones. Su padre era un hombre callejero, reacio a la vida familiar, y nunca fue con D al fútbol (que no le interesaba), ni a pescar (no sabía), ni a la sinagoga, ni de putas. Llega a la conclusión de que las ocasiones en que más intimidad alcanzó con su padre fueron aquellas furtivas escapadas en busca de tumbas bogomilas. Y recuerda con angustia algo que su padre dijo en una de esas expediciones, algo sobre la muerte, sobre el temor del ser humano a morir solo, y piensa que así fue como murió su padre. Se pregunta cuánto tiempo duró su agonía, cuántos minutos, horas o días, yació su padre solo, en una casa ajena, aullando de dolor, sintiendo cómo la sangre huía de su cuerpo sin que nada ni nadie intentara restañarla, sabedor de que era su final y de que sólo él, el moribundo, estaba allí para constatarlo. La ira, la indignación, el deseo de venganza que la *rakija* ha medio apaciguado renacen con virulencia. Si D tuviera delante a esa bestia engreída, a ese psicópata serbio, el general Mladić, lo mataría con sus propias manos. Se imagina

apretando su cuello de toro, el pavor en los ojos del general, el rostro congestionado que pasa del carmesí al púrpura... En ese instante el anorak de D empieza a hablar. «¿Roger? ¿Roger? —dice—. ¿Capitán Jelišić? ¿Me recibe?» D recuerda que esa tarde, al regresar del hotel Panorama a TV-Pale, el becario que cargaba con el equipo de rodaje se ha topado con un *walkie-talkie* que no era de ellos y con el que ha debido arramblar sin darse cuenta. Ese aparato sin duda pertenece a algunos de esos militares que pululaban por el hall del hotel Panorama, tan lleno de uniformes que parecía un cuartel. D tranquilizó al muchacho y se guardó el *walkie-talkie* en el bolsillo del plumífero, con la vaga intención de acercarse al Panorama de camino hacia su hotel, pero ha olvidado hacerlo. Ahora el *walkie-talkie* chirría, silba y reclama cada vez con más apremio, más angustia, a ese tal capitán Jelišić.

—¿Roger? ¿Roger? ¿Me recibe?

—Aquí Jelišić —dice D—. ¿Qué quieres?

—Soy Tanasković, señor. Una compañía de los Boinas Verdes ha tomado la posición de L. Pido autorización para avanzar hacia L y recuperarla.

—Autorización denegada.

—Pero capitán...

—Vayan a T, allí hay muchos *balijas*. Repito la orden: avancen hacia T y tómelo.

—¡T es nuestra, señor! Está en poder de la brigada Romanija Mot desde hace una semana. ¿Me confirma la orden, señor, o es un error?

—Espera un momento, Tanasković: va a hablar contigo el general Mladić.

...

—Aquí el general Mladić. ¿Quién eres tú? —ruge D.

—El teniente Tanasković, señor.

—¿Eres tonto del culo o qué? ¿No has oído al capitán? ¿Quieres que te arreste? ¡Avanza con tus hombres hacia T y tómallo por sorpresa! No son los nuestros, son turcos. Nos han quitado la posición esta mañana. Tú vas a recuperarla. Machácalos con el fuego de artillería, no les des la oportunidad de reaccionar. ¿Hace falta que te repita la orden, Tanasković?

—No, mi general.

—Así me gusta. No me hagas subir la presión. ¡Achichárralos! ¡Mátalos a todos!

La comunicación se corta. D lanza el *walkie-talkie* contra la pared. Luego lo patea con saña. Tiene la garganta seca. Coge la botella de *rakija* y bebe un largo trago. El licor le quema la garganta y le hace toser. D se sienta en el borde de la cama e intenta encender un cigarrillo pero no puede, las manos le tiemblan.

Y así fue como me convertí en héroe.

«Mátalos a todos. Dios reconocerá a los suyos.» ¿Maté a alguien aquella noche? ¿Soy o no soy un asesino? No lo sé, puede que nunca lo sepa. ¿Hice bien o hice mal? Evitar que el ejército serbio atacara la posición de L, salvando así la vida de un puñado de soldados bosnios que defendían mi ciudad, Sarajevo (quién sabe si la de

mi amigo Nedo), está bien; ordenar que Tanasković y sus hombres avanzaran sobre T, matando a sus propios compañeros, ¿está mal? Para los bosnios está bien, para los serbios está mal, para mí... no lo sé... Si no pongo rostro a los posibles muertos o si les atribuyo la máscara del chetnik, las melenas, las barbas, los dientes renegridos, la escarapela con el cráneo y los huesos cruzados, entonces lo apruebo, incluso me doy una palmadita en la espalda. Pero... ¿y si el caído es un pobre serbio al que han alistado contra su voluntad? Podía haberme sucedido a mí, podría ser yo el patriota recalcitrante. Yo buscaba una represalia. Como Hamlet, quise vengar la muerte de mi padre y, al igual que Hamlet, actué sin pensar, me dejé llevar por el arrebató. Hamlet se propuso matar a su tío, el usurpador que había asesinado a su padre, y en su lugar asesinó a Polonio, un anciano tedioso pero inofensivo. Yo ambicionaba acabar con Mladić. ¿Y a quién maté? ¿A Dragan?

Al día siguiente me fui de Pale, alegando una grave y súbita enfermedad de mi madre. Prometí volver, parecieron creerme. No quise leer la prensa ni ver la tele. Preferí no saber, cuanto más sepas, más sufrirás... Pienso: si como consecuencia de las órdenes que impartí fingiendo ser el general Mladić se hubiera producido una escabechina, me habría enterado. Aunque tal vez se produjo y yo puse cuidado en no saber, no enterarme. Por momentos me digo que el tal Tanasković debió sospechar algo, indagar un poco más, comprobando que esa extraña orden no procedía en absoluto del general Mladić y en ese caso yo sigo siendo inocente o sólo culpable de una broma pesada. En otras ocasiones (cuando tuve noticia de la matanza del mercado de Merkale) me gusta suponer que sí, que ejecutaron mis órdenes y al cumplirlas perecieron algunos de esos soldados que mataron a mi padre. Nunca le he contado a nadie lo que pasó esa noche, ni a la novia de la que pueda haber estado más enamorado, a esa a la que he confesado que mojaba la cama hasta los ocho años o que intenté seducir a mi madrastra... Hasta ahí llego, lo otro, lo de Pale... Recuerdo la confesión de Sava en el burdel de montaña y el horror que me inspiró y eso me coarta. Si nadie lo sabe, es como si no hubiera sucedido y yo sigo siendo el alegre, tranquilo y cordial Danilo.

No regresé a Belgrado, pasé unas semanas en Niš, en casa de Igor, y sólo volví a Belgrado porque mi madre enfermó del enfisema que unos años después acabaría con ella (la mataron el tabaco y el desconsuelo por la muerte de mi padre, el marido que nunca la quiso). La guerra, lejos de terminar, se complicó: los croatas reclamaron su parte de pastel y la incierta coalición bosniocroata se rompió. Los croatas proclamaron la Republika de Herceg-Bosnia y durante un período el ejército musulmán tuvo que enfrentarse a dos enemigos. Así, en más de una población, los bosnios se defendían en el flanco derecho del ejército serbio y por el izquierdo, del croata, como una nuez en la boca de una tenaza. Los croatas derruyeron el antiquísimo puente de Mostar y expulsaron a la población musulmana del territorio que consideraban suyo (y que también querían libre de los otros, los impuros), para lo cual arrasaron aldeas y ciudades con el mismo método e idéntico celo que sus

odiados enemigos serbios y, como ellos, establecieron campos de concentración. Todo a pequeña escala, pero con la misma sevicia. La víctima aprende del verdugo y, en cuanto deja de serlo, lo imita. Mientras, los políticos seguían viajando, reuniéndose, negociando... Serbios y croatas se repartían el territorio bosnio, a los musulmanes les dejaban una esquina, un rinconcito, porque, como dijo Biljana Plavšić, «nosotros necesitamos más espacio, a ellos les gusta vivir amontonados». A principios de 1994, bosnios y croatas firmaron la paz de la mano del presidente Clinton y los serbios volvieron a quedarse solos. Yo conseguí una invitación de una escuela de cine londinense (una falsa invitación, pero eso es un detalle menor), gracias a los buenos oficios de un antiguo profesor mío que llevaba unos años aposentado en Londres y un conocido suyo albanokosovar, un gran artista especializado en pasaportes y visados falsos, a quien debo eterna gratitud y dos mil libras esterlinas. Pocos días antes de mi marcha recibí una llamada de Ana Mladić.

La última vez que estuvo en ese café fue con Dragan, una visita breve, para pedirle a Igor las llaves de su piso. A Igor lo acompañaban Danilo y otro amigo. «Cuando acabéis, cambiad las sábanas», les dijo Igor tras darles las llaves, mirando sólo a Ana. Igor era así de franco; ella se ruborizó y tuvo la impresión de que Danilo también se sonrojaba, cuando quien hubiera debido sentirse apurado era Dragan, pero no lo estaba en absoluto. «No hará falta que las cambiemos —dijo—, nosotros somos muy limpios.» Ya en la calle le confió que ese tugurio que frecuentaba su hermano, el café Kolarac, no le gustaba. «Está lleno de escritores y artistas que te miran por encima del hombro porque se creen muy modernos», dijo. Tenía razón, pensaba ahora, sentada a una mesa cercana a la puerta, dando la espalda a la barra y al fondo del local de forma deliberada, para eludir las miradas de esos intelectuales antinacionalistas que formaban la clientela habitual del Kolarac y que sabía hostiles a ella y lo que representaba. No hubiera debido aceptar la sugerencia de Danilo de verse en ese café, habría preferido cualquier otro. Él se sorprendió al oír su voz cuando le telefoneó. Se produjo un silencio tan prolongado que ella temió que se hubiera interrumpido la comunicación, pero al cabo Danilo dijo, en un tono cortés y también frío: «Hola, Ana. ¿Cómo estás? —Luego añadió—: Cuánto tiempo sin saber de ti, hace mucho que no nos vemos.» Cuando ella le dijo que le llamaba para eso precisamente, para verlo, se mostró poco dispuesto. «Estoy muy liado —se excusó—, preparando el equipaje y haciendo las últimas gestiones antes de irme.» Ella no le preguntó adónde viajaba, aunque intuyó que sería lejos, al extranjero, de ahí los preparativos. Antes de la guerra, él le habría confiado sus planes abiertamente o ella habría indagado sin vacilar. La situación había cambiado; era obvio que Danilo no quería quedar con ella ni le alegraba recibir su llamada. Sin embargo, insistió: sólo diez minutos, el tiempo de tomar un café. Y él terminó por acceder: «Mañana estaré por el centro —dijo—, podemos quedar a eso de las doce, en el Kolarac.» Dos años atrás, ¿qué no hubiera hecho Danilo Papo para verla! Se pasaba los días vagando por la Facultad de Medicina con la esperanza de encontrársela y, cuando lo conseguía, se azoraba como un adolescente y se le trababa la lengua. «Ahí está tu enamorado de Sarajevo», se burlaban de él sus amigas... Y quizá por eso, porque Danilo era un antiguo admirador suyo, por orgullo o pundonor, por vanidad, sin duda, esa mañana se había lavado el pelo y se había embadurnado la cara con polvos, que enseguida se quitó: el maquillaje no conseguía insuflar vida a sus ojos, al contrario; el tono anaranjado de su tez resaltaba aún más la inexpresividad de su mirada, como si llevara puesta una máscara, la máscara del payaso triste del circo, ese personaje superfluo y antipático. Danilo se estaba retrasando. Cogió un ejemplar de *NIN* abandonado en la mesa contigua. Era el número de esa semana; sintió curiosidad por leer la última entrevista con su padre de la serie que *NIN* venía publicando. Ella le

había reñido porque en las entregas precedentes no hablaba más que de la guerra y de su carrera militar; ¡ninguna mención a su familia, a su ejemplar esposa, a su bellísima hija! «En la próxima entrevista hablo de ti, prepárate», la amenazó su padre. Mientras esperaba se puso a hojear la revista.

El artículo empezaba diciendo que en abril de 1992 trece oficiales del ejército yugoslavo fueron promovidos al rango de general por su exitosa ejecutoria en el conflicto bosnio y que varias decenas de oficiales de menor graduación fueron asimismo ascendidos, algunos a título póstumo. «Entre ellos, algunos sin duda fueron personas valientes y honorables, aunque muchos no sabían por qué estaban luchando ni podían comprender que combatían en una guerra que no era la suya. El coronel Ratko Mladić fue promocionado a general y la explicación que se dio fue que había mostrado un valor y una destreza extraordinarios en el curso de operaciones militares de gran importancia para la nación serbia.» Ese inicio, un poco alarmante, no era nada comparado con lo que venía a continuación. «Ratko Mladić —leyó—, es huérfano de un partisano que mataron los ustachas en 1945. En su carrera militar siempre demostró gran lealtad al régimen comunista, a Tito y a Yugoslavia. En esa época no hablaba de su nacionalidad serbia, ni de la historia militar de Serbia, ni del serbianismo. Era lo bastante astuto como para saber de qué había que hablar en aquel período», escribía el articulista, quien se hacía eco, sin desmentirlos ni cuestionarlos, de rumores que propalaban que lo que movía a Mladić era el deseo de venganza y que tanto en la guerra de Croacia como en la de Bosnia dio rienda suelta a un sadismo congénito. Más adelante afirmaba que el general Mladić era uno de los principales responsables de los crímenes de guerra cometidos en Croacia, reconocidos por el propio gobierno serbio: bombardeo deliberado de iglesias y hospitales, campos de concentración. «¿Acaso cree Ratko Mladić, como otros vanidosos militares, que podrá sustraerse a su responsabilidad por los crímenes cometidos por las tropas bajo su mando en Croacia?», se preguntaba retóricamente el autor, quien matizaba que fue en la guerra de Bosnia donde Mladić llevó al paroxismo su energía destructiva. En los albores del conflicto los serbios tenían una gran ventaja sobre los musulmanes y croatas, al contar con artillería pesada. Mladić rodeó Sarajevo con un anillo de artillería e inició el asedio, bajo instrucciones de Belgrado y de Pale. El general era consciente de que nadie podía ofrecer resistencia a su abrumador armamento, de modo que se dedicó a atacar no sólo objetivos militares, sino también civiles. Y así Sarajevo fue destruido y quemado durante meses, su población asesinada y malherida. «Los morteros de Mladić no han matado sólo a musulmanes y croatas: también a muchos serbios —denunciaba el autor—. Sus soldados son asesinos de su propio pueblo. Como su comandante, han logrado medrar y promocionarse a costa del sufrimiento de sus compatriotas. Mladić también tendrá que responder por lo que ha hecho en Sarajevo», afirmaba el articulista, calificando al general de hombre cínico y sádico. El texto terminaba con una mención a otro artículo de un periodista inglés, Robert Fox, publicado en agosto de 1993, sobre los treinta señores de la

guerra más peligrosos del mundo. «Algunos de ellos —decía el autor que decía Fox—, se ven a sí mismos como salvadores de su pueblo, otros no son más que gánsteres y algunos más, sádicos oportunistas.» Ratko Mladić figuraba en ese elenco y se le definía como «el hombre que decide sobre la guerra y la paz en Bosnia. Un genio de la táctica militar pero, según oficiales que han negociado con él, un loco. Un representante de la ONU lo ha descrito como un sádico, un psicópata y una persona extremadamente peligrosa». El autor de ese venenoso artículo, el hombre que con tanta saña vilipendiaba a su padre, era un compañero suyo de armas, el coronel Gaja Petrović.

Cuando por fin apareció Danilo, estaba tan alterada que no se percató de que no la besó al saludarla, ni siquiera le tendió la mano para que se la estrechara. Danilo empezó a excusarse por su tardanza pero se interrumpió para preguntarle si se encontraba bien, tenía mala cara. Ella mencionó su dolor de cabeza, él dijo «lo siento mucho» en tono de no sentirlo nada y tomó asiento en el lado opuesto de la mesa. Parecía incómodo y no hizo ningún esfuerzo por disimularlo. En un par de ocasiones se volvió y echó una ojeada en derredor, como si temiera que lo estuvieran vigilando. «No puedo quedarme más de diez minutos», le advirtió nada más acomodarse en la silla. Venía con el pelo revuelto, sin afeitarse y se había puesto un jersey verde deshilachado en los codos. Lo encontró cambiado y no sólo por el vello rojizo que le sombreaba la mandíbula y los pómulos; su rostro se había hecho más anguloso y su expresión había perdido la inocencia o la despreocupación de antaño. Daba la impresión de un hombre acosado. «Bueno —dijo Danilo, dejando caer las palmas de las manos sobre sus muslos—, ¡aquí estoy!», y esbozó una sonrisa que corrigió enseguida, como si de pronto hubiera recordado que no era procedente sonreír o mostrarse cordial en semejante compañía. Ella comprendió que no habría cháchara informal, propia de viejos amigos que se reencuentran, ¿cómo te va?, ¿qué has estado haciendo estos últimos años?, ¿has acabado la carrera?, ¿cómo está tu familia?, nada de eso; aquí estoy, me has llamado y he venido: tú dirás. Lo que quería decirle era que se sentía dolida e indignada por las injurias que él, Danilo, había vertido sobre su padre y sobre ella, el infundio que les atribuía, su supuesta implicación en la muerte de Dragan, pero se oyó preguntarle con voz débil, balbuceante, si había leído el último número de *NIN*. Danilo respondió: «No, hace mucho que no leo prensa serbia, no dicen más que mentiras.» Y ella pensó que después de todo quizá llegarían a entenderse. Concordó con él, los periodistas serbios eran gentuza, carecían de escrúpulos. Ella tenía a *NIN* por una revista seria, pero acababa de leer un artículo sobre su padre que era una sarta de calumnias... No pudo continuar porque apareció una camarera que venía a tomarles la comanda. Pidió un café y un vaso de agua, Danilo un café y cuando al fin la camarera volvió a dejarlos solos comprendió que había empezado mal la conversación. A Danilo no lo iban a conmover las desventuras de su padre, tenía que hablar de Dragan. Y lo hizo, aunque le costó. Explicó que ni ella ni su padre habían tenido participación alguna en el «accidente» de Dragan. Ella

no se enteró de que éste se hallaba en Bosnia hasta que recibió la noticia de su muerte. Le tenía en gran estima, lo quería, no como una amante, sino como una amiga, por eso terminó su relación con él, pero no le deseaba ningún mal, todo lo contrario, y de haber tenido noticia de que proyectaba ir como voluntario a Bosnia habría intentado disuadirlo, le habría pedido a su padre que no lo admitiera en el ejército. Dragan no era... No tenía madera de soldado, ése era el problema. Pero ella no le culpaba ni condenaba por lo que hizo; no lo consideraba un cobarde, ni un traidor, quería que Danilo lo supiera. Se compadecía de Dragan, no le extrañaba en modo alguno que en el fragor del combate, un soldado sin vocación, como él, se asustara y huyera y abandonara a sus hombres, con la mala fortuna de que el enemigo lo alcanzara. Lo comprendía y no lo culpaba. Y eso era lo que había sucedido, lo sabía por su padre: Dragan salió corriendo ante un avance musulmán, presa del pánico. Se lo confiaba a Danilo con el ruego de que ocultara la verdad a Igor, para no añadir dolor a su desgracia, prefería que la familia de Dragan lo creyera un héroe, un soldado leal a su patria y nunca llegaran a saber que había muerto como un... (se contuvo, no llegó a pronunciar la infamante palabra), pero sí le pedía que les transmitiera que su padre había negociado personalmente con la Armija la recuperación del cadáver de su hermano e hijo. A medida que detallaba los pormenores del canje: cinco cadáveres musulmanes, más dos camiones de munición, a cambio del solitario cuerpo de Dragan, se iba percatando de lo absurdo que sonaba, lo obscena que tenía que resultar esa permuta a oídos de un civil como Danilo. Decidió no mencionar que su padre extremó su generosidad hasta ofrecer un tanque.

—¿Así que tú crees que Igor y su familia deberían estar agradecidos al general Mladić por haberles entregado el cuerpo de su hijo? —le preguntó Danilo. Y sin esperar a su respuesta, le explicó lo que «de verdad» sucedió. Dragan no se ofreció voluntario; no quería ir a la guerra, se proponía tramitar la baja en el ejército yugoslavo y regresar a Niš, para trabajar en el negocio familiar; en eso estaba cuando le llegó la orden de su superior de que se incorporara al ejército de la Republika Srpska en el frente de Bosnia. Igor se lo contó, muy preocupado, y él, Danilo, recurrió a su cuñado, Branko... (Danilo vaciló y decidió omitir el apellido), que tenía muchos contactos y era amigo del general... un general influyente, por cuya mediación su cuñado había conseguido eximir del reclutamiento a otros hombres—. No es ningún secreto que esto se hacía, o se hace —dijo Danilo—; tu hermano Darko no ha ido a la guerra, a ninguna de las dos, ni a la de Croacia ni a la de Bosnia, aunque por edad le hubiera correspondido. En este país con la influencia adecuada todo es posible. —Ana calló. Dejó pasar la impertinencia, el insulto, el tono agresivo. No se levantó indignada ni abandonó el café, como habría hecho en otras circunstancias. Guardó silencio mientras Danilo encendía un cigarrillo, daba dos o tres caladas, volvía la vista atrás y a los lados, inquieto, como temeroso de alguien o de algo, hasta que por fin retomó su relato—. El general se interesó por el asunto, movió hilos, hizo gestiones —dijo Danilo—, al cabo de las cuales confesó a mi

cuñado que no podía salvar a Dragan: se había recibido una orden directa del general Ratko Mladić conforme el cabo Dragan Stojković debía ser enviado a la mayor urgencia a primera línea del frente de Bosnia. Y Dragan fue y lo mataron, pero no los musulmanes; fueron soldados serbios quienes le dieron el tiro de gracia. Y no murió en el campo de batalla, no le cupo ese honor, si es un honor que te mate una bala. Una noche en que su compañía acampaba cerca de Vanovići Selo, Dragan y dos soldados más decidieron desertar. Alguien dio la alerta; los persiguieron. Los otros desertores consiguieron huir, él no; se tropezó con algo en la carrera, un raigón o una piedra. Habían elegido para su acto una noche sin luna y no se iluminaban con linternas, sus perseguidores sí y no tardaron en dar con él, caído de bruces en un claro del bosque. No le dio tiempo a volverse ni a incorporarse, no llegó a ver el rostro de sus ejecutores: soldados de su pelotón, compañeros suyos, le descerrajaron dos tiros: uno en la espalda, por desertor; otro en la nuca. Lo dejaron allí, tendido en la maleza, un cadáver estorba la marcha de un ejército. Conozco estos detalles porque me los contó de viva voz uno de los soldados que escaparon con él y lo vio todo —dijo Danilo—. Me hallaba en Niš, en casa de Igor, cuando llegó la noticia de la muerte de Dragan y, unos días después, su cadáver. El desertor del que te hablo acudió al funeral y habló con Igor y conmigo.

Se separaron sin despedirse. Ella le dijo que no le creía. Danilo replicó que era libre de creer lo que le conviniera. Le hizo notar que era difícil comprender cómo pudo el general Mladić, el comandante en jefe de un ejército de ochenta mil hombres, llegar a saber de la muerte de un simple cabo y molestarse en pujar por su cadáver si ni siquiera tenía noticia de que estuviera en Bosnia.

—Quizá —le dijo—, tu padre sea clarividente; suele compararse con Dios, así que no me extrañaría que gozara de poderes sobrenaturales. Si los tiene, pídele de mi parte que resucite al mío, lo mató un francotirador serbio en Sarajevo. Pero tal vez no me creas —añadió—, puede que no te convenga, disparar a las piernas de un viejo que cruza una calle no es propio de un héroe serbio.

Luego le preguntó si había alguien esperándole en la puerta y si el general Mladić lo iba a escarmentar por haberle hecho esas confidencias. Recogió su paquete de tabaco, su mechero, el chaquetón azul que había colgado del respaldo de la silla y que ella recordaba haber comprado con él cuando eran amigos, se peinó con los dedos el remolino rojo de la coronilla y desde la posición de superioridad que le confería su altura, le pidió disculpas.

—Creí que tú lo sabías —dijo—, yo sospechaba, todos sospechábamos, que estabas detrás de la decisión de tu padre, consintiendo o azuzándolo. Si no es así, te pido perdón, pero no me arrepiento de habértelo contado: creo que debes saber. Si Dragan no te hubiera... —Dejó esa frase en suspenso, no la terminó, no era preciso. Ahí fue cuando ella se levantó de la silla y salió del café antes que él. Sólo después recordó que no había pagado su consumición.

Llegó a casa muy tarde, cerca de las tres; el primer autobús no se detuvo en la

parada porque iba lleno, para meterse en el segundo tuvo que forcejear con una mujer que llegó a tirarle del pelo para intentar bajarla del estribo y quitarle el sitio. La solidaridad, la camaradería de los primeros meses del embargo se había desvanecido; tres años después, los belgradenses eran seres desesperados y agresivos. Empezó a llover cuando subía la cuesta de Blagoja Parovića, se había levantado un vendaval, volvía a soplar el *košava*, el áspero viento invernal, como para recordarles que la primavera era un espejismo, una ilusión, que el frío seguía acechando pese a los renuevos y los árboles en flor. No le importó mojarse, como si la lluvia y el frío repentinos fueran un castigo merecido. Le vino a la memoria aquella narración de Tolstói, *Después del baile*, y se preguntó si la hija del coronel que azotó al desertor, aquella Varénka que tanto había compadecido, era inocente. ¿Y si Varénka sabía y no le importaba? ¿Y si tenía pleno conocimiento de lo que su padre iba a hacer en el descampado y pese a ello siguió bailando con el narrador, indiferente, ajena a todo lo que no fuera su propio placer? Llegó a su casa con una mentira preparada para justificar su retraso. Diría que se había entretenido hablando con un profesor en la facultad. Se disponía a cerrar la puerta de entrada tras de sí cuando oyó los gritos. Una algarabía de voces alteradas y también sollozos, un gimoteo sostenido. Su padre había muerto, ésa era la causa de la conmoción, lo supo con plena certidumbre, como si lo hubiera esperado o intuido. Y no sintió dolor, sino una aflicción impura, teñida de alivio. Pero no era eso, la muerte de su padre, la tragedia que se lloraba en su casa, sino el artículo de *NIN*. Amigos leales y buenos vecinos habían acudido a la casa del general, quien se hallaba en Bosnia, para consolar y apoyar a su familia. «Es una infamia. ¡Cómo se han atrevido! Injurian a un gran héroe serbio, un hombre íntegro, el único capaz de plantar cara a esos traidores de Milošević y Ćosić. Es una conspiración, Mira Milošević está detrás de esto. *NIN* no osaría publicar semejante artículo sin el beneplácito del gobierno. No le perdonan que les diera una lección de patriotismo y se negara a defender el plan de paz de Vance-Owen, la tienen tomada con él desde entonces», se lamentó su madre. Aquella sesión histórica en el parlamento de Pale en la que su padre pudo acabar con la guerra de Bosnia pero no quiso. Una amiga de la familia se abalanzó sobre ella y la abrazó con fuerza. El aliento le olía a café, a tabaco y a carmín. «¡Ánimo! —le dijo, como si le diera el pésame—. ¡Tu padre es un gran hombre! ¡Nunca lo olvides, nunca!» Le apretaba una muñeca con tanto ímpetu que le clavó las uñas. «¿Cómo se llama el director de *NIN*? Ha llamado papá para preguntarlo», oyó decir a su hermano Darko. «Dušan... Dušan Veličković», contestó alguien. Su madre sollozaba sentada en el sofá, junto a un militar, compañero de armas de su padre, quien había tomado entre sus peludas manazas las manos pequeñas y arrugadas de Bosiljka y le susurraba palabras de consuelo mirándola a los ojos, como si la estuviera cortejando. Era un extraño velatorio. «Ana —la reclamó su hermano—, te llaman por teléfono. Creo que es Mirjana.» Llevaba meses sin tener noticias de ella. Había llegado a suponer que también Mirjana consideraba su compañía pernicioso y había decidido poner

distancia con la hija del psicópata. Pensó que la había juzgado mal: como las verdaderas amigas, Mirjana la llamaba en un momento de crisis para ofrecerle cariño y su amistad inquebrantable. Pero Mirjana no hizo alusión alguna al artículo de *NIN*, quería hablar con ella de otro asunto. Algo personal, muy delicado, confidencial, «pero he pensado —dijo Mirjana—, que tú me comprenderás porque viviste una situación parecida a la mía». Le confió que estaba enamorada de un hombre casado, un actor. Le dijo el nombre: era conocido. Se veían desde hacía unos meses y ella, simplemente, no aguantaba más. «Tiene que decidirse, su mujer o yo, así no podemos seguir —aseguró Mirjana—. Me da largas, excusas, pero se ha de mojar. “¿Me quieres o no me quieres?”, le pregunté ayer. “¡Cómo puedes dudar!”», me contestó. “Pues si me quieres, deja a tu mujer”, así de claro se lo planteé y he pensado... ¿me escuchas Ana?, ¿estás ahí?» «Sí, te escucho, Mirjana», le mintió. Ni siquiera le había preguntado cómo estaba. La había llamado sólo para contarle sus problemas amorosos o para oírse hablar a sí misma de ese dilema que a Ana se le antojaba irrelevante, infantil, egoísta. La vida normal seguía para los demás, me quiere o no me quiere, me compro o no me compro una chaqueta nueva, voy o no voy a la *slava* de X... «He decidido que si él no da el paso, lo dará yo: llamaré a su mujer y se lo contaré todo. Si se enfada, que se enfade, no puede continuar engañándonos a las dos. ¿Tú qué opinas?», quiso saber Mirjana. Ella no tenía opinión. Colgó el teléfono con suavidad. No regresó a la sala. Fue al gabinete de trabajo de su padre. Las libretas que contenían sus diarios de guerra estaban donde siempre, en la estantería superior de la librería, ordenadas por orden cronológico. Su padre nunca le había dicho: no las leas, pero ella tuvo la impresión de estar transgrediendo una orden cuando escogió algunos tomos, los del período que quería investigar, y los depositó sobre la mesa de trabajo. Se sentó en la butaca, cuyo tapizado retenía un olor acre, a sudor y tabaco, característico de su padre. Las páginas estaban manuscritas con letra clara y regular, en caracteres cirílicos. Hubo un tiempo en que su padre empleaba la grafía latina, la oficial en el ejército popular de Yugoslavia, pero desde que el país se escindió, adoptó la cirílica, una señal de identidad, de patriotismo. No halló ninguna mención a Dragan en los volúmenes que cubrían el año 1992. Examinó con especial atención las notas relativas a noviembre, mes en el que murió. Nada. Y eso que su padre era un diarista concienzudo, exhaustivo: registraba no sólo los pormenores de la campaña bélica, también todo lo relativo a la logística y la intendencia, dejaba constancia hasta de la producción mensual de huevos de las gallinas militarizadas. Leyó entradas que le perturbaron. En julio de 1993 su padre anotó que Milošević le había instado a terminar la guerra cuanto antes y le advirtió que no debía darse «excesivo apoyo» a los croatas en Herceg-Bosnia. También registró con su pulcra letra una transacción comercial con el ejército croata; éste entregó al ejército de la Republika Srpska 1.191.246 marcos alemanes, en pago de un suministro de armas, así como de «servicios prestados» sin especificar y de dos cisternas de fuel. Otras entradas daban fe de ulteriores reuniones con el enemigo: en una de ellas, celebrada el 26 de octubre

de 1992, Slobodan Praljak, un general croata, manifestó a su padre que estaba convencido de que lograrían forzar a Alija a dividir Bosnia. «Nos conviene que los musulmanes tengan su propio cantón y se queden allí.» Ese mismo militar croata se había visto con su padre hacía sólo unas semanas, en febrero de ese año. «Los musulmanes son nuestro enemigo común —afirmó Praljak—. Matar a cincuenta mil musulmanes más no conduce a nada. Enseguida se recuperan. Hay que intercambiar a la población.» Y su padre había reproducido esas palabras sin un reproche, ni siquiera un signo de exclamación, con la misma frialdad con que anotaba que la producción de leche de las granjas debía aumentar. «Yo jamás he negociado con los croatas, ni les he vendido armas, ni hemos hablado de dividirnos Bosnia. ¡Son nuestros enemigos! Me jacto de ser un hombre íntegro. ¿Cómo voy a tener tratos con ellos?», declaró su padre en una entrevista que le hicieron en la televisión de Belgrado y que ella y su madre siguieron desde el mismo plató. «¡Son mentiras, calumnias que fabrican los alemanes y los americanos para desacreditarnos!», afirmaba irritado cuando algún medio de comunicación se hacía eco de ese rumor. «Yo nunca te he mentado ni te mentaré», le había dicho a ella la última tarde que pasaron juntos, sentados a esa misma mesa, limpiando las pistolas y hablando sobre Dragan.

En otra entrada del diario su padre transcribió una entrevista con el patriarca Pavle. «No podemos elegir a nuestros padres ni los tiempos ni el pueblo en el que vamos a vivir», eran palabras del patriarca, reproducidas por su padre, que le causaron una honda impresión, como si el santo padre hablara para ella, conociera su tribulación. «Mi hijo es la primera de muchas generaciones que pudo conocer a su padre. Ha habido tantos ataques contra el pueblo serbio que los niños no conocen a sus padres», había dicho su padre en la entrevista de *NIN*. Ella pensaba que la gente de Belgrado, al leerla, supondría que se había colado una errata en el texto o que ese general serbio de la *krajina* era un ignorante que desconocía las más elementales normas de sintaxis. La costumbre de llamar hijo a la hija, como hacía su padre cuando hablaba con ella, era, en efecto, propia de la *krajina*, una forma de decir: te quiero tanto que te asciendo a hombre.

Madrugó como siempre al día siguiente. Nadie estaba levantado aparte de ella, también eso era lo habitual. Salió a dar un paseo con los perros. Deseó buenos días a un agente de la unidad Cobra, vestido de paisano, que hacía guardia en los alrededores de la casa. No lo había visto antes, era nuevo. «No sé si los ponen allí para protegerme o para vigilarme», decía su padre sobre los dispositivos de la unidad especial encargados de la custodia de la familia. Ella procuraba ser simpática con ellos; nunca olvidaba saludarlos y en más de una ocasión había salido a la calle con tazas de café para hacerles más llevadera la tarea, como si buscara disculparse por ser la causa de su ingrata vigilia, aunque el motivo de sus desvelos no era ella, sino su padre, quien solía tratarlos con desdén y aspereza y, en el mejor de los casos, con indiferencia. Había permanecido despierta la mayor parte de la noche; en algún momento de la madrugada el sueño la venció, pero a la hora acostumbrada, las seis de

la mañana, se despabiló. Su rutina diaria solía iniciarse con un paseo mañanero, acompañada de los perros, que esperaban su aparición en el jardín y la recibían meneando el rabo, con brincos y lametones aduladores, impacientes por salir a la calle, que a esa temprana hora estaba desierta. La hierba de los prados que se extendían a los lados, por detrás de los árboles que flanqueaban la calle, brillaba en la luz tibia del amanecer, húmeda del rocío; allá al fondo, al frente y a su derecha, los bosques eran una mancha oscura, en sombra todavía, y el cielo, entre gris y azul pálido, iba adquiriendo una coloración rosada a medida que el sol se elevaba y ocupaba su sitio. Recién levantada solía sentirse animosa y llena de energía. Los perros saltaban, corrían, hacían cabriolas en torno a ella, quien, si estaba de humor, se molestaba en buscar un palo entre los hierbajos de la vereda y lo lanzaba lejos, para que lo cobraran. En época de exámenes aprovechaba la lucidez y la quietud de la mañana para refrescar la lección memorizada la noche antes; en otras ocasiones, se dejaba llevar por la fantasía, una fantasía pueril, ingenua, siempre la misma. Corre el año 2000 o 2001. Ella, la cirujana cardióloga Ana Mladić, está a punto de terminar su servicio de guardia en el hospital de Belgrado, cuando una enfermera le informa de que acaba de ingresar un varón con un aneurisma de aorta colapsada, que precisa ser intervenido de inmediato. El cirujano de día aún no ha llegado. La doctora Mladić sabe que su hija la espera, es su cumpleaños y la niña le ha pedido que sea ella quien la despierte en ese día tan especial, no quiero otro regalo. «Mamá —le ha dicho—, sólo que estés conmigo»; es una niña dulce y austera. Tendrá que defraudarla, la vida de una persona está en juego. Se enfrenta a una operación muy compleja, de alto riesgo, a corazón abierto, sin ninguna preparación previa y en un estado de agotamiento físico y mental: es un reto tremendo. La doctora Ana Mladić entra en el quirófano vestida con su uniforme verde de cirujano. Se pone los guantes, una enfermera le ajusta la mascarilla. El anestesista cumple con su trabajo. «Que no se vaya nadie —advierte la doctora a las tres enfermeras, al anestesista y a su ayudante—. Es una operación a vida o muerte y puede llevarnos todo el día.» El equipo ha pasado en vela la noche, como ella, pero son profesionales: nadie protesta, intercambian miradas de inteligencia y asienten con una leve inclinación de cabeza. El paciente es un hombre mayor, en la sesentena. No distingue sus facciones porque la intubación le oculta el rostro. En cualquier caso, prefiere no verlo: la probabilidad de que ese hombre sobreviva al quirófano es de un veinte por ciento. La doctora Mladić respira hondo y practica la primera incisión... ¿En qué momento descubre que el paciente cuya vida acaba de salvar es su propio padre? «Yo no lo habría hecho mejor, es una operación impecable —dirá más tarde, maravillado, el doctor H, cirujano jefe de cardiología del hospital—. ¿Tenía usted experiencia previa en este tipo de intervenciones, doctora?» «Sólo como ayudante suya —doctor—; aprendí de usted todo lo que sé», contesta ella, tímida, modesta. «Me has devuelto la vida, hijo», le dice su padre cuando recupera la conciencia. «Tú me la diste antes, ahora estamos en paz», susurra ella. Ésa era la fantasía en que se deleitaba en el camino de ida; para

el de regreso tenía otra distinta.

En el año dos mil algo, ella sube por la cuesta de Blagoja Parovića acompañada de su familia. Van a casa de sus padres, que hoy celebran su *slava*. Su hijo mayor es un hombrecito de diez u once años, un chico despierto, vivaz, buen estudiante, que se parece mucho a su padre. La segunda, la niña, es un calco de Ana cuando era pequeña, lo cual a ella le complace y a la vez le provoca ansiedad, desea que no cometa sus mismos errores, reza para que no adolezca de sus mismos defectos; acaso por eso es más severa y exigente con ella que con sus hermanos. La niña lleva puesto un vestido nuevo y dado que es presumida, como todas las niñas, va muy contenta, salta ora sobre un pie, ora sobre el otro y agita en el aire una ramita verde que ha arrancado de un árbol, moviéndola como si fuera la vara de una majorette. Se llama Ana. Ella tenía pensado ponerle Bosiljka, en homenaje a la abuela, pero el abuelo, el general Mladić, ha impuesto su elección. De forma inevitable, Ana es la nieta favorita del general Mladić. Cuando lo ve, salta a sus brazos, segura de que será bien recibida. El abuelo le prodiga arrumacos, la mima de un modo vergonzoso; ella, la madre, le riñe: «No está bien que le hagas tanto caso, sus hermanos se dan cuenta de que es tu preferida.» El pequeño se cansa a mitad de camino y pide a su madre que lo lleve en brazos. Acaba de cumplir tres años. Habla con una media lengua que les divierte a todos, es travieso y temerario y ella intenta ocultar ante sus otros hijos la debilidad que siente por el benjamín. Se llama Ratko. Los tres niños se apellidan Mladić. Para celebrar sus respectivos nacimientos el abuelo Mladić disparó al aire con la vieja Zastava, que el niño mayor ha aprendido a desmontar y a limpiar. Ella considera que es demasiado pronto, pero el abuelo ya le está enseñando a disparar. El chico, que de mayor quiere ser soldado, ha prometido de forma solemne que se ocupará de perpetuar la tradición familiar. «No sé si la Zastava aguantará tanto —dice el abuelo—. Es un vejestorio, ¡tiene más de medio siglo!» Dando la mano a su hija Ana, camina junto a ella su marido, ese hombre generoso que ha renunciado a que sus hijos lleven su apellido. No tiene rostro, no todavía; su cara está en sombra, pero cuando se aclare y se perfilen sus rasgos, revelará unas facciones nobles. Será un hombre apuesto y varonil, que no se parecerá en nada a los demás hombres que ella ha conocido. Será atento, cariñoso, inteligente, sincero... No la abrumará con el relato de sus vanidades y de sus proezas o con sus problemas de trabajo; preferirá escucharla. Beberá con moderación, jamás se emborrachará, ni tendrá bruscos cambios de humor, súbitos arrebatos de cólera que harán temblar a su mujer e hijos; será un hombre mesurado, reflexivo, muy comprensivo con las debilidades ajenas y, de forma especial, con las de su esposa, que a él no se le antojarán defectos, sino prendas y a quien nunca exigirá de malos modos que le traiga más pan o le sirva la cena. No hará falta que se hablen, ni siquiera que se miren a los ojos: tendrán una especie de comunicación telepática. Por descontado, no fumará, será sano y deportista, un hombre educado y trabajador, muy laborioso, aunque no carecerá de sentido del humor; dará la casualidad de que los dos se reirán por las mismas cosas y

compartirán gustos y aficiones, si bien, a diferencia de ella, él será un experto jugador de ajedrez, para satisfacción del general, su suegro, por quien se dejará derrotar invariablemente. No será médico ni militar, con el fin de evitar rivalidades incómodas. Ingeniero o arquitecto, lo más probable. En la cama, adivinará sin que ella tenga que decírselo lo que le gusta y lo que le molesta o apura. Jamás se sentirá extraña en su compañía, no volverá a experimentar esa angustiosa sensación de estar compartiendo lecho con un desconocido, ni temerá hacerle una caricia o enroscarse en torno a su cuerpo; él la querrá con un amor tranquilo y sereno. La familia feliz se regocija en ese alegre y cálido día de primavera, camino de la casa de los abuelos. ¡Jáparo, jáparo!, dice el pequeño Ratko, lleno de entusiasmo, señalando con un dedo a un mirlo que les sobrevuela. ¡Pájaro, se dice pájaro, Ratko!, le corrige muy serio su hermano mayor. Mamá, pregunta de pronto Ana, su hija. ¿Por qué esta calle se llama bulevar del general Mladić? ¿Es del abuelo? ¿La ha comprado entera? Ella y el hombre borroso, por definir, ríen al unísono la ocurrencia de su hija. No, Ana, la calle no es del abuelo. Las calles no tienen dueño, son de todos, explica a su hija. Esta calle antes se llamaba Blagoja Parovića, pero le han cambiado el nombre en honor a tu abuelo, porque el pueblo serbio le está agradecido por los servicios que le prestó en la última guerra. Si no fuera por el abuelo, Serbia no existiría, proclama solemne su primogénito. Él ganó la guerra contra los musulmanes y los echó de Serbia. Si la hubiera perdido, ahora todos seríamos turcos, tú llevarías velo y papá y yo rezaríamos a Alá, la frente en el suelo y el culo para arriba, informa a su hermana, que le escucha espantada. Luego el niño se pone a enumerar con fastidiosa precisión todas las batallas que libró y ganó para Serbia el heroico general Ratko Mladić; lo ha estudiado en la escuela, forma parte de la historia patria. Su impaciente hermana no le deja terminar. Pregunta: «¿Cómo puede ser que el abuelo sea un general tan magnífico si cuando jugamos al pimpón le gano yo siempre? ¡Tendrían que ponerle mi nombre a la calle!»

Hoy no se permite ninguna fantasía. Pasa frente al único restaurante de la calle, el Kraljica. Los perros cruzan sin hacer caso de sus gritos y corren hacia el establecimiento. La dueña suele hacerles regalos: restos de una chuleta, algún hueso. Está cerrado, es demasiado pronto, pero los perros no lo saben y vuelven hacia ella unos ojos angustiados, interrogantes: ¿qué pasa? ¿Por qué no hay nadie? Solía detenerse en el Kraljica a tomar un café, antes de regresar a casa. Es bienvenida allí, todos la conocen, a ella y a su familia. El dueño le pregunta por el general, por su esposa, por Darko y también por ella. ¿Ha terminado los exámenes? ¿Ya puede llamarla doctora? Se escandalizaba de que no tuviera novio, no entendía que los mozos serbios dejaran escapar a una chica tan guapa, «no tienen ojos en la cara —aseguraba—, si no estuviera casado con ésta, mañana mismo iba a casa de tu padre a pedirte en matrimonio». Ésta, su mujer, fingía enfadarse. «Por mí no sufras —decía—, cuando quieras te doy el divorcio. ¡Como si me faltaran pretendientes!» Luego conocieron a Dragan, que los engatusó con sus zalamerías y desde entonces se

interesaban por él. «¿Cómo está el capitán? —bromeaban—. ¿Cuándo vendrá por aquí? Le tengo reservada, para que la pruebe, una *rakija* de mi aldea que no tiene comparación con el aguachirle que beben en Niš.»

Y quizá por ello ya no se paraba a charlar con ellos. «Si Dragan no te hubiera conocido, seguiría vivo», era lo que había empezado a decir Danilo; lo que pensaba él y también Igor, Petar, Marko, Martina... No podemos elegir a nuestros padres ni los tiempos ni el pueblo con el que vamos a vivir. Era un hombre sabio el patriarca Pavle. Si Yugoslavia no se hubiera desgajado, si los croatas no se hubieran empeñado en ser independientes, si Milošević no hubiera empezado la guerra, si Milošević nunca hubiera sido presidente de Serbia, si Karadžić no hubiera creado esa estúpida Republika Srpska, su padre no la habría traicionado. Sería un militar cercano al retiro, capitán o teniente coronel, no habría llegado a general. Seguiría viviendo en Skoplje o puede que en Priština o tal vez le hubieran dado otro destino, Eslovenia o la Vojvodina. Tendría ese carácter peculiar, explosivo: encantador, chispeante, el alma de la fiesta cuando estaba de humor, áspero y desabrido cuando algo lo contrariaba, pero nunca habría matado a nadie. Y a ella no le habría mentado. «Se compara con Dios», había dicho Danilo. Y era cierto. El poder, los halagos, las reverencias lo habían transformado. Con frecuencia hablaba de sí mismo en tercera persona, como rendido a la admiración y el respeto que le infundía su propio personaje: «Si el general Mladić garantiza esto, es como si lo garantizara Dios.» Se creía por encima del bien y del mal, un héroe legendario, con una misión: salvar a Serbia. «No sirve de nada matar a cincuenta mil musulmanes más. Enseguida se recuperan.» Esa frase le producía escalofríos sólo ahora que la había visto escrita, traducida en palabras. Hasta anteayer la hubiera suscrito de un modo tácito, sin admitirlo. «Es necesario que mueran inocentes por la causa de la nación serbia, deben sacrificarse por las generaciones futuras...» Se recordaba explicándole eso a una confusa y poco convencida Nadica, que sólo atinaba a defender la necesidad de que terminara, fuera como fuere y de una vez por todas, la guerra.

Tenía que hablar con su padre sobre Dragan. Decirle: sin mi conocimiento ni mi consentimiento, a mis espaldas, enviaste a la muerte a un pretendiente mío que te disgustaba. Además, me has mentado. ¿Qué puedes decir en tu descargo? Sabía cuál sería su reacción: se encolerizaría, lo negaría todo, la insultaría por atreverse a dudar de su palabra. ¿Quién te ha dicho esas mentiras? ¿Quién me calumnia de ese modo? Dime sus nombres. Siempre se había jactado de no temer a su padre; no era cierto, la perspectiva de enfrentarse a él la aterraba. Si pudiera escapar, huir al extranjero, como Danilo... Trabajaría en cualquier cosa, viviría en la calle de ser preciso, se las apañaría para sobrevivir en otro país, en Francia, Italia o España. ¡En Andorra! Pero tenía un nombre maldito: se apellidaba Mladić y su padre era un criminal de guerra para los occidentales. Y aun cuando lograra su propósito, no dejaría de saber lo que sabía, no podría olvidar a Dragan y a todos los muertos, no podría bailar como Varénka, feliz y despreocupada: el trabajo de su padre consistía en matar gente y era

un trabajador incansable. En su ausencia, los cadáveres seguirían amontonándose. Pero los musulmanes, la Armija y los Boinas Verdes, también asesinaban, violaban y torturaban a civiles: había visto y pisado aldeas serbias incendiadas, había hablado con las víctimas, había llorado los cadáveres. Y los croatas no eran mejores que ellos; mataban con mayor discreción y menos ruido, pero también lo hacían. Tenía la impresión de estar rodeada de inmundicia por todas partes; ya no sabía qué estaba bien o mal, a quién creer, cómo comportarse. ¿Fingir que no sabía, que no pasaba nada, hacer como su madre y su hermano, que adoraban a su marido y padre sin cuestionarlo y se dejaban llevar mansa, dócilmente, por las rutinas del día, tener la casa limpia y bien aprovisionada, aprender informática, pasear con la novia, ajenos a lo que sucedía allá lejos, al otro lado del Drina?

Era hija de su padre: no podía.

El general volvió de Bosnia esa mañana. La casa se llenó otra vez de gente; militares que deseaban mostrar su solidaridad en las horas difíciles, los mismos amigos y partidarios que les expresaron sus simpatías la otra tarde. Su padre disimulaba su mal humor con una euforia exagerada, histérica. Le molestaban sus gritos, su altanería, la forma que tenía de mandar: «¡Bosa, nos traerás más *rakija*!» ¿No podía pedirlo por favor? Le disgustaba su olor, el aliento le apestaba a *rakija*. Y fumaba sin parar y tamborileaba con los dedos sobre la mesa e interrumpía las conversaciones y reclamaba la atención de todos para contarles otra vez sus bravuconadas: «y le dije al general Rose..., y le solté a Karadžić, ¡que se vayan a la mierda esos negros de la ONU!». Todo eso le ofendía y también que las visitas, como cortesanos lisonjeros, rieran sus gracias y lo cubrieran de alabanzas: tanto le habían dicho y repetido que era un gran hombre, un nuevo rey Lazar, que había acabado por creerlo. Les hicieron fotos. «¡Ana, sonríe! ¡Haz un esfuerzo para la posteridad!» No sonrió, no pudo. De alguna parte salió un acordeón y se pusieron a cantar. Su padre se excusó y abandonó el salón. Poco después ella lo imitó. La puerta del gabinete de su padre estaba entornada. Le llegó su voz, hablaba por teléfono. Daba órdenes a alguien. Decía: «Métele el miedo en el cuerpo a ese... ¿cómo se llama?... Dušan, sí, Dušan Veličković. Es el director de *NIN*. Acojónale, que se cague encima, que no pueda dormir esta noche ni las que vienen. Del otro, de Gaja Petrović, ya me he encargado yo.»

Era impensable hablar con él. «Dime sus nombres, le exigiría, quiero saber quién me calumnia...» Ya había muerto Dragan por su culpa, no iba a sacrificar también a Danilo o a Igor. Volvió sobre sus pasos y se encerró en su habitación. El libro de Medicina Legal seguía abierto sobre la mesa, pero no tenía intención de estudiar. Se puso a escribir una carta. Cuando ya había llenado una cuartilla, la leyó y, descontenta, hizo trizas el papel y volvió empezar. Oyó pasar a su padre frente a su habitación. Temió que se detuviera ante su puerta, pero el rumor de sus pisadas se perdió en las escaleras. Salió al pasillo a oscuras y entró en el gabinete de trabajo. Cerró la puerta con sigilo, dio la luz, buscó la llave del armario de las pistolas; estaba

en su sitio. Sacó la Zastava, limpia y engrasada por ella hacía unos días. Cogió dos balas, las metió en un bolsillo y escondió la pistola debajo de su jersey, el cañón sujeto por la cinturilla del pantalón. Notó un peso frío en el vientre, sobre la camisa, que le reconfortó; pensó, absurdamente, que algo parecido debían experimentar las embarazadas al notar un cuerpo extraño que bullía en su interior; una promesa de futuro, un mañana mejor. Cerró el armario, introdujo la llave en su escondrijo, apagó la luz y salió. Su padre avanzaba hacia ella desde el otro extremo del corredor. No gritó. Sintió tanto pánico que se quedó donde estaba, yerta, paralizada. Veía acercarse, bamboleándose, la recia figura de su padre, iluminada desde atrás por el haz de luz de la escalera; oía su respiración, anhelante, ruidosa. Tuvo la impresión de que sus ojos azules brillaban y veían en la oscuridad, como los de los gatos, y que había furia e ira en su mirada; la había visto, lo sabía todo. Su padre presionó el interruptor.

—¡Hijo! —musitó muy cerca de ella—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste? ¿Qué tienes? —Le tomó la cara con sus dos manos, unas manos pegajosas, húmedas, que se adherían a sus mejillas como ventosas. «Que no me abrace, que no me roce el vientre y note la pistola», rezó—. ¡Mírame a los ojos! —le pidió su padre con una voz tierna, implorante, muy distinta del tono que había empleado abajo, con los otros—. Llevas toda la tarde evitándome —le reprochó—. ¿Qué sucede?

—Consígueme un puesto en un hospital de campaña en el frente de Bosnia. Déjame ir. Quiero aliviar el sufrimiento de los soldados —le rogó y, a medida que hablaba, se fue persuadiendo a sí misma de que esa podía ser una salida; ella devolvería la vida a unos soldados mientras su padre segaba la de otros, una suerte de compensación: él mata, yo curo, quedamos en tablas. Sus palabras tuvieron el efecto deseado; su padre retiró las manos.

—No puede ser —le dijo—, primero tienes que aprobar las asignaturas que te faltan. Ya lo hablamos hace poco; nada ha cambiado.

Al otro día, 23 de marzo, desayunaron todos juntos. Su padre había retrasado su partida porque el frente de batalla estaba en calma y deseaba disfrutar de su familia, eso fue lo que dijo, pero Ana tenía el convencimiento de que su preocupación por ella era la causa de que hubiera prolongado su estancia. Su padre y su madre parecían competir en lanzarle de reojo miradas alarmadas, hasta su hermano Darko, ese chico tranquilo y ensimismado, ensayaba atenciones nuevas con ella.

—¿Te sirvo más café? —le preguntaba.

—¿Has comido algo? —intervenía su madre.

—Haz un esfuerzo, Ana, no comes nada. ¿Cómo vas a estudiar si no te alimentas?

—¿Qué tal has dormido? —era el turno de su padre.

No podía mirarle a los ojos, lo descubrió esa mañana. Le parecía que todo lo que decía, hasta cuando alababa el café hecho por su mujer, eran mentiras. Darko leía el diario *Polítika*.

—Ese Gaja Petrović, el militar que escribió el artículo de *NIN*, se queja de que lo

has amenazado, papá —dijo.

Su padre montó en cólera, como era de esperar. Él no había amenazado a nadie, si tenía que arreglar cuentas con alguna persona, lo hacía cara a cara.

—Ese Petrović miente más que habla. Me tiene envidia, eso es lo que le pasa. Está a sueldo de Milošević y de su gente. ¿Cuánto le pagarán por injuriarme? No merece la pena perder el tiempo con la chusma. Ya me he olvidado de él. Tengo cosas más importantes que hacer. —Murmuró algo acerca de Goražde y Srebrenica, esas poblaciones serbias que todavía controlaban los musulmanes y que se proponía recuperar; tenía que vengarse de los turcos por las matanzas de serbios en Kravica. Meneó la cabeza y, hablando con su plato, dijo, en el tono del que acepta una fatalidad—: Queda mucha guerra todavía.

A media mañana salió de nuevo a pasear con los perros, pero no hizo caso de sus fiestas y requerimientos para que jugara con ellos. Debía concentrarse en la preparación del examen final, el más difícil de cuantos había afrontado y el único para el que no era preciso estudiar. Empezaría diciendo: papá, he sabido (no le diría de labios de quién bajo ningún concepto), he sabido que Dragan no fue voluntario a Bosnia, que lo enviaste tú... Y luego él diría... Gritaría o no, suplicaría, y sería peor. ¿No me crees? Soy tu padre, nunca te he mentado ni te mentaré. ¿Por qué das crédito a esos extraños que sólo persiguen acabar conmigo? ¿Tú, mi hija, mi hijo, vas a traicionarme? No se dejaría embaucar; se mantendría firme. He leído tus diarios. ¿Me vas a negar que has vendido armas al enemigo? ¡Lo has escrito de tu puño y letra, no es ningún infundio! La guerra es un asunto muy complejo, aduciría su padre. Entiendo que te escandalices, eres una mujer, por inteligente que seas no puedes comprenderlo. A veces hay que contraer extrañas alianzas: croatas y serbios tenemos nuestras querellas pero compartimos un enemigo común, los turcos. Su padre era elocuente, con su verbo y su gesto imperioso había abortado motines militares, había convencido a los parlamentarios de Pale... Me indujiste a lanzar morteros sobre un enemigo que no podía ver. ¿Quién había al otro lado de Treskavica? ¿A quién maté? Sería preferible que se enfadara con ella, que la insultara, que la abofeteara incluso, así le costaría menos sacar la Zastava, apuntarle a la frente, disparar dos veces: un tiro para él y otro para ella. Se acabarían los dos y se acabaría la guerra. Alguien tenía que pararla. Aquella era su misión: matar, morir para salvar vidas. Ese sacrificio penoso y necesario la redimiría de algún modo de la pesada carga de ser hija del general fanático, la causante indirecta de la muerte de Dragan. Por última vez convocó a su familia imaginaria. Los niños corrían delante de ella y de su marido, jugando a pillarse, alegrando la mañana con sus voces y sus risas. El primero en desaparecer fue el hombre sin rostro; no lo sintió gran cosa, era demasiado perfecto. Unos metros más adelante, se esfumó su hijo mayor, quien nunca llegaría a ser soldado ni a disparar ninguna pistola; mejor. A la altura del restaurante dejó atrás a su tocaya, Ana. Sintió la mirada desesperada e incrédula de la niña clavada en su nuca, pero no se doblegó, no había vuelta atrás. Lo más difícil fue desprenderse de Ratko, el pequeño, cuyos

ojos de color azul grisáceo, como los de su abuelo, se llenaron de lágrimas cuando se vio solo y abandonado por quien más quería, pero no retrocedió, sino que apretó el paso al abordar la curva del desvío hacía su casa. ¡Adiós familia feliz! «Crecerán flores sobre las tumbas para las generaciones futuras...» Al abrir la verja sus ojos se posaron sobre el dibujo del busto de su padre que decoraba la terraza del primer piso; en el centro de su pecho el general había hecho pintar un retrato de su hija. Se despidió de los perros con besos y caricias. De su madre se despidió con la mirada. Estaba en el salón, sentada en una silla bajo la ventana. Tejía con semblante plácido y mano diligente aquel tapiz gobelino de la Doncella de Kosovo que aún no sabía a quién regalar. Su madre era un ser previsible, pero también una cifra: ¿qué pensaba, por ejemplo, de la guerra? ¿O de la actuación de su marido? ¿La había enjuiciado alguna vez? ¿Tenía opinión? Sospechaba que no; sólo una lealtad ciega que no osaba cuestionar nada, una adoración terca, incondicional por aquel hombre que era su dueño y su marido, el gran héroe serbio, el señor de la guerra, un semidiós. Entró en el baño, se miró al espejo y no se gustó nada, pero cumplió el ritual: se despidió de sí misma.

Era la última noche que pasaba su padre en Belgrado, saldría para Bosnia al amanecer. Cuando todos se habían ido a dormir (y ella, Ana, a estudiar), su padre solía encerrarse en su gabinete y trabajar un rato más, quizá era entonces cuando escribía en su diario. Sería el momento adecuado. Descalza, para no despertar a su madre y hermano, con la pistola cargada escondida en el vientre, se acercaría al gabinete, llamaría a la puerta. ¿Eres tú hijo? ¿Quieres decirme algo? ¡Entra!, le invitaría su padre. Habría gritos, estaba segura, pero ni su madre ni su hermano se atreverían a irrumpir en el cuarto, el temor al general los contendría. Las voces cesarían con las detonaciones secas de dos disparos. Cuando su madre y su hermano entraran y vieran, sabrían, entenderían. El resto del mundo le era indiferente.

Esa noche su padre estaba de un humor apacible y festivo. Tras la cena propuso a sus hijos una partida de barcos. El último día antes de su marcha le consentían todo.

—E3 —decía ella.

—Tocado —decía su padre.

—B7 —aventuraba el general.

—¡Agua! —anunciaba ella, satisfecha. Su padre se dejó hundir por ella la flota entera.

—¡Me has ganado, sinvergüenza! Has hecho trampas, estoy seguro. Darko te ha chivado las posiciones de mis barcos. ¡Estáis conchabados! —bromeó su padre.

Ella alzó los ojos, sostuvo su mirada unos instantes y los bajó enseguida. Había perdido, nunca podría enfrentarse a un hombre que la quería tanto. Se tocó la cabeza.

—¿Te duele? —la compadeció su padre.

—Sí, mucho —dijo ella.

¡Canta, oh, musa, la cólera de Ratko!

En la sede del ejército serbo-bosnio de Han Pijesak, un cuartel subterráneo acorazado que el mariscal Tito mandó excavar en la roca, Ratko Mladić compartía habitación con un soldado. A las cuatro y media de la madrugada del día 24 de febrero de 1994, el general se despertó, sobresaltado; «sentí un vuelco en el corazón», diría más tarde. Saltó de la cama. Despertó a su ordenanza y le ordenó que llamara a todas las posiciones del fuerte, tenía la premonición o la corazonada de que algo terrible acababa de suceder. El soldado obedeció a su jefe y procedió a las llamadas, al cabo de las cuales le informó de que no había motivo de alarma. Mladić se volvió a acostar. En ese momento sonó el teléfono. Era su hijo Darko, quien le llamaba desde Belgrado. Podía oír, de fondo, la voz de su mujer gritando. Darko le dijo que su hija Ana se había suicidado. Esa madrugada, Ana pidió a su hermano que le llevara un vaso de agua a su habitación, donde estudiaba. Dos horas después, sobre las cuatro y media, se oyó una fuerte detonación. Darko se precipitó al cuarto de su hermana. Ana yacía en el suelo, tendida de costado. Empuñaba en la mano izquierda una pistola, la vieja Zastava. La bala penetró en la sien y quedó alojada en la parte superior del cráneo. La muerte fue instantánea.

El general Mladić se desplazó a Belgrado en helicóptero antes del amanecer. El policía que custodiaba el cadáver le permitió verlo. Mladić entró en la habitación acompañado de su hijo. El policía, desde detrás de la puerta, escuchó un alarido. Años después, no recordaría con exactitud las palabras de Mladić, pero sí que gritó «hija» y «mi única». Cuando Mladić salió parecía sereno; se bebió de un trago una copa de *rakija* y se santiguó. El dictamen del médico forense, Zoran Stanković, fue inequívoco: suicidio por arma de fuego. El general pidió al forense que le entregara la bala que mató a su hija y un mechón de sus cabellos, que conservaría como recuerdo. El propio Mladić se ocupó de maquillar el cadáver.

Ana Mladić fue enterrada en el cementerio de Topčider, en Belgrado. Hubo notorias ausencias en su funeral: Slobodan Milošević, Radovan Karadžić, Nikola Koljević... Una excepción fue la vicepresidenta de la Republika Srpska, Biljana Plavšić, quien sí acudió. La mañana del sepelio era ventosa y clara. El general Mladić, vestido de luto, al igual que su mujer y su hijo, recibió las condolencias de amigos y familiares con los párpados enrojecidos, muy abatido. «Se han llevado mi corazón», les dijo. Se vio al general hundir la frente en la tapa del ataúd y deshacerse en llanto. El cementerio de Topčider se extiende sobre una colina boscosa en las afueras de Belgrado. La tumba de Ana Mladić es sencilla: una lápida de granito gris con la inscripción en cirílico: Ana 1971 - 1994.



La muerte de la hija del general Mladić desató todo tipo de rumores. Se decía que Ana sufrió una transformación a la vuelta de un viaje de estudios a Moscú, ese mismo marzo. Algo había sucedido en Rusia, regresó muy alterada; deprimida, ansiosa, taciturna... Los amigos que la acompañaron a Moscú dijeron que allí tuvieron lugar discusiones sobre la guerra de Bosnia y el papel en la misma del padre de Ana, a quien la joven veneraba. También corrió la voz de que en Moscú, por vez primera, la hija de Mladić tuvo acceso a información no censurada de los hechos de la guerra y que el descubrimiento de los espantosos crímenes que se atribuían a su padre la trastornó, no pudo seguir soportando la carga de su apellido, prefirió quitarse la vida a ser la hija de un criminal. Afines a Mladić divulgaron una versión algo distinta: el detonante del suicidio, según ellos, fue el artículo de *NIN*. Ver a su padre difamado y escarnecido públicamente la hundió en la depresión, no quiso seguir viviendo en un país repleto de traidores. Se habló asimismo de un supuesto novio, un soldado serbio, a quien el general consideraba indigno de su hija y de quien se había librado

enviándolo al frente de Bosnia, donde el muchacho murió. Según esa murmuración, cuando Ana descubrió lo sucedido y la oscura maniobra de su padre, se disparó un tiro. El general Mladić se negó a aceptar que su hija se hubiera suicidado. «Ella no haría algo así —sostenía—, y menos con la Zastava, una pistola muy especial para nosotros, de gran significado en la familia. Tenemos tres pistolas en casa. ¿Por qué iba a escoger ésa?» Ratko Mladić tenía la certidumbre de que su hija había sido asesinada. Insinuó el nombre del asesino: el conocido gánster y paramilitar Legija, a quien Mladić había echado con pocas contemplaciones de la Republika Srpska; «los paramilitares —decía Mladić—, se dedican al pillaje y al saqueo. No han liberado una sola colina. Dan mal ejemplo a los soldados del ejército serbio, quienes llevan una vida disciplinada y austera». Legija, en la versión de Mladić, se habría vengado de él privándole de lo que más quería. Pero el informe policial era tajante: nadie había entrado ni salido de la casa durante la noche, no había huellas, ni puertas ni ventanas forzadas. Dos perros pastores y varios agentes del dispositivo Cobra vigilaban la casa. Ana Mladić acabó con su propia vida, sin injerencia de extraños. La difunta no dejó ninguna carta que pudiera disipar el misterio que en adelante envolvería su muerte. Allegados a la familia sugirieron que el asesinato pudo ser sutil, inducido: alguien envenenó a Ana en Moscú, o le implantó un microchip que alteró su mente y su conducta y la empujó al suicidio. Tal vez un hombre ruso de pelo canoso con quien la hija de Mladić se fotografió. No sería de extrañar; cosas asombrosas suceden en Rusia. En la entrada del diario de Ratko Mladić, correspondiente al día 3 de diciembre de 1996, dos años después, aparece transcrita una conversación que el general mantuvo con una adivina, a la que preguntó por la causa de la muerte de su hija, ese enigma que continuaría torturándolo toda su vida. La vidente apuntó a un supuesto envenenamiento de la chica con agua de rosas y mercurio. Le apremió a localizar «a un hombre llamado Antun o Antón Rubasek y por él sabrá hasta el último detalle de lo que pasó. Fue un veneno indetectable, que no deja rastro. Se lo inoculó un hombre calvo, de barba rizada, un tullido. Actuó sobre el cerebro de su hija, trastornándola. Y esos pensamientos atroces que la enloquecieron siguen acosándola después de muerta, tienen que ver con sucesos terribles que sucedieron en Serbia y también fuera del país». «Cuide a su hijo varón, protéjalo», le encareció la adivina. Se dice que en la vida de Ratko Mladić hubo un antes y un después del suicidio de su hija. Algo se quebró en él, quizá el tenue hilo que separa la cordura de la insania. En cualquier caso, el general se sobrepuso al dolor. Era un soldado y un héroe, con una misión, un destino. Cuatro días después de dar sepelio a su hija, Mladić regresó al frente. Tenía conocimiento de un nuevo plan de paz que Milošević negociaba con los países occidentales y no estaba dispuesto a permitir que ningún alto el fuego le impidiera concluir su tarea: los enclaves musulmanes del este de Bosnia, Goražde, Srebrenica y Žepa tenían que ser liberados antes de que se firmara el cese de la guerra.

Goražde era una población musulmana declarada «zona segura» por la ONU,

pero ése era un pequeño detalle que no amilanó al general Mladić. Una semana después de la muerte de Ana lanzó la operación Estrella, en homenaje a la difunta, que tenía como objetivo tomar Goražde. Los mandos de la ONU y las fuerzas del FORPRONU tardaron en reaccionar, pero cuando comprendieron que aquello iba en serio y los muertos ya se contaban por centenares, bombardearon con aviones las posiciones serbias. Un furioso Mladić habló por teléfono con el general Rose y a gritos le advirtió que de no cesar el bombardeo, ningún oficial de la ONU saldría con vida del territorio serbio. A continuación, para dar contenido a su amenaza, secuestró a 150 miembros de las fuerzas de paz y los ató a postes; si los aviones de la FORPRONU continuaban haciendo fuego, los primeros que caerían serían los suyos. En el ínterin, ordenó un ataque con artillería sobre la ciudad bosnia de Tuzla y jugó al ajedrez con Karadžić, quien le visitó en el frente de Goražde. No se sabe quién ganó la partida; en todo caso, la estrategia de Mladić fue eficaz, no hubo más bombardeos.

Neutralizado Goražde, el siguiente objetivo de Mladić era Srebrenica. Al inicio de la invasión, en 1992, el ejército serbo-bosnio arrasó 296 pueblos y aldeas en el entorno de Srebrenica, expulsando a setenta mil musulmanes de sus hogares, muchos de los cuales se refugiaron en Srebrenica. La ciudad sufrió el bombardeo y el acoso constante de las fuerzas serbo-bosnias desde abril de 1992 hasta marzo de 1993. Una resolución del comité de seguridad de las Naciones Unidas, que designó Srebrenica como «zona segura», impidió que Mladić la tomara. Srebrenica quedó bajo la protección de las fuerzas internacionales del FORPRONU, en un inicio un destacamento canadiense que más tarde fue reemplazado por holandeses. El acuerdo incluía la entrega de las armas de los musulmanes a las fuerzas de paz y la retirada de la artillería pesada serbia que rodeaba la ciudad, que en adelante sería un «área desmilitarizada», pacto que no se cumplió: dos mil soldados serbios de las Brigadas del Drina continuaron desplegados en torno a Srebrenica. La defensa de la ciudad desde el interior corría a cargo de la División de Montaña n.º 28 del ejército de la República de Bosnia-Herzegovina, bajo el mando del temido comandante Naser Orić. Las tropas bosnias carecían de disciplina, armamento e incluso uniformes. A principios de 1995 el cerco serbio de Srebrenica se intensificó: el ejército serbio, que controlaba todos los accesos a la ciudad, impedía la entrada de los convoyes que transportaban alimentos, medicinas, munición y gasolina, lo que obligó a las fuerzas holandesas del FORPRONU a patrullar la zona a pie. Los serbios no permitían regresar al enclave a los soldados holandeses que lo abandonaban y su número disminuyó: de seiscientos hombres pasaron a cuatrocientos. En marzo de 1995, Radovan Karadžić dictó una directiva, la Directiva n.º 7, por la que ordenaba al ejército de la Republika Srpska a completar la separación entre Srebrenica y Žepa. «Se trata de crear, mediante operaciones bien planificadas y mejor ejecutadas, una situación de inseguridad absoluta en la ciudad, de tal calibre que los ciudadanos de Srebrenica no alberguen ninguna esperanza de supervivencia o salvación.» El general Ratko Mladić, máximo responsable de la ejecución de esa orden, había advertido al

presidente Radovan Karadžić y a Momčilo Krajišnik que «las personas no son piedrecitas o llaves que pueden ser movidas de un bolsillo a otro. De modo que no es posible conseguir que sólo queden serbios en una parte del país de forma incruenta. No sé cómo lo explicarán al mundo los señores Krajišnik y Karadžić. A esto se le llama genocidio»; era una prevención informativa, sin ningún ánimo disuasorio. En mayo de 1995, obedeciendo órdenes superiores, Naser Orić, el comandante de las fuerzas bosnias de Srebrenica, junto con los oficiales de su estado mayor, abandonó el enclave en helicóptero, dejando a la ciudad indefensa. El 4 de junio de 1995, el comandante francés de las fuerzas de la ONU en la antigua Yugoslavia, el general Bertrand Janvier, se reunió en secreto con Ratko Mladić para obtener la liberación de unos pilotos franceses que éste había capturado. A cambio, Janvier se comprometió a no volver a bombardear las posiciones serbias. Todo, hasta el enemigo, conspiraba para que el avance del general Mladić no encontrara obstáculos.

La ofensiva serbia sobre Srebrenica se inició el día 6 de julio de 1995. El general Mladić comandaba un ejército de ocho mil hombres. Primero cayeron los puestos de observación del FORPRONU de los soldados holandeses, quienes se replegaron a su base de Potočari, cercana a Srebrenica. El día 8 de julio un tanque holandés fue atacado por fuego serbio y retrocedió; un grupo de bosnios se opuso a esa maniobra, insistió en que el blindado se quedara a protegerlos. El tanque continuó reculando. Un soldado bosnio lanzó una granada a su interior y mató a un soldado holandés. Las relaciones entre los musulmanes de Srebrenica y sus custodios holandeses eran tirantes; los holandeses, cuya misión estaba a punto de terminar, no pensaban más que en su marcha, hartos de esa guerra que no les concernía y en la que desconfiaban de todos; el asesinato de uno de los suyos por un miembro de la etnia que estaban defendiendo no hizo sino agudizar su descontento y su deseo de escapar. Un mando militar holandés explicó a las cámaras de la BBC el dilema en que se encontraban: «Nuestro mandato era defender a los refugiados, por una parte y, por la otra, asegurarnos de que ningún holandés regresara a casa en un saco de muertos.» El día 9 de julio el presidente Karadžić promulgó una nueva orden, autorizando a la División del Drina a tomar Srebrenica.

La mañana del día 10 de julio, el comandante de las fuerzas holandesas, el teniente coronel Karremans, angustiado por la inminencia del ataque, pide a la OTAN soporte de fuego aéreo para detener a las fuerzas serbias. El general francés Bertrand Janvier, puede que haciendo honor a su pacto de caballeros con Ratko Mladić, lo deniega. Unas horas más tardes, Karremans reitera su petición; Janvier accede, pero pospone el ataque a la mañana siguiente. El bombardeo, promete, comenzará a las seis de la madrugada. Esa noche ninguna explosión, ningún tiro, ninguna granada rompe el silencio de la ciudad en calma. Nadie duerme en Srebrenica; las cuarenta mil personas que se han refugiado en la ciudad aguardan expectantes el bombardeo. Si se produce, podrían salvarse. Los soldados holandeses también observan una tensa espera. Se sienten abandonados. En múltiples ocasiones han puesto a sus mandos al

corriente de su precaria situación y les han advertido de la aplastante superioridad numérica del ejército serbio, dotado de blindados, tanques, morteros y artillería; nada podrán hacer para detenerlos o proteger a los refugiados si entran en Srebrenica, pero tienen la impresión de que ni a la OTAN ni a la ONU les importa un pimiento la suerte de los ciudadanos de Srebrenica o la de sus custodios; se desentienden de ellos. Srebrenica amanece envuelta en niebla, lo que significa que el bombardeo aéreo deberá suspenderse hasta que aclare. Dos horas después, eso sucede; cuarenta mil refugiados y cuatrocientos holandeses otean el cielo. A las nueve de la mañana un funcionario de la OTAN informa al coronel Karremans de que la petición de soporte aéreo fue presentada de forma incorrecta (la burocracia nunca descansa). El defecto formal se subsana, pero desde el cuartel de la OTAN se les notifica que es demasiado tarde; los aviones se han quedado sin combustible y vuelven a su base, en Italia. A las diez y media de la mañana el ejército serbio bosnio empieza a bombardear. Karremans reitera la solicitud de soporte aéreo. Janvier vacila y al final la rechaza.

El entorno de Srebrenica es hermoso: bosques de densa arboleda, prados verdes que se llenan de flores en primavera, ríos de aguas azules... Idílico. Un año más tarde, en 1996, los habitantes de la zona evitarán transitar por el bosque, bañarse en el río. Son serbios. Todos. Y Srebrenica ha sido liberada, alabado sea Dios, y pertenece a la Republika Srpska. Pero ellos recuerdan que el agua del río, un año atrás, bajaba llena de cadáveres y saben que en los bosques, sus bosques, ¡al fin suyos del todo!, ha crecido una maleza espuria, una vegetación foránea, siniestra: mandíbulas, omoplatos, columnas vertebrales, manos, tibias, cráneos, salpican el césped de los claros del bosque y al andar los pies se hunden en el césped irregular y poco firme y un escalofrío recorre la piel del caminante: puede que esté pisando los huesos enterrados de su antiguo amigo, vecino o compañero de clase. La parejita de enamorados que se aventura en la espesura en busca de una sombra discreta y mullida, donde amarse sin prisas ni testigos, puede toparse, al llegar a un calvero, con el esqueleto de un hombre atado a un poste, lo cual enfría al más ardoroso de los amantes. De ahí que los serbios de Srebrenica prefieran eludir el bosque hasta que alguien lo limpie de esas visiones, que les recuerdan culpas y actos terribles que ya no sienten suyos, como los crímenes cometidos en la nebulosa íntima de la pesadilla que al despertar se revelan soñados.

En 1997 una patrulla de soldados norteamericanos de la OTAN hace guardia en torno a una fosa común, descubierta en una quebrada próxima a Srebrenica. Son veteranos, curtidos en muchas guerras. Uno de ellos, un enorme soldado negro del Misisipi, se niega a abandonar el Humvee y bajar a patrullar por el barranco. Le dice al sargento que oyó voces la última vez que rondó por la hondonada, cuyas entrañas, abiertas y removidas por el equipo de investigadores, exponen a la luz cráneos, esqueletos y todo tipo de restos humanos. «Allá en Misisipi me hablaron de esto, sargento, de las almas en pena que acechan al viviente. Envíeme donde quiera, no me acobardaré ante ningún enemigo vivo, pero no hay fuerza humana capaz de

obligarme a descender a la hoya de nuevo.»

Cuando los morteros empezaron a caer sobre Srebrenica, aquella mañana de julio de 1995, como si fuera la señal que estuvieran aguardando, una multitud de veinticinco mil personas, mujeres, hombres, niños, ancianos y heridos, recorrió bajo el fuego serbio el camino que llevaba a la base holandesa, en Potočari, donde proyectaban refugiarse. Varios millares de hombres y adolescentes varones prefirieron escapar al bosque y emprender una marcha larga e incierta hacia Tuzla. A las doce y cinco el general Janvier autorizó el fuego aéreo. Dos aviones franceses bombardearon al ejército serbio. Mladić comunicó a Janvier que, si no cesaba el fuego, mataría a los treinta soldados holandeses que había tomado como rehenes y a toda la población de Srebrenica. Los aviones fueron retirados.

El 11 de julio el general Mladić entra en Srebrenica y recorre las calles de la ciudad; un equipo de televisión lo filma. El paso de Mladić es brioso, enérgico. Registra con indiferencia las fachadas derruidas de las casas, los edificios quemados, la mugre, la ruina, nada de eso le incomoda porque es obra suya y tiene una causa. Un pletórico Mladić, el gesto solemne, la voz contenida, declara ante la cámara:

—Aquí estamos, el 11 de julio de 1995, en la Srebrenica serbia, justo antes de un gran día para Serbia. Hacemos ofrenda de esta ciudad a la nación serbia, recordando la insurrección contra los turcos. Ha llegado la hora de vengarse de los musulmanes.

El supuesto agravio que Mladić repara sucedió hace siglos, pero el pasado siempre está presente en los Balcanes, los tiempos se confunden y el olvido no existe. La cámara sigue a Mladić en su marcha triunfal. Si muchos de nosotros aguardamos en vano esa gran ocasión que ha de justificar nuestra existencia, a Mladić le llegó y sin duda fue aquélla. En tono imperativo exige a sus ayudantes que retiren los letreros con nombres musulmanes de las calles y conmina a su segundo, el general Krstić, a no entretenerse, tienen mucho que hacer. Esa noche se reúne con el coronel Karremans en el hotel Fontana de Bratunac. Para crear ambiente, los serbios reciben al comandante holandés y a sus asistentes con el espectáculo del degüello de un cerdo. «Esto es lo que vamos a hacer con los refugiados que ustedes protegen —avisa Mladić—. Evacuaremos Srebrenica a nuestro modo.» La entrevista de Mladić con Karremans también fue grabada, para perpetuo embarazo de este último. Un Mladić altanero y fanfarrón interroga a Karremans:

—¿Así que usted dio la orden a sus soldados de que disparasen a los míos y pidió a la aviación de la OTAN que bombardease mis tropas y posiciones?

—No, no fue así en absoluto —se defiende Karremans—. Eso no lo decido yo. Las decisiones sobre lo que yo informo se toman desde el alto mando en Sarajevo y desde las Naciones Unidas, en Nueva York.

El coronel holandés es un hombre alto y delgado, pero en esta ocasión parece encogido, como si quisiera empequeñecerse y, con un poco de suerte, desaparecer. Tiene el rostro chupado, con lacios bigotes grises que penden, sumisos, ante el petulante militar serbio. Karremans es un hombre amedrentado; sus ojos asustados

recuerdan los de un perro bajo la amenaza de un castigo. Mladić le aterra. Y Mladić, con su habitual perspicacia, no deja de advertirlo y se regodea en el pavor del oficial holandés. Karremans debe arrepentirse de haber elegido la carrera militar; tiene aspecto de maestro, de profesor bonachón, un poco blando, de cuya debilidad se burlan y aprovechan los niños. Mladić enciende un cigarrillo.

—He fumado mucho últimamente —dice. Ofrece un pitillo a Karremans, quien rehúsa—. Fume, hombre, que no será el último —bromea Mladić.

Más tarde, ese mismo día, Ratko Mladić recibe al director de un instituto de Srebrenica, un hombre joven a quien decide atribuir el rango de representante de los refugiados. Le dice:

—Por favor, escribe esto: debéis entregar vuestras armas. Yo garantizo las vidas de aquellos que lo hagan. ¿Lo has entendido? Nesib, el futuro de tu pueblo está en tus manos. No sólo en esta zona. Puedes irte.

El director de instituto aclara que sólo es representante por accidente, él no puede responsabilizarse de...

—Ése es tu problema —le corta Mladić—. Debéis entregar vuestras armas y salvar a vuestro pueblo de la destrucción.

Repite idéntico mensaje a la mañana siguiente a una delegación bosnia, compuesta por tres civiles, que lo visita en el hotel:

—Quiero ayudaros. Pero necesito absoluta cooperación de la población civil, porque vuestro ejército ha sido derrotado. Vuestra gente no tiene por qué morir. Debéis decidir qué queréis hacer. Como ya dije anoche, podéis sobrevivir o desaparecer. Alá no puede ayudaros, pero Mladić sí.

Ese mediodía, Mladić visitó el campamento de refugiados en Potočari. Las imágenes muestran a un Mladić magnánimo, que tranquiliza a los refugiados, asegurándoles que en breve serán evacuados en una flota de autobuses a territorio musulmán y reparte caramelos y sonrisas a los niños. Los refugiados (cinco mil, los holandeses no han admitido más) se arraciman tras un cercado improvisado con bandas de plástico. Cuando la cámara cesa de rodar, desaparece la sonrisa de Mladić, quien deja de repartir caramelos y se apresta a organizar la gran tarea que tiene por delante; como diría Koljević: *«there's a method in his madness»*, aunque es un método oculto, disfrazado de caos y desorden. Aduciendo que precisan averiguar qué refugiados son militares y criminales de guerra, los serbios separan del resto de musulmanes a los varones mayores de doce años y menores de setenta y los conducen a un edificio apartado que llaman la Casa Blanca. Los soldados se mezclan con la multitud y tienen lugar las primeras ejecuciones. El cabo holandés Vaseen vio cómo dos soldados serbios llevaban a un refugiado detrás de la Casa Blanca. A continuación, un disparo. Los soldados serbios regresaron sin el refugiado.

Testimonio de Zumra Šehomerović, refugiada: una madre llevaba en brazos a un bebé de pocos meses que berreaba. Un soldado serbio le ordenó acallarlo. La madre lo intentó, en vano. Impaciente, el soldado se lo arrancó de las manos y lo degolló.

Luego soltó una carcajada. Un soldado holandés, que lo vio todo, no hizo nada. Los serbios empezaron a apartar a las mujeres jóvenes y a las adolescentes y las violaron allí mismo, a la vista de todos, a pocos metros de un soldado holandés, que miraba con indiferencia y tenía puestos unos walkman. Vi cosas terribles, testificó Zumra: había dos hermanos, una niña de unos nueve años y un niño un poco mayor. Un chetnik ordenó al niño que violara a su hermana. El niño no obedeció; en todo caso, era tan joven que no habría podido hacerlo aunque hubiera querido. El soldado mató al niño. Los chetniks mataron a muchos más: a algunos les cortaban la garganta, a otros los ahorcaban. Hubo refugiados que se suicidaron.

Los soldados serbios despojaron de todas sus posesiones a los varones que encerraron en la Casa Blanca y en otras dependencias y luego hicieron una hoguera con los bultos. Las mujeres y los niños fueron evacuados en autocares. Mladić había dispuesto que la base de Potočari debía quedar limpia de refugiados. El intérprete del ejército holandés, un chico bosnio, Hasan Nuhanović, a quien se le permitió permanecer en la base por su ocupación, acompañó a la puerta del recinto a sus padres y a su hermano para despedirse de ellos. En el camino, se cruzó con un oficial holandés, el mayor Franken. Éste le dijo que indicara a su padre que tenía permiso para quedarse en la base, pues había formado parte de la delegación que negoció con Mladić. El padre del intérprete preguntó: «¿Y mi mujer y mi hijo?» Hasan tradujo la pregunta al oficial holandés, quien replicó: «Dile a tu padre que si no quiere quedarse, que se marche.» Desde aquel día Hasan Nuhanović no ha vuelto a ver a sus familiares. Años después, continúa preguntándose si no podía haber hecho algo; por ejemplo, quitarle la pistola al mayor Franken, apuntarle a la sien y exigirle que accediera a que sus padres y su hermano permanecieran en la base. «Nunca dejaré de atormentarme —dice—, me odio a mí mismo por lo que no hice, por lo que tal vez pude hacer... Pero en aquel momento no pensaba, carecía de iniciativa, era como un robot, hacía lo que me decían.» Todos los refugiados cumplían sin rechistar ni quejarse las órdenes que les impartían, aun a sabiendas de que tenían como objetivo su propia muerte.

Fuera del enclave, las tropas serbias perseguían a los musulmanes que habían huido por caminos y bosques hacia territorio bosnio. A los desdichados que lograban capturar, bien los mataban allí mismo, bien los encerraban en diversos recintos. Instaban a los bosnios apresados a llamar a sus convecinos huidos. «No os pasará nada —les aseguraban—, os proporcionaremos autocares que os llevarán a zona bosnia.» En un alarde de astucia, soldados serbios se disfrazaron de holandeses; conducían sus blindados blancos, llevaban puestos sus uniformes, sus cascos azules: de ese modo sus requerimientos de rendición sonaban más convincentes.

Hay un vídeo (hay muchos, el horror bosnio fue un horror filmado) en el que se ve a un hombre escuálido, con una raída camiseta azul, sudoroso, al borde de la extenuación, en medio de un prado, haciendo bocina con las manos y gritando en dirección al bosque:

—¡Nermin! ¡Nermin! ¡Ven, baja! Reúnete conmigo. Los serbios no nos van a hacer nada.

Una mujer bosnia, el cabello cubierto con un pañuelo estampado, cuya cara ancha y cuadrada me recuerda a alguien (se le parece tanto que podría ser su prima o su hermana), explica a una cámara de la BBC que ese hombre que grita es su marido, Ramo, y el hombre al que llama para que se rinda es su hijo, Nermin. No los ha vuelto a ver y han pasado quince años, pero aún no ha perdido la esperanza de que un día le den una sorpresa y regresen a casa. De pronto, caigo en la cuenta de quién es el hombre cuyos rasgos son casi idénticos a los de la mujer musulmana: se llama Ratko Mladić.

El 13 de julio el ejército serbio capturó entre tres mil y cuatro mil musulmanes en el camino de Bratunac a Konjević Polje. Tanto estos prisioneros como los varones retenidos en la base de Potočari fueron recluidos en almacenes agrícolas, escuelas vacías, un campo de fútbol... Mladić visitó algunos de esos recintos y les dijo a los refugiados que nada debían temer; serían tratados como prisioneros de guerra e intercambiados por prisioneros serbios en poder de los bosnios. También les informó de que las autoridades musulmanas de Tuzla no los querían, «tendré que hacerme cargo yo de vosotros». Supervivientes del campo de fútbol de Nova Kasaba afirman haber visto a Mladić, en un coche rojo, controlándolo todo.

La reputación que tenía Mladić de hombre organizado y metódico no era infundada. Llevaba tiempo planeando el ataque de Srebrenica y, consciente de que la tarea que proyectaba acometer era vasta y el tiempo de que disponía, escaso, recabó el refuerzo, entre otros, del grupo paramilitar de los Escorpiones, subvencionado por el gobierno serbio, que había dado pruebas de su ardor guerrero y de su salvajismo en Croacia. Los Escorpiones, con uniforme de camuflaje, altas botas negras y boina roja, gustaban, como Mladić, de inmortalizar sus hazañas con una cámara.

La imagen muestra el interior de una camioneta. La luz de una linterna recorre los cuerpos maniatados de un grupo de hombres, tendidos boca abajo sobre el suelo.

—¡Al suelo! —ruge una voz.

—Hace frío —dice alguien.

—No te muevas —advierte otra.

—¿Por qué tiembles, hijo de puta? —pregunta un soldado, cuya cara no vemos pero sí su bota, que da una patada a uno de los hombres tumbados.

Alguien comenta:

—¡Cómo apesta! ¡Qué cabrones! ¡Se han cagado!

Se abren las puertas traseras de la camioneta y los hombres maniatados, todos ellos civiles, saltan de la misma empujados por los soldados. A medida que salen, la imagen se congela y una leyenda sobrepuesta nos indica sus nombres y fecha de nacimiento. Son seis, dos de ellos tienen quince años. Los serbios les ordenan que se arrodillen frente a la cuneta, dándoles la espalda. Luego se oye una ráfaga de metralleta y unos cuantos tiros más; los Escorpiones son profesionales y saben que en

toda ejecución conviene rematar de un disparo en la cabeza.

La última imagen que Senada Ibrahimović guarda de su padre es la visión de su camiseta azul, mientras se adentraba en el bosque de Srebrenica, un caluroso día de julio de 1995. Ella tenía doce años. Lo despidió entre sollozos; su padre procuró calmarla: «Nos volveremos a ver —le prometió—, no llores.» Y sí, lo volvió a ver, doce años más tarde, cuando era una joven refugiada en la ciudad musulmana de Tuzla. Senada estaba viendo la tele, cuando reconoció aquella camiseta azul. Su padre era uno de los hombres cuya ejecución filmaron los Escorpiones.

Dražen Erdemović, un soldado del ejército serbo-bosnio, de madre croata y padre serbio, prestó testimonio ante el Tribunal de la Haya sobre los sucesos de Srebrenica.

Explicó que aquella mañana un autobús condujo a los integrantes de su compañía a los alrededores de una granja porcina abandonada. Desconocían cuál era su misión, fumaban y sesteaban, tumbados en la hierba, mientras esperaban que alguien se lo aclarara. Al cabo de un rato llegó un viejo autobús de línea, del que empezaron a bajar hombres con los ojos vendados y las manos atadas. Fue entonces cuando el comandante les dio instrucciones. Llegarían más autobuses como aquél, les dijo, cargados de musulmanes. Debían ejecutarlos. Dražen alegó ante el tribunal que él se opuso a esa orden; no estaba dispuesto a matar a sangre fría a hombres maniatados, todos ellos civiles. El comandante, comprensivo, le dio la opción de no disparar. «Si no quieres no lo hagas —le dijo—. Dame tu metralleta y ponte en la fila con los prisioneros, para que te disparemos a ti también.» El horario de la ejecución fue de diez de la mañana a tres de la tarde, con breves intervalos para fumar un cigarrillo y beber un trago de *rakija* entre autobús y autobús. Obligaban a los prisioneros a arrodillarse en el suelo. Los soldados, apostados detrás, les disparaban ráfagas de metralleta. Cada soldado del pelotón elegía a una víctima. Erdemović dijo que en menos de quince minutos ejecutaron a setenta personas, lo cual supone que en cinco horas mataron a... Pierdo la cuenta. Erdemović manifestó al tribunal su extrañeza ante la docilidad de los ejecutados. Ninguno se rebeló ni intentó escapar, ni siquiera los prisioneros a los que, por las prisas, no se habían tapado los ojos ni atado las manos. Al bajar del autobús, esos desdichados lo primero que veían eran las pilas de cadáveres amontonados y percibían el hedor de la carne que, bajo el fuerte sol de julio, empezaba a pudrirse. Sólo uno de ellos peleó por su vida; un hombre de unos cincuenta años intentó persuadir al comandante de que tenía amistades serbias y le mostró una lista de los serbios cuyas vidas había salvado, implorando clemencia. Erdemović sintió simpatía hacia aquel hombre que luchaba por su vida; le ofreció un cigarrillo, conversaron. «Antes todos vivíamos juntos, serbios, croatas y musulmanes. ¿Qué nos ha pasado? ¿Cómo hemos podido dejar que esto ocurriera?», preguntó el prisionero y Erdemović respondió: «No sé más que usted. ¡Si alguien pudiera explicármelo! Soy medio croata y mi mujer es serbia.» La charla fue interrumpida por un mando. Un minuto después, el prisionero era un cadáver. Cuando terminó su turno, Erdemović advirtió que la única secuela física que le había dejado la matanza

era una ampolla en el dedo índice de la mano derecha.

Los equipos ejecutores iban acompañados de bulldozers que excavaban la tierra a la que se arrojaban los cadáveres. En tres días las fuerzas serbias ejecutaron a ocho mil bosnios, en su mayoría varones, entre ellos niños y adolescentes. Los más afortunados fueron los ejecutados durante la primera jornada; los otros permanecieron encerrados, sin comida ni bebida, hasta que les llegó el turno. No todos murieron de un tiro en la nuca. A unos cuantos los degollaron, a otros los torturaron antes de matarlos y, por fin, otros, inevitablemente, antes de morir fueron forzados a cavar sus propias tumbas. Los enterraron en fosas comunes, que meses más tarde exhumarían, trasladando los restos a una segunda fosa, donde se mezclarían con otros cuerpos, para dificultar una posible investigación futura.

El viernes 21 de julio de 1995 fue un día de regocijo en la base militar de Potočari. Mladić había dado su permiso para que los holandeses volvieran a su patria. ¿Qué sentido tenía prolongar su estancia si los refugiados a los que tenían que proteger ya no estaban? También esa ocasión festiva mereció ser filmada. El vídeo muestra a los soldados holandeses exultantes, bebiendo cerveza (Heinekens), bailando, cantando ¡la-la-la-la-la-la...! ¡Qué alegres están! Da gusto verlos. Jóvenes, fuertes, guapos, felices... Es un agradable contraste con las imágenes de los musulmanes bosnios empavorecidos, desarraigados, famélicos... Un Mladić benévolo y cortés se despide del sonriente coronel Karremans. Se estrechan la mano con cordialidad. Mladić ha tenido el detalle de traer dos regalos, envueltos en papel plateado y adornados con lazos, para la mujer de Karremans, quien se los agradece profusamente; él también es educado. Brindan por su mutua salud con *šljivovica* y miran a la cámara con una sonrisa. En su informe, el coronel Karremans deja constancia de que la operación de Mladić sobre Srebrenica «ha sido excelentemente planeada». Ninguna mención sobre la matanza, que prosigue, lejos de las cámaras, durante semanas.

La guerra de Bosnia terminó en octubre de 1995, con la firma de los acuerdos de Dayton. Sarajevo es la capital de la Federación de Bosnia-Herzegovina, integrada por musulmanes y croatas. Srebrenica pertenece a la Republika Srpska. El ataque de Mladić sobre Srebrenica no fue súbito e imprevisto, sino muy anunciado. A diferencia de las catástrofes naturales, las humanas pueden evitarse, ésta podría haber sido evitada. Albergo la sospecha de que si ni las fuerzas de la OTAN ni los mandos de la ONU hicieron nada por impedirla, es porque les convenía para su futuro plan de paz, plasmado en los acuerdos de Dayton, que Srebrenica se vaciara de musulmanes. Habían previsto decenas de millares de refugiados, pueblos y aldeas quemados, varios cientos de cadáveres... Era un coste soportable; no contaban con la ira del general Mladić. Alguien me dijo que cuando la flamante Federación de Bosnia-Herzegovina encargó la confección de su nueva bandera, formuló un ruego: diseñarla de tal forma que nadie esté dispuesto a morir por ella.

EPÍLOGO

El ciclo se cerró donde había comenzado, en Kosovo. Slobodan Milošević tenía el convencimiento de que para permanecer en el poder le convenía que su país estuviera perpetuamente en guerra y cuando acabó la de Bosnia, emprendió la batalla de Kosovo. El presidente americano Clinton dijo: hasta aquí hemos llegado, y en 1999 aviones de la OTAN bombardearon Belgrado. Una paz tensa y rencorosa se instauró en los territorios de la antigua Yugoslavia. Bosnia-Herzegovina es una nación paralizada, en la que tres enemigos acérrimos, que se mataron unos a otros hace menos de veinte años, serbios, croatas y bosnios, tienen que ponerse de acuerdo en el gobierno y rara vez lo logran. He vuelto a Sarajevo y no la reconozco, aun cuando las labores de reconstrucción, financiadas por la ayuda extranjera, le han limpiado la fachada y borrado las huellas de mortero y metralla. Ahora Sarajevo es mayoritariamente musulmana. Un día vi a Nedo frente al hotel Europa. Le grité, le saludé con la mano, empecé a cruzar la calle para ir a abrazarlo; se dio la vuelta y desapareció en la esquina siguiente. Quizá alguien le habló de mi estancia en Pale, de mi colaboración con la televisión chetnik, mis juerguecitas con Mico... A éste no le he visto ni le quiero ver; no he regresado a Pale. Es difícil la convivencia en un lugar en el que la víctima se cruza cada día con su antiguo verdugo. Musulmanes y serbios procuran evitarse; los serbios se atrincheran en su bastión de la Republika Srpska, donde parece que el tiempo se haya detenido y hasta las moscas acumulan polvo. Milošević murió en la prisión de La Haya. Karadžić también acabó allí, así como Biljana Plavšić, quien tuvo la astucia de reconocer su culpa y vertió unas lagrimitas de compunción que le reportaron una pena atenuada; ya ha dejado la prisión y vive en Serbia. Nikola Koljević se suicidó de un tiro. Ratko Mladić permaneció huido durante quince años, protegido por el gobierno y el ejército serbio hasta el 2002. Hay vídeos que recogen sus andanzas de fugado público. Se le ve comiendo con su mujer y su nuera en la terraza de un céntrico restaurante de Belgrado, bebiendo *rakija* y bailando el *kolo* en la boda de su hijo, jugando al pimpón en el cuartel de Topčider, haciendo carantoñas a su pequeña nieta, ¿quién te quiere a ti?, ¿quién es tu abuelito? ... Se rumorea que visitaba con regularidad la tumba de su hija; le llevaba flores, limpiaba la lápida, pasaba las horas fumando en un banco del cementerio ¿reflexionando...? Mladić afirmó que no lo cogerían vivo, pero hasta en eso mintió; cuando fue capturado, no ofreció resistencia. El hombre que tantas vidas ajenas inmoló a la sagrada causa de la gran nación serbia no estaba dispuesto a sacrificar la suya. Antes de su extradición a La Haya, pidió que se le permitiera visitar por última vez la tumba de Ana. «Si no me dejan ir al cementerio —dijo—, que me traigan el ataúd a la cárcel.» No fue preciso; una caravana de furgones de policía lo escoltó a Topčider, donde, acompañado por dos médicos, temerosos de que la emoción le provocara un síncope, Mladić rezó y depositó seis rosas sobre la lápida de su hija. En

La Haya aduce su mala salud para postergar el juicio, imitando la estrategia dilatoria de su antiguo jefe, Milošević. En una vista previa ante el tribunal, Mladić, recuperada su arrogancia, la cabeza cubierta con una gorra de béisbol (no le permiten tocarse con su gorra militar), sonreía despectivo a las madres, hermanas y viudas de sus víctimas de Srebrenica.

Petar es profesor de filosofía en la Sorbona. Sus melenas de artista ahora son entrecanas y se ha dejado crecer bigote y barba, como su admirado colega y amigo, Slavoj Žižek. Se ha casado dos veces, tiene tres hijas (cada una de madre distinta) y en la actualidad vive con una alumna. Igor es pediatra en Belgrado, está casado y es padre de un niño y una niña; el niño se llama Dragan, como su difunto tío. Marko es neurocirujano en Canadá; su mujer es canadiense y ahora habla serbio con acento americano. Nadica trabaja como profesora en la Facultad de Medicina de Belgrado. A Martina le he perdido la pista. Mi cuñado Branko se divorció de mi hermana para casarse con una joven colaboradora. Mi sobrino Dušan es pelirrojo; mi hermana admite que, por desgracia, es idéntico a mí. Vivo en Londres desde hace dieciséis años. No soy director de cine, sino profesor de idiomas. Enseño serbio, croata y bosnio: la disgregación del serbocroata en tres idiomas me resulta muy beneficiosa. No me he casado, convivo con mi novia (ella prefiere que diga *partner*, suena más formal, comprometido) en una casita de dos pisos con jardín, en Muswell Hill, un barrio residencial del norte de Londres. La casa es de mi novia y los muebles también; yo sigo siendo pobre. Y holgazán. Y carente de ambiciones, añadiría mi novia, quien en tantas cosas me recuerda a mi madre. En cuanto a mí, cada vez me parezco más a mi padre. Hoy, por ejemplo, no he ido a trabajar y no he avisado a nadie. Mi jefa debe estar subiéndose por las paredes. He resuelto aprovechar el cálido mediodía otoñal para pasear por uno de mis rincones favoritos, el cementerio de Highgate. Los caminitos y avenidas de grava están bordeados por extensiones de césped sobre el que se alzan, en conmovedor desorden, tumbas, cruces, mausoleos... Un piano de cola de piedra recuerda a un pianista, ángeles de granito velan sobre los despojos de una niña muy antigua, la hiedra trepa sin ningún respeto sobre las lápidas, cubriéndolo todo, grandes árboles, de hojas doradas, rojizas y ocres, dan sombra a los difuntos. La arquitectura victoriana del cementerio, el abandono de las tumbas, las hojas caídas que alfombran el camino y crujen bajo mis pasos conspiran para crear un ambiente gótico, muy cinematográfico, pienso con una punzada de nostalgia hacia aquella época en que lo veía todo a través del objetivo de una cámara imaginaria. Me dirijo a la tumba más famosa de este famoso cementerio, la del viejo dios de mi antiguo país, que también ha muerto. Su mausoleo es fastuoso: sobre un pedestal enorme se erige el busto de un hombre barbado, el arco de las cejas prominente, la melena de piedra fundida con la barba. «Trabajadores del mundo entero, ¡uníos!», nos apremia una inscripción. Más abajo, otra recuerda una frase del difunto: «Los filósofos se limitan a interpretar el mundo de distintas formas. La cuestión es cambiarlo.» ¡Vaya si lo cambió! Puedo dar fe de ello, pero después de un

tiempo, estamos donde estábamos, querido Karl Marx; la historia se repite, como tú bien dijiste... Me despido de él y del resto de difuntos: voy a mudarme en breve, cambiaré de trabajo y quién sabe si de ciudad o incluso de país. Dentro de un rato, cuando regrese a casa, le diré a mi *partner*... ¿Que no la merezco? ¿Que no soy digno de ella? ¿Que estoy sumido en una crisis personal que requiere un cambio drástico? ¿Que la sigo queriendo, *I love you very much*, pero en adelante la amaré desde la distancia? ¿O seré un cobarde y antes de que ella vuelva empaquetaré mis cosas, huiré como un ladrón, le dejaré una nota? Es una tentación: mi novia es mi jefa y debe estar furiosa por mi inexplicable ausencia. Anoche discutimos. Me reprochó mi abulia, mi falta de iniciativa, no entiende que no desee desempeñar el cargo de jefe de departamento con el que proyectaba premiarme. «Todo lo criticas y lo menosprecias —me recriminó—, pero ¿qué haces para cambiar las cosas o para mejorarlas? Nada, nunca en tu vida has movido un dedo por nada ni por nadie...» Me sublevé ante esa acusación, que tal vez no sea injusta. Estuve a punto de contarle lo sucedido en Pale. Cómo en una ocasión fui osado, decidido, actué... y tal vez salvé vidas o terminé con ellas. Eso la acallaría, la impresionaría como nada que haya podido hacer o decir durante nuestro romance. Así que empecé a hablar: «¿Qué sabes tú de mí? Te voy a explicar algo...» Encendí un cigarrillo, estaba muy nervioso... Y fue peor que si hubiera sacado una pistola. ¡Qué griterío! «*What are you doing?* ¡No se fuma aquí! ¡Vete al jardín!» Obediente, salí al jardincito que se abre tras la puerta de la cocina y fumé bajo una lluvia fina que me mojó la cara, el pelo, las manos, el pitillo y me serenó el ánimo. Comprendí que, si sacaba a la luz mi secreto, todo cambiaría: el modo en que ella me vería (¿con horror, simpatía o disgusto?, ¿con miedo?) y el modo en que me vería yo mismo. En vano alegraría, ante ella, ante mi propia conciencia: no me juzgues por un solo acto, una reacción intempestiva, no fui yo quien hizo aquello, fue otro que ya no está, ya no vive conmigo... Por un instante, aquella tarde en Pale me creí Hamlet, pero yo siempre he sido Horacio, aquel cuya misión es contar al mundo todo cuanto sucedió. «De ese modo sabréis de actos lascivos, sangrientos e inhumanos, castigos fortuitos, muertes casuales y otros que se deben a engaños y artificios; y, por último, de intrigas malogradas, vueltas contra sus autores...» Y Ana Mladić ¿se ahogó en defensa propia, como Ofelia? ¿Se quitó la vida porque no soportaba el peso de los crímenes de su padre? ¿Era ella la conciencia de la que carece Mladić? «Morir, dormir, nada más.» Dejar de ser quien era, ya que no podía ser otra... ¿O fue su muerte un sacrificio? Al dispararse con la Zastava, le estaba enviando una clara señal a su padre: Tú eres la razón por la que no quiero seguir viviendo y con esta pistola que debía celebrar el nacimiento de mis hijos, tus nietos, también les quito la vida a ellos; ése era el mensaje implícito, que también incluía un ruego: Yo debo morir para que otros vivan, para que comprendas tu error y tu locura y dejes de matar, acabes esta guerra. Es una posibilidad, aunque el efecto de su acto fue el inverso: la salvaje matanza de Srebrenica. Sospecho que Mladić lo entendió todo desde un principio y, entre dos pasiones opuestas, amor y odio,

prevaleció la más fuerte. No es más que mi opinión y, a fin de cuentas, ¿quién soy yo?: un personaje de novela. Quien esto escribe un día se tropezó con la noticia de la trágica muerte de Ana Mladić. Sintió curiosidad, indagó, investigó, buscó respuestas, aquilató rumores, compulsó datos y con todo ello fabuló una explicación, de la que yo formo parte.

He dejado el cementerio y me hallo al borde del estanque de Waterlow Park, el parque contiguo, donde alimento a los patos con migas de patatas fritas que proceden de una bolsa que me ha proporcionado quien esto escribe. Un letrero muy visible advierte que está prohibido alimentar a los patos, pero a quien esto escribe y a mí nos complace transgredir normas de cuando en cuando y más en una obra de ficción, donde las sanciones también son ficticias. Con un movimiento elástico de sus negros cuellos, los patos se lanzan sobre los fragmentos de patata que sobrenadan en el agua sucia y los atrapan con sus picos antes de que se sumerjan. Unas intrusas les disputan las migas. Son palomas, no las níveas y cándidas palomas que pintó Picasso y simbolizan la paz, sino vulgares palomas carroñeras, con un plumaje de color gris petróleo, como el asfalto que es su territorio. ¿Serán musulmanas? ¿Les tiro piedras para alejarlas? Las dejo tranquilas. Ahora alzo la vista y percibo a una figura alarmante que desciende hacia mí a gran velocidad por el sendero; es una mujer mayor, las greñas grises medio tapadas por un pañuelo, ataviada con una gabardina beige, los fondillos de los pantalones dentro de unas botas Wellington. Me hace gestos con una mano, de la otra pende una de esas bolsas de plástico de las que suelen ir provistos los dueños de animales. Me grita algo, pero el viento y la distancia se llevan sus palabras. Se llama Gladys Wigg, es bibliotecaria jubilada y la acompañan dos perritos falderos que, la lengua fuera, se esfuerzan en seguirle el paso. Ella también guarda un secreto, tiene un pasado. Durante veinticinco años fue la paciente esposa de un vicario anglicano en una ciudad de Yorkshire, hasta que su marido la engañó con la organista de la parroquia, una madre soltera a la que Gladys había acogido y a quien proporcionó el empleo, pese a su escaso talento musical. Hubo un tremendo escándalo, del que se hizo eco la prensa local, así como *The Times* y el *Daily Telegraph*. ¡Hasta la reina de Inglaterra debió de enterarse! Gladys abandonó Yorkshire y se instaló en Londres, donde colabora con tres organizaciones de caridad: la que defiende los derechos de los burros maltratados, la del lince ibérico y la de la foca ártica (a ésta contribuye menos, las focas le repugnan). Sus hijos se quejan de que quiere más a sus perros que a ellos y es cierto: los perros nunca le han pedido dinero. Su amarga experiencia la ha vuelto misántropa. Y atea. No puede creer en un Dios que permite la extinción del lince ibérico cruzado de brazos. Ella nunca hace eso, cruzarse de brazos. Está viendo cómo un individuo vacía una bolsa de tóxicas patatas fritas en el estanque de los patos y se propone avergonzarlo. La veo aproximarse a grandes zancadas, transfigurada de pura indignación, blandiendo la correa de los perros y esa bolsa blanca que me inquieta: ¿estará vacía o llena? Me dispongo a enfrentarme a ella con gran presencia de ánimo, cuando se esfuma. Donde

ella estaba hay una papelera. Gladys Wigg no pertenece a esta novela, sino a otra; quien esto escribe enmienda su error y me devuelve a la bucólica soledad de este parque, en el que las ardillas trepan por los árboles y saltan de rama en rama agitando el rabo, el sol tiñe de púrpura las hojas de los árboles, la hierba brilla, los niños corretean, los dueños de los canes recogen en bolsas de plástico o papel las heces de sus mascotas... Todo es bello, armónico, civilizado. Por momentos, uno se siente tentado de creer que el mundo está bien hecho; las guerras, pues sigue habiendo guerras, quedan lejos... Debo irme, lo sé, pero antes pido y obtengo licencia para evocar una historia. Se titula *Es glorioso morir por la patria*. Su autor es el escritor yugoslavo Danilo Kiš.

El protagonista, de apellido Esterhazy, es un joven noble de origen húngaro. Ha sido condenado a muerte por su participación en las revueltas contra el ejército del Imperio austrohúngaro. Tras asistir a la lectura de su sentencia, Esterhazy recibe en prisión la visita de su madre, una imponente aristócrata que, llena de dignidad, rehúsa el pobre asiento que le ofrecen los carceleros y de pie, el rostro cubierto con un velo, conversa con su hijo. Le habla en francés para que el ulano que los vigila no pueda entenderla. Esa dama orgullosa asegura a su hijo que aún no ha perdido la esperanza de lograr clemencia del emperador. «Me tiraré a sus pies», le susurra. «Estoy dispuesto a morir, madre», afirma su hijo. «¡Ten valor! —le encarece su madre, y luego le musita una última confidencia—: estaré en el balcón. Si me ves vestida de blanco, es que lo he conseguido.»

La mayor preocupación del joven condenado es no perder la dignidad; que de él se pueda decir, cuando haya muerto, que no perdió la compostura, que se condujo como el noble que era. Ya que va a perder la vida, busca dejar un recuerdo honorable. El día de su ejecución un carruaje lo conduce al cadalso entre el murmullo amenazador y los insultos de la muchedumbre, que lo odia y aclama a la justicia imperial, «porque la chusma siempre aclama al vencedor». Esa revelación lo abate. Siente que el valor le abandona, teme ceder al miedo y a la angustia, portarse como un cobarde. A la vuelta de una curva divisa el palacio familiar. En el balcón, inclinada sobre la barandilla, está su madre, vestida de blanco. Al punto, Esterhazy se yergue, recupera el ánimo y sin temblar, vacilar o tambalearse, el rostro sereno, asciende al cadalso. No se encogió siquiera cuando la soga se cerró en torno a su cuello.

Tal como él había soñado, esa misma tarde, en la cantina, un oficial ulano se hizo lenguas de la dignidad extrema que mostró el aristócrata a la hora de su muerte y lo exaltó como a un héroe. Danilo Kiš concluye su narración apuntando a dos explicaciones posibles para la conducta del ajusticiado:

- a) La versión heroica, difundida por los rebeldes, según la cual el joven noble murió con la cabeza muy alta y sin perder el temple, «con plena conciencia de la certidumbre de su muerte»;
- b) La versión de los historiadores oficiales del imperio (que buscaban evitar que

el ejecutado se convirtiera en símbolo y leyenda para su pueblo), quienes sostienen que la madre de Esterhazy engañó a su propio hijo para asegurarse de que éste muriera de forma honrosa, para mayor gloria de su ilustre estirpe.

Mi tocayo termina su relato con estas palabras: «La historia está escrita por los vencedores. El pueblo teje leyendas. Los escritores desarrollan su imaginación. Sólo la muerte es incuestionable.»

AGRADECIMIENTOS

Un personaje de *La hija del Este* dice que rara vez amamos a nuestros acreedores, pero yo siento mucho aprecio por los míos, todas las personas que con su generosa ayuda han hecho posible este libro: Isabel Núñez, cuya obra, *Si un árbol cae*, ha sido el punto de partida de mi investigación, Gloria Blazanovic, quien con mucha paciencia ha traducido para mí textos del serbio y del bosnio, Sasa Markus, Julio Pinel, Marija Đurđević, Silvia Monrús, Igor Marojević, Dušan Veličković, Vahida Ramujkic, Ozren Kebo, Mercé Sorribas, Aída Gavrilova, Dragan Milović, Alma Prelic, Natalia Kharitonova, Jordi Colomina, Ana Rocamora, Aurelio Major, Carles Bosch, Angel Leiro, Albert Solé, el servicio de documentación de TV3, Luisa Fernanda Garrido, Santiago Miralles, Andrés Gastey, Eduardo Narbona, Anne Marie Rafferty, Milo J. Krmpotić, Gabi Martínez, Pep, Carmen, Blanca, Pablo, Andrés y, *last but not least*, mi infatigable editora, Elena Ramírez y el estupendo equipo de Seix Barral: Pere Gimferrer, Teresa Bailach, Nahir Gutiérrez y Elena Blanco, así como mis agentes, las tenaces Carina Pons y Gloria Gutiérrez y, también de la agencia literaria Carmen Balcells, Javier Martín y el gran lector, Jorge Manzanilla; a todos ellos, ¡gracias!



CLARA USÓN nació en Barcelona en 1961. Su primera novela, *Las noches de San Juan*, obtuvo el premio Femenino Lumen en 1998. Con posterioridad, publicó *Primer vuelo* (2001) y *El viaje de las palabras* (2005), sobre la que Enrique Vila-Matas escribió: «A Woody Allen le divertiría esta alegre novela conmovedora.» En el año 2006 publicó su cuarta novela, *Perseguidoras*, y la crítica reconoció en su trayectoria a una escritora de primer orden que ha hecho de la creatividad su marca de estilo, «lo que, sumado a un notable afán fabulador, en el sentido legítimo de la expresión, destaca como el valor que otorga distinción a esta heredera de Chéjov», Pilar Castro, *El Cultural El Mundo*. En 2009, Clara Usón ganó el premio Biblioteca Breve con su novela *Corazón de napalm*.

Notas

[1] «No es difícil propagar el nacionalismo —diría Mira en el año 2002—. Puede ser alentado en una sociedad multicultural. El nuestro fue un nacionalismo elaborado científicamente. De golpe, eslovenos, croatas, serbios y musulmanes regresaron al siglo XIV. Se desató la locura, la gente hablaba de la batalla de Kosovo, volvieron la religión, los sacerdotes, los himnos, los milagros.» (Mira como Göring, pues, profesora titulada en manipulación de masas.) <<

[2] En su obra autobiográfica, *Diario de un fracasado*, Limonov se explaya sobre sus relaciones homosexuales con hombres de raza negra en Nueva York. Si los chetniks de Pale con los que confraternizaba hubieran tenido noticia de ello, no habría salido vivo de la Republika Srpska. <<

[3] Una tarde aburrida me dediqué a averiguar cuántas naciones incluían águilas en sus banderas: más de un centenar; cuervos, ninguna, y me pregunto por qué, ambas son aves de rapiña. <<

[4] He empleado, como fuente para los párrafos que versan sobre medicina legal, el artículo «Lesiones por armas de fuego. Problemas médico-forenses», de Francisco Etxeberria Gabilondo, Profesor Titular de Medicina Legal y Forense de la Facultad de Medicina y Odontología del País Vasco. <<

[5] Palabras extraídas de un cuaderno con tapas negras que D encontró seis años después, cuando volvió a Sarajevo, entre los escasos objetos personales de su padre. La tapa del cuaderno lleva adherida una pegatina con un título: *Leopold Bloom, el falso judío*. Dos tercios de las páginas están en blanco y el contenido de la parte escrita en nada justifica el misterioso título; en el texto manuscrito de Vlado Papo no se hace una sola mención al protagonista del *Ulises*, ni a la novela, ni a James Joyce, su autor. <<